Testimonios Para la Iglesia Tomo 2

(1)

INDICE.-

Los Tiempos del Tomo Dos 05

TESTIMONIO 15 (1868)

Introducción 09
Resumen de mi Experiencia 10
Trabajando por Cristo 23
La Venta de la Primogenitura 35
La Maledicencia 46
El Egoísmo y el Amor al Mundo 51
Las Carnes y los Estimulantes 55
El Descuido de la Reforma Pro Salud 61
Amor por los que Yerran 68
La Religión Diaria 72
La Reforma en el Hogar 77
Una Conciencia Violada 82
Advertencias y Reprensiones 85

TESTIMONIO 16 (1868)

El Objeto de los Testimonios Personales 102
El Traslado a Battle Creek 103
Una Advertencia a los Ministros 106
Miremos a Jesús 108
La Separación del Mundo 113
El Amor Verdadero 121
Los Entretenimientos en el Sanatorio 124
El Caso de Ana More 127
La Oración por los Enfermos 132
Valor en el Ministerio 136
Una Conducta Mezquina 138
La Opresión de los Asalariados 141
Una Reprensión Contra la Agresividad 147
Portadores de Cargas en la Iglesia 150
El Orgullo en los Jóvenes 157
La Mundanalidad en la Iglesia 166

(2)

TESTIMONIO 17 (1869)

Los Sufrimientos de Cristo 181
Advertencias a la Iglesia 195
Matrimonio en Perspectiva 204
El Peligro de las Riquezas 207
El Celo Cristiano 210
Responsabilidades de los Jóvenes 213
Siervos de Mamón 214
El Sentimentalismo y la Formación de Parejas 223
La Severidad en el Gobierno de la Familia 229

Una Carta de Cumpleaños 236
El Engaño de las Riquezas 242
Una Juventud que se Engaña a sí Misma 259
La Verdadera Conversión 261
Deberes del Esposo y la Esposa 266
Peligros de hablar sobre las dificultades 269
Carta a un Muchacho Huérfano 276
El Miembro Rebelde 282
Consuelo en la Aflicción 285
Una Actitud Egoísta y Dictatorial 287
Un Oyente Olvidadizo 288
Un Remedio para el Sentimentalismo 290
El Deber Hacia los Huérfanos 294
Un Llamado a los Ministros 300
Contaminación Moral 310
TESTIMONIO 18 (1870)
La Temperancia Cristiana 317
Extremos en la Reforma Pro Salud 336
La Sensualidad en los Jóvenes 348
El Verdadero Amor en el Hogar 367
La conducción de las reuniones 374
La Importancia del Dominio Propio 375
Laboriosidad y Ahorro 384
Provocando Oposición 388
(3)
Un Llamado a la Iglesia 391
Aceptando la Cruz de la Verdad 434
TESTIMONIO 19 (1870)
Mensaje a los Ministros 442
Ejercicio y Aire 463
Reprensión del Egoísmo 478
Fanatismo e Ignorancia 491
Una Hija Consentida 494
A la Esposa de un Ministro 500
Infidelidad en la Mayordomía 504
Sensibilidad Equivocada 505
Convocaciones 507
TESTIMONIO 20 (1871)
Las Reuniones Sociales 511
Cómo Observaremos el Sábado 516
Un Sueño Impresionante 526
Nuestros Congresos 529
Un Sueño Solemne 534
Los Modales y el Vestido de los Ministros 539
El Amor a la Ganancia 548
La Causa en Vermont 558
La Transferencia de Tesoros Terrenales 597
No Habrá Tiempo de Gracia Después que Venga Cristo 605

Responsabilidad por la Luz Recibida …… 612
Apéndice …… 627
Índice de Referencias Bíblicas …….. 628
Índice General Alfabético ……
(4)

Los Tiempos del Tomo Dos.-

En contraste con el primer tomo de los Testimonios, que presenta consejos que tienen que ver mayormente con los comienzos y el desarrollo de las enseñanzas, experiencias, y empresas de la iglesia recientemente establecida, el tomo 2 se dedica casi enteramente a la piedad personal de sus miembros. Durante los trece años que transcurrieron al mismo tiempo que se escribían los catorce panfletos que actualmente constituyen el tomo 1, se cimentó la obra de publicaciones, se organizó la iglesia, se estableció su sistema económico, y la incipiente organización se lanzó en un gran programa de salud. Cuando se escribió el último artículo, de las prensas de la Review and Herald, en Battle Creek, Míchigan, fluía una continua corriente de publicaciones; y cerca de allí funcionaba en forma floreciente el flamante sanatorio. Los años tenebrosos de la guerra civil eran cosa del pasado, y la iglesia vivía un día de oportunidad. La tarea que tenía por delante consistía en afianzar las posiciones alcanzadas y extender sus fronteras. La integridad de cada uno de sus miembros era un factor vital para que la iglesia continuara teniendo éxito.

A comienzos de 1868, como se explica en un artículo que aparece cerca del final del tomo 1, Elena G. de White comenzó a publicar, para beneficio de toda la iglesia, ciertos testimonios personales que hasta entonces no se habían distribuido en forma general. Acerca de estos testimonios declara lo siguiente: "En mayor o menor grado, todos contienen reprensiones e instrucciones que se aplican a cientos de miles de personas que se encuentran en condiciones similares. Ellos necesitan recibir la luz que Dios ha considerado oportuno enviarles, porque se aplica a sus casos". 1T:631, de la edición en inglés.

Estas instrucciones, dirigidas personalmente a miembros individuales de la iglesia durante el período de tres años comprendido entre febrero de 1868 y mayo de 1871, constituyen casi la totalidad del contenido de los testimonios números 15 al 20, que actualmente forman el tomo 2. La instrucción es precisa y práctica, y tiene que ver con casi cada aspecto de la experiencia personal y de los intereses religiosos, y abarca desde el chisme, la (6) indulgencia del apetito, y las relaciones maritales, hasta el celo equivocado, la avaricia, y el fanatismo.

Al comienzo del período abarcado por el tomo 2, el pastor White y su esposa se encontraban en Greenville, Míchigan, trabajando sólo tiempo parcial debido a la condición precaria de la salud del pastor White. Poco después reanudaron sus actividades viajando y teniendo reuniones con los creyentes de los estados adyacentes a Míchigan. En noviembre de 1868 regresaron a Battle Creek para establecer su hogar en esa ciudad.

Dos meses antes, se celebró una reunión campestre en Wright, Míchigan, en septiembre de 1868. Dicha asamblea, la primera que se celebraba de esta naturaleza, resultó ser una bendición tan grande para los asistentes, que durante los años subsiguientes las reuniones campestres llegaron a formar parte del programa regular de las asociaciones. Invariablemente se requería la presencia de los esposos White, de modo que en los años sucesivos ocuparon la mayor parte de los meses del verano en asistir a estas asambleas anuales. La última parte del tomo 2 contiene diversos consejos relacionados con dichas asambleas.

Durante el lapso de tres años abarcados por el tomo 2, la causa de la verdad presente experimentó un adelanto alentador. Después de pasar por un período de depresión desanimadora, el Instituto de la Salud, de Battle Creek, entraba ahora a una época de prosperidad. A fines de 1868 los pastores J. N. Loughborough y D. T. Bourdeau encendieron la antorcha del adventismo del séptimo día en la costa del Pacífico. El mismo año un grupo de 50 adventistas observadores del sábado, de Europa, entabló

correspondencia con los hermanos de la Asociación General, de Battle Creek, y al año siguiente enviaron a un representante para que cruzara el océano con la súplica de que se les enviaran misioneros.

Sin embargo, a la par de todas estas ganancias y movimientos de expansión, el adversario continuaba trabajando incansablemente con el fin de menoscabar la espiritualidad de los miembros de la iglesia, para inducirlos a amar al mundo y sus atractivos, para colocar dentro de la iglesia la levadura del espíritu de crítica, para cegar las fuentes de la benevolencia, y especialmente para arrastrar a la juventud hacia sus filas. Como (7) mensajera del Señor, la señora de White se dedicaba fiel e intensamente a enviar sus mensajes orales y escritos contra estas peligrosas tendencias, animando a los miembros de la iglesia a alcanzar la norma divina de integridad y justicia.

En algunas oportunidades a la señora White se le dieron revelaciones pertinentes a la experiencia de una cantidad de individuos de una sola iglesia. Después de entregar en conjunto estos testimonios individuales, más tarde escribió la instrucción y la envió a la iglesia correspondiente. En el tomo 2 aparece un buen número de tales comunicaciones.

Quien lea cuidadosamente las 626 páginas de esta obra se sentirá impresionado, no solamente con la gran diversidad de los temas que trata, sino también con la enorme cantidad de material incluido en estos testimonios personales escritos durante un tiempo tan corto. A pesar de eso, se debe tomar en cuenta que el material publicado sólo representa una parte de lo que la señora de White escribió durante este período.

Pocas semanas antes de la aparición del testimonio número 15, el pastor White había escrito una nota para la Review and Herald, pidiendo que las personas a quienes la señora de White había dado un testimonio oral, esperaran con paciencia hasta que pudieran recibir copias del mismo. Refiriéndose a la diligencia y a la persistencia con que la señora de White atendía su trabajo, dijo:

"En esta rama de sus labores ella tiene más o menos dos meses de trabajo entre manos. Durante su gira por el este utilizó todo su tiempo libre escribiendo dichos testimonios. Aun llegó a escribir muchos de ellos mientras se hallaba en reuniones y otros predicaban y hablaban. Después de su regreso su salud y sus fuerzas se han desmejorado por dedicarse tan enteramente a este trabajo. Por lo general escribe de 20 a 40 páginas cada día". —Review and Herald, 3 de marzo de 1868.

Bien podemos imaginar el alivio que experimentó la señora de White al entregar el Testimonio número 15, y su deseo de disfrutar de algunos días de tan necesitado descanso; pero diez días después estaba dedicada nuevamente a la tarea de entregar los muchos mensajes que se le habían confiado. El viernes 12 de junio por la tarde, se encontraba en Battle Creek hablando "a los jóvenes en general". "Se había dirigido a varios personalmente (8) te", hasta casi las diez de la noche, cuando, según informa el pastor White:

"Mientras hablaba desde la plataforma frente al púlpito, del modo más solemne e impresionante, el poder de Dios vino sobre ella, y al momento cayó postrada en visión sobre la alfombra. Muchos presenciaban por primera vez una manifestación tal, y declararon admirados y con perfecta satisfacción que se trataba de la obra de Dios. La visión duró 20 minutos". —Review and Herald, 16 de junio de 1868.

Literalmente 120 páginas del tomo 2 de los Testimonios se menciona definidamente que fueron escritas presentando consejos recibidos durante la visión del 12 de junio de 1868, para la iglesia o para individuos. Muchas otras páginas fueron escritas con las instrucciones dadas ese mismo año en Pilot Grove, Iowa, el 2 de octubre, y en Adams Center, Nueva York, el 25 de octubre.

Estas muchas visiones impulsaron a la señora de White a escribir casi incesantemente. Al informar acerca del viaje que realizaron en barco por el río Mississippi en 1870, el pastor White comenta:

"La señora White se encuentra escribiendo. ¡Pobre mujer! Esta tarea casi eterna de escribir a éste y aquél cuando debería descansar y gozar de los hermosos paisajes y de la amable compañía, me parece

muy mal, pero Dios la bendice y la sostiene, y tenemos que aceptarlo". —Review and Herald, 5 de Junio de 1870.

Cuán gran bendición han sido para la iglesia estos testimonios que primeramente se dirigieron personalmente a individuos. Al leer estos serios consejos y amonestaciones, ¿qué miembro de iglesia ha dejado de descubrir que los problemas, tentaciones y privilegios de los adventistas del séptimo día de los primeros años, no son sus propios problemas, tentaciones y privilegios actualmente? Atesoramos estos mensajes especialmente porque la misma Elena G. de White declara en la introducción del tomo 2: "No hay otra forma más directa y convincente de presentar lo que el Señor me ha mostrado".

Los FIDEICOMISARIOS DE LOS ESCRITOS DE ELENA G. DE WHITE.

(9)

NUMERO QUINCE: TESTIMONIO PARA LA IGLESIA

Introducción.-

Mis hermanos y hermanas difícilmente habrán esperado que este número de los Testimonios apareciera tan pronto. Pero tenía a mano varios testimonios personales, algunos de los cuales aparecen en las páginas siguientes. Y no conozco manera mejor de presentar mis opiniones acerca de peligros y errores de naturaleza general, y el deber de todos los que aman a Dios y guardan sus mandamientos, que mediante la entrega de estos testimonios. Probablemente no haya una manera más directa y eficaz de presentar lo que el Señor me ha mostrado.

Me pareció importante que el Testimonio No. 14 llegara a manos de ustedes algunos días antes del comienzo del congreso de la Asociación General. Por eso ese número fue enviado apresuradamente a la prensa, antes de que yo dispusiera de tiempo para preparar algunos asuntos importantes relacionados con él. En efecto, no hubo posibilidad de introducir este asunto en el No. 14. Por lo tanto, al disponer de material suficiente para el No. 15, se los presento con la oración de que la bendición de Dios lo acompañe en beneficio de su amado pueblo. (10)

Resumen de mi experiencia.-

Desde el 7 de Febrero de 1868, Hasta el 20 de Mayo de 1868.-

Después de llegar a casa, cuando dejamos de sentir la influencia inspiradora de los viajes y el trabajo, comenzamos a sentir más intensamente el cansancio producido por las labores de nuestra gira por el este. Muchos me instaban por carta que les escribiera acerca de lo que les había contado con respecto a lo que el Señor me había mostrado concerniente a ellos. *Y había muchos otros, con quienes no había hablado, cuyos casos eran tan urgentes e importantes como los otros. Pero en vista de que estaba tan cansada, la tarea de escribir tanto me parecía más de lo que podía soportar. Me invadió un sentimiento de desánimo, y me sumergí en un estado de debilidad, y permanecí en esa condición varios días, y a menudo me desmayé. En ese estado físico y mental puse en tela de juicio mi deber de escribir tanto, a tantas personas, algunas de las cuales eran muy indignas. Me pareció que en este asunto había alguna falla por alguna parte.

En la tarde del 5 de febrero el hermano Andrews habló a la gente en nuestro salón de cultos. Pero la mayor parte de esa tarde yo estaba semidesmayada y sin aliento, sostenida por mi esposo. Cuando el hermano Andrews regresó de la reunión, tuvieron unos momentos especiales de oración por mí, y experimenté cierto alivio. Esa noche dormí bien, y a la mañana, aunque débil, me sentí maravillosamente aliviada y reanimada. Soñé que alguien me había traído una pieza de tela blanca, y me había ordenado cortarla para hacer vestidos para personas de todos los tamaños, de todos los caracteres posibles, y de todas las circunstancias de la vida. Se me dijo que los cortara, que los colgara y que los tuviera listos para cuando se los necesitara. Yo tenía la impresión de que muchos de aquellos para quienes se me había pedido que cortara vestidos eran personas indignas. Pregunté si ése era el último vestido que tenía que cortar y se me dijo que no; que tan (11) pronto como hubiera terminado con ése habría otros que ocuparían mi atención. Me sentí desanimada frente a la cantidad de trabajo que

tenía delante de mí, y dije que me había ocupado en cortar vestidos para los demás por más de veinte años, que mis labores no habían sido apreciadas, y que no veía tampoco que mi trabajo hubiera hecho demasiado bien. Hablé con la persona que me trajo la tela acerca de una mujer en particular para quien él me había pedido que cortara un vestido. Declaré que esa persona no apreciaría el vestido, y que sería una pérdida de tiempo y de material ofrecérselo. Era muy pobre, no muy inteligente, sin hábitos de aseo, y pronto lo ensuciaría.

La persona replicó: "Corta los vestidos. Ese es tu deber. La pérdida no es tuya, sino mía. Dios no ve tal como el hombre ve. El planifica la obra que debe ser hecha, y tú no sabes qué va a prosperar, si esto o aquello. Llegará el momento cuando se descubrirá que muchas de estas pobres almas entrarán en el reino, mientras otras, favorecidas por las bendiciones de la vida, poseedoras de capacidad intelectual, y rodeadas de un ambiente agradable, que han dispuesto de todas las ventajas que conducen al progreso, quedarán afuera. Se verá que estas pobres almas han vivido de acuerdo con la débil luz de que disponían, y han avanzado echando mano de los limitados recursos que estaban a su alcance, en forma mucho más aceptable que algunos otros que han gozado de la plenitud de la luz, y de amplias oportunidades de progresar".

Entonces levanté las manos, llenas de callosidades de tanto usar las tijeras, e insistí en que no podía menos que estremecerme ante el pensamiento de que tenía que proseguir con ese trabajo. Entonces la persona volvió a decir: "Corta los vestidos. No ha llegado todavía el momento de que te sientas libre de esto".

Con muchísimo cansancio me puse de pie para continuar el trabajo. Delante de mí encontré tijeras nuevas y brillantes, que comencé a usar. Inmediatamente me abandonaron los sentimientos de cansancio y desánimo; las tijeras parecían cortar casi sin esfuerzo de mi parte, y corté vestido tras vestido con comparativa facilidad.

Gracias al ánimo que me dio este sueño decidí inmediatamente acompañar a mi esposo y al hermano Andrews a Gratiot, (12) Saginaw y Tuscola, confiando en que el Señor me daría fuerzas para trabajar. Así pues, el 7 de febrero salimos de casa y viajamos unos ochenta kilómetros hasta Alma, el lugar de nuestro compromiso. Allí trabajé como de costumbre, con bastante libertad y fortaleza. Los amigos del condado de Gratiot parecían interesados en escuchar, pero muchos de ellos están bastante atrasados en lo que se refiere a la reforma pro salud y a su preparación general. Parecía que había entre esta gente una carencia de orden y la eficiencia necesarios para la prosperidad de la obra y del espíritu del mensaje. El hermano Andrews, sin embargo, los visitó tres semanas después, y pasó buenos momentos con ellos. No puedo pasar por alto algo que me animó, es a saber, que un testimonio muy definido que yo había enviado a una familia fue recibido con provecho por las personas a quienes lo había dirigido. Todavía conservamos un profundo interés por esa familia, y deseamos ardientemente que gocen de prosperidad en el Señor, y aunque sentimos cierto desánimo con respecto a la causa en el condado de Gratiot, con ansias ayudaremos a los hermanos cuando ellos manifiesten el deseo de que los ayudemos.

En la reunión de Alma había hermanos presentes procedentes de San Carlos y Tittabawassee, del condado de Saginaw, que nos instaron a que los visitáramos. No era nuestra intención visitar ese condado en ese momento, sino más bien ir al de Tuscola si se presentaba la oportunidad. Al no oír nada de Tuscola, decidimos visitar Tittabawassee, en el condado de Saginaw, y mientras tanto escribimos al condado de Tuscola para preguntar si nos necesitaban allí. En Tittabawassee nos sentimos agradablemente sorprendidos al encontrar un gran salón de culto, recientemente construido por nuestros hermanos, y bien lleno de observadores del sábado. Los hermanos aparentemente estaban preparados para recibir nuestro testimonio, y disfrutamos de libertad. Una obra grande y buena se ha llevado a cabo en este lugar gracias a las labores del Hno. A. A eso siguió una amarga persecución y oposición, pero al parecer no tuvieron efecto sobre los que vinieron a escuchar, y por lo visto nuestras labores causaron una buena impresión sobre todos. Asistí a once reuniones en ese lugar en el curso de una semana, hablé varias veces entre una y dos horas, y tomé parte en las otras reuniones. En una de

ellas se hizo (13) un esfuerzo especial a fin de inducir a algunas personas que observaban el sábado para que se adelantaran y tomaran la cruz. El deber que la mayor parte de ellos tenía por delante era el bautismo. En mi última visión yo había visto lugares donde se predicaría la verdad y se levantarían iglesias que tendríamos que visitar. Este era uno de esos lugares. Sentí un interés especial por esa gente. Los casos de algunos miembros de la congregación se abrieron delante de mí, y un anhelo de trabajar por ellos se apoderó de mí de tal manera que no me pude deshacer de él. Durante unas tres horas trabajé por ellos, la mayor parte del tiempo exhortándolos con sentimientos de profunda solicitud. Todos tomaron la cruz en esa ocasión, se adelantaron para que oráramos por ellos, y casi todos hablaron. Al día siguiente quince se bautizaron.

Nadie puede visitar a esta gente sin sentirse impresionado por el valor de las fieles labores del Hno. A en favor de esta causa. Su obra consiste en penetrar en lugares donde la verdad no ha sido proclamada todavía, y espero que nuestros hermanos renuncien a sus esfuerzos por apartarlo de esta tarea específica. Puede avanzar con espíritu humilde, apoyado en el brazo del Señor, para rescatar muchas almas de los poderes de las tinieblas. Dios quiera que sus bendiciones continúen derramándose sobre él.

Cuando nuestra serie de reuniones en ese lugar estaba por terminar, vino el hermano Spooner, de Tuscola, a visitar el condado. Enviamos noticias con él cuando regresó el lunes, y proseguimos el jueves después del bautismo. En Vassar celebramos nuestras reuniones el sábado y el primer día en la escuela del lugar. Tuvimos libertad para hablar allí, y vimos buenos frutos de nuestras labores. El primer día, en la tarde, alrededor de treinta apóstatas e hijos de adventistas que no habían hecho ninguna profesión de fe, pasaron al frente. Fue una reunión muy interesante y provechosa. Algunos se estaban apartando de la causa, y sentimos que debíamos trabajar especialmente por ellos. Pero disponíamos de poco tiempo y me pareció que íbamos a tener que dejar la obra inconclusa. Teníamos compromisos en San Carlos y Alma, y para poder cumplirlos tuvimos que concluir el lunes nuestras labores en Vassar.

Esa noche lo que yo había visto en visión acera de ciertas personas (14) del condado de Tuscola se me apareció de nuevo en sueños, y me sentí más impresionada todavía con el sentimiento de que mi obra en favor de esa gente no había concluido. Pero no descubrí otra manera de solucionar el problema sino proseguir para cumplir nuestros compromisos. El martes viajamos 48 kilómetros rumbo a San Carlos y pasamos la noche en casa del Hno. Griggs. Allí escribí quince páginas de testimonios y asistí a una reunión en la tarde. Durante la mañana del miércoles decidimos regresar a Tuscola, siempre que el hermano Andrews estuviera dispuesto a cumplir el compromiso que teníamos con Alma. El estuvo dispuesto a hacerlo. Esa mañana escribí quince páginas más, asistí a una reunión y hablé durante una hora; viajamos unos 53 kilómetros con los hermanos Griggs rumbo a la casa del hermano Spooner en Tuscola. El jueves de mañana fuimos a Watrousville, a casi 26 kilómetros de distancia. Escribí 16 páginas y asistí a una reunión nocturna, durante la cual di un testimonio muy definido a una persona que estaba presente. A la mañana siguiente escribí doce páginas antes del desayuno, regresé a Tuscola, y escribí ocho páginas más.

El sábado mi esposo habló antes del mediodía, y yo lo seguí por dos horas más antes de ir a almorzar. Se clausuró entonces la reunión por unos momentos, durante los cuales comí algo, y después hablé durante una hora en una reunión social, y di testimonios definidos a varios de los que se hallaban presentes allí. Estos testimonios fueron recibidos generalmente con sentimientos de humildad y gratitud. No puedo decir, sin embargo, que todos fueron recibidos de esa manera.

A la mañana siguiente, cuando estábamos por ir al salón de culto para comenzar las arduas labores del día, una hermana a quien había dado un testimonio en el sentido de que le faltaba discreción y cautela, y que no era capaz de controlar plenamente sus palabras y sus actos, vino con su esposo en medio de una manifestación de sentimientos de mucha enemistad y agitación. Comenzó a hablar y a llorar. Balbuceó un poco, confesó algo, pero se justificó a sí misma considerablemente. Tenía una idea

equivocada de muchas de las cosas que yo le había dicho. Su orgullo resultó herido cuando expuse sus faltas tan públicamente. Allí residía, evidentemente, la principal dificultad. Pero, ¿por (15) qué tenía que sentirse así? Los hermanos y las hermanas sabían que esas cosas eran así; por lo tanto, yo no les estaba informando nada nuevo. Pero no dudo de que esas cosas eran nuevas para la hermana. No se conocía a sí misma y no podía juzgar adecuadamente sus propias palabras y actos. Esto en cierta medida es cierto en casi todos los casos; de allí la necesidad de que en la iglesia se reprenda fielmente a los hermanos, y que todos cultiven el amor por los claros testimonios que se les envían.

El esposo parecía no aceptar el hecho de que yo hubiera presentado las faltas de su esposa delante de toda la iglesia, y afirmó que si la hermana White hubiera seguido las instrucciones del Señor que aparecen en Mateo 18:15-17, en ese caso no se hubiera sentido herido: "Por tanto, si tu hermano peca contra ti, vé y repréndele estando tú y él solos; si te oyere, has ganado a tu hermano. Mas si no te oyere, toma aún contigo a uno o dos, para que en boca de dos o tres testigos conste toda palabra. Si no los oyere a ellos, dilo a la iglesia; y si no oyere a la iglesia, tenle por gentil y publicano".

Mi esposo entonces afirmó que él entendía que esas palabras de nuestro Señor se referían a casos de ofensas personales, y no se podían aplicar a nuestra hermana. Ella no había pecado contra la hermana White. Por el contrario, lo que había merecido reprensión pública eran faltas que tenían estado público y que amenazaban la prosperidad de la iglesia y la causa. Aquí —dijo mi esposo— encontramos un texto que se aplica a este caso: "A los que persisten en pecar, repréndelos delante de todos, para que los demás también teman" (1 Tim. 5:20).

El hermano reconoció su error como cristiano, y al parecer dio por terminado el asunto. Era evidente que después de la reunión del sábado de tarde, habían magnificado extraordinariamente muchos de los asuntos relacionados con este caso, y en forma equivocada. Se propuso entonces que se leyera el testimonio escrito. Cuando lo hicimos, la hermana que había sido reprendida preguntó: "¿Eso fue lo que usted dijo ayer?" Contesté que sí. Pareció sorprendida y bastante de acuerdo con el testimonio escrito. Se lo di sin guardar una copia. En esto hice mal. Pero tenía una consideración tan tierna por ella y su esposo, y deseaba (16) y esperaba tan ardientemente que prosperaran, que en este caso quebranté una costumbre establecida.

El tiempo dedicado a la reunión ya estaba transcurriendo, de modo que nos apresuramos a recorrer los dos kilómetros que nos separaban de la congregación que nos estaba esperando. El lector podrá juzgar si la escena de esa mañana estaba bien ajustada o no para ayudarnos a reunir los pensamientos y disponer de la calma necesaria para comparecer delante de la gente. Pero, ¿quién se preocupa por esto? Algunos pueden manifestar un poquito de misericordia, y lo hacen mientras los impulsivos y descuidados aparecen con sus preocupaciones y problemas por lo general justamente antes de que comencemos a hablar, o cuando estamos ya completamente exhaustos después de hablar. Mi esposo, sin embargo, reunió todas sus energías, y habló con facilidad de palabra acerca de la ley y el Evangelio.

Yo había recibido una invitación para hablar en la tarde en el nuevo salón de cultos recientemente construido y dedicado por los metodistas. Este cómodo edificio estaba repleto, y muchos tuvieron que quedarse de pie. Hablé con facilidad de expresión acerca del primero de los dos grandes mandamientos repetidos por nuestro Señor, y me sentí sorprendida cuando me enteré que era el mismo tema acerca del cual había hablado el pastor metodista en la mañana. El y los miembros de su iglesia estaban presentes para escuchar lo que yo tenía que decir.

Al anochecer tuvimos una preciosa conversación en casa del hermano Spooner con los hermanos Miller, Hatch y Haskell, y las hermanas Sturges, Bliss, Harrison y Malin. Llegamos a la conclusión de que por el momento nuestra obra en el condado de Tuscola estaba concluida. Llegamos a interesarnos mucho más en estos queridos hermanos, pero temíamos que la hermana mencionada anteriormente, a quien yo le había dado un testimonio, permitiera que Satanás se aprovechara de ella, y les causara problemas. Sentí el ferviente deseo de que ella pudiera ver las cosas tales como eran. La conducta que había estado siguiendo estaba destruyendo su influencia tanto dentro de la iglesia como fuera de ella.

Pero si recibía la reprensión que tanto necesitaba, y humildemente trataba de corregirse de acuerdo con ella, la iglesia la recibiría nuevamente en su seno, y la gente llegaría a tener un (17) mejor concepto de su cristianismo. Y mejor aún, podría disfrutar de la sonrisa de aprobación de su amado Redentor. Mi ansiosa pregunta era si ella recibiría plenamente el testimonio que se le había dado. Temía que eso no ocurriera, y que en ese caso el corazón de los hermanos de esa región tendría que entristecerse por causa de ella.

Al regresar a casa, le escribí solicitándole una copia del testimonio que le había entregado, y el 15 de abril recibí la siguiente nota, fechada en Dinamarca, el 11 de abril de 1868: "Hermana White: Recibí su carta del 23 de marzo. Siento no poder acceder a su requerimiento".

Todavía conservo los más tiernos sentimientos con respecto a esa familia, y me sentiré feliz de ayudarles cuando pueda. Es cierto que esa manera de proceder con respecto a mí por parte de aquellos por quienes he dado mi vida extiende sobre mí una sombra de tristeza; pero la conducta que debo seguir me ha sido señalada con tanta claridad que no puedo permitir que tales cosas me aparten de la senda del deber. Al regresar del correo con la nota que acabo de mencionar, sintiéndome más bien deprimida, tomé la Biblia, y la abrí con oración para encontrar en ella consuelo y apoyo, y mis ojos se posaron directamente sobre las siguientes palabras del profeta: "Tú, pues, ciñe tus lomos, levántate, y háblales todo cuanto te mande; no temas delante de ellos, para que no te haga yo quebrantar delante de ellos. Porque he aquí que yo te he puesto en este día como ciudad fortificada, como columna de hierro, y como muro de bronce contra toda esta tierra, contra los reyes de Judá, sus príncipes, sus sacerdotes, y el pueblo de la tierra. Y pelearán contra ti, pero no te vencerán; porque yo estoy contigo, dice Jehová, para librarte" (Jer. 1:17-19).

Regresamos a casa de esta gira justamente antes de una tremenda lluvia que se llevó la nieve que había caído. La tormenta nos obligó a suspender la reunión del sábado siguiente y yo comencé en seguida a preparar material para el Testimonio No. 14. También tuvimos el privilegio de cuidar a nuestro querido hermano King, a quien trajimos a casa con una enorme herida en la cabeza y en el rostro. Lo trajimos a casa para que muriera, porque no creíamos que alguien, con semejante fractura de cráneo, pudiera (18) recuperarse. Pero con la bendición de Dios, más el uso prudente de agua, y una dieta frugal hasta que pasara el peligro de la fiebre, y con habitaciones bien ventiladas de día y de noche, en tres semanas estuvo en condiciones de regresar a su casa, y reasumir sus actividades como agricultor. No tomó ni una pizca de medicinas en ningún momento. Aunque bajó bastante de peso como resultado de la pérdida de sangre causada por sus heridas, y del régimen frugal de alimentación a que se lo sometió, cuando pudo ingerir alimentos en mayor cantidad, sin embargo, se recuperó rápidamente.

Por ese entonces comenzamos a trabajar por nuestros hermanos y amigos de los alrededores de Greenville. Como ocurre en muchos lugares, nuestros hermanos necesitaban ayuda. Había algunos que guardaban el sábado, pero que no eran miembros de la iglesia, y otros que habían dejado de guardarlo, y que necesitaban ayuda. Nos sentíamos dispuestos a ayudara esas pobres almas, pero la conducta anterior de los dirigentes de la iglesia con respecto a esas personas, y su actitud actual, nos imposibilitaban casi del todo acercarnos a ellas. Al trabajar con los que habían cometido errores, algunos de los hermanos habían sido demasiado rígidos, demasiado hirientes en sus afirmaciones. Y cuando algunos se sentían inclinados a rechazar su consejo y a apartarse de ellos, decían: "Está bien; si se quieren ir, que se vayan". Mientras se manifestaba tal falta de la compasión, la paciencia y la ternura de Jesús por parte de sus profesos seguidores, estas pobres almas sumidas en el error e inexpertas, abofeteadas por Satanás, ciertamente iban a naufragar en su fe. Por grandes que sean los daños y los pecados de los que se encuentran en el error, nuestros hermanos deben aprender a manifestar no sólo la ternura del gran Pastor, sino también su preocupación y amor inextinguibles por las pobres ovejas errantes. Nuestros pastores trabajan y predican semana tras semana, y se regocijan porque unas pocas almas aceptan la verdad; no obstante, algunos hermanos de ánimo pronto y decidido pueden destruir

esa obra en cinco minutos al permitir que sus sentimientos los induzcan a pronunciar palabras como éstas: "Está bien; si se quieren ir, que se vayan".

Descubrimos que no podíamos hacer nada por las ovejas esparcidas (19) que se encontraban alrededor de nosotros, mientras no corrigiéramos primeramente los errores de muchos de los miembros de la iglesia. Ellos habían permitido que esas pobres almas se descarriaran. No se habían preocupado de atenderlas. En efecto, parecía que estaban ensimismados, y que estaban muriendo de muerte espiritual por falta de ejercicio espiritual. Seguían amando la causa en general, y estaban listos para apoyarla.

Estaban dispuestos a atender a los siervos de Dios. Pero había una definida falta de atención por las viudas, los huérfanos y los miembros débiles del rebaño. Además de cierto interés por la causa en general, aparentemente había muy poco interés por cualquiera que no fuera miembro de sus propias familias. Como consecuencia de una religión tan estrecha, estaban muriendo de muerte espiritual.

Había algunos que guardaban el sábado, asistían a las reuniones y participaban del plan de la benevolencia sistemática, pero que no formaban parte de la iglesia. Y es verdad que no estaban en condiciones de pertenecer a ninguna iglesia. Pero mientras los dirigentes de la iglesia asumían la actitud que descubrimos en algunos, y les daban poco o ningún ánimo, era casi imposible que ellos se levantaran con la fortaleza de Dios para obrar mejor. Al comenzar a trabajar por la iglesia, y a enseñarles que debían trabajar por los que estaban fallando, mucho de lo que yo había visto con respecto a la obra en ese lugar se abrió ante mí, y escribí varios testimonios definidos no sólo para los que habían fallado grandemente y estaban fuera de la iglesia, sino para los miembros de la iglesia que habían errado tanto al no salir a buscar a la oveja perdida. Y nunca me sentí más desilusionada que al verificar de qué manera se recibieron esos testimonios. Cuando fueron reprendidos los que habían fallado muchísimo, mediante testimonios bien definidos leídos en público en presencia de ellos, los recibieron, y confesaron con lágrimas sus faltas. Pero algunos miembros de la iglesia, que pretendían ser grandes amigos de la causa y de los Testimonios, apenas podían creer que fuera posible que hubieran estado tan equivocados como los testimonios lo establecían. Cuando se les dijo que eran egoístas, preocupados sólo de sí mismos y de sus familias; que no se habían preocupado de los demás, habían sido (20) exclusivistas y habían permitido que algunas almas preciosas perecieran; que estaban en peligro de ser sobreprotectores y justos en su propia opinión, cayeron en un estado de gran agitación, y se sintieron sometidos a prueba.

Pero esta experiencia era exactamente lo que necesitaban para aprender a ser tolerantes con los que pasaban por un estado similar. Hay muchos que se sienten seguros de que no serán probados por los Testimonios, y siguen en esa condición hasta que son sometidos a prueba. Les parece raro que alguien manifieste dudas. Son intolerantes con los que lo hacen, y hieren y azotan, para manifestar su celo por los Testimonios, con lo que demuestran que tienen más justicia propia que humildad. Pero cuando el Señor los reprende por sus errores, descubren que son más débiles que el agua. Cuando eso ocurre, apenas pueden resistir la prueba. Estas cosas deberían enseñarles humildad, ternura, y un amor inextinguible por los que están en el error.

Me parece que el Señor está extendiendo a los que han fallado, a los débiles y temblorosos, y hasta a los que han apostatado de la verdad, una invitación especial a incorporarse plenamente al rebaño. Pero sólo pocos en la iglesia creen lo mismo. Y menos aún están dispuestos a ponerse en condiciones de ayudarles. Hay muchos más que se interponen en el camino que deben recorrer esas pobres almas. Muchísimos asumen una actitud de estrictez. Requieren de los que están en error que cumplan tales y tales condiciones antes de extenderles una mano ayudadora. De ese modo los mantienen fuera del alcance de su brazo. No han aprendido que tienen el deber especial de salir a buscar esas ovejas perdidas. No deben esperar que ellas vengan adonde ellos están. Leamos la conmovedora parábola de la oveja perdida: "Se acercaban a Jesús todos los publicanos y pecadores para oírle, y los fariseos y los escribas murmuraban, diciendo: Este a los pecadores recibe, y con ellos come. Entonces él les refirió esta parábola, diciendo: ¿Qué hombre de vosotros, teniendo cien ovejas, si pierde una de ellas, no deja

las noventa y nueve en el desierto, y va tras la que se perdió, hasta encontrarla? Y cuando la encuentra, la pone sobre sus hombros gozoso: y al llegar a casa, reúne a sus amigos
y vecinos, diciéndoles: Gozaos conmigo, porque he encontrado V» mi oveja que se había perdido. Os digo que así habrá más gozo en (21) el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no necesitan de arrepentimiento" (Luc. 15:1-7).

Los fariseos murmuraban porque Jesús recibía a los publicanos y los pecadores comunes, y comía con ellos. En su justicia propia despreciaban a esos pobres pecadores que alegremente escuchaban las palabras de Jesús. El Señor dio la parábola de la oveja perdida para reprender la actitud de los escribas y fariseos, y con el fin de dar una lección impresionante para todos. Notemos, en particular, los siguientes puntos:

Se deja a las noventa y nueve, y se inicia una búsqueda diligente de la única que se había perdido. Se hace un esfuerzo total en favor de la oveja desafortunada. Del mismo modo los esfuerzos de la iglesia deberían dirigirse hacia los que se están apartando del redil de Cristo. Y si se han alejado mucho, no hay que esperar a que regresen antes de tratar de ayudarles, sino que hay que ir en busca de ellos.

Cuando la oveja perdida fue hallada, fue llevada a casa con gozo, y hubo mucha alegría después. Esto ilustra la bendición y el gozo que resultan de trabajar en favor de los que yerran. La iglesia que se dedica con éxito a esta tarea es una iglesia feliz. El hombre o la mujer cuyas almas se sienten conmovidas de compasión y amor por los extraviados, y que trabajan para traerlos al redil del gran Pastor, se dedican a una tarea bendita. Y, ¡oh, qué pensamiento más emocionante es que cuando de este modo se logra rescatar un alma, hay más gozo en el cielo que por noventa y nueve justos! Las almas egoístas, exclusivistas y exigentes, que parecen tener miedo de ayudar a los que están en error, como si se fueran a contaminar si lo hicieran, no experimentan las dulzuras de esta obra misionera; no participan de esa bendición que llena todo el cielo con el regocijo que produce el rescate de un solo ser que se haya apartado de Dios. Se encierran en sus estrechas opiniones y pensamientos, y se vuelven tan áridos e infructíferos como los montes de Gilboa, sobre los cuales no caía ni rocío ni lluvia. Si se priva de trabajo a un hombre fuerte, se debilitará. Las iglesias o personas que se privan de llevar cargas en favor de los demás, que se encierran en sí mismas, pronto sufrirán de debilidad espiritual. El trabajo únicamente mantiene en forma-al hombre fuerte. Y el trabajo espiritual, la actividad y (22) el llevar cargas únicamente fortalecerá a la iglesia de Cristo.

El sábado 18 y el domingo 19 de abril disfrutamos de buenos momentos con nuestros hermanos de Greenville. Los hermanos A y B estaban con nosotros. Mi esposo bautizó a ocho personas. El 25 y el 26 estuvimos con los hermanos de la Iglesia de Wright. Esta querida gente siempre está dispuesta a recibirnos. Allí mi esposo bautizó a ocho más.

El 2 de mayo nos reunimos con una numerosa congregación en el salón de cultos de Monterrey. Mi esposo habló con claridad y fuerza acerca de la parábola de la oveja perdida. La Palabra fue una gran bendición para esa gente. Algunos de los que se habían extraviado estaban fuera de la iglesia y no había interés en trabajar para ayudarles. En efecto, la actitud rígida, inflexible y carente de sentimientos de algunos miembros de la iglesia estaba calculada para impedirles que volvieran si hubieran tenido la intención de hacerlo. El tema tocó el corazón de todos, y todos manifestaron el deseo de rectificar las cosas. El domingo hablamos tres veces en Allegan ante congregaciones numerosas. Nuestro itinerario indicaba que debíamos estar el 9 con la Iglesia de Battle Creek, pero sentíamos que nuestra obra en Monterrey acababa de comenzar, y por lo tanto decidimos regresar allí para trabajar una semana más con esa iglesia.

La buena obra progresó, y sobrepasó nuestras expectativas. El salón estaba lleno, y nunca antes habíamos visto una obra semejante en Monterrey, llevada a cabo en tan poco tiempo. El domingo, cincuenta se adelantaron para pedir que oráramos por ellos. Los hermanos se sintieron profundamente conmovidos por las ovejas perdidas, confesaron su frialdad y su indiferencia, e hicieron buenas decisiones. Los hermanos G. T. Lay y S. Rummery dieron buenos testimonios, y fueron recibidos con

gozo por sus hermanos. Se bautizaron catorce; uno de ellos era un hombre de edad mediana que antes se había opuesto a la verdad. La obra avanzó solemnemente, con confesiones y muchas lágrimas, e impulsando a todos. Así clausuramos las labores del año del congreso. Y aún creíamos que la buena obra realizada en Monterrey de ningún modo estaba terminada. Hemos hecho arreglos para regresar y dedicar varias semanas a trabajar en el condado de Allegan. (23)

El congreso que acaba de terminar fue una ocasión de profundo interés. Las labores de mi esposo fueron muy intensas durante sus numerosas sesiones, y tiene que descansar. Nuestras labores del año pasado fueron consideradas favorablemente por nuestros hermanos, y durante el congreso se nos manifestó simpatía, tierna consideración y amabilidad. Gozamos con ellos de gran libertad, y nos separamos gozando de confianza y amor mutuos.

Trabajando por Cristo.-

De acuerdo con lo que se me ha mostrado, los observadores del sábado se vuelven más egoístas a medida que aumentan sus riquezas. Su amor por Cristo y su pueblo está disminuyendo. No ven las necesidades de los pobres, ni sienten sus sufrimientos ni sus pesares. No se dan cuenta de que al descuidar a los pobres y a los que sufren están descuidando a Cristo, y que al aliviar las necesidades y los sufrimientos de los pobres en la mayor medida de sus posibilidades, están sirviendo a Jesús.

Cristo dice a sus redimidos: "Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui forastero, y me recogisteis; estuve desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a mí. Entonces los justos le responderán diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te sustentamos, o sediento, y te dimos de beber? ¿Y cuándo te vimos forastero, y te recogimos, o desnudo, y te cubrimos? ¿O cuándo te vimos enfermo, o en la cárcel, y vinimos a ti? Y respondiendo el Rey, les dirá: De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de éstos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis" (Mat. 25:34-40).

Convertirse en un obrero que persevera pacientemente en ese bien hacer que implica labores abnegadas, es una tarea gloriosa que merece las sonrisas del Cielo. El trabajo fiel es más aceptable por parte de Dios que el culto más celoso y considerado más santo. Las oraciones, las exhortaciones y las charlas son frutos baratos que frecuentemente están vinculados entre sí; pero (24) los frutos que se manifiestan mediante buenas obras, en atención de los necesitados, los huérfanos y las viudas, son frutos genuinos, y crecen naturalmente en un buen árbol.

La religión pura y sin mancha delante del Padre es ésta: "Visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones, y guardarse sin mancha de este mundo" (Sant. 1:27). Las buenas obras son los frutos que Cristo quiere que produzcamos; palabras amables, hechos generosos, de tierna consideración por los pobres, los necesitados, los afligidos. Cuando los corazones simpatizan con otros corazones abrumados por el desánimo y el pesar, cuando la mano se abre en favor de los necesitados, cuando se viste al desnudo, cuando se da la bienvenida al extranjero para que ocupe su lugar en la casa y en el corazón, los ángeles se acercan, y un acorde parecido resuena en los Cielos. Todo acto de justicia, misericordia y benevolencia produce melodías en el Cielo. El Padre desde su trono observa a los que llevan a cabo estos actos de misericordia, y los cuenta entre sus más preciosos tesoros. "Y serán míos, dice Jehová de los ejércitos, en aquel día cuando reúna mis joyas". Todo acto misericordioso, realizado en favor de los necesitados y los que sufren es considerado como si se lo hubiera hecho a Jesús. Cuando socorréis al pobre, simpatizáis con el afligido y el oprimido, y cultiváis la amistad del huérfano, entabláis una relación más estrecha con Jesús.

"Entonces dirá también a los de la izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; fui forastero, y no me recogisteis; estuve desnudo, y no me cubristeis; enfermo, y en la cárcel, y no me visitasteis. Entonces también ellos le responderán diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos

hambriento, sediento, forastero, desnudo, enfermo, o en la cárcel, y no te servimos? Entonces les responderá diciendo: De cierto os digo que en cuanto no lo hicisteis a uno de estos más pequeños, tampoco a mí lo hicisteis. E irán éstos al castigo eterno, y los justos a la vida eterna" (Mat. 25:41-46).
Jesús se identifica con la gente que sufre. "Yo tenía hambre y sed. Yo era forastero. Yo estaba desnudo. Yo me hallaba enfermo. Yo me encontraba en la cárcel. Mientras vosotros (25) disfrutabais del abundante alimento extendido sobre vuestra mesa, yo padecía de hambre en la choza o en la calle, no lejos de vosotros. Cuando cerrasteis vuestras puertas delante de mí, mientras vuestras bien amobladas habitaciones estaban vacías, yo no tenía donde reclinar la cabeza. Vuestros guardarropas estaban repletos de trajes y vestidos para cambiaron, en cuya adquisición dilapidasteis mucho dinero que podríais haber dado a los necesitados, yo carecía de vestidos cómodos. Mientras gozabais de salud, yo estaba enfermo. La desgracia me arrojó en prisión y me encadenó, doblegando mi espíritu y privándome de libertad y esperanza, mientras vosotros andabais de aquí para allá, libres". ¡Qué unidad dice Jesús aquí que existe entre él y sus sufrientes discípulos! Considera que el caso de ellos es el suyo. Se identifica con ellos como si fuera él mismo quien sufre. Toma nota, cristiano egoísta, que cada vez que descuidas al pobre necesitado y al huérfano, estás desamparando a Jesús en persona.
Conozco personas que hacen una elevada profesión de fe, cuyos corazones están tan encasillados en el amor de sí mismos y en el egoísmo, que no pueden apreciar lo que estoy escribiendo. Toda la vida han pensado y vivido sólo para sí mismos. Hacer un sacrificio para beneficiar a los demás, perder algo para que otros puedan ganar, está totalmente fuera de sus planes. No tienen la menor idea de que Dios les pide esto. El yo es su ídolo. Semanas, meses y años preciosos pasan a la eternidad, sin que se registre en el Cielo que hayan realizado actos bondadosos, se hayan sacrificado por el bien de los demás, hayan alimentado al hambriento, vestido al desnudo o recibido en sus casas al forastero. Esto de recibir extraños al azar no es agradable. Si supieran que los que desean participar de su abundancia son dignos de ello, tal vez podrían hacer algo en este sentido. Hay virtud en arriesgarse. Es posible que hospedemos ángeles.
Hay huérfanos que deberían ser atendidos; pero algunos no se atreven a emprender esta tarea, porque les daría más trabajo del que quisieran realizar, y les dejaría muy poco tiempo para la complacencia propia. Pero cuando el Rey proceda con su investigación, estas almas que no hacen nada, carentes de generosidad, entonces se darán cuenta de que el Cielo está de parte de los que han sido trabajadores, de los que se han negado a sí (26) mismos por causa de Cristo. No se ha hecho provisión alguna para los que siempre han tenido un cuidado especial en amarse y cuidarse a sí mismos. El terrible castigo con que el Rey amenaza a los que se hallan a su izquierda, en este caso, no tiene por motivo sus grandes crímenes. No se los condena por lo que hicieron, sino por lo que dejaron de hacer. No hicisteis lo que el Cielo os había dicho que hicierais. Os complacisteis a vosotros mismos, y vuestra parte está con los que se complacen a sí mismos.
A mis hermanas digo: Sed hijas de benevolencia. El Hijo del hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido. Tal vez pensasteis que si encontrarais a un niño sin defectos, lo recibiríais y lo cuidaríais; pero perturbar la mente con el cuidado de un chico vagabundo, lograr que desaprenda muchas cosas y aprenda otras nuevas, y enseñarle dominio propio, es una tarea que rehusáis emprender. Enseñar al ignorante, tener compasión de los que siempre han aprendido el mal, y reformarlos, no es tarea fácil; pero el Cielo ha puesto precisamente a esas personas en vuestro camino. Son bendiciones disfrazadas.
Hace años se me mostró que el pueblo de Dios sería probado en cuanto a proporcionar hogares a los que carecían de ellos; que muchos quedarían sin hogar como consecuencia de haber aceptado la verdad. La oposición y la persecución privaría a los creyentes de sus hogares, y era deber de los que los tenían abrir ampliamente sus puertas para recibir a los que no los tenían. Me fue mostrado más recientemente que Dios va a probar especialmente a su pueblo profeso con referencia a este asunto. Cristo, por nuestra causa se hizo pobre, para que nosotros, mediante su pobreza fuésemos enriquecidos. Hizo un sacrificio

a fin de poder proveer hogares a los peregrinos y extranjeros que en este mundo buscan una patria mejor, es a saber, la celestial. ¿Será posible que los que han sido objetos de su gracia, que esperan ser herederos de la inmortalidad, rehúsen e incluso manifiesten mala voluntad cuando se les propone que compartan sus hogares con los necesitados? ¿Será posible que nosotros, que somos discípulos de Jesús, rehusemos permitir que los extraños traspongan nuestras puertas porque los tales no conocen a los que moran en nuestros hogares? (27)

¿No tiene fuerza en nuestro tiempo, acaso, el precepto del apóstol: "No os olvidéis de la hospitalidad, porque por ella algunos, sin saberlo, hospedaron ángeles" (Heb. 13:2)?

Cada día sufro por la exhibición de egoísmo que se nota entre nuestro pueblo. Hay una alarmante ausencia de amor y atención por los que la merecen. Nuestro Padre celestial pone bendiciones disfrazadas en nuestra senda, pero algunos ni siquiera las tocan por temor de que éstas los aparten de sus placeres. Los ángeles están esperando para ver si vamos a aprovechar las oportunidades que están a nuestro alcance a fin de hacer el bien; están esperando para ver si vamos a bendecir a los demás con el fin de bendecirnos a nosotros a su vez. Dios mismo nos ha hecho diferentes: a algunos pobres, a algunos ricos, a algunos afligidos, para que todos tengamos la oportunidad de desarrollar el carácter. Dios ha permitido a propósito que haya pobres, para probarnos, y para que demostremos lo que hay en nuestros corazones.

He oído a muchos excusarse por no recibir a los santos de Dios en sus hogares y en sus corazones. "¡Pero, no tengo nada preparado; no he cocinado nada; deberían ir a otro lugar!" Y en ese otro lugar puede ser que se haya inventado otra excusa para no recibir a los que necesitan hospitalidad, de modo que los visitantes se sienten profundamente heridos en sus sentimientos, y reciben una impresión desagradable con respecto a la hospitalidad de estos profesos hermanos y hermanas. Si no tiene pan, hermana, imite el caso que se nos presenta en la Biblia. Vaya a su vecino y dígale: "Amigo, préstame tres panes, porque un amigo mío ha venido a mí de viaje, y no tengo qué ponerle delante" (Luc. 11:5-6). No tenemos ejemplo alguno de que esta falta de pan se haya usado como excusa para rehusar la entrada a alguien que la solicitaba. Cuando Elías llegó a la casa de la viuda de Sarepta, ella compartió su pan con el profeta de Dios, y él hizo un milagro; de modo que el acto de brindarle hogar a su siervo, y de compartir su pan con él, dio como resultado que ella misma recibió sostén, y tanto su vida como la de su hijo fueron preservadas. Lo mismo sucederá en el caso de muchos, si lo hacen alegremente para la gloria de Dios.

Algunos invocan su mala salud: si tuvieran fuerzas lo harían con gusto. Los tales se han encerrado tanto en sí mismos, han (28) pensado tanto en sus propios pobres sentimientos, y han hablado tanto de sus sufrimientos, pruebas y aflicciones, que todo esto ha llegado a ser su verdad presente. Sólo pueden pensar en sí mismos, no importa cuántos haya que necesitan de simpatía y asistencia. A vosotros que sufrís de mala salud, os digo que hay remedio. Si vestís al desnudo, y al pobre errante introducís en vuestra casa, y compartís vuestro pan con el hambriento, "entonces nacerá tu luz como el alba, y tu salvación (salud, en hebreo) se dejará ver pronto" (Isa. 58:8). El hacer el bien es un excelente remedio contra la enfermedad. A los que se dedican a esta obra se les extiende la invitación de invocar a Dios, y él se ha comprometido a responderles. Sus almas serán satisfechas en medio de la sequía, y serán como huerto en tierra regada, cuyas aguas nunca faltan.

Despertaos, hermanos y hermanas. No os asustéis de las buenas obras. "No nos cansemos, pues, de hacer el bien; porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos" (Gál. 6:9). No esperéis a que se os indique cuál es vuestro deber. Abrid vuestros ojos, y observad a los que os rodean; relacionaos con los desamparados, afligidos y necesitados. No os ocultéis de ellos, ni tratéis de ignorar sus necesidades. ¿Quién presenta las características mencionadas por Santiago, y posee una religión pura, sin mancha de egoísmo o corrupción? ¿Quiénes están ansiosos de hacer todo lo posible para colaborar con el gran plan de salvación?

Conozco una viuda que tiene que sostener dos hijos pequeños, y que para ello depende únicamente de su aguja. Se ve pálida y abrumada por las preocupaciones. A lo largo del duro invierno ha luchado para sostenerse con sus hijos. Ha recibido algo de ayuda, pero, ¿quién podría creer que le llegaría a faltar algo si manifestara más interés en este caso? Allí están sus dos hijos, de nueve y once años, que necesitan hogares. ¿Quiénes están dispuestos a proporcionarles hogares por amor a Cristo? La madre debería recibir alivio de esta preocupación y del confinamiento que implica trabajar en la costura. Estos niños viven en una aldea, y la única que los cuida es su madre, abrumada de cansancio. Necesitan que alguien les enseñe a trabajar, en la medida de sus posibilidades. Necesitan que alguien los instruya con paciencia, amabilidad y amor. Alguien podría decir: "¡Ah, sí! Yo (29) los voy a recibir y les voy a enseñar a trabajar". Pero los tales no deben perder de vista el hecho de que estos chicos necesitan otras cosas además de eso. Necesitan recibir instrucción para que puedan desarrollar buenos caracteres cristianos. Necesitan amor y afecto; necesitan que se los prepare para ser útiles aquí, y finalmente para que puedan llegar al Cielo. Despojaos del egoísmo, y ved si no hay muchos a quienes podéis ayudar y bendecir con vuestros hogares, simpatía y amor, conduciéndolos al Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. ¿Queréis hacer algún sacrificio para salvar almas? Jesús, el amado Salvador, está preparando un hogar para vosotros; y ¿por qué vosotros, a vuestra vez, no preparáis un hogar para los que lo necesitan, y al hacerlo imitáis el ejemplo del Maestro? Si no estáis dispuestos a hacerlo, cuando necesitéis una habitación en los cielos, no tendréis ninguna. Porque Cristo dice: "Cuando no lo hicisteis a uno de estos más pequeños, tampoco a mí lo hicisteis" (Mat. 25:45). A vosotros que habéis sido egoístas, que habéis procurado toda la vida vuestra propia comodidad y vuestra ventaja, os digo que las horas de vuestra prueba están llegando rápidamente a su fin. ¿Qué estáis haciendo para redimir vuestra vida del egoísmo y la inutilidad? ¡Despertaos! ¡Despertaos!

Al considerar vuestro interés eterno, poneos de pie, y comenzad a sembrar buena semilla. Cosecharéis lo que sembréis. La cosecha se aproxima, la gran cosecha cuando segaremos lo que hemos sembrado. No habrá falla; la cosecha es segura. Ahora es el momento de sembrar. Haced ahora esfuerzos para ser ricos en buenas obras, "dadivosos, generosos; atesorando para sí buen fundamento para lo por venir, que echen mano de la vida eterna" (1 Tim. 6:18,19). Os imploro, mis queridos hermanos de todo lugar, que os despojéis del hielo de vuestra frialdad. Animaos mutuamente a amar la hospitalidad, a querer auxiliar a los que necesitan ayuda.

Podéis decir que habéis sido sorprendidos en vuestra buena fe y que habéis compartido vuestros medios con personas indignas de vuestra caridad, y que por lo tanto no os sentís animados a tratar de ayudar a los necesitados. Os presento a Jesús. Vino a salvar al hombre caído, a traer salvación a su propia nación; pero ellos no quisieron aceptarlo. Respondieron a su misericordia con insultos (30) y desprecio, y finalmente enviaron a la muerte al que había venido para darles vida. ¿Se apartó Dios de la raza caída por causa de esto? Aunque vuestros esfuerzos por hacer el bien hayan fracasado noventa y nueve veces, y hayáis recibido solamente insultos, reproches y odio, si a la centésima vez obtenéis éxito, y un alma se salva, ¡qué victoria habréis conseguido! Un alma arrancada de las garras de Satanás; un alma beneficiada, un alma animada. Esto compensará mil veces todos vuestros esfuerzos. A vosotros Jesús os dirá: "En cuanto lo hicisteis a uno de éstos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis" (Mat. 25:40). ¿No deberíamos hacer con alegría todo lo posible para imitar la vida de nuestro divino Señor? Muchos retroceden ante la idea de hacer algún sacrificio en favor de los demás. No están dispuestos a sufrir para ayudar a otros. Se arrullan con la idea de que no se les pide que se perjudiquen en beneficio de los demás. A los tales digo: Jesús es nuestro ejemplo.

Cuando se hizo el pedido de que los hijos de Zebedeo se sentaran uno a la derecha y el otro a la izquierda de Jesús en su reino, el Señor contestó: "No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber del vaso que yo he de beber, y ser bautizados con el bautismo con que yo soy bautizado? Y ellos le dijeron: Podemos. El les dijo: A la verdad, de mi vaso beberéis, y con el bautismo con que yo soy bautizado, seréis bautizados; pero el sentaron a mi derecha y a mi izquierda, no es mío darlo, sino a aquellos para

quienes está preparado por mi Padre" (Mat. 20:22-23). ¿Cuántos pueden responder: Podemos beber del vaso; podemos ser bautizados con el bautismo; y responder inteligentemente? ¿Cuántos imitan al gran Ejemplo? Todos los que profesáis ser seguidores de Cristo, al dar este paso, os habéis comprometido a andar como él anduvo. No obstante, la conducta de muchos pone de manifiesto que en su elevada profesión de la verdad se refieren muy poco al Modelo en lo que respecta a conformar sus vidas a él. Adaptan su conducta para que alcance sus propias normas imperfectas. No imitan la abnegación de Cristo ni su vida de sacrificio en favor de los demás.

Los pobres, los desamparados y las viudas están entre nosotros. Oí a un rico granjero describir la condición de una pobre viuda que vivía entre ellos. Lamentó sus apremiantes circunstancias (31) y después dijo: "No sé cómo va a poder pasar este frío invierno. Está pasando ahora por momentos muy difíciles". Los tales se han olvidado del Modelo, y por medio de sus actos dicen: "No, Señor, no podemos beber del vaso de abnegación y humillación que tú bebiste, ni ser bautizados con el sufrimiento con que tú fuiste bautizado. No podemos vivir para beneficiar a los demás. Nuestra ocupación consiste en cuidar de nosotros mismos". ¿Quién puede saber cómo lo va a pasar la viuda si no son los que tienen sus graneros bien colmados? Los medios para que ella pueda sobrevivir están al alcance de la mano. ¿Cómo se atreven aquellos a quienes Dios ha hecho sus mayordomos, a quienes ha confiado medios económicos, a sustraerlos a los necesitados discípulos de Cristo? Si así lo hacen, se los sustraen a Jesús. ¿Esperáis vosotros que Dios haga caer alimento del cielo para atender al necesitado? ¿No los ha puesto acaso entre vosotros, para ayudarles y bendecirlos por medio de vosotros? ¿No os ha hecho acaso sus instrumentos para realizar esta buena obra, a fin de probaros, y daros el privilegio de depositar tesoros en el Cielo?

Los niños que carecen de padres y madres son depositados en los brazos de la iglesia, y Cristo dice a sus seguidores: "Tomad estos niños destituidos; criadlos en mi lugar, y recibiréis vuestro salario". He visto mucho egoísmo manifestado en estos casos. A menos que haya alguna evidencia especial de que ellos mismos se van a beneficiar si adoptan en el seno de sus familias a los que necesitan hogares, algunos se apartan y responden: No. Parece que no saben si los tales se salvarán o se perderán, ni les preocupa tampoco. Eso, según creen, no es asunto de ellos. Con Caín dicen: "¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?" (Gén. 4:9). No están dispuestos a incomodarse ni a hacer ningún sacrificio en favor de los huérfanos, y con indiferencia los arrojan en los brazos del mundo que a veces está más dispuesto a recibirlos que los profesos cristianos. En el día de Dios, aquellos a quienes el Cielo dio la oportunidad de salvar tendrán que rendir cuenta. Pero prefirieron excusarse y no estuvieron dispuestos a dedicarse a esta buena obra a menos que les reportara algún beneficio. Se me ha mostrado que los que rehúsan estas oportunidades de hacer el bien, escucharán estas palabras de labios de Jesús: "Cuando no (32) lo hicisteis a uno de estos más pequeños, tampoco a mí lo hicisteis" (Mat. 25:45). Os ruego que leáis el capítulo 58 de Isaías:

"¿Es tal el ayuno que yo escogí, que de día aflija el hombre su alma, que incline su cabeza como junco, y haga cama de cilicio y de ceniza? ¿Llamaréis a esto ayuno, y día agradable a Jehová? ¿No es más bien el ayuno que yo escogí, desatar las ligaduras de impiedad, soltar las cargas de opresión, y dejar ir libres a los quebrantados, y que rompáis todo yugo? ¿No es que partas tu pan con el hambriento, y a los pobres errantes albergues en casa; que cuando veas al desnudo, lo cubras, y no te escondas de tu hermano? Entonces nacerá tu luz como el alba, y tu salvación se dejará ver pronto; e irá tu justicia delante de ti, y la gloria de Jehová será tu retaguardia. Entonces invocarás, y te oirá Jehová; clamarás, y dirá él: Heme aquí. Si quitares de en medio de ti el yugo, el dedo amenazador, y el hablar vanidad; y si dieres tu pan al hambriento, y saciares el alma afligida, en las tinieblas nacerá tu luz, y tu oscuridad será como el mediodía. Jehová te pastoreará siempre, y en las sequías saciará tu alma, y dará vigor a tus huesos; y serás como huerto de riego, y como manantial de aguas, cuyas aguas nunca faltan" (versos 5-11).

Esta es la obra especial que tenemos ahora delante de nosotros. Todas nuestras oraciones y todos nuestros ayunos no lograrán nada, a menos que emprendamos resueltamente esta tarea. Sagradas obligaciones descansan sobre nosotros. Nuestro deber está claramente señalado. El Señor nos ha hablado por medio de su profeta. Los pensamientos del Señor y sus caminos no son los que los mortales, ciegos y egoístas, creen que son, o quisieran que fueran. El Señor mira el corazón. Si el egoísmo mora allí, él lo sabe. Podemos tratar de ocultar nuestro verdadero carácter frente a nuestros hermanos y hermanas, pero Dios lo conoce. No le podemos ocultar nada.

Aquí se describe el ayuno que Dios puede aceptar. Consiste en compartir tu pan con el hambriento, y llevar a tu casa al pobre que anda errante. No esperes a que acudan a ti. No es tarea de ellos buscarte y rogarte que les des un lugar. Tú tienes que buscarlos y llevarlos a tu casa. Tú debes derramar tu alma en procura de ellos. Debes levantar una mano para aferrarte por la fe de (33) la poderosa mano que brinda salvación, mientras con tu otra mano de amor alcanzas al oprimido con el fin de darle alivio. Es imposible que te aferres de la mano de Dios con una mano, mientras empleas la otra para servir a tus propios placeres.

Si os dedicáis a esta obra de misericordia y amor, ¿será posible que esta tarea sea demasiado pesada para vosotros? ¿Fracasaréis y seréis aplastados bajo su peso, y vuestra familia quedará privada de vuestro auxilio y vuestra influencia? ¡Oh, no! Dios ha eliminado cuidadosamente toda duda con respecto a este asunto al hacer un compromiso con vosotros condicionado a vuestra obediencia. Esta promesa abarca todo lo que el más exigente y más vacilante podría anhelar. "Entonces nacerá tu luz como el alba, y tu salvación (salud) se dejará ver pronto". Solamente creed que el que prometió es fiel. Dios puede renovar la fortaleza física. Más aún: dice que lo va a hacer. Y la promesa no termina aquí. "Irá tu justicia delante de ti, y la gloria de Jehová será tu retaguardia". Dios edificará una fortaleza a vuestro alrededor. Pero la promesa tampoco se detiene aquí. "Entonces invocarás, y te oirá Jehová; clamarás, y dirá él: Heme aquí". Si eliminái la opresión y dejáis de hablar vanidad, si derramáis vuestra alma al hambriento, "en las tinieblas nacerá tu luz, y tu oscuridad será como el mediodía. Jehová te pastoreará siempre, y en las sequías (hambrunas) saciará tu alma, y dará vigor a tus huesos; y serás como huerto de riego, y como manantial de aguas, cuyas aguas nunca faltan".

Leed Isaías 58 vosotros que pretendéis ser hijos de la luz. Leedlo especialmente una y otra vez vosotros que os habéis sentido tan poco inclinados a molestaron para favorecer a los necesitados. Vosotros, cuyos corazones y hogares son demasiado estrechos para dar cabida a los que no tienen casa, leedlo; leedlo vosotros, que podéis ver a los huérfanos y a las viudas oprimidos por la mano de hierro de la pobreza, y humillados por los mundanos de duro corazón. Leedlo si teméis que vais a introducir en vuestras familias una influencia que os va a dar más trabajo. Vuestros temores pueden ser infundados, y os puede alcanzar una bendición que conoceréis y experimentaréis cada día. Pero si así no fuera, si efectivamente se requiriera trabajo extra, podéis invocar al que prometió: "Entonces nacerá tu luz como el alba, y tu (34) salvación (salud) se dejará ver pronto". La razón por la cual el pueblo de Dios no tiene una actitud más espiritual, y no dispone de más fe, según se me ha mostrado, consiste en que el egoísmo lo ha vuelto estrecho. El profeta se dirige a observadores del sábado, no a incrédulos, sino a quienes hacen gran alarde de piedad. No es la abundancia de nuestras reuniones lo que Dios acepta. No es la cantidad de nuestras oraciones, sino el hacer el bien, el hacer lo correcto en el momento acertado. Es preocuparnos menos de nosotros y ser más generosos. Nuestras almas deben ensancharse. Entonces Dios las hará semejantes a huertas de riego cuyas aguas nunca faltan (verso 8).

Leed Isaías 1: "Cuando extendáis vuestras manos, yo esconderé de vosotros mis ojos; asimismo cuando multipliquéis la oración, yo no oiré; llenas están de sangre vuestras manos. Lavaos y limpiaos; quitad la iniquidad de vuestras obras de delante de mis ojos; dejad de hacer lo malo; aprended a hacer el bien; buscad el juicio, restituid al agraviado, haced justicia al huérfano, amparad a la viuda. Venid luego, dice Jehová, y estemos a cuenta: si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana. Si quisiereis y

oyereis, comeréis el bien de la tierra; si no quisiereis y fuereis rebeldes, seréis consumidos a espada; porque la boca de Jehová lo ha dicho" (versos 15-20).

El oro mencionado por Cristo, el Testigo verdadero, que todos debemos poseer, se me ha mostrado que está constituido por la fe y el amor combinados, pero con el amor llevándole la delantera a la fe. Satanás está trabajando continuamente para eliminar estos preciosos dones de los corazones del pueblo de Dios. Todos estamos participando del juego de la vida. Satanás es bien consciente de que si puede eliminar el amor y la fe, y ocupar ese lugar con egoísmo e incredulidad, todos los preciosos rasgos que queden pronto serán eficazmente eliminados por su mano artera, y el juego se habrá perdido.

Mis queridos hermanos: ¿Permitiréis que Satanás cumpla sus propósitos? ¿Os resignaréis a perder el juego mediante el cual deseáis ganar la vida eterna? Si alguna vez Dios ha hablado por mi intermedio, os digo que ciertamente seréis vencidos por (35) Satanás, en vez de ser vencedores, tan ciertamente como que el trono de Dios permanece firme en los cielos, a menos que experimentéis una total transformación. El amor y la fe deben volver a manifestarse. ¿Queréis entrar de nuevo en este conflicto y obtener otra vez los preciosos dones de los cuales carecéis casi por completo? Tendréis que realizar, como nunca antes, esfuerzos más fervientes, más perseverantes e incansables. No se trata solamente de orar y ayunar, sino de ser obedientes, de despojaron de todo egoísmo, y practicar el ayuno que Dios ha escogido y que va a aceptar. Es posible que muchos se sientan contristados porque he hablado con tanta claridad, pero lo seguiré haciendo si Dios deposita sobre mí esta carga.

Dios requiere que los que ocupan cargos de responsabilidad estén consagrados a la obra; porque si dan pasos equivocados, la gente se siente libre de seguir sus pisadas. Si la gente está mal, y los dirigentes no levantan su voz contra esos males, los condenan; y en ese caso el pecado se carga tanto a la cuenta de ellos como a la de los ofensores. Los que ocupan cargos de responsabilidad deben ser hombres piadosos, conscientes de que el peso de la obra reposa continuamente sobre ellos.

La Venta de la Primogenitura.-

Querido Hno. D: Hace ya tiempo que quería escribirle, pero ha habido tanto trabajo, y ha sido tan cansador, que no he tenido tiempo ni fuerzas para hacerlo. En mi última visión se me mostró su caso. Usted estaba en una condición crítica. Usted conocía la verdad, comprendía cuál era su deber y se regocijaba en la luz de la verdad; pero puesto que interfería con sus propósitos mundanales, estaba a punto de sacrificar la verdad y el deber en aras de su propia conveniencia. Estaba considerando su propia ventaja pecuniaria presente, mientras perdía de vista el eterno peso de gloria. Estaba por hacer un inmenso sacrificio por la perspectiva halagadora de una ganancia momentánea. Estaba a punto de vender su primogenitura por un plato de lentejas. Si usted se hubiera apartado de la verdad para obtener ganancias terrenales, (36) no habría sido un pecado de ignorancia de su parte, sino una transgresión voluntaria.

Esaú apeteció su plato favorito y sacrificó su primogenitura para complacer el apetito. Una vez que lo hubo hecho, se dio cuenta de su insensatez, pero no halló lugar para el arrepentimiento aunque lo procuró cuidadosamente y con lágrimas. Hay muchísimos que son como Esaú. Representa a una clase de personas que tiene una bendición especial y valiosa al alcance de la mano: la herencia inmortal; una vida tan perdurable como la de Dios, el Creador del Universo; una felicidad inconmensurable y un eterno peso de gloria; pero que por tanto tiempo han cedido a sus apetitos, pasiones e inclinaciones, que se ha debilitado su facultad de discernir y apreciar el valor de las cosas eternas.

Esaú experimentaba un deseo especial y dominante por participar de cierto alimento, y había complacido por tanto tiempo el yo, que no sentía la necesidad de apartarse de ese plato tentador y codiciado. Pensó en él, sin hacer ningún esfuerzo especial para dominar el apetito, hasta que el poder de éste dominó cualquier otra consideración y lo sojuzgó. Entonces imaginó que sufriría mucha incomodidad, e inclusive la muerte, si no participaba de ese plato especial. Mientras más pensaba en él, más se fortalecía su deseo, hasta que su primogenitura, que era sagrada, perdió para él su valor y su santidad. Pensó que si la vendía, fácilmente la podría comprar otra vez. La trocó por su plato favorito,

arrullándose con la idea de que podría disponer de ella a voluntad, y que podría adquirirla de nuevo cuando quisiera. Pero cuando quiso comprarla otra vez, aun con gran sacrificio de su parte, no pudo hacerlo. Entonces se arrepintió amargamente de su apresuramiento, su insensatez y su locura. Examinó el asunto desde todos sus ángulos. Procuró el arrepentimiento cuidadosamente y con lágrimas; pero todo fue en vano. Había despreciado la bendición y el Señor se la quitó para siempre. Usted pensó que si sacrificaba ahora la verdad, para seguir una conducta de abierta transgresión y desobediencia, no quebrantaría toda restricción ni se convertiría en un temerario, y en caso de que se frustraran sus esperanzas y expectativas de ganancia mundanal, podría interesarse de nuevo en la verdad y llegar a ser un candidato para la vida eterna. Pero se engañó a sí mismo en este (37) asunto. Si hubiera sacrificado la verdad para obtener ganancias mundanales, lo habría hecho al costo de su vida eterna.

En la parábola de la gran cena, nuestro Salvador nos muestra que muchos elegirán el mundo en lugar de él, y como resultado de ello perderán el Cielo. La invitación llena de gracia de nuestro Salvador fue despreciada. Se sometió con inmensos sacrificios a trabajos y gastos para hacer grandes preparativos. Entonces envió su invitación; pero "todos a una comenzaron a excusarse. El primero dijo: He comprado una hacienda, y necesito ir a verla; te ruego que me excuses. Otro dijo: He comparado cinco yuntas de bueyes, y voy a probarlos; te ruego que me excuses. Y otro dijo: Acabo de casarme, y por tanto no puedo ir" (Luc. 14:18-20). El Señor entonces se aparta de los ricos amantes del mundo, cuyas tierras y cuyos bueyes y cuyas esposas eran de tan gran valor en su estima como para superar las ventajas que podrían obtener al aceptar la invitación llena de gracia que les había extendido de participar de su cena. El dueño de casa entonces se enojó, y se apartó de los que habían insultado de ese modo la abundancia que les había ofrecido, e invitó a cierta clase de gente que no estaban llenos, que no poseían ni tierras ni casas, sino que eran pobres y hambrientos, lisiados, rengos y ciegos, pero que podrían apreciar la abundancia ofrecida, y en cambio ofrecerle al Señor sincera gratitud, amor no fingido y devoción.

Pero todavía hay lugar. Se dio entonces la orden: "Vé por los caminos y por los vallados, y fuérzalos a entrar, para que se llene mi casa. Porque os digo que ninguno de aquellos hombres que fueron convidados, gustará de mi cena" (versos 23-24). Aquí tenemos una clase de gente que será rechazada por Dios porque despreció la invitación del Maestro. El Señor le dijo a Elí: "Yo honraré a los que me honran, y los que me desprecian serán tenidos en poco" (1 Sam. 2:30). Cristo dice: "Si alguno me sirve, sígame; y donde yo estuviere, allí también estará mi servidor. Si alguno me sirviere, mi Padre le honrará" (Juan 12:26). No podemos burlarnos de Dios. Si algunos que tienen la luz la rechazan o no la siguen, se convertirá en tinieblas para ellos.

El amado Hijo de Dios hizo un inmenso sacrificio para poder rescatar al hombre caído y exaltarlo a su propia diestra, convertirlo en heredero del mundo y poseedor del eterno peso de gloria. (38)

El lenguaje humano no alcanza a expresar el valor de la herencia inmortal. La gloria, las riquezas y el honor ofrecidos por el Hijo de Dios son de valor tan infinito, que está más allá de la capacidad del hombre y aun de los ángeles el dar una idea justa de su dignidad, su excelencia y su magnificencia. Si los hombres sumergidos en el pecado y la degradación rehúsan estos beneficios celestiales, rehúsan participar de una vida de obediencia, pisotean las invitaciones llenas de gracia y misericordia, y escogen las miserables cosas de la tierra porque son visibles, y porque resulta conveniente para obtener placer temporal seguir una conducta pecaminosa, Jesús pondrá en práctica la ilustración de la parábola: los tales no gustarán de su gloria; pero la invitación se extenderá a otra clase de gente.

Los que decidan presentar excusas y continuar en pecado y conformidad con el mundo, serán dejados de lado con sus ídolos. Llegará el día cuando no pedirán que se los excuse, cuando nadie querrá ser excusado. Cuando Cristo venga en su gloria y la gloria de su Padre, rodeado de todos los ángeles del cielo, que lo escoltarán en su camino con voces de triunfo, mientras los acordes de la música más encantadora llegarán al oído, todos, entonces, tendrán interés; no habrá un solo espectador indiferente. La especulación, entonces, no cautivará el alma. Los montones de oro del usurero, que fueron una

fiesta para sus ojos, perderán su atractivo. Los palacios que edificaron los orgullosos de la tierra, y que fueron sus ídolos, serán despreciados con náuseas y disgusto. Nadie invocará las tierras, los bueyes o la esposa con quien se acaba de casar como excusa para no participar de la gloria que resplandecerá ante sus ojos asombrados. Todos querrán participar, pero sabrán al mismo tiempo que todo eso no es para ellos.

Con oración fervorosa y agonizante suplican a Dios que no los deje a un lado. Los reyes, los poderosos, los encumbrados, los orgullosos, el hombre miserable, todos juntos se inclinan ante la presión de una angustia, una desolación y una miseria indescriptibles; oraciones angustiosas, provenientes del corazón, brotan de sus labios: " ¡Misericordia! ¡Misericordia! ¡Salvadnos de la ira de un Dios ofendido!" Una voz les responde con terrible claridad y firmeza, y majestuosamente: "Puesto que llamé y me (39) rechazasteis; extendí mi mano y no tuvisteis consideración de mí; y por el contrario redujisteis a la nada todo mi consejo, y no quisisteis saber nada de mis reprensiones, yo me reiré de vuestra calamidad; me burlaré de vosotros cuando os asalte el temor".

Entonces los reyes y los nobles, el poderoso, el pobre y el mezquino, todos juntos claman allí con gran amargura. Los que en los días de su prosperidad despreciaron a Cristo y a los humildes que seguían sus pisadas, hombres que no quisieron humillar su rango para inclinarse ante Cristo, que aborrecieron su despreciada cruz, se encuentran ahora postrados en el fango de la tierra. Su grandeza súbitamente los ha abandonado y no vacilan en inclinarse a la tierra, a los pies de los santos. Entonces comprenden con terrible amargura que están consumiendo los frutos de su propia conducta, y que están llenos de sus propias argucias. Confiando en su supuesta sabiduría rechazaron la recompensa sublime y eterna, y la invitación celestial, en favor de las ganancias terrenales. El resplandor y el oropel de la tierra los fascinaron, y en su supuesta sabiduría se convirtieron en insensatos. Se gozaban en su prosperidad mundanal como si sus ventajas terrenales fueran tan grandes que podrían, por medio de ellas, tener méritos ante Dios, y de esa manera asegurarse el Cielo.

El dinero era poder para los insensatos de la tierra y al mismo tiempo era su dios; pero su misma prosperidad los destruyó. Se volvieron insensatos a la vista de Dios y de sus santos ángeles mientras los hombres dominados por las ambiciones mundanales los consideraban sabios. Ahora su supuesta sabiduría es insensatez total y su prosperidad la causa de su destrucción. De nuevo resuenan los gritos provocados por una angustia temible, que destroza el corazón: "Rocas y montañas: caed sobre nosotros y escondednos del rostro del que está sentado sobre el trono, y de la ira del Cordero; porque el gran día de su ira ha venido, y ¿quién podrá estar firme?" Huyen a las cavernas de la tierra para cubrirse, pero entonces no les sirven de nada.

Querido hermano: la vida y la muerte están delante de usted. ¿Sabe usted por qué han vacilado sus pasos? ¿Por qué no perseveró con valor y firmeza? Usted posee una conciencia violada. Su carrera como negociante no ha sido recta. Tiene algo que hacer con respecto a esto. Su padre no analizó correctamente (40) los principios relativos a los negocios. Usted los considera como los mundanos generalmente lo hacen, pero no como Dios lo hace. "Amarás a tu prójimo como a ti mismo" (Mar. 12:31). ¿Lo ha hecho usted? "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente y con todas tus fuerzas" (verso 30). Si este mandato es obedecido, prepara el corazón para obedecer el segundo, que es semejante al primero: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo". Los diez mandamientos en su totalidad están comprendidos en estos dos. El primero incluye los cuatro primeros mandamientos, que ponen de manifiesto el deber del hombre hacia su Creador. El segundo abarca los últimos seis, que muestran el deber del hombre hacia sus semejantes. De estos dos mandamientos dependen toda la ley y los profetas. Son dos grandes brazos que sostienen la totalidad de los diez mandamientos, los cuatro primeros y los últimos seis. Deben ser estrictamente obedecidos.

"Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos" (Mat. 19:17). Muchos que profesan ser discípulos de Cristo pasarán aparentemente con toda facilidad por este mundo, considerados como hombres rectos y piadosos, en circunstancias que en lo íntimo de su ser encierran una plaga que

mancha todo su carácter y corrompe toda su experiencia religiosa. "Amarás a tu prójimo como a ti mismo". Esto nos prohíbe aprovecharnos de nuestro prójimo en beneficio personal. Se nos prohíbe perjudicar a nuestro prójimo, no importa en qué sea. No debemos observar las cosas desde el punto de vista de los mundanos. Tratara nuestro prójimo en toda circunstancia tal como nos gustaría que nos trataran a nosotros, es una regla que debemos aplicar prácticamente. Las leyes de Dios deben ser literalmente obedecidas. En todas nuestras relaciones y nuestros tratos con nuestros semejantes, ya sean creyentes o incrédulos, debemos aplicar esta regla: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo".

En esto muchos que profesan ser cristianos no alcanzan la medida de Dios; cuando se los pesa en las balanzas del santuario son hallados faltos. Querido hermano: "Salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundo; y yo os recibiré, y seré a vosotros por Padre, y vosotros me seréis hijos e hijas, dice el Señor Dios Todopoderoso" (2 Cor. 6:17-18). ¡Qué (41) promesa es ésta! Pero no debemos perder de vista el hecho de que se basa en la obediencia al mandamiento. Dios lo llama a que se separe del mundo. No debe seguir sus procedimientos, ni conformar a ellos su conducta en ningún sentido. "Sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta" (Rom. 12:2).

Dios pide separación del mundo. ¿Obedecerá usted? ¿Saldrá de entre ellos y se mantendrá separado y diferente de ellos? "Porque ¿qué compañerismo tiene la justicia con la injusticia? ¿Y qué comunión la luz con las tinieblas?" (2 Cor. 6:14). Usted no puede mezclarse con los mundanos, participar de su espíritu y seguir su ejemplo, y ser al mismo tiempo un hijo de Dios. El Creador del universo se dirige a usted como un Padre afectuoso. Si usted se separa del mundo y sus afectos, y se mantiene libre de su contaminación, al huir de la corrupción que existe en el mundo por causa de la concupiscencia, Dios será su Padre, lo adoptará en el seno de su familia, y usted será su heredero. En lugar del mundo le dará, a cambio de una vida de obediencia, el reino que se encuentra debajo de todos los cielos.

Su Padre celestial le propone convertirlo en un miembro de la familia real, para que por medio de sus preciosas y grandísimas promesas usted llegue a participar de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que existe en el mundo por causa de la concupiscencia. Mientras más participe usted del carácter de los ángeles puros y sin pecado, y de Cristo su Redentor, más vívidamente llevará usted la impronta de lo divino, y más débil será su semejanza al mundo. El mundo y Cristo están en desacuerdo, porque aquél no quiere unirse al Señor. El mundo también estará en desacuerdo con los seguidores de Cristo. En la oración de nuestro Salvador a su Padre, dice: "Yo les he dado tu palabra; y el mundo los aborreció, porque no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo" (Juan 17:14).

Su vocación es muy elevada; consiste en glorificar a Dios en su cuerpo y en su espíritu, que le pertenecen. No tiene que medirse comparándose a los demás. La Palabra de Dios le ha presentado un modelo sin defectos, un ejemplo sin falla. Usted ha soñado con la cruz. Es un instrumento incómodo de llevar, y, puesto que está (42) lleno de oprobio y vergüenza, usted la ha esquivado. Necesita poner en práctica la reforma pro salud en su vida; negarse a sí mismo, y comer y beber para gloria de Dios. Absténgase de los deseos carnales que combaten contra el alma. Necesita practicar la temperancia en todas las cosas. He aquí una cruz que usted ha evitado. Someterse a un régimen alimentario sencillo, capaz de conservarlo en la mejor condición de salud, es una verdadera tarea para usted. Si hubiera vivido de acuerdo con la luz que el Cielo permitió que resplandeciera sobre su senda, su familia se habría economizado muchos sufrimientos. Su propia conducta le ha producido resultados ineludibles. Si persiste en esta manera de proceder, Dios no se manifestará en el seno de su familia para bendecirlo en forma especial, ni hará un milagro para salvar a sus familiares del sufrimiento. Un régimen alimentario sencillo, libre de condimentos, de carne y de toda clase de grasa, será una bendición para usted y librará a su esposa de mucho sufrimiento, pesar y desánimo.

Usted no ha seguido una conducta que podría haberle asegurado la bendición de Dios. Si quiere tener su bendición, y que su presencia se manifieste en el seno de su familia, debe obedecerle, y hacer su voluntad sin tomar en cuenta pérdidas o ganancias, o su propio placer. No debe consultar sus propios

deseos, ni procurar la aprobación de los mundanos que no conocen a Dios ni tratan de glorificarlo. Si usted está en contra de Dios, él estará en su contra. Si tiene otros dioses delante del Señor, su corazón dejará de servir al único Dios verdadero y viviente, que demanda todo el corazón y la totalidad de los afectos. Dios requiere todo el corazón, toda el alma, toda la mente y toda la fuerza. No aceptará nada menos que eso. Ninguna clase de desunión está permitida aquí; no aceptará tampoco una obra hecha a medias.

Para poder ofrecerle a Dios un servicio perfecto, usted debe tener un concepto claro de sus requerimientos. Debería usar el alimento más sencillo, preparado en la forma más simple, de manera que no se debiliten los delicados nervios del cerebro, ni se entorpezcan ni se paralicen, incapacitándolo para discernir las cosas sagradas, considerar la expiación, la sangre purificadora de Cristo como algo invalorable. "¿No sabéis que los que corren en (43) el estadio, todos a la verdad corren, pero uno solo se lleva el premio? Corred de tal manera que lo obtengáis. Todo aquel que lucha, de todo se abstiene; ellos, a la verdad, para recibir una corona corruptible, pero nosotros, una incorruptible. Así que, yo de esta manera corro, no como a la ventura; de esta manera peleo, no como quien golpea el aire, sino que golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado" (1 Cor. 9:24-27).

Si los hombres, por una razón no más elevada que una corona perecedera por recompensa de su ambición, se sometían a la temperancia en todo sentido, con cuánta más razón deberían estar dispuestos a practicar la abnegación los que profesan buscar, no sólo una corona de gloria inmortal, sino una vida tan perdurable como el trono de Jehová, riquezas eternas, honores inmarcesibles, un eterno peso de gloria. Los incentivos presentados a los que corren la carrera cristiana, ¿no los inducirán a practicar la abnegación y la temperancia en todas las cosas, de manera que puedan mantener en sujeción sus propensiones inferiores, someter su cuerpo, controlar el apetito y las pasiones carnales? Entonces podrán participar de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que se encuentra en el mundo como consecuencia de la concupiscencia.

Si la recompensa prometida, sobremanera preciosa y gloriosa, no nos induce a dar la bienvenida a mayores privaciones y a soportar una abnegación más grande que las que soportan alegremente hombres mundanos que están procurando solamente una medalla terrenal, un laurel perecedero que brinda el honor de unos pocos, y el aborrecimiento de muchos más, somos indignos de la vida eterna. En el fervor y en la intensidad de nuestro celo, en la perseverancia, el valor, la energía, la abnegación y el sacrificio, deberíamos por lo menos sobrepasar a los que están dedicados a cualquier otra empresa, ya que el objetivo que estamos tratando de alcanzar es de un valor más elevado que el de ellos. El tesoro que estamos procurando es imperecedero, eterno, inmortal, sobremanera glorioso; mientras que el que procura el mundano dura sólo un día; se desvanece, perece y es tan efímero como la nube matutina.

Levante la cruz, levántela, hermano D., y al hacerlo, se asombrará (44) al ver que ella lo eleva y lo sostiene. En la adversidad, la pobreza y el pesar, será fortaleza y sostén para usted. Descubrirá que de ella penden la misericordia, la compasión, la simpatía y un amor indescriptible. Será para usted una prenda de inmortalidad. ¡Oh, si usted pudiera decir con Pablo: "Lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo"! (Gál. 6:14).

El Espíritu del Señor ha estado luchando con su esposa por algún tiempo. Si usted se sometiera a Dios, ella tendría fortaleza para decidirse y tratar de vivir la verdad. Si decide apartarse de la verdad, no caerá solo; no solamente perderá su propia alma, sino que será un instrumento para apartar a otros del camino, y la sangre de las almas manchará sus ropas. Si hubiera conservado su integridad, su madre, su hermano E., y alguien que se encuentra al borde de la tumba, estarían ahora gozando del consuelo del Espíritu de Dios, y tendrían una buena experiencia en la verdad. Recuerde siempre que somos responsables de la influencia que ejercemos. Nuestra influencia reúne con Cristo, o esparce. Estamos

ayudando a las almas a recorrer la estrecha senda de la santidad, o somos un estorbo, una piedra de tropiezo para ellas, apartándolas del camino. Usted, mi estimado hermano, no tiene tiempo que perder. Dedíquese con seriedad a redimir el tiempo, porque los días son malos. Sus relaciones, aquellos cuya compañía ha elegido, son un estorbo para usted. Salga de entre ellos; sepárese. Acérquese a Dios y únase más estrechamente con su pueblo. Su interés y sus afectos deben tener a Cristo y a sus seguidores como centro. Ame más a los que aman más a Cristo. Rompa las cadenas que lo han unido a los que no aman a Dios ni a la verdad. ¿Qué comunión tiene la luz con las tinieblas? ¿O qué parte tiene el creyente con el infiel?

Usted está en inminente peligro de naufragar en la fe. Necesita toda la fortaleza que puede obtener del pueblo de Dios, que posee esperanza, valor y fe. Pero no descuide la oración, la oración secreta. Persevere en la oración; aliente un espíritu de verdadera devoción. Tiene una obra que hacer en sus actividades comerciales. Exactamente qué, no se lo puedo decir; pero algo anda mal. Investigue cuidadosamente. Estamos trabajando para la eternidad. Todos nuestros actos, todas nuestras palabras, serán (45) pesados en las balanzas del santuario. Un Dios justo e imparcial decidirá todos nuestros casos, cada suceso de la historia de nuestra vida. "El que es fiel en lo muy poco, también en lo más es fiel; y el que en lo muy poco es injusto, también en lo más es injusto" (Luc. 16:10).

No permita que nada le impida progresar en el camino de la vida perdurable. Su interés eterno está en juego. En usted debe hacerse una obra completa. Deberá convertirse plenamente, o no llegará al Cielo. Pero Jesús lo invita a hacer de él su fortaleza, su apoyo. Será para usted una ayuda siempre presente en todo momento de necesidad; como la sombra de un gran peñasco en tierra desolada. No permita que su gran preocupación sea tener éxito en este mundo; por el contrario, la carga de su alma debería ser cómo alcanzar el mundo mejor, qué hacer para ser salvo. Al salvar su propia alma, salvará a otros. Al elevarse a sí mismo, elevará a los demás. Al aferrarse de la verdad y del trono de Dios, ayudará a otros a fijar su temblorosa fe en sus promesas y en su trono eterno. Usted debe llegar a la situación de valorar más la salvación que las ganancias terrenales, y considerar todo como pérdida para ganar a Cristo. Su consagración debe ser completa. Dios no permitirá que usted se reserve algo; no aceptará un sacrificio dividido; no puede albergar ídolos. Debe morir al yo y al mundo. Renueve cada día su consagración a Dios. La vida eterna merece un esfuerzo de toda la existencia, perseverante e incansable.

Se me mostró que su hermano estuvo convencido de la verdad por un tiempo, pero que ciertas influencias lo indujeron a apartarse. Su esposa le impidió obedecer sus convicciones. Pero en su aflicción ella buscó al Señor, y lo encontró. Entonces se preocupó de que su esposo abrazara la verdad; se arrepintió de haberse opuesto a él, de que su orgullo y amor al mundo le habían impedido por tanto tiempo que recibiera la verdad. Como un niño fatigado que procura descanso sin poder obtenerlo, por fin aceptó esta invitación llena de gracia: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar" (Mat. 11:28). Su alma cansada y cargada buscó al Señor, y con arrepentimiento, humillación y oración ferviente depositó su carga sobre el gran Portador de cargas, y en él encontró descanso; recibió la evidencia (46) de que su humillación y su sincero arrepentimiento habían sido aceptados por Dios, y que por causa de Cristo le había perdonado sus pecados.

Se me ha mostrado, Hno. D, que usted dispone de muy poco tiempo para trabajar. Lleve a cabo su tarea cabalmente; redima el tiempo. No permita que la más mínima mancha empañe su carácter cristiano en sus transacciones comerciales. Mantenga sus vestiduras sin mancha del mundo. Vele y ore; no sea que caiga en tentación. Las tentaciones pueden rodearlo, pero usted no está obligado a caer en ellas. Puede obtener fortaleza de Cristo para mantenerse sin mácula en medio de la contaminación de esta era corrupta. "Por medio de las cuales nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia" (2 Pedro 1:4). Mantenga la vista fija en Cristo, en la imagen divina. Imite su vida incontaminada, y será participante de su gloria, y heredará con él el reino preparado para usted desde la fundación del mundo.

La Maledicencia.-

El hermano F ama la causa de Dios, pero la ha tomado demasiado a pecho, y ha asumido muchas responsabilidades que no debería haber tomado. Por causa de esto, su salud se ha resentido. A veces ha considerado ciertos asuntos en forma muy intensa, y ha deseado con demasiada vehemencia y ansiedad que todos los consideraran de la misma manera; y puesto que no estaban dispuestos a hacerlo se ha sentido casi aplastado. Es profundamente sensible y está en peligro de insistir con demasiada fuerza en sus opiniones.

La hermana F quiere ser cristiana, pero no ha cultivado la discreción y la verdadera cortesía. Es de temperamento optimista, ardiente y confiada en sí misma. Muestra el aspecto áspero de su carácter y aparentemente no ha ganado mucho con ello. Ha obrado basándose en sus impulsos, tal como lo sentía y (47) a veces sus sentimientos han sido muy exagerados e intensos. Es muy definida con respecto a lo que le gusta o le disgusta, y ha permitido que se desarrollara mucho este desgraciado rasgo de carácter, para gran perjuicio de su propio progreso espiritual y para daño de la iglesia. Ha hablado demasiado, imprudentemente, tal como lo sentía. Esta circunstancia ha ejercido una fuerte influencia sobre su esposo, y lo ha inducido a veces a actuar impulsado por sus sentimientos exacerbados cuando, si hubiera esperado, y examinado las cosas con calma habiéndolas considerado adecuadamente, habría sido mejor para él y para la iglesia. Nada se gana cuando se avanza apresuradamente, sobre la base de los impulsos y los sentimientos fuertes.

La hermana F obra por impulso, busca faltas y ha tenido demasiado que decir de sus hermanos y hermanas. Esta conducta es capaz de producir confusión en cualquier iglesia. Si pudiera dominar su genio, ganaría una gran victoria. Si procurara el adorno celestial, el ornamento de un espíritu humilde y tranquilo, que Dios, el Creador de los cielos y la tierra, considera de gran valor, entonces sería de verdadero valor para la iglesia. Si albergara el espíritu de Cristo, y se convirtiera en pacificadora, su propia alma florecería y sería una bendición para la iglesia dondequiera fuera a vivir. A menos que se convierta, y se produzca un cambio total en ella, a menos que se eduque a sí misma para no hablar apresuradamente y para no enojarse con rapidez, y cultive la verdadera cortesía cristiana, su influencia resultará perjudicial, y la felicidad de los que se relacionan con ella sufrirá. Manifiesta una independencia que la perjudica y la aleja de sus amistades. Esta independencia le ha causado muchas dificultades y ha herido a sus mejores amigos.

Si los que disponían de medios económicos fueron exigentes en su trato con su esposo, y no lo favorecieron más que los mundanos en las transacciones comerciales, ella se resintió y habló, y suscitó sentimientos de insatisfacción donde no los había antes. Este mundo, en el mejor de los casos, es egoísta. Muchos de los que profesan la verdad no han sido santificados por ella, y no están dispuestos a hacer la más mínima rebaja en el precio de sus productos cuando tratan con un hermano pobre, en circunstancias que sí lo harían con un mundano acomodado. No aman a su prójimo (48) como a sí mismos. Agradaría más a Dios si hubiera menos egoísmo y más generosidad desinteresada.

Puesto que la Hna. F ha visto manifestarse un espíritu egoísta entre los hermanos en los tratos comerciales, ha cometido un pecado mayor al reaccionar y al hablar del asunto en la forma como lo ha hecho. Se ha equivocado al esperar demasiado. Su lengua ha sido verdaderamente un miembro ingobernable, un mundo de iniquidad, encendido por el infierno, indomado e indomable. La Hna. F ha manifestado un espíritu de represalia, evidente por su conducta al sentirse ofendida. Todo eso está mal. Ha albergado sentimientos de amargura, totalmente ajenos al espíritu de Cristo. La ira, el resentimiento y toda clase de actitudes poco amables encuentran expresión al hablar en contra de aquellos con quienes estamos disgustados, y al recitar la lista de errores, fallas y pecados de los vecinos. De ese modo se satisfacen los deseos concupiscentes.

Hna. F: si usted se siente herida porque sus amigos o vecinos están obrando mal en perjuicio propio, si son sorprendidos en falta, siga la regla bíblica: "Repréndele estando tú y él solos" (Mat. 18:15). Y al

hablar con el que usted supone que está en error, procure hacerlo con humildad; porque la ira del hombre no da como resultado la justicia de Dios. La única manera de restaurar a los que han cometido errores es por medio de un espíritu de humildad, bondad y tierno amor. Sea cuidadosa con sus modales. Evite todo lo que en la apariencia y en el gesto, en la palabra o el tono de voz, cause la impresión de orgullo o suficiencia propia. Evite toda palabra o mirada que podría exaltarla, o establecer un contraste entre su bondad y justicia y las fallas de ellos. Aléjese lo más que pueda del desdén, el insulto o el desprecio. Evite cuidadosamente toda apariencia de enojo; y aunque su lenguaje sea claro, que no haya en él ni reproches, ni acusaciones injuriosas, ni señal de ira, sino más bien de sincero amor. Sobre todo, que no haya ni sombra de odio ni mala voluntad, ni amargura en la expresión. Nada fuera de la bondad y la amabilidad pueden fluir de un corazón lleno de amor. Sin embargo, ninguno de esos preciosos frutos puede impedirle hablar en la forma más seria y solemne, como si los ángeles la estuvieran escuchando, y usted estuviera actuando con relación al (49) juicio venidero. Recuerde que el éxito de la reprensión depende en gran medida del espíritu con que se la da. No descuide la oración ferviente para que pueda poseer una mente humilde, y los ángeles de Dios puedan ir delante de usted para obrar en los corazones que usted está tratando de alcanzar, con el fin de suavizarlos mediante impresiones celestiales, de modo que sus esfuerzos puedan dar resultados. Si algún bien se hace, no se adjudique el crédito. Sólo Dios debe ser exaltado. Sólo Dios lo ha hecho todo.

Usted ha defendido su actitud de hablar mal de su hermano o hermana o vecino delante de los demás antes de ir a hablar con ellos, y de dar los pasos que Dios ha señalado definidamente que se deben dar. Ha dicho: “¡Pero! ¡Si yo no hablé con nadie hasta que me sentía tan agobiada que no lo pude impedir!" ¿Qué la agobiaba? ¿No era acaso del claro descuido de su propio deber, de un "Así dice Jehová"? Usted cometió un pecado porque no fue a hablar con el ofensor para ventilar su falta entre usted y él solos. Si no lo hizo, si desobedeció a Dios, ¿cómo no se habría de sentir abrumada, a menos que su corazón se hubiera endurecido, puesto que estaba pisoteando el mandamiento de Dios y en su corazón estaba aborreciendo a su hermano o vecino? ¿Y de qué modo trató de librarse de esa carga? ¡Dios la reprende por su pecado de olvido, al no hablar con su hermano acerca de su falta, y usted se disculpa y se consuela con un pecado de misión, es a saber, hablar de las faltas de su hermano con otra persona! ¿Es ésta la forma adecuada de obtener tranquilidad, cometiendo un pecado?

Todos sus esfuerzos por salvar a los que están equivocados pueden resultar infructuosos. Pueden pagarle mal por bien. Tal vez se enojen en vez de convencerse. ¿Qué pasará si escuchan sin resultados, y prosiguen la mala conducta que comenzaron? Esto va a suceder con frecuencia. A veces la reprensión más suave y tierna no produce buenos resultados. En ese caso la bendición que usted deseaba que otro recibiera al comportarse justamente, al dejar de hacer el mal y al aprender a hacer el bien, volverá a su propio pecho. Si el que está en error persiste en el pecado, trátelo bondadosamente, y déjelo con su Padre Celestial. Ha librado su alma; el pecado de ellos ya no descansa sobre usted; ya no participa (50) más del pecado de ellos. Si perecen, su sangre caerá sobre sus propias cabezas.

Querida amiga: Debe producirse en usted una transformación completa, o en caso contrario será pesada en la balanza y hallada falta. En la Iglesia de , especialmente las mujeres que hablan mucho, tienen una lección que aprender. "Si alguno se cree religioso entre vosotros, y no refrena su lengua, sino que engaña su corazón, la religión del tal es vana" (Sant. 1:26). Muchos serán pesados en la balanza y hallados faltos en este asunto de tan gran importancia. ¿Dónde están los cristianos que se van a someter a esta regla; que se van a poner de parte de Dios contra los que practican la maledicencia; que van a complacer a Dios y poner guardia, una guardia continua delante de su boca, y van a guardar la puerta de sus labios? No hable mal de nadie. No escuche ningún mal informe acerca de nadie. Porque si no hubiera oyentes, no habría maledicientes. Si alguien habla mal de otro en su presencia, no se lo permita. Rehúse escucharlo, aunque sus modales sean suaves y su voz dulce. Esa persona puede profesar aprecio, no obstante lo cual puede lanzar insinuaciones encubiertas para apuñalar el carácter en medio de la oscuridad.

Evite resueltamente escuchar, aunque el murmurador insista en que se sentirá abrumado hasta que pueda hablar. ¡Abrumado, por cierto! por un secreto maldito capaz de separar a los mejores amigos. Vayan, ustedes los abrumados, y libérense de su carga en la forma en que Dios lo indicó. Primeramente vayan y hablen con su hermano acerca de su falta entre ustedes y él solos. Si esto falla, lleven a dos amigos y háblenle en su presencia. Si estos pasos no dan resultados, entonces díganlo a la iglesia. Ni un solo incrédulo debe estar al tanto del más mínimo detalle del asunto. Comunicarlo a la iglesia es el último paso que se debe dar. No lo publiquen entre los enemigos de nuestra fe. Estos no tienen derecho a estar enterados de los asuntos de la iglesia, no sea que las debilidades y los errores de los seguidores de Cristo queden en evidencia.
Los que se están preparando para la venida de Cristo deberían ser sobrios y velar en oración, porque nuestro adversario el diablo anda alrededor como león rugiente buscando a quién devorar; pero tenemos que resistirlo firmes en la fe. "Porque: el (51) que quiere amar la vida y ver días buenos, refrene su lengua de mal, y sus labios no hablen engaño; apártese del mal, y haga el bien; busque la paz, y sígala. Porque los ojos del Señor están sobre los justos, y sus oídos atentos a sus oraciones" (1 Pedro 3:10-12).

El Egoísmo y el Amor al Mundo.-
Queridos hermanos G: Hace algún tiempo que he querido escribirles. Cuando la luz que el Señor me dio apareció claramente delante de mí, algunas cosas impresionaron con fuerza mi mente mientras me encontraba delante de la gente en -------. Albergué la esperanza de que ustedes asistieran a otra reunión, y que la labor comenzada allí pudiera ser proseguida. Pero me apena ver que cuando nuestros hermanos asisten a un congreso, generalmente no se dan cuenta de la importancia de prepararse para esa reunión. En lugar de consagrarse a Dios antes de venir, esperan hasta encontrarse en la reunión para que esa obra se haga allí. Traen su hogar con ellos, y consideran que las cosas que han dejado atrás son de más valor e importancia que la preparación del corazón para su venida. Por lo tanto, casi todos se van más o menos como cuando vinieron. Para asistir a estas reuniones hay que gastar mucho dinero, y si los que vienen no sacan provecho, sufren una pérdida, y dificultan la tarea de los que tienen la responsabilidad de trabajar por ellos. Nuestros hermanos se retiraron del congreso demasiado pronto. Habríamos presenciado una obra muy especial por parte de Dios, si todos se hubieran quedado para participar en la tarea.
Hna. G: tengo un mensaje para usted. Usted está lejos del reino. Ama este mundo, y ese amor la ha vuelto fría, egoísta, exigente y avara. Su gran motivo de interés es el poderoso dólar. ¡Cuán poco sabe usted de cómo considera Dios a los que se hayan en su condición! Está terriblemente engañada. Se está conformando a este mundo en lugar de transformarse por la renovación de su entendimiento. El egoísmo y el amor propio se manifiestan en su vida en medida apreciable. No ha vencido este desgraciado (52) defecto de carácter. Si no le pone remedio, perderá el Cielo, y su felicidad aquí se malogrará grandemente. Esto ya ha ocurrido. La nube que le ha seguido entenebreciendo su vida, crecerá y se volverá más oscura hasta que todo su cielo esté cubierto de nubes. Mirará a la derecha, y no habrá luz allí; y a la izquierda, y no descubrirá un solo rayo.
Usted se crea problemas donde no existen, porque no anda bien. No es consagrada. Su actitud quejosa y mezquina la vuelve infeliz y desagrada a Dios. Durante toda su vida se ha cuidado a sí misma, tratando de ser feliz. Esa es una miserable tarea; una actividad sin provecho. Mientras más invierta en esto, mayor será la pérdida. Mientras menos acciones tenga en el negocio de servirse a sí misma, más ganará. No sabía nada del amor desinteresado y carente de egoísmo, y mientras no se dé cuenta de que hay un pecado especial en la carencia de este precioso rasgo de carácter, no manifestará diligencia para cultivarlo.
Usted se casó con su esposo porque lo amaba. Sabía que al hacerlo sellaba un pacto con él mediante el cual se convertía en la madre de sus hijos. Pero he observado que usted es deficiente en esto. Sí,

lamentablemente deficiente. No ama a los hijos de su esposo, y a menos que se produzca un cambio total, una reforma completa en usted, y en la forma de administrar su casa, estas preciosas joyas se arruinarán. El amor, el manifestar afecto, no forman parte de su carácter. ¿Le diré la verdad y me convertiré en su enemiga por eso? Usted es demasiado egoísta para amar a los hijos de otra persona. Se me mostró que el fruto de su unión no prosperará, ni recibirá la bendición de la fuerza, la vida y la salud, y que el Espíritu de Dios la va a abandonar, a menos que usted se someta a un cambio total, y mejore en lo que es tan deficiente. En la misma medida en que su egoísmo agosta y marchita a los jóvenes corazones que la rodean, la maldición de Dios agostará y marchitará las promesas sobre las cuales se basa su unión y su amor egoísta. Y si usted persiste en esa clase de conducta, Dios se acercará más a usted, eliminará uno tras otro los ídolos que están delante de su rostro, hasta que humille en su presencia su corazón orgulloso, egoísta e insumiso.

Vi que tendrá que rendir cuenta en el día de Dios por el incumplimiento de su cometido. Está amargando demasiado la vida (53) de esos queridos niños, especialmente de la niña. ¿Dónde están el afecto, las amantes caricias y la paciencia? El odio reside en su corazón no santificado, y no el amor. La censura brota de sus labios más a menudo que la alabanza y las palabras de ánimo. Sus modales, su aspereza, su naturaleza antipática son para esa niña tan sensible como el granizo que cae sobre una tierna planta. Se doblega frente a cada arremetida suya, hasta que su vida queda oprimida, magullada y quebrantada.

Su manera de manejar la casa está secando las corrientes del amor, la esperanza y el gozo en sus hijos. Una tristeza constante se manifiesta en el rostro de la niña, pero ese hecho, en lugar de despertar su simpatía y su ternura, la impacienta y le causa positivo disgusto. Podría cambiar esa actitud por el ánimo y la alegría si lo quisiera. "¿No ve Dios esto? ¿No lo sabe acaso?" fueron las palabras del ángel. Dios la va a castigar por estas cosas. Usted asumió voluntariamente esta responsabilidad, pero Satanás se ha aprovechado de su carácter infeliz, de su falta de amor, de su amor propio, su mezquindad y su egoísmo, y ahora este carácter suyo aparece con toda su deformidad, incorrecto, insumiso, atándola como si fueran cadenas de hierro. Los niños leen en el rostro de la madre; se dan cuenta si éste expresa amor o disgusto. Usted no se da cuenta de la obra que está haciendo. ¿No despierta piedad en usted esa carita triste, ese suspiro que brota de un corazón oprimido que anhela amor? No, en usted no. Aleja, en cambio, al niño de usted, y aumenta su disgusto.

Vi que el padre no había seguido la conducta que debiera haber seguido. A Dios no le agrada su actitud. Alguien robó el corazón de ese padre de los que son sangre de su sangre y hueso de sus huesos. Hno. G: usted debería haber asumido una actitud firme, y no haber permitido que las cosas tomaran el rumbo que han seguido. Usted se dio cuenta de que las cosas no iban bien, y a veces se sintió preocupado, pero el temor de desagradar a su actual esposa, y producir un infeliz desacuerdo en el seno de la familia, lo indujo a guardar silencio cuando debería haber hablado. Usted no ha asumido una actitud firme en este asunto. Sus hijos no tienen una madre que los defienda, que los proteja de la censura mediante sus palabras juiciosas. (54)

Sus hijos, y todos los niños que han perdido a la persona de cuyo pecho fluía el amor maternal, han experimentado una pérdida irreparable. Pero cuando alguien se atreve a ocupar el lugar de la madre frente a ese pequeño y dolorido rebaño, asume una responsabilidad que implica una doble preocupación, en el sentido de ser más amorosa si es posible, dispuesta a no censurar ni amenazar más de lo que la madre lo hubiera hecho, para tratar de suplir de esa manera la pérdida que ha experimentado ese pequeño rebaño. Usted, Hno. G, ha estado como un hombre dormido. Estreche a sus hijos contra su corazón, rodéelos con sus brazos protectores, ámelos tiernamente. Si usted no lo hace, la frase que se escribirá acerca de usted será ésta: "Has sido hallado falto".

Ambos tienen que hacer una obra. Terminen para siempre con sus murmuraciones. No permita, Hno. G, que la actitud exigente, mezquina y egoísta de su esposa influya sobre sus actos. Ambos han participado del mismo espíritu, y ambos le han robado a Dios. El pretexto de la pobreza ha brotado de

los labios de ustedes; el Cielo sabe que eso es falso; pero sus palabras se convertirán en realidad, y serán ciertamente pobres, si continúan albergando el amor al mundo que han manifestado hasta ahora. "¿Robará el hombre a Dios? Pues vosotros me habéis robado. Y dijisteis: ¿En qué te hemos robado? En vuestros diezmos y ofrendas. Malditos sois con maldición" (Mal. 3:8,9). Eviten esta maldición tan rápidamente como sea posible.

Hno. G, como mayordomo de Dios fije su mirada en él. A él le va a tener que rendir cuenta de su mayordomía, no a su esposa. Son los bienes de Dios los que está manejando. Se los ha prestado sólo por un poco de tiempo para probarlo, para ver si serán "ricos en buenas obras, dadivosos, generosos; atesorando para sí buen fundamento para lo por venir, que echen mano de la vida eterna" (1 Tim. 6:18,19). Dios va a reclamar lo suyo con usura. Quiera él ayudarlos a prepararse para el juicio venidero. Crucifiquen el yo. Permitan que las preciosas gracias del Espíritu vivan en los corazones de ustedes. Apártense del mundo y de sus deseos corrompidos. "No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él" (1 Juan 2:15). Aunque la profesión de fe de ustedes fuera tan alta (55) como el cielo, si son egoístas y amantes del mundo no tendrán parte en el Cielo con los santificados, los puros y los santos. "Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón" (Mat. 6:21). Si el tesoro de ustedes está en el Cielo, allí estará su corazón. Hablarán acerca del Cielo, la vida eterna, la corona inmortal. Si el tesoro de ustedes está en la tierra, hablarán de cosas terrenales, se preocuparán de pérdidas y ganancias. "¿Qué aprovechará al hombre, si ganare todo el mundo, y perdiere su alma? ¿O qué recompensa dará el hombre por su alma?" (Mat. 16:26).

Habrá luz y salvación para ustedes solamente si llegan a la conclusión de que las necesitan; en caso contrario, perecerán. Jesús puede salvar hasta lo sumo. Pero, Hna. G, si Dios ha hablado alguna vez por mí, le digo que está terriblemente engañada con respecto a sí misma, y debe experimentar una conversión completa, o en caso contrario nunca se contará entre los que pasarán por una gran tribulación, lavarán sus ropas y las blanquearán con la sangre del Cordero.

Las Carnes y los Estimulantes.-

Estimados hermanos H: Recordé que vuestros rostros se hallaban entre los de varias personas a quienes vi necesitadas de que se haga cierta obra para ellas antes de que puedan ser santificadas por la verdad. Abrazasteis la verdad porque veíais que era la verdad, pero ella no se ha apoderado de vosotros. No habéis sentido su influencia santificadora en la vida. Ha estado resplandeciendo la luz sobre vuestra senda con respecto a la reforma pro salud y el deber que incumbe a los hijos de Dios en estos postreros días en cuanto a ejercer templanza en todas las cosas. Vi que estabais entre aquellos que demorarían en ver la luz y en corregir su manera de comer, beber y trabajar. En la medida en que se reciba y se siga la luz, ésta realizará una completa reforma en la vida y el carácter de todos aquellos que son santificados por ella.

Sus actividades son de tal carácter que no favorecen el progreso (56) de su vida divina y estorban su crecimiento en la gracia y en el conocimiento de la verdad. Tienen la tendencia a rebajar al hombre, a inducirlo a ser más animal en sus propensiones. Las facultades superiores de la mente quedan sojuzgadas por las inferiores. La porción animal de su naturaleza gobierna la espiritual. Los que profesan estar preparándose para la traslación no deberían ser carnívoros.

Su familia ha participado ampliamente de alimentos a base de carne, y las inclinaciones animales se han fortalecido, mientras las intelectuales se han debilitado. Estamos compuestos de lo que comemos, y si subsistimos en gran medida gracias a la carne de animales muertos, participaremos de su naturaleza. Usted ha fortalecido la parte más vulgar de su organismo, mientras la más refinada se ha debilitado. Repetidas veces ha dicho en defensa de su hábito de comer carne: "Por más perjudicial que sea para los demás, a mí no me hace nada, porque la he comido toda mi vida". Pero no sabe cuán bien habría estado si se hubiera abstenido de comer carne. Como familia, ustedes están lejos de encontrarse libres de

enfermedades. Han comido grasa de animales, lo que Dios en su Palabra prohíbe expresamente: "Estatuto perpetuo será por vuestras edades, dondequiera que habitéis, que ninguna grosura (grasa) ni ninguna sangre comeréis" (Lev. 3:17). "Además, ninguna sangre comeréis en ningún lugar donde habitéis, ni de aves ni de bestias. Cualquiera persona que comiere de alguna sangre, la tal persona será cortada de entre su pueblo" (Lev. 7:26,27).

Tienen carne, pero no es buen alimento. Gracias a ella están peor. Si cada uno de ustedes se sometiera a un régimen más frugal, que les ayudara a eliminar entre doce y quince kilos de peso, estarían menos predispuestos a enfermarse. El consumo de carne les ha proporcionado sangre y músculos de mala calidad. El organismo de ustedes está congestionado, listo para contraer cualquier enfermedad. Ustedes son susceptibles a contraer enfermedades graves, y a padecer una muerte repentina, porque no poseen un organismo suficientemente fuerte como para ponerle freno a la enfermedad y resistirla. Llegará el momento cuando la fortaleza y la salud de que se han vanagloriado tanto, resultará que es más bien debilidad. No es el principal propósito (57) de la vida del hombre satisfacer el estómago. Hay necesidades animales que satisfacer, es cierto; pero, ¿será posible que por causa de ellas el hombre se vuelva totalmente animal?

Han puesto delante de sus hijos una mesa llena de alimentos malsanos, cocinados en forma malsana también. Han puesto carne delante de ellos y, ¿cuáles han sido los resultados? Esos chicos, ¿son refinados, intelectuales, obedientes, concienzudos, e inclinados hacia las cosas religiosas? Ustedes saben que no es así, sino todo lo contrario. Esa forma de vivir ha fortalecido lo animal en la naturaleza de ustedes, y ha debilitado lo espiritual. Le han legado a sus hijos una herencia miserable; una naturaleza depravada que se ha corrompido más todavía mediante hábitos groseros en el comer y el beber. La mesa ha completado la tarea realizada para hacer de ellos lo que son. El pecado se halla junto a la puerta. Ustedes saben que esos chicos no tienen inclinaciones religiosas, que no están dispuestos a someterse a restricción alguna, y que por lo contrario están inclinados a la desobediencia y a no respetar la autoridad. El hijo mayor está especialmente corrompido, y participa en buena medida de lo animal. Apenas si se descubre algún rasgo divino en su persona. Han criado a sus hijos para que complazcan el apetito cuándo y dónde les plazca. El ejemplo de ustedes les ha enseñado que hay que vivir para comer; que la complacencia del apetito es más o menos el motivo de la vida. Usted tiene que hacer una obra, Hno. H. Ha sido semejante a un hombre dormido o paralizado. Es el momento de hacer un esfuerzo poderoso para salvar a los miembros más jóvenes de su familia. La influencia que ejerce su hijo mayor sobre ellos es positivamente mala. Modifique su régimen alimentario. Un régimen estimulante, que conduce a la depravación, está fortaleciendo las pasiones animales de sus hijos. De todas las familias que conozco, la suya es la que más necesita eliminar la carne, la grasa, y aprender a cocinar higiénicamente.

La Hna. H es una mujer cuya sangre está corrompida. Su organismo está lleno de humores escrofulosos por comer carne. El consumo de carne de cerdo en vuestra familia os ha proporcionado sangre de mala calidad. La Hna. H necesita limitarse estrictamente a un régimen de cereales, frutas y verduras, cocinadas sin carne ni grasa alguna. Necesitaréis adheriros (58) durante bastante tiempo a un régimen estrictamente saludable para colocaron en mejores condiciones de salud, que os relacionen correctamente con la vida. Es imposible que quienes hacen copioso consumo de carne tengan un cerebro despejado y un intelecto activo.

Os aconsejamos que cambiéis vuestros hábitos de vida; pero al mismo tiempo os recomendamos que lo hagáis con entendimiento. Conozco familias que han cambiado de un régimen a base de carne a otro deficiente. Su alimento está tan mal preparado que repugna al estómago; y estas personas me han dicho que la reforma pro salud no les asienta, pues están perdiendo su fuerza física. Esta es una razón por la cual algunos no han tenido éxito en sus esfuerzos para simplificar su alimentación. Siguen un régimen pobre. Preparan sus alimentos sin esmero ni variación. No debe haber muchas clases de alimentos en una comida, pero cada comida no debe estar compuesta invariablemente de las mismas clases de

alimentos. El alimento debe prepararse con sencillez, aunque en forma esmerada para que incite al apetito. Debéis eliminar la grasa de vuestra alimentación. Contamina cualquier alimento que preparéis. Comed mayormente frutas y verduras.

Después de disminuir su fuerza física por comer una cantidad reducida de alimentos de mala calidad, algunos concluyen que su anterior manera de vivir era mejor. El organismo debe ser sostenido. Sin embargo, no vacilamos en decir que la carne no es necesaria para tener salud y fuerza. Se la usa porque el apetito depravado la desea. Su consumo excita las propensiones animales y fortalece las pasiones de la misma naturaleza. Cuando aumentan estas propensiones, decrecen las facultades intelectuales y morales. El consumo de carne tiende a hacer tosco el cuerpo y embota las finas sensibilidades de la mente.

El pueblo que se está preparando para ser santo, puro y refinado, y ser introducido en la compañía de los ángeles celestiales, ¿habrá de continuar quitando la vida de los seres creados por Dios para sustentarse con su carne y considerarla como un lujo? Por lo que el Señor me ha mostrado, habrá que cambiar este orden de cosas, y el pueblo de Dios ejercerá templanza en todas las cosas. Los que se sustentan mayormente con carne no pueden evitar comer la de animales que en mayor o (59) menor grado están enfermos. El proceso de preparar los animales para el mercado, produce enfermedad en ellos; y aun cuando se hallen en el mejor estado de salud posible, se acaloran y enferman al ser arreados antes de llegar al mercado. Los fluidos y las carnes de estos animales enfermos pasan directamente a la sangre y al sistema circulatorio del cuerpo humano para convertirse en fluidos y carnes del mismo. Así se introducen humores en el organismo. Y si la persona tiene ya sangre impura, ésta se empeora por el consumo de la carne de esos animales. El peligro de contraer una enfermedad aumenta diez veces al comer carne. Las facultades intelectuales, morales y físicas quedan perjudicadas por el consumo habitual de carne. El comer carne trastorna el organismo, anubla el intelecto y embota las sensibilidades morales. Os decimos, amados hermanos y hermanas, que la conducta más segura consiste en dejar la carne.

El consumo de té y café perjudica también el organismo. Hasta cierto punto, el té intoxica. Penetra en la circulación y reduce gradualmente la energía del cuerpo y de la mente. Estimula, excita, aviva y apresura el movimiento de la maquinaria viviente, imponiéndole una actividad antinatural, y da al que lo bebe la impresión de que le ha hecho un gran servicio infundiéndole fuerza. Esto es un error. El té sustrae energía nerviosa y debilita muchísimo. Cuando desapareció su influencia y cesa la actividad estimulada por su uso, ¿cuál es el resultado? Una languidez y debilidad que corresponden a la vivacidad artificial que impartiera el té. Cuando el organismo está ya recargado y necesita reposo, el consumo de té acicatea la naturaleza, la estimula a cumplir una acción antinatural y por lo tanto disminuye su poder para hacer su trabajo y su capacidad de resistencia; y las facultades se agotan antes de lo que el Cielo quería. El té es venenoso para el organismo. Los cristianos deben abandonarlo. La influencia del café es hasta cierto punto la misma que la del té, pero su efecto sobre el organismo es aún peor. Es excitante, y en la medida en que lo eleve a uno por encima de lo normal, lo dejará finalmente agotado y postrado por debajo de lo normal. A los que beben té y café, los denuncia su rostro. Su piel pierde el color y parece sin vida. No se advierte en el rostro el resplandor de la salud. (60)

El té y el café no nutren el organismo. Alivian repentinamente, antes que el estómago haya tenido tiempo de digerirlos. Esto demuestra que aquello que los consumidores de estos estimulantes llaman fuerza proviene de la excitación de los nervios del estómago, que transmiten la irritación al cerebro, y éste a su vez es impelido a aumentar la actividad del corazón y a infundir una energía de corta duración a todo el organismo. Todo esto es fuerza falsa, cuyos resultados ulteriores dejan en peor condición, pues no imparten ni una sola partícula de fuerza natural.

El segundo efecto de beber té es dolor de cabeza, insomnio, palpitaciones del corazón, indigestión, temblor nervioso y muchos otros males. "Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios,

que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional" (Rom. 12:1). Dios nos pide un sacrificio vivo; no un sacrificio muerto o moribundo. Cuando comprendemos los requerimientos de Dios, nos damos cuenta de que nos pide que seamos temperantes en todas las cosas. El motivo de nuestra creación consiste en glorificar a Dios mediante nuestros cuerpos y nuestros espíritus, que le pertenecen. ¿Cómo podemos lograrlo cuando complacemos el apetito en detrimento de las facultades físicas y morales? Dios nos pide que presentemos nuestros cuerpos como un sacrificio vivo. El deber que se desprende de esto es que tenemos que preservar ese cuerpo en la mejor condición de salud posible, para que podamos cumplir el requisito. "Si, pues, coméis o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios" (1 Cor. 10:31).
Tiene una obra que hacer para poner su casa en orden. Purifíquese de toda inmundicia de carne y espíritu, para perfeccionar la santidad en el temor de Dios. Debe hacer esfuerzos fervientes para descubrir sus errores, y con temor de Dios, apoyándose en su fortaleza, apártese de ellos. Querido hermano, querida hermana: Tienen que reformarse en cuanto al orden. Debieran cultivar amor por la pulcritud y la estricta limpieza. Dios es un Dios de orden. No aprueba hábitos de descuido y desorden en ninguno de los miembros de su pueblo. En su ropa, en su casa, en todas las cosas, manifiesten buen gusto y orden. Se nos considera un pueblo peculiar. La reforma relativa a la vestimenta establece (61) un contraste notable con las modas del mundo. Los que adoptan esta forma de vestir debieran manifestar buen gusto y orden, y estricta limpieza en todo su atuendo. No se debiera aceptar un vestido o un traje a menos que esté confeccionado en forma correcta y dispuesto con pulcritud. Porque no deberíamos provocar el disgusto de los incrédulos por el descuido y la falta de pulcritud de nuestra ropa, sino que debiéramos vestirnos modestamente, teniendo en cuenta la salud y la limpieza, de manera que nuestra forma de vestir se recomiende a sí misma frente al juicio de las mentes sencillas.
Necesitáis mentes claras y enérgicas para apreciar el carácter excelso de la verdad, para valorar la expiación y estimar debidamente las cosas eternas. Si seguís una conducta equivocada y erróneos hábitos de comer, y por ello debilitáis las facultades intelectuales, no estimáis la salvación y la vida eterna como para que os inspiren a conformar vuestras vidas con la de Cristo; ni haréis los esfuerzos fervorosos y abnegados para conformaron con la voluntad de Dios que su Palabra requiere, y que necesitáis para que os den la idoneidad moral que merecerá el toque final de la inmortalidad.

El Descuido de la Reforma Pro Salud.-
Queridos hermanos L: El Señor me ha mostrado algunas cosas con respecto a ustedes que me siento en el deber de escribir. Se encuentran entre los que se me presentaron como remisos a poner en práctica la reforma pro salud. La luz ha resplandecido sobre la senda que transita el pueblo de Dios, no obstante lo cual no todos avanzan de acuerdo con ella, ni siguen tan rápidamente como lo indican las providencias de Dios al abrir caminos delante de ellos. Mientras no lo hagan, estarán en tinieblas. Si Dios ha hablado a este pueblo, quiere que oiga y obedezca su voz. El sábado pasado, mientras hablaba, vi nítidamente delante de mí los rostros pálidos de ustedes tal como me fueron mostrados. Vi el estado de salud de ustedes, y las enfermedades que han padecido por tanto tiempo. Se me mostró que no han vivido en forma sana. (62)
Sus apetitos han sido malsanos, y han complacido el gusto a expensas del estómago. Han introducido en él sustancias a partir de las cuales es imposible producir buena sangre. Esto ha sobrecargado el hígado, porque los órganos digestivos se han desajustado. Los dos tienen hígados enfermos. La reforma pro salud sería de gran beneficio para ambos, si la pusieran en práctica estrictamente. Ustedes no han hecho esto. El apetito de ustedes es morboso, y como no les gusta un régimen sencillo, compuesto por harina integral, verduras y frutas preparadas sin condimentos ni grasa, están transgrediendo continuamente las leyes que Dios ha establecido para su organismo. Mientras lo hagan, tendrán que sufrir las consecuencias; porque para cada transgresión hay una sanción establecida. ¡Y ustedes se asombran de que permanentemente padecen de mala salud!

Tengan la seguridad de que Dios no va a realizar un milagro para salvarlos de las consecuencias de su propia conducta. Ustedes no han dispuesto de una cantidad de aire suficiente. El Hno. I ha trabajado en su negocio, dedicándose intensamente a su trabajo, respirando muy poco aire y haciendo muy poco ejercicio. Su sangre circula lentamente. Al respirar, el aire sólo llena la parte superior de los pulmones. Muy pocas veces ejercita los músculos abdominales al respirar. El estómago, el hígado, los pulmones y el cerebro están sufriendo por causa de la falta de una respiración profunda y plena, que de producirse electrificaría la sangre y le impartiría un color brillante y vivo, que es lo único que puede mantener pura la maquinaria humana, dándole tonicidad y vigor a cada uno de sus órganos.

Ustedes mis queridos hermanos, podrían gozar de mucha mejor salud de la que actualmente tienen, y podrían evitarse muchísimos malestares, si solamente ejercieran temperancia en todas las cosas: en el trabajo, en el comer y en el beber. Las bebidas calientes debilitan el estómago. Jamás se debiera comer queso. La harina refinada no puede proporcionar al organismo el alimento que existe en el pan integral. El uso constante de pan hecho con harina refinada no puede mantener el organismo en buenas condiciones de salud. Ustedes dos tienen hígados perezosos. El consumo de harina refinada agrava las dificultades en medio de las cuales ustedes están trabajando. (63)

No hay tratamiento que pueda aliviar las dificultades por las cuales están pasando actualmente mientras sigan comiendo y bebiendo como lo hacen. Pueden hacer por sí mismos lo que el más experimentado de los médicos no podría hacer jamás. Modifiquen su régimen de alimentación. Para complacer el gusto, a menudo ustedes someten los órganos de la digestión a un trabajo excesivo al introducir en el estómago alimentos que no son los más sanos, y en ocasiones en cantidades inmoderadas. Esto cansa el estómago, y lo descalifica para recibir aun los alimentos más sanos. Cada uno de ustedes mantiene su estómago permanentemente debilitado como consecuencia de su mala manera de alimentarse. Los alimentos que ustedes preparan son demasiado sustanciosos. No los preparan en forma sencilla y natural, sino que son totalmente inadecuados para el estómago, puesto que ustedes los han preparado para complacer sus gustos. El organismo se sobrecarga, y trata de resistir los esfuerzos que ustedes hacen para malograrlo. Los escalofríos y la fiebre son los resultados de esos intentos de librarse de la carga que ustedes depositan sobre él. Tienen que sufrir el castigo que corresponde a la violación de las leyes de la naturaleza. Dios ha establecido leyes que gobiernan el organismo que ustedes no pueden violar sin sufrir el castigo correspondiente. Se han sometido a sus gustos sin preocuparse de la salud. Han hecho algunos cambios; pero apenas han dado los primeros pasos en la reforma del régimen alimentario. Dios requiere de nosotros temperancia en todas las cosas. "Si, pues, coméis o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios" (1 Cor. 10:31).

De todas las familias que conozco, ninguna necesita tanto de los beneficios de la reforma pro salud como la de ustedes. Gimen bajo dolores y postraciones a los que no pueden hacer frente, y tratan de someterse a ellos con la mejor de las actitudes, creyendo que la aflicción es lo que les ha tocado en suerte, y que ha sido establecida por la Providencia. Si se abrieran sus ojos, y pudieran ver los pasos que dieron en su vida pasada, que los han traído directamente a la situación de mala salud en la cual se encuentran actualmente, se asombrarían de la ceguera que les ha impedido ver antes la realidad de las cosas. Los apetitos que ustedes han cultivado son anormales, y no obtienen ni la mitad de la satisfacción (64) que podrían obtener de los alimentos que ingieren, si no hubieran usado mal su apetito. Han pervertido la naturaleza, y han estado sufriendo las consecuencias que ciertamente han sido dolorosas.

La naturaleza soporta los abusos tanto como puede sin ofrecer resistencia, después de lo cual se levanta y ejerce un poderoso esfuerzo para librarse de los obstáculos que se le oponen, y del mal trato a que se la somete. Entonces se producen dolores de cabeza, escalofríos, fiebres, nerviosidad, parálisis y otros males demasiado numerosos para mencionarlos. Una mala manera de comer y beber destruye la salud, y con ello la dulzura de la vida. ¡Oh, cuántas veces han comprado ustedes lo que consideraban una buena comida a expensas de un organismo afiebrado, de la pérdida del apetito y de la falta de sueño! La

incapacidad para disfrutar de los alimentos, una noche de insomnio, horas de sufrimiento, ¡todo por una comida que se ingirió para satisfacer el apetito! Miles han complacido sus apetitos pervertidos, han comido lo que consideraban una buena comida, y como resultado de ello han sufrido de fiebre, o de alguna enfermedad aguda y hasta de una muerte segura. Esa fue, por cierto, una satisfacción adquirida a un costo exorbitante. Muchos han hecho precisamente esto, y estos suicidas han sido elogiados por sus amigos y el pastor, y han sido enviados directamente al cielo en ocasión de su muerte. ¡Qué pensamiento! ¡Glotones en el Cielo! No, no; los tales jamás transpondrán las puertas de perla de la dorada ciudad de Dios. Los tales jamás serán exaltados a la diestra de Jesús, el precioso Salvador, el sufriente Hombre del Calvario. Su vida fue de constante abnegación y sacrificio. Hay un lugar señalado para cada uno de ellos entre los indignos, que no pueden participar de la vida mejor, de la herencia inmortal.

Dios requiere de todos los hombres que le ofrezcan sus cuerpos como sacrificio vivo, no un sacrificio muerto o moribundo, un sacrificio cuya propia conducta ha debilitado, llenándolo de impurezas y debilidad. Dios pide un sacrificio vivo. El cuerpo, según nos dice, es el templo del Espíritu Santo, la morada del Espíritu, y requiere de todos los que llevan su imagen que cuiden de sus cuerpos para servirlo y glorificarlo. "No sois vuestros —dice el apóstol inspirado—. Porque habéis sido comprados por (65) precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios" (1 Cor. 6:19-20). Para lograrlo, añadan a la virtud ciencia, y a la ciencia templanza, y a la templanza paciencia. Tenemos el deber de saber cómo preservar el cuerpo en la mejor condición de salud posible, y tenemos el sagrado deber de vivir a la altura de la luz que Dios nos ha dado tan generosamente. Si cerramos los ojos a la luz por temor de que nos permita ver nuestros errores, que no estamos dispuestos a abandonar, nuestros pecados no disminuirán, sino que aumentarán. Si no se toma en cuenta la luz referente a un asunto, también se la dejará a un lado cuando se refiera a otros. Es tan pecado violar las leyes que rigen nuestro ser, como quebrantar uno de los diez mandamientos, porque no se puede hacer ninguna de las dos cosas sin quebrantar la ley de Dios. No podemos amar al Señor con todo nuestro corazón, nuestra mente, nuestra alma y nuestra fuerza, mientras amamos nuestros apetitos y nuestros gustos mucho más de lo que amamos al Señor. Cada día estamos disminuyendo nuestra capacidad de glorificar a Dios, en circunstancias que él requiere toda nuestra fortaleza, toda nuestra mente. Como consecuencia de nuestros hábitos nos estamos aferrando cada vez menos a la vida, mientras profesamos ser seguidores de Cristo y que nos estamos preparando para los toques finales de la inmortalidad.

Mis hermanos: ustedes tienen que hacer una obra que nadie puede hacer por ustedes. Despierten de su letargo y Cristo les dará vida. Modifiquen su manera de vivir, de comer, de beber, y de trabajar. Mientras continúen con la conducta que han proseguido durante tantos años, no podrán distinguir claramente las cosas sagradas y eternas. La sensibilidad de ustedes está embotada; sus intelectos están envueltos en una niebla. No han estado creciendo en la gracia ni en el conocimiento de la verdad como era privilegio de ustedes hacerlo. No han estado creciendo en espiritualidad, sino que se han estado entenebreciendo cada vez más. Se han apresurado a adquirir propiedades, y han estado en peligro de ser deshonestos, procurando defender sus propios intereses sin tomar en consideración a los demás, como quisieran que se consideraran los de ustedes. Han fomentado el egoísmo en ustedes, en circunstancias que lo deberían haber vencido. Examinen (66) detenidamente sus corazones, e imiten en sus vidas al Modelo perfecto, y todo les saldrá bien. Mantengan una conciencia limpia delante de Dios. Glorifiquen su nombre en todo. Despójense del egoísmo.

"No os conforméis a este siglo (mundo), sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta" (Rom. 12:2). Las costumbres y las prácticas de los hombres no debieran constituir el criterio de ustedes. Por más apremiantes que sean las circunstancias por las que tengan que pasar, nunca se permitan caer en la deshonestidad. Satanás está cerca de ustedes para tentarlos a hacer precisamente esto, y no los va a dejar descansar respecto de este asunto. Es posible que un comerciante sea cristiano y que conserve su

integridad delante de Dios. Pero para lograrlo se necesita una constante vigilancia y fervientes súplicas a Dios para librarse de la mala tendencia de esta era degenerada de obtener ventajas para sí mismo en detrimento de los demás. Usted se encuentra en un lugar difícil para progresar en la vida divina. Tiene principios, pero no depende plenamente de Dios. Confía demasiado en su propia débil fuerza. Tiene una tremenda necesidad de la ayuda divina, un poder que no se encuentra en usted mismo. Hay alguien a quien puede acudir para conseguir consejo, cuya sabiduría es infinita. Lo ha invitado a acudir a él, porque va a suplir sus necesidades. Si por fe deposita todas sus preocupaciones sobre Aquel que sabe cuándo cae un gorrión, no habrá confiado en vano. Si confía en sus seguras promesas, y conserva su integridad, los ángeles de Dios lo rodearán. Persevere en las buenas obras, con fe, delante de Dios; entonces sus pisadas serán ordenadas por el Señor, y su mano prosperadora jamás se apartará de usted.

Si se lo dejara decidir su propio camino, sus resoluciones serían muy pobres, y rápidamente su fe naufragaría. Lleve todas sus preocupaciones y sus cargas al Portador de cargas. Pero no permita que una sola mancha malogre su carácter cristiano. Nunca jamás mancille el registro de su vida que se lleva en el Cielo por causa del deseo de ganancias —puesto que ese registro está a la vista de las huestes angélicas y de su abnegado Redentor—, con avaricia, mezquindad, egoísmo y tratos deshonestos. Tal manera

(67) de proceder le producirá ganancias de acuerdo con el criterio del mundo, pero a la vista del Cielo será una pérdida inmensa e irreparable. "Jehová no mira lo que mira el hombre" (1 Sam. 16:7). Si confiamos en Dios constantemente, estaremos seguros, sin ese temor permanente de futuros males. Terminarán esa preocupación y esa ansiedad que carecen de sentido. Tenemos un Padre celestial que cuida de sus hijos, y que pone a su disposición una medida suficiente de su gracia en cada momento de necesidad. Cuando tomamos en nuestras propias manos la administración de lo que nos concierne, y dependemos de nuestra propia sabiduría para lograr el éxito, muy bien podemos experimentar ansiedad y esperar peligros, porque ciertamente recaerán sobre nosotros.

Se requiere de nosotros una completa consagración a Dios. Cuando el Redentor de los pecadores mortales trabajaba y sufría por nosotros, se negó a sí mismo, y su vida entera era una escena constante de trabajo y privaciones. Si así lo hubiera decidido, podría haber pasado sus días sobre la tierra en medio del ocio y la abundancia, gozando de todos los placeres y satisfacciones de esta vida. Pero no lo hizo; no tomó en cuenta su propia conveniencia. Vivió no para gratificarse a sí mismo, sino para hacer el bien y para salvar a otros del sufrimiento, para ayudar a los que más lo necesitaban. Perseveró en esta actitud hasta el mismo fin. El castigo de nuestra paz recayó sobre él, y llevó las iniquidades de todos nosotros. Nosotros debimos beber esa amarga copa. Nuestros pecados fueron los ingredientes de esa mezcla. Pero nuestro querido Salvador la sacó de nuestros labios y la bebió él mismo, y en su lugar nos ofrece una copa de misericordia, bendición y salvación. ¡Oh, qué inmenso sacrificio se hizo en favor de la raza caída! ¡Qué amor, qué amor maravilloso e incomparable! Después de todas estas manifestaciones de amor, hechas precisamente con el fin de revelarnos su amor, ¿trataremos de evitar las pequeñas pruebas que tenemos que soportar? ¿Podemos amara Cristo y al mismo tiempo no estar dispuestos a llevar la cruz? ¿Podemos querer participar de su gloria, pero no a seguirlo siquiera desde el tribunal hasta el Calvario? Si Cristo está en nosotros, la esperanza de gloria, caminaremos como él lo hizo; imitaremos su vida de sacrificio para bendecir a los demás; (68) beberemos de su copa y seremos bautizados de su bautismo; daremos la bienvenida a una vida de devoción, pruebas, y abnegación por causa de Cristo. Por más sacrificios que hagamos para obtenerlo, el Cielo será demasiado barato.

Amor por los que Yerran.-

Se me mostró que mientras la Hna. J y los hermanos K veían errores en los demás, no hicieron esfuerzos para corregirlos y ayudar a los que deberían haber ayudado. Los han dejado demasiado solos, a buena distancia, y han creído que no valía la pena hacer nada por ellos. Esto no es así. Cometen un error al obrar de esa manera. Cristo dijo: "No he venido a llamar a justos, sino a pecadores, al

arrepentimiento" (Mat. 9:13). El Señor requiere de nosotros que ayudemos a los que más lo necesitan. Mientras veían los errores y fallas de los demás, se ensimismaron demasiado, y han sido sumamente egoístas al disfrutar de la verdad. Dios no aprueba el hecho de que nos sintamos satisfechos con la verdad, sin esfuerzo alguno para ayudar a fortalecer a los que lo necesitan. No todos estamos hechos de la misma manera, y muchos no han sido educados correctamente. Su educación ha sido deficiente. Algunos han recibido como herencia un carácter iracundo, y la educación que recibieron en la infancia no les enseñó a tener dominio propio. A menudo los celos y la envidia se hallan unidos a la iracundia. Otros fallan en otros sentidos. Algunos son deshonestos en sus transacciones comerciales. Otros gobiernan sus familias arbitrariamente: les gusta dominar. Sus vidas están lejos de ser correctas. Su educación ha sido totalmente equivocada. No se les dijo que era pecado someterse a esos rasgos depravados; por lo tanto, el pecado no les parece tan pecaminoso. Otros, cuya educación no ha sido tan defectuosa, que han tenido una preparación mejor, han desarrollado un carácter mucho menos objetable. La vida cristiana de todos está muy afectada, para bien o para mal, por su educación anterior.
Jesús, nuestro abogado, está al tanto de todas las circunstancias (69) que nos rodean, y trata con nosotros de acuerdo con la luz que hemos recibido y la situación en medio de la cual nos encontramos. Otros están en condiciones mucho mejores. Mientras algunos están continuamente acosados, afligidos y en dificultades por causa de algunos desgraciados rasgos de carácter, y tienen que luchar con enemigos internos y la corrupción de su propia naturaleza, otros no tienen ni la mitad de los conflictos que tienen que enfrentar aquéllos. Viven casi libres de las dificultades que tienen que encarar sus hermanos y hermanas que no han sido tan favorecidos. En muchísimos casos no tienen que hacer ni siquiera la mitad del esfuerzo que hacen algunos de los infortunados que acabo de mencionar, para vencer, y vivir la vida cristiana. Aparentemente éstos están en desventaja casi todo el tiempo, mientras los otros parece que se comportan mucho mejor, porque les resulta natural hacerlo. Es posible que no hagan la mitad del esfuerzo que hacen los otros para estar atentos y someter su cuerpo, y al mismo tiempo comparan sus vidas con las de los que están mal constituidos y han recibido una educación deficiente, y se sienten satisfechos con el contraste. Hablan de las fallas, los errores y las equivocaciones de los infortunados, pero no se dan cuenta de que ellos no tienen otro problema fuera del de referirse a esos errores y despreciar a los que son culpables de ellos.
Los cargos importantes que ustedes como familia ocupan en la iglesia, les imponen la necesidad de ser portadores de cargas. No se trata de que tengan que llevar las cargas de los que son capaces de llevarlas por sí mismos, y aún de ayudara otros, sino que debieran ayudar a los más necesitados, a los menos favorecidos, a los que se equivocan y fallan, y que tal vez los hayan herido y hayan probado su paciencia hasta lo sumo. De ésos se compadece Jesús especialmente, porque Satanás ejerce un poder mayor sobre esas almas, aprovechándose constantemente de sus puntos débiles, y arrojando sus flechas para herirlos donde menos protegidos están. Jesús ejerció su poder y su misericordia precisamente en esos casos lamentables. Cuando preguntó quién podía amar más, Simón contestó: "Aquel a quien perdonó más" (Luc. 7:43). Así tiene que ser. Jesús no pasó por alto al débil, al infortunado, al desamparado, sino que ayudó a los que necesitaban ayuda. No limitó sus visitas y labores a los más inteligentes y menos defectuosos, (70) en detrimento de los infortunados. No preguntó si le iba a resultar agradable la compañía de los más pobres, de los más necesitados. La compañía que buscó fue ésta: las ovejas perdidas de la casa de Israel.
Esta es la obra que ustedes han descuidado. Han evitado asumir algunas responsabilidades desagradables, y no han ido a visitar al que está en el error, ni han manifestado interés y amor por él, ni se han esforzado por conocerlo. No han tenido un espíritu perdonador, como el de Cristo. Se han trazado esta conducta: todos los demás deben venir a donde están ustedes, antes de que ustedes arrojen sobre ellos el manto de su caridad. No se les pide que condenen el pecado, sino que ejerzan el mismo amor misericordioso por los que están en el error, que Cristo ejerció hacia ustedes.

Se los puso en medio de las circunstancias más favorables para que pudieran desarrollar un buen carácter cristiano. No padecen de necesidades acuciantes, ni tienen el alma amargada ni perturbada por la conducta de hijos desobedientes y rebeldes. Entre ustedes no hay una voz disonante. Tienen todo lo que el corazón puede desear. Pero a pesar de las circunstancias favorables que los rodean, tienen fallas y errores, y mucho que vencer para librarse del orgullo espiritual, el egoísmo, el apresuramiento, los celos y las malas sospechas.

El Hno. K no se tiene que arrepentir del pecado de la maledicencia, como tantos otros, pero carece de la disposición de ayudar a los que más lo necesitan. Es egoísta. Ama su hogar, ama la quietud, el descanso, la libertad de cuidados, perplejidades y pruebas; por lo tanto, se complace demasiado a sí mismo. No lleva las cargas que el Cielo le asignó. Evita las responsabilidades desagradables y se encierra demasiado en su amor por la tranquilidad. Ha sido bastante generoso con sus medios económicos, pero cuando ha sido necesario practicar la abnegación para llevar a cabo un bien que era preciso realizar, ha revelado que tiene muy poca experiencia en esto, y necesita obtenerla.

Teme que se lo repruebe si se aventura a ayudar a los que están en el error. "Así que, los que somos fuertes debemos soportar las flaquezas de los débiles, y no agradarnos a nosotros mismos. Cada uno de nosotros agrade a su prójimo en lo que es bueno, (71) para edificación. Porque ni aun Cristo se agradó a sí mismo; antes bien, como está escrito: Los vituperios de los que te vituperaban, cayeron sobre mí" (Rom. 15:1-3). Todos los que participan de esta gran salvación tienen algo que hacer para ayudar a los que se encuentran vacilantes en los límites de Sión. No debieran cortar las amarras y lanzarlos fuera sin hacer un esfuerzo para ayudarles a vencer y prepararse para el juicio. ¡No, ciertamente! Mientras las ovejas se hallan balando alrededor del redil, deberían ser animadas y fortalecidas por toda la ayuda que está en nuestro poder proporcionar. Ustedes como familia tienen reglas demasiado rígidas e ideas preconcebidas que no se pueden aplicar a cada caso. Les falta amor, bondad, ternura y piedad por los que no se mueven tan rápidamente como deberían. Esta actitud ha durado tanto que se están secando espiritualmente en lugar de florecer en el Señor. Los intereses, esfuerzos y preocupaciones de ustedes giran en torno de sus familiares y parientes. Pero no han aceptado la idea de alcanzar a otros que los rodean venciendo la renuencia que tienen a ejercer su influencia fuera de un círculo muy especial. Idolatran el suyo, y se encierran en ustedes mismos. Quiera el Señor salvarnos a mí y a los míos, esa es la gran preocupación. Esta actitud debe morir antes que el cristiano pueda florecer en el Señor y progresar espiritualmente; antes que la iglesia pueda crecer y se añadan a ella las almas de los que han de ser salvos.

Tienen un criterio estrecho con respecto al trabajo en favor de los demás; tienen que modificar su base de operaciones. Sus parientes no son más valiosos a la vista de Dios que cualquier otra pobre alma que necesita salvación. Tenemos que poner el yo y el egoísmo bajo la planta de nuestros pies, y manifestar en nuestras vidas el espíritu de sacrificio propio y generosidad desinteresada que puso en evidencia Jesús cuando estuvo en esta tierra. Todos deberían interesarse en sus parientes, pero no limitarse a ellos como si fueran los únicos a quienes Jesús vino a salvar. (72)

La Religión Diaria.-

Hnos. L: Se me mostró que ustedes tenían que hacer algo para poner su casa en orden. Hno. L, usted no ha representado adecuadamente la verdad; ésta no ha ejercido sobre su vida la influencia santificadora que se esperaba para que esté en condiciones de participar de la compañía de los ángeles celestiales en el reino de gloria. Usted es un leño áspero y necesita que se lo pula bastante, y debe permanecer en el taller de Dios hasta que todas las asperezas desaparezcan, las superficies desiguales sean suavizadas, y se lo declare adecuado para ocupar su lugar en el edificio.

Debiera ejercer cuidado para no presentar los temas de la verdad presente en todas partes. Puede hacer más si vive la verdad que si se refiere a ella en su conversación con los demás. Puede hacer mucho por medio del ejemplo. Tiene que ser muy circunspecto en sus transacciones comerciales, y aplicarles los

principios de su fe. Sea fiel en sus tratos, cabal en su trabajo, recordando siempre que no es sólo el ojo de su empleador el que inspecciona sus labores, sino que el ojo de Dios vigila todas las transacciones de su vida. Los ángeles de Dios están observando su trabajo, y debería ser parte de su religión que cada trabajo que usted hace lleve la marca de la verdad y la fidelidad. "El que es fiel en lo muy poco, también en lo más es fiel; y el que en lo muy poco es injusto, también en lo más es injusto" (Luc. 16:10). Dios quiere hacer de usted una persona justa, santa y fiel.

Usted no habla sabia y juiciosamente con su esposa y sus hijos. Debería cultivar la amabilidad y la gentileza. Sus hijos no han recibido la mejor influencia y el mejor ejemplo. Ellos no deberían dominarlo, sino usted a ellos; no ásperamente, no en forma dominante, sino con firmeza e invariabilidad de propósito.

Hna. L: Tiene que librar una gran batalla que está delante de usted para vencer. Usted ha permitido que el yo gane la victoria. Su voluntad inflexible es el peor enemigo que usted tiene. Su carácter es insumiso, y no ejerce dominio sobre su lengua. Su falta de dominio propio le ha causado un gran perjuicio a usted y (73) a su familia. La tranquilidad, la felicidad y la paz han permanecido en su morada por muy poco tiempo. Si se la contraría, usted se irrita fácilmente y entonces habla y obra como si un demonio la poseyera. Los ángeles se apartan de esa escena de discordia, donde se produce un intercambio de palabras airadas. Muchas veces ha alejado usted a los preciosos ángeles celestiales de en medio de su familia al ceder a la pasión.

Lo semejante engendra lo semejante. El mismo espíritu que ha manifestado ha recaído sobre usted. Sus hijos han experimentado tan poco afecto, ternura y bondad, que no han visto nada capaz de ganarlos para la verdad o inspirarles respeto por su autoridad. Han participado por tanto tiempo de los malos frutos que usted ha producido que la disposición de ellos tiende hacia la amargura. No están completamente corrompidos; debajo de un exterior no cultivado han quedado buenos impulsos que deben ser descubiertos y traídos a la superficie. Si su vida religiosa hubiera sido más pareja, si hubiera ejemplificado la vida de Cristo, las cosas habrían sido diferentes en el seno de su familia. "Todo lo que el hombre sembrare, eso también segará" (Gál. 6:7). La cosecha corresponderá con la clase de semilla que usted siembre. Si las palabras amables estuvieran a la orden del día en su casa, recibiría los frutos correspondientes.

Sobre usted reposa una pesada responsabilidad. En vista de esto, cuán cuidadosa debería ser en sus palabras y actos. ¿Qué clase de semilla está usted sembrando en el corazón de sus hijos? La cosecha, ¡oh, recuerde! la cosecha no está tan distante. No siembre mala semilla. Satanás está listo para hacer esa obra. Siembre sólo semilla pura y limpia.

Usted, mi querida hermana, ha sido celosa, envidiosa y buscadora de faltas. Se le ocurrió que la dejaban a un lado y la despreciaban. La han descuidado demasiado; pero usted tiene una obra que hacer para sí misma que nadie puede hacer por usted. Se necesitará esfuerzo, perseverancia y fervor para obtener la victoria sobre hábitos arraigados por tanto tiempo, que han llegado a ser una segunda naturaleza. Albergamos por usted los sentimientos más tiernos, a pesar de sus errores y faltas; y aunque nos tomemos la libertad de decirle cuáles son esas faltas, nos comprometemos a ayudarla de todas las maneras posibles. (74)

Se me mostró que usted no tiene el amor filial que debería tener. El mal en su naturaleza se manifiesta en la forma más antinatural. Usted no es tierna ni respetuosa con sus padres. No importa cuáles hayan sido sus errores, no tiene excusa para justificar la conducta que ha seguido para con ellos. Ha sido muy insensible e irrespetuosa. Los ángeles se han apartado tristes de su lado mientras repetían estas palabras: "Lo que sembrareis, eso también segaréis". Si el tiempo sigue, usted recibirá de sus hijos el mismo trato que sus padres han recibido de usted. No ha meditado en la mejor manera de lograr que sus padres sean felices, y no ha sacrificado después sus deseos y placeres para lograrlo. Sus días sobre la tierra serán pocos en el mejor de los casos, y estarán llenos de cuidados y sinsabores aunque usted haga todo lo que pueda para suavizar su tránsito a la tumba. "Honra a tu padre y a tu madre, para que tus días

se alarguen en la tierra que Jehová tu Dios te da" (Éxo. 20:12). Este es el primer mandamiento con promesa. Está en vigencia para el niño y el joven, para la gente de edad madura y para los ancianos. No hay etapa de la vida cuando los hijos están exentos de honrar a sus padres. Esta solemne obligación recae sobre todo hijo e hija, y es una de las condiciones que tienen que llenar para poder prolongar sus vidas en la tierra que el Señor va a dar a los fieles. Este no es un asunto cualquiera, sino de la mayor importancia. La promesa se cumplirá a condición de que se obedezca el mandamiento. Si usted obedece, vivirá largos días en la tierra que el Señor le va a dar. Si desobedece, no prolongará su vida en esa tierra incomparable.

Este es, hermana, un tema para que lo considere con oración y con meditación ferviente. Examine minuciosamente su corazón, a la luz de la eternidad. No oculte nada a ese examen. Examine, ¡oh! examine su vida, puesto que es cosa de vida o muerte, y condénese, júzguese, y entonces por fe pida la sangre purificadora de Cristo para eliminar las manchas que hay en su carácter cristiano. No se adule ni se excuse. Obre lealmente con su propia alma. Y entonces, cuando se vea como pecadora, caiga quebrantada a los pies de la cruz. Jesús la recibirá, así manchada como está, y la lavará con su sangre, y la limpiará de toda contaminación, y la preparará para participar de la compañía de los (75) ángeles celestiales, en un Cielo puro y armonioso. No hay discordancia allí. Todo es salud, felicidad y gozo.

Hna. L: Usted no ha sido indiferente a su salvación. A veces ha hecho esfuerzos fervientes y se ha humillado delante de la iglesia y de Dios; pero no ha recibido el ánimo que necesitaba, y que Jesús le habría dado si hubiera estado sobre la tierra. Hay falta de amor en la iglesia. El amor por los que yerran está cubierto por el egoísmo. Se nota una gran falta de esta preciosa gracia entre el pueblo de Dios. Creyó que los hermanos eran indiferentes con usted y su alma se rebeló contra ellos. Ni los sentimientos ni la conversación de ellos fueron correctos. No siguieron una conducta acertada. No hay nada que los justifique en esto. El Cielo está disgustado. Jesús se compadece de usted y la invita a acudir a él, ya que está cansada y cargada, para que aprenda de él, que es manso y humilde de corazón, y va a encontrar descanso para su alma. El yugo de Cristo es liviano, y su carga es ligera. Cuando se sienta perpleja, preocupada y molesta acuda al Portador de cargas; dígale todo a Jesús. Es posible que sus hermanos no aprecien sus esfuerzos y que nunca sepan cuánto tiene que luchar usted para obtener la victoria; no obstante, no se debería desanimar por eso. Si Jesús lo sabe, si él está al tanto de sus sinceros esfuerzos, eso debería bastarle.

Debería producirse una reforma completa en su vida, una transformación causada por la renovación de su entendimiento. Dios quiere que su pueblo le ayude porque usted necesita ayuda, y debería ser lo suficientemente humilde como para dejarse ayudar. Cuando se sienta tentada a darle rienda suelta a ese miembro ingobernable, ¡oh! recuerde que el ángel está tomando nota de cada palabra que usted dice. Todas están anotadas en el libro y, a menos que hayan sido lavadas por la sangre de Cristo, se volverá a encontrar con ellas. Actualmente usted tiene un registro manchado en el cielo. El sincero arrepentimiento delante de Dios será aceptado. Cuando esté por hablar apasionadamente, cierre la boca. No diga una palabra. Ore antes de hablar, y los ángeles del cielo vendrán a ayudarle y a echar a los ángeles malos que quisieran inducirla a deshonrar a Dios, lanzar baldón contra su causa y debilitar su propia alma.

Usted tiene una obra especial que hacer, es a saber, confesar (76) con humildad su conducta irrespetuosa hacia sus padres. No hay razón alguna para que usted se comporte en forma tan antinatural con ellos. Es una actitud completamente satánica a la cual se entregó porque su madre no corrigió su conducta. Sus sentimientos hacia ellos no son sólo de definido disgusto, falta de respeto decidido, sino odio, maldad, envidia, celos, que se manifiestan en sus actos, los cuales a su vez les causan sufrimientos y soledad. Usted no desea que sean felices; ni siquiera que se sientan cómodos. Sus sentimientos cambian a menudo. A veces su corazón se ablanda, pero cuando ve faltas en ellos se cierra, y los ángeles no pueden inducirle la más mínima emoción de amor. Un demonio la domina, de manera que usted es detestable y a su vez aborrece a los demás. Dios ha tomado nota de las palabras

irrespetuosas y las acciones poco amables de usted hacia sus padres, a quienes le ha ordenado que honre, y si no es capaz de darse cuenta de ese gran pecado, y no se arrepiente de él, cada vez se sumirá más y más en las tinieblas, hasta que quede abandonada a sus malos caminos.

El Señor está dispuesto a ayudara los que necesitan ayuda y sienten la necesidad de ella. Si usted ve su pobreza y su miseria delante de Dios, y sinceramente echa mano de su fortaleza, le ayudará, la bendecirá y le impartirá su fuerza, de manera que por medio de sus buenas obras usted induzca a otros a glorificar a nuestro Padre que está en los Cielos. ¿Se mirará a sí misma? ¿Someterá a Dios su voluntad y su manera de proceder? ¿Buscará la religión pura y sin mancha delante de Dios? ¡Oh, de qué le podrá valer vivir en esta condición miserable! Usted misma no es feliz al vivir de esa manera, y los que la rodean tampoco son felices en su compañía. Ciertamente usted se ha creado muchísima miseria; y la vida que ha vivido no vale mucho. ¿Por qué no se reconcilia con Dios, entonces? Muera al yo y conviértase, para que Jesús pueda sanarla. Quiere salvarla si usted le permite hacerlo a su manera. Quiera el Señor ayudarle a ver todos sus errores y a corregirlos, es mi oración.

Hno. L: Usted debiera ser rápido para escuchar, lento para hablar y para enojarse. Cuide sus palabras. No permita que Satanás haga de usted una piedra de tropiezo para los demás. Hay fallas en sus transacciones comerciales. Usted desprecia su trabajo. (77) Lo hace tan rápidamente como puede, con la idea de que de todas maneras nadie se va a dar cuenta, en circunstancias de que no está bien hecho. Le falta exactitud. Debería cultivar el buen gusto y el orden en todo lo que hace. Si algo vale la pena que se haga, vale la pena hacerlo bien. Si le falta fidelidad en su vida comercial, también le faltará en su vida religiosa, y en el día de Dios las balanzas del santuario pondrán de manifiesto que usted ha sido hallado falto. Esta falla arroja baldón sobre su fe. Los incrédulos la catalogan como deshonestidad y dicen: "Si éstos son los que guardan el sábado, no quiero tener nada que ver con ellos".

Cuando la gente analiza su trabajo y encuentra que no es durable, sin precisión ni orden, lo consideran estafador, y muchos discursos duros se han pronunciado acerca de este asunto. Muchas palabras inconvenientes han sido dichas con relación a su trabajo, y Dios ha sido blasfemado. Usted no tiene la intención de ser deshonesto, pero hay descuido en sus trabajos. Cree que sus patrones son demasiado exigentes; que usted sabe dar tanta satisfacción como ellos, y de allí que ese estilo desmañado, negligente, imperfecto, se manifieste en gran medida en todas sus labores. Tiene que mejorar en esto. Debería ser honrado en todos sus trabajos, y terminarlos de tal manera que puedan soportar la inspección de Dios. No se permita despreciar ningún trabajo. Sea fiel hasta en lo muy poco.

Trate de ayudar a su esposa en el conflicto que ella tiene que librar. Sea cuidadoso en sus palabras; cultive los modales refinados, la cortesía, la amabilidad, y si lo hace, recibirá su recompensa.

La Reforma en el Hogar

HNO. M: De acuerdo con lo que me ha sido mostrado, se debe hacer una gran obra en su favor antes que usted sea aceptado a la vista de Dios. El yo es demasiado prominente en usted. Posee un temperamento rápido y apasionado, y es arbitrario y exigente con los miembros de su familia. La Hna. M es desaliñada y (78) descuidada en el manejo de su casa. Su administración carece de orden y limpieza. Pero puede mejorar en estas cosas. Hno. M: usted censura a su esposa y actúa dictatorialmente, y no posee el amor que debería tener. Ella teme su actitud opresora, pero no hace lo que podría para corregir sus malos hábitos, por cuya causa su hogar es tan desagradable.

Hno. M: usted no ha seguido una conducta juiciosa con respecto a su familia. Sus hijos no lo aman. Odian más de lo que aman. Su esposa no lo ama. Su conducta no inspira amor en nadie. Es extremista. Es severo, exigente y arbitrario con sus hijos. Habla acerca de la verdad con ellos, pero no aplica sus principios a su vida diaria. No es paciente, tolerante y perdonador. Por tanto tiempo se ha entregado a su propia manera de ser, está tan dispuesto a explotar si se lo provoca, que resulta sumamente dudoso que vaya a hacer los esfuerzos necesarios para alcanzar la norma de Cristo. No posee ni paciencia, ni tolerancia, ni amabilidad, ni amor. Debe poseer estas gracias antes de ser verdaderamente cristiano. Usted reserva sus palabras de ánimo, sus actos bondadosos, para los que no lo merecen tanto como su

esposa y sus hijos. Cultive las palabras amables, las miradas agradables, el encomio y la aprobación en beneficio de su propia familia, porque de ese modo estará efectivamente influyendo sobre su propia felicidad. No permita que salgan jamás de sus labios palabras de censura o de reproche. Domine ese deseo de gobernar y de oprimir con ese talón de hierro. Su actitud es desagradable, estrecha. Con algunos es egoísta y mezquino; pero con otros que espera tengan una elevada opinión de usted, es capaz de sacrificarlo todo, inclusive lo que le hace falta a su propia familia. Es generoso cuando necesita la alabanza y la estima de los hombres. Si pudiera adquirir el cielo mediante un gran sacrificio realizado en favor de aquellos con quienes quiere ser generoso, ciertamente lo lograría. No tiene reparos en pasar por grandes incomodidades con el fin de beneficiar a los demás, si al hacerlo consigue exaltarse a sí mismo. En estos asuntos usted diezma el eneldo y el comino, mientras pasa por alto asuntos más importantes, es a saber, la justicia y el amor de Dios.

No es justo con su familia. Tiene una obra que hacer en este aspecto. Primero consiga que su esposa se sienta cómoda y feliz; (79) y a continuación considere la situación de sus hijos. Proporcióneles alimentos y ropas adecuados. Después, si le es posible, sin que sufran su esposa y sus hijos, ayude a los que más lo necesitan, y prodigue sus favores donde sean más apreciados; en ese caso será digno de encomio el hecho de que usted sea generoso. Pero su primer deber, y el más sagrado, consiste en atender a su familia. No debe robarles a ellos para favorecer a los demás. Su generosidad se debe manifestar en el seno de su propia familia. Déle pruebas tangibles de su afecto, interés, cuidado y amor. Esto tiene mucho que ver con su felicidad. Deje de buscarle faltas y de retar a su esposa, porque este proceder sólo le dificultará las cosas a usted, y le creará un infierno a ella.

Los ángeles de Dios no harán su morada en el seno de su familia hasta que no cambien las cosas allí. No son sus medios económicos lo que se necesita. No obstante, cuando se lo ha reprendido, usted ha creído que lo que la iglesia necesitaba era su dinero. Se equivoca en esto. Ha sido demasiado generoso con sus medios por la misma razón de que usted creía que de ese modo podía obtener la salvación para usted, y comprar un puesto en la iglesia. ¡No, por cierto! A usted se lo necesita, no los pocos medios que posee. Si desea ser transformado por la renovación de su entendimiento, y convertirse, sea honesto con su propia alma. Eso es todo lo que la iglesia requiere. Usted se ha engañado a sí mismo. Si alguien que parece ser religioso no le pone freno a la lengua, la religión de ese hombre es vana. Trate a su familia de tal manera que el Cielo lo pueda aprobar, y que haya paz en su casa. Hay que hacerlo todo en favor de su familia. Sus hijos han recibido su mal ejemplo; usted ha censurado y acusado y manifestado una actitud apasionada en su hogar, mientras al mismo tiempo se dirigía al trono de la gracia, asistía a las reuniones y daba testimonio en favor de la verdad. Este espectáculo ha inducido a sus hijos a despreciarlo, como asimismo la verdad que usted profesa. No tienen confianza en su cristianismo. Creen que usted es hipócrita, y en verdad es un hombre tristemente engañado. No podrá entrar en el Cielo sin que se produzca en usted un cambio total, como tampoco lo pudo Simón el Mago, que creía que el Espíritu Santo se podría adquirir con dinero. Su familia ha visto su actitud aprovechadora, su disposición a sacar (80) ventajas en perjuicio de los demás, su espíritu mezquino con los que a veces tienen que tener tratos con usted, y lo desprecian por eso; no obstante, seguramente seguirán sus pisadas y llegarán a obrar mal.

Su manera de tratar a los demás no es lo que debería ser. Es difícil para usted tratar con justicia y amar misericordia. Ha deshonrado la causa de Dios en su vida. Ha contendido por la verdad, pero sin una actitud correcta. Ha impedido a algunas almas abrazar la verdad, en circunstancias que lo habrían hecho si las cosas hubieran sido diferentes. Se han justificado a sí mismas señalando los errores y equivocaciones de los profesos observadores del sábado diciendo: "No son mejores que yo; mienten, hacen trampas, exageran, se enojan y ostentosamente se alaban a sí mismos; no necesito esa religión". De ese modo las vidas no consagradas de estos deficientes observadores del sábado, los convierten en piedras de tropiezo para los pecadores.

La obra que tiene ante usted debe comenzar en el seno de su familia. Usted ha tratado con empeño de mejorar exteriormente; pero la tarea realizada ha sido superficial, externa, y no del corazón. Ponga su corazón en orden, humíllese delante de Dios, e implore su gracia, que le puede ayudar. No haga cosas, como el hipócrita fariseo, para parecer devoto y justo a los ojos de los demás. Quebrante su corazón delante de Dios y entérese de que le es imposible engañar a los santos ángeles. Sus palabras y actos están a la vista para que ellos los inspeccionen. Sus motivos, y las intenciones y propósitos de su corazón, aparecen revelados a su vista. Las cosas más secretas no les están ocultas. ¡Oh, entonces, quebrante su corazón y no se preocupe demasiado de hacer creer a sus hermanos que usted es justo cuando no lo es! Sea discreto con su familia. Usted está listo para observar los errores de los demás, pero no lo vuelva a hacer. La obra que tiene que hacer ahora consiste en vencer sus propios errores, en luchar contra sus poderosos enemigos internos. Trate justamente a la viuda y al huérfano; no arroje sobre sus actos la tenue cubierta del engaño, teniendo en vista a los que usted espera con ansias que crean que usted es justo, en circunstancias que ni sus motivos ni sus acciones tienen el contenido que usted espera se les atribuyan.

Ponga fin a toda contienda, y trate de ser pacificador. Ame, no (81) de palabra, sino en hechos y en verdad. Sus obras deberían estar en condiciones de soportar la inspección del juicio. ¿No obrará lealmente con su propia alma? No se engañe a sí mismo. ¡Oh, recuerde que Dios no puede ser burlado! Los que posean la vida eterna harán todo lo posible para poner sus respectivas casas en orden. Deben comenzar en sus propios corazones, y proseguir la obra hasta lograr victorias, verdaderas victorias. El yo debe morir, y Cristo debe vivir en usted, y ser en usted una fuente de agua que salte para vida eterna. Dispone ahora de preciosas horas de prueba que se le conceden para que forme un carácter recto aun a su avanzada edad. Se le ha concedido cierto período para que redima el tiempo. No puede, con sus propias fuerzas, poner a un lado sus errores y equivocaciones; han estado desarrollándose en usted por años, porque no los ha visto en toda su repugnancia, y no se ha decidido a ponerlos resueltamente a un lado con la fortaleza de Dios. Con fe viviente debe aferrarse de un brazo que es poderoso para salvar. Humille delante de Dios su corazón pobre, orgulloso y justo según su propia opinión. Humíllese mucho, muchísimo; quebrántese al reconocer su pecaminosidad, y acuda a los pies de Jesús. Dedíquese a la tarea de prepararse. No descanse hasta poder decir en verdad: "Mi Redentor vive, y puesto que él vive, yo también viviré".

Si pierde el Cielo, lo pierde todo. Si obtiene el Cielo, lo logra todo. No se equivoque en esto, se lo ruego. Hay implícitos intereses eternos. Hágalo todo cabalmente. Quiera el Dios de toda gracia iluminar de tal manera su entendimiento, que usted pueda distinguir las cosas eternas, para que por medio de la luz de la verdad sus propios errores, que son muchos, puedan ser descubiertos por usted tales como son, de manera que pueda llevar a cabo los esfuerzos necesarios para eliminarlos, y para que en lugar de ese fruto maligno y amargo pueda producir fruto precioso para vida eterna. ¿Qué clase de fruto se encontrará de aquí en adelante es este árbol? El fruto que usted produzca determinará si es un buen árbol, o si en cambio el Señor tendrá que decir a su ángel: "Córtala; ¿para qué inutiliza también la tierra?" (Luc. 13:7). (82)

Una Conciencia Violada.-

Estimado Hno. N: Me siento obligada por un sentimiento del deber a dirigirle unas pocas líneas. Me han sido mostradas respecto a su caso algunas cosas que no me atrevo a callar. Se me señaló que Satanás se aprovechó de usted porque su esposa no abrazó la verdad. Usted trabó amistad con una mujer corrupta cuyos pasos llevan al infierno. Ella manifestó gran simpatía hacia usted por la oposición de su esposa. Como la serpiente en Edén, hizo fascinantes sus modales. Le convenció de que a usted lo trataban mal; de que su esposa no apreciaba sus sentimientos ni retribuía sus afectos y de que al casarse con ella había cometido un error. Usted llegó hasta a considerar que los votos matrimoniales de fidelidad vitalicia que lo unían a su esposa, eran amargas cadenas. Usted buscó simpatía en ese falso

ángel que pronuncia lindas palabras. Le confió a ella lo que únicamente debiera haber confiado a su esposa a quien se comprometió a amar, honrar y estimar mientras ambos viviesen. Se olvidó de velar y orar siempre, no fuera que entrase en tentación. Su alma quedó mancillada por un delito. Usted manchó el registro que de su vida se lleva en el cielo con una terrible tacha. Sin embargo, una profunda humillación y el arrepentimiento delante de Dios serán aceptables. La sangre de Cristo puede lavar esos pecados.

Usted ha caído en forma terrible. Satanás lo atrajo a su red, y lo dejó para que se desenredase lo mejor que pudiese. Se ha visto acosado, perplejo y terriblemente tentado. Lo atormenta una conciencia culpable. Desconfía de sí mismo, y se imagina que todos los demás desconfían de usted. Es celoso de sí mismo, y se imagina que otros sienten celos de usted. No tiene confianza en sí mismo, y se imagina que sus hermanos no la tienen tampoco. Satanás le presenta a menudo el pasado, y le dice que de nada vale procurar vivir la verdad, que el camino es demasiado estrecho para usted que ha sido vencido; y ahora Satanás se aprovecha de su conducta pecaminosa para hacerle creer que no hay redención posible.

Se encuentra en el campo de batalla de Satanás, empeñado en (83) un severo conflicto. Usted ha derribado la valla que rodea todo círculo familiar, para hacerlo sagrado. Y ahora Satanás lo acosa casi constantemente. Usted no tiene reposo ni paz; y procura hacer responsables a sus hermanos de los conflictos ocasionados por sus sentimientos, dudas y celos; considera que ellos yerran y que no le prestan atención. La dificultad estriba en usted mismo. Usted quiere seguir su propio camino, y no desgarrar su corazón delante de Dios. Se niega, quebrantado y contrito, pecaminoso y contaminado, a confiar en su misericordia. Sus esfuerzos por salvarse, si persiste en ellos, le acarrearán la ruina.

Deben cesar sus celos y censuras. Dirija su atención a su propio caso, y arrepiéntase con humildad, confiando solamente en la sangre de Cristo para salvar su propia alma. Haga una obra cabal para la eternidad. Si huye de la verdad, se arruinará; y su familia también. Una vez que han sido derribadas las fortificaciones destinadas a conservar el carácter sagrado y privado de la relación familiar, es difícil volverlas a edificar; pero con la fortaleza de Dios, y sólo con ella, usted podrá hacerlo. La verdad sagrada es el ancla que le impedirá ser arrastrado hacia abajo por la corriente del crimen y la destrucción.

Una vez violada, la conciencia se debilita mucho. Necesita fuerza y vigilancia constante y oración incesante. Usted está en un resbaladero. Necesita toda la fuerza que la verdad pueda darle para fortalecerlo y salvarlo del naufragio completo. Delante de usted están la vida y la muerte; ¿cuál elegirá? Si usted hubiese visto la necesidad de mantenerse firmemente aferrado a los principios, y no obrar por impulsos, de no desanimarse fácilmente, sino prepararse para soportar penurias, no habría sido vencido como lo fue. Usted ha obrado por impulso. No estuvo, como nuestro Modelo sin defecto, dispuesto a soportar la contradicción de los pecadores contra usted. Se nos exhorta a recordar a Aquel que soportó esto, no sea que nos cansemos y desmayemos en nuestro ánimo. Usted ha sido tan débil como un niño, sin poder de resistencia. No sintió la necesidad de estar establecido, fortalecido, asentado y edificado en la fe.

Usted consideró que tal vez era su deber enseñar la verdad a otros en vez de que se la enseñasen a usted. Pero debe estar dispuesto a aprender, a recibir la verdad de los demás, y debe (84) cesar de censurar, tener celos, quejarse; y con mansedumbre, permitir que la Palabra se injerte en su alma porque puede salvarla. Le incumbe decidir si quiere tener felicidad o miseria. Usted cedió una vez a la tentación, y no puede ahora confiar en su propia fuerza. Satanás tiene gran poder sobre su mente, y usted no tendrá nada a que aferrarse cuando se aparte de la influencia refrenadora de la verdad. Esta ha sido una salvaguardia para usted, al impedir que se vea arrastrado al crimen y la iniquidad. Su única esperanza consiste en procurar una conversión cabal, y redimir el pasado por su vida bien ordenada y su conducta piadosa.

Usted obró por impulso. La excitación agradó a su temperamento. Su única esperanza consiste ahora en arrepentirse sinceramente de sus pasadas transgresiones de la ley de Dios, y purificar su alma

obedeciendo a la verdad. Cultive la pureza de los pensamientos y la vida. La gracia de Dios será su fuerza para refrenar sus pasiones y dominar sus apetitos. La oración fervorosa y la vigilancia le brindarán la ayuda del Espíritu Santo, para perfeccionar la obra y asemejarlo a su Modelo infalible.
Si usted decide desechar la influencia sagrada y refrenadora de la verdad, Satanás le conducirá cautivo a su voluntad. Usted estará en peligro de caer víctima de sus apetitos y pasiones y de dar rienda suelta a las concupiscencias, al mal y a los deseos abominables. En vez de reflejar en su rostro una calma serena bajo la prueba y la aflicción, como el fiel Enoc, e irradiar la esperanza y la paz que sobrepujan el entendimiento, estampará en su rostro la huella de los pensamientos carnales y los deseos concupiscentes. Llevará la impresión de lo satánico en vez de lo divino.
"Por las cuales nos son dadas preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas fueseis hechos participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que está en el mundo por concupiscencia" (2 Pedro L4). Tiene usted ahora la oportunidad de volver al Señor y presentarle sus palabras de humilde confesión y sincero arrepentimiento. La sangre preciosa de Jesucristo puede limpiarle de toda impureza, eliminar toda su contaminación, y hacerle perfecto en él. Las misericordias de Cristo están todavía a su alcance si usted quiere aceptarlas. Por (85) amor a su esposa perjudicada y a sus hijos, fruto de su propio cuerpo, deje de hacer el mal y aprenda a obrar bien. Lo que usted siembre, eso también segará. Si siembra para la carne, de la carne cosechará corrupción. Si siembra para el Espíritu, del Espíritu cosechará vida eterna.
Usted debe vencer su sensibilidad y espíritu de censura. Siente celos porque los demás no le dedican toda la atención que usted considera que debiera recibir. Usted no debe adherirse a la experiencia fundada en sentimientos que sepan a fanatismo. No hay seguridad en ellos. Obre por principios, por un cabal entendimiento. Escudriñe las Escrituras, y capacítese para instruir con mansedumbre y temor a todo aquel que le pida razones de la esperanza que abriga usted. Deje morir el ensalzamiento propio. "Pecadores, limpiad las manos; y vosotros de doblado ánimo, purificad los corazones. Afligíos, y lamentad, y llorad. Vuestra risa se convierta en lloro, y vuestro gozo en tristeza" (Sant. 4:8-9). Cuando se sienta acosado por tentaciones y malos pensamientos, recuerde que hay Uno solo a quien puede usted acudir en busca de alivio y socorro. En su debilidad, recurra a él. Cuando esté cerca de él, las saetas de Satanás se romperán y no podrán dañarlo. Sus pruebas y tentaciones, si las soporta en Dios, le purificarán y humillarán, pero no le destruirán ni le pondrán en peligro.

Advertencias y Reprensiones.-
Querido Hno. O: Se me mostró que usted estaba rodeado de tinieblas que los rayos de la luz de Jesús no alcanzaban a penetrar. Parecía que no era consciente del peligro en que se encontraba, sino que estaba en una condición de negligente indiferencia, sin sentimientos y despreocupado. Pregunté por la causa de esta situación tan temible, y se me llevó a varios años atrás para mostrarme que usted no había sido santificado por la verdad desde el momento cuando la abrazó. Usted ha dado rienda suelta a sus apetitos y a sus pasiones carnales, en detrimento de su espiritualidad. Se me mostró que Dios había dado luz mediante (86) los dones otorgados a la iglesia para instruir, aconsejar, guiar, reprender y advertir. Estos testimonios que usted profesó creer que procedían de Dios, no los tomó en consideración para vivirlos. No prestar atención a la luz equivale a rechazarla. El rechazo de la luz deja a los hombres cautivos con cadenas de tinieblas e incredulidad.
Se me mostró que usted había aumentado el número de miembros de su familia sin comprender la responsabilidad que estaba asumiendo. Le ha resultado imposible hacer justicia a su compañera y a sus hijos. Su primera esposa no debería haber fallecido, pero usted depositó sobre ella cuidados y cargas que terminaron con el sacrificio de su vida. Su actual esposa tiene una tarea muy pesada; su vitalidad está casi agotada. Al aumentar su familia tan rápidamente, usted ha permanecido en la pobreza, y la madre, ocupada en criar a los miembros menores de la familia, no ha tenido una oportunidad justa en la vida. Ha criado a sus hijos en las circunstancias más desfavorables, en medio del calor de la cocina. No

ha podido darles la instrucción que hubiera querido, ni vigilar sus hábitos relativos a la alimentación y el trabajo. Como resultado de ingerir alimentos que no eran saludables, y de violar de diversas maneras las leyes que Dios ha establecido para gobernar nuestro ser, sus hijos mayores han enfermado y fallecido prematuramente. Sus descendientes han recibido enfermedad como herencia, y el consumo inmoderado de carne ha agravado el problema. La ingestión de carne de cerdo ha producido en el organismo de ellos una cantidad de humor sumamente mortal. A sus hijos se les ha arrebatado la vitalidad antes de nacer. Usted no ha añadido a la virtud conocimiento, y sus hijos no han sido enseñados a conservarse en las mejores condiciones de salud. Jamás debería servirse en su mesa un sólo pedazo de carne de cerdo.

Sus hijos solamente han crecido, en vez de haber sido criados y educados para que llegaran a ser cristianos. En muchos sentidos su ganado ha recibido mejor trato que sus hijos. Usted no ha cumplido su deber con ellos; en cambio, los ha dejado crecer en la ignorancia. No se dio cuenta de la responsabilidad que asumía al traer al mundo un rebaño tan numeroso; ni tampoco de que en buena medida debía responder por su salvación. Usted no puede (87) desechar esa responsabilidad. Ha privado a sus hijos de sus derechos al no interesarse en su educación, y al no instruirlos paciente y fielmente para que pudieran formar caracteres dignos del cielo. Su conducta ha hecho mucho en el sentido de destruir la confianza de ellos en usted. Es exigente, arrogante y tirano; se enoja, castiga y censura, y al hacerlo, agosta el afecto que podrían sentir por usted. Los trata como si no tuvieran derechos, como si fueran máquinas que usted puede manejar a su antojo. Los provoca a ira y a menudo los desanima. No les proporciona ni amor ni afecto. El amor engendra amor, y el afecto engendra afecto. El espíritu que usted manifiesta hacia sus hijos, se reflejará en usted.

Usted se encuentra en situación crítica, y no se da cuenta de ello. Es imposible que un hombre intemperante sea paciente. Primero viene la temperancia; después la paciencia. Por tanto tiempo ha vivido para el yo y ha seguido las fantasías de su propio corazón, que no puede distinguir las cosas espirituales. Su apetito y sus pasiones concupiscentes lo han dominado. Los órganos superiores de la mente se han debilitado, y han caído bajo el dominio de los inferiores. Las inclinaciones animales se han ido fortaleciendo. Cuando se permite que el apetito domine a la razón, se malogra la facultad de percibir las cosas sagradas. La mente desciende de nivel, los afectos no son santificados, y las palabras y los hechos ponen de manifiesto lo que hay en el corazón. Dios se ha sentido disgustado y ha sido deshonrado por su conversación y su conducta. Sus palabras no han sido selectas ni bien escogidas; la conversación trivial, vulgar, brota naturalmente de sus labios, aun en presencia de niños y jóvenes. Su influencia en este sentido ha sido mala.

Su ejemplo no ha sido bueno tampoco, y usted se ha interpuesto directamente en el camino de sus propios hijos, y en el de los hijos de los guardadores del sábado que buscan al Señor. Su conducta en este sentido, no puede ser demasiado censurada. "De la abundancia del corazón habla la boca. El hombre bueno, del buen tesoro del corazón saca buenas cosas; y el hombre malo, del mal tesoro saca malas cosas. Mas yo os digo que de toda palabra ociosa que hablen los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio. Porque por tus palabras serás justificado, y por tus (88) palabras serás condenado" (Mat. 12:34-37). Su corazón necesita ser purificado, limpiado, santificado, mediante la obediencia a la verdad. Sólo una total conversión lo podrá salvar: una verdadera comprensión de su conducta pecaminosa, y una cabal transformación producida por la renovación de su entendimiento.

Usted ha sido muy celoso para invocar la necesidad de no negar nuestra fe por nuestras obras, y ha hecho de su fe una excusa para no conceder a sus hijos la oportunidad de obtener una educación incluso en los ramos más elementales. Lo que usted necesita es un conocimiento de sí mismo, y todavía tiene que ver la necesidad de lograrlo. Lo que sus hijos necesitan es conocimiento, pero no tienen el privilegio de obtenerlo. Como consecuencia de esta gran carencia no llegarán a ser miembros útiles de la sociedad, y su educación religiosa será deficiente. Una pesada responsabilidad se halla junto a su

puerta. Está acortando la vida de su esposa. ¿Cómo puede ella glorificar a Dios en su cuerpo y su espíritu que son de él?

Dios le ha dado luz y conocimiento, que según lo que usted ha profesado creer vino directamente de él, con la instrucción de que dominara su apetito. Usted sabe que el consumo de carne de cerdo es contrario a un mandamiento expreso de parte de Dios, dado no porque quisiera manifestar en forma especial su autoridad, sino porque es perjudicial para los que lo hacen. Su consumo causa la impureza de la sangre, de modo que la escrofulosis y otros fluidos contaminarán el organismo y todo el cuerpo sufrirá. Especialmente se debilitarán los delicados y sensibles nervios del cerebro, y se anublarán de tal manera que no distinguirán las cosas sagradas, sino que las ubicarán en el mismo nivel de las cosas comunes. La luz que nos muestra que la enfermedad es la consecuencia de comer esos alimentos de mala calidad ha llegado tan pronto como el pueblo de Dios la ha podido aceptar. ¿Ha prestado atención usted a la luz?

Usted ha marchado en dirección contraria a la luz que el Señor ha tenido a bien darnos con respecto al uso del tabaco. La complacencia del apetito ha eclipsado la luz dada por el cielo, y usted ha hecho un dios de este hábito dañino. Es su ídolo. Se ha inclinado ante él en lugar de hacerlo ante Dios, mientras profesaba tener gran fe en las visiones, pero haciendo todo lo contrario de (89) lo que ellas indicaban. Por años no ha avanzado un solo paso en la vida divina; por el contrario, se ha ido debilitando y entenebreciendo cada vez más. Usted se ha sentido profundamente afligido por causa de la conducta del Hno. P, que se ha opuesto a la verdad como lo ha hecho. Ha reconocido la forma débil y sin ánimo con que la iglesia hizo frente a esa oposición. Es verdad que él ha sido un gran obstáculo para el progreso de la obra en . Pero la conducta que usted ha seguido, mientras profesaba conocer la verdad y tener experiencia en la causa de Dios, ha sido un obstáculo mayor que aquél. Si hubiera perseverado en el consejo de Dios, y hubiera sido santificado por la verdad que profesaba creer, el Hno. P no habría abrigado todas las dudas que tenía. Su actitud de defensor de las visiones ha sido un tropezadero para los que no creían. Se me mostró que su hermano trató de perseverar bajo la pesada carga que significó para él la triste condición de la iglesia, hasta que casi sucumbió bajo el peso que estaba llevando, y se fue para salvar su vida. Vi que el cuidado de Dios reposa sobre el Hno. R y su esposa, y que si su fe permanece inconmovible verán la salvación de Dios en su casa y en su iglesia.

Se me mostró el caso del querido Hno. S y de su esposa. Han estado pasando por aguas tenebrosas, y las olas casi les han cubierto la cabeza; pero Dios los ha amado, y si sólo le confían sus caminos, él los sacará purificados del horno de aflicción. El Hno. S ha dirigido su mirada hacia el lado tenebroso, y ha dudado si era un hijo de Dios o no; ha dudado de su salvación. Vi que no debería trabajar tanto para creer, sino confiar en Dios como un niño confía en sus padres. Se preocupa demasiado, tanto, que la preocupación lo aparta de los brazos de Jesús, y le da al enemigo la oportunidad de tentarlo y molestarlo. Dios conoce la debilidad del cuerpo y de la mente, y no requerirá más de él que la fuerza que le ha dado para resistir. Ha tratado de ser fiel y leal a su profesión de fe. Ha fallado en su vida en una cantidad de cosas, pero todo por ignorancia. Con respecto a la disciplina aplicada a sus hijos, ha considerado su deber ser estricto, y ha llevado demasiado lejos su disciplina. Ha tratado pequeñas ofensas con tremenda severidad. Esta actitud ha contribuido a debilitar, en cierta medida los afectos del hijo hacia el padre. Durante su enfermedad el Hno. S ha tenido una imaginación enfermiza. Su (90) sistema nervioso se desequilibró, y llegó a pensar que sus hijos no se preocupaban por él ni lo querían como debían; pero todo esto era consecuencia de su enfermedad. Satanás quería destruirlo, y al mismo tiempo descorazonar y desanimar a sus pobres hijos. Pero Dios no ha cargado estas cosas a su cuenta. Sus hijos están llevando cargas más pesadas que muchos que son mayores que ellos, y merecen cuidadosa disciplina, y una educación juiciosa, mezclada con simpatía, amor y gran ternura.

La madre ha recibido fortaleza y sabiduría especiales de parte de Dios para animar y ayudar a su marido, y ha hecho mucho para unir a sus hijos a su corazón, y fortalecer sus afectos por sus padres y del uno por el otro. Vi que algunos ángeles de misericordia volaban por encima de esta familia, a pesar

de que las perspectivas parecían tan oscuras e inciertas. Los que manifestaron entrañas de misericordia en favor del Hno. S jamás tendrán que lamentarlo, porque es un hijo de Dios, amado por él. La lamentable condición de la iglesia ha sido perjudicial para su salud. Lo vi dirigiendo su mirada hacia el lado oscuro, desconfiado de sí mismo, y contemplando la tumba. No debe pensar en esas cosas, sino mirar a Jesús, un Modelo sin falla. Debe cultivar la alegría y el ánimo en el Señor: hablar de la fe, referirse a la esperanza; descansar en Dios, y no creer que se requiere de su parte un esfuerzo tremendo y cansador. Todo lo que Dios requiere es simple confianza: arrojarse en sus brazos con toda su debilidad, su quebrantamiento y su imperfección, y Jesús ayudará al desamparado, y fortalecerá y edificará a los que están convencidos de que son la debilidad misma. Dios será glorificado en su aflicción, mediante la paciencia, la fe y la sumisión ejemplificadas por él. ¡Oh! Esta será la prueba del poder de la verdad que profesamos; es consuelo cuando lo necesitamos; es sostén cuando todo apoyo de naturaleza terrenal, concreto, ha desaparecido.

También se me mostró el caso del Hno. T. Se ha sometido a una condición de esclavitud, a la cual Dios no lo llamó. Al Señor no le agrada cuando los padres ancianos ponen la mayordomía de sus bienes en manos de hijos no consagrados, aunque profesen la verdad. Cuando los medios que Dios ha confiado a su pueblo son puestos en manos de hijos incrédulos, enemigos de Dios, se lo (91) deshonra, porque lo que se debería conservar en las filas del Señor se pone en las filas del enemigo.

Además, el Hno. T ha desempeñado el papel de engañador. Ha usado tabaco, pero ha hecho creer a sus hermanos que no lo hace. Vi que este pecado le ha impedido avanzar en la vida divina. Tiene una obra que hacer, a su avanzada edad: abstenerse de los deseos carnales, que batallan contra el alma. Ha amado la verdad y ha sufrido por causa de ella. Ahora debería estimar de tal manera la recompensa eterna, el tesoro celestial, la herencia inmortal, la inmarcesible corona de gloria, como para sacrificar con gusto la complacencia del apetito depravado, no importa cuán grandes tengan que ser sus sufrimientos, para llevar a cabo la obra de purificación de la carne y del espíritu.

Después se me mostró el caso de su nuera. Dios la ama, pero está sometida a servil esclavitud, temerosa, temblorosa, desconfiada, dubitativa y sumamente nerviosa. Esta hermana no debería llegar a la conclusión de que tiene que someter su voluntad a la de un joven impío que tiene menos edad que ella. Debería recordar que su matrimonio no destruye su individualidad. Dios tiene sobre ella derechos de un carácter más elevado que cualquier derecho terrenal. Cristo la ha comprado con su propia sangre. No se pertenece a sí misma. No pone toda su confianza en Dios, y se resigna a someter sus convicciones y su conciencia a un hombre inaguantable y tirano, inflamado por Satanás cada vez que su majestad satánica decide que puede obrar eficazmente por medio de él para intimidar a esta alma temblorosa y disminuida. Tantas veces se ha visto obligada a discutir, que su sistema nervioso se ha quebrantado y se halla ciertamente en ruinas. ¿Es la voluntad de Dios que esta hermana se encuentre en ese estado y que el Señor se vea privado de sus servicios? No. Su matrimonio fue un engaño del diablo. Pero ahora ella debería sacar el mejor partido posible de la situación, tratando a su esposo con ternura, y haciéndolo tan feliz como pueda, sin violar su conciencia; porque si persevera en su rebelión, este mundo será todo el cielo que él podrá disfrutar. Pero privarse de asistir a las reuniones para satisfacer a un marido dominante, poseído por el espíritu del dragón, no está de acuerdo con la voluntad de Dios. Quiere que esta alma temblorosa huya hacia él. La protegerá. Será para ella (92) como la sombra de un gran peñasco en tierra desolada. Tenga fe solamente; confíe en Dios, y él la fortalecerá y la bendecirá. Sus tres hijos son susceptibles de reaccionar favorablemente a la influencia de la verdad y del Espíritu de Dios. Si estos chicos pudieran estar tan bien ubicados como muchos otros niños observadores del sábado, todos se convertirían y se alistarían en el ejército del Señor.

Se me mostró después el caso de una joven del mismo lugar, que se había apartado de Dios y se hallaba rodeada de tinieblas. Dijo el ángel: "Corrió bien por un tiempo; ¿cuál fue el inconveniente?" Se me pidió que mirara hacia atrás, y vi que se trataba de un cambio de ambiente. Se estaba relacionando con jóvenes como ella, llenos de hilaridad y de alegría, de orgullo y de amor al mundo. Si hubiera prestado

atención a las palabras de Cristo, no habría necesitado someterse al enemigo. "Velad y orad, para que no entréis en tentación" (Mat. 26:41). La tentación puede rodearnos por todas partes, pero no hay necesidad de que caigamos en ella. La verdad vale más que toda otra cosa. Su influencia tiende no a degradar, sino a elevar, refinar, purificar y exaltar a la inmortalidad y al trono de Dios. Dijo el ángel: "¿Queréis a Cristo o al mundo?" Satanás presenta el mundo ante los pobres mortales con sus encantos más atrayentes y lisonjeros, y ellos lo contemplan, y su resplandor eclipsa la gloria del Cielo y de la vida tan perdurable como el trono de Dios. Una existencia llena de paz, felicidad, gozo inexpresable, que nada sabrá de pesares, penas, dolores ni muerte, es sacrificada en aras de una corta vida de pecado. Todos los que estén dispuestos a apartarse de los placeres terrenales, y con Moisés elegir más bien sufrir aflicción con el pueblo de Dios que gozar de los placeres temporales del pecado, teniendo por mayores riquezas el vituperio de Cristo que los tesoros del mundo, recibirán con el fiel Moisés la corona inmarcesible de la inmortalidad, el sobremanera grande y eterno peso de gloria.

La madre de esta joven ha estado a veces bajo la influencia de la verdad, pero pronto ha perdido esas impresiones por causa de su indecisión. Le falta decisión; es demasiado vacilante y está sumamente influenciada por los incrédulos. Debe cultivar la decisión, la fortaleza, la constancia en sus propósitos, para que (93) no sea arrastrada ni a la derecha ni a la izquierda por las circunstancias. No debería mantenerse en semejante estado de vacilación. Si no experimenta una reforma en este sentido, será fácilmente entrampada y llevada cautiva a voluntad de Satanás. Tendrá que manifestar perseverancia y firmeza en la tarea de vencer, o será vencida y perderá su alma. La obra de la salvación no es un juego de niños, del cual podemos echar mano a voluntad y abandonarlo cuando nos plazca. Sólo si nuestro propósito es constante y nuestro esfuerzo incansable, ganaremos la victoria al final. El que persevera hasta el fin, ése será salvo. Los que pacientemente persisten en el bien hacer, tendrán vida eterna y recibirán la recompensa inmortal. Si esta querida hermana hubiera sido fiel a sus convicciones, y hubiera poseído firmeza de propósito, habría ejercido una influencia salvadora sobre su familia y su esposo, y le habría podido brindar una ayuda especial a su hija. Todos los que están empeñados en este conflicto con Satanás y sus huestes, tienen que hacer frente a una tarea bien difícil. No deben ser tan impresionables como la cera, que el fuego derrite y le da cualquier forma. Deben ser capaces de soportar inclemencias como cualquier soldado, permanecer en sus puestos, y ser fieles constantemente.

El Espíritu de Dios está luchando con toda esta familia. Los salvará si están dispuestos a ser salvados en la forma que él ha establecido. Ahora es el momento de prueba. Ahora es el día de salvación. Ahora, ahora mismo, es el momento de Dios. En nombre de Cristo les suplicamos que se reconcilien con el Señor mientras pueden, y que con humildad, temor y temblor obren su salvación. Se me mostró que es obra de Satanás mantener a la iglesia en un estado de insensibilidad, para poder conservar a los jóvenes seguros en sus filas. Vi que los jóvenes eran susceptibles de experimentar la influencia de la verdad. Si los padres se consagraran a Dios, y trabajaran con interés por la salvación de sus hijos, el Señor se revelaría a ellos y magnificaría su nombre entre ellos.

Se me mostró después el caso del Hno. U, a quien Satanás ha estado atando cada vez con más fuerza, y apartándolo de Dios y de sus hermanos. El Hno. V, con su incredulidad ha ejercido una influencia que ha contribuido a entenebrecer en gran medida la (94) comprensión de este hermano. Se me señaló el pasado y se me mostró que en su caso no se siguió el procedimiento más prudente. No había suficientes razones para dejarlo fuera de la iglesia. Debería haber sido animado —y aun instado—, a unirse con sus hermanos para desempeñar algún cargo en la iglesia. Estaba en mejores condiciones de ingresar en ella que unos cuantos que ya formaban parte de ella. No comprendía las cosas claramente, y el enemigo se aprovechó de esa falta de comprensión para causarle daño. Dios, que escudriña los corazones, se sentía más complacido con la vida y la conducta del Hno. U que con las vidas de algunos que formaban parte de la iglesia. Es la voluntad de Dios que se vincule más estrechamente con sus hermanos, con el fin de fortalecerlos, y ello, a su vez, fortalecerlo a él.

La esposa del Hno. U puede ser alcanzada por la verdad. En muchos sentidos su conducta no es tan censurable como la de algunos que profesan creer la verdad. Pero ella no debería dedicarse a examinar los fracasos y los errores de los que profesan mejores cosas, sino inquirir sinceramente: " ¿Qué es la verdad?" Puede ejercer una buena influencia sobre su compañero. Estas almas, santificadas por la verdad, pueden, con la fortaleza de Dios, ser columnas en la iglesia, y ejercer una influencia salvadora sobre los demás. Estas queridas almas son responsables ante Dios por la influencia que ejercen. O reúnen con Cristo, o derraman. Dios les pide que el peso de su influencia esté de parte de su causa, junto a la verdad. Jesús los ha comprado con su propia sangre. No se pertenecen a sí mismos, porque han sido comprados por precio. Por lo tanto, tienen ante sí la tarea de glorificar a Dios por medio de sus cuerpos y sus espíritus, que son de Dios. La obra que estamos haciendo es para la eternidad. Es de suma importancia que cada hora sea empleada en el servicio de Dios, y de ese modo asegurarnos un tesoro en el Cielo.

Hace dos años se me mostró su caso, Hno. V, en relación con la Iglesia de . La visión se refería al pasado, el presente y el futuro. Mientras viajo y estoy delante de la gente en diferentes lugares, el Espíritu del Señor me presenta claramente los casos que me fueron mostrados antes, recordándome vívidamente los asuntos que me fueron presentados. Lo vi mientras recibía el (95) sábado; pero al mismo tiempo se estaba oponiendo a importantes verdades relacionadas con este día. No había sido fortalecido por toda la verdad. Vi que su mente se orientaba hacia la incredulidad, la duda y la desconfianza, y que estaba tratando de encontrar precisamente las cosas que podrían fortalecer su incredulidad y aumentar las tinieblas. En lugar de buscar evidencias que fortalecieran su fe, usted asumió la conducta opuesta, y Satanás dirigió su mente en un sentido tal que concordaba con sus propios propósitos. A usted le gusta combatir, y cuando entra en el campo de batalla no sabe cuándo deponer las armas. Le gusta discutir, y se ha entregado a esto de tal manera que se ha apartado de la luz, de la verdad y de Dios, y ha llegado a ese lugar donde se encuentra rodeado de tinieblas, y la incredulidad ha tomado posesión de su mente. Ha sido enceguecido por Satanás.

Como el incrédulo Tomás, usted creyó que era virtud dudar a menos que tuviera evidencias irrefutables, y pudiera eliminar de su mente toda causa de duda. ¿Felicitó Jesús a Tomás, el incrédulo, mientras le ofrecía la evidencia que él había afirmado debía tener antes de creer? Jesús le dijo: "No seas incrédulo, sino creyente". Tomás respondió: "¡Señor mío, y Dios mío!" Se sintió obligado a creer; no había lugar para la duda. Entonces Jesús dijo: "Porque me has visto, Tomás, creíste; bienaventurados los que no vieron, y creyeron " (Juan 20:27-29). Usted apareció ante mí como unido con el jefe rebelde y su hueste, para perturbar, sumir en la perplejidad, descorazonar, desanimar y derribar a los que están luchando por la justicia, a los que se encuentran bajo la bandera manchada de sangre del Príncipe Emanuel. Su influencia, según se me mostró, ha apartado a algunas almas de la observancia del sábado del cuarto mandamiento. Usted ha empleado sus talentos y habilidades con el fin de fabricar armas para ponerlas en las manos de los enemigos de Dios, y combatir a los que están tratando de obedecer al Señor mediante la observancia de sus mandamientos. Cuando algunos ángeles fueron comisionados para fortalecer las cosas que aún estaban en pie, para oponerse a su influencia y contrarrestarla, observaron con profundo pesar la obra que usted había hecho para desanimar y destruir. Usted ha logrado que lloren los santos ángeles, puros y sin pecado. (96)

Los que están viviendo en medio de los peligros de los últimos días —que se caracterizan por el hecho de que las multitudes se apartan de la verdad de Dios para ir tras las fábulas—, tendrán la difícil tarea de apartarse de esas fábulas, que se están preparando para ellos por todas partes, y desarrollar el intenso deseo de hallar satisfacción en las verdades impopulares. Los que se apartan de las fábulas para aceptar la verdad son despreciados, aborrecidos y perseguidos por los que están presentando esas fábulas para que la gente las acepte. Satanás está en guerra con el remanente que está tratando de guardar los mandamientos de Dios y que tiene el testimonio de Jesús. Algunos ángeles malos han sido comisionados para emplear a ciertos hombres como sus agentes sobre la tierra. Estos pueden ejercer

con todo éxito su influencia para lograr que los ataques de Satanás sean eficaces contra ese remanente al cual Dios califica de "linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable" (1 Pedro 2:9). Satanás está decidido a oponerse a este pueblo. Va a emplear a todos los que estén dispuestos a enrolarse en su servicio, para impedir que el pueblo escogido de Dios anuncie las virtudes del que lo llamó de las tinieblas a su luz admirable. Ocultar, cubrir la luz, lograr que el pueblo de Dios desconfíe de ella, que no crea en ella, es la obra del gran rebelde y de sus huestes. Mientras Jesús purifica a su pueblo para que sea suyo, redimiéndolo de toda iniquidad, Satanás emplea todas sus fuerzas para impedir esta obra y la perfección de los santos. No emplea su poder con los que están cubiertos de engaños, guarecidos detrás de fábulas y errores, y que no hacen el menor esfuerzo por recibir la verdad y obedecerla. Sabe que los tiene en sus manos; pero los que están buscando la verdad para obedecerla y amarla, son los que excitan su malignidad y despiertan su ira. No los podrá debilitar nunca mientras permanezcan junto a Jesús; por eso se complace cuando logra inducirlos a desobedecer.

Cuando pecamos contra Dios, se manifiesta la tendencia de permanecer un día de viaje detrás de Jesús; tratamos de separarnos de su compañía porque nos resulta desagradable, porque cada rayo de luz que procede de su divina presencia nos señala el pecado del cual somos culpables. Satanás se regocija por los (97) pecados que ha inducido a cometer a esas almas, y saca el mayor partido posible de todos estos fracasos y pecados. Los presenta delante de los ángeles de Dios, y se burla de ellos por estas debilidades y fracasos. Es en todo sentido el acusador de los hermanos, y se regocija por cada pecado y error que induce a cometer al pueblo de Dios. Usted, Hno. V, se ha entregado bastante a esta tarea. Ha tomado lo que le parecieron equivocaciones, debilidades y errores manifestados en las filas de los adventistas observadores del sábado, y los dio a conocer a los enemigos de nuestra fe, que estaban luchando contra ese grupo, al cual servían los ángeles del Cielo, y cuya causa Jesús, su abogado, estaba defendiendo delante de su Padre. El clama: "Guárdalos, Padre, guárdalos; los adquirí con mi sangre", y eleva hacia su Padre sus manos heridas. Usted es culpable delante de Dios de un gran pecado. Se ha aprovechado de ciertas cosas que afligen y angustian al pueblo de Dios cuando ve que algunos de sus miembros carecen de consagración y son a menudo vencidos por Satanás. En lugar de ayudar a esas almas equivocadas a corregirse, usted, con aires de triunfo ha destacado sus errores delante de los que los aborrecían porque profesaban guardar los mandamientos de Dios y la fe de Jesús. Ha dificultado la tarea de los que estaban dedicados a trabajar por la salvación de los que cometieron errores, dedicándose a cazar las ovejas perdidas de la casa de Israel.

Por causa de la desobediencia del pueblo de Israel y de su apartamiento de Dios, el Señor permitió que fueran puestos en situaciones difíciles y que sufrieran adversidades; se permitió que sus enemigos hicieran guerra contra ellos, que los humillaran y los indujeran a buscar a Dios en medio de sus dificultades y angustias. "Entonces vino Amalec y peleó contra Israel en Refidim" (Éxo. 17:8). Eso ocurrió inmediatamente después que los hijos de Israel se entregaron a sus rebeldes murmuraciones, y a sus quejas injustas e irrazonables contra los dirigentes que Dios había capacitado y nombrado para conducirlos por el desierto hacia la tierra de Canaán. El Señor los condujo donde no había agua para probarlos, para ver si después de recibir tantas evidencias de su poder habían aprendido a volverse a él en sus aflicciones, y se habían arrepentido de sus rebeldes murmuraciones del pasado en contra de él. Acusaron a Moisés y a Aarón de (98) haberlos sacado de Egipto impulsados por motivos egoístas, para darles muerte junto con sus hijos por medio del hambre, con el fin de enriquecerse con sus posesiones. Al hacer esto los israelitas estaban adjudicando al hombre lo que había sido hecho solamente por Dios, cuyo poder es ilimitado, de acuerdo con las evidencias indubitables que habían recibido. El quería que las maravillosas manifestaciones de su poder le fueran adjudicadas a él solamente, para magnificar su nombre sobre la tierra. El Señor los sometió repetidas veces a la misma prueba para determinar si habían aprendido a percibir de qué manera él los trataba, y si se habían arrepentido de su pecaminosa desobediencia y de sus murmuraciones rebeldes. En Refidim, cuando el pueblo sufrió sed, nuevamente

manifestó orgullo, y demostró que todavía poseía un corazón malo de incredulidad, de murmuración, de rebelión, que ponía en evidencia el hecho de que aún no era prudente establecerlo en la tierra de Canaán. Si no estaba dispuesto a glorificar a Dios en sus pruebas y adversidades, en sus viajes a través del desierto rumbo a la esperada Canaán, en circunstancias de que Dios le estaba dando continuamente evidencias incontestables de su poder y gloria, y de su cuidado por él, no magnificaría su nombre ni lo glorificaría cuando se hallara establecido en la tierra de Canaán, rodeado de bendiciones y prosperidad. Al experimentar sed, el pueblo se sintió provocado, de tal manera que Moisés temió por su vida.

Cuando Israel fue atacado por los amalecitas, Moisés ordenó a Josué que combatiera contra los enemigos, mientras él permanecía con la vara de Dios en la mano extendida hacia el cielo a la vista de todo el pueblo, para mostrar al Israel rebelde y murmurador que su fortaleza provenía de Dios. Era su poder y la fuente de su fortaleza. No había poder alguno en la vara; Dios obraba por medio de Moisés, quien debía recibir toda su fortaleza de lo alto. Cuando mantenía elevadas las manos, Israel prevalecía; pero cuando las bajaba, Amalec ganaba. Al cansarse Moisés, hubo que hacer los preparativos necesarios para mantener sus fatigadas manos continuamente dirigidas hacia el cielo. Aarón y Hur prepararon un lugar para que Moisés se sentara, y ambos se dedicaron a sostener esas manos agotadas hasta la puesta del sol. Estos hombres enseñaron a Israel su deber de (99) apoyar a Moisés en su ardua tarea de recibir la Palabra de Dios para transmitírsela a ellos. De ese modo Dios les mostró también que su destino estaba totalmente en sus manos y que él era su verdadero Dirigente. "Y Jehová dijo a Moisés: Escribe esto para memoria en un libro, y dí a Josué que raeré del todo la memoria de Amalec de debajo del cielo... y dijo: ... Jehová tendrá guerra con Amalec de generación en generación" (Éxo. 17:14-16). "Acuérdate de lo que hizo Amalec contigo en el camino, cuando salías de Egipto; de cómo te salió al encuentro en el camino, y te desbarató la retaguardia de todos los débiles que iban detrás de ti, cuando tú estabas cansado y trabajado; y no tuvo ningún temor de Dios. Por tanto, cuando Jehová tu Dios te dé descanso de todos tus enemigos alrededor, en la tierra que Jehová tu Dios te da por heredad para que la poseas, borrarás la memoria de Amalec de debajo del cielo; no lo olvides" (Deut. 25:17-19).

Mientras el ángel de Dios presentaba estos hechos relativos a los viajes y la experiencia de los hijos de Israel, me sentí profundamente impresionada por la honda consideración de Dios por su pueblo. A pesar de sus errores, desobediencias y rebeliones, seguían siendo el pueblo escogido de Dios. Los había honrado especialmente al descender de su santa morada al Monte Sinaí, para darles los diez mandamientos con majestad, gloria y terrible grandeza a oídos de todo el pueblo, y para escribirlos con su propio dedo sobre tablas de piedra. El Señor dice esto acerca de su pueblo Israel: "Porque tú eres pueblo santo para Jehová tu Dios; Jehová tu Dios te ha escogido para serle un pueblo especial, más que todos los pueblos que están sobre la tierra. No por ser vosotros más que todos los pueblos os ha querido Jehová y os ha escogido, pues vosotros erais el más insignificante de todos los pueblos; sino por cuanto Jehová os amó, y quiso guardar el juramento que juró a vuestros padres" (Deut. 7:6-8).

Se me mostró que los que están tratando de obedecer a Dios y purifican sus almas mediante la obediencia a la verdad, son el pueblo elegido de Dios, su moderno Israel. Dios dice de ellos por medio de Pedro: "Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable" (1 Pedro 2:9). Así como era un crimen para Amalec (100) aprovecharse de los hijos de Israel, de su debilidad y su cansancio, para molestarlos, sumirlos en la perplejidad y desanimarlos, no fue pecado pequeño el que usted se mantuviera vigilando estrechamente para descubrir las debilidades, las vacilaciones, los errores y los pecados del afligido pueblo de Dios, con el fin de exponerlos ante sus enemigos. Usted estaba haciendo la obra de Satanás, no la de Dios. Muchos de los adventistas observadores del sábado de
han sido muy débiles. Han sido representantes miserables de la verdad. No han sido una honra para la causa de la verdad presente, que hubiera estado mejor sin ellos. Usted ha hecho de la vida no consagrada de algunos observadores del sábado una excusa para asumir una actitud de duda e incredulidad. También su incredulidad se fortaleció cuando observó que algunos de estos hermanos no

consagrados profesaban tener una fe poderosa en las visiones, vindicándolas frente a la oposición, y defendiéndolas calurosamente con muchísimo celo, a la vez que pasaban por alto las enseñanzas dadas por medio de ellas, y obraban directamente en contra de ellas. En este sentido fueron piedras de tropiezo para el Hno. U, y desacreditaron las visiones por medio de su conducta falsa y negativa.

Hno. V: se me mostró que usted tiene un corazón orgulloso, y cuando creyó que sus escritos habían sino menospreciados en la oficina de la Review, su orgullo se sintió herido, y comenzó entonces una lucha comparable a la de Saulo cuando daba coces contra el aguijón. Se ha asociado con los que vuelven la verdad de Dios en mentira. Ha fortalecido las manos de los pecadores, y se ha opuesto al consejo de Dios en detrimento de su propia alma. Ha estado luchando contra algo que no conoce. No se dio cuenta de la clase de obra que estaba haciendo. Vi que su esposa luchaba con Dios en oración, su fe firmemente asida de usted, y al mismo tiempo aferrada del trono, mientras invocaba las infalibles promesas de Dios. Su corazón se ha condolido al verificar que usted proseguía su lucha contra la verdad. Se me mostró que lo hacía ignorantemente, enceguecido por Satanás. Mientras se hallaba empeñado en esta lucha no crecía ni en espiritualidad ni en su devoción por Dios. No tenía el testimonio de que sus caminos fueran agradables al Señor. Tenía celo; pero no según ciencia. (101)

No tenía mayor información acerca de mi vocación, apenas me había visto, y no tenía idea de mi obra.

Hno. V: usted posee cualidades que lo capacitarían para prestar un servicio especial en la iglesia de , o en cualquier otra iglesia, si sus talentos estuvieran dedicados a la edificación de la causa de Dios. Vi que sus hijos están actualmente en condición de ser impresionados con la verdad, y que Jesús estaba intercediendo por usted, Hno. V, diciendo: "Presérvalo un poco más". Se me mostró que si usted se convirtiera a la verdad, sería una columna en la iglesia, y podría honrar a Dios mediante su influencia santificada por la verdad.

Vi que los ángeles de misericordia volaban por encima del Hno. V. Se me mostró que había sido tremendamente engañado con respecto al valor moral y a la situación ante Dios de los que se habían apartado del cuerpo de Cristo. Hay unos pocos honestos entre ellos; serán rescatados; pero la mayor parte no son consagrados de corazón, y los testimonios definidos que recibieron han sido en cierto modo como yugos de esclavitud para ellos. Han arrojado lejos el yugo y han conservado sus hábitos corrompidos. Dios lo intima a separarse de ellos. Apártese definidamente de los que se deleitan en luchar contra la verdad de Dios. Algo de ese verdadero carácter se desarrollará. Ellos pertenecen a la clase de gente que miente y ama la mentira.

Si todo su interés se concentra en la verdad y en la obra de preparación para este tiempo, será santificado por la verdad y recibirá la idoneidad necesaria para heredar la inmortalidad. Está en peligro de ser demasiado exigente con sus hijos y no tan paciente como sería necesario. Una cabal obra de preparación debe proseguir con todos los que profesan la verdad, que estarán delante del trono de Dios sin falta, ni mancha, ni arruga, ni cosa semejante. Dios lo purificará si usted se somete al proceso correspondiente. (102)

NUMERO DIECISÉIS: TESTIMONIO PARA LA IGLESIA

El Objeto de los Testimonios Personales

Queridos hermanos y hermanas: El Señor se me ha manifestado de nuevo. El 12 de junio de 1868, mientras hablaba a los hermanos en el salón de cultos de Battle Creek, Míchigan, el Espíritu de Dios descendió sobre mí y al instante siguiente me hallaba en visión. La visión fue muy extensa. Había comenzado a escribir el quinto tomo de Spiritual Gifts (Dones Espirituales); pero como tenía algunos testimonios de naturaleza práctica que ustedes debían recibir inmediatamente, dejé ese trabajo para preparar este folleto.

En esta última visión se me mostró algo que justifica plenamente mi actitud al publicar testimonios personales. Cuando el Señor destaca algunos casos individuales y define sus errores, otros, que no han sido incluidos en las visiones, con frecuencia dan por sentado que están bien o casi bien. Si a alguien se

lo reprende por un error en especial, los hermanos y las hermanas deberían examinarse cuidadosamente a sí mismos para ver por dónde han fallado, y si han sido culpables del mismo pecado. Deberían manifestar un espíritu de humilde confesión. Si algunos creen que están bien, eso no garantiza que lo estén. Dios mira el corazón. De este modo somete a prueba a las almas. Al reprender los errores de uno, trata de corregir a muchos, pero si no aplican la reprensión a sí mismos, y se conforman con la idea de que Dios pasa por alto sus errores porque no los señala especialmente, engañan sus propias almas y quedarán encerrados en tinieblas, (103) abandonados a sus propios caminos, para seguir las imaginaciones de sus corazones.

Muchos están engañando a sus propias almas, y están sumamente equivocados con respecto a su verdadera condición delante de Dios. El emplea los mejores procedimientos y maneras para cumplir sus propósitos, y para poner en evidencia qué hay en los corazones de sus profesos seguidores. Presenta los errores de algunos para que de ese modo otros sean advertidos, teman y se aparten de sus propios errores. Al examinarse a sí mismos descubrirán que están haciendo las mismas cosas que Dios condena en otros. Si realmente desean servir a Dios y temen ofenderlo, no esperarán a que sus pecados sean señalados antes de confesarlos para volver a Dios con humilde arrepentimiento. Abandonarán las cosas que desagradan a Dios de acuerdo con la luz que se les ha concedido a otros. Si por lo contrario los que no están bien se dan cuenta de que son culpables de los mismos pecados objeto de la reprensión de otros, no obstante lo cual continúan con su conducta no consagrada porque no han sido nombrados definidamente, ponen en peligro sus propias almas, y serán llevados cautivos a voluntad de Satanás.

El Traslado a Battle Creek.-

En la visión que se me dio el 12 de junio de 1868, se me mostró que se podía realizar una gran obra en el sentido de traer almas al conocimiento de la verdad, si previamente se hacían las diligencias apropiadas. En cada pueblo, ciudad y aldea hay personas que abrazarían la verdad si ésta les fuera presentada en forma juiciosa. Se necesitan misioneros entre nosotros, misioneros abnegados que, como nuestro gran Ejemplo, no se complazcan a sí mismos, sino que vivan para el bien de los demás.

Se me mostró que como pueblo somos deficientes. Nuestras obras no están de acuerdo con nuestra fe. Nuestra fe testifica que estamos viviendo en el momento de la proclamación del mensaje más solemne e importante que jamás haya sido dado a los mortales. No obstante, frente a la evidencia de este hecho, nuestros (104) esfuerzos, nuestro celo, nuestro espíritu de sacrificio propio no se compara con el carácter de la obra que tenemos que hacer. Debemos levantarnos de entre los muertos, y Cristo nos dará vida.

Muchos de nuestros hermanos y hermanas sienten la fuerte inclinación de vivir en Battle Creek. Familias procedentes de todas partes han venido a residir allí, y muchos más están haciendo planes en este mismo sentido. Algunos de los que han venido a Battle Creek desempeñaban cargos en las pequeñas iglesias de donde salieron, y su ayuda y sus esfuerzos se necesitaban allí. Cuando esas personas llegan a Battle Creek y se encuentran con los numerosos observadores del sábado que hay allí, con frecuencia llegan a la conclusión de que su testimonio no se necesita, y en consecuencia entierran sus talentos.

Algunos decidieron venir a Battle Creek por los privilegios espirituales que ofrece ese lugar, no obstante lo cual se preguntan por qué disminuye su espiritualidad después de permanecer allí unos pocos meses. ¿No hay una causa, acaso? El propósito de algunos ha sido obtener ventajas pecuniarias: dedicarse a algún negocio que les proporcionara mayores ganancias. Sus expectativas en este sentido pueden cumplirse, mientras se les reseca el alma y empequeñecen espiritualmente. No se preocupan especialmente de sí mismos, porque se les ocurre que si lo hicieran estarían fuera de lugar. No saben cómo hacer algún tipo de tarea en una iglesia tan grande, y en consecuencia se vuelven ociosos en la viña del Maestro. Todos los que se conducen de esta manera, no hacen más que incrementar la carga de

los que deben llevar a cabo la obra de la iglesia. Son cuerpos muertos. Hay muchos en Battle Creek que se están convirtiendo en pámpanos secos.

Algunos que han sido obreros, y que han tenido experiencia en la causa de la verdad presente, se trasladan a Battle Creek y deponen su carga. En lugar de sentir la necesidad de redoblar sus energías, su vigilancia, la oración y el diligente cumplimiento del deber, apenas si hacen algo. Los que hacen frente a responsabilidades en la oficina, y no tienen tiempo para otros deberes fuera de su trabajo específico, se ven obligados a asumir cargos de responsabilidad en la iglesia, y a llevar a cabo tareas importantes y cansadoras, porque si no las hicieran quedarían sin (105) hacer, ya que las demás personas no asumen sus responsabilidades.

Los hermanos que desean cambiar de ubicación, que tienen la gloria de Dios en vista, y sienten que sobre ellos descansa la responsabilidad individual de beneficiar a los demás, de hacer bien y salvar a las almas por las cuales Cristo no escatimó su vida preciosa, deberían trasladarse a ciudades o aldeas donde hay poca luz o nada de luz, donde realmente pueden ser útiles, y bendecir a otros mediante sus labores y su experiencia. Se necesitan misioneros que vayan a ciudades y pueblos con el fin de levantar el estandarte de la verdad, de modo que los testigos de Dios se diseminen por todo el país, a fin de que la luz de la verdad penetre hasta donde todavía no ha llegado, y el estandarte de la verdad sea enarbolado donde todavía no se lo conoce. Los hermanos no deberían amontonarse en un lugar porque les resulta más agradable hacerlo así, sino que deberían tratar de cumplir su elevada vocación que consiste en hacer el bien a los demás, y ser instrumentos para la salvación de por lo menos un alma. Pero podría salvarse más de una.

El único objetivo de esta obra no debería ser solamente aumentar nuestra recompensa en el cielo. Algunos son egoístas en este sentido. En vista de lo que Cristo ha hecho por nosotros y de lo que ha sufrido por los pecadores, deberíamos, como consecuencia de un amor puro y desinteresado por las almas, imitar su ejemplo sacrificando nuestro propio placer y nuestra conveniencia para hacerles bien. El gozo propuesto a Cristo, que lo sostenía en medio de todos sus sufrimientos, era la salvación de los pobres pecadores. Este debería ser nuestro gozo y el estímulo de nuestras ambiciones en la causa de nuestro Maestro. De esa manera agradamos a Dios, y le manifestamos nuestro amor y devoción como sus siervos. Nos amó primero, y no nos escatimó su propio amado Hijo, sino que sacándoselo de su pecho, por así decirlo, lo envió a morir para que nosotros tuviéramos vida. El amor, el verdadero amor por nuestros semejantes revela que amamos a Dios. Podemos hacer una elevada profesión de fe, pero sin amor, nada valdrá. Nuestra fe puede inducirnos a entregar nuestros cuerpos para ser quemados, pero si no manifestamos un amor abnegado, tal como el que se manifestó en el corazón (106) de Jesús y fue ejemplificado por su vida, somos como metal que resuena y címbalo que retiñe.

Hay algunas familias que reciben fortaleza espiritual al trasladarse a Battle Creek. Es exactamente el lugar donde algunos pueden recibir ayuda, en circunstancias que es el sitio equivocado para otros. El Hno. A y su esposa son un ejemplo de la gente que puede resultar beneficiada por un traslado a esa ciudad. El Señor los dirigió para que siguieran ese plan. Battle Creek era exactamente el lugar que los podría beneficiar, y ha sido una bendición para toda la familia. Al venir aquí se han fortalecido para posar firmemente su pie en la plataforma de la verdad, y si perseveran en la senda de la humilde obediencia, pueden regocijarse por la ayuda que han recibido en Battle Creek.

Una Advertencia a los Ministros.-

En la visión que se me dio el 12 de Junio de 1868 me sentí profundamente impresionada por la gran obra que hay que hacer a fin de preparar un pueblo para la venida del Hijo del hombre. Vi que la mies era mucha, mas los obreros pocos. Muchos de los que se encuentran actualmente en el campo trabajando para salvar almas, son débiles. Han asumido pesadas responsabilidades, que los han sometido a prueba y los han fatigado. No obstante, se me mostró que en el caso de algunos de los ministros que están allí ha habido un gran desgaste de energía que en realidad no se necesitaba hacer.

Algunos hacen oraciones largas, en voz demasiado alta, lo que consume muchísimo sus pocas fuerzas y desgasta innecesariamente su vitalidad; otros con frecuencia alargan sus discursos entre un tercio y la mitad de lo que deberían ser. Al hacerlo, se cansan demasiado; el interés de la gente disminuye antes de la terminación del discurso, con lo que pierden mucho, porque no lo pueden retener. La mitad de lo que se dijo habría sido mejor que decir mucho. Aunque todo el asunto sea importante, el éxito sería mayor si las oraciones y los discursos fueran más cortos. Se lograrían resultados sin tanto cansancio. Están usando innecesariamente su fuerza y su (107) vitalidad, que por el bien de la causa es necesario conservar. El esfuerzo prolongado y persistente, después de trabajar hasta los límites del cansancio, es lo que fatiga y quebranta.

Vi que el trabajo extra, llevado a cabo cuando el organismo ya estaba exhausto, consumió la vida del querido Hno. Sperry, y lo llevó prematuramente a la tumba. Si hubiera obrado tomando en cuenta su salud, habría vivido para trabajar hasta el presente. También el trabajo extra consumió la fuerza vital del querido Hno. Cranson, y puso fin a su vida útil.

El cantar mucho, como asimismo las oraciones y los discursos largos, son sumamente cansadores. En muchos casos nuestros ministros no deberían prolongar sus esfuerzos más allá de una hora. Deberían tener algunas actividades preliminares, entrar en el tema inmediatamente, y tratar de que sus discursos terminen cuando el interés de la gente está en su punto culminante. No deberían continuar sus esfuerzos hasta que los oyentes deseen que terminen de hablar. La gente pierde mucho de esta tarea extra, pues a menudo está demasiado cansada para recibir algún beneficio de lo que escucha; y ¿quién puede decir cuánto pierde el ministro que trabaja de esta manera? Al final nada se gana con este drenaje de vitalidad.

Frecuentemente la fuerza ya está agotada al comienzo de un esfuerzo prolongado. Y en el mismo momento cuando hay tanto que ganar o que perder, el dedicado ministro de Cristo, que tiene interés en trabajar y deseos de hacerlo, no está en condiciones de ejercer dominio sobre sus fuerzas. Las ha gastado en cantar, en prolongadas oraciones y largas predicaciones, y la victoria se pierde por falta de una tarea ferviente y bien orientada, llevada a cabo en el momento preciso. Ese áureo momento se malogra. El interés suscitado no fue atendido. Habría sido mejor no despertar interés alguno; porque cuando las convicciones han sido resistidas y vencidas, es muy difícil impresionar de nuevo la mente con la verdad.

Se me mostró que si nuestros ministros tuvieran cuidado para conservar sus fuerzas en lugar de disiparlas innecesariamente, sus labores juiciosas y bien dirigidas producirían más en un año que lo que se podría conseguir con largos discursos, oraciones y cantos, que son tan cansadores y agotadores. En este último caso (108) con frecuencia la gente se ve privada de la atención que tanto necesita en el momento preciso; porque el obrero requiere descanso, y pondrá en peligro su salud y su vida si continúa sus esfuerzos.

Nuestros queridos Hnos. Matteson y D.T. Bourdeau se han equivocado en esto, y deberían reformarse en cuanto a su manera de trabajar. Deberían hacer discursos y oraciones cortos. Deberían ir al punto de una vez, y suspender sus tareas antes de llegar al cansancio. Ambos pueden hacer un bien mucho mayor si obran así, y al mismo tiempo conservarían sus fuerzas para continuar las labores que tanto aman, sin quebrantarse del todo.

Miremos a Jesús.-

En la visión que se me dio el 12 de junio de 1868, se me mostró el peligro que encara el pueblo de Dios cuando mira a los Hnos. White y cree que deben acudir adonde ellos están para llevarles sus cargas y pedirles consejo. Esto no debe ser así. El compasivo y amante Salvador los invita a acudir a él cuando están trabajados y cansados, y los hará descansar. En él hallarán reposo. Al llevar sus perplejidades y problemas a Jesús, verificarán el cumplimiento de las promesas con respecto a ellos. Cuando en su angustia experimentan el alivio que se encuentra sólo en Jesús, obtienen una experiencia del más alto

valor. Los Hnos. White están luchando para lograr pureza de vida, para dar fruto de santidad; no obstante, son sólo mortales sujetos a error. Muchos nos preguntan: "¿Puedo hacer esto?" "¿Debo hacer o no este negocio?" O, con respecto a la ropa: "¿Puedo usar este vestido o el otro?" Les respondo: "Ustedes pretenden ser discípulos de Cristo. Estudien la Biblia. Lean cuidadosamente y con oración la vida de nuestro querido Salvador cuando moró entre los hombres sobre la tierra. Imiten su vida y así no se apartarán de la senda estrecha. Rehusamos enfáticamente ser conciencia para ustedes. Si les dijéramos exactamente lo que tienen que hacer, nos mirarían para que los condujéramos, en lugar de acudir directamente a Jesús por sí mismos. La experiencia de ustedes se (109) basaría en la nuestra. Ustedes deben tener una experiencia propia, basada en Dios. Entonces podrán permanecer en pie en medio de los peligros de los últimos días, y ser purificados, y no consumidos por el fuego de la aflicción por el cual tienen que pasar todos los santos para que sus caracteres queden libres de impurezas como preparación para recibir el toque final de la inmortalidad.

Muchos de nuestros queridos hermanos y hermanas creen que no pueden celebrar una reunión importante a menos que asistan los Hnos. White. En algunos lugares se dan cuenta de que hay que hacer algo para mover a la gente a una acción más ferviente y decidida en la causa de la verdad. Han tenido pastores que han trabajado entre ellos, pero se dan cuenta de que hay que hacer una obra mayor y esperan que los Hnos. White la hagan. Esto, según lo vi, no es lo que Dios quiere que se haga. En primer lugar, hay cierta deficiencia en algunos de nuestros ministros. No llevan a cabo una tarea completa. No asumen la responsabilidad de la obra, ni salen para tratar de llegar exactamente al punto donde la gente necesita ayuda. Carecen de discernimiento para ver y apreciar exactamente dónde la gente necesita ser corregida, reprendida, edificada y fortalecida. Algunos trabajan semanas y meses en un lugar, y en realidad hay más que hacer cuando se van que cuando comenzaron. La benevolencia sistemática avanza a tropezones. Es parte de la labor del ministro atender este ramo de la obra, pero como no es agradable, algunos descuidan este deber. Presentan la verdad de la Palabra de Dios, pero no convencen a la gente con la necesidad de obedecerla. Por lo tanto, muchos son oyentes, pero no hacedores. La gente se da cuenta de esta deficiencia. Las cosas no están en orden entre ellos, y buscan a los Hnos. White para que suplan la deficiencia.

Algunos de nuestros pastores se han deslizado por la superficie sin meterse en las honduras de la obra, ni conquistar el corazón de la gente. Se han excusado con el pensamiento de que los Hnos. White van a proveer lo que a ellos les falta, porque están especialmente adaptados para la obra. Estos hombres han trabajado, pero no en la forma correcta. No han llevado la carga. No han ayudado donde era necesario hacerlo. No han corregido las deficiencias que había que corregir. No han encarado con todo el (110) corazón, el alma y las energías las necesidades de la gente. El tiempo ha transcurrido y ellos no han tenido nada que mostrar. La carga de sus deficiencias recae sobre nosotros. Y animan a la gente a que nos busque, presentándoles la idea de que nada hará la obra fuera de nuestro testimonio especial. A Dios no le gusta esto. Los ministros deberían asumir mayores responsabilidades y no albergar la idea de que no pueden llevar este mensaje que ayudará a la gente donde lo necesite. Si no lo pueden hacer, deberían quedarse en Jerusalén hasta que sean investidos del poder de lo alto. No deberían dedicarse a una tarea que no pueden llevar a cabo. Deberían salir llorando, para llevar la preciosa simiente, y regresar de sus esfuerzos con regocijo, trayendo sus gavillas.

Los ministros deberían convencer a la gente de la necesidad del esfuerzo individual. Ninguna iglesia puede florecer a menos que sus miembros sean obreros. El pueblo debe llegar a la altura donde se encuentran los ministros. Vi que nada permanente se puede llevar a cabo en las iglesias de los diferentes lugares, a menos que se las induzca a sentir que una responsabilidad descansa sobre ellas. Cada miembro del cuerpo debería comprender que la salvación de su propia alma depende de sus propios esfuerzos individuales. No es posible salvar almas sin esfuerzo intenso. El pastor no puede salvar a la gente. Puede ser un canal por medio del cual Dios imparte luz a su pueblo; pero una vez que la luz ha sido dada, depende de la gente de apropiarse de esa luz y, a su vez proyectarla sobre los

demás. Los hermanos deberían convencerse de que sobre ellos descansa una responsabilidad individual, no sólo concerniente a la salvación de sus propias almas, sino asimismo para trabajar fervientemente por la salvación de los que permanecen en las tinieblas. En lugar de buscar a los Hnos. White para que les ayuden a salir de sus tinieblas, deberían estar sinceramente ocupados en ayudarse a sí mismos. Si comenzaran a buscar a los que se encuentran en peores condiciones que ellos, y trataran de ayudarles, se ayudarían a sí mismos más rápidamente que de cualquier otra manera. Si la gente se apoya en los Hnos. White, y confía en ellos, Dios los va a humillar a la vista de ustedes, o los va a quitar de en medio de ustedes. Deben mirar a Dios y confiar en él. (111) Apóyense en él y no los abandonará. No los va a dejar para que perezcan. Preciosa es la Palabra de Dios: "Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna" (Juan 5:39). Estas son palabras de Cristo. Las palabras de la inspiración, estudiadas con cuidado y oración, y obedecidas en la práctica, os capacitarán para toda buena obra. Los ministros y los hermanos deben mirar a Dios.

Estamos viviendo en una época malvada. Los peligros de los últimos días se vuelven más densos alrededor de nosotros. Por haber aumentado la iniquidad, el amor de muchos se enfriará. Enoc caminó trescientos años con Dios. Lo corto del tiempo que nos queda debería ser un motivo para procurar justicia. ¿Será necesario que los terrores del día de Dios desciendan sobre nosotros para impulsarnos a obrar correctamente? El caso de Enoc está delante de nosotros. Por siglos caminó con Dios. Vivió en una época corrompida, cuando la contaminación moral bullía a su alrededor; pero educó su mente para la devoción, para amar la pureza. Su conversación se refería a las cosas celestiales. Entrenó su mente para que se deslizara por esos canales, y llevó el sello de lo divino. Su rostro resplandecía con la luz que emana de la faz de Jesús. Enoc enfrentaba tentaciones como nosotros. Estaba rodeado por una sociedad que no era más amiga de la justicia que la que nos rodea a nosotros. La atmósfera que respiraba estaba saturada de pecado y corrupción como la nuestra; no obstante, vivió santamente. Se mantuvo incontaminado por los pecados que prevalecían en la época cuando vivió. Del mismo modo nosotros podemos conservarnos puros y sin mancha. Representaba a los santos que viven en medio de los peligros y corrupciones de los últimos días. Como consecuencia de su fiel obediencia a Dios, fue trasladado. Del mismo modo los fieles que permanezcan vivos serán trasladados. Se los apartará de un mundo pecaminoso y corrompido para llevarlos a las puras alegrías del Cielo.

El camino de los hijos de Dios debería ser ascendente para avanzar rumbo a la victoria. Alguien mayor que Josué está dirigiendo los ejércitos de Israel. Hay Alguien en nuestro medio, el Capitán de nuestra salvación, que ha dicho para que tengamos ánimo: "He aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin (112) del mundo" (Mat. 28:20). "Confiad, yo he vencido al mundo" (Juan 16:33). Nos conducirá seguramente a la victoria. Lo que Dios promete, lo puede cumplir en cualquier momento. Y la obra confiada a su pueblo la puede terminar por medio de ellos. Si vivimos una vida de perfecta obediencia, sus promesas se cumplirán en nosotros.

Dios requiere que su pueblo resplandezca como luminarias en el mundo. No se pide esto sólo a los pastores, sino a todo discípulo de Cristo. Su conversación debería referirse a los Cielos. Y mientras gozan de comunión con Dios, desearán relacionarse con sus semejantes a fin de manifestar mediante palabras y hechos el amor de Dios que anima sus corazones. De esta manera serán luces en el mundo, y la luz transmitida por medio de ellos no se extinguirá ni les será quitada. Ciertamente se convertirá en tinieblas para los que no quieran andar en ella; pero resplandecerá con un brillo cada vez mayor sobre la senda de los que quieran obedecer y caminar en la luz.

El Espíritu, la sabiduría y la bondad de Dios, revelados en su Palabra, deben ser ejemplificados por los discípulos de Cristo, y así condenarán al mundo. Lo que Dios requiere de su pueblo está de acuerdo con la gracia y la verdad que les ha concedido. Todos sus justos requerimientos deben ser cumplidos plenamente. Los seres responsables deben caminar de acuerdo con la luz que resplandece sobre ellos. Si no lo hacen, su luz se vuelve tinieblas, y sus tinieblas serán mayores en la misma medida en que su luz haya sido abundante. Una luz acumulada ha resplandecido sobre el pueblo de Dios, pero muchos,

por negligencia, no la han seguido, y por este motivo se encuentran en un estado de gran debilidad espiritual.

El pueblo de Dios no perece actualmente por falta de conocimiento. No serán condenados por no conocer el camino, la verdad y la vida. La verdad que no ha llegado a su comprensión, la luz que no ha brillado en el alma, sino que ha sido descuidada y rechazada, los condenará. Los que jamás han tenido la luz que rechazar, no se hallan bajo condenación. ¿Qué más se podía hacer por la viña del Señor que no haya sido hecho? La luz, una preciosa luz, ilumina al pueblo de Dios; pero no los salvará, a menos que permitan que ésta los salve, vivan plenamente de (113) acuerdo con ella y la transmitan a otros que se encuentran en tinieblas. Dios pide que su pueblo obre. Lo que se necesita es una obra individual de confesión y abandono del pecado, y de regreso a Dios. Nadie puede hacer esta obra por los demás. El conocimiento de la religión ha aumentado, y proporcionalmente han aumentado las obligaciones. Una gran luz ha estado resplandeciendo sobre la iglesia, y los condena porque no quieren andar de acuerdo con ella. Si fueran ciegos, no tendrían pecado. Pero han visto la luz y han oído mucho de la verdad, y sin embargo no son sabios ni santos. Muchos, por años no han progresado nada en conocimiento y verdadera santidad. Son enanos espirituales. En lugar de avanzar hacia la perfección, están retrocediendo hacia las tinieblas y la esclavitud de Egipto. Sus mentes no están entrenadas para practicar la piedad y la verdadera santidad.

¿Se despertará el Israel de Dios? ¿Pondrán a un lado todo error los que profesan piedad, para confesar a Dios todo pecado secreto y afligir su alma delante de él? ¿Investigarán con gran humildad los motivos de cada acto, y serán conscientes de que el ojo de Dios lo lee todo y escudriña toda cosa oculta? La obra debe ser completa; la consagración a Dios, cabal. Pide una entrega absoluta de todo lo que tenemos y somos. Los pastores y los hermanos necesitan una nueva conversión, una transformación de la mente, sin la cual no somos sabor de vida para vida, sino de muerte para muerte. Grandes privilegios le corresponden al pueblo de Dios. Se les ha dado gran luz, para que alcancen la meta de su elevada vocación en Cristo Jesús; no obstante, no son lo que Dios quisiera que fueran, ni lo que ha resuelto que sean.

La Separación del Mundo.-

Queridos hermanos y hermanas: El propósito de Dios es que la luz de la iglesia aumente, y que su resplandor crezca cada vez más hasta el día perfecto. Al pueblo de Dios se le han hecho preciosas promesas con la condición de que obedezca. Si, como Caleb y Josué, hubierais seguido plenamente al Señor, él habría magnificado su poder en medio de vosotros. Los pecadores se (114) habrían convertido y los apóstatas habrían sido rescatados gracias a vuestra influencia; e incluso los enemigos de nuestra fe, aunque podrían oponerse a la verdad y hablar en contra de ella, no tendrían más remedio que admitir que Dios estaba con vosotros.

Muchos miembros del profeso pueblo especial de Dios se han conformado de tal manera al mundo, que su carácter peculiar ya no se distingue más, y es difícil establecer la diferencia "entre el que sirve a Dios y el que no le sirve" (Mal. 3:18). Dios haría grandes cosas por los miembros de su pueblo si salieran del mundo y se mantuvieran separados. Si se sometieran y se dejaran conducir por él, haría de ellos motivo de alabanza en toda la tierra. Dice el Testigo fiel: "Conozco tus obras" (Apoc. 3:15). Los ángeles de Dios que sirven a los que han de ser herederos de la salvación, están al tanto de la condición de todos, y saben cuál es la medida de fe que posee cada individuo. La incredulidad, el orgullo, la codicia y el amor al mundo que se han manifestado en los corazones del profeso pueblo de Dios, han contristado a los ángeles sin pecado. Cuando han visto que pecados atroces y presuntuosos existen en los corazones de muchos profesos seguidores de Cristo, y que Dios ha sido deshonrado por su conducta inconsistente y torcida, se han puesto a llorar. Y sin embargo, los más culpables, los que provocan la

mayor debilidad en la iglesia y manchan su santa profesión de fe, aparentemente no están ni alarmados ni convencidos; por lo contrario, pareciera que creen que están floreciendo en el Señor.

Muchos creen que están basados en el fundamento correcto, que tienen la verdad; se regocijan por su claridad y se jactan de los poderosos argumentos que prueban lo correcto de nuestra posición. Los tales se cuentan entre el pueblo escogido y peculiar de Dios, sin experimentar su presencia ni su poder para salvar del sometimiento a la tentación y a la insensatez. Profesan conocer a Dios, pero sus obras lo niegan. ¡Cuán grandes son sus tinieblas! El amor del mundo en muchos, el engaño de las riquezas en otros, han ahogado la Palabra y la han vuelto infructuosa.

Se me mostró que la Iglesia de había participado del espíritu del mundo y se había vuelto tibia en grado alarmante. Cuando se hagan esfuerzos para poner las cosas en orden en la iglesia, y traer a la gente al lugar que Dios desea que ocupe, (115) algunos experimentarán los efectos de esa tarea, y harán esfuerzos sinceros para salir de las tinieblas y llegar a la luz. Pero muchos no perseveran en sus esfuerzos suficientemente como para darse cuenta de la influencia santificadora de la verdad sobre sus corazones y vidas. Los cuidados del mundo embotan la mente a tal punto que se descuidan el escudriñamiento del corazón y la oración. Deponen la armadura, y Satanás tiene libre acceso a ellos, anubla su sensibilidad y les impide darse cuenta de sus tretas.

Algunos no desean saber cuál es su verdadera condición para escapar de las trampas de Satanás. Están enfermos y moribundos. De vez en cuando reciben el calor del fuego de los demás, pero están tan helados por la formalidad, el orgullo y la influencia del mundo, que no tienen noción de su necesidad de ayuda.

Muchos son deficientes en espiritualidad y en las gracias cristianas. El peso de una solemne responsabilidad debería reposar cada día sobre ellos al darse cuenta de los tiempos peligrosos en que estamos viviendo, y de las influencias corruptoras que están bullendo en torno de nosotros. Su única esperanza de ser participantes de la naturaleza divina consiste en huir de la corrupción que hay en el mundo. Estos hermanos necesitan una profunda y completa experiencia en las cosas de Dios, y podrán obtenerla mediante un esfuerzo de su parte. Su condición requiere de ellos que apliquen una sincera y persistente diligencia, para que no se los encuentre durmiendo en su puesto. Satanás y sus ángeles no duermen.

Los seguidores de Cristo deberían ser instrumentos de justicia, diligentes piedras vivas, difusores de luz, para que puedan favorecer la presencia de los ángeles celestiales. Se les pide que sean canales, por así decirlo, para que por medio de ellos fluya el espíritu de verdad y justicia. Muchos han participado por tanto tiempo del espíritu y la influencia del mundo, que obran como el mundo. Hay cosas que les gustan y otras que no les gustan, y no pueden distinguir la excelencia de carácter. Su conducta no está gobernada por los puros principios del cristianismo; por lo tanto piensan sólo en sí mismos, sus placeres y sus satisfacciones, y no se preocupan de los demás. No han sido santificados por la verdad; por eso no comprenden la unidad que existe entre los (116) seguidores de Cristo en todo el mundo. Aquellos a quienes Dios ama más, son los que poseen menos confianza propia, y están adornados con un espíritu manso y humilde; cuyas vidas son puras y carentes de egoísmo, y cuyos corazones están inclinados, gracias a una abundante medida del Espíritu de Cristo, a la obediencia, la justicia, la pureza y la verdadera santidad.

Si todos fueran dedicados a Dios, una preciosa luz emanaría de ellos, que ejercería una influencia directa sobre todos los que se pusieran en contacto con ellos. Pero todos necesitan que se haga una obra por ellos. Algunos están lejos de Dios, variables e inestables como el agua; no tienen idea de lo que es sacrificio. Cuando desean cualquier placer o satisfacción especiales, o alguna prenda de vestir, no consideran si pueden vivir sin esa prenda, o negarse algún placer, y presentar una ofrenda voluntaria a Dios. ¿Cuántos han pensado que se esperaba de ellos algún sacrificio? Aunque sea de mucho menos valor que la ofrenda del rico con su dinero, lo que realmente implica abnegación será un precioso

sacrificio, una ofrenda a Dios. Difundirá un suave olor, y ascenderá desde el altar como fragante incienso.

Los jóvenes no están autorizados a hacer como les plazca con su dinero, sin importarles los requerimientos de Dios. Con David deberían decir: "Porque no ofreceré a Jehová mi Dios holocaustos que no me cuesten nada" (2 Sam. 24:24). Una buena cantidad de dinero se ha gastado para sacar numerosas copias de sus retratos. Si alguien contara el dinero dado al artista con este propósito, ascendería a una suma bastante grande. Y ésta es sólo una manera de dilapidar dinero, que se invierte para la complacencia propia, sin provecho alguno. Con ese gasto, ni se visten ni se alimentan; la viuda y el huérfano no reciben auxilio, los hambrientos no reciben comida, ni los desnudos vestido.

Mientras se gasta el dinero a manos llenas para la satisfacción propia, se presentan a Dios ofrendas mezquinas y de mala gana. ¿Cuánto del dinero ganado por los jóvenes se encamina hacia la tesorería de Dios para colaborar en el progreso de la obra de ganar almas? Dan una miseria cada semana y todavía creen que están dando mucho. No se dan cuenta de que son tan mayordomos de Dios sobre lo poco que poseen como el rico sobre sus abundantes posesiones. Le han robado a Dios y se han satisfecho (117) a sí mismos, consultando sólo su placer, para complacer su gusto, sin pensar que él investigaría detenidamente para ver de qué manera habían usado sus bienes. Mientras los tales satisfacen sin vacilar sus supuestas necesidades, y privan a Dios de la ofrenda que debieran hacerle, él no aceptará la miseria que traen a la tesorería, más de lo que aceptó la ofrenda de Ananías y Safira, que querían robarle en el asunto de las ofrendas.

En general, los jóvenes que hay entre nosotros están aliados con el mundo. Pocos libran una batalla especial contra el enemigo interno; pocos tienen un deseo sincero y ferviente de conocer la voluntad de Dios. Pocos tienen hambre y sed de justicia, y pocos saben algo del Espíritu de Dios y de sus reprensiones y consuelos. ¿Dónde están los misioneros? ¿Dónde están los abnegados, capaces de sacrificarse a sí mismos? ¿Dónde se encuentran los que están dispuestos a llevar la cruz? El yo y los intereses personales han consumido los principios nobles y elevados. Los asuntos de interés eterno no causan la menor impresión sobre la mente. Dios requiere que cada uno de ellos individualmente llegue al punto de hacer una entrega completa de la vida. "No podéis servir a Dios y las riquezas" (Mat. 6:24). No podéis servir al yo y al mismo tiempo ser siervos de Cristo. Debéis morir al yo, morir a vuestro amor al placer, y aprender a preguntar: "¿Le agradará a Dios que yo compre estos objetos con mi dinero? ¿Lo glorificaré con esto?"

Se nos ordena que, sea que comamos, bebamos o hagamos cualquier otra cosa, lo hagamos todo para la gloria de Dios. ¿Cuántos obran por principios más bien que por impulsos, y obedecen esta orden al pie de la letra? ¿Cuántos de los jóvenes discípulos de la localidad de han hecho de Dios su apoyo y heredad, y han procurado fervientemente conocer y hacer su voluntad? Hay muchos que son siervos de Cristo de nombre, pero no en verdad.

Cuando uno se rige por los principios religiosos, corre poco peligro de cometer graves errores, porque el egoísmo, que siempre enceguece y engaña, queda subordinado. El sincero deseo de hacer bien a otros, predomina de tal manera que se olvida al yo. El sustentar firmes principios religiosos es un tesoro inestimable. Es la influencia más pura, elevada y sublime que pueden sentir (118) los mortales. Los que disponen de ella, cuentan con un ancla. Reflexionan antes de dar un solo paso, no sea que su efecto perjudique a otros y los aparte de Cristo. Preguntan constantemente: Señor, ¿cómo puedo servirte mejor, y glorificar tu nombre en la tierra? ¿Cómo puedo conducir mi vida para alabar tu nombre en la tierra e inducir a otros a amarte, servirte y honrarte? Permíteme tan sólo desear y elegir cumplir tu voluntad. Sean las palabras y el ejemplo de mi Redentor la luz y fortaleza de mi corazón. Mientras confíe en él, no me dejará perecer. El será mi corona de regocijo.

Si tomamos equivocadamente la sabiduría del hombre por la de Dios, nos extraviará la insensatez de la sabiduría humana. Tal es el gran peligro de muchos de los que están en -----. No tienen experiencia propia. No han seguido el hábito de considerar con oración por su cuenta, sin prejuicios, las cuestiones

y los temas nuevos que puedan surgir. Esperan para ver lo que piensan otros. El disentimiento ajeno es todo lo que se necesita para convencerlos de que el tema considerado carece de importancia. Aunque esta clase de personas es numerosa, ello no cambia el hecho de que no tienen experiencia y que su mente es débil porque cedieron durante mucho tiempo al enemigo. Serán siempre tan enfermizos como infantes; andarán a la luz ajena y vivirán según la experiencia de otros; sentirán como sientan los demás, y actuarán como ellos, como si no tuvieran individualidad, porque su identidad está fundida en la ajena. Son simplemente sombras de quienes para ellos tienen razón.

A menos que se percaten de su carácter vacilante y lo corrijan, se verán todos privados de la vida eterna; no podrán resistir los peligros de los postreros días. No poseerán energía para resistir al diablo; porque no saben que de él se trata. Es necesario que haya alguien a su lado para indicarles si se acerca un enemigo o un amigo. No son espirituales, y por lo tanto no disciernen las cosas espirituales. No son sabios en las cosas que se relacionan con el reino de Dios. Ni los jóvenes ni los ancianos tienen excusa por confiar en que los otros tengan experiencia en su lugar. Dice el ángel: "Maldito el varón que confía en el hombre, y pone carne por su brazo" (Jer. 17:5). En la experiencia y la lucha cristianas, se necesita una noble independencia. (119)

Hombres, mujeres y jóvenes, Dios requiere de vosotros que poseáis valor moral, firmeza de propósito, fortaleza y perseverancia, mentes que no admitan los asertos ajenos, sino que investiguen por su cuenta antes de aceptarlos o rechazarlos, y escuchen y pesen las evidencias, y las lleven al Señor en oración. "Y si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, demándela a Dios, el cual da a todos abundantemente, y no zahiere; y le será dada" (Sant. 1:5). Ahora bien, se impone la condición: "Pero pida en fe, no dudando nada: porque el que duda es semejante a la onda de la mar, que es movida del viento, y echada de una parte a otra. No piense pues el tal hombre que recibirá ninguna cosa del Señor" (Versos 6-7). Esta petición de sabiduría no debe ser una oración sin sentido, que se olvide tan pronto como se haya terminado. Es una oración que expresa el enérgico y ferviente deseo inspirado al corazón por un consciente anhelo de poseer sabiduría para discernir la voluntad de Dios.

Después de hecha la oración, si no obtenemos inmediatamente la respuesta, no nos cansemos de esperar, ni nos volvamos inestables. No vacilemos. Aferrémonos a la promesa: "Fiel es el que os ha llamado; el cual también lo hará" (1 Tes. 5:24). Como la viuda importuna, presentemos nuestros casos con firmeza de propósito. ¿Es importante el objeto y de gran consecuencia para nosotros? Por cierto que sí. Entonces, no vacilemos; porque tal vez se pruebe nuestra fe. Si lo que deseamos es valioso, merece un esfuerzo enérgico y fervoroso. Tenemos la promesa; velemos y oremos. Seamos firmes, y la oración será contestada; porque, ¿no es Dios quien ha formulado la promesa? Cuanto más nos cueste obtener algo, tanto más lo apreciaremos cuando lo obtengamos. Se nos dice claramente que si vacilamos, ni podemos pensar que recibiremos algo del Señor. Se nos recomienda aquí que no nos cansemos, .sino que confiemos firmemente en la promesa. Si pedimos, él nos dará liberalmente, sin zaherir.

En esto es donde muchos yerran. Vacilan en su propósito y les falta la fe. Esta es la razón por la cual no reciben nada del Señor, fuente de nuestra fortaleza. Nadie necesita andar en tinieblas, tropezando como ciego, porque el Señor ha provisto luz si queremos aceptarla como él lo indica, y no elegir nuestro propio (120) camino. El exige de todos un cumplimiento diligente de los deberes de cada día. Esto lo requiere especialmente de los que están empeñados en la obra solemne e importante de la oficina de publicaciones: tanto de aquellos sobre quienes pesan las más pesadas responsabilidades del trabajo, como de los que llevan las responsabilidades menores. Pero estos deberes pueden cumplirse únicamente pidiendo a Dios la capacidad de hacer fielmente lo recto ante el cielo, gobernados por motivos abnegados, como si todos viesen el ojo de Dios que nos contempla e investiga nuestras acciones.

El pecado más difundido que nos separa de Dios y provoca tantos trastornos espirituales contagiosos, es el egoísmo. No se puede volver al Señor excepto mediante la abnegación. Por nosotros mismos no

podemos hacer nada; pero si Dios nos fortalece, podemos vivir para hacer bien a otros, y de esta manera rehuir el mal del egoísmo. No necesitamos ir a tierras paganas para manifestar nuestros deseos de consagrarlo todo a Dios en una vida útil y abnegada. Debemos hacer esto en el círculo del hogar, en la iglesia, entre aquellos con quienes tratamos y con aquellos con quienes hacemos negocios. En las mismas vocaciones comunes de la vida es donde se ha de negar al yo y mantenerlo en sujeción. Pablo podía decir: "Cada día muero" (1 Cor. 15:31). Es esa muerte diaria del yo en las pequeñas transacciones de la vida lo que nos hace vencedores. Debemos olvidar el yo por el deseo de hacer bien a otros. A muchos les falta decididamente amor por los demás. En vez de cumplir fielmente su deber, procuran más bien su propio placer.

Dios impone positivamente a todos los que le siguen el deber de beneficiar a otros con su influencia y recursos, y de procurar de él la sabiduría que los habilitará para hacer todo lo que esté en su poder para elevar los pensamientos y los afectos de aquellos sobre quienes pueden ejercer su influencia. Al obrar por los demás, se experimentará una dulce satisfacción, una paz íntima que será suficiente recompensa. Cuando estén movidos por un elevado y noble deseo de hacer bien a otros, hallarán verdadera felicidad en el cumplimiento de los múltiples deberes de la vida. Esto les proporcionará algo más que una recompensa terrenal; porque todo cumplimiento fiel y abnegado del deber es notado (121) por los ángeles, y resplandece en el registro de la vida. En el cielo nadie pensará en sí mismo, ni buscará su propio placer; sino que todos, por amor puro y genuino, procurarán la felicidad de los seres celestiales que los rodeen. Si deseamos disfrutar de la sociedad celestial en la tierra renovada, debemos ser gobernados aquí por los principios celestiales.

Cada acto de nuestra vida afecta a otros para bien o para mal. Nuestra influencia tiende hacia arriba o hacia abajo; los demás la sienten, obran de acuerdo con ella, y la reproducen en mayor o menor grado. Si por nuestro ejemplo ayudamos a otros a adquirir buenos principios, les impartimos poder de obrar el bien. A su vez, ellos ejercen la misma influencia benéfica sobre otros, y así ejercemos sobre centenares y millares de personas nuestra influencia inconsciente. Pero, si por nuestros actos fortalecemos o ponemos en actividad las malas facultades que poseen los que nos rodean, participamos de su pecado, y tendremos que dar cuenta por el bien que podríamos haberles hecho y que no les hicimos, porque no hallamos en Dios nuestra fortaleza, nuestro guía, nuestro consejero.

El Amor Verdadero.-

El amor verdadero no es una pasión impetuosa, arrolladora y ardiente. Por el contrario, es sereno y profundo. Mira más allá de lo externo, y es atraído solamente por las cualidades. Es prudente y capaz de discriminar y su devoción es real y permanente. Dios nos prueba por los sucesos comunes de la vida. Son las cosas pequeñas las que revelan lo más recóndito del corazón. Son las pequeñas atenciones, los numerosos incidentes cotidianos y las sencillas cortesías, las que constituyen la suma de la felicidad en la vida; y el descuido manifestado al no pronunciar palabras bondadosas, afectuosas y alentadoras ni poner en práctica las pequeñas cortesías, es lo que contribuye a formar la suma de la miseria de la vida. Se encontrará al fin que el haberse negado a sí mismo para bien y felicidad de los que nos rodean, constituye una gran parte de lo que se registra en el cielo acerca (122) de la vida. Se revelará también el hecho de que el preocuparse de sí mismo, sin tener en cuenta el bien o la felicidad de los demás, no deja de ser notado por nuestro Padre celestial.

Hno. B, el Señor está obrando en beneficio suyo, y le bendecirá y fortalecerá si hace lo recto. Usted comprende la teoría de la verdad, y debiera estar obteniendo todo el conocimiento posible acerca de la voluntad y obra de Dios, a fin de estar preparado para ocupar una posición de más responsabilidad, si él, viendo que usted puede glorificar mejor su nombre así, se lo requiriese. Pero tiene todavía que adquirir experiencia. Es demasiado impulsivo y se deja afectar con demasiada facilidad por las circunstancias. Dios está dispuesto a fortalecerle, establecerle y asentarle, si quiere con fervor y humildad pedir sabiduría al que no yerra y que promete no dejársela pedir en vano.

Al enseñar la verdad a otros, está en peligro de hablar en una forma demasiado categórica, que no guarda relación con su corta experiencia. Abarca las cosas con una mirada, y puede ver fácilmente la orientación de los temas. Todos no están capacitados como usted, y no pueden hacer esto. Usted no está dispuesto a esperar con paciencia y calma que pesen las evidencias aquellos que no pueden apreciarlas tan rápidamente como usted. Correrá el peligro de instar demasiado a los demás para que vean enseguida como usted, y sientan todo el celo y la necesidad de acción que usted siente. Si no se realizan sus expectativas, habrá peligro de que usted se desanime, se inquiete y desee un cambio.

Usted debe rehuir la disposición a censurar y abrumar a otros. Evite todo lo que sepa a espíritu de denuncia. No agrada a Dios que este espíritu anime a ninguno de sus siervos de larga experiencia. Es propio de un joven, si tiene esta gracia de la humildad y el adorno interior, que manifieste ardor y celo; pero la actitud de un joven de pocos años de experiencia que manifiesta un celo atropellado y un espíritu denunciador, es muy impropia y causa profundo desagrado. Nada podría destruir tan pronto como esto su influencia. La mansedumbre y la amabilidad, la tolerancia y la longanimidad, el no sentirse fácilmente provocado y el soportarlo, esperarlo y sufrirlo todo, esas cosas (123) son los frutos que produce el precioso árbol del amor, de crecimiento celestial. Este árbol, si se lo nutre, se mantendrá siempre verde, sus ramas no caerán ni se marchitarán sus hojas. Es inmortal, eterno, y regado de continuo por los rocíos del cielo.

El amor es poder. Este principio encierra una fuerza intelectual y moral, que no puede separarse de él. El poder de la riqueza tiende a corromper y destruir. El poder de la fuerza es grande para hacer daño; pero la excelencia y el valor del amor puro consisten en su eficiencia para hacer bien, solamente el bien. Cualquier cosa que se haga por puro amor, por pequeña o despreciable que sea a la vista de los hombres, es completamente fructífera; porque Dios considera más con cuánto amor se trabajó que la cantidad lograda. El amor es de Dios. El corazón in-converso no puede producir esta planta cultivada por el Cielo, porque ésta vive y florece solamente donde Cristo reina.

El amor no puede vivir sin acción, y cada acto lo aumenta, fortalece y extiende. El amor alcanzará la victoria donde la discusión y la autoridad sean impotentes. El amor no obra por ganancia o recompensa; sin embargo, Dios ha manifestado que toda labor de amor tendrá una gran ganancia como seguro resultado. Su naturaleza es difundirse, y obrar en forma tranquila, aunque en su propósito es poderoso para vencer grandes males. Su influencia enternece y transforma, y al apoderarse de la vida de los pecaminosos afecta su corazón aún cuando ningún otro medio haya tenido éxito.

Dondequiera que se emplee el poder del intelecto, de la autoridad o de la fuerza, y no se manifieste la presencia del amor, los afectos y la voluntad de aquellos a quienes procuramos alcanzar, asumen una actitud defensiva y rebelde, y se refuerza su resistencia. Jesús fue Príncipe de paz. Vino al mundo para poner en sujeción a sí mismo la resistencia y la autoridad. Podía disponer de sabiduría y fortaleza, pero los medios que empleó para vencer el mal, fueron la sabiduría y la fuerza del amor. No permita que nada divida su interés de su obra actual, hasta que Dios considere propio darle otro trabajo en el mismo campo. No procure la felicidad, porque nunca se la halla buscándola. Cumpla sus deberes. Deje que la fidelidad caracterice todas sus acciones, y vístase de humildad. (124)

"Todas las cosas que quisierais que los hombres hiciesen con vosotros, así también haced vosotros con ellos" (Mat. 7:12). Como fruto de una conducta tal se verán resultados bienaventurados. "Con la misma medida que midiereis, os será vuelto a medir" (Luc. 6:38). Estos son los poderosos motivos que deben constreñirnos a amarnos unos a otros con corazón puro y con fervor. Cristo es nuestro ejemplo. El anduvo haciendo bienes. Vivió para beneficiar a otros. El amor embelleció y ennobleció todas sus acciones. No se nos ordena que nos hagamos a nosotros mismos lo que desearíamos que otros hiciesen con nosotros; debemos hacer a otros lo que quisiéramos que ellos nos hiciesen en iguales circunstancias. Siempre se nos vuelve a aplicar la medida con que medimos.

El amor puro es sencillo en sus manifestaciones, y distinto de cualquier otro principio de acción. El amor por la influencia y el deseo de que otros nos estimen, puede producir una vida bien ordenada, y

con frecuencia una conversación intachable. El respeto propio puede inducirnos a evitar la apariencia de mal. Un corazón egoísta puede ejecutar acciones generosas, reconocer la verdad presente y expresar humildad y afecto exteriormente, y sin embargo, los motivos pueden ser engañosos e impuros; las acciones que fluyen de un corazón tal pueden estar privadas del sabor de vida, de los frutos de la verdadera santidad, y de los principios del amor puro. Debe albergarse y cultivarse el amor, porque su influencia es divina.

Los Entretenimientos en el Sanatorio.-

Cuando se introdujeron los entretenimientos en el Sanatorio, algunos en ----- manifestaron la superficialidad de su carácter. Estaban contentos y satisfechos; todo concordaba con la frivolidad de su mente. Creyeron que eran buenas para ellos las cosas que se recomendaban para los inválidos; y el Dr. C no es responsable de todos los resultados producidos por el consejo dado a sus pacientes. Los no consagrados, que se hallan en diversas iglesias de los alrededores, se aferraron de la primera (125) apariencia de excusa para entregarse al placer, la hilaridad y la insensatez. Tan pronto como se supo que los médicos del Sanatorio habían recomendado juegos y diversiones para apartar la mente de los pacientes de sí mismos con el fin de infundirles pensamientos más alegres, el asunto se propagó como el fuego en el rastrojo; los jóvenes de ------- y otras iglesias creyeron que necesitaban esas cosas, y muchos depusieron la armadura de justicia. Al no tener más freno, se dedicaron a esas cosas con tanto fervor y perseverancia, como si la vida eterna dependiera de su celo en este asunto. Esa fue la oportunidad de distinguir entre los concienzudos seguidores de Cristo y los que se habían engañado a sí mismos. Algunos no han tomado en serio la causa de Dios. La obra de la verdadera santidad no se ha llevado a cabo en sus almas. No han puesto su confianza en Dios; son inestables, y sólo necesitan una ola para que sus pies queden en el aire y sean llevados de aquí para allá. Los tales pusieron de manifiesto que poseían muy poca estabilidad e independencia moral. No tenían una verdadera experiencia, y por lo tanto andaban a la luz de las chispas que ellos mismos habían encendido. No tenían a Cristo en el corazón para confesarlo al mundo. Profesaban ser sus seguidores, pero las cosas terrenas y temporales mantenían en sujeción sus corazones frívolos y egoístas.

Había otros que parecían no preocuparse de los entretenimientos en cuestión. Tenían tal confianza en que Dios enderezaría todas las cosas, que su paz mental no se perturbó. Llegaron a la conclusión de que algo recetado a los inválidos no era para ellos y que por lo tanto no tenían por qué preocuparse. Lo que los demás hicieran en la iglesia o en el mundo no tenía nada que ver con ellos; porque —decían— ¿acaso no tenemos que seguir a Cristo? Nos ha dado la orden de andar como él anduvo. Debemos vivir como viendo al Invisible, y hacer de corazón lo que hacemos, como al Señor, y no a los hombres.

Cuando tales cosas surgen, se desarrolla el carácter. El valor moral se puede evaluar ciertamente entonces. No es difícil determinar dónde se encuentran los que profesan piedad y que sin embargo hacen del mundo la fuente de sus placeres y su felicidad. Sus afectos no están dirigidos hacia las cosas de arriba, sino hacia las de la tierra, donde reina Satanás. Andan en tinieblas, y no (126) pueden amar y disfrutar las cosas celestiales porque no las perciben. Están alejados de la vida de Cristo, con el entendimiento entenebrecido. Las cosas del Espíritu les son locura. Sus objetivos concuerdan con los del mundo, y sus intereses y perspectivas se asimilan al mundo y a las cosas terrenales. Si pueden seguir adelante, llevando el nombre de cristianos, y no obstante servir a Dios y a las riquezas, se sienten satisfechos. Pero van a ocurrir algunas cosas para revelar el corazón de éstos que son sólo una carga y una maldición para la iglesia.

El espíritu que existe en la iglesia es de tal naturaleza que puede apartar de Dios y de la senda de la santidad. Muchos miembros han atribuido su condición de ceguera espiritual a la influencia que ejercen los principios enseñados en el Sanatorio. Esto no es del todo correcto. Si la iglesia se hubiera sometido al consejo de Dios, el Sanatorio habría estado bajo control. La luz de la iglesia se habría extendido hacia ese ramo de la obra, y no se habrían manifestado allí los errores que se han cometido. Las

tinieblas morales de la iglesia ejercieron una tremenda influencia para producir las tinieblas morales y la muerte espiritual en el Sanatorio. Si la iglesia hubiera estado en condición saludable, habría podido enviar una corriente vitalizadora y de salud a este brazo del cuerpo. Pero la iglesia estaba enferma y no gozaba del favor de Dios ni de la luz de su rostro. Una influencia enfermiza y mortal circuló por todo el cuerpo viviente, hasta que la enfermedad resultó evidente en todo lugar.

El querido Hno. D no ha comprendido la condición de su propio corazón. El egoísmo ha encontrado alojamiento allí, y la paz, la saludable paz, se ha marchado. A todos ustedes les falta eso que se llama amor: amor a Dios y amor al prójimo. La vida que ahora viven, no la viven por fe en el Hijo de Dios. Falta una firme confianza, se teme entregar todo en manos de Dios, como si él fuera incapaz de guardar lo que se le ha confiado. Temen que surja algún mal designado para hacerles daño, a menos que se pongan a la defensiva y comiencen una batalla para defenderse. Los hijos de Dios son sabios y poderosos en la medida en que confíen en Su sabiduría y Su poder. Son fuertes y felices en la medida en que se separan de la sabiduría y la ayuda de los hombres. (128)

Daniel y sus compañeros estaban cautivos en tierra extraña, pero Dios no permitió que la envidia y el odio de sus enemigos prevalecieran contra ellos. Los justos siempre han recibido ayuda de lo alto. Cuán a menudo los enemigos de Dios han unido su fuerza y su sabiduría para destruir el carácter y la influencia de unas pocas personas sencillas que confiaban en él. Pero puesto que Dios estaba con ellos, nadie pudo prevalecer contra ellos. Si los seguidores de Cristo se mantienen unidos, triunfarán. Si se separan de sus ídolos y del mundo, éste no podrá separarlos de Dios. Cristo es nuestro Salvador presente y plenamente suficiente. En él mora toda plenitud. Es privilegio de los cristianos saber que ciertamente Cristo mora en ellos en verdad. "Esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe" (1 Juan 5:4). Todas las cosas son posibles para el que cree; y todo lo que deseemos cuando oramos, si creemos que lo vamos a recibir, lo tendremos. Esta fe atraviesa la nube más oscura, y derrama rayos de luz y esperanza sobre el alma doblegada y desanimada. La ausencia de esta fe y de esta confianza produce perplejidad, temores angustiosos y sospechas de males. Dios hará grandes cosas por su pueblo cuando ponga toda su confianza en él. "Gran ganancia es la piedad acompañada de contentamiento" (1 Tim. 6:6). La religión pura e incontaminada se manifestará en la vida. Cristo será una fuente de poder que nunca se agotará, una ayuda constante en momentos de tribulación.

El Caso de Ana More.-

En el caso de la Hna. More se me mostró que el descuido a que se la sometió equivalió a descuidar a Jesús en la persona de ella. Si el Hijo de Dios hubiera aparecido en la forma humilde y discreta que lo caracterizó mientras viajaba de lugar en lugar cuando estuvo aquí en la tierra, no habría tenido una recepción mejor. Lo que se necesita es el profundo principio de amor que se hallaba en el seno del humilde Hombre del Calvario. Si la iglesia hubiera vivido en la luz, habría apreciado a esta humilde misionera cuyo ser entero rebosaba del anhelo de participar en el (128) servicio de su Maestro. Incluso su interés tan sincero fue malinterpretado. Su aspecto exterior no era exactamente lo que podría haber inspirado la aprobación del ojo habituado al buen gusto a la moda; porque su habituación a la estricta economía y la pobreza había dejado su huella en su atuendo. El dinero que ganaba con trabajo muy arduo lo gastaba tan rápidamente como lo ganaba en beneficio de los demás, para dar la luz a los que esperaba conducir a la cruz de la verdad.

Incluso la así llamada iglesia de Cristo, con sus exaltados privilegios y su elevada profesión de fe, no pudo distinguir la imagen de Cristo en esta abnegada hija de Dios, porque sus miembros estaban tan lejos de Cristo que no reflejaban su imagen. Juzgaron por las apariencias externas, y no se tomaron un trabajo especial para descubrir el adorno interior. Era una mujer cuyos recursos de conocimiento y genuina experiencia en los misterios de la piedad excedían a los de cualquiera de los residentes de , y cuya manera de comunicarse con los jóvenes y los niños era agradable, instructiva y saludable. No era áspera, sino correcta y simpática, y habría demostrado que era una de las obreras más útiles en el

campo como instructora de los jóvenes, y como compañera y consejera útil e inteligente para las madres. Podría haber alcanzado los corazones mediante su presentación sincera y sencilla de los incidentes de su vida religiosa, que había dedicado al servicio de su Redentor. Si la iglesia hubiera salido de la oscuridad y el engaño para introducirse en la clara luz, sus corazones se habrían ido tras esa solitaria extranjera. Sus oraciones, sus lágrimas, su pesar al ver que no se abría una vía de servicio para ella, han sido vistos y oídos en el Cielo. El Señor le ofreció a sus hijos una ayudante talentosa, pero ellos estaban ricos y enriquecidos, y no necesitaban de nada. Se apartaron de una bendición muy preciosa, y la rechazaron, y ya van a sentir su necesidad de ella. Si el Hno. E hubiera permanecido en la clara luz de Dios, y hubiera estado imbuido de su Espíritu cuando se le dio a conocer a esta sierva de Jesús, solitaria, sin hogar, y sedienta de trabajar para su Maestro, su espíritu habría respondido al de ella como el rostro que se refleja en la imagen que aparece en el espejo; su corazón se habría sentido atraído por esta discípula de Cristo, y la (129) habría comprendido. Lo mismo ocurrió con la iglesia. Han padecido de tal ceguera espiritual que se han olvidado del sonido de la voz del verdadero Pastor, y estaban siguiendo la voz de un extraño, que los estaba apartando del redil de Cristo.

Muchos consideran la gran obra que debe llevar a cabo el pueblo de Dios, y sus oraciones se elevan en súplica de ayuda para la gran cosecha. Pero si la ayuda no viene exactamente como la esperan, no la reciben y se apartan de ella así como la nación judía se apartó de Cristo desilusionada por la forma como apareció. Su advenimiento fue caracterizado por mucha pobreza y humildad, y en su orgullo rechazaron al que había venido para darles vida. En este aspecto Dios quiere que los miembros de la iglesia humillen sus corazones, y vean la gran necesidad de corregir su manera de vivir delante de él, no sea que venga para juzgarlos. Muchos de los que profesan piedad hacen del adorno exterior algo mucho más importante que el adorno interior. Si la iglesia se hubiera humillado delante del Señor, y hubiera corregido tan plenamente sus errores pasados como para comprender su voluntad, no sería tan deficiente en su capacidad de evaluar la excelencia moral del carácter de una persona.

La luz de la Hna. Ana More se ha extinguido en circunstancias que podría estar brillando para iluminar el camino de muchos que avanzan por los senderos entenebrecidos del error y la rebelión. Dios invita a la iglesia a despertarse de este sopor, para inquirir con fervor profundo cuál es la causa de este autoengaño que se manifiesta entre profesos cristianos cuyos nombres están anotados en los registros de la iglesia. Satanás los está engañando y estafando en este gran asunto de la salvación. Nada hay más traicionero que el engaño del pecado. El dios de este mundo es quien engaña, enceguece y lleva a la destrucción. Satanás no llega de golpe con todas sus tentaciones. Las disfraza con una apariencia de bondad; mezcla cierto provecho con la insensatez y los entretenimientos, y las almas engañadas esgrimen como excusa para entregarse a ellos el gran bien que esperan recibir. Esta es sólo la parte engañosa; las artes infernales de Satanás están disfrazadas. Las almas engañadas dan un paso, y así se preparan para el siguiente. Es más agradable seguir las inclinaciones del propio corazón que ponerse a la defensiva y resistir la primera insinuación (130) del artero enemigo, para cerrarle el paso de ese modo. ¡Oh, cómo observa Satanás para ver con cuánta rapidez desaparece su carnada, y de qué manera las almas caminan en la misma senda que él les ha preparado! No quiere que dejen de orar, ni que dejen de mantener la forma de los deberes religiosos, porque mientras lo hagan más útiles serán en su servicio. Une sus sofismas y sus trampas engañosas con la experiencia y la profesión de fe de ellos, y de esa manera impulsa a maravillas su causa. Los fariseos hipócritas oraban y ayunaban, y mantenían una forma de piedad, pero sus corazones estaban corrompidos. Satanás está de pie para burlarse de Cristo y de sus ángeles, y para insultarlos diciendo: " ¡Los tengo! ¡Los tengo! He preparado mis engaños para ellos. Tu sangre nada vale aquí. Tu intercesión, tu poder y tus obras maravillosas pueden cesar porque los tengo. ¡Son míos! A pesar de su elevada profesión como súbditos de Cristo, a pesar de que una vez gozaron de la luz de su presencia, me voy a apoderar de ellos en la misma cara del Cielo, acerca del cual ellos hablan tanto. Son precisamente estos súbditos los que necesito para que me sirvan de carnada para los demás".

Salomón dice: "El que confía en su propio corazón es un necio" (Prov. 28:26); y hay cientos de ellos entre los que profesan piedad. Dice el apóstol: "No ignoramos sus maquinaciones" (2 Cor. 2:11). ¡Oh, qué arte, qué pericia, qué astucia se ejerce para inducir a los profesos seguidores de Cristo a unirse con el mundo al buscar felicidad en los entretenimientos del mundo con la ilusión que algún bien se va a lograr de ellos! Y así los desprevenidos avanzan en derechura hacia la red, con la ilusión de que no hay ningún mal en ese camino. Los afectos y las simpatías de los tales se excitan, y de ese modo ponen un fundamento muy débil para edificar su confianza de que son hijos de Dios. Se comparan con los demás, y se tranquilizan con la idea de que son mejores que muchos verdaderos cristianos. Pero, ¿dónde resplandece el profundo amor de Cristo en sus vidas para que sus brillantes rayos bendigan a los demás? ¿Dónde está su Biblia? ¿Cuánto la estudian? ¿En qué se concentran sus pensamientos? ¿En el Cielo y en las cosas celestiales? No es natural que su mente avance en esa dirección. El estudio de la Palabra de Dios no les interesa. No hay nada en ella que excite ni afiebre la mente, y el (131) corazón natural, irregenerado, prefiere algún otro libro a la Palabra de Dios. Su atención está absorbida por el yo. No desean sincera y profundamente la influencia del Espíritu de Dios sobre la mente y el corazón. Dios no está en todas sus meditaciones.

¡Cómo podría soportar el pensamiento de que la mayor parte de los jóvenes de nuestra época van a perder la vida eterna! ¡Oh, que termine el sonido de los instrumentos musicales y que no malgasten más de su precioso tiempo en complacer su propia fantasía! ¡Oh, que dediquen menos tiempo a la ropa y a la conversación vana, y eleven oraciones sinceras y agonizantes a Dios para tener una sana experiencia cristiana! Se necesita mucho un profundo examen propio a la luz de la Palabra de Dios; cada cual debería hacerse la pregunta: "¿Estoy bien, o está corrompido mi corazón? ¿He sido renovado en Cristo, o todavía es carnal mi corazón, y me he revestido sólo de un ropaje exterior?" *Cíñase para comparecer delante del gran tribunal, y examínese a la luz de Dios para ver si no hay algún pecado secreto que está acariciando, algún ídolo que no ha sido sacrificado. Ore, sí, ore como nunca antes, para que no sea engañado por las artimañas de Satanás, para que no se entregue a una actitud descuidada y vana, y para que no asista a las reuniones religiosas sólo para calmar su propia conciencia.

Es inadecuado que los cristianos de cualquier época de la historia del mundo sean amantes de los placeres, pero cuánto más ahora cuando pronto terminarán las escenas de la historia de la tierra. Ciertamente los fundamentos de vuestra esperanza de vida eterna no pueden ser demasiado seguros. El bienestar de vuestra alma, y vuestra eterna felicidad, dependen de que vuestro fundamento esté afirmado en Cristo. Mientras algunos se van detrás de los placeres terrenales, id vosotros detrás de la seguridad absoluta del amor de Dios, mientras clamáis sincera y fervientemente: "¿Quién podrá mostrarme cómo asegurar mi vocación y elección?" Una de las señales de los últimos días es que los profesos cristianos son más amadores de los placeres que de Dios. Sed leales con vuestra propia alma. Examinaos cuidadosamente. Cuán pocos, después de un detenido examen, pueden dirigir su mirada al Cielo para decir: " ¡No soy uno de ésos! ¡No soy más amador de los placeres que de Dios!" Cuán pocos (132) pueden decir: ¡Estoy muerto al mundo, y la vida que ahora vivo, la vivo por fe en el Hijo de Dios! Mi vida está escondida con Cristo en Dios, y cuando el que es mi vida aparezca, también apareceré yo con él en gloria". ¡Qué amor y qué gracia las de Dios! ¡Oh, qué preciosa gracia! Es más valiosa que el oro fino. Eleva y ennoblece el espíritu mucho más que cualquier otro principio, y fija los afectos en el Cielo. Aunque los que nos rodean sean vanos, y estén entregados a la búsqueda de placeres y a la insensatez, nuestra conversación debe ser en los Cielos, de donde aguardamos al Salvador; el alma se eleva a Dios en procura de perdón y paz, de justicia y verdadera santidad. La comunión con Dios y la contemplación de las cosas de lo alto, transforman el alma a semejanza de Cristo.

La Oración por los Enfermos.-

En el caso de la Hna. F, se necesitaba hacer una gran obra. Los que se unieron para orar por ella necesitaban que se hiciera una obra en favor de ellos. Sí Dios hubiese contestado sus oraciones, les habría causado la ruina. En tales casos de aflicción, cuando Satanás domina la mente, antes de dedicarse a la oración debe haber el más detenido examen propio para descubrir si no hay pecados de los cuales sea necesario arrepentirse, para confesarlos y abandonarlos. Es necesaria una profunda humildad de alma delante de Dios, y una confianza firme y humilde en los méritos de la sangre de Cristo únicamente.

Nada lograrán el ayuno y la oración mientras el corazón esté enajenado de Dios por una conducta errónea. "¿No es antes el ayuno que yo escogí, desatar las ligaduras de impiedad, deshacer los haces de opresión, y dejar ir libres a los quebrantados, y que rompáis todo yugo? ¿No es que partas tu pan con el hambriento, y a los pobres errantes metas en casa; que cuando vieres al desnudo, lo cubras, y no te escondas de tu carne?" (Isa. 58:6-7). "Entonces invocarás, y oírte ha Jehová; clamarás, y dirá él: Heme aquí. Si quitares de en medio de ti el yugo, el extender el dedo, y hablar vanidad; y si derramares tu alma al hambriento, y (133) saciares el alma afligida, en las tinieblas nacerá tu luz, y tu oscuridad será como el medio día; y Jehová te pastoreará siempre, y en las sequías hartará tu alma, y engordará tus huesos; y serás como huerta de riego, y como manadero de aguas, cuyas aguas nunca faltan" (versos 9-11).

El Señor requiere que se realice un cambio de corazón, que haya buenas obras que broten de un corazón lleno de amor. Todos deben considerar con cuidado y oración los pasajes arriba citados, e investigar sus motivos y acciones. La promesa que Dios nos hace se basa en una condición de obediencia, de obediencia a todos sus requerimientos. "Clama a voz en cuello —dice el profeta Isaías— no te detengas; alza tu voz como trompeta, y anuncia a mi pueblo su rebelión, y a la casa de Jacob su pecado. Que me buscan cada día, y quieren saber mis caminos, como gente que hubiese obrado justicia, y que no hubiese dejado el derecho de su Dios: pregúntanme derechos de justicia, y quieren acercarse a Dios. ¿Por qué, dicen, ayunamos, y no hiciste caso; humillamos nuestras almas, y no te diste por entendido?" (versos 1-3).

Aquí se habla a un pueblo que hace una alta profesión de fe, que tiene costumbre de orar, y que se deleita en los ejercicios religiosos, pero al cual, sin embargo, le falta algo. Se da cuenta de que sus oraciones no reciben contestación; sus esfuerzos celosos y fervientes no son observados en el cielo, y pregunta con anhelo por qué el Señor no le responde. No es que haya negligencia de parte de Dios. La dificultad estriba en el pueblo mismo. Mientras profesa tener piedad, no lleva frutos para gloria de Dios; sus obras no son lo que debieran ser. Descuida sus deberes positivos. A menos que los cumpla, Dios no puede contestar sus oraciones para su gloria. En el caso en que se elevaron oraciones en favor de la Hna. F, hubo una confusión de sentimientos. Algunos eran fanáticos y obraban por impulso. Poseían celo, pero no de acuerdo con el conocimiento. Algunos esperaban que en este caso se realizara algo grande, y empezaron a triunfar antes que se obtuviese la victoria. Se manifestaba mucho el espíritu demostrado por Jehú cuando dijo: "Ven conmigo, y verás mi celo por Jehová" (2 Rey. 10:16). En lugar de manifestar esta seguridad y confianza propia, el caso debería (134) haberse presentado a Dios con espíritu de humildad y desconfianza de sí mismo, y con el corazón genuinamente quebrantado y contrito.

Me fue mostrado que en caso de enfermedad, cuando está expedito el camino para ofrecer oración por el enfermo, el caso debe ser confiado al Señor con fe serena, y no con tempestuosa excitación. Sólo él conoce la vida pasada de la persona, y sabe cuál será su futuro. El que conoce todos los corazones, sabe sí la persona, en caso de sanarse, glorificaría su nombre o lo deshonraría por su apostasía. Todo lo que se nos pide que hagamos es que roguemos a Dios que sane al enfermo si esto está de acuerdo con su voluntad, creyendo que él oye las razones que presentamos y las oraciones fervientes que elevamos. Si el Señor ve que ello habrá de honrarlo, contestará nuestras oraciones. Pero no es correcto insistir en el restablecimiento sin someternos a su voluntad.

Dios puede cumplir en cualquier momento lo que promete, y la obra que él ordena a su pueblo que haga puede realizarla por su medio. Si ellos quieren vivir de acuerdo a toda palabra que él pronunció, se cumplirán para ellos todas las buenas palabras y promesas. Pero, si no prestan una obediencia perfecta, las grandes y preciosas promesas quedarán sin efecto.

Todo lo que puede hacerse al orar por los enfermos es importunar fervientemente a Dios en su favor, y entregar en sus manos el asunto con perfecta confianza. Si miramos a la iniquidad y la conservamos en nuestro corazón, el Señor no nos oirá. El puede hacer lo que quiere con los suyos. El se glorificará por medio de aquellos que le sigan tan completamente que se sepa que es su Señor, que sus obras se realizan en Dios. Cristo dice: "Si alguno me sirviere, mi Padre le honrará" (Juan 12:26). Cuando acudimos a él, debemos orar porque nos permita comprender y realizar su propósito, y que nuestros deseos e intereses se pierdan en los suyos. Debemos reconocer que aceptamos su voluntad, y no orar para que él nos conceda lo que pedimos. Es mejor para nosotros que Dios no conteste siempre nuestras oraciones en el tiempo y la manera que nosotros deseamos. El hará para nosotros algo superior al cumplimiento de todos nuestros deseos; porque nuestra sabiduría es insensatez. (135)

Nos hemos unido en ferviente oración en derredor del lecho de hombres, mujeres y niños enfermos, y hemos sentido que nos fueron devueltos de entre los muertos en respuesta a nuestras fervorosas oraciones. En esas oraciones nos parecía que debíamos ser positivos, y que, si ejercíamos fe, no podíamos pedir otra cosa que la vida. No nos atrevíamos a decir: "Si esto ha de glorificar a Dios", temiendo que sería admitir una sombra de duda. Hemos observado ansiosamente a los que nos fueron devueltos, por así decirlo, de entre los muertos. Hemos visto a algunos de éstos, especialmente jóvenes, que recobraron la salud: se olvidaron luego de Dios, se entregaron a una vida disoluta, ocasionaron así pesar y angustia a sus padres y a sus amigos, y avergonzaron a aquellos que temían orar. No vivieron para honrar y glorificar a Dios, sino para maldecirlo con sus vidas viciosas.

Ya no trazamos un camino, ni procuramos hacer que el Señor cumpla nuestros deseos. Si la vida de los enfermos puede glorificarlo, oramos que vivan, pero no que se haga como nosotros queremos, sino como él quiere. Nuestra fe puede ser muy firme e implícita si rendimos nuestro deseo al Dios omnisapiente, y, sin ansiedad febril, con perfecta confianza, se lo consagramos todo a él. Tenemos la promesa. Sabemos que él nos oye si pedimos de acuerdo con su voluntad. Nuestras peticiones no deben cobrar forma de órdenes, sino de una intercesión para que él haga las cosas que deseamos que haga. Cuando la iglesia esté unida, tendrá fuerza y poder; pero cuando parte de sus miembros están unidos al mundo, y muchos están entregados a la avaricia, que Dios aborrece, poco puede hacer el Señor por ella. La incredulidad y el pecado nos apartan de Dios. Somos tan débiles que no podemos soportar mucha prosperidad espiritual; corremos el riesgo de atribuirnos la gloria y de considerar que nuestra bondad y justicia son los motivos de la señalada bendición de Dios, cuando todo se debe a la gran misericordia y al amor de nuestro compasivo Padre celestial, y no a cosa buena alguna que haya en nosotros.

Deberíamos ejercer siempre una influencia santificadora entre los que nos rodean. Esta influencia salvadora y ennoblecedora ha sido muy débil en -. Muchos se han mezclado con el mundo (136) y han participado de su espíritu e influencia, y esa amistad los ha separado de Dios. Jesús les lleva una ventaja de un día de viaje. Ya no pueden oír su voz de consejo y amonestación, y siguen su propia sabiduría y su propio juicio. Siguen un camino que les parece derecho pero que después van a descubrir que es insensatez. Dios no va a permitir que su obra se mezcle con procedimientos humanos. Los hombres del mundo, astutos y calculadores, no deben desempeñar cargos directivos en esta obra tan solemne y sagrada. O se convierten, o se dedican a una vocación apropiada a sus inclinaciones mundanas, que no impliquen consecuencias eternas. Dios jamás hará sociedad con los mundanos. A cada cual Cristo invita a elegir: "¿Me quieres a mí, o al mundo? ¿Estás dispuesto a sufrir reprensión y vergüenza, a ser peculiar y celoso de buenas obras, aunque el mundo te aborrezca, para llevar mi nombre, o vas a buscar la estima, el honor, el aplauso y las ventajas que el mundo está dispuesto a dar, y no tener parte conmigo?" "No podéis servir a Dios y a las riquezas" (Mat. 6:24).

Valor en el Ministerio.-

Querido Hno. G: Se me mostró que usted era sumamente deficiente en el desempeño de sus deberes como ministro. Carece de algunas cualidades esenciales. No tiene espíritu misionero. No está dispuesto a sacrificar la comodidad y el placer para salvar almas. Hay hombres, mujeres y jóvenes que traer a Cristo, que abrazarían la verdad si se les presentara la luz. En su propio vecindario hay quienes tienen oídos para oír.

Vi que usted procuraba instruir a algunos; pero en el mismo momento cuando necesitaba perseverancia, valor y energía, usted se descorazonaba, y se desanimaba, se volvía desconfiado y abandonaba la tarea. Deseaba conservar su propia comodidad, y permitía que ese interés, que podría haber aumentado, se disipara. Podría haberse producido una gran ganancia de almas; pero en ese momento la oportunidad de oro pasó por causa de su falta de energía. Vi que a menos que usted se decida a revestirse (137) de toda la armadura, y esté dispuesto a sufrir privaciones como buen soldado de la cruz de Cristo, y crea que puede gastar y ser desgastado para traer almas al Señor, debería abandonar el ministerio y dedicarse a alguna otra vocación.

Su alma no está santificada para hacer la obra. No asume la responsabilidad que implica. Elije una suerte más fácil que la que le está reservada al ministro de Cristo. El no consideraba que su vida le fuera preciosa. No se complació a sí mismo, sino que vivió en beneficio de los demás. Se anonadó a sí mismo y tomó la forma de siervo. No basta que seamos capaces de presentar los argumentos favorables a nuestra posición delante de la gente. El ministro de Cristo debe poseer un amor inextinguible por las almas, un espíritu de abnegación, de sacrificio propio. Debería estar dispuesto a dar la vida, si fuera necesario, para hacer la obra de salvar a sus semejantes por quienes Jesús murió.

Necesita convertirse a la obra de Dios. Necesita sabiduría y juicio para aplicarse a ella y orientar sus labores. Estas no son solicitadas por las iglesias. Debería ir a otros lugares para someter a prueba su vocación. Vaya con la disposición de trabajar para convertir almas a la verdad. Si se da cuenta del valor de las almas, la menor manifestación de interés regocijará su corazón, y perseverará aunque tuviera que trabajar y cansarse en el esfuerzo. Después de haber presentado el tema de la verdad, no abandone el lugar mientras haya la menor manifestación de interés. ¿Espera cosechar sin trabajar? ¿Cree usted que Satanás está dispuesto a permitir que sus súbditos pasen sin más ni más de sus filas a las de Cristo? Hará todo lo posible para mantenerlos aherrojados con cadenas de tinieblas y bajo su negro estandarte. ¿Cómo espera usted ganar la victoria en la ganancia de almas sin hacer esfuerzos fervientes, cuando tiene que enfrentar y combatir a semejante enemigo?

Tiene que tener más valor, más celo, y hacer mayores esfuerzos, o tendrá que llegar a la conclusión de que se ha equivocado de vocación. Un ministro que se desanima fácilmente perjudica la causa que desea promover, y comete una injusticia contra sí mismo. Todos los que profesan ser ministros de Cristo deberían aprender sabiduría al estudiar la historia del Hombre de Nazaret, y también la de Martín Lutero y las vidas de otros reformadores. (138)

Sus tareas eran arduas, pero soportaron dificultades como fieles soldados de la cruz de Cristo. No debería esquivar las responsabilidades. Con humildad, debería estar dispuesto a recibir consejo e instrucción. Después de recibir consejo de los sabios y juiciosos, queda todavía un Consejero cuya sabiduría es infalible. No deje de presentarle su caso y suplicar su dirección. Ha prometido que si usted le falta sabiduría y se la pide, se la dará generosamente y sin regatear. La obra sagrada y solemne en que estamos empeñados requiere hombres plenamente convertidos, de todo corazón, cuyas vidas estén entretejidas con la de Cristo. Obtienen savia y alimento de la Vid viviente, y florecen en el Señor. Aunque se dan cuenta de la magnitud de la tarea, y se sienten inducidos a exclamar: "Para estas cosas, ¿quién es suficiente?" (2 Cor. 2:16) no esquivan los trabajos y tareas, y por lo contrario trabajan con fervor y abnegación para salvar almas. Si los subpastores son fieles en el cumplimiento de sus deberes,

entrarán en el gozo de su Señor, y tendrán la satisfacción de ver en el Cielo almas salvadas gracias a sus fieles esfuerzos.

Una Conducta Mezquina.-

Querido Hno. H: He estado esperando la oportunidad de escribirle, pero algo me lo ha impedido. Después de mi última visión sentí que era mi deber presentarle con premura lo que el Señor había tenido a bien presentarme. Se me señaló el pasado y se me mostró que por años, aun antes de su casamiento, se había manifestado en usted la tendencia a aprovecharse de los demás en sus transacciones comerciales. Usted poseía un amor a las ganancias, una tendencia a la mezquindad perjudicial para su progreso espiritual, y que en buena medida menoscabó su influencia. La familia de su padre consideraba estos asuntos desde el punto de vista del mundo, y no con respecto a la elevada norma mencionada por nuestro divino Señor, es a saber: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente... Amarás a tu prójimo como a ti mismo" (Mat. 22:37-39). En esto ha fallado usted. Cuando (139) somos mezquinos e injustos con el prójimo, desagradamos a Dios. No pasará por alto esta clase de errores y pecados si no hacemos una confesión cabal de ellos y los abandonamos completamente.

Se me mostró el pasado y pude ver cuán livianamente consideraba usted estos asuntos. El Señor destacó ante mí una operación consistente en llevar al mercado un cargamento de animales de calidad inferior, tan inferior realmente que no valía la pena conservarlos, y precisamente por eso usted los destinó a ser alimento de la gente, y los llevó al mercado para que fueran vendidos a fin de ser comidos por los seres humanos. Parte de uno de esos estuvo sobre nuestra mesa por un poco de tiempo para servir de alimento a nuestra numerosa familia en los días de nuestra pobreza. Usted no era el único culpable. Algunos otros miembros de su familia eran tan culpables como usted. No tiene importancia que hayan sido vendidos para que los comiéramos nosotros o los mundanos. Es la violación del principio que está en juego lo que desagrada a Dios. Usted transgredió su mandamiento; no amó a su prójimo como a sí mismo; porque no le habría gustado que le hicieran lo mismo a usted. Lo habría considerado un insulto. Esta actitud avara lo indujo a apartarse de los principios cristianos, y a descender a un nivel comercial que le permite obtener beneficios en desmedro de los demás.

Cuando se me presentó el tema del consumo de carne hace cinco años, y pude ver cuán poco sabe la gente acerca de lo que está comiendo cuando consume la carne, se me mostró también esta operación comercial suya. El resultado de consumir la carne de esos animales en mal estado de salud es sangre enfermiza, enfermedad y fiebre. Se me mostraron muchos casos semejantes producidos cada día entre los mundanos. Usted, mi querido hermano, no ha visto este error suyo como el Señor lo ve. Nunca creyó que estaba cometiendo un gran pecado. Muchas cosas semejantes han ocurrido en su vida, que usted va a descubrir han sido fielmente escritas por el ángel anotador, y con las cuales tendrá que encontrarse de nuevo en el futuro, a menos que enderece lo torcido mediante el arrepentimiento y la confesión.

Se me ordenó que esperara y viera. Se me indicó que hablara claramente, le diera principios generales y lo dejara para que (140) usted mismo los aplicara. Se me mostró que Dios no señala frecuentemente los errores cometidos por su pueblo; en cambio, le permite escuchar principios generales, verdades definidas y al punto, para que todos sus miembros se convenzan y vean, sientan y entiendan si están o no condenados. Usted no ha actuado estricta y fielmente con su propia alma. El ángel dijo: "Lo voy a probar; me voy a oponer a él hasta que reconozca la mano de Dios en su trato con él"

Vi que mientras usted estaba en las personas relacionadas con su familia no obraron correctamente. Usted manifestó una actitud mezquina, muy cercana a la estafa y la deshonestidad. Usted no podría haber ejercido la más mínima influencia en favor del bien en ese lugar hasta redimir el pasado mediante un total cambio de conducta en su trato con sus semejantes. Su luz era tinieblas para la gente, y su influencia, mientras estuvo allí fue sumamente perjudicial para la causa de la verdad presente. Arrojó

baldón sobre la verdad, y su mezquindad influyó para que su nombre fuera objeto de burla entre la gente. Con frecuencia descendió a niveles inferiores a los de los mundanos, con respecto a las transacciones comerciales honorables.

El pastor I no pudo hacer nada en . Sus palabras son como
agua derramada sobre la tierra porque estaba relacionado con usted y participó de sus operaciones mezquinas. En muchos sentidos parecía mundano en sus transacciones comerciales. Era mezquino y rápidamente se volvió egoísta. Su conducta, en muchas cosas, estaba calculada como para destruir su influencia, y estaba dejando de ser un ministro de Cristo. Me dijo el ángel, en la visión que tuve en Róchester, Nueva York, en 1866: "Mi mano causará adversidad. Podrá reunir, pero yo voy a derramar hasta que redima el pasado y haga una obra limpia para la eternidad". Ningún verdadero cristiano debería condescender con el espíritu inferior y mercantil de los mundanos.

Usted no es miserable; le gusta ser generoso, franco, de corazón y manos abiertos; lo que anda mal en usted es la actitud mencionada en esta carta, es a saber, no amar a su prójimo como a sí mismo; es el no ver sus errores ni corregirlos cuando la luz, definida y eficaz, le ha dicho con toda claridad cuál es su deber. Le gusta la hospitalidad, y Dios no permitirá que usted sea engañado (141) por el gran seductor de la humanidad; por lo contrario, él vendrá directamente a usted para mostrarle dónde se ha equivocado con el fin de que retome sus pasos. Lo invita ahora a redimir el pasado, y a ascender a un nivel de acción más elevado, de modo que el registro de su vida no contenga manchas de avaricia ni de un egoísta amor a las ganancias.

Su juicio con respecto a las cosas mundanales se convertirá en insensatez a menos que consagre todo a Dios. Ni usted ni su esposa son devotos. La espiritualidad de ustedes no es lo que el Señor quisiera que fuera. Parecería que una parálisis ha hecho presa de ustedes; no obstante, los dos son capaces de ejercer una poderosa influencia en favor de Dios y su verdad, si adornan su profesión de fe mediante vidas bien ordenadas y una piadosa conversación. Frecuentemente usted se apresura mucho, y como consecuencia de eso se vuelve regañón e impaciente, y da órdenes a sus ayudantes con mucha nerviosidad. Esto impide su progreso espiritual.

El tiempo es corto, y no tiene tiempo que perder para hacer la necesaria preparación del corazón con el fin de trabajar fervorosa y fielmente por su propia alma, y por la salvación de sus amigos y vecinos, y de todos los que están al alcance de su influencia. Trate de vivir siempre en la luz para que esta influencia pueda ser santificadora sobre los que se relacionan con usted, ya sea en el campo de los negocios o en las actividades comunes de la vida. En Jesús hay plenitud. Puede recibir fuerzas de él que podrían calificarlo para andar como él anduvo; pero no debe separar sus afectos de él. Requiere la plenitud del hombre: alma, cuerpo y espíritu. Cuando usted hace todo lo que está de su parte para hacer lo que él pide, obrará en su favor, para bendecirlo y fortalecerlo con la riqueza de su gracia.

La Opresión de los Asalariados.-

Querido Hno. J: Un gran sentido de solemnidad se ha apoderado de mi mente desde la visión que se me dio la tarde del viernes 12 de junio de 1868. Se me mostró que usted no se conoce (142) a sí mismo. No se ha reconciliado con el testimonio que se le dio referente a su caso, y no ha hecho tampoco una cabal obra de reforma. Se me hizo notar esta declaración de Isaías: "¿No es más bien el ayuno que yo escogí, desatar las ligaduras de impiedad, soltar las cargas de opresión, y dejar ir libres a los quebrantados, y que rompáis todo yugo? ¿No es que partas tu pan con el hambriento, y a los pobres errantes albergues en casa; qué cuando veas al desnudo, lo cubras, y no te escondas de tu hermano?" (Isa. 58:6-7). Si usted hace estas cosas, recibirá la bendición prometida.

Puede hacer esta pregunta: "¿Por qué... ayunamos, y no hiciste caso; humillamos nuestras almas, y no te diste por entendido?" (verso 3). Dios ha dado razones para explicar por qué sus oraciones no han recibido respuesta. Usted creyó que otros eran la causa, y los acusó de ello. Pero vi que había suficientes razones en usted mismo. Tiene que hacer una obra especial para poner en orden su propio

corazón. Debe comprender que esta obra tiene que comenzar en usted mismo. Ha oprimido a los destituidos, y se ha beneficiado aprovechándose de sus necesidades. En lo que se refiere a los medios económicos, usted ha sido mezquino, y ha tratado injustamente a su prójimo. No ha manifestado esa clase de actitud amable, noble y generosa que debería caracterizar siempre la vida de un seguidor de Cristo. Ha oprimido a sus empleados y obreros en lo que se refiere a sus salarios. Usted vio a una mujer pobremente vestida, trabajadora, que sabía era concienzuda y temerosa de Dios; pero se aprovechó de ella porque podía hacerlo. Vi que el dejar de ver sus necesidades y no comprenderlas, más el bajo salario que usted le pagaba, todo está escrito en los Cielos como si hubiera sido hecho a Jesús en la persona de uno de sus santos. Al hacerlo a la última de sus discípulas, se lo ha hecho a él mismo. El Cielo ha observado la mezquindad manifestada por usted hacia los que han servido en su casa, y permanecerá fielmente anotada en su contra, a menos que se arrepienta y haga restitución. Un solo error puede hacer más daño que el que se puede deshacer en años; si el malhechor pudiera ver hasta dónde llega el mal, surgirían de su alma clamores angustiosos. Usted es egoísta con respecto a sus medios económicos. En el caso del Hno. K el ángel de Dios lo señaló a (143) usted y dijo: "Por cuanto lo hicisteis a uno de los discípulos de Cristo, se lo hicisteis a Jesús en persona".

Los casos que le he mencionado no son los únicos. Me gustaría que usted viera estas cosas como el Cielo me las ha mostrado. Las mentes están sometidas a un triste engaño. Usted necesita la religión de Cristo. El no se complació a sí mismo, sino que vivió en beneficio de los demás. Usted tiene una obra que hacer, y no debiera perder tiempo para humillar su corazón delante de Dios, y mediante humilde confesión eliminar las manchas que aparecen en su carácter cristiano. Entonces podrá dedicarse a la solemne tarea de trabajar por la salvación de los demás sin cometer tantos errores.

¿De qué ha valido el tiempo que usted ha dedicado a hacer una obra que el Señor no le había pedido que hiciera? Se han producido impresiones en las mentes y se han tenido experiencias que para borrarlas se va a necesitar mucho trabajo. Algunas almas errarán en tinieblas, perplejidad e incredulidad, y otras jamás se recuperarán. Con ayuno y oración ferviente, con profundo escudriñamiento del corazón, con estricto examen propio, desnude su alma, y trate de que ningún acto suyo escape a su examen crítico. Entonces, con el yo muerto, y con su vida escondida con Cristo en Dios, eleve sus humildes peticiones. Si usted alberga iniquidad en el corazón, el Señor no lo oirá. Si hubiera escuchado sus oraciones, usted se habría exaltado. Satanás estaba a su lado para sacar el mayor provecho posible de la ventaja que había obtenido.

¡Oh, cuán importante es que la fidelidad en las cosas pequeñas caracterice nuestras vidas, que una verdadera integridad se manifieste en toda nuestra conducta, y que siempre tengamos presente que los ángeles de Dios están al tanto de todos nuestros actos! Y que lo que les hagamos a los demás recaerá sobre nosotros. Siempre deberíamos tener temor de tratar injusta y egoístamente a los demás. Mediante la enfermedad y la adversidad el Señor nos quitará mucho más de lo que hemos obtenido explotando a los pobres. Un Dios justo evalúa exactamente todos nuestros motivos y actos.

Se me mostró el caso del Hno. L y su esposa. El amor al mundo ha corroído de tal manera la verdadera piedad, y ha anublado (144) de tal forma las facultades de sus mentes, que la verdad no ha podido ejercer una influencia transformadora sobre sus vidas y sus caracteres. El amor al mundo ha cerrado sus corazones a la compasión y a la consideración de las necesidades de los demás; su actitud los ha separado de Dios. Hermano, hermana: Tienen una obra que hacer para salir de debajo de la basura del mundo; necesitan hacer esfuerzos fervientes para vencer su amor al mundo, su egoísmo y su mezquindad. Son pecados que están acarreando maldición al pueblo de Dios. Se me mostró la comunidad donde vivían ustedes antes de trasladarse a . Eran tacaños y exigentes en sus transacciones allí, y se aprovechaban del prójimo todas las veces que podían hacerlo. Traté de buscar en las vidas de ustedes algunos actos caracterizados por la abnegación y la generosidad, y no los pude encontrar: eran tan raros. Su luz iluminó a los demás de tal manera que se sintieron disgustados con ustedes y con la fe que profesaban. La verdad ha sido despreciada allí por la mezquindad y el carácter

doloso de sus transacciones comerciales. Quiera Dios ayudarles a verlo todo como él lo ve, y a odiar el mal como él lo hace. Así alumbre la luz de ustedes sobre los demás, de manera que al ver sus buenas obras se sientan inducidos a glorificar a nuestro Padre que está en los cielos. A Dios le ha desagradado la conducta de ustedes, porque ha llevado la marca del interés propio. Continúa su desagrado por ella, y tendrán que vérselas con él en el juicio, a menos que se desembaracen de esa actitud mezquina, y traten de que la verdad los santifique. La fe sola, sin obras, es muerta. La fe nunca los salvará a menos que esté respaldada por las obras. Dios requiere que ustedes sean "ricos en buenas obras, dadivosos, generosos; atesorando para sí buen fundamento para lo por venir, que echen mano de la vida eterna" (1 Tim. 6:18-19).

Se me mostró que habían oprimido a sus empleados mediante los salarios que les habían pagado. Se aprovecharon de las circunstancias y obtuvieron beneficios pagando el salario más bajo posible. Esto ha disgustado a Dios. Deberían haber pagado generosamente a sus empleados, es decir todo lo que habían ganado. Dios ve y sabe. El Escudriñador de los corazones está al tanto de los pensamientos, las intenciones y los propósitos del corazón. Cada peso que hayan ganado de esa manera, (145) reteniéndolo, lo perderán como consecuencia de la adversidad y la aflicción. El mundo, el mundo, el mundo ha estado a la orden del día con respecto a ustedes. La salvación del alma ha ocupado un lugar secundario. ¡Ah, si pudieran ver estas cosas a la luz de la eternidad, tal como Dios las ve! Entonces se sentirían alarmados, y no estarían tranquilos ni descansarían hasta hacer restitución.

Tenían la luz acerca de la reforma pro salud, pero no la recibieron ni vivieron de acuerdo con ella. Complacieron el apetito, y le dieron a su hijo una triste lección de complacencia propia dejándolo comer lo que quería y a cualquier hora. En su amor por el mundo, continuaron obrando sobre la base del plan de ceder a las mayores presiones. La mano de Dios se apartó, y ustedes quedaron librados a sus propias debilidades. Ambos, entonces, vacilaron al borde de la muerte; pero en muchos sentidos no aprendieron la lección que el Señor les quería dar. Conservaron su amor al mundo. Su egoísta amor al dinero, su actitud mezquina en sus transacciones comerciales no fue puesta a un lado. No apreciaron la simpatía, el cuidado amante y la tierna vigilancia de la persona que los cuidó cuando estaban enfermos. Si lo hubieran hecho, los habría inducido a manifestar una actitud noble y generosa, y no habrían sometido a esa persona, que había sido tan buena con ustedes, al trato ordinario a que la sometieron. Han oprimido al pobre; han tratado al prójimo injustamente. "Hay quienes reparten, y les es añadido más; y hay quienes retienen más de lo que es justo, pero vienen a pobreza" (Prov. 11:24).

Me pareció, mientras se me presentaban estas cosas, que Satanás ha tenido tal poder para enceguecer las mentes por medio del amor al mundo, que incluso los profesos cristianos se olvidaron o perdieron de vista el hecho de que Dios vive, y que sus ángeles están anotando todos los actos de los hijos de los hombres; y que todo acto mezquino, todo trato indigno, queda anotado en el registro de la vida. Cada día lleva su carga de anotaciones, de deberes incumplidos, negligencias, egoísmos, engaños, fraudes y estafas. ¡Qué cantidad de obras malas se está acumulando para el juicio final! Cuando Cristo venga, "su recompensa con él, y delante de él su obra" (Isa. 62:11), para pagar a cada uno según fueren sus obras, ¡qué revelación se hará (146) entonces! ¡Qué vergüenza para aquellos cuyos actos aparezcan revelados en las páginas de la historia!

"Hermanos míos amados, oíd: ¿No ha elegido Dios a los pobres de este mundo, para que sean ricos en fe y herederos del reino que ha prometido a los que le aman? Pero vosotros habéis afrentado al pobre" (Sant. 2:5-6). "Hermanos míos, ¿de qué aprovechará si alguno dice que tiene fe, y no tiene obras? ¿Podrá la fe salvarle? Y si un hermano o una hermana están desnudos, y tienen necesidad del mantenimiento de cada día, y alguno de vosotros les dice: Id en paz, calentaos y saciaos, pero no les dais las cosas que son necesarias para el cuerpo, ¿de qué aprovecha? Así también la fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma" (versos 14-17). Ustedes pueden creer toda la verdad, pero si no aplican sus principios a sus vidas, su profesión de fe no los va a salvar. Satanás cree y tiembla. El obra. Sabe que su tiempo es corto y ha descendido con gran poder para hacer sus malas obras de acuerdo con su

fe. En cambio, los profesos hijos de Dios no apoyan su fe con sus obras. Creen que el tiempo es corto, pero se aferran con tanto entusiasmo a los bienes de este mundo como si fuera a durar mil años más así como está.
El egoísmo caracteriza la conducta de muchos. "Pero el que tiene bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad, y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él? Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad. Y en esto conocemos que somos de la verdad, y aseguraremos nuestros corazones delante de él; pues si nuestro corazón nos reprende, mayor que nuestro corazón es Dios, y él sabe todas las cosas. Amados, si nuestro corazón no nos reprende, confianza tenemos en Dios; y cualquier cosa que pidiéramos la recibiremos de él, porque guardamos sus mandamientos, y hacemos las cosas que son agradables delante de él" (1 Juan 3:17-22).
Despójense del egoísmo, y hagan una obra cabal para la eternidad. Rediman el pasado y no representen la santa verdad que profesan donde viven ahora, como lo hicieron cuando vivían en aquel otro lugar. Así alumbre la luz de ustedes delante de los demás, de manera que al ver las buenas obras que hacen éstos se sientan inducidos a glorificar a nuestro Padre que está en los (147) cielos. Permanezcan sobre la elevada plataforma de la verdad eterna. Realicen todas sus transacciones comerciales en esta vida en estricta armonía con la Palabra de Dios.

Una Reprensión Contra la Agresividad.-
Querido Hno. M: Cuando estuvimos en -----, anhelábamos ayudarle, pero temíamos que usted no quisiera recibir la ayuda que necesitaba. Le propuse que viniera a casa y se relacionara con nosotros y con otros de los amados hijos de Dios, para que aprendiera las importantes lecciones que tiene que aprender antes de poder fortalecerse para soportar las tentaciones y los peligros de estos últimos días. Recordé su rostro como el de alguien que el Señor me había mostrado estaba luchando para dominar algunos poderosos malos hábitos, que lo estaban conduciendo no sólo a la destrucción de su cuerpo, sino a la destrucción eterna en el más allá. Usted ha ganado algunas victorias, pero todavía tiene grandes victorias que obtener; tiene que librar algunas batallas contra enemigos internos que, a menos que los venza, malograrán en gran medida su propia felicidad y la de todos los que se relacionan con usted.
Los malos rasgos que se manifiestan en su carácter deben ser vencidos. Debe emprender la tarea con sinceras y humildes oraciones a Dios, consciente de su incapacidad si no dispone de su gracia especial. La creencia en la verdad ya ha producido una reforma en su vida, pero no ha sido tan completa como debería haberlo sido para que alcanzara las medidas de Dios. Usted ama la verdad, pero ésta debería haber penetrado más profundamente en su vida, y debería haber ejercido influencia sobre sus palabras y toda su manera de ser. Tiene que aprender una gran lección, y no debería perder tiempo para aprenderla. No se ha educado a sí mismo para ejercer dominio propio. En esto tiene una victoria especial que ganar. En su carácter hay más elementos de guerra que de paz. Necesita cultivar la verdadera cortesía cristiana. "En cuanto a honra, prefiriéndoos los unos a los otros" (Rom. 12:10). "Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien (148) con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo" (Fil. 2:3).
Su combatividad es notable; usted se mantiene siempre a la defensiva para refutar cualquier cosa en cuanto se le presenta la oportunidad. No trata de ver hasta qué punto sus ideas y opiniones pueden armonizar con las de los demás, sino que está listo para diferir si hay la más mínima oportunidad de hacerlo. Esta actitud perjudica su propia alma, frena su progreso espiritual, y no solamente apena y hiere a los que podrían ser sus sinceros amigos, sino que a veces los disgusta, de modo que su compañía no les resulta ni agradable ni placentera, sino molesta. Es tan natural para usted como respirar el considerar las opiniones de los demás inferiores a las suyas. Y en esto comete un gran error, porque no posee ni la sabiduría ni el conocimiento que cree tener. A menudo pone usted sus opiniones por encima de las de hombres y mujeres que han tenido muchos más años de experiencia, y que están

en mucho mejores condiciones de dirigir y dar palabras de sano juicio que usted. Pero no se ha dado cuenta de esos desagradables enfrentamientos, ni tampoco de los malos y amargos frutos que han producido. Por mucho tiempo usted ha dado rienda suelta a una actitud de contención y de guerra. Su actitud mental, tan especial, lo induce a gozarse en la oposición.

Su educación ha sido deplorable; no lo ha favorecido para que ahora disponga de una correcta experiencia religiosa. Casi todo lo que ha aprendido lo tiene que desaprender, para aprender de nuevo. Posee un temperamento apresurado, que apena a sus amigos y a los santos ángeles, y perjudica a su propia alma. Todo esto es contrario al espíritu de la verdad y de la auténtica santidad. Debe aprender a cultivar la modestia al hablar. El yo debe ser sometido y mantenido en sujeción. El cristiano no tendrá una conducta pendenciera y contenciosa ni siquiera con los más malvados e incrédulos. ¡Qué error es manifestar esta actitud con los que creen en la verdad, y que están procurando paz, amor y armonía! Pablo dice: "Tened paz entre vosotros" (1 Tes. 5:13). Este espíritu contencioso se opone a todos los principios del Cielo. Cristo, en el sermón del monte, dice: "Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios" (Mat. 5:9). "Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán (149) la tierra por heredad" (verso 5). Tendrá dificultades por donde vaya, a menos que aprenda la lección que Dios le quiere enseñar. Debería ser menos audaz en su propia opinión, y poseer la disposición de aprender. "Mejor es el que tarda en airarse que el fuerte; y el que se enseñorea de su espíritu, que el que toma una ciudad" (Prov. 16:32). "El que tarda en airarse es grande de entendimiento; mas el que es impaciente de espíritu enaltece la necedad" (Prov. 14:29). Y Santiago dice: "Por esto, mis amados hermanos, todo hombre sea pronto para oír, tardo para hablar, tardo para airarse; porque la ira del hombre no obra la justicia de Dios" (Sant. 1:19-20).

Esa actitud de confianza en sí mismo condice con su manera de ser. Si usted tuviera una experiencia más completa en las cosas de Dios, se daría cuenta de que los frutos que usted da son malos. No contienen alimento, sino que llenan de amargura a los que participan de ellos. Debe vencer su actitud impositiva y dictatorial. Tengo gran confianza, mi querido hermano, de que usted, que ha demostrado tener valor moral para encarar al enemigo que hay en usted, y fortaleza para luchar con ese adversario que son el apetito y los poderosos malos hábitos que lo han atado como con cadenas de hierro, va a obrar en esto y va a lograr la victoria. Usted ha asumido una actitud temeraria y ha creído que nadie se preocupa de usted, que casi todo el mundo era enemigo suyo, y que no importaba lo que le sucediera.

La verdad lo encontró en una condición miserable. Usted vio en ella un poder capaz de exaltarlo y de darle la fortaleza que no tenía. Percibió los rayos de luz que resplandecían sobre usted; y si se entrega ahora plenamente a la influencia de la verdad, ésta lo convertirá y lo santificará plenamente, y lo preparará para el toque final de la inmortalidad. Usted posee muchos buenos rasgos de carácter; tiene un corazón generoso. Dios quiere que usted sea recto; eso es: recto. No le gusta que le den órdenes o que lo dirijan. Usted mismo quiere dar órdenes. Pero debe poseer un espíritu humilde, dispuesto a aprender, y ser afable, paciente, longánima, lleno de bondad y de misericordia.

Nos interesamos en usted y queremos ayudarle. Le ruego que reciba estas líneas con la actitud correcta, y permita que afecten convenientemente su corazón y su vida. (150)

Respuesta.-

Hna White: Considero que el testimonio que recibí ayer es una reprensión bien merecida, por la cual me siento muy agradecido. Deseo fervientemente ser vencedor. Soy plenamente consciente de la magnitud de la tarea que debo aprender, pero confío en que la gracia ayudadora de Dios me capacitará para lograr la victoria.

Portadores de Cargas en la Iglesia.-

Queridos Hnos. N: El 12 de junio de 1868 se me mostraron algunas cosas referentes a ustedes. Tienen una obra que hacer, pero no la perciben; no han sido portadores de cargas. Deberían manifestar más

interés en la causa de Dios de lo que lo han hecho hasta ahora. Están enceguecidos por el amor al mundo que no se dan cuenta de cuán grande es la influencia que éste ejerce sobre ustedes. No perciben que tienen una responsabilidad especial, ni se dan cuenta de la importancia del tiempo en que estamos viviendo, ni de la obra que debemos llevar a cabo. Parece que están dormidos. La unidad es fortaleza. Se manifiesta gran debilidad en la iglesia porque hay tantos remisos que no llevan cargas. Ustedes no son colaboradores de Cristo. El espíritu del mundo está borrando de sus corazones las impresiones que debería hacer la verdad.

Es importante que todos acudan ahora a participar de la obra, y que actúen como si fueran seres humanos vivos, que trabajan para la salvación de las almas que perecen. Si todos los miembros de la iglesia se pusieran de parte del Señor, veríamos tal reaviva-miento de su obra como no lo hemos visto hasta ahora. Dios requiere esto de ustedes y de cada hermano. No son ustedes quienes deben decidir si es o no mejor, obedecer el llamado del Señor. Se requiere obediencia; y a menos que obedezcan, van a estar peor que si se encontraran en terreno neutral. A menos que sean favorecidos por la bendición de Dios, tendrán su maldición. El desea que sean bien dispuestos y obedientes, y dice que en ese caso comerán del bien de la tierra. Una amarga maldición se pronuncia (151) contra los que no se ponen de parte del Señor. "Maldecid a Meroz, dijo el ángel de Jehová; maldecid severamente a sus moradores, porque no vinieron al socorro de Jehová, al socorro de Jehová contra los fuertes" (Jueces 5:23). Satanás y sus ángeles están en el campo para oponerse a todo paso que den los hijos de Dios para avanzar; por lo tanto, se requiere la colaboración de todos.

Hnos. N: La influencia de sus amigos incrédulos los afecta más de lo que ustedes se dan cuenta. No les proporcionan fortaleza, sino tinieblas e incredulidad. Tienen una obra que hacer individualmente en la viña del Señor. Han pensado y se han preocupado demasiado de ustedes mismos. Pongan primero sus corazones en orden, y después dedíquense a la tarea con fervor. Pregunten: "Señor, ¿qué quieres que hagamos?" Dios quiere que lo busquen sinceramente. Los intima a que escudriñen diligentemente el corazón, para descubrir qué les impide dar más fruto, y qué debe permanecer allí. La razón por la cual ustedes no poseen más del Espíritu de Dios consiste en que no llevan con alegría la cruz de Cristo. En mi última visión observé que estaban engañados con respecto al poder del amor a este mundo que hay en ustedes. Los cuidados de esta vida y el engaño de las riquezas ahogan la Palabra, y ustedes se vuelven infructuosos. Dios quiere que llevemos mucho fruto. No da órdenes sin proporcionar el poder para cumplirlas. No hará la parte de la obra que nos corresponde a nosotros, ni nos pide tampoco que hagamos la suya. Es Dios quien obra en nosotros, pero nosotros mismos debemos procurar nuestra salvación con temor y temblor. "La fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma" (Sant. 2:17). La fe debe ser sostenida por las obras; los hacedores de la obra son justificados delante de Dios. Ustedes desagradan al Señor al hablar de su pobreza, en circunstancias que gozan de abundancia. Todo lo que poseen le pertenece, pero le ha parecido bien nombrarlos mayordomos por cierto tiempo. Los está sometiendo a prueba. ¿Cómo van a salir de ella? Pedirá que se le devuelva lo suyo con usura.

Han puesto sus ojos en lo que han invertido en diferentes empresas, y les ha parecido que es una gran suma. Pero si hubieran hecho mucho más que eso, si hubieran expandido su corazón, y si sus manos hubieran dado mucho para la causa de Dios y de los (152) necesitados, sólo habrían cumplido con su deber, pero habrían sido mucho más felices. El Señor los invita a traer su ofrenda al altar, no a acercarla solamente, sino a ponerla sobre el altar. El altar santifica la ofrenda cuando se la pone sobre él, no antes.

Ustedes no se han separado del mundo como el Señor quisiera que lo hicieran, pero no ven ni entienden el peligro en que están. El amor al mundo los está desviando. Ambos necesitan beber más de la Fuente de la verdad. A menos que cambie su condición, de manera que honren a Dios con su influencia y sus bienes, la maldición divina descenderá sobre ustedes. Ustedes podrán acumular, pero él esparcirá. En lugar de que su salud mejore rápidamente, se asemejarán a una rama seca. El Señor llama a obreros, hombres que puedan preocuparse por la salvación de las almas, que quieran hacerlo y que estén

dispuestos a sacrificar cualquier cosa para que se salven. Nadie puede hacer esta obra en lugar de ustedes; la ofrenda de los demás, por generosa que sea, no puede ocupar el lugar de la de ustedes. Lo que tienen que hacer es entregarse a Dios, y nadie lo puede hacer en lugar de ustedes. Sólo el poder del Espíritu, que obra por medio de una fe poderosa, puede capacitarlos para evitar con éxito las muchas trampas que Satanás ha tendido delante de sus pies. Las palabras y el ejemplo del Redentor serán luz y fortaleza para el corazón de ustedes. Si lo siguen y confían en él, no permitirá que perezcan. Ustedes temen demasiado desagradar a los que no aman ni sirven a Dios. ¿Por qué quieren conservar la amistad de los enemigos de Dios, o someterse a la influencia de sus opiniones? "¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios?" (Sant. 4:4). Si en el corazón se manifestara la rectitud, habría una separación más definida del mundo.

El Señor habría hecho una obra buena y grande en este vecindario la primavera pasada, si todos hubieran sentido la necesidad de colaborar con la obra y se hubieran puesto de parte del Señor. No hubo unidad en la acción. No todos sintieron la necesidad de colaborar con la obra para dedicarse a ella de todo corazón. No hubo una entrega total a Dios. Se me mostró que permanecían perturbados y perplejos, mientras una niebla oscura descendía sobre ustedes. Hacían preguntas, y no estaban en condiciones de recibir fortaleza ni de impartirla. Vivimos en un tiempo solemne (153) y terrible. No tenemos tiempo para adorar ídolos, ni lugar para concertarse con Belial ni para amistarse con el mundo. Aquellos a quienes Dios acepta y santifica para sí mismo, han sido llamados a ser diligentes y fieles en su servicio, apartados y dedicados a él. Nadie es "piedra viva" en el edificio espiritual por manifestar una mera forma de piedad o porque su nombre está anotado en los registros de la iglesia. La renovación del conocimiento y la verdadera santidad, el estar crucificados al mundo y revivificados en Cristo, eso une el alma con Dios. Los seguidores de Cristo tienen por delante un objeto supremo, una gran tarea: la salvación de sus semejantes. Todo otro interés debería estar por debajo de éste; debería comprometer los esfuerzos más fervientes y el más profundo interés.

Dios requiere en primer lugar el corazón, los afectos. Quiere que sus seguidores lo amen y lo sirvan con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas.

Sus mandamientos y su gracia están adaptados a nuestras necesidades, y sin ellos no podemos ser salvos, no importa qué hagamos. Requiere una obediencia que él pueda aceptar. La ofrenda de bienes, o cualquier otro servicio, sin la participación del corazón, no será aceptado. La voluntad debe ser sometida a él. El Señor requiere de ustedes una mayor consagración, una mayor separación del espíritu y la influencia del mundo.

"Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable" (1 Pedro 2:9). Cristo los ha llamado a ser sus seguidores, a imitar su vida de abnegación y sacrificio, a interesarse en la gran obra de la redención de la especie caída. Ustedes no tienen una noción exacta de la obra que Dios quiere que lleven a cabo. Cristo es su modelo. Lo que les falta es amor. Este puro y santo principio distingue el carácter y la conducta de los cristianos frente a los mundanos. El amor divino tiene una influencia poderosa y purificadora. Sólo se lo encuentra en los corazones renovados, y entonces fluye naturalmente hacia nuestros semejantes.

"Amaos los unos a los otros —dice el Salvador—, como yo os he amado" (Juan 15:13). Cristo nos ha dado ejemplo de amor puro y desinteresado. Todavía no se han dado cuenta ustedes de (154) su deficiencia en este aspecto, y la gran necesidad que tienen de alcanzar este ideal celestial, sin el cual todos los buenos propósitos, y todo el celo, aunque fuera de tal naturaleza que los indujera a dar sus bienes para alimentara los pobres, y sus cuerpos para ser quemados, nada sería. Necesitan esa caridad que todo lo sufre, que no se irrita, que todo lo soporta, que todo lo cree, que todo lo espera. Sin el espíritu de amor, nadie puede ser semejante a Cristo. Si este principio viviente reside en el alma, nadie puede ser semejante al mundo.

La conducta de los cristianos es como la de su Señor. El enarboló el estandarte, y a nosotros nos corresponde decidir si nos vamos a reunir en torno de ese estandarte o no. Nuestro Señor y Salvador dejó a un lado su dominio, sus riquezas y su gloria, y vino a buscarnos, para poder salvarnos de la miseria y hacer de nosotros seres semejantes a él. Se humilló a sí mismo y tomó nuestra naturaleza para que pudiéramos aprender de él y, al imitar su vida de generosidad y abnegación, pudiéramos seguirlo paso a paso hasta el Cielo. No podemos ser iguales al Modelo, pero podemos parecernos a él, y de acuerdo con nuestra capacidad obrar de la misma manera. "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente... Amarás a tu prójimo como a ti mismo" (Mat. 22:37-39). Debería manifestarse tal amor en el corazón de ustedes como para que estuvieran listos para entregar todos los tesoros y honores de este mundo si de esa manera pudieran ejercer influencia sobre un alma para que se dedique al servicio de Cristo.

Dios los intima para que con una mano, la mano de la fe, se aferren de su brazo poderoso, y con la otra mano, la del amor, alcancen a las almas que perecen. Cristo es el camino, la verdad y la vida. Síganlo. No anden según la carne, sino según el Espíritu. Anden como él anduvo. La voluntad de Dios es que ustedes sean santificados. La obra que tienen que llevar a cabo es hacer la voluntad del que sostiene su vida para su gloria. Si trabajan para sí mismos, nada aprovecharán. Trabajar para el bien de los demás, preocuparse menos de uno mismo y ser más fervorosos en la dedicación de todo a Dios, es algo que a él le resultará aceptable y que recompensará mediante las riquezas de su gracia. (155)

Dios no les ha señalado su parte sólo para que la contemplen y se dediquen a preocuparse de ustedes mismos. Se les pide que sirvan a los demás y los cuiden, y al hacerlo se manifestarán los malos rasgos de carácter que necesitan corrección, y se fortalecerán los puntos débiles que necesitan ser robustecidos. Esta es la parte de la obra que nosotros tenemos que hacer; no con impaciencia, a regañadientes, con mala voluntad, sino con alegría, para alcanzar la perfección cristiana. Eliminar de nuestro carácter todo lo que no es precisamente agradable, es imitar a Cristo. Tienen que ser muy celosos de la honra de Dios. Cuán circunspectos deberían ser precisamente en los aspectos de su conducta que no son lo que deberían ser. Si pudieran ver a los ángeles puros con los ojos fijos en ustedes mientras observan para ver de qué manera glorifica a su Maestro el cristiano; o si pudieran verificar con qué aires de triunfo se regocijan y se burlan los ángeles malos al señalar toda senda torcida, para citar después las Escrituras que han sido violadas de esa manera, y comparar la vida de ustedes con la Biblia que profesan seguir, pero de la cual se han apartado, se asombrarían y se alarmarían por causa de ustedes mismos. Se necesita el todo del hombre para constituir un cristiano valiente. ¡Oh, qué criaturas ciegas y miopes somos nosotros! ¡Cuán poco comprendemos las cosas sagradas y cuán débilmente entendemos las riquezas de su gracia!

Hay algo con lo cual deseo impresionar las mentes de ustedes. Hay intermediarios especiales de Satanás íntimamente relacionados con ustedes, y su poder y su influencia ejercen un efecto manifiesto sobre ustedes, porque no se encuentran lo suficientemente cerca de Dios como para asegurarse la ayuda especial de los ángeles que exceden en fortaleza. La vinculación de ustedes con los enemigos de su Señor es demasiado estrecha, y no se dan cuenta del peligro en que están de que su fe naufrague. Si aunque sea en lo más mínimo animan ustedes a Satanás a que los tiente, se ubican sobre su campo de batalla, y el conflicto entonces será largo y difícil antes que obtengan la victoria y logren triunfar en el nombre de Jesús, quien ya lo venció.

Satanás tiene grandes ventajas. Poseía el admirable poder intelectual de un ángel, del cual muy pocos tienen una idea justa. Satanás era consciente de su poder; de otra manera no se habría (156) empeñado en un conflicto con el Dios todopoderoso, el Padre eterno y el Príncipe de paz. Satanás observa detenidamente los sucesos, y cuando encuentra alguien que tiene especialmente desarrollado el espíritu de oposición a la verdad de Dios, llega hasta revelarle acontecimientos que no se han cumplido, a fin de asegurarse más firmemente un lugar en su corazón. El que no vaciló en entrar en conflicto con Aquel que sostiene la creación con su mano, tiene malicia para perseguir y dañar. Actualmente mantiene

entrampados a los mortales. Durante su experiencia de casi seis mil años, no ha perdido nada de su habilidad ni de su astucia. Durante todo este tiempo ha observado detenidamente todo lo que concierne a nuestra especie.

Satanás emplea como sus médiums a personas que se han opuesto acerbamente a la verdad de Dios. Se les presenta asumiendo la forma y vestimenta de otra persona, tal vez un amigo del médium. Convence a éste usando palabras de ese amigo, y relatando circunstancias que están por ocurrir o que realmente han ocurrido, y de las cuales el médium no sabía nada. A veces antes de un fallecimiento o de un accidente, por medio de un sueño o de una caracterización, conversa con su agente y hasta le imparte conocimiento por medio de sus sugestiones. Pero ésta es sabiduría del infierno y no de lo alto. La sabiduría enseñada por Satanás se opone a la verdad, a menos que sea para servir a sus fines, y se viste aparentemente con la luz que rodea a los ángeles. A cierta clase de mentes les sancionará parte de lo que creen los seguidores de Cristo, mientras que les aconsejará rechazar otra parte considerada como error peligroso y fatal.

Satanás es un obrero maestro. Emplea con buen éxito su sabiduría infernal. Está dispuesto a enseñara aquellos que rechazan el consejo de Dios contra su propia alma y está capacitado para ello. Suele revestir de toda la bondad posible y hacer tan atrayente como puede, la carnada que ha descubierto que le es útil para atraer almas a su red, a fin de asegurarlas en su camino infernal. Todos aquellos a quienes entrampe así aprenderán a un costo espantoso cuán insensato es vender el cielo y la inmortalidad por un engaño de consecuencias fatales.

Nuestro adversario el diablo, no está desprovisto de sabiduría y fuerza. Anda en derredor como león rugiente, buscando a quien (157) devore. Obrará "con grande potencia, y señales, y milagros mentirosos, y con todo engaño de iniquidad en los que perecen; por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos" (2 Tes. 2:9,10). Debido a que rechazaron la verdad "les envía Dios operación de error, para que crean a la mentira; para que sean condenados todos los que no creyeron a la verdad, antes consintieron a la iniquidad" (versos 11-12). Tenemos que contender con un enemigo poderoso y seductor, y nuestra única seguridad estriba en Aquel que va a venir y que consumirá a este gran engañador con el espíritu de su boca y lo destruirá con el resplandor de su venida.

Les recomiendo esto en el temor de Dios, y les ruego que se levanten de entre los muertos y entonces Cristo les dará vida.

El Orgullo en los Jóvenes.-

Querida Hna. O: Tenía la intención de conversar con usted antes de salir de , pero muchas cosas me lo impidieron. Le
escribo sin muchas esperanzas de que esta carta produzca algún cambio especial en su conducta en lo que a su experiencia religiosa se refiere.

Me he sentido muy triste con respecto a usted. En las reuniones que celebramos en , me refería a principios generales y
traté de alcanzar los corazones mediante un testimonio que esperaba produjera un cambio en su vida religiosa. He tratado de escribir, como en el Testimonio Nº 12, respecto de los peligros que enfrenta la juventud. Esa visión me fue dada en Róchester. Allí se me mostró que se había cometido un error en su educación a partir de su infancia. Sus padres creían entonces, y se lo dijeron, que usted era cristiana por naturaleza. Sus hermanas manifestaban un amor por usted que más se parecía a la idolatría que a la santificación. Sus padres tenían un amor no santificado por sus hijos, que no les permitía ver sus defectos. A veces, cuando se sublevaban un poquito, las cosas fueron diferentes. Pero usted ha sido mimada y alabada, hasta el punto de que su interés eterno ha sido puesto en peligro. (158)

Vi que usted no se conocía a sí misma. Posee una especie de justicia propia que la sume en el engaño con respecto a sus logros espirituales. A veces ha experimentado algo de la influencia del Espíritu de Dios. Pero no sabe nada de la transformación que se produce por la renovación del entendimiento. "No

os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta" (Rom. 12:2). Usted no ha tenido esta experiencia; por lo tanto, no tiene ancla. No es cristiana; pero se le ha dicho toda la vida que es cristiana por naturaleza. Ha dado por sentado que andaba bien, en circunstancias que estaba muy lejos de ser aceptada por Dios. Este engaño se ha ido desarrollando al mismo tiempo que usted iba creciendo, y se ha fortalecido a medida que usted se fortalecía, y amenaza con ser su ruina. Sus padres se han sentido celosos con respecto a sus hijos, y si éstos les traían informes de que alguien los había despreciado, se interesaban en ello y se enojaban inmediatamente, simpatizando con ellos, y cerraban directamente el camino del bien espiritual.

Usted y su hermana P han manifestado mucho orgullo, que será como paja en el día de Dios. El amor propio y el orgullo —el orgullo por el vestido y la apariencia—, han prevalecido en ustedes. El egoísmo las ha apartado del bien. Ambas necesitan una conversión completa, una total renovación del entendimiento, una transformación cabal o, en caso contrario, no tendrán parte en el reino de Dios. Su apariencia, su buen aspecto, su vestido, no las congraciarán con Dios. Lo que el gran YO SOY nota es la valía moral. No hay verdadera belleza ni en la persona ni en el carácter aparte de Cristo; no hay verdadera perfección ni en los modales ni en la conducta sin las gracias santificadoras del espíritu de humildad, simpatía y verdadera santidad.

Se me mostró que hay almas que se perderán como consecuencia de la influencia y el ejemplo de ustedes. Han recibido la luz y han tenido privilegios, y tendrán que rendir cuenta de ellos. Ustedes no son naturalmente religiosas ni devotas; por el contrario, tienen que hacer esfuerzos especiales para concentrar la mente en asuntos religiosos. El yo es prominente en ustedes. Su estima propia es muy grande; pero recuerden que el Cielo aprecia (159) el valor moral, y considera que el carácter es precioso y valioso gracias al adorno interior el ornato de un espíritu afable y apacible, que es de grande estima delante de Dios. El atavío costoso, el adorno exterior, los atractivos personales, se pierden en la insignificancia si se los compara con este valioso logro: un espíritu afable y apacible. El amor de ustedes por la satisfacción propia y los placeres, su falta de consagración y devoción, han perjudicado a muchos. No pudieron beneficiar a los que habían apostatado, porque las vidas de ustedes, en general, eran semejantes a las de los mundanos.

Los que visitan ----- quedan con la impresión de que no hay realidad alguna en la religión de ustedes, gracias a ustedes y a otros jóvenes que no tienen experiencia religiosa. El orgullo se fortalece en ellos; aumentan el amor a la ostentación, a la liviandad y al placer, y las cosas sagradas no se perciben. Llegan a la conclusión de que han sido demasiado concienzudos, demasiado peculiares. Porque si los que viven en el mismo centro de la gran obra reciben tan poca influencia de las solemnes verdades que a menudo presentan, ¿por qué habrían de ser ellos tan peculiares? ¿Por qué habrían de temer gozar de placeres cuando al parecer ése era el objetivo de los que tenían más experiencia religiosa en ------?

La influencia de los jóvenes de - se extiende a todos los lugares donde los conocen, y la falta de consagración de sus vidas es ya algo proverbial; y nadie ha tenido una influencia más perjudicial que ustedes mismas. Han deshonrado su profesión de fe y han sido miserables representantes de la verdad. El Testigo fiel dice lo siguiente: "Yo conozco tus obras, que no eres ni frío ni caliente. ¡Ojala fueses frío o caliente! Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca" (Apoc. 3:15-16). Si fueran frías, habría alguna esperanza de que se convirtieran; pero cuando la justicia propia lo ciñe a uno en lugar de la justicia de Cristo, el engaño es tan difícil de percibir, y es tan difícil desembarazarse de esa justicia propia, que el problema es muy difícil de solucionar. Un pecador, inconverso e impío, está en mejor condición que los tales.

Ustedes son piedra de tropiezo para los pecadores. Su falta de consagración es notable. Están derramando, en lugar de reunir (160) con Cristo. Si Dios me ayudara a despojarlas de esos mantos de justicia propia, tendría esperanza de que pudieran redimir el tiempo y vivir vidas ejemplares. A menudo se han entusiasmado con ello, pero otras veces se han sumido de nuevo en su anterior inactividad y su

justicia propia previa, de modo que tienen nombre que viven, en circunstancias que están muertas. El orgullo de ustedes amenaza con ser su ruina. Dios les ha hablado con respecto a este punto. Si no se reforman, les sobrevendrá aflicción; su gozo se convertirá en tristeza, hasta que humillen sus corazones bajo la mano de Dios. El Señor no acepta sus oraciones. Proceden de corazones llenos de orgullo y egoísmo. Usted, mi querida hermana, es vana; ha vivido una vida sin sentido, en circunstancias que si hubiera sido humilde, y hubiera vivido para bendecir a los demás, habría sido una bendición para sí misma y para todos los que la rodean. Quiera Dios perdonar a sus padres y hermanas por la parte que desempeñaron en hacer de usted lo que es, algo que Dios no puede aceptar, algo que, si no cambia, será paja que el fuego consumirá en el día del Señor.

Cuando me mostró la actitud egoísta que prevalecía entre los que trabajaban en la oficina —y había algunos que estaban trabajando sólo por el salario que se les pagaba, como si formaran parte de una empresa común—, ustedes dos se encontraban entre ellos. Las dos eran egoístas y estaban preocupadas de ustedes mismas. Su anhelo consistía en complacerse a sí mismas y en obtener salarios más elevados. Esta actitud ha sido en gran medida una maldición para la oficina, y ha acarreado el desagrado del Cielo. Muchos han manifestado demasiada avidez para conseguir dinero. Todo esto es malo. Ha entrado un espíritu mundano, y Cristo ha salido. Quiera Dios apiadarse de su pueblo. Y yo espero que ustedes se conviertan.

Han manifestado una actitud liviana, y han sido vanas y superficiales en su conversación. ¡Oh, cuán poco han mencionado a Jesús! Su amor redentor no ha inspirado gratitud ni alabanza, ni declaraciones destinadas a magnificar ni su Nombre, ni su amor inmarcesible y abnegado. ¿Cuál ha sido entre ustedes el tema de conversación? ¿A qué pensamientos se han dedicado con más placer? A decir verdad, se puede afirmar que Jesús y su vida de sacrificio, su gracia inmensa y preciosa, y la redención que a tan
(161) alto precio obtuvo para nosotros, apenas si figura en los pensamientos de ustedes; por lo contrario, sus mentes están ocupadas con cosas triviales. Complacerse a sí mismas, lograr objetivos en la vida que concuerden con sus gustos, ése es el tema que llena sus mentes. Me gustaría que no hubieran profesado haber resucitado con Cristo, porque no han cumplido los requisitos. "Si, pues, habéis resucitado con Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios" (Col. 3:1-2). Háganse esta pregunta: "¿He cumplido yo con los requisitos señalados aquí por el apóstol inspirado? ¿He puesto en evidencia por medio de mi vida que he muerto al mundo y que mi existencia está escondida con Cristo en Dios? ¿Estoy inmersa en Cristo? ¿Estoy apoyada en Aquel que ha prometido que siempre será un pronto auxilio en todo momento de necesidad?" La religión de usted no es formal, pero no comprende especialmente cuán débil, corrompida y vil es por naturaleza.

"¡Cristiana por naturaleza!" Esta ilusión ha servido a muchos como un manto de justicia propia, y ha inducido a otros tantos a suponer que tienen esperanza en Cristo, sin un conocimiento vital de él, de su experiencia, de sus pruebas, de su vida de abnegación y sacrificio. Su propia justicia, que tanto valora, es semejante a trapos inmundos. Cristo, el amado Maestro, dice: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame" (Mat. 16:24). Sí, sígalo tanto en los buenos momentos como en los malos. Sígalo al amistarse con los más necesitados y desamparados. Sígalo al olvidarse de sí misma, y al abundar en actos de abnegación y sacrificio en beneficio de los demás; al no responder a la injuria con injuria; al manifestar amor y compasión por la raza caída. El no consideró preciosa su vida: la dio por todos nosotros. Sígalo desde el humilde pesebre hasta la cruz. El fue nuestro Ejemplo. Le dice que si quiere ser su discípula debe tomar la cruz, esa cruz despreciada, y seguirlo. ¿Puede beber de la copa? ¿Puede participar de ese bautismo?

Las acciones de ustedes dan testimonio de que son ajenas a Cristo. "¿Acaso alguna fuente echa por una misma abertura agua dulce y amarga? Hermanos míos, ¿puede acaso la higuera producir (162) aceitunas, o la vid higos? Así también ninguna fuente puede dar agua salada y dulce. ¿Quién es sabio y entendido entre vosotros? Muestre por la buena conducta sus obras en sabia mansedumbre. Pero si

tenéis celos amargos y contención en vuestro corazón, no os jactéis, ni mintáis contra la verdad; porque esta sabiduría no es la que desciende de lo alto, sino terrenal, animal, diabólica. Porque donde hay celos y contención, allí hay perturbación y toda obra perversa. Porque la sabiduría que es de lo alto es primeramente pura, después pacífica, amable, benigna, llena de misericordia y de buenos frutos, sin incertidumbre ni hipocresía. Y el fruto de justicia se siembra en paz para aquellos que hacen la paz" (Sant. 3:11-18).

Aquí se enumeran los frutos que son evidencias palpables de que quien ha estado caminando en el vigor de la vida ha experimentado un cambio, tan notable ciertamente que se le compara con la muerte. ¡De la vida activa a la muerte! ¡Qué figura notable! Si no han experimentado esa transformación, no descansen. Busquen al Señor con todo el corazón. Hagan de esto el asunto más importante de sus vidas. Tienen que rendir cuenta por el bien que podrían haber hecho en el curso de sus vidas si hubieran ocupado el lugar que Dios les había asignado, para lo cual él había hecho amplia provisión. Pero ustedes no glorificaron a Dios sobre la tierra al salvar las almas que se encontraban en torno a ustedes, porque no se proveyeron de la gracia y la fortaleza, la sabiduría y el conocimiento que Cristo les había provisto. Sabían cual era su voluntad, pero no la hicieron. Debe producirse una reforma bien evidente en ustedes dos, o jamás escucharán de labios de Jesús estas palabras: "Bien, buen siervo y fiel" (Mat. 25:21).

En la noche del 12 de junio, después de leer ante la iglesia lo que antecede, se me mostró que mientras ustedes son descuidadas, orgullosas, egoístas e indiferentes a la salvación de las almas, la muerte está haciendo su obra. Uno tras otro las está abandonando para ir a la tumba. ¿Qué influencia han ejercido ustedes sobre los que participan de sus reuniones sociales? ¿Qué se ha dicho o hecho para conducir almas a Cristo? ¿Han sido ustedes diligentes a tiempo y fuera de tiempo para cumplir plenamente su deber? ¿Están listas para comparecer ante el (163) tribunal de Dios en presencia de las personas que participaron de sus reuniones sociales? ¿Especialmente de aquellas que estuvieron bajo la influencia de ustedes y que murieron sin Cristo? ¿Están en condiciones de decir que sus vestiduras están libres de las manchas de su sangre? Mencionaré un solo caso, el de Q. ¿No recibirán ustedes ningún reproche en relación con ella? ¿Sobre ustedes, que recibieron tan buena influencia en el hogar? ¿Sobre ustedes, que tuvieron oportunidades tan favorables de desarrollar caracteres cristianos, pero que no se preocuparon para nada de las almas? El orgullo, la vanidad y el amor a los placeres recibieron el beneplácito de ustedes, y así desempeñaron su parte en deshonrar su profesión de fe y en inducir a esta pobre alma, que había sido sacudida y abofeteada por Satanás, a dudar la certeza de la verdad y la autenticidad del cristianismo.

La frívola conversación de ustedes, compartida por otros jóvenes, resultaba desagradable. No había nada noble ni elevado en la actitud mental de ustedes. Todo era bla bla, chisme, risa insensata y vana, más bromas y chistes. Los ángeles han registrado las escenas que ustedes representaron vez tras vez. Por causa de los llamados tan solemnes que se les han hecho, de las censuras y advertencias que han recibido, ustedes son más pasibles de reprensión que otros jóvenes. Han tenido una experiencia más profunda y un mayor conocimiento de la verdad. Han vivido por más tiempo en . Se contaron entre los primeros que profesaron creer la verdad y ser seguidores de Cristo; pero la conducta llena de vanidad y orgullo de ustedes ha hecho más para dar forma a la experiencia de los jóvenes de ese lugar que la de cualquiera de los demás. A los que se habían convertido a la verdad los tomaron de la mano, por así decirlo, para llevarlos al mundo.

Sobre ustedes descansa una gran culpabilidad, como asimismo sobre sus padres, que halagaron su orgullo e insensatez. Simpatizaron con ustedes cuando se las reprendía, y les dieron a entender que esas reprensiones eran inmerecidas. Usted, Hna. O, se ha creído bonita. Sus padres le han adulado. Procuró relacionarse con los incrédulos. Aparte de su profesión de fe, sus acciones no han concordado con lo que se esperaba de una niña prudente y modesta. Pero cuando este asunto se analiza considerando (164) que usted profesa ser seguidora de Jesús, el manso y humilde, ha deshonrado su profesión de fe. Mi

hermana: ¿acaso cree usted que esos vendedores no eran capaces de ver más allá del lustre que usted estaba ostentando a su alrededor? ¿Cree usted que se sentían tan cautivados con su bello rostro como para no ver debajo de la superficie y darse cuenta de cuál era su verdadero carácter superficial? Cuando usted se puso los adornos en la cabeza que pidió prestados en la tienda de la Hna. R, a continuación de lo cual se paseó en exhibición delante de esos vendedores, ¿cree usted que ellos no se dieron cuenta de la realidad? ¿Se olvidó usted que los ángeles de Dios estaban presentes, y que sus ojos puros estaban leyendo sus pensamientos, y las intenciones y propósitos de su corazón, tomando nota de cada acto para describir su verdadero carácter frívolo? Mientras usted se hallaba absorta por su charla con el vendedor que la estaba fascinando, porque adulaba su vanidad, si en ese momento hubiera mirado al espejo habría visto los gestos, y oído los cuchicheos de los que la observaban, y sus risas sordas a causa del espectáculo insensato que estaba dando. Estaba arrojando una mancha sobre la causa de la verdad. Si usted hubiera entrado en esa tienda sin que nadie la viera poco después de salir, y hubiera escuchado la conversación por tanto tiempo como la decencia lo hubiera permitido, habría escuchado algunas cosas acerca de las cuales nunca pensó antes. Se habría sentido herida y humillada al enterarse de la opinión que tenían de usted incluso esos frívolos vendedores. El mismo que la aduló descaradamente, se unió a las risas y burlas de sus compañeros por causa de la liviandad de su conducta.

Usted podría ejercer una buena influencia en y podría honrar a su Redentor. Pero en lugar de eso se convirtió en el hazmerreír de vendedores adulones y de jóvenes imberbes. Muchos se han dado cuenta de esta conducta inconveniente, y los que han notado sus inconsecuencias, aunque sean incrédulos y pretendan respetarla, en sus corazones la desprecian. Usted está siguiendo las pisadas de S, y a menos que sus padres se despierten y abran los ojos y vean su insensatez, compartirán su culpa. El pecado reposa sobre ellos y sobre sus hermanas por la conducta que han seguido al promover su orgullo y adular su vanidad. Si usted y sus hermanas fueran salvas, se darían cuenta de la condición (165) peligrosa en que se encuentran los que no gozan de salvación. Llegará el día —a menos que se produzca un gran cambio en ustedes— cuando escucharán estas palabras de muchos labios: "Yo me relacioné con estos cristianos, pero nunca me hablaron del peligro en que me encontraba. Nunca me advirtieron de nada. Yo pensé que si me hallaba en peligro de perderme, no descansarían ni de día ni de noche hasta despertarme para que viera mi condición perdida. Ahora estoy perdido. Si yo hubiera estado en su lugar y hubiera visto a alguien en una situación similar, no habría descansado hasta que se diera cuenta de su condición, y hasta señalarles al Único que podía salvarlos. Habéis sido buenos y complacientes servidores de Satanás mientras profesabais ser siervos de Cristo".

Hna. O: usted se ha sentido tan exaltada por la estima que tenía de sí misma, que no ha logrado tener una idea exacta de la opinión que los que la observan tenían en realidad de su carácter superficial. La consideran coqueta, y usted ciertamente se ha ganado esa reputación. Habría sido mucho más provechoso si hubiera prestado atención a la exhortación del apóstol: "Vuestro atavío no sea el externo... sino el interno, el del corazón, en el incorruptible ornato de un espíritu afable y apacible, que es de grande estima delante de Dios" (1 Pedro 3:3-4).

Los padres de ustedes han fallado muchísimo en la educación de sus hijos. Han permitido que quedaran exentos de responsabilidades que era de suma importancia que asumieran. Puesto que decidieron agradarse a sí mismos, se les permitió quedarse en la cama para dormitar durante las horas más dulces y encantadoras de la mañana, mientras sus padres complacientes estaban de pie haciendo frente a las responsabilidades de la vida. Estos hijos no han aprendido a resistir sus inclinaciones, a luchar contra sus propios deseos; no han aprendido a hacer frente a las dificultades. Se les han evitado en gran medida las responsabilidades del hogar, y esto les ha hecho daño. Nunca han aprendido lo que es la abnegación y el sacrificio. No están dispuestos a someterse a tareas que no les gustan. Su educación es sumamente deficiente. El orgullo y la vanagloria llenan sus corazones. La Hna. O se ha creído superior a sus amistades, y consideró que no merecían mucha atención y cortesía de su parte. Además tiene (166) una voluntad obstinada que la induce a hacer lo que le da la gana sin tomar en consideración los

deseos, las conveniencias ni las necesidades de los demás. Su actitud es desgraciada, y a menos que logre una victoria completa muchas sombras oscurecerán su senda y amargarán la vida de sus mejores amigos.

La Mundanalidad en la Iglesia.-

Queridos hermanos y hermanas de : El 12 de junio de 1868 se me mostró que el amor al mundo está usurpando en gran medida el lugar del amor a Dios. Estáis ubicados en una zona agradable, adecuada para lograr prosperidad mundanal. Esto os coloca donde estáis en constante peligro de que el mundo absorba vuestro interés, y depositéis vuestros tesoros en la tierra. Vuestros corazones estarán donde esté vuestro tesoro. Os encontráis donde existe la tentación de sumergiros cada vez más en el mundo, de acumular constantemente; y mientras os encontráis dedicados a eso, vuestra mente estará ocupada con los cuidados de este mundo a tal punto que eliminará la verdadera piedad. Pero pocos os dais cuenta del engaño de las riquezas. Los que anhelan conseguir dinero están tan dedicados a esta tarea que hacen de la religión de Cristo algo secundario. No se valoran ni se buscan las cosas espirituales, porque el amor a las ganancias ha eclipsado el tesoro celestial. Si el precio de la vida eterna se valorara por el celo, la perseverancia y el fervor que exhiben los que profesan ser cristianos, no valdría ni la mitad de lo que cuestan las posesiones terrenales. Comparad los fervientes esfuerzos que se hacen para obtener las cosas de la tierra, con los esfuerzos lánguidos, débiles e ineficaces que se hacen para obtener espiritualidad y un tesoro celestial. No es raro entonces que recibamos tan poco de la influencia iluminadora del santuario celestial. Nuestros deseos no se orientan en esa dirección; están mayormente confinados a procurar y lograr cosas terrenales y a descuidar las de valor eterno. La prosperidad está causando ceguera y engañando el alma. Dios puede hablar, pero la escoria de esta tierra impide que su voz se oiga.

(167) Nuestro anciano padre T ha puesto sus afectos en las cosas de esta tierra, en circunstancias que debería abandonarlas con el fin de cosechar para el cielo. La vida que ahora vive, debería vivirla por fe en el Hijo de Dios; sus afectos deberían estar puestos en la tierra mejor. Debería tener cada vez menos interés en los tesoros perecederos de la tierra, mientras las cosas eternas, que son de la mayor importancia, deberían ocupar todo su interés. Sus días de oportunidad casi han terminado. ¡Oh, cuán poco tiempo le queda para dedicarlo a Dios! Sus energías están gastadas, su mente está quebrantada, y en el mejor de los casos su servicio tiene que ser débil; pero si lo dedica de corazón y plenamente, será aceptado en su totalidad. Con la edad, Hno. T, ha aumentado su egoísmo, y se ha manifestado un amor más firme y ferviente por los tesoros de este pobre mundo en detrimento de su interés por las riquezas espirituales.

La Hna. T ama este mundo. Es egoísta por naturaleza. Ha sufrido muchas enfermedades. Dios permitió que la aflicción le llegara, pero no permitió que Satanás se apoderara de su vida. El propósito de Dios era que gracias al horno de la aflicción ella dejara de aferrarse a los tesoros terrenales. Esto sólo se podía lograr mediante el sufrimiento. Es una de esas personas cuyo organismo está envenenado por las drogas. Al tomarlas inconscientemente se ha convertido en lo que es; pero Dios no permitió que perdiera la vida; por el contrario, prolongó sus años de prueba y sufrimiento, para que pudiera ser santificada, purificada, emblanquecida, y probada por la verdad, y para que por medio del horno de la aflicción perdiera su escoria y llegara a ser más preciosa que el oro fino, incluso que un lingote de oro de Ofir. El amor al mundo se ha arraigado tan profundamente en los corazones de estos hermanos, que va a ser necesaria una prueba muy fuerte para extirparlo. Queridos hermanos: a ustedes les falta devoción a Dios. Las cosas del mundo los enloquecen. Este tiene poder para conformar la mente de ustedes a sus costumbres, mientras lo espiritual y lo celestial no tienen suficiente peso para transformar esas mismas mentes.

Hombres y mujeres de que profesáis ser seguidores de Cristo, ¿por qué no lo seguís? ¿Por qué manifestáis tal locura por adquirir tesoros terrenales, que la desgracia puede eliminar con (168) tanta facilidad, y descuidáis las riquezas del cielo, el tesoro inmortal e inmarcesible?

Se me mostró el caso de la esposa del Hno. U. Desea hacer lo recto, pero tiene fallas que le causan muchas dificultades a ella y a sus amigos. Habla demasiado. Le falta experiencia en las cosas de Dios, y a menos que se convierta y sea transformada por la renovación de la mente, no será capaz de estar en pie en medio de los peligros de los últimos días. Se necesita una obra que afecte al corazón. Entonces la lengua se santificará. Hay mucha conversación pecaminosa que debería ser evitada. Debería poner un guardia vigilante frente a la puerta de sus labios, y ponerle algo así como un freno a la lengua, para que sus palabras no obren iniquidad. Debería dejar de hablar de las faltas de los demás, de ocuparse de las peculiaridades ajenas, y de descubrir las debilidades del prójimo. Tal conversación es censurable en cualquier persona. Es inútil y positivamente pecaminosa. Sólo tiende al mal. El enemigo sabe que si los profesos seguidores de Cristo siguen esta clase de conducta, están abriendo una puerta que le permitirá obrar.

Vi que cuando se reúnen las hermanas a quienes les gusta hablar, Satanás está presente; porque encuentra qué hacer. Está allí para excitar la mente y sacar el mayor provecho posible de la ventaja que ha logrado. Sabe que toda esa chismografía, esos cuentos, ese revelar secretos y esa disección del carácter ajeno, separa el alma de Dios. Es la muerte de la espiritualidad y de una influencia religiosa tranquila. La Hna. U peca muchísimo con su lengua. Sus palabras deberían tener una influencia benéfica, pero a menudo habla sin ton ni son. A veces sus palabras le dan a las cosas un significado diferente del que deberían tener. A veces exagera. A veces sus citas no son muy exactas. No tiene la intención de citar mal a nadie, pero el hábito de hablar y hablar de cosas sin provecho ha sido albergado por tanto tiempo en su corazón, que se ha vuelto descuidada y temeraria en sus palabras, y con frecuencia ni ella misma sabe lo que está diciendo. Esto destruye toda la influencia para el bien que podría ejercer. Es tiempo de que se produzca una reforma cabal en este sentido. Su amistad no ha sido tan apreciada como debería haberlo sido, si ella no se hubiera entregado a esta clase de conversación pecaminosa. (169)

Los cristianos deberían ser cuidadosos con respecto a sus palabras. Nunca deberían llevar informes desfavorables de un amigo a otro, especialmente si están al tanto de que hay falta de unión entre ellos. Es cruel sugerir o insinuar algo, como si se supiera mucho con respecto a un amigo u otra persona a quien los demás no conocen. Esas sugerencias van más allá, y crean una impresión más desfavorable, que si se expusieran francamente los hechos sin exageración ninguna. ¡Cuánto perjuicio ha sufrido la iglesia de Cristo por causa de estas cosas! La inconsecuencia, la conducta descuidada de sus miembros, la han debilitado en extremo. Algunos miembros de la misma iglesia han traicionado a sus hermanos, y sin embargo el culpable no tenía la intención de causar daño. La falta de sabiduría en la elección de temas de conversación ha causado mucho perjuicio. La conversación debería referirse a las cosas espirituales y divinas; pero ha ocurrido todo lo contrario. Si la relación entre amigos cristianos se dedicara mayormente al progreso de la mente y el corazón, no habría remordimientos después, y esas entrevistas se podrían recordar con agrado y satisfacción. Pero si se gastan las horas en liviandades y en una vana conversación, y el tiempo precioso se emplea en disecar las vidas y el carácter de los demás, esa relación amigable será una fuente de males, y vuestra influencia tendrá sabor de muerte para muerte.

No puedo recordar definidamente a todas las personas, miembros de su iglesia, que me fueron mostradas en esa ocasión; pero vi que muchos tenían una gran obra que hacer. Casi todos se dedican demasiado a hablar y muy poco a la meditación y la oración. En muchos hay demasiado egoísmo. La mente está concentrada en el yo y no en el bien de los demás. El poder de Satanás reposa sobre vosotros en gran medida. Pero hay preciosas luces entre vosotros, y hay quienes están tratando de

caminar de acuerdo con la voluntad de Dios. El orgullo y el amor al mundo son a la vez trampas y grandes impedimentos para el desarrollo de la espiritualidad y el crecimiento en la gracia.
Este mundo no es el cielo del cristiano, sino sólo el taller de Dios, donde se nos pone en condiciones de unirnos con los ángeles sin pecado en un cielo santo. Constantemente deberíamos educar la mente para que se dedique a pensamientos nobles y abnegados. (170) Esta educación es necesaria para que ejercitemos las facultades que Dios nos ha dado a fin de que su nombre sea más glorificado en la tierra todavía. Somos responsables de las nobles cualidades que el Señor nos ha concedido, y usarlas para algo que él nunca tuvo en vista constituye una vil ingratitud. El servicio de Dios requiere todas las facultades de nuestro ser, y dejaremos de cumplir la voluntad de Diosa menos que llevemos esas facultades a un alto nivel de educación, y entrenemos la mente para que ame las cosas celestiales y las contemple, y fortalezca y ennoblezca las energías del alma para que se dedique a la acción correcta, y obre para la gloria de Dios.
Las mujeres que profesan piedad generalmente no educan la mente. La dejan sin control, para que divague por donde quiera. Este es un gran error. Algunas parece que no tuvieran capacidad mental. No han educado la mente para que piense; y porque no lo han hecho, suponen que no pueden. La meditación y la oración son necesarias para crecer en la gracia. No hay más estabilidad entre las mujeres porque hay muy poca cultura mental, muy poca reflexión. Al dejar que la mente permanezca en un estado de inacción, permiten que los demás realicen el trabajo mental, tracen planes y piensen y recuerden las cosas en lugar de ellas, y de ese modo cada vez son más ineficientes. Algunas necesitan disciplinar la mente por medio del ejercicio. Deberían obligarse a pensar. Mientras dependan de alguien que piense por ellas, para que resuelva sus dificultades, y no quieran esforzar la mente para pensar, la incapacidad de recordar, de mirar hacia adelante y discriminar, proseguirá sin duda. Cada persona debería hacer esfuerzos individuales para educar la mente.
Se me mostró que el Hno. V debería procurar más espiritualidad. Usted no posee esa tranquila confianza en Dios que él requiere. No educa su mente para que discurra por los canales de la espiritualidad. Usted se dedica demasiado a la charla vana e innecesaria, que perjudica su propia alma y malogra su influencia. Debería procurar la calma y la fortaleza mental. Se enoja fácilmente; sus emociones son violentas y manifiesta en términos terminantes lo que le gusta y lo que no le gusta. Necesita más de la buena religión para que ejerza una influencia suavizadora sobre usted. Se lo ha invitado a aprender de Cristo, que es manso (171) y humilde de corazón. ¡Qué lección más preciosa! Si se la aprende bien, transforma toda la vida. La liviandad y la charla barata son perjudiciales para su progreso espiritual. Debería buscar la perfección de carácter y permitir que su influencia revele a Dios mediante sus palabras y actos. Necesita buscar fervientemente al Señor, y beber más profundamente de la fuente de la verdad, para que su influencia santifique su vida. Su mente está demasiado dedicada al mundo. Debería concentrar su interés en una vida mejor que ésta. No tiene tiempo que perder; apresúrese, y aproveche las pocas horas de prueba que le quedan.
Su esposa ha sido demasiado orgullosa y egoísta. Dios la ha hecho pasar por el horno de la aflicción, para eliminar las manchas de su carácter. Debería ser cuidadosa para que los fuegos de la aflicción no ardan en vano con respecto a ella. Estos deberían eliminar la escoria y acercarla a Dios, para que sea más espiritual. Su amor al mundo debe morir. El amor a sí misma debe ser vencido; y su voluntad sometida a la voluntad de Dios.
Se me mostró que el amor al mundo ha alejado en gran medida a Jesús de la iglesia. Dios quiere que se produzca un cambio: una entrega total a él. A menos que la mente sea educada para que se espacie en temas religiosos, será débil en este sentido. Pero cuando se dedica a empresas mundanales es fuerte, porque se la ha cultivado en ese sentido, y se ha fortalecido con el ejercicio. La razón por la cual les resulta tan difícil vivir vidas religiosas a los hombres y mujeres, es que no ejercitan la mente para la piedad. Se la ha entrenado para que discurra en la dirección opuesta. A menos que la mente se ejercite constantemente para obtener conocimiento espiritual, y trate de comprender el misterio de la piedad,

será incapaz de apreciar las cosas eternas, porque no tiene experiencia en ese sentido. Esa es la razón por la cual casi todos consideran que es tan cuesta arriba servir al Señor.

Cuando el corazón está dividido, y se dedica principalmente a las cosas del mundo y muy poco a las cosas de Dios, no puede haber un incremento especial de la fortaleza espiritual. Las empresas mundanales reclaman una porción grande de la mente, y requieren el uso de sus facultades; por lo tanto, en ese sentido hay fortaleza y poder, que absorben más y más de los intereses y afectos, mientras cada vez queda menos para dedicarlo a Dios. (172)

Es imposible que el alma florezca mientras la oración no es un ejercicio especial de la mente. La oración familiar o pública solamente no es suficiente. La oración secreta es muy importante; en la soledad el alma comparece desnuda ante el ojo escrutador de Dios, y se examina todo motivo. ¡La oración secreta! ¡Cuán preciosa es! ¡El alma en comunión con Dios! La oración secreta sólo debe ser oída por Dios. Ningún oído curioso debe enterarse del contenido de esa petición. En la oración secreta el alma está libre de las influencias circundantes, libre de excitación. Con calma, pero con fervor, buscará a Dios. La oración secreta a menudo resulta pervertida, y se pierde su dulce propósito, al orar en voz alta. En lugar de la confianza tranquila y serena, y la fe en Dios, con el alma expresándose en voz baja y humilde, la voz se eleva a las alturas, se produce exaltación, y la oración secreta pierde su influencia suavizadora y sagrada. Se produce una tormenta de sentimientos, una tormenta de palabras, de modo que resulta imposible discernir esa vocecita queda que habla al alma cuando ésta se entrega a su devoción secreta, verdadera y sentida. La oración secreta, cuando se la practica adecuadamente, produce mucho bien. Pero cuando el contenido de la oración llega a oídos de toda la familia e incluso de todo el vecindario, no es oración secreta aunque se crea que lo es, y no se recibe de ella fortaleza divina. Dulce y permanente será la influencia que emana de Aquel que ve en secreto, y cuyo oído está abierto para responder la plegaria que surge del corazón. Mediante una fe serena y sencilla, el alma mantiene comunión con Dios, y reúne para sí misma rayos de luz divina que fortalecen y la sostienen para resistir los conflictos que tendrá que librar contra Satanás. Dios es la torre de nuestra fortaleza.

Jesús nos ha dejado esta palabra: "Velad, pues, porque no sabéis cuándo vendrá el Señor de la casa; si al anochecer, o a la medianoche, o al canto del gallo, o a la mañana; para que cuando venga de repente, no os halle durmiendo. Y lo que a vosotros digo, a todos lo digo: Velad" (Mar. 13:35-37). Estamos esperando y velando con la mira puesta en el regreso del Maestro, que traerá el amanecer, no sea que viniendo de repente nos encuentre durmiendo. ¿A qué tiempo se refiere aquí? No a la manifestación de Cristo en las nubes del cielo para encontrar un pueblo dormido. (173) No; sino cuando regrese de su ministerio en el lugar santísimo del santuario celestial, cuando deponga sus atuendos sacerdotales y se revista de atavíos de venganza, y cuando se promulgue el decreto que dice: "El que es injusto, sea injusto todavía; y el que es justo, practique la justicia todavía; y el que es santo, santifíquese todavía" (Apoc. 22:11).

Cuado Jesús deje de interceder por el hombre, los casos de todos estarán decididos para siempre. Este es el momento cuando sus siervos deben rendir cuentas. Para los que no se han preparado en pureza y santidad, que los capacitaría para encontrarse entre los que aguardan para dar la bienvenida a su Señor, el sol se pone en medio de pesar y tinieblas, para no salir nunca más. El tiempo de prueba termina; la intercesión de Cristo cesa en el cielo. Ese momento por fin llega repentinamente sobre todos, y los que no purificaron sus almas por la obediencia a la verdad, estarán durmiendo. Se cansaron de esperar y velar; se volvieron indiferentes con respecto al regreso de su Maestro. No anhelaban su aparición, y creyeron que no era necesaria esa vigilancia constante y perseverante. Se han sentido desilusionados en sus expectativas, y eso podría ocurrirles de nuevo. Llegaron a la conclusión de que aún había tiempo para que se despertaran. Querían estar seguros de no perder la oportunidad de obtener un tesoro terrenal. Sería prudente obtener todo lo posible de este mundo. Y al tratar de lograr ese objetivo, perdieron todo su deseo y su interés en la aparición de su Maestro. Se volvieron indiferentes, y descuidados, como si su venida estuviera todavía muy lejos. Pero mientras su interés quedaba sepultado

debajo de las ganancias mundanales, la obra terminó en el santuario celestial, y ellos no estaban preparados.

Si los tales hubieran sabido que la obra de Cristo en el santuario celestial iba a terminar tan pronto, ¡qué diferente habría sido su comportamiento! ¡Con cuánto fervor habrían velado! El Maestro, al anticipar todo esto, les dio una oportuna advertencia en la orden de velar. Definidamente describe cuán repentina será su venida. No nos da la fecha, para que no descuidemos nuestra preparación, y en nuestra indolencia esperemos el momento cuando nos parece que va a venir, para postergar nuestra preparación. "Velad, pues, porque no sabéis" (Mat. 24:42). Y a pesar de que (174) esta incertidumbre fue predicha, junto con el carácter repentino de su venida, no salimos de nuestro sopor para dedicarnos a una ferviente vigilancia, y para acentuar nuestra disposición a esperar al Maestro. Los que no estén esperando y vigilando, serán sorprendidos finalmente en su infidelidad. El Maestro viene, y en lugar de estar listos para abrirle la puerta inmediatamente, están sumidos en un sopor mundano, y finalmente se perderán.

Se me presentó otro grupo que contrastaba con el que acabo de describir. Estos estaban esperando y velando. Sus ojos se dirigían al cielo, y las palabras de su Maestro brotaban de sus labios: "Y lo que a vosotros digo, a todos lo digo: Velad" (Mar. 13:37). "Velad, pues, porque no sabéis cuándo vendrá el Señor de la casa; si al anochecer, o a la medianoche, o al canto del gallo, o a la mañana; para que cuando venga de repente, no os halle durmiendo" (Mar. 13:35-36). El Señor sugiere que habrá una demora antes que finalmente amanezca. Pero no quiere que den lugar a la fatiga, ni que disminuya la intensidad de su ferviente vigilancia, porque la mañana no llega tan pronto como la habían esperado. Se me presentó a los que esperaban con la mirada dirigida hacia lo alto. Se animaban mutuamente al repetir estas palabras: "Ya pasaron la primera y la segunda vigilias. Estamos en la tercera vigilia, esperando el regreso del Maestro, y velando. Lo que nos queda de esta vigilia es muy poco ya". Vi que algunos se cansaban; tenían la mirada dirigida hacia abajo; estaban absortos por las cosas terrenales y no eran fieles en su vigilia. Decían: "Esperamos que el Maestro viniera en la primera vigilia, pero sufrimos una desilusión. Estábamos seguros de que vendría en la segunda, pero ésta pasó, y no vino. De nuevo podemos sufrir un chasco. No es necesario que seamos tan estrictos. Es posible que no venga tampoco en la siguiente vigilia. Estamos en la tercera vigilia, y creemos que es mejor que depositemos nuestro tesoro en la tierra, para estar seguros de que no vamos a pasar necesidad" . Muchos estaban durmiendo, adormilados por los cuidados de esta vida, y seducidos por el engaño de las riquezas para abandonar su actitud de espera y vigilancia.

Se me presentaron algunos ángeles que velaban con intenso interés mientras observaban el aspecto de los cansados pero fieles vigilantes, a fin de que la prueba no fuera demasiado dura, y no (175) desfallecieran por causa del esfuerzo y las dificultades duplicadas por el hecho de que sus hermanos habían dejado de velar y se habían embriagado con los cuidados mundanales y estaban engañados por la prosperidad terrenal. Estos ángeles celestiales se sentían apenados por causa de los que una vez estuvieron velando y que ahora, por su indolencia e infidelidad, aumentaban las pruebas y preocupaciones de los que con fervor y perseverancia estaban tratando de mantener su actitud de espera y vigilancia.

Vi que era imposible que los afectos e intereses estuvieran dedicados a los cuidados mundanales, para acrecentar las posesiones terrenales, y tener al mismo tiempo una actitud de espera y vigilancia, como el Salvador lo ha mandado. Dijo el ángel: "Pueden conseguir un solo mundo. Para lograr el tesoro celestial, deben sacrificar el terrenal. No pueden tener ambos mundos". Vi cuán necesario era que la fidelidad en la vigilancia fuera permanente para poder huir de las trampas engañosas de Satanás. Este induce a los que esperan y velan a que den un paso en dirección del mundo; no tenían la intención de avanzar más, pero ese paso los separó de Jesús, y les facilitó la tarea de dar el segundo; y así se da un paso tras otro en dirección del mundo, hasta que la única diferencia que hay entre ellos y éste es una

profesión de fe, un mero nombre. Han perdido su carácter peculiar y santo, y nada, salvo su profesión de fe los diferencia de los amadores del mundo que están en torno de ellos.

Vi que las sucesivas vigilias eran cosa del pasado. Por causa de esto, ¿debería haber falta de vigilancia? ¡Oh, no! Hay ahora una mayor necesidad de velar incesantemente, porque nos queda menos tiempo que cuando se produjo la primera vigilia. Ahora el período de espera es necesariamente más corto que antes. Si esperamos con una vigilancia inquebrantable entonces, con cuánto mayor interés deberíamos velar el doble que antes durante la segunda vigilia. El transcurso de esta segunda vigilia nos ha traído a la tercera y ahora no hay excusa ninguna para disminuir nuestra vigilancia. La tercera vigilia reclama una triple dedicación. Ponernos impacientes ahora implicaría perder toda nuestra ferviente y perseverante vigilancia anterior. La larga noche de pesar nos somete a prueba, pero la mañana se posterga misericordiosamente, porque si el Maestro viniera ahora, hallaría (176) a tantos sin preparación. La actitud de Dios de no permitir que su pueblo perezca ha sido la razón de tan larga demora. Pero la venida de la mañana para los fieles, y de la noche para los infieles, está a punto de producirse. Al esperar y velar, el pueblo de Dios debe manifestar su carácter peculiar, su separación del mundo. Mediante nuestra actitud vigilante debemos demostrar que somos verdaderamente extranjeros y peregrinos sobre la tierra. La diferencia entre los que aman al mundo y los que aman a Cristo es tan clara que resulta inconfundible. Mientras los mundanos dedican todo su entusiasmo y su ambición a obtener los tesoros terrenales, el pueblo de Dios no se conforma a este mundo, sino que manifiesta, mediante su actitud fervorosa de vigilia y espera, que ha sido transformado; que su hogar no está en el mundo, sino que está buscando una patria mejor: la celestial.

Espero, mis queridos hermanos y hermanas, que ustedes no leerán estas palabras sin ponderar cuidadosamente su importancia. Así como los hombres de Galilea permanecieron con los ojos fijos en el cielo para captar, si fuera posible, una vislumbre de su Salvador que ascendía, dos hombres vestidos de blanco, ángeles celestiales encargados de consolarlos por la pérdida de la presencia de su Salvador, se pusieron de pie junto a ellos y les dijeron: "Varones galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo? Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo" (Hechos 1:11).

El propósito de Dios es que su pueblo fije sus ojos en el cielo, para aguardar la gloriosa aparición de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Mientras la atención de los mundanos se concentra en diversas empresas, la nuestra debería fijarse en el cielo; nuestra fe debería penetrar más y más en los gloriosos misterios del tesoro celestial, para que los preciosos y divinos rayos del santuario celestial resplandezcan en nuestros corazones, como resplandecen en el rostro de Jesús. Los burladores se mofan de los que esperan y velan, y preguntan: "¿Donde está la promesa de su advenimiento? Os habéis chasqueado. Uníos a nosotros y prosperaréis en las cosas terrenales. Ganad dinero, y seréis honrados por el mundo". Los que aguardan miran hacia lo alto y responden: "Estamos velando". Y al apartarse de los placeres terrenales y la fama mundanal, y del engaño de las riquezas, (177) demuestran que han asumido esa actitud. Al velar, se fortalecen; vencen la negligencia, el egoísmo y el amor a la comodidad. Los fuegos de la aflicción arden sobre ellos, y el tiempo de espera parece largo. A veces se entristecen y la fe flaquea; pero se unen de nuevo, vencen sus temores y dudas, y mientras sus ojos están dirigidos al cielo, le dicen a sus adversarios: "Estamos velando, estamos esperando el regreso de nuestro Señor. Nos gloriaremos en la tribulación, en la aflicción, en las necesidades".

El deseo de nuestro Señor es que vigilemos, de manera que cuando venga y llame le abramos la puerta inmediatamente. Pronuncia una bendición sobre los siervos que estén velando. "Se ceñirá, los hará tomar asiento para que coman, y vendrá a servirles". ¿Quién entre nosotros en estos últimos días será honrado tan especialmente por el Maestro de las asambleas? ¿Estamos preparados a fin de abrirle la puerta sin demora para darle la bienvenida? ¡Velad, velad, velad! Casi todos han dejado de velar y esperar; no estamos preparados para abrirle la puerta inmediatamente. El amor al mundo ha ocupado de tal manera nuestros pensamientos, que nuestros ojos no están dirigidos hacia lo alto sino hacia abajo,

hacia la tierra. Estamos apurados, dedicados con celo y entusiasmo a diferentes empresas, pero Dios ha sido olvidado, y no valoramos el tesoro celestial. No estamos en una actitud de espera y vigilancia. El amor al mundo y el engaño de las riquezas eclipsa nuestra fe, y no anhelamos la aparición de nuestro Salvador, ni la amamos. Tratamos con demasiado interés de preocuparnos por nosotros mismos. Somos intranquilos, y carecemos de una firme confianza en Dios. Muchos se preocupan y trabajan, idean y planifican, temerosos de padecer necesidad. No tienen tiempo para orar o para asistir a reuniones religiosas y, en su preocupación por sí mismos, no le dan a Dios la oportunidad de cuidarlos. Y el Señor no hace mucho por ellos, porque no le dan ocasión. Se preocupan demasiado por sí mismos, y creen y confían poco en Dios.

El amor al mundo ejerce una terrible influencia sobre la gente a la cual el Señor ha mandado velar y orar constantemente, no sea que venga de repente y los encuentre durmiendo. "No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Porque todo lo que hay (178) en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo. Y el mundo pasa, y sus deseos; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre" (1 Juan 2:15-17).

Se me mostró que el pueblo de Dios que profesa creer la verdad presente no se encuentra en una actitud de espera y vigilancia. Los hijos de Dios están incrementando sus riquezas, y están depositando sus tesoros en la tierra. Se están volviendo ricos en las cosas mundanas, pero no ricos en Dios. No creen que el tiempo sea corto; no creen que el fin de todas las cosas está cerca, que Cristo está a las puertas. Pueden profesar mucha fe, pero se engañan a sí mismos; porque sólo pondrán en práctica la fe que realmente poseen. Sus obras ponen de manifiesto el carácter de su fe, y dan testimonio ante los que los rodean que la venida de Cristo no se va a producir en esta generación. De acuerdo con su fe serán sus obras. Están añadiendo una casa a la otra, y un terreno al otro; son ciudadanos de este mundo.

La condición del pobre Lázaro, que se alimentaba con las migajas que caían de la mesa del rico, es preferible a la de estos profesos cristianos. Si verdaderamente tuvieran fe, en lugar de aumentar sus tesoros aquí en la tierra, los estarían vendiendo, para librarse de esas cosas terrenales, que estorban, y para transferir sus tesoros al cielo. Entonces el interés de sus corazones estará allá, porque el corazón del hombre estará donde se encuentre su mayor tesoro. Muchos de los que profesan creer la verdad dan testimonio acerca de que lo que más valoran está en este mundo. Por estas cosas se preocupan, manifiestan una ansiedad agotadora, y trabajan. Preservar sus tesoros y acrecentarlos es el motivo de sus vidas. Han transferido tan pocas cosas al cielo, han hecho un depósito tan pequeño en el tesoro celestial, que sus mentes no se sienten especialmente atraídas hacia esa tierra mejor. Han hecho amplios depósitos en las empresas de esta tierra, y esas inversiones, como el imán, atraen sus mentes para separarlas de lo celestial e imperecedero, y dirigirlas hacia lo terrenal y corruptible. "Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará vuestro corazón" (Mat. 6:21).

El egoísmo encierra a muchos de los que están alrededor de nosotros con bandas de hierro. Es mi campo, son mis bienes, es mi (179) negocio, es mi mercadería. Incluso los clamores de los seres humanos no encuentran eco en ellos. Hombres y mujeres que profesan esperar y amar la aparición de su Señor están enquistados en el yo. Se han apartado de lo noble, de lo semejante a Dios. El amor al mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos y la vanagloria de la vida los han atado de tal manera que están ciegos. El mundo los ha corrompido, y no se dan cuenta. Hablan de amor a Dios, pero sus frutos no manifiestan el amor al cual se refieren. Le roban a Dios los diezmos y las ofrendas, y la maldición agostadora de Dios recae sobre ellos. La verdad ha estado iluminando su senda a cada lado. Dios ha obrado maravillosamente para la salvación de las almas en sus propios hogares, pero, ¿dónde están sus ofrendas, que deberían haber presentado para agradecerle por todas las muestras de su misericordia? Muchos de ellos son tan desagradecidos como los animales. El sacrificio hecho en favor del hombre fue infinito, más allá de la comprensión de los más poderosos intelectos, no obstante lo cual hombres que pretenden ser participantes de estos beneficios celestiales, que se les concedieron a tan

alto costo, son demasiado egoístas como para hacer algún verdadero sacrificio para Dios. Sus mentes están concentradas en el mundo, y sólo en el mundo. En el salmo 49 leemos: "Los que confían en sus bienes, y de la muchedumbre de sus riquezas se jactan, ninguno de ellos podrá en manera alguna redimir al hermano, ni dar a Dios su rescate (porque la redención de su vida es de gran precio, y no se logrará jamás)" (versos 6-8). Si todos recordaran, y pudieran apreciar algo del inmenso sacrificio hecho por Cristo, se sentirían reprendidos por su temeridad y su supremo egoísmo. "Vendrá nuestro Dios, y no callará; fuego consumirá delante de él, y tempestad poderosa le rodeará. Convocará a los cielos de arriba, y a la tierra, para juzgar a su pueblo. Juntadme mis santos, los que hicieron conmigo pacto con sacrificio" (Sal. 50:3-5). Por causa del egoísmo y el amor al mundo, Dios queda olvidado, y muchos padecen de esterilidad del alma, y claman: "¡Mi debilidad, mi debilidad!" Dios ha proporcionado medios a su pueblo para probarlo, para verificar cuán profundo es su pretendido amor por él. Algunos se apartarán de él, y abandonarán su tesoro celestial, antes que disminuir sus posesiones terrenales y hacer con él un
(180) pacto con sacrificio. Los invita a ofrecer sacrificios; pero el amor al mundo cierra sus oídos, y no quieren oír.

Observé para ver quiénes de los que profesan aguardar la venida de Cristo estaban dispuestos a ofrecer, de su abundancia, sacrificios a Dios. Pude ver a unos pocos pobres y humildes, que como la viuda, se estaban privando a sí mismos para depositar sus blancas. Cada una de esas ofrendas es considerada por Dios un tesoro precioso. Pero los que están ganando dinero y acumulando posesiones, están muy atrás. No hacen nada en comparación con lo que podrían hacer. Están reteniendo sus bienes y robándole a Dios, por temor de padecer necesidad. No se atreven a confiar en Dios. Esta es una de las razones que nos explica por qué, como pueblo, estamos tan enfermos, y tantos están yendo a la tumba. Hay codiciosos entre nosotros. También hay amadores del mundo y los que han retenido parte del salario de sus trabajadores. Algunos hombres que no poseían absolutamente nada de los bienes de este mundo, pobres, y que dependían únicamente de su trabajo, han sido tratados con tacañería y en forma injusta. El amante del mundo, con un rostro duro y un corazón más duro todavía, ha pagado de mala gana la pequeña cantidad de dinero ganada con arduo trabajo. Así están tratando a su Maestro, cuyos discípulos profesan ser. Con la misma tacañería ponen su ofrenda en la tesorería de Dios. El hombre de la parábola no tenía dónde almacenar sus bienes, y el Señor puso fin a su inútil vida. De la misma manera va a obrar con muchos. Cuán difícil es, en esta era corrompida, caer en la mundanalidad creciente y en el egoísmo.

Cuán fácil es ser desagradecidos con el Dador de todas nuestras mercedes. Se necesita mucha vigilancia y mucha oración, con toda diligencia, para guardar el alma. "Mirad, velad y orad; porque no sabéis cuándo será el tiempo" (Mar. 13:33). (181)

NUMERO DIECISIETE: TESTIMONIO PARA LA IGLESIA

Los Sufrimientos de Cristo.-

A FIN de apreciar plenamente el valor de la salvación, es necesario comprender cuál ha sido su costo. Como consecuencia de las ideas limitadas referentes a los sufrimientos de Cristo, muchos estiman en poco la gran obra de la expiación. El glorioso plan proyectado para la salvación del hombre se puso por obra mediante el amor infinito de Dios Padre. En este plan divino se ve la manifestación más admirable del amor de Dios hacia la especie caída. Un amor como el que se manifiesta en el don del amado Hijo de Dios asombraba a los ángeles. "Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna" (Juan 3:16). Este Salvador era el esplendor de la gloria del Padre, y la imagen expresa de su persona. Divinamente majestuoso, perfecto y excelente, era igual a Dios. "Por cuanto agradó al Padre que en él habitase toda plenitud" (Col. 2:19). "El cual, siendo en forma de Dios, no tuvo por usurpación ser igual a Dios: sin embargo, se anonadó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y hallado

en la condición como hombre, se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz" (Fil. 2:6-8).

Cristo consintió en morir en lugar del pecador, a fin de que el hombre, mediante una vida de obediencia, pudiese escapar a la penalidad de la ley de Dios. Su muerte no anuló la ley; no la eliminó, ni disminuyó sus santos requerimientos, ni redujo su sagrada dignidad. La muerte de Cristo proclamó la justicia de la ley (182) de su Padre al castigar al transgresor, al consentir en someterse él mismo a la penalidad de la ley, a fin de salvar de su maldición al hombre caído. La muerte del amado Hijo de Dios en la cruz revela la inmutabilidad de la ley de Dios. Su muerte la magnifica y la honra, y evidencia ante el hombre su carácter inmutable. De sus labios divinos se oyen las palabras: "No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas: no he venido para abrogar, sino a cumplir" (Mat. 5:17). La muerte de Cristo justificó las demandas de la ley.

En Cristo se unió lo humano y lo divino. Su misión consistía en reconciliar a Dios y el hombre, en unir lo finito con lo infinito. Solamente de esta manera podían ser elevados los hombres caídos: por los méritos de la sangre de Cristo, que los hacía partícipes de la naturaleza divina. El asumir la naturaleza humana, hizo a Cristo idóneo para comprender las pruebas y los pesares del hombre, y todas las tentaciones que le asedian. Los ángeles que no conocían el pecado no podían simpatizar con el hombre y sus pruebas peculiares. Cristo condescendió en tomar la naturaleza del hombre, y fue tentado en todo como nosotros, a fin de que pudiese socorrer a todos los que son tentados.

Como estaba revestido de humanidad, sentía la necesidad de la fuerza de su Padre. Tenía lugares selectos para orar. Se deleitaba en mantenerse en comunión con su Padre en la soledad de la montaña. En este ejercicio, su alma santa y humana se fortalecía para afrontar los deberes y las pruebas del día. Nuestro Salvador se identificó con nuestras necesidades y debilidades, porque elevó sus súplicas nocturnas para pedir al Padre nuevas reservas de fuerzas, a fin de salir vigorizado y refrigerado, fortalecido para arrostrar el deber y la prueba. El es nuestro ejemplo en todo. Se hermana con nuestras flaquezas, pero no alimenta pasiones semejantes a las nuestras. Como no pecó, su naturaleza rehuía el mal. Soportó luchas y torturas del alma en un mundo de pecado. Dado su carácter humano, la oración era para él una necesidad y un privilegio. Requería el más poderoso apoyo y consuelo divino que su Padre estuviera dispuesto a impartirle, a él que, para beneficio del hombre, había dejado los goces del cielo y elegido por morada un mundo frío e ingrato. Cristo halló consuelo y gozo en la comunión con su Padre. Allí podía descargar su corazón de los (183) pesares que lo abrumaban. Era varón de dolores y experimentado en quebranto.

Durante el día trabajaba fervientemente, haciendo bien a otros para salvarlos de la destrucción. Sanaba a los enfermos y consolaba a los que lloraban; impartía alegría y esperanza a los desesperados y comunicaba vida a los muertos. Después de terminado su trabajo del día, salía por las noches y se alejaba de la confusión de la ciudad para postrarse en algún huerto apartado, donde oraba a su Padre. A veces los brillantes rayos de la luna resplandecían sobre su cuerpo postrado; luego nuevamente las nubes y las tinieblas le privaban de toda luz. El rocío y la helada de la noche caían sobre su cabeza y su barba mientras estaba en actitud de súplica. Frecuentemente prolongaba sus peticiones durante toda la noche. El es nuestro ejemplo. Si lo recordáramos, seríamos mucho más fuertes en Dios.

Si el Salvador de los hombres, a pesar de su fortaleza divina, necesitaba orar, ¡cuánto más debieran los débiles y pecaminosos mortales sentir la necesidad de orar con fervor y constancia! Cuando Cristo se veía más fieramente asediado por la tentación, no comía. Se entregaba a Dios y gracias a su ferviente oración y perfecta sumisión a la voluntad de su Padre salía vencedor. Sobre todos los demás cristianos profesos, debieran los que profesan la verdad para estos últimos días imitar a su gran Ejemplo en lo que a la oración se refiere.

"Bástale al discípulo ser como su maestro, y al siervo como su señor" (Mat. 10:25). Nuestras mesas están con frecuencia cargadas de manjares malsanos e innecesarios, porque amamos esas cosas más que la abnegación, la salud y la sanidad mental. Jesús pedía fuerza a su Padre con fervor. El divino Hijo

de Dios la consideraba de más valor que el sentarse ante la mesa más lujosa. Demostró que la oración es esencial para recibir fuerzas con que contender contra las potestades de las tinieblas, y hacer la obra que se nos ha encomendado. Nuestra propia fuerza es debilidad, pero la que Dios concede es poderosa, y hará más que vencedor a todo aquel que la obtenga.

Mientras el Hijo de Dios se postraba en actitud de oración en el huerto de Getsemaní, a causa de la agonía de su espíritu brotó de sus poros sudor como grandes gotas de sangre. Allí fue donde le (184) rodeó el horror de densas tinieblas. Pesaban sobre él los pecados del mundo. Sufría en lugar del hombre, como transgresor de la ley de su Padre. Allí se produjo la escena de la tentación. La divina luz de Dios desapareció de su vista y él pasó a manos de las potestades de las tinieblas. En su angustia mental cayó postrado sobre la tierra fría. Se percataba del ceño de su Padre. Había desviado la copa del sufrimiento de los labios del hombre culpable, y se proponía beberla él mismo, para dar al hombre en cambio la copa de la bendición. La ira que habría caído sobre el hombre recayó en ese momento sobre Cristo. Allí fue donde la copa misteriosa tembló en su mano.

Jesús había acudido a menudo a Getsemaní con sus discípulos para meditar y orar. Ellos conocían bien este retiro sagrado. Aun Judas sabía dónde conducir a la turba homicida a fin de entregar a Jesús en sus manos. Nunca antes había visitado este lugar el Salvador con un corazón tan apesadumbrado. Lo que rehuía el Hijo de Dios no era el sufrimiento corporal, ni fue esto lo que arrancó de sus labios, en presencia de sus discípulos, estas amargas palabras: "Mi alma está muy triste hasta la muerte; quedaos aquí —dijo él—, y velad conmigo" (Mat. 26:38).

Dejando a sus discípulos al alcance de su voz, se fue a corta distancia de ellos y cayó sobre su rostro y oró. Presa su alma de agonía, rogaba: "Padre mío, si es posible, pase de mí este vaso; empero no como yo quiero sino como tú" (verso 39). Le abrumaban los pecados de un mundo perdido. Comprendiendo el enojo de su Padre como consecuencia del pecado, desgarraba su corazón una agonía intensa y hacía brotar de su frente grandes gotas de sangre que, corriendo por sus pálidas mejillas, caían al suelo y humedecían la tierra.

Levantándose de su postración, se acercó a sus discípulos y los halló durmiendo. Díjole a Pedro: "¿Así que no habéis podido velar conmigo una hora? Velad y orad, para que no entréis en tentación: el espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil" (versos 40-41). En el momento más importante, cuando les había rogado en especial que velasen con él, Jesús halló dormidos a los discípulos. El sabía que les sobrevendrían graves conflictos y tentaciones. Los había llevado consigo para que lo fortalecieran, y para que los acontecimientos que presenciasen esa (185) noche y las lecciones de instrucción que recibieran se quedasen grabadas indeleblemente en su memoria. Esto era necesario para que su fe no desfalleciera, sino que fuese fortalecida para la prueba que les esperaba.

Pero en vez de velar con Cristo, abrumados por el pesar, se durmieron. Aun el ardiente Pedro, que pocas horas antes había declarado que sufriría y, si era necesario, moriría por su Señor, se había dormido. En el momento más crítico, cuando el Hijo de Dios necesitaba su simpatía y sus sentidas oraciones, los halló durmiendo. Al dormir así perdieron mucho. Nuestro Salvador quería fortalecerlos para la severa prueba a la cual muy pronto iba a ser sometida su fe. Si hubiesen pasado esos momentos tristes velando con su amado Salvador y orando a Dios, Pedro no habría sido abandonado a su propia débil fuerza, que le indujo a negar a su Señor en el momento de prueba.

El Hijo de Dios se alejó por segunda vez y oró diciendo: "Padre mío, si no puede este vaso pasar de mí sin que yo lo beba, hágase tu voluntad" (verso 42). Nuevamente volvió adonde estaban los discípulos y los halló durmiendo. Tenían los ojos pesados. Estos discípulos dormidos representan a una iglesia que duerme cuando se acerca el día del juicio de Dios. Es un tiempo de nubes y densas tinieblas, cuando es peligroso dormirse.

Jesús nos ha dejado esta amonestación: "Velad pues, porque no sabéis cuándo el señor de la casa vendrá; si a la tarde, o a la medianoche, o al canto del gallo, o a la mañana; porque cuando viniere de repente, no os halle durmiendo" (Mar. 13:35-36). Se pide a la iglesia de Dios que cumpla su vigilia, por

peligrosa que sea, ora sea corta o larga. El pesar no brinda excusas para ser menos vigilantes. La tribulación no debe inducirnos al descuido, sino a duplicar la vigilancia. Por su ejemplo Cristo indicó a su iglesia cuál es la fuente de su fuerza en tiempo de necesidad, angustia y peligro. La actitud de vela designará en verdad a la iglesia como pueblo de Dios. Por esta señal, los que aguardan se distinguen del mundo y demuestran que son peregrinos y extranjeros en la tierra.

De nuevo, el Salvador se apartó tristemente de sus discípulos que dormían, y oró por tercera vez repitiendo las mismas palabras. Luego volvió a ellos y les dijo: "Dormid ya, y descansad: (186) he aquí ha llegado la hora, y el Hijo del hombre es entregado en manos de pecadores" (Mat. 26:45). ¡Qué crueles fueron los discípulos al permitir que el sueño les cerrase los ojos, y encadenase sus sentidos, mientras su divino Señor soportaba tan inefable angustia mental! Si hubiesen permanecido en vela, no habrían perdido su fe al contemplar al Hijo de Dios muriendo en la cruz.

Esta importante vigilia nocturna debía destacarse por medio de nobles luchas mentales y oraciones que los habrían robustecido para presenciar la indecible agonía del Hijo de Dios. Los habría preparado para que, mientras contemplaban sus sufrimientos en la cruz, comprendieran algo de la naturaleza de la angustia abrumadora que él soportó en el huerto de Getsemaní. Y habrían quedado mejor capacitados para recordar las palabras que les había dirigido con referencia a sus sufrimientos, muerte y resurrección; y en medio de la lobreguez de aquella hora terrible y penosa, algunos rayos de esperanza habrían iluminado las tinieblas y sostenido su fe.

Cristo les había predicho que estas cosas iban a suceder; pero no lo comprendieron. La escena de sus sufrimientos había de ser una prueba de fuego para sus discípulos, y por esto era necesario que velasen y orasen. Su fe necesitaría ser sostenida por una fuerza invisible, mientras experimentaran el triunfo de las potestades de las tinieblas.

Podemos apreciar apenas débilmente la angustia inenarrable que sintió el amado Hijo de Dios en Getsemaní, al comprender que se había separado de Dios al llevar el pecado del hombre. El fue hecho pecado por la especie caída. La sensación de que se apartaba de él el amor de su Padre, arrancó de su alma angustiada estas dolorosas palabras: "Mi alma está muy triste hasta la muerte". "Si es posible, pase de mi este vaso". Luego, con completa sumisión a la voluntad de su Padre, añadió: "Empero, no como yo quiero, sino como tú" .

El divino Hijo de Dios desmayaba y se moría. El Padre envió a un mensajero de su presencia para que fortaleciera al divino Doliente, y le ayudara a pisar la senda ensangrentada. Si los mortales hubiesen podido ver el pesar y asombro de la hueste angélica al contemplar en silencioso dolor cómo el Padre separaba sus rayos de luz, su amor y gloria, del amado Hijo de su seno, comprenderían (187) mejor cuán ofensivo es el pecado a la vista de Dios. La espada de la justicia iba a ser desenvainada contra su amado Hijo. Con un beso fue entregado en manos de sus enemigos y llevado apresuradamente al tribunal terreno, donde había de ser ridiculizado y condenado a muerte por mortales pecaminosos. Allí, el glorioso Hijo de Dios fue "herido por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados" (Isa. 53:5). Soportó burlas, insultos e ignominiosos abusos, hasta que "fue desfigurado de los hombres su parecer, y su hermosura más que la de los hijos de los hombres" (Isa. 52:14).

¿Quién puede comprender el amor manifestado aquí? La hueste angélica contempló con admiración y pesar a Aquel que había sido la majestad del cielo y que había llevado la corona de gloria, y ahora soportaba la corona de espinas, víctima sangrante de la ira de una turba enfurecida, inflamada de insana locura por la ira de Satanás. ¡Contemplemos al paciente y dolorido! Las espinas coronan su cabeza. Su sangre fluye de las venas laceradas. ¡Y todo por causa del pecado! Nada podía haber inducido a Cristo a dejar su honor y majestad celestiales, y venir a un mundo pecaminoso para ser olvidado, despreciado y rechazado por aquellos a quienes había venido a salvar, y finalmente, para sufrir en la cruz, sino el amor eterno y redentor que siempre será un misterio.

¡Admiraos, oh cielos, y asómbrate, oh tierra! ¡He aquí al opresor y al Oprimido! Una vasta multitud rodea al Salvador del mundo. Las burlas y los escarnios se mezclan con maldiciones y blasfemias. Los

miserables sin sentimientos comentan su humilde nacimiento y vida. Los príncipes de los sacerdotes y ancianos ridiculizan su aserto de que es el Hijo de Dios, y las bromas vulgares y el ridículo insultante vuelan de un labio a otro. Satanás ejercía pleno dominio sobre las mentes de sus siervos. A fin de lograr esto eficazmente, comenzó con los príncipes de los sacerdotes y ancianos, y les infundió frenesí religioso. Movía a estos últimos el mismo espíritu satánico que controla a los más viles y endurecidos miserables. Prevalecía una armonía corrompida en los sentimientos de todos, desde los sacerdotes y ancianos hipócritas hasta los más degradados. Sobre los hombros de Cristo, el precioso Hijo de Dios, se puso la cruz. Cada paso de Jesús (188) quedaba marcado por la sangre que fluía de sus heridas. Rodeado por una inmensa muchedumbre de acerbos enemigos y espectadores insensibles, se lo condujo a la crucifixión. "Angustiado él, y afligido, no abrió su boca: como cordero fue llevado al matadero; y como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció, y no abrió su boca" (Isa. 53:7).

Sus entristecidos discípulos le seguían a lo lejos, detrás de la turba homicida. Lo vieron clavado en la cruz, colgado entre los cielos y la tierra. Sus corazones rebosaban de angustia al ver a su amado Maestro sufriendo como un criminal. Cerca de la cruz, los ciegos, fanáticos e infieles sacerdotes y ancianos le escarnecían y se burlaban de él diciendo: "Tú, el que derribas el templo, y en tres días lo reedificas, sálvate a ti mismo: si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz. De esta manera también los príncipes de los sacerdotes, escarneciéndole con los escribas y los fariseos y los ancianos, decían: A otros salvó, a sí mismo no se puede salvar: si es el rey de Israel, descienda ahora de la cruz y creeremos en él. Confió en Dios: líbrele ahora si le quiere: porque ha dicho: Soy Hijo de Dios" (Mat. 27:40-43).

Ni una palabra contestó Jesús a todo esto. Mientras se hundían los clavos en sus manos, y grandes gotas de sudor agónico brotaban de sus poros, los labios pálidos y temblorosos del Doliente inocente exhalaron una oración de amor perdonador en favor de sus homicidas: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen" (Luc. 23:34). Todo el cielo contemplaba la escena con profundo interés. El glorioso Redentor del mundo perdido sufría la penalidad que merecía la transgresión de la ley del Padre, que había cometido el hombre. Estaba por redimir a su pueblo con su propia sangre. Estaba pagando lo que con justicia exigía la santa ley de Dios. Tal era el medio por el cual se había de acabar finalmente con el pecado, Satanás y su hueste.

¡Oh! ¿Hubo alguna vez sufrimiento y pesar como el que soportó el Salvador moribundo? Lo que hizo tan amarga su copa fue la comprensión del desagrado de su Padre. No fue el sufrimiento corporal lo que acabó tan prestamente con la vida de Cristo en la cruz. Fue el peso abrumador de los pecados del mundo y la sensación de la ira de su Padre. La gloria de Dios y su presencia sostenedora le habían abandonado; la desesperación le (189) aplastaba con su peso tenebroso, y arrancó de sus labios pálidos y temblorosos el grito angustiado: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?" (Mat. 27:46).

Jesús unido con el Padre, había hecho el mundo. Frente a los sufrimientos agonizantes del Hijo de Dios, únicamente los hombres ciegos y engañados permanecieron insensibles. Los príncipes de los sacerdotes y ancianos vilipendiaban al amado Hijo de Dios, mientras éste agonizaba y moría. Pero la naturaleza inanimada gemía y simpatizaba con su Autor que sangraba y perecía. La tierra tembló. El sol se negó a contemplar la escena. Los cielos se cubrieron de tinieblas. Los ángeles presenciaron la escena del sufrimiento hasta que no pudieron mirarla más, y apartaron sus rostros del horrendo espectáculo. ¡Cristo moría en medio de la desesperación! Había desaparecido la sonrisa de aprobación del Padre, y a los ángeles no se les permitía aliviar la lobreguez de esta hora atroz. Sólo podían contemplar con asombro a su amado General, la Majestad del cielo, que sufría la penalidad que merecía la transgresión del hombre.

Aun las dudas asaltaron al moribundo Hijo de Dios. No podía ver a través de los portales de la tumba. Ninguna esperanza resplandeciente le presentaba su salida del sepulcro como vencedor ni la aceptación de su sacrificio de parte de su Padre. El Hijo de Dios sintió hasta lo sumo el peso del pecado del mundo en todo su espanto. El desagrado del Padre por el pecado y la penalidad de éste, la muerte, era todo lo que podía vislumbrar a través de esas pavorosas tinieblas. Se sintió tentado a temer que el pecado fuese

tan ofensivo para los ojos de Dios que no pudiese reconciliarse con su Hijo. La fiera tentación de que su propio Padre le había abandonado para siempre, le arrancó ese clamor angustioso en la cruz: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?"

Cristo experimentó mucho de lo que los pecadores sentirán cuando las copas de la ira de Dios sean derramadas sobre ellos. La negra desesperación envolverá como una mortaja sus almas culpables, y comprenderán en todo su sentido la pecaminosidad del pecado. La salvación ha sido comprada para ellos por los sufrimientos y la muerte del Hijo de Dios. Podría ser suya si la aceptaran voluntaria y gustosamente; pero ninguno está obligado (190) a obedecer la ley de Dios. Si niegan el beneficio celestial y prefieren los placeres y el engaño del pecado, consumarán su elección, pero al fin recibirán su salario: la ira de Dios y la muerte eterna. Estarán para siempre separados de la presencia de Jesús, cuyo sacrificio han despreciado. Habrán perdido una vida de felicidad y sacrificado la vida eterna por los placeres momentáneos del pecado.

La fe y la esperanza temblaron en medio de la agonía mortal de Cristo, porque Dios ya no le aseguró su aprobación y aceptación, como hasta entonces. El Redentor del mundo había confiado en las evidencias que le habían fortalecido hasta allí, de que su Padre aceptaba sus labores y se complacía en su obra. En su agonía mortal, mientras entregaba su preciosa vida, tuvo que confiar por la fe solamente en Aquel a quien había obedecido con gozo. No le alentaron claros y brillantes rayos de esperanza que iluminasen a diestra y siniestra. Todo lo envolvía una lobreguez opresiva. En medio de las espantosas tinieblas que la naturaleza formó por simpatía, el Redentor apuró la misteriosa copa hasta las heces. Mientras se le denegaba hasta la brillante esperanza y confianza en el triunfo que obtendría en lo futuro, exclamó con fuerte voz: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu" (Luc. 23:46). Conocía el carácter de su Padre, su justicia, misericordia y gran amor, y sometiéndose a él se entregó en sus manos. En medio de las convulsiones de la naturaleza, los asombrados espectadores oyeron las palabras del moribundo del Calvario.

La naturaleza simpatizó con los sufrimientos de su Autor. La tierra convulsa y las rocas desgarradas proclamaron que era el Hijo de Dios quien moría. Hubo un gran terremoto. El velo del templo se rasgó en dos. El terror se apoderó de los verdugos y de los espectadores, cuando las tinieblas velaron al sol, la tierra tembló bajo sus pies y las rocas se partieron. Las burlas y los escarnios de los príncipes de los sacerdotes y ancianos cesaron cuando Cristo entregó su espíritu en las manos de su Padre. La asombrada muchedumbre empezó a retirarse y a buscar a tientas, en las tinieblas, el camino de regreso a la ciudad. Se golpeaban el pecho mientras iban, y con terror cuchicheaban entre sí: "Asesinaron a un inocente. ¿Qué será de nosotros, si verdaderamente él fuera, como lo afirmó, el Hijo de Dios?" (191)

Jesús no entregó su vida hasta que no hubo realizado la obra que había venido a hacer y exclamó con su último aliento: "Consumado es" (Juan 19:30). Satanás estaba entonces derrotado. Sabía que su reino estaba perdido. Los ángeles se regocijaron cuando fueron pronunciadas las palabras: "Consumado es". **El gran plan de redención, que dependía de la muerte de Cristo, había sido ejecutado hasta allí. Y hubo gozo en el cielo porque los hijos de Adán podrían, mediante una vida de obediencia, ser finalmente exaltados al trono de Dios. ¡Oh, qué amor! ¡Qué asombroso amor fue el que trajo al Hijo de Dios a la tierra para que fuese hecho pecado por nosotros a fin de que pudiésemos ser reconciliados con Dios y elevados a vivir con él en sus mansiones de gloria! ¡Oh, qué es el hombre para que se hubiese de pagar un precio tal por su redención!**

Cuando los hombres y las mujeres puedan comprender plenamente la magnitud del gran sacrificio que fue hecho por la Majestad del cielo al morir en lugar del hombre, entonces será magnificado el plan de salvación, y al reflexionar en el Calvario se despertarán emociones tiernas, sagradas y vivas en el corazón del cristiano; vibrarán en su corazón y en sus labios alabanzas a Dios y al Cordero. El orgullo y la estima propia no pueden florecer en los corazones que mantienen frescos los recuerdos de las escenas del Calvario. Este mundo parecerá de poco valor a aquellos que estimen el gran precio de la redención del hombre, la preciosa sangre del amado Hijo de Dios. Todas las riquezas del mundo no

tienen suficiente valor para redimir un alma que perece. ¿Quién puede medir el amor que sintió Cristo por el mundo perdido, mientras pendía de la cruz sufriendo por los pecados de los hombres culpables? Este incomprensible amor de Dios fue inconmensurable, infinito.

Cristo demostró que su amor era más fuerte que la muerte. Estaba cumpliendo la salvación del hombre; y aunque sostenía el más espantoso conflicto con las potestades de las tinieblas, en medio de todo ello su amor se intensificaba. Soportó que se ocultase el rostro de su Padre, hasta sentirse inducido a exclamar con amargura en el alma: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?" Su brazo trajo salvación. Pagó el precio para comprar la redención del hombre cuando, en la última lucha de su (192) alma, expresó las palabras bienaventuradas que parecieron repercutir por toda la creación: "Consumado es".

Muchos de los que profesan ser cristianos se entusiasman por empresas mundanales, y se interesan por diversiones nuevas y excitantes, mientras que su corazón parece helado ante la causa de Dios. He aquí, pobre formalista, un tema que tiene suficiente importancia para excitarte. Entraña intereses eternos. Es un pecado permanecer sereno y desapasionado ante él. Las escenas del Calvario despiertan la más profunda emoción. Tendrás disculpa si manifiestas entusiasmo por este tema. Que Cristo, tan excelso e inocente, hubiese de sufrir una muerte tan dolorosa y soportar el peso de los pecados del mundo, es algo que nuestros pensamientos e imaginaciones no podrán nunca comprender plenamente. No podemos medir la longitud, anchura, altura y profundidad de un amor tan asombroso. La contemplación de las profundidades inconmensurables del amor del Salvador debieran llenar la mente, conmover y enternecer el alma, refinar y elevar los afectos, y transformar completamente todo el carácter. El lenguaje del apóstol es: "No me propuse saber algo entre vosotros, sino a Jesucristo, y a éste crucificado" (1 Cor. 2:2). Nosotros también podemos mirar al Calvario y exclamar: "Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo" (Gál. 6:14).

Considerando a qué inmenso costo se compró nuestra redención, ¿cuál será la suerte de los que descuiden tan grande salvación? ¿Cuál será el castigo de los que profesan seguir a Cristo, y sin embargo no se postran en humilde obediencia a los requerimientos de su Redentor, ni toman la cruz como humildes discípulos de Cristo para seguirle desde el pesebre hasta el Calvario? "El que conmigo no recoge —dice Cristo—, desparrama" (Luc. 11:23).

Algunos tienen opiniones limitadas acerca de la expiación. Piensan que Cristo sufrió tan sólo una pequeña parte de la penalidad de la ley de Dios; suponen que, aunque el amado Hijo soportó la ira de Dios, advertía a través de sus dolorosos sufrimientos el amor y la aceptación del Padre; que los portales de la tumba se iluminaban delante de él con radiante esperanza, y que tenía evidencias constantes de su gloria futura. Este es un gran error. (193)

La más punzante angustia de Cristo provenía de que él comprendía el desagrado de su Padre. La agonía que esto le causaba era tan intensa que el hombre puede apreciar tan sólo débilmente.

Para muchos, la historia de la condescendencia, la humillación y el sacrificio de nuestro Señor, no despierta interés más profundo ni conmueve más el alma, ni afecta más la vida que la historia de la muerte de los mártires de Jesús. Muchos sufrieron la muerte por torturas lentas; otros murieron crucificados. ¿En qué difiere de estas muertes la del amado Hijo de Dios? Es verdad que murió en la cruz en forma muy cruel; sin embargo, otros por amor a él, han sufrido iguales torturas corporales. ¿Por qué fue entonces más espantoso el sufrimiento de Cristo que el de otras personas que entregaron su vida por amor a él? Si los sufrimientos de Cristo consistieron solamente en dolor físico, entonces su muerte no fue más dolorosa que la de algunos mártires.

Pero el dolor corporal fue tan sólo una pequeña parte de la agonía que sufrió el amado Hijo de Dios. Los pecados del mundo pesaban sobre él, así como la sensación de la ira de su Padre, mientras sufría la penalidad de la ley transgredida. Fue esto lo que abrumó su alma divina. Fue el hecho de que el Padre ocultara su rostro, el sentimiento de que su propio Padre le había abandonado, lo que le infundió

desesperación. El inocente Varón que sufría en el Calvario comprendió y sintió plena y hondamente la separación que el pecado produce entre Dios y el hombre. Fue oprimido por las potestades de las tinieblas. Ni un solo rayo de luz iluminó las perspectivas del futuro para él. Y luchó con el poder de Satanás, que declaraba que tenía a Cristo en su poder, que era superior en fuerza al Hijo de Dios, que el Padre había negado a su Hijo y que ya no gozaba del favor de Dios más que él mismo. Si gozaba aún del favor divino, ¿por qué necesitaba morir? Dios podía salvarlo de la muerte.

Cristo no cedió en el menor grado al enemigo que lo torturaba, ni aun en su más acerba angustia. Rodeaban al Hijo de Dios legiones de ángeles malos, mientras que a los santos ángeles se les ordenaba que no rompiesen sus filas ni se empeñasen en lucha contra el enemigo que le tentaba y vilipendiaba. A los ángeles celestiales no se les permitió ayudar al angustiado espíritu del Hijo (194) de Dios. Fue en aquella terrible hora de tinieblas, en que el rostro de su Padre se ocultó mientras le rodeaban legiones de malos ángeles y los pecados del mundo estaban sobre él, cuando sus labios profirieron estas palabras: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?"

La muerte de los mártires no se puede comparar con la agonía sufrida por el Hijo de Dios. Debemos adquirir una visión más amplia y profunda de la vida, los sufrimientos y la muerte del amado Hijo de Dios. Cuando se considera correctamente la expiación, se reconoce que la salvación de las almas es de valor infinito. En comparación con la empresa de la vida eterna, todo lo demás se hunde en la insignificancia. Pero ¡cómo han sido despreciados los consejos de este amado Salvador! El corazón se ha dedicado al mundo, y los intereses egoístas han cerrado la puerta al Hijo de Dios. La hueca hipocresía, el orgullo, el egoísmo y las ganancias, la envidia, la malicia y las pasiones han llenado de tal manera los corazones de muchos, que Cristo no halla cabida en ellos.

El era eternamente rico; sin embargo, por amor nuestro se hizo pobre, a fin de que por su pobreza fuésemos enriquecidos. Estaba vestido de luz y gloria, y rodeado de huestes de ángeles celestiales, que aguardaban para ejecutar sus órdenes. Sin embargo, se vistió de nuestra naturaleza y vino a morar entre los mortales pecaminosos. Este es un amor que ningún lenguaje puede expresar, pues supera todo conocimiento. Grande es el misterio de la piedad. Nuestras almas deben ser vivificadas, elevadas y arrobadas por el tema del amor del Padre y del Hijo hacia el hombre. Los discípulos de Cristo deben aprender aquí a reflejar en cierto grado este misterio de amor; así se prepararán para unirse con todos los redimidos que atribuirán "al que está sentado en el trono, y al Cordero,... la bendición, y la honra y la gloria, y el poder, para siempre jamás" (Apoc. 5:13). (195)

Advertencias a la Iglesia.-

Queridos hermanos de -----: No os encontráis en la luz de Dios, como deberíais estarlo. Se me señaló hacia atrás, hacia la ganancia de almas ocurrida en ----- durante la primavera pasada, y se me mostró que vuestras mentes no estaban preparadas para esa tarea. No esperabais ni creíais que tal obra se iba a llevar a cabo entre vosotros. Pero la obra se realizó, a pesar de vuestra incredulidad, y sin la colaboración de muchos de vosotros.

Cuando tuvisteis suficientes evidencias de que Dios estaba esperando para derramar su gracia sobre su pueblo, de que la voz de la Misericordia estaba invitando a la cruz de Cristo a los pecadores y a los apóstatas, ¿por qué no os unisteis a los que asumieron la responsabilidad de la obra? ¿Por qué no os pusisteis de parte del Señor? Algunos de vosotros parecíais soñolientos, estupefactos y asombrados, y no estabais preparados para participar plenamente en la obra. Muchos asentían con ella, pero su corazón no estaba en ella. Esta situación constituyó una tremenda evidencia de la tibieza de la iglesia.

Vuestra mundanalidad no os incita a abrir de par en par la puerta del corazón al llamado de Jesús, que está tratando de entrar. El Señor de gloria, que os ha redimido con su propia sangre, ha esperado junto a vuestra puerta para que lo recibáis; pero no abristeis la puerta de par en par ni le disteis la bienvenida. Algunos abrieron un poco la puerta, y permitieron que entrara un pequeño haz de luz de su presencia, pero no le dieron la bienvenida al Visitante celestial. No había lugar para Jesús. El lugar que debería

haber estado reservado para él estaba ocupado con otras cosas. Jesús os suplicó de esta manera: "Si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él y cenaré con él, y él conmigo" (Apoc. 3:20). Teníais una obra que hacer para abrir la puerta. Por un momento os sentisteis inclinados a oír y a abrir; pero incluso esa inclinación se disipó, y perdisteis la oportunidad de aseguraros esa comunión con el Huésped celestial que era (196) vuestro privilegio gozar. Algunos, sin embargo, abrieron la puerta y le dieron una cordial bienvenida a su Salvador.

Jesús no va a abrir la puerta a la fuerza. Debéis abrirla vosotros mismos, y demostrar que deseáis su presencia dándole una sincera bienvenida. Si todos hubieran hecho una obra minuciosa para eliminar la basura del mundo, y hubieran preparado un lugar para Jesús, él habría entrado y habría morado con vosotros, y habría hecho una obra grandiosa por medio de vosotros para la salvación de otras personas. Pero, aunque no estabais preparados para la obra, la comenzó entre vosotros con gran poder. Se rescataron apóstatas, los pecadores se convirtieron, y la noticia se difundió por todas partes. La comunidad fue sacudida. Si la iglesia se hubiera puesto de parte del Señor, y se hubiera abierto el camino para proseguir la obra, se habría llevado a cabo tal tarea en y en , y en la región circundante, como nunca la habéis visto. Pero las mentes de los hermanos no se despertaron, y en gran medida eran indiferentes a este asunto. Algunos que siempre se han preocupado de sus propios intereses, no podían concebir que sus mentes se apartaran de sí mismos en esta ocasión, aunque estuviera en juego la salvación de las almas.

El Señor ha depositado sobre nosotros esta responsabilidad. Estábamos dispuestos a darnos del todo para vosotros por un tiempo si os poníais de parte de Dios juntamente con nosotros. Pero en este aspecto el fracaso fue completo. Pusisteis en evidencia una tremenda ingratitud frente a las manifestaciones del poder de Dios entre vosotros. Si hubieseis recibido las señales de la misericordia de Dios como deberíais haberlo hecho, con corazones agradecidos, y hubieseis unido vuestros intereses en la obra con el Espíritu de Dios, no os encontraríais en la condición en que os halláis ahora. Pero desde que esa preciosa obra se hizo entre vosotros, habéis descendido, y os estáis secando espiritualmente.

Todavía no entendéis la parábola de la oveja perdida. No habéis aprendido la lección que el Maestro divino quería que aprendierais. Habéis sido alumnos de entendimiento embotado. Leed la parábola en Lucas 15: "¿Qué hombre de vosotros, teniendo cien ovejas, si pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto, y va tras la que se perdió, hasta encontrarla? (197) Y cuando la encuentra, la pone sobre sus hombros gozoso; y al llegar a casa, reúne a sus amigos y vecinos, diciéndoles: Gozaos conmigo, porque he encontrado mi oveja que se había perdido" (Luc. 15:4-7).

Allí había varios casos de apóstatas, que habían estado en tinieblas, y que se habían extraviado del rebaño. Pero el caso del Hno. A era notable. No se hicieron todos los esfuerzos necesarios para impedir que se apartara del rebaño; y cuando lo hizo, no se hicieron esfuerzos diligentes para traerlo de vuelta. Hubo más habladuría acerca de su caso que sincero pesar por él. Todas estas cosas lo mantuvieron alejado del redil, e incidieron para que su corazón se sintiera más y más alejado de sus hermanos, de modo que su rescate resultaba más difícil aún. Cuán diferente fue la actitud del pastor de la parábola, cuando salió en busca de la oveja perdida. Dejó a las noventa y nueve en el desierto a merced de sí mismas, expuestas a peligros; pero esa oveja solitaria que se había separado del rebaño estaba en un peligro más grande aún, y para buscarla dejó a las noventa y nueve.

Algunos de los miembros de la iglesia no tenían un interés especial en que el Hno. A regresara. No estaban lo suficientemente preocupados para renunciar a su posición y su orgullo para hacer esfuerzos especiales con el fin de ayudarle a volver a la luz. Se mantuvieron en su posición y dijeron: "No vamos a ir en procura de él; que él venga a nosotros". Al percibir los sentimientos que sus hermanos albergaban con respecto a él, era imposible que regresara. Si hubieran aprendido la lección que enseñó Cristo, habrían estado dispuestos a deponer su posición y su orgullo, y habrían ido detrás de los

errantes. Habrían llorado por ellos, orado por ellos, les habrían implorado que fueran fieles a Dios y a la verdad, y que permanecieran en la iglesia. Pero el sentir de muchos era: "Si quiere irse, que se vaya". Cuando el Señor envió a sus siervos para que hicieran en favor de esos errantes la obra que vosotros deberíais haber hecho, e incluso cuando tuvisteis evidencias de que el Señor estaba dando un mensaje de misericordia para estos pobres extraviados, vosotros no estabais preparados para abandonar vuestras ideas. No estuvisteis dispuestos a abandonar a las noventa y nueve, para buscar a la oveja perdida hasta encontrarla, y no lo hicisteis. Y (198) cuando encontraron a la oveja, y la trajeron al redil con regocijo, ¿os regocijasteis vosotros? Tratamos de entusiasmaros. Tratamos de llamaros, como el pastor que llamó a sus vecinos y amigos para que os regocijarais con nosotros; pero aparentemente no estabais dispuestos a hacerlo. Creíais que la oveja había cometido un gran error al abandonar el rebaño, y en lugar de regocijaros porque había regresado, anhelabais hacerle sentir que debería estar muy apenada por haberse ido, y que debería regresar de acuerdo con vuestras propias ideas. Y desde que regresó, os habéis sentido celosos del Hno. A. Lo habéis vigilado para ver si andaba bien. Algunos no se han sentido precisamente satisfechos; no se han sentido dispuestos a aceptar las cosas tales como son.

No os conocéis a vosotros mismos. Algunos de vosotros sois egoístas, lo que reduce vuestra influencia y vuestros esfuerzos. Hay más gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no necesitan arrepentimiento. Si la iglesia hubiera estado preparada para apreciar la obra que el Señor estaba haciendo en su medio a partir de esa cosecha de almas, sus miembros se deberían haber ido fortaleciendo más y más. Pero en lugar de poner toda el alma en la obra, y manifestar un interés especial y sincero para hacer todo lo posible con el fin de proseguir la obra después que nosotros partimos, actuaron como si la obra no les importara mucho, y como si fueran meros espectadores, listos para manifestar desconfianza y descubrir faltas en cuanto se presentara la oportunidad propicia para hacerlo.

Se me mostró el caso del Hno. B. Se siente infeliz. No está satisfecho con sus hermanos. Ha tenido la impresión por cierto tiempo de que era su deber llevar el mensaje. Posee habilidad para hacerlo y, en la medida de su conocimiento de la verdad, es capaz; pero le falta cultura. No ha aprendido a dominarse a sí mismo. Se requiere mucha sabiduría para tratar con las mentes, y él no está calificado para ese trabajo. Comprende la teoría, pero no se ha educado en la tolerancia, la paciencia, la gentileza, la bondad y la verdadera cortesía. Si surge algo que no concuerda con sus ideas, no se detiene a considerar si es sabio tomar nota de ello, o dejarlo pasar hasta que sea debidamente considerado. Se prepara inmediatamente para la batalla. Es áspero, severo, (199) acusador y si las cosas no concuerdan con lo que él piensa, inmediatamente produce dificultades.

En su temperamento se encuentran los elementos de la guerra y no los de la dulce paz y la armonía. No tiene sabiduría para dar a cada cual su porción de alimento a su tiempo. "A otros salvad, arrebatándolos del fuego; y de otros tened misericordia con temor, aborreciendo aun la ropa contaminada por su carne" (Judas 23). El Hno. B sabe muy poco en cuanto a hacer esta diferencia. Sus modales son ásperos y es indiscreto en su trato con las almas. Esto lo descalifica para ser un pastor sabio y cuidadoso. El pastor debe poseer una combinación de noble generosidad, valor, fortaleza, amor y ternura.

El Hno. B está en peligro de destruir más de lo que puede edificar. No ha sometido todas sus facultades a la voluntad de Dios. No ha sido transformado por la renovación de su entendimiento. Posee suficiencia propia, y no confía plenamente en la gracia de Dios; sus obras no son hechas en Dios. Ser pastor implica ocupar un puesto muy importante, de responsabilidad; alimentar la grey del Señor es una obra elevada y santa. Hno. B: el Señor no considera que usted esté en condiciones de guardar su rebaño. Si usted hubiera aprendido la lección de dominio propio en su experiencia religiosa, y si hubiera sentido la necesidad de elevar su mente y purificar su corazón mediante la santificación del Espíritu, y de someter todas sus facultades a la voluntad de Dios, buscando al mismo tiempo humildad y mansedumbre, estaría ahora en condiciones de hacer el bien, y de ejercer una influencia elevadora y para salvación.

Hno. B y señora: ustedes tienen una obra que hacer que nadie puede realizar en su lugar. Tienen la tendencia de murmurar y quejarse. Deben hacer algo para subyugar sus sentimientos naturales. Vivan para Dios, conscientes de que no son responsables por los errores de los demás. Vi, Hno. B, que usted podría ciertamente ser vencido por Satanás, y además que su fe podría naufragar por completo, a menos que deje de buscar faltas en los demás y busque en cambio la religión pura y sin mácula delante de Dios. Necesita elevar el nivel de sus pensamientos y su conversación; necesita convertirse por completo.

La vida y la muerte están delante de usted. Debería considerar (200) solemnemente que está tratando con el gran Dios, y debería recordar que él no es un niño de quien uno se puede burlar. No se puede dedicar a su servicio, y después apartarse de él cuando le da gusto y gana. Lo más íntimo de su alma necesita conversión. Todos los que como usted, mi hermano, han dejado de crecer en la gracia de Dios, y de perfeccionar la santidad en su nombre, sufrirán grandes pérdidas en estos días de peligros y pruebas. Se descubrirá que su fundamento es arena movediza y no la roca Cristo Jesús.

Usted obra por impulso. Está enojado con sus hermanos porque no lo enviaron a predicar la verdad. No está en condiciones de recibir este cometido. Se necesitará que más de un predicador eficiente recorra su estela para vendar las heridas y contusiones que producirán sus modales ásperos. Dios no se siente complacido con usted, y temo que pierda la vida eterna.

No tiene tiempo que perder. Haga esfuerzos ímprobos para liberarse de la trampa de Satanás. Tiene que aprender de Jesús, que es manso y humilde de corazón, y entonces hallará descanso. ¡Oh, qué obra tiene que hacer usted para perfeccionar la santificación en el temor de Dios, a fin de estar preparado para gozar de la compañía de los ángeles puros y santos! Necesita humillar su corazón delante de Dios, y procurar mansedumbre y justicia, para que sea guardado en el día de la ira del Señor.

Hno. B: el Señor derramó su bendición sobre usted durante la primavera pasada; pero usted no percibió la relación que existe entre la vigilancia y la oración, y el progreso en la vida divina. Descuidó esos deberes, y el resultado ha sido que las tinieblas lo han envuelto. Se ha mantenido en un estado de incertidumbre y desconfianza, y con frecuencia ha elegido la compañía de los que usa Satanás para apartar de Cristo. Podría vivir entre los más corrompidos, y permanecer sin mancha y sin contaminación, si Dios en su providencia lo dirigiera de ese modo. Pero es peligroso para los que desean honrar a Dios encontrar placer y entretenimiento en la compañía de los que no lo temen. Satanás siempre envuelve a los tales en espesas tinieblas; y si los que profesan seguir a Cristo se introducen en ellas sin que se los llame, tientan al diablo a que los tiente. Si para hacer el bien y glorificar su nombre el Señor nos pide que vayamos entre espíritus infernales, (201) donde se encuentran las tinieblas más oscuras, nos rodeará con sus ángeles y nos mantendrá incontaminados. Pero si buscamos la compañía de los pecadores, y nos complacemos en sus burdos chistes, y nos entretenemos y nos divertimos con sus historias, deportes y obscenidades, los ángeles puros y santos retiran su protección, y nos dejan sumidos en las tinieblas que hemos elegido.

Hno. B: quiero alarmarlo; quiero inducirlo a actuar. Quiero rogarle que busque a Dios mientras él lo invita a acudir a su lado para que tenga vida. Velar, orar y trabajar es el santo y seña de los cristianos. Satanás es vigilante en sus esfuerzos; su perseverancia es incansable, su celo ardiente y persistente. No espera que su presa venga a él; la busca. Su decidido propósito consiste en arrebatar las almas de las manos de Cristo; pero los profesos cristianos están dormidos en su ceguera, y son insensatos en sus propósitos. No tienen a Dios en sus pensamientos. Un enemigo vigilante les sigue las pisadas; no estarán en peligro sin embargo, mientras confíen en Dios. Pero a menos que lo hagan su fortaleza será debilidad, y serán vencidos por Satanás.

Hno. B: es peligroso que usted se dedique a rumiar dudas. No se permita avanzar más en la dirección que ha estado tomando. Está en peligro constante. Satanás le está siguiendo las pisadas para sugerirle dudas e inducirlo a la incredulidad. Si usted hubiera permanecido definidamente en el consejo de Dios, habría ejercido una influencia para el bien sobre aquellos que gustan ahora de su compañía.

El pobre Hno. C experimentó la influencia del Espíritu de Dios, pero su experiencia fue deficiente. No se apartó plenamente de sus malos hábitos. No hizo de Dios su fortaleza permanente, y sus pies resbalaron. No hay acuerdo entre Cristo y Belial. Usted podría haber sido de ayuda para él, si hubiera mantenido, como debería haberlo hecho, su conexión con el Cielo. Pero su inactividad, los temas de su conversación, su influencia, fortalecieron su apostasía, y acallaron la voz de la conciencia. Su conducta no ha sido una reprensión para él en su senda descendente. Usted podría hacer el bien si viviera para Dios. Su fortaleza es debilidad total; su sabiduría, insensatez; pero usted no se da cuenta. Se ha sentido demasiado satisfecho con la teoría, (202) con un cuerpo doctrinal correcto, pero no ha sentido la necesidad del poder de Dios; ha descuidado la parte espiritual de la religión. Todo su ser debería clamar por el Espíritu de Dios: la vida y el poder de la religión en el alma, lo que lo conduciría a la crucifixión del yo, y a una firme confianza en su Redentor.

Se encuentra en medio de tinieblas terribles, y a menos que se levante en el nombre de Dios, y rompa las coyundas de Satanás, y se afirme en su libertad, su fe naufragará. Tan grande es la indisposición de Dios a abandonarlo, y su amor por usted, que aunque su vida no ha estado de acuerdo con su voluntad, y sus obras y hábitos le han sido ofensivos, la Majestad del cielo condesciende a solicitarle el privilegio de visitarlo para dejar con usted su bendición: "He aquí, yo estoy a la puerta y llamo" (Apoc. 3:20). Las mansiones de gloria son de Cristo, como asimismo los goces de esa morada celestial; no obstante, se humilla para tratar de trasponer la puerta de su corazón a fin de bendecirlo con su luz, y para que usted se regocije con su gloria. Su obra consiste en buscar y salvar lo que se ha perdido y está a punto de perecer. Desea redimir del pecado y de la muerte a tantos como sea posible, para elevarlos hasta su trono y darles vida eterna.

Hno. B: le ruego que se levante y ponga a un lado sus dudas. ¿Qué influye para que usted se sienta inclinado a dudar? Es el hecho que se ha apartado de Dios, su vida no consagrada, sus chistes y sus bromas. Su falta de sobriedad está poniendo en peligro sus intereses eternos. Cristo lo invita a apartarse de esas insensateces para acudir a él. Usted no está creciendo en la gracia ni en el conocimiento de la verdad. No honra la causa. El platillo de su balanza no se está elevando, sino que está descendiendo cada vez más. No está formando un carácter para el cielo y para la vida eterna.

Usted se complace a sí mismo, pasa el tiempo en frivolidades cuando debería estar ocupado con su familia enseñando a sus hijos los caminos y las obras de Dios. Las horas que pasa en compañía de los que sólo le hacen daño, debería dedicarlas a la oración y al estudio de la Palabra de Dios. Debería comprender que sobre usted, como jefe de la familia, reposa la responsabilidad de educar a sus hijos en la disciplina y la amonestación del Señor. ¿Qué cuenta le va a rendir al Señor por el tiempo (203) malgastado? ¿Qué influencia está ejerciendo sobre los que no temen a Dios? "Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos" (Mat. 5:16). Quiera Dios ungir sus ojos con colirio para que vea el peligro en que se encuentra. Estoy profundamente preocupada por usted. Mi corazón se conduele. Anhelo verlo alcanzar la alta norma que tiene el privilegio de lograr. Usted puede hacer el bien. Su influencia, si la ejerce de la manera correcta, será buena. Hno. B: sus pisadas se encaminan por la senda descendente. "Volveos, volveos", "¿por qué moriréis?" (Eze. 33:11; 18:31).

Si usted avanza mucho más por el camino que está siguiendo ahora, se convertirá en infiel con respecto a la verdad y a la Palabra de Dios. Vele y ore siempre. Dedíquese sin reservas al Señor, y entonces no le será difícil servirlo. Ahora su corazón está dividido. Esa es la razón por la cual las tinieblas lo rodean, en lugar de la luz. El último mensaje de misericordia está siendo proclamado ahora. Es una muestra de la paciencia y la compasión de Dios. "Venid", es la invitación que se extiende ahora. Venid, porque todas las cosas ya están listas. Esta es la última invitación de la misericordia. Después vendrá la venganza de un Dios ofendido.

Hno. B: cultive la sencillez, el amor, la paciencia y una dulce unión con sus hermanos. Pero, por favor, no venda tan barata la vida eterna. Si se aparta de la verdad, nunca conocerá la felicidad verdadera;

ciertamente será miserable. Vale la pena hacer cualquier sacrificio para alcanzar el cielo. Quebrante las cadenas de Satanás. Jesús le invita ahora; ¿escuchará su voz? Debe alcanzar una norma más alta que la que ha logrado hasta ahora. Déle prioridad a la obtención del reino de los cielos y a la justicia de Cristo. Viva para Dios y el cielo, y la recompensa eterna será suya al final de la carrera. (204)

Matrimonio en Perspectiva.-

Se me señaló hacia el mes de mayo último, cuando el Señor visitó la localidad de , y se me mostró el caso del Hno. D. El no estaba preparado para participar de esa obra. Su mente y corazón estaban en otra parte. Estaba considerando la posibilidad de casarse, y no podía escuchar la invitación de Jesús: "Venid, porque todas las cosas están listas". Ese matrimonio en perspectiva ocupaba toda su atención. No tenía tiempo ni disposición para abrir la puerta de su corazón a ese Visitante tan lleno de gracia. Si lo hubiera hecho, Cristo le habría dado un buen consejo que, si lo hubiera seguido, habría sido de un valor inapreciable para él. Le habría presentado en su verdadero carácter el peligro de ceder a los dictados de una inclinación desviada, y el poner a un lado la gloria de Dios y las recomendaciones que aconsejaba una razón equilibrada. Le habría recomendado que se cuidara de seguir las pisadas de los que habían caído y se habían arruinado. Pero este hermano no tomó en cuenta que Dios tenía derechos sobre él. Se nos ha instruido en el sentido de que todo lo que hagamos debemos hacerlo para la gloria de Dios.

Usted Hno. D, como discípulo de Cristo, ¿acudió a él mediante una oración humilde y sincera para encomendarle sus caminos? No lo hizo. No investigó todos sus motivos, ni avanzó cuidadosamente, para no arrojar reproche sobre la causa de Cristo, su Redentor. No averiguó si esta decisión contribuiría a aumentar su sensibilidad espiritual, avivar su celo y fortalecer sus esfuerzos para someter el yo, y su perseverancia en la verdad. Usted no conocía su propio corazón. La obra de Dios se manifestó en la iglesia, pero usted no anhelaba la presencia del Espíritu divino. Las cosas del Cielo le resultaban insípidas. Estaba infatuado con esta nueva esperanza de unir sus intereses con los de otra persona. No tomó en cuenta que la alianza matrimonial afectaría en forma fundamental sus intereses vitales, por corta que fuera esa vida.

Debería haber considerado que con su propio corazón por subyugar, usted no podía ponerse en relación con una influencia que (205) le haría más difícil la victoria sobre el yo, y que contribuiría a que la senda que conduce al Cielo le resultara más áspera todavía. Su progreso en el terreno religioso es ahora diez veces más difícil que cuando estaba solo. Es verdad que estaba solo; porque había perdido una joya preciosa. Pero si usted hubiera pedido consejo a sus hermanos, y hubiera encomendado sus caminos al Señor, él habría abierto la puerta para que se relacionara con alguien que le habría sido de ayuda en vez de un estorbo.

Si usted se vuelve ahora humildemente a Dios con todo el corazón, él tendrá piedad de usted y le ayudará. Pero en este momento usted está privado de su fortaleza, y está listo para comprometer su fe y su fidelidad a Dios con el fin de complacer a su nueva esposa. Dios tenga piedad de usted; porque la ruina está delante de usted a menos que se levante como un verdadero soldado de Cristo, y entable de nuevo la lucha por la vida eterna. Su única seguridad consiste en permanecer junto a sus hermanos, y obtener de ellos toda la fortaleza posible para mantenerse en la verdad. Está a punto de sacrificar la verdad para obtener paz y felicidad aquí. Está vendiendo su alma a un precio muy bajo. Su deber en este momento consiste en hacer todo lo posible para que su esposa sea feliz, sin sacrificar los principios de la verdad. Debería practicar la tolerancia, la paciencia y la verdadera cortesía. Al hacerlo, pondrá en evidencia el poder de la gracia y la influencia de la verdad.

Se me mostró que el amor al dinero es una trampa para usted. El dinero, al margen de la oportunidad que nos brinda de hacer el bien, de bendecir al necesitado, e impulsar la causa de Dios, es realmente de poco valor. Lo poco que posee es una trampa para usted, y a menos que lo use como sabio y fiel mayordomo en el servicio de su Maestro, le rendirá no mucho más que miseria. Usted es tacaño y

mezquino. Necesita cultivar una actitud noble y generosa, y apartar sus afectos de este mundo, o de lo contrario será vencido. El engaño de las riquezas corromperá de tal manera su alma que el bien será vencido por el mal. El egoísmo y el amor al dinero triunfarán.

Si usted, mi querido hermano, finalmente se salva, será un milagro de la misericordia. El amor al mundo crece en usted. Considere cuidadosamente las palabras de Cristo: "Amarás al (206) Señor tu Dios de todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas" (Mat. 22:37-40). Mi hermano:, usted no ha obedecido ni el primero ni el segundo de estos mandamientos. No vaciló en aprovecharse y beneficiarse, aunque sabía que de ese modo perjudicaría en gran medida a su prójimo. Tomó en cuenta sólo sus propios intereses egoístas y se dijo: "¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?" (Gén. 4:9).

No está depositando sus tesoros en el Cielo para volverse rico en Dios. El yo y los intereses egoístas están carcomiendo la verdadera piedad que existe en su alma. Se está arrodillando ante el Dios de este mundo. Su corazón está alejado de Dios. Un autor inspirado dice: "La senda de los justos es como la luz de la aurora, que va en aumento hasta que el día es perfecto" (Prov. 4:18). Los pasos del cristiano a veces pueden parecer débiles y vacilantes, pero consciente de su debilidad se apoyará en el Poderoso para obtener ayuda. Entonces es sostenido y progresa decididamente hacia adelante y hacia arriba rumbo a la perfección. Cada día logra nuevas victorias, y se acerca más y más a la norma de la perfecta santidad. Su mirada no se dirige hacia la tierra, sino hacia arriba, para mantener siempre en vista el Modelo celestial.

Hno. D: el resplandor y el brillo de las cosas corruptibles de la tierra han eclipsado para usted los encantos del Cielo, y han contribuido a que la vida eterna tenga poco valor para usted. Como sierva de Cristo, le ruego que despierte para que se pueda ver tal como es. Las ganancias que va a obtener como resultado de la conducta que sigue actualmente serán su pérdida eterna. Descubrirá finalmente que ha cometido un error tremendo, que nunca podrá reparar.

Ahora puede mirar hacia adelante, prestar atención a la invitación de la misericordia, y vivir. Regocíjese porque su tiempo de prueba no ha terminado, porque puede ahora, mediante una paciente perseverancia en el bien hacer, buscar gloria, honor, inmortalidad y vida eterna. Regocíjese porque la que fue su fiel compañera por años se levantará de nuevo: porque la muerte será (207) absorbida por la vida. Mire hacia delante, hacia la mañana de la resurrección, cuando la que compartió con usted sus alegrías y sus penas por más de veinte años, saldrá de su prisión. ¿Será posible que su cuidado y su compañía hayan sido en vano para usted? ¿Será posible que usted no esté allí cuando su voz se eleve en triunfo y victoria para decir: "Dónde está, oh muerte, tu aguijón; dónde, oh sepulcro, tu victoria"? (1 Cor. 15:55). ¡Oh, qué honra otorgará ese día a los santos! No habrá ni vergüenza, ni reproche, ni sufrimiento en ese momento; sino paz, alegría e inmortal alabanza que brotarán de los labios de todos los redimidos. ¡Oh, si Dios hablara a su corazón, y lo impresionara con el valor de la vida eterna. Y que sea usted conducido, mi querido hermano, para conservar siempre una actitud de noble generosidad, de manera que pueda desempeñar con fidelidad los deberes de su mayordomía, con la vista fija en la gloria de Dios, de manera que el Maestro le pueda decir: "Bien, buen siervo fiel; ... entra en el gozo de tu Señor" (Mat. 25:23).

El Peligro de las Riquezas.-

Se me mostró que algunos están engañados con respecto a sí mismos. Se fijan en los que poseen muchas propiedades, y creen que son los únicos que aman al mundo, y que están en peligro especial de caer en la codicia. Pero esto no es así. Los que poseen bienes están en constante peligro, y son responsables de todos los talentos y medios que el Maestro ha confiado a su cuidado. Pero los que poseen pocos bienes de este mundo con frecuencia se preocupan sólo de sí mismos, y no hacen lo que podrían hacer y que Dios les pide que hagan. A menudo tienen oportunidades de hacer el bien, pero por

tanto tiempo sólo se han preocupado de sí mismos, y han analizado sus propios intereses, que creen que no pueden hacer otra cosa.

Se me mostró que el Hno. E y su esposa están en peligro de que sus pensamientos se concentren demasiado en sí mismos; especialmente la Hna. E falla en esto. Tiene un amor casi supremo por sí misma. Usted, mi hermana, está muy mal preparada para (208) hacer frente a los peligros del día de Dios. No imita al verdadero Modelo: Jesús. No hubo un solo acto egoísta en toda su vida. Usted tiene una obra que hacer por sí misma que nadie puede hacer por usted. Despójese del egoísmo, y aprenda a conocer la mente y la voluntad de Dios. Aplíquese para que pueda ser aprobada por Dios. Usted es impulsiva, y naturalmente malhumorada e irritable. Trabaja más allá del límite de sus fuerzas. No hay virtud en esto, porque Dios no lo requiere. La base de todo esto es su actitud egoísta. Sus motivos no son dignos de alabanza. Evita las responsabilidades y cuidados, y tiene la impresión de que debería ser favorecida. Es lamentable que desde la niñez haya sido mimada y favorecida, y que su voluntad no haya sido subordinada. Ahora, ya mayor, tiene que hacer la obra que se debió hacer en su infancia. Su esposo se ha sometido a sus deseos, y ha complacido sus caprichos en perjuicio suyo.

El egoísmo, que se manifiesta en diversas maneras, de acuerdo con las circunstancias y la condición peculiar de los individuos, debe morir. Si ustedes tuvieran hijos, y tuvieran que despreocuparse de sí mismos para cuidarlos, sería beneficioso. En su hogar ha requerido para sí misma la atención y la tolerancia que se debe ejercer con los hijos. Requiere esa atención, y la tendrá. Pero no se le ha ocurrido que es su deber cuidar a los demás y procurar su beneficio. Es testaruda, y se muestra decidida a llevar adelante sus propios planes. Cuando todo anda bien en su camino, manifiesta los frutos que se espera ver en los cristianos; pero cuando surgen inconvenientes, los resultados son todo lo contrario. Como una niña malcriada que merece castigo, tiene manifestaciones de perversa testarudez. Cuando la familia está compuesta de sólo dos personas, como en el caso de ustedes, y no hay niños que exijan paciencia, tolerancia y verdadero amor, es necesario mantener una vigilancia constante, no sea que el egoísmo logre la supremacía, no sea que ustedes mismos se conviertan en el centro de todo, y reclamen la atención, el cuidado y el interés que no se sientan en la obligación de manifestar hacia los demás. El cuidado de los niños en la familia impone la necesidad de permanecer mucho tiempo en casa, para la educación de su mente y su corazón en relación con los cuidados ordinarios de la vida doméstica. (209)

Ustedes no cuidan su corazón y no hacen el bien con los medios económicos que Dios les ha dado. Su influencia podría ser benéfica si creyeran que se requiere algo de ustedes en beneficio de los que necesitan ayuda, que necesitan ánimo y fortaleza. Pero por tanto tiempo se han dedicado a sus placeres, que están descalificados para beneficiar a los que los rodean. Necesitan disciplinarse para poner en sujeción sus afectos y pensamientos. Dediquen tiempo a examinarse a sí mismos, para que puedan poner todas sus facultades en sujeción a la mente y a la voluntad de Dios. Están encerrados en sí mismos. Es el privilegio de cada cristiano ejercer una influencia beneficiosa sobre todos los que se asocian con ellos.

Usted, mi hermana, será recompensada de acuerdo a sus obras. Examine detenidamente sus motivos, y decida candorosamente si es rica en buenas obras o no. Se me señaló la primavera pasada, cuando el Señor estaba haciendo una buena obra en - y en sus alrededores. Los ángeles de misericordia volaban sobre su pueblo, y algunos corazones, que no conocían a Dios ni la verdad, fueron profundamente conmovidos. El Señor habría llevado adelante la obra que comenzó con tantas manifestaciones de gracia, si los hermanos hubieran estado en condiciones de hacerla. Por tanto tiempo habían estado consultando sólo sus propios deseos y maniobrando para que todo se amoldara a sus conveniencias, que la posibilidad de ser incomodados los indujo a cerrar la puerta que podrían haber abierto para el progreso de la causa.

Ustedes desempeñaron su parte, y algunos otros se retiraron por temor a los gastos, y calcularon que iban a perder tiempo asistiendo a las reuniones si la cruzada evangelizadora se llevaba a cabo. Faltaba celo cristiano. Delante de nosotros yacía un mundo sumido en la impiedad, expuesto a la ira de Dios,

mientras las pobres almas permanecían en poder del príncipe de las tinieblas, y los que deberían haberse despertado para dedicarse a la más noble de las empresas, la salvación de las almas que perecen, no manifestaron interés suficiente para poner a contribución todos los medios que podían emplear, para poner una valla en la senda de la destrucción, y desviar los pasos de los vacilantes hacia el sendero de la vida. La vida eterna debería despertar el más profundo interés en cada cristiano. ¡Ser colaboradores de Cristo y de (210) los ángeles del Cielo en el gran plan de salvación! ¡Qué obra puede compararse con ésta! De cada alma salvada llegan hasta Dios dividendos de gloria, que recaen sobre el salvado, y también sobre el que ha sido instrumento de Dios para su salvación.

El Celo Cristiano.-

Hay un celo ruidoso, sin objeto ni propósito, que no obra de acuerdo con el conocimiento, sino que actúa ciegamente y, como resultado, destruye. No es el celo cristiano, pues éste se rige por principios y no es esporádico. Es ferviente, profundo y fuerte, embarga toda el alma y pone en ejercicio la sensibilidad moral. Para él, la salvación de las almas y los intereses del reino de Dios son asuntos de la más alta importancia. ¿Qué objeto hay que exija mayor fervor que la salvación de las almas y la gloria de Dios? Hay en esto consideraciones que no se pueden pasar por alto livianamente. Son de tanto peso como la eternidad. Los destinos eternos están en juego. Hombres y mujeres se deciden para bien o para mal. El celo cristiano no se agotará en palabrerías, sino que será sensible y actuará con vigor y eficiencia. Sin embargo, el celo cristiano no obrará para ser visto. La humildad caracterizará todos sus esfuerzos y se verá en todas sus obras. El celo cristiano inducirá a orar fervientemente y con humildad, y a la fidelidad en los deberes del hogar. En el círculo del hogar se verá la amabilidad y el amor, la benevolencia y la compasión, que son siempre frutos del celo cristiano.

Se me mostró que usted debe avanzar. Su tesoro en el cielo, Hna. E, no es muy grande. No es rica en Dios. Quiera Dios abrir sus ojos para que vea, y su corazón para que sienta, de manera que pueda manifestar celo cristiano. ¡Oh, cuán pocos aprecian el valor de las almas! ¡Cuán pocos están dispuestos a sacrificarse para llevar almas al conocimiento de Cristo! Se habla mucho, se profesa gran amor por las almas que perecen; pero el hablar cuesta poco. Lo que se necesita es ferviente celo cristiano, un celo que se manifieste en obras. Todos deben trabajar ahora para sí mismos, y cuando tengan a Jesús en su corazón, lo confesarán (211) a otros. Más fácil es impedir que las aguas del Niagara se despeñen por las cataratas, que impedir a un alma poseedora de Cristo que lo confiese.

Se me mostró que el Hno. F está sepultado bajo la basura del mundo. No tiene tiempo para servir a Dios, ni siquiera para estudiar y orar fervientemente para saber qué quiere el Señor que él haga. Su talento está sepultado en la tierra. Los cuidados de esta vida han carcomido su interés en las cosas eternas. El reino de Dios y la justicia de Cristo son cosas secundarias para él. Le gustan los negocios; pero vi que a menos que modifique su conducta, la mano de Dios estará contra él. Podrá juntar; pero Dios derramará. Podría hacer el bien. Pero muchos tienen la idea de que si dedican la vida al trabajo y a los negocios, no pueden hacer nada para la salvación de las almas, ni para el progreso de la causa del Redentor. Dicen que no pueden hacer las cosas a medias, y por lo tanto se apartan de los deberes y ejercicios religiosos, y se sepultan en el mundo. Le dan prioridad a sus negocios, se olvidan de Dios, y él se disgusta con ellos. Si alguien se dedica a negocios que le impiden progresar en la vida divina y perfeccionar la santidad en el temor de Dios, cambie de negocio para que pueda tener a Jesús junto a sí cada hora del día.

Hno. F: usted no honra su profesión de fe. Su celo es un celo mundano; su interés es un interés mundano. Está muriendo espiritualmente. No se da cuenta del peligro de su condición. El amor al mundo está carcomiendo su religiosidad. Debe despertar; debe buscar a Dios y arrepentirse de sus apostasías. Confiésese contrito y vuelva al Señor. Sus deberes religiosos se han convertido en meras formalidades. No disfruta de la religión; porque tal goce depende de la obediencia voluntaria. Los dispuestos y obedientes comerán del bien de la tierra. No tiene una evidencia muy notable de que

morará con Dios en el reino. Ocasionalmente se dedica a la práctica exterior de deberes religiosos, pero su corazón no está en ellos. De vez en cuando da una palabra de advertencia a los pecadores, u otra palabra en favor de la verdad; pero es un servicio dado de mala gana, como si se lo hiciera a un capataz, en lugar del gozoso servicio nacido del afecto filial. Si su corazón rebosara de celo cristiano, las tareas más arduas serían agradables y fáciles. (212)

La razón por la cual la vida cristiana es tan difícil para algunos consiste en que tienen un corazón dividido. Son de doblado ánimo, lo que los hace inestables en todos sus procederes. Si estuvieran abundantemente imbuidos de celo cristiano, que es siempre el resultado de la consagración a Dios, en lugar del clamor doliente: "¡Mi debilidad! ¡Mi debilidad!" la expresión del alma sería: "Escuchad lo que el Señor ha hecho por mí". Aun si usted se salvara, lo que es muy dudoso dada la conducta que está siguiendo, ¡cuán limitado sería el bien llevado a cabo por usted! Ni una sola alma será salvada por su intermedio. ¿Le dirá el Maestro: "Bien, buen siervo fiel"? (Mat. 25:23). ¿Qué ha hecho usted con fidelidad? Trabajó arduo en los negocios y cuidados de esta vida. ¿Arrancará esto de los labios de Cristo las palabras llenas de gracia que dicen: "Bien, buen siervo fiel"?

Mi hermano: Jesús lo ama, y lo invita a mirar hacia adelante, a apartar sus ojos de la tierra para fijarlos en la meta del premio de la elevada vocación que es en Cristo Jesús. Deje a un lado la liviandad y la frivolidad. Tenga en cuenta la solemne importancia del tiempo en que estamos viviendo hasta que termine la guerra. Vaya a trabajar; si se consagra a Dios, su influencia pondrá de manifiesto este hecho.

La mayor parte de los miembros de la familia del Hno. G se encuentran en la senda descendente. H vive una vida sin sentido. Está llena de vanidad, insensatez y orgullo. Su influencia no tiende a ennoblecer, no conduce a la bondad y la santidad. No le gustan las restricciones que impone la religión; por lo tanto, no quiere someter su corazón a su sagrada influencia. Ama el yo, ama el placer, y busca su propia satisfacción. Los resultados serán realmente tristes a menos que ahora mismo dé un giro de ciento ochenta grados y procure alcanzar la piedad genuina. Podría ejercer una influencia suavizadora, ennoblecedora y elevadora sobre sus hermanos. Dios ama a esos niños; pero no son cristianos. Si vivieran humildes vidas cristianas, podrían llegar a ser hijos de la luz y obreros de Dios; podrían ser misioneros en el seno de sus propias familias y entre sus relaciones. (213)

Responsabilidades de los jóvenes.-

Si los jóvenes pudiesen ver cuánto bien podrían hacer si quisieran hacer de Dios su fortaleza y sabiduría, no seguirían ya una conducta de negligente indiferencia para con él; no serían seducidos ya por la influencia de los no consagrados. En vez de sentir que tienen la responsabilidad individual de esforzarse para beneficiar a otros y conducirlos a la senda de la justicia, se dedican a buscar su propia diversión. Son miembros inútiles de la sociedad y su vida carece tanto de propósito como la de las mariposas. Los jóvenes pueden tener un conocimiento de la verdad y creerla, pero sin vivirla. Los tales poseen una fe muerta. Su corazón no se ha conmovido de manera que afecte su conducta y carácter a la vista de Dios, y no están más cerca de cumplir su voluntad que los incrédulos. Su corazón no se conforma con la voluntad de Dios, y están enemistados con él. Los que se dedican a las diversiones y aman la sociedad de los buscadores de placeres, sienten aversión por los servicios religiosos. ¿Dirá el Maestro a estos jóvenes que profesan su nombre: Bien hecho, buenos y fieles siervos, a menos que sean en verdad buenos y fieles?

Los jóvenes están en gran peligro. Sus lecturas livianas causan mucho mal. Pierden el tiempo que debieran emplear en una forma útil. Algunos llegan hasta a privarse de sueño para terminar algún ridículo cuento de amor. El mundo está inundado de novelas de todas clases. Algunas no son de carácter tan peligroso como otras. Unas son inmorales y obscenas; otras están barnizadas con más refinamiento; pero la influencia de todas es perniciosa. ¡Ojala los jóvenes reflexionaran acerca de la influencia que tienen sobre la mente las historias excitantes! ¿Podéis abrir la Palabra de Dios después de una lectura tal, y leer con interés las palabras de vida? ¿No encontráis insípido el Libro de Dios? El

encanto de aquella historia de amor pesa sobre la mente, la excita e impide que concentréis vuestro espíritu en las verdades importantes y solemnes que conciernen a vuestro interés eterno. Pecáis (214) contra vuestros padres al dedicar a un propósito tan malo el tiempo que les pertenece, y pecáis contra Dios al emplear así el tiempo que debierais dedicar a la devoción a él.

Es deber de los jóvenes estimular la sobriedad. La liviandad y las bromas causarán aridez al alma y harán perder el favor de Dios. Muchos de vosotros pensáis que no ejercéis mala influencia sobre los demás, y así os sentís satisfechos en cierta medida; pero ¿ejercéis influencia para el bien? ¿Procuráis por medio de vuestra conversación y vuestros actos conducir a otros al Salvador, o, si profesan creer en Cristo, los conducís a caminar cerca de él?

Los jóvenes deben cultivar un espíritu de devoción y piedad. No pueden glorificar a Dios a menos que procuren constantemente alcanzar la plenitud de la estatura de Cristo: la perfección en Cristo Jesús. Medren y abunden en vosotros las gracias cristianas. Dad a vuestro Salvador vuestros mejores y más santos afectos. Prestad entera obediencia a su voluntad. El no aceptará menor devoción que ésta. No permitáis que las burlas y los escarnios de aquellos cuya mente se dedica a la vanidad os hagan perder la firmeza. Seguid a vuestro Salvador, ora gocéis de buena o mala reputación; tened por gozo y sagrado honor el llevar la cruz de Cristo. Jesús os ama y murió por vosotros. A menos que procuréis servirle con vuestros afectos indivisos, no alcanzaréis la perfecta santidad en su temor, y os veréis obligados a oír al fin la palabra terrible: Apartaos.

Siervos de Mamón.-

El caso del Hno. I es terrible. Este mundo es su dios; adora el dinero. No prestó atención a la amonestación que se le dio hace años para vencer su amor al mundo mientras todavía estaba en pleno uso de sus facultades. El dinero que ha acumulado desde entonces es semejante a otras tantas cuerdas que han enredado su alma y la han atado a este mundo. A medida que sus propiedades han ido en aumento, se ha vuelto más ansioso de obtener ganancias. Todas las facultades de su ser están dedicadas a este único objetivo: ganar dinero. Este ha sido el motivo de sus pensamientos (215) tos, la preocupación de su vida. Ha orientado todas las facultades de su ser en esta única dirección hasta que para todos los efectos prácticos se ha convertido en un adorador de Mamón. En este aspecto está fuera de sí. El ejemplo que le ha dado a la familia está induciendo a sus miembros a creer que las propiedades tienen más valor que el Cielo y la inmortalidad. Por años ha estado educando su mente para adquirir propiedades. Está sacrificando sus intereses eternos por los tesoros de la tierra. Ama la verdad, ama los principios de la verdad, y le gusta que otros prosperen en la verdad; pero se ha convertido en un esclavo tan sometido a Mamón, que se siente obligado a servir a ese amo mientras viva. Pero mientras más viva, más dedicado estará a su amor al dinero, a menos que se aparte violentamente de su terrible dios: el dinero. Será como si le sacaran los órganos vitales, pero tendrá que hacerlo si valora el Cielo.

No necesita la censura de nadie, sino la lástima de todos. Su vida ha sido un terrible error. Ha sufrido enfermedades pecuniarias imaginarias, mientras vivía rodeado de abundancia. Satanás ha tomado posesión de su mente, y al excitar su tendencia a la avaricia, lo ha enloquecido en este aspecto. Las facultades más elevadas y nobles de su ser han sido sometidas en gran medida a inclinaciones mezquinas y egoístas. Su única esperanza es quebrantar las ataduras de Satanás y vencer ese mal rasgo de carácter. Ha tratado de hacerlo en cierto sentido después que su conciencia ha sido inducida a examinar este asunto; pero sus esfuerzos no han sido suficientes. Reducirse a hacer un poderoso esfuerzo para apartarse un poquito de Mamón, y creer todo el tiempo que se está separando de su alma, no es el fruto de la religión verdadera. Tiene que educar su mente para hacer buenas obras. Tiene que luchar contra esa tendencia a adquirir medios económicos. Tiene que entretejer las buenas obras en toda su vida. Tiene que cultivar el amor a hacer el bien, y elevarse por encima de esa actitud mezquina que ha asumido.

Al hacer negocios con los comerciantes de -, el Hno. I y su señora no siguen una conducta agradable a Dios. Regatean hasta conseguir las cosas al precio más bajo posible, y discuten por una diferencia de pocos centavos, y hablan de ello como si el dinero fuera su todo: su dios. Si se los pudiera llevar de regreso a (216) ese negocio, para escuchar sin ser observados los comentarios que se hacen después que ellos se van, tendrían una idea más clara de la influencia de la tacañería. Nuestra fe resulta desacreditada, y Dios es blasfemado por algunos, como consecuencia de esta conducta mezquina. Los ángeles se apartan disgustados. El Cielo es noble y elevado. Todos allí procuran el interés y la felicidad de los demás. Nadie se dedica a preocuparse sólo de sí mismo. El mayor gozo de todos los seres santos consiste en contemplar el gozo y la felicidad de los que los rodean.

Cuando los ángeles descienden para servir a los que serán herederos de la salvación, y observan esta exhibición de egoísmo, de codicia, de deshonestidad, de sacar ventajas personales en perjuicio de otros, se retiran apenados. Cuando ven que los que pretenden ser herederos de la herencia inmortal son tan mezquinos al tratar con los que no tienen ninguna aspiración más elevada que la de depositar sus tesoros en la tierra, se van avergonzados; porque de ese modo la santa verdad recibe reproche.

De ninguna otra manera podría ser más glorificado el Señor y la verdad más honrada, que si los incrédulos pudieran ver que la verdad ha llevado a cabo una obra grande y buena sobre las vidas de seres humanos que por naturaleza son codiciosos y mezquinos. Si se pudiera ver que la fe de los tales ha ejercido una influencia para amoldar sus caracteres, para transformarlos de hombres mezquinos, egoístas, deshonestos y amantes del dinero, en hombres que aman hacer el bien, que buscan oportunidades para usar sus medios con el fin de bendecir a los que lo necesitan, que visitan a las viudas y los huérfanos en sus aflicciones, y que se mantienen sin mancha de este mundo, tendrían una evidencia de que su religión es genuina. Los tales alumbrarían a los demás con su luz de tal manera que éstos, al ver sus buenas obras, se sentirían inducidos a glorificar a su Padre que está en los cielos. Este fruto será para santidad, y ellos serán representantes vivientes de Cristo en la tierra. Los pecadores se convencerán de que hay en la verdad un poder que ellos no conocen. Los que profesan estar esperando y velando a fin de prepararse para la aparición de su Señor, no deberían desacreditar su profesión de fe mediante regateos, y tratando de conservar hasta el último centavo. Ese fruto no crece en el árbol cristiano. (217)

Hno. I: El Señor no quiere que usted perezca; por lo contrario, quiere que se aferre de su fortaleza, y que haga las paces con él poniendo su voluntad en conformidad con su divina voluntad. Si una fiel descripción de su conducta caracterizada por el amor al dinero se le presentara a usted alguna vez, se aterrorizaría. Se sentiría disgustado con su tacañería, su mezquindad y su amor al dinero. Debería hacer el esfuerzo supremo de su vida para obtener la gracia transformadora de Dios que puede hacer de usted un hombre nuevo. Los medios económicos que le llegaron por intermedio de sus parientes fueron una maldición para usted. Sólo aumentaron su amor al dinero y constituyeron un peso adicional para hundirlo en la perdición.

"Raíz de todos los males es el amor al dinero" (1 Tim. 6:10). Cuando los hombres emplean las facultades de la mente y el cuerpo para obtener riquezas, y se conforman con el placer de acumular medios que nunca van a usar, y que pueden llegar a ser un perjuicio para sus hijos, abusan de las facultades que Dios les ha dado. Ponen de manifiesto que sus caracteres han llegado a la sordidez como consecuencia de dedicarse a la obtención de ganancias. En lugar de alcanzar la felicidad, son miserables. Han cerrado sus almas a las necesidades de los menesterosos, y han dado evidencia de que no tienen compasión por los que sufren.

Mi hermano: Su corazón todavía no se ha encallecido frente a las necesidades de los demás. Tiene impulsos generosos y le gusta socorrer al necesitado. Con frecuencia hace con gusto algún acto de bondad en favor de un hermano o un vecino; pero el dinero es su dios, y está en peligro de darle al Cielo un valor menor que a su dinero. El ganar dinero siempre es peligroso, a menos que la gracia de Dios sea el principio rector del alma. Cuando los cristianos están controlados por los principios del

Cielo, con una mano otorgan y con la otra ganan. Esta es la única actitud racional y saludable que puede asumir un cristiano mientras tiene dinero y todavía está en condiciones de ganar más. Le queremos preguntar, Hno. I: ¿Qué va a hacer con su dinero? Usted es mayordomo de Dios. Posee el talento de los medios económicos y puede hacer mucho bien con él. Puede depositarlos en el banco del Cielo al ser rico en buenas obras. Sea una bendición para los demás por medio de su vida. "No os hagáis (218) tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan; sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan. Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón" (Mat. 6:19-21).

Recordad que los tesoros depositados en el Cielo no se pierden. Os serán asegurados mediante el empleo juicioso de los medios sobre los cuales el Cielo os ha hecho mayordomos. "A los ricos de este siglo manda que no sean altivos, ni pongan la esperanza en las riquezas, las cuales son inciertas, sino en el Dios vivo, que nos da todas las cosas en abundancia para que las disfrutemos. Que hagan bien, que sean ricos en buenas obras, dadivosos, generosos; atesorando para sí buen fundamento para el porvenir, que echen mano de la vida eterna" (1 Tim. 6:17-19).

Existe el peligro, Hno. I, que su vida se pierda, y que los dones que Dios le ha concedido vayan a parar a manos del diablo, y que éste lo lleve cautivo bajo su voluntad. ¿Puede soportar este pensamiento? ¿Puede usted decidir servir al yo durante esta corta vida, y amar su dinero, para después separarse de todo, sin tener derecho al Cielo y a la vida eterna? Tiene una tremenda lucha delante de usted para apartar sus afectos del tesoro de esta tierra. Donde esté su tesoro, allí estará también su corazón. Velar, orar y trabajar son el santo y seña del cristiano. Despertaos, os imploro. Buscad las cosas que permanecen. Las cosas de esta tierra pronto pasarán. ¿Está listo para cambiar de mundo? ¿Está formando un carácter para la vida eterna? Si al fin se pierde, sabrá cuál habrá sido la causa de su ruina: el amor al dinero. Clamará con angustia: "¡Oh, el engaño de las riquezas! He perdido mi alma. La vendí por dinero. Jugué mi cuerpo y mi alma para obtener ganancias. Sacrifiqué el Cielo por temor a tener que sacrificar mi dinero para obtenerlo". Y el Maestro escuchará estas palabras: "Y al siervo inútil echadle en las tinieblas de afuera" (Mat. 25:30). Esperamos que éste no sea su destino. Esperamos que traslade su tesoro al Cielo, como asimismo sus afectos, y que los afiance en Dios y en el tesoro inmortal.

Vi que toda la familia estaba en peligro de participar, en cierto modo, de la actitud del padre. Hna. I: usted ya ha participado de ese espíritu. Quiera Dios ayudarle a ver esto, y a efectuar un (219) cambio total. Cultive el amor al bien hacer; trate de ser rica en buenas obras. En muchos aspectos usted puede hacer más de lo que está haciendo. Tiene una responsabilidad individual delante de Dios. Tiene un deber que cumplir, del cual no puede desembarazarse. Camine muy cerca de Dios; ore sin cesar. Va a tener que trabajar muchísimo si va a salvar su alma. Trate de ejercer una influencia que contrarreste el mal en el seno de su familia. Manténgase noblemente de parte de Dios. Su carácter es distinto del de su esposo, y será condenada por Dios a menos que obre por sí misma. Lleve a cabo una obra diligente para salvar su propia alma, y ejerza influencia para salvar a su familia. Muestre por su ejemplo que su tesoro está en el Cielo, que lo ha invertido todo en un hogar y en una vida mejores, que son eternos. Eduque su mente para que pueda valorar las cosas celestiales, para elevarse, para amar a Dios, y para manifestar una obediencia bien dispuesta a la voluntad de Dios.

Usted puede ser sometida a prueba, para ver cuán fuerte es su afecto por las cosas de este mundo. Es posible que se le dé a comprender una página de su corazón que desconocía. Dios conoce sus pruebas sobre todo al considerar la situación de su esposo y de sus hijos, a quienes les falta la fe salvadora. Mucho más depende de usted de lo que se imagina. Debe revestirse de la armadura. No gaste sus preciosas fuerzas haciendo un trabajo agotador que otros pueden hacer. Anime a su hija a ocuparse en algún empleo útil, y a que le ayude a llevar las cargas de la vida. Esa niña necesita disciplina. Su mente está vacía. Necesita dedicar todo a Dios; entonces será útil a su Redentor y lo complacerá.

Hermana mía: Trabaje menos, y ore y medite más. Los intereses externos deberían tener prioridad para usted. Dios no quiere que sus hijos se formen como amantes del dinero. El verdadero refinamiento y los modales bondadosos nunca se encontrarán en un hogar donde reina el egoísmo. Las personas verdaderamente finas siempre tienen mentes y corazones bien dispuestos, siempre son consideradas con los demás. El verdadero refinamiento no encuentra satisfacción en el adorno del cuerpo y en su exhibición. El verdadero refinamiento y la nobleza de alma se verán en los esfuerzos para bendecir y elevar a los demás. La (220) preocupación por las cosas eternas pesa demasiado poco en sus hijos. Quiera Dios despertarlos antes que sea demasiado tarde y tengan que exclamar angustiados: "Pasó la siega, terminó el verano, y nosotros no hemos sido salvos" (Jer. 8:20).

Hno. J: Se me presentó su caso. Usted ocupa un cargo de responsabilidad. Se le han confiado talentos de dinero e influencia. A cada hombre se le da su obra: algo que hacer, no solamente para ocupar la mente, los huesos y los músculos en una tarea común; es más que eso. Conoce esta tarea desde un punto de vista mundano, y tiene cierta experiencia en ella por sus actividades religiosas. Pero desde hace varios años usted ha estado perdiendo el tiempo, y ahora va a tener que trabajar rápidamente para redimir el pasado. No basta tener talentos; debe usarlos de tal manera que no sólo reciba beneficio usted, sino Aquel que se los concedió. Todo lo que tiene es un préstamo de su Señor. Se lo va a pedir con intereses.

Cristo tiene derecho a disponer de sus servicios. Ha llegado a ser su siervo por su gracia. No tiene que servir sus propios intereses, sino los de Aquel que lo empleó. Como profeso cristiano, usted tiene obligaciones para con Dios. No se le han confiado sus bienes personales para que los invierta. Si tal fuera el caso, usted podría haber consultado su propio placer con respecto a su uso. El capital es del Señor, y usted es responsable por su uso o su abuso. Hay maneras de invertir ese capital: entregarlo a los "cambiadores", de manera que gane algo para el Señor. Si permite que quede sepultado en tierra, ni el Señor ni usted recibirán beneficio alguno, y usted perderá todo lo que se le confió. Quiera Dios ayudarle, hermano mío, a comprender su situación frente a Dios como su siervo asalariado. Mediante su propio sufrimiento y su muerte pagó el salario que le habría de asegurar su servicio voluntario y su pronta obediencia.

Durante las pruebas de los últimos años usted ha padecido de sufrimiento mental, y ha sentido alivio al volcar su atención más plenamente en las cosas del mundo, a la tarea de adquirir bienes. Dios, en su gran amor y su misericordia hacia usted, lo ha recibido de nuevo en su redil. Hay delante de usted ahora nuevos deberes y responsabilidades. Su amor por el mundo es fuerte. Ha estado depositando sus tesoros en la tierra. Jesús lo invita ahora a (221) transferir su tesoro al Cielo; porque donde esté su tesoro, allí estará también su corazón. Tenga cuidado en su trato con sus hermanos y los incrédulos. Sea fiel a su profesión de fe, y conserve una verdadera nobleza de alma, lo cual será un crédito para la verdad que profesa creer.

Usted ocupa un puesto destacado que induce a los demás a contemplarlo. Su intelecto está por encima del promedio. Es un hombre de percepciones rápidas y de sentimientos profundos. Algunos de sus hermanos no han obrado con sabiduría. Lo han observado, han evaluado su caso, y han llegado a la conclusión de que usted debería ser más generoso con los medios económicos que posee. Se han sentido infelices con usted. Todo esto ha sido innecesario. Ellos mismos fallan en muchas cosas; y si son fieles en el humilde servicio que el Maestro les ha encomendado, tendrán todo lo que pueden hacer. No pueden darse el lujo de perder el tiempo en temer con ansiedad que su prójimo, a quien se le ha confiado una tarea más importante, no sea capaz de hacer bien la obra. Mientras se encuentran tan interesados en el caso de otra persona, descuidan su propia tarea, y en realidad son siervos negligentes. Estaban ansiosos por hacer el trabajo del prójimo en lugar de empeñarse en el propio.

Creen que si se les hubieran confiado cinco talentos, podrían hacer mucho más que aquel a quien en realidad se le confiaron. Pero el Maestro sabía mejor las cosas que ellos. Nadie necesita lamentarse porque no puede glorificar a Dios con los talentos que nunca se le concedieron, y por los cuales no es

responsable. No necesitan decir: "Si yo estuviera en otra situación en la vida, haría muchísimo bien con mi capital" . Dios sólo les pide que obtengan ganancias con lo que tienen, como mayordomos de su gracia.

El talento único, el servicio más humilde, si está plenamente consagrado, y se usa para promover la gloria de Dios, será tan aceptado por él como la ganancia del talento más importante. Los diversos cometidos están proporcionados a nuestras diversas capacidades. A cada ser humano se le dan de acuerdo con sus habilidades. Nadie debería despreciar su trabajo, considerándolo tan insignificante que no necesita preocuparse en hacerlo bien. Si lo hace, reduce a broma sus responsabilidades morales y desprecia (222) el día de las cosas pequeñas. El Cielo adjudica a todos su respectiva obra y la ambición de cada cual debería ser hacerla bien, de acuerdo con sus capacidades. Dios requiere que todos, desde el más débil hasta el más fuerte, haga la obra que se le asignó. El interés que se espera está en proporción con la cantidad confiada.

Cada cual debería hacer diligentemente y con interés su propia obra, dejando a los demás a cargo de su Maestro, para levantamiento o para caída. Hay demasiados entremetidos en demasiados interesados en vigilar a sus hermanos, y por esa razón están siempre débiles. Dan testimonio en las reuniones, y como no tienen a Jesús en sus corazones para confesarlo, tratan de decirle a sus hermanos cuál es su deber. Estas pobres almas no saben cuál es su propio deber, y sin embargo asumen la responsabilidad de iluminar a otros con respecto a lo que tienen que hacer. Si los tales hicieran su propio trabajo, y lograran que la gracia de Dios estuviera en sus corazones, se manifestaría en la iglesia un poder que ahora falta.

Hno. J: usted puede hacer el bien. Tiene buen juicio y Dios lo está conduciendo de las tinieblas a su luz. Use sus talentos para gloria de Dios. Llévelos a los banqueros para que cuando el Maestro regrese reciba lo suyo con usura. Aparte sus sarmientos de las cosas triviales de la tierra, y levántelos para que se entrelacen en Dios. La salvación de las almas es mucho más importante que todo el mundo. Un alma salvada para vivir durante todas las edades de la eternidad, para alabara Dios y al Cordero, es de más valor que millones en cualquier moneda. Las riquezas se hunden en la insignificancia cuando se las compara con el valor de las almas por las cuales Cristo murió. Usted es un hombre cauteloso y no va a tomar ninguna medida precipitada. Haga sacrificios en favor de la verdad, y vuélvase rico en Dios. Quiera Dios ayudarle a avanzar tan rápidamente como le resulte posible, y a darle a las cosas eternas el valor que realmente tienen.

Sus hijos necesitan que la gracia haga una obra más profunda en sus corazones. Necesitan fomentar la sobriedad y la solidez de carácter. Si estuvieran consagrados a Dios, podrían hacer el bien, y ejercer una influencia salvadora sobre sus compañeros.

No permitamos que los pobres crean que no tienen nada que (223) hacer porque no tienen la riqueza de sus hermanos. Pueden hacer sacrificios de muchas maneras. Pueden negarse a sí mismos. Pueden vivir vidas devotas, y pueden honrar a su Redentor mediante sus palabras y actos. Las hermanas especialmente pueden ejercer una poderosa influencia si abandonan la maledicencia y se dedican a velar y a orar. Pueden honrar a Dios. Pueden dejar que su luz ilumine de tal manera a los demás que al ver sus buenas obras se sientan inducidos a glorificar a nuestro Padre que está en los Cielos.

Como una ilustración del fracaso de su parte para llevar a cabo la obra de Dios, como era su privilegio hacerlo, se me refirió a estas palabras: "Maldecid a Meroz, dijo el ángel de Jehová; maldecid severamente a sus moradores, porque no vinieron al socorro de Jehová, al socorro de Jehová contra los fuertes" (Jueces 5:23). ¿Qué hizo Meroz? Nada. Y ese fue su pecado. No vinieron al socorro de Jehová contra los fuertes.

El Sentimentalismo y la Formación de Parejas.-

Querida Hna. K: En la visión que se me dio en junio pasado, se me mostró que usted posee una firmeza de carácter, una determinación de propósitos bastante parecida a la testarudez. No está dispuesta a que

se la conduzca, no obstante lo cual tiene ansias de conocer la voluntad de Dios y hacerla. Se ha engañado con respecto a sí misma; no ha comprendido su propio corazón. Creyó que su voluntad estaba sometida a la de Dios, pero en esto su juicio no fue correcto. Ha enfrentado pruebas y ha permitido que su mente se espacie en algunas esperanzas frustradas. Desde hace algunos años su vida ha tomado un giro peculiar. Al parecer se ha manifestado en usted una actitud de intranquilidad. No ha sido feliz, aunque no ha habido nada a su alrededor que pudiera haber proyectado esas negras sombras. No ha disciplinado su mente para que se explaye en temas alegres. Es capaz de ejercer una poderosa influencia en favor de la verdad, si entrena a su mente (224) para que discurra por los canales correctos. Todas sus palabras y actos deberían ser de tal carácter que honren a su Redentor, exalten su amor y magnifiquen sus atractivos.

Usted ha caído en el triste error que prevalece tanto en esta época degenerada, especialmente entre las mujeres. Es demasiado aficionada al otro sexo. Le gusta su compañía; la forma como los atiende es halagadora para ellos, y usted los anima, o les permite ciertas familiaridades que no siempre están de acuerdo con la exhortación del apóstol que dice: "Absteneos de toda especie (apariencia) de mal" (1 Tes. 5:22).

Realmente, usted no se comprende a sí misma. Está avanzando en medio de las tinieblas. Ha tenido algo que hacer en eso de formar parejas. Este es un asunto sumamente incierto; porque usted no conoce el corazón, y puede hacer una obra lamentable, ayudándole de ese modo al gran rebelde en su obra de formar parejas. El está sumamente ocupado en ejercer influencia sobre los que no se ajustan el uno al otro para que unan sus intereses. Se regocija en su tarea, porque de esta manera puede producir más desgracia y desesperanza en la familia humana que si ejerciera sus habilidades en cualquier otra dirección.

Usted ha escrito muchas cartas que la han abrumado bastante. Esas cartas en cierto modo se han referido al tema de nuestra fe y esperanza; pero junto con eso ha habido muchas preguntas y suposiciones acerca de si éste o aquél se está por casar, y sugerencias relativas al matrimonio. Parece que usted está muy bien informada acerca de los casamientos que están en perspectiva, y escribe y habla acerca de esas cosas, con lo que solamente consigue esterilizar su alma. "De la abundancia del corazón habla la boca" (Mat.12:34). Ha cometido una gran injusticia contra sí misma al permitir que su mente y su conversación giren en torno del amor y el matrimonio. No ha sido feliz, porque se ha dedicado a buscar la felicidad. Este no es un buen negocio. Cuando trate sinceramente de cumplir sus deberes, y se sienta impulsada a servir a los demás, entonces va a encontrar tranquilidad de espíritu. Su mente gira en torno de usted misma. Necesita apartarse de sí misma para tratar de aliviar las preocupaciones de los demás; y al hacerlos felices va a encontrar la felicidad y la alegría de espíritu. (225)

Usted tiene una imaginación enfermiza. Ha creído que estaba enferma, pero eso ha sido más imaginación que real. Ha sido desleal consigo misma. Ha conversado con algunos jóvenes y se ha permitido libertades en su presencia que sólo serían convenientes delante de un hermano. Se me mostró que su influencia en ----- no fue lo que pudo haber sido. Permitió que su mente descendiera a un nivel muy bajo. Se permitió charlar, reír y dedicarse a una conversación barata indigna de una cristiana. Su comportamiento no fue lo que pudo haber sido. Daba la impresión de ser una persona sin columna vertebral. Medio como que se reclinaba sobre los demás, lo que constituye una actitud errónea para una dama en presencia de otras personas. Si lo hubiera pensado, también podría haber caminado y haberse sentado en posición erecta, como muchos de los demás. La condición de su mente la induce a la indolencia y a huir del ejercicio cuando éste podría ser uno de los mejores medios de lograr su recuperación. Nunca se va a recuperar a menos que deponga esa actitud indiferente y soñadora de su mente y se levante a hacer algo, a trabajar mientras el día dura. Trabaje, al mismo tiempo que imagina y planifica. Aparte su mente de los proyectos románticos. Usted mezcla con su religión un

sentimentalismo romántico y enfermizo, que no eleva, sino que rebaja. No sólo usted resulta afectada; otras personas también son perjudicadas por su ejemplo y su influencia.

Usted es devota por naturaleza. Si pudiera educar su mente para que se dedicara a temas elevados, que nada tuvieran que ver con usted misma, sino que fueran de naturaleza celestial, podría ser de utilidad. Pero una gran parte de su vida ha sido malgastada en soñar con hacer alguna obra grande en lo futuro, mientras el deber de hoy, que era su deber por insignificante que le haya parecido, quedó a un lado. Ha sido infiel. El Señor no le va a encargar ninguna obra más importante hasta que la que tiene delante haya sido vista y llevada a cabo con voluntad pronta y alegre. A menos que el corazón esté en el trabajo, resultará pesado, no importa de qué clase sea. El Señor prueba nuestras habilidades dándonos primero pequeños deberes para que los hagamos. Si nos apartamos de ellos con disgusto y murmuramos, nada más se nos confiará hasta que enfrentemos con alegría esos deberes pequeños, (226) para hacerlos bien; entonces se nos confiarán responsabilidades mayores.

Se le han confiado talentos, no para que los malgaste, sino para ponerlos en manos de los cambiadores, de manera que cuando venga el Maestro pueda recibir lo suyo con usura. Dios no ha distribuido estos talentos indiscriminadamente. Ha otorgado estos sagrados cometidos de acuerdo con la capacidad reconocida de sus siervos. "A cada uno su obra" (Mar. 13:34). Da a todos imparcialmente, y espera la ganancia correspondiente. Si todos cumplen su deber de acuerdo con la medida de su propia responsabilidad, la cantidad que se les ha confiado, sea grande o pequeña, será duplicada. Su fidelidad es sometida a prueba, y ella misma es positiva evidencia de su sabia mayordomía, y del hecho de que era digno de que se le confiaran las verdaderas riquezas, inclusive el don de la vida eterna.

En el congreso celebrado en Nueva York en octubre de 1868, se me mostró que hay muchos que no están haciendo nada y que podrían estar haciendo el bien. Se me presentó cierta clase de gente que posee impulsos generosos, inclinación a la devoción, y que le gusta hacer el bien; pero, al mismo tiempo, no están haciendo nada. Manifiestan un sentimiento de complacencia propia, y se arrullan con la idea de que si hubieran tenido la oportunidad, o si las circunstancias hubieran sido más favorables, podrían haber hecho una obra grande y buena; pero están esperando esa oportunidad. Desprecian la estrechez de mente del miserable que mezquina la limosna que le da al necesitado. Se dan cuenta de que esa persona vive para sí misma, que no se va a olvidar de ella para beneficiar a los demás, para bendecirlos con los talentos de la influencia y los medios económicos que le han sido confiados para que los use, no para que abuse de ellos, ni para que se oxiden, ni para sepultarlos en tierra. Los que se entregan a su mezquindad y su egoísmo, son responsables de sus actos miserables, y de los talentos de los cuales abusaron. Pero más responsables son los que tienen impulsos generosos y son naturalmente rápidos para discernir las cosas espirituales, si permanecen inactivos, a la espera de una oportunidad que suponen no ha llegado, y que al contrastar su disposición con la indisposición del miserable, creen que su condición es más favorable que la de sus (227) vecinos de alma mezquina. Los tales se engañan a sí mismos. La mera posesión de cualidades que no usan sólo aumenta su responsabilidad; y si conservan sin acrecentar los talentos de su Maestro, o los guardan, su condición no es mejor que la de esos vecinos por los cuales su alma siente tanto desprecio. Se les dirá: "Sabíais cuál era la voluntad de vuestro Maestro, y no la hicisteis".

Si usted hubiera educado su mente para que se concentre en temas elevados, para meditar en asuntos celestiales, podría haber hecho mucho bien. Podría haber ejercido una influencia sobre la mente de los demás, para apartarlos de sus pensamientos egoístas y de su tendencia a amar el mundo, para dirigirlos por los canales de la espiritualidad. Si sometiera sus afectos y sus pensamientos a la voluntad de Cristo, sería capaz de hacer mucho bien. Su imaginación es enfermiza porque le ha permitido recorrer senderos prohibidos y volverse soñadora. El soñar despierta y el levantar románticos castillos imaginarios la ha descalificado para ser útil. Ha vivido en un mundo imaginario; ha sido una mártir imaginaria y también una cristiana imaginaria.

Hay mucho de este sentimentalismo subalterno mezclado con la experiencia cristiana de los jóvenes en esta etapa de la historia del mundo. Hermana mía: Dios quiere que usted sea transformada. Eleve sus afectos; se lo ruego. Dedique sus facultades mentales y físicas al servicio de su Redentor, que la ha comprado. Santifique sus pensamientos y sentimientos para que todas sus obras sean hechas en Dios.
Usted ha estado sumida en un triste engaño. Dios habría querido que escudriñara íntimamente cada pensamiento y propósito de su corazón. Sea leal con su propia alma. Si sus afectos hubieran estado concentrados en Dios, como él lo pide, no habría pasado por las pruebas que le sobrevinieron. Hay una inquietud de espíritu en usted que no se va a aliviar hasta que sus pensamientos cambien; hasta que termine eso de soñar despierta y edificar castillos imaginarios, y se ponga a hacer el trabajo que hay que hacer ahora mismo.
Cuando escriba cartas, deje a un lado eso de formar parejas y tejer conjeturas acerca de los matrimonios de sus amigos. La relación matrimonial es santa, pero en esta época degenerada (228) sirve de manto a toda clase de vilezas. Se ha abusado de esta institución, y se la ha convertido en un crimen que forma parte de las señales de los últimos días, tal como los casamientos realizados antes del diluvio llegaron a ser un crimen también. Satanás está constantemente ocupado en apurara los jóvenes inexpertos para que formen alianzas matrimoniales. Pero mientras menos nos gloriamos en los matrimonios que se están celebrando últimamente, mejor será. Cuando se comprende la naturaleza sagrada de los requerimientos del matrimonio, aun ahora recibe la aprobación del Cielo, y brinda felicidad a ambos miembros de la pareja, y Dios es glorificado. Quiera Dios darle capacidad para hacer la obra que está delante de usted.
Estoy por escribir acerca de esta obra errónea y engañosa que se está llevando a cabo bajo el manto de la religión. La concupiscencia de la carne ejerce dominio sobre hombres y mujeres. La mente ha sido depravada como resultado de la perversión de los pensamientos y sentimientos, pero el poder engañoso de Satanás ha enceguecido de tal manera los ojos, que estas pobres almas seducidas se adulan a sí mismas con la idea de que poseen mentes espirituales, que son especialmente consagradas, en circunstancias que su experiencia religiosa está compuesta de un sentimentalismo enfermizo más que de pureza, verdadera bondad y humildad de alma; la mente no se aparta del yo, no se ejercita ni se eleva al bendecir a los demás, al realizar buenas obras. "La religión pura y sin mácula delante de Dios el Padre es ésta: Visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones, y guardarse sin mancha de este mundo" (Sant. 1:27). La religión verdadera ennoblece la mente, refina el gusto, santifica el juicio, y hace que su poseedor sea participante de la pureza y las influencias del Cielo; acerca a los ángeles, y aparta cada vez más del espíritu y la influencia del mundo.
Battle Creek, Míchigan. (229)

La Severidad en el Gobierno de la Familia.-
Hno. L: En junio pasado se me mostró que hay una obra que hacer para que usted corrija su conducta. Usted no se ve a sí mismo. Su vida ha sido una equivocación. No sigue una conducta sabia y misericordiosa en el seno de su familia. Es exigente. Si continúa el proceder que ha seguido con su esposa y sus hijos, los días de ella serán acortados y sus hijos le van a tener miedo, pero no lo van a querer. Usted cree que su conducta se basa en la sabiduría cristiana, pero se engaña a sí mismo.
Tiene ideas peculiares con respecto a la forma de dirigir a su familia. Ejerce un poder independiente y arbitrario que no concede libertad de ninguna clase a los que están a su alrededor. Se cree suficiente para capitanear a su familia, y piensa que su cabeza basta para mover a cada miembro, tal como el obrero mueve la máquina que tiene en las manos. Usted da órdenes y asume una autoridad que desagrada al Cielo y entristece a los ángeles piadosos. Se ha comportado en el seno de su familia como si fuera el único capaz de manejarse a sí mismo. Se ha ofendido cuando su esposa se ha atrevido a oponerse a sus opiniones y a poner en tela de juicio sus decisiones.

Después de ejercer mucha tolerancia, soportar pacientemente sus caprichos, ella se ha rebelado contra una autoridad injusta, se ha vuelto nerviosa y distraída, y ha manifestado desprecio por su conducta. Usted se ha aprovechado de estas manifestaciones, la ha acusado de cometer pecado, y ha sido dirigido por el espíritu del diablo, cuando quien cometía la falta era usted. La llevó al borde de la desesperación, y después se burló de ella. Cuán fácil le habría sido hacerle alegre y agradable la vida. Pero usted hizo todo lo contrario.

Ha sido más bien indolente. No ha tenido la ambición de ejercer la fortaleza que el Señor le ha concedido. Este es su capital. Un uso juicioso de su fuerza, más hábitos de perseverancia y trabajo, lo habrían capacitado para conseguir las comodidades (230) de la vida. Usted se ha equivocado, y creyó que el orgullo inducía a su esposa a desear tener algunas cosas más cómodas en su hogar. Ha sido oprimida y tratada con mezquindad por usted. Necesita una alimentación más generosa, una provisión más abundante de alimentos sobre su mesa; y en su casa necesita las cosas más confortables y convenientes que usted pueda conseguir, cosas que le permitan trabajar con tanta comodidad como sea posible. Pero usted ha considerado estos asuntos desde un punto de vista equivocado. Creyó que casi todo lo que se puede comer es suficientemente bueno, si se puede vivir con ello y conservar las fuerzas. Ha insistido en la necesidad de que la alimentación de su débil esposa sea frugal. Pero ella no puede generar buena sangre ni carne con el régimen alimentario que usted le impone, y vivir con salud. Algunas personas no pueden subsistir con el mismo alimento que les viene bien a otros, aunque esté preparado de la misma manera.

Usted está en peligro de volverse extremista. Su organismo puede convertir un alimento basto y pobre en buena sangre. Los órganos suyos, productores de sangre, están en buenas condiciones. Pero su esposa necesita un alimento más seleccionado. Si ella come el mismo alimento que el organismo de usted convierte en buena sangre, el de ella no lo asimilará. Carece de vitalidad, y necesita un régimen generoso y fortalecedor. Debería tener una buena provisión de frutas, y no reducirse a las mismas cosas día tras día. Su vínculo con la vida es tenue. Está enferma, y las necesidades de su organismo son muy diferentes de las de una persona sana.

Hno. L: Usted ostenta mucha dignidad, pero, ¿se la ha ganado? ¡Oh, no! La ha asumido. Ama su propia comodidad. Usted y el trabajo duro no andan de acuerdo. Si no hubiera sido tan negligente en su trabajo, tendría muchas de las comodidades de la vida que ahora no puede conseguir. Mediante sus hábitos de indolencia ha perjudicado a su esposa y a sus hijos. Las horas que debería haber empleado en trabajo intenso las ha pasado conversando y leyendo, y gozando de comodidad.

Es tan responsable del capital constituido por su fuerza física, como el rico lo es de sus riquezas. Ambos son mayordomos. A ambos se les ha confiado una tarea. No debe abusar de su fuerza, (231) sino usarla para adquirir lo que pueda suplir generosamente las necesidades de su familia, y para disponer de algo que dar a Dios para ayudar a la causa de la verdad presente. Ha sido consciente de la manifestación del orgullo, la ostentación y la vanidad en -----, y ha decidido que su ejemplo no prestaría apoyo al orgullo y la extravagancia. En el esfuerzo hecho para lograr esto, su pecado ha sido tan grande como el de los otros.

Ha fallado grandemente en su experiencia religiosa. Se ha puesto a un lado como espectador, para observar las deficiencias y fallas de los demás, y para alabarse a sí mismo porque veía errores en los otros. Ha sido cuidadoso y recto en sus transacciones comerciales, y al observar que ha habido deshonestidad en otros que hacen gran profesión de fe, contrastó esos errores con sus propios principios con respecto a este asunto, y dijo en su corazón: "Soy mejor que ellos", mientras que al mismo tiempo se estaba ubicando a un costado de la iglesia, para observar y encontrar faltas, sin hacer nada ni ponerse de parte del Señor para remediar el mal. Tuvo una norma para medir a los demás. Si no alcanzaban su ideal, dejaba de simpatizar con ellos, y se llenaba de un sentimiento de complacencia propia.

Ha sido exigente en su experiencia religiosa. Si Dios lo hubiera tratado como a usted le hubiera gustado tratar a los miembros de la iglesia que suponía estaban en el error, y como trató a su propia familia, su

condición sería lamentable, por cierto. Pero el Dios misericordioso, tierno y piadoso, cuya bondad es invariable, lo ha perdonado, y no lo ha rechazado ni lo ha dejado a un lado por sus transgresiones, sus numerosos errores y sus apostasías. ¡Oh, no! Lo sigue amando.

¿Ha considerado usted realmente que "con la medida que medís os será medido"? (Mat. T2). Usted vio orgullo, vanidad y amor al mundo en algunos que pretendían ser cristianos en . Esto es sumamente lamentable; y porque se tolera esa actitud, los ángeles se entristecen. Los que siguen el ejemplo de los que carecen de consagración están ejerciendo una influencia que aleja de Cristo, y están acumulando en sus vestimentas la sangre de las almas. Si continúan en la misma conducta, perderán sus almas, y algún día sabrán lo que es sentir el peso terrible de las otras almas que fueron desviadas por su falta de consagración, (232) mientras profesaban estar gobernados por principios religiosos.

Tiene toda la razón del mundo para estar contristado por el orgullo y la falta de sencillez de los que profesan cosas mejores. Pero usted se ha dedicado a vigilar a los demás, y hablar de sus errores, y ha descuidado su propia alma. No es responsable de los pecados de sus hermanos, a menos que su ejemplo los haya hecho tropezar, o haya desviado sus pisadas de la senda estrecha. Tiene una obra grande y solemne que hacer para dominarse y subyugarse, para volverse manso y humilde de corazón, para educarse de manera que llegue a ser tierno, piadoso en el seno de su familia, y poseer esa nobleza de espíritu y esa verdadera generosidad de alma que desprecia todo lo que sea mezquino.

Le ha parecido que se estaba trabajando demasiado en el salón de cultos, y ha hecho notar que se hacían muchos gastos innecesarios allí. No necesita tener esos escrúpulos de conciencia tan especiales. No hay nada en ese salón que se esté preparando con demasiado cuidado, nitidez y orden. Esa obra no es grandiosa. Los adornos no son extravagantes. Los que están listos para quejarse de ese salón de cultos, ¿consideraron para quién lo están construyendo; que se lo estaba haciendo para que fuera especialmente la casa de Dios; para dedicársela a él; para que fuera un lugar donde la gente se pudiera reunir con el Señor? Muchos reaccionan como si el Creador de los cielos y la tierra, el que hizo todo lo agradable y hermoso que hay en el mundo, se va a sentir complacido al ver una casa erigida para él sin orden ni belleza. Algunos construyen casas grandes y convenientes para sí mismos, pero no se pueden permitir gastar mucho en una casa que van a dedicar a Dios. Cada peso de los medios económicos que se encuentran en sus manos, es del Señor. Se los ha prestado por un poco de tiempo, con el fin de que lo usen para su gloria; pero administran estos medios para el progreso de la causa de Dios como si cada peso gastado con este fin fuera pérdida neta.

Dios no quiere que su pueblo gaste en forma extravagante los medios económicos para ostentación o adorno; quiere que manifiesten limpieza, orden, buen gusto y una sencilla belleza al preparar una casa para él con el fin de que se pueda encontrar con su pueblo. Los que levantan una casa para Dios deben manifestar un interés mayor, y asimismo más cuidado y buen gusto en sus (233) arreglos, puesto que el motivo por el cual se la construye es más elevado y santo que el común de los edificios que se construyen.

El Señor lee las intenciones y los propósitos de los hombres. Los que tienen un concepto elevado de su carácter sentirán el mayor placer en que todo lo que se relacione con él sea hecho de la mejor manera, y ponga en evidencia el buen gusto más refinado. Pero los que construyen a regañadientes una casa dedicada a Dios, más pobre que la que aceptarían para vivir ellos mismos, manifiestan falta de reverencia hacia Dios y las cosas sagradas. Sus obras revelan que a sus ojos sus propias preocupaciones de orden temporal son de más valor que los asuntos de naturaleza espiritual. Las cosas eternas ocupan un lugar secundario. No se considera esencial tener cosas buenas y convenientes para usarlas en el servicio de Dios; pero, eso sí, se las ve sumamente esenciales en los asuntos de esta vida. Los hombres revelan así la verdadera naturaleza moral de los principios que se encuentran en sus corazones.

Muchos de nuestros hermanos tienen miras estrechas. El orden, la pulcritud, el buen gusto y la conveniencia han sido calificados de orgullo y amor al mundo. Esto es una equivocación. El vano orgullo, que se manifiesta en atavíos ostentosos y adornos innecesarios, no es agradable a Dios. Pero el

que creó para el hombre un mundo hermoso, y plantó el encantador jardín del Edén con toda clase de árboles para que dieran fruto y exhibieran belleza, y que decoró la tierra con flores encantadoras de todas clases y formas, nos ha dado pruebas tangibles de que le agrada la hermosura. Sin embargo, acepta la más humilde ofrenda del niño más pobre y débil, si no tiene nada mejor que ofrecer. Dios acepta la sinceridad del alma. El hombre que tiene a Dios entronizado en el corazón, y que lo ha exaltado por sobre todo, será inducido a someter totalmente su voluntad a Dios, y hará una entrega completa de sí mismo a su gobierno y su reino.

Los miopes mortales no comprenden los caminos y las obras de Dios. Sus ojos no están dirigidos hacia las alturas, hacia él, como deberían estarlo. No tienen una visión exaltada de las cosas eternas. Las contemplan sólo con visión empañada. No se deleitan especialmente en considerar el amor de Dios, la gloria y el esplendor del Cielo, el carácter exaltado de los santos ángeles, la (234) majestad y el encanto inexpresables de Jesús, nuestro Redentor. Por tanto tiempo han mantenido las cosas terrenales delante de los ojos, que las escenas eternas les resultan vagas e indefinidas. Tienen un concepto limitado de Dios, el Cielo y la eternidad.

Las cosas sagradas se ponen al mismo nivel de las comunes; por lo tanto, en su trato con Dios manifiestan esa misma actitud mezquina y miserable que ponen en evidencia cuando tratan con sus semejantes. Sus ofrendas al Señor son rengas, enfermas o defectuosas. Le roban a Dios así como le roban a sus semejantes. Sus mentes no alcanzan una elevada norma moral; por lo contrario, permanecen en un nivel bajo; están respirando constantemente las miasmas de las zonas bajas de la tierra.

Hno L: Usted rige a su familia con vara de hierro. Es severo al gobernar a sus hijos. No va a lograr su amor mediante este procedimiento. No es tierno, amante, afectuoso ni cortés con su esposa; por lo contrario, es duro, y siempre está rebajándola para acusarla y censurarla. Una familia bien administrada y ordenada es agradable a la vista de Dios y de los ángeles ministradores. Usted debe aprender para que su hogar sea ordenado, cómodo y agradable. Adórnelo después con decorosa dignidad, y sus hijos asimilarán ese espíritu; y ustedes dos obtendrán con más facilidad orden, regularidad y obediencia.

Hno. L: ¿Ha considerado usted qué es un niño, y adónde va? Sus hijos son los miembros jóvenes de la familia del Señor: hermanos y hermanas confiados a su cuidado por su Padre celestial a fin de que los prepare y los eduque para el Cielo. Cuando usted los ha tratado con aspereza, como lo ha hecho frecuentemente, ¿no cree que Dios le va a pedir cuenta de esa manera de tratar? No debería de tratarlos con semejante aspereza. Un niño no es un caballo o un perro para que usted le dé órdenes de acuerdo con el imperio de su voluntad, ni para que los controle en toda circunstancia con un garrote o un látigo, o con bofetadas. Algunos niños tienen un carácter irrefrenable que la administración de dolor puede ser necesaria; pero en muchísimos casos esta clase de disciplina los vuelve peores.

Debería ejercer dominio propio. Nunca corrija a sus hijos mientras esté impaciente o enojado, o cuando se encuentre bajo la influencia de la ira. Castíguelos con amor, diciéndoles que le (235) disgusta causarles dolor. Nunca levante la mano para dar un golpe, a menos que con limpia conciencia pueda inclinarse delante de Dios para pedir su bendición sobre la corrección que está por administrar. Fomente el amor en el corazón de sus hijos. Preséntele motivos elevados y correctos para ejercer dominio propio. No les dé la impresión de que se tienen que someter a su control como consecuencia de su decisión arbitraria; porque ellos son débiles, y usted es fuerte; porque usted es el padre, y ellos los hijos. Si usted desea arruinar su familia, siga gobernándola por medio de la fuerza bruta, y seguramente tendrá éxito.

Su esposa es tierna de corazón y se conmueve fácilmente. Siente la aspereza de su disciplina y eso la induce a irse al otro extremo. Trata de contrarrestar su severidad, y usted la acusa de no cumplir su deber de controlar a sus hijos. La considera complaciente, demasiado apegada a sus hijos, y blanda. Usted no la puede ayudar en ese sentido mientras usted no se corrija y manifieste esa ternura paternal que debería manifestar en el seno de su familia. Su errónea administración induce a su esposa a ser

blanda en su disciplina. Tiene que suavizar su naturaleza. Necesita ser refinado por la influencia del Espíritu de Dios. Necesita convertirse cabalmente; entonces podrá actuar en forma correcta. Necesita que el amor penetre en su alma, para permitirle que ocupe el lugar de la dignidad propia; el yo debe morir.

Su esposa necesita ternura y amor. El Señor la ama. Está más cerca del reino de los Cielos que usted. Pero está muriendo poco a poco, y usted es quien lentamente le está quitando la vida. Podría hacerla feliz si quisiera. Puede animarla a reposar en su gran afecto, a confiar en usted y a amarlo. Usted está alejando el corazón de ella. No se atreve a confiarle todos los sentimientos de su alma, porque usted los ha despreciado; ha ridiculizado sus temores, y ha impuesto sus opiniones como si fueran inapelables. El respeto de ella por usted seguramente va a morir si persiste en la conducta que ha comenzado; y cuando el respeto desaparece, el amor no dura mucho más.

Le ruego que dé media vuelta y se humille para confesar que ha obrado mal con su esposa. Ella no es perfecta. Tiene errores; pero sinceramente desea servir a Dios y soporta pacientemente su manera de proceder con ella y con sus hijos. Usted es rápido para (236) descubrir los errores de su esposa, y cuando puede encontrar una grieta, la encuentra. Ella es débil; no obstante, con sus débiles fuerzas glorifica a Dios más que usted con toda su fuerza.

Battle Creek, 17 de Enero de 1869.

Una Carta de Cumpleaños.-

Amado Hijo: Te escribo esto en ocasión de tu decimonono cumpleaños. Hemos gozado el placer de tenerte con nosotros por algunas semanas. Estás ahora por dejarnos, pero nuestras oraciones te seguirán.

Hoy termina otro año de tu vida. ¿Cómo puedes considerarlo al echar una mirada retrospectiva? ¿Has progresado en la vida religiosa? ¿Has crecido en espiritualidad? ¿Has crucificado el yo con sus afectos y concupiscencias? ¿Te interesa más el estudio de la Palabra de Dios? ¿Has obtenido victorias decisivas sobre tus propios sentimientos y carácter díscolo, o, cuál ha sido el registro de tu vida durante el año que acaba de pasar a la eternidad para nunca más volver?

Al entrar en el nuevo año, hazlo con la ferviente resolución de dirigirte hacia adelante y hacia arriba. Sea tu vida más elevada y más exaltada de lo que jamás ha sido. Proponte no buscar tu propio interés y placer, sino hacer progresar la causa de tu Redentor. No permanezcas en una posición donde necesitas ayuda, donde otros tengan que guardarte para conservarte en el camino estrecho. Puedes ser fuerte para ejercer en otros una influencia santificadora. Puedes hallarte donde el interés de tu alma se despierte para hacer bien a otros, para consolar a los entristecidos, fortalecer a los débiles y dar tu testimonio por Cristo siempre que se presente la oportunidad. Ten por blanco honrar a Dios en todo, siempre y por doquiera. Entreteje tu religión en todo. Sé cabal en cuanto emprendas.

No has experimentado el poder salvador de Dios como es privilegio hacerlo, porque no has hecho del deseo de glorificar a Cristo el gran blanco de tu vida. Sea para gloria de Dios cada resolución que tomes, cada trabajo que emprendas, cada placer (237) que disfrutes. Sea éste el lenguaje de tu corazón: Yo soy tuyo, oh Dios, para vivir por ti, trabajar para ti y sufrir por ti.

Muchos profesan estar del lado del Señor, sin estarlo; el peso de todas sus acciones está en favor de Satanás. ¿Por qué medios determinaremos en qué lado estamos? ¿Quién posee el corazón? ¿Con quién están nuestros pensamientos? ¿Acerca de quién conversamos con deleite? ¿A quién dedicamos nuestros más cálidos afectos y nuestras mejores energías? Si estamos del lado del Señor, nuestros pensamientos están con él, y nuestras reflexiones más dulces se refieren a él. No trabamos amistad con el mundo; hemos consagrado a Dios todo lo que tenemos y somos. Anhelamos llevar su imagen, respirar su espíritu, hacer su voluntad y agradarle en todo.

Debes conducirte de tal manera que nadie necesite equivocarse acerca de ti. Sin decisión no puedes ejercer influencia en el mundo. Tus resoluciones pueden ser buenas y sinceras, pero fracasarán a menos

que hagas de Dios tu fortaleza y avances con firme resolución de propósito. Debes consagrar todo tu corazón a la causa y la obra de Dios. Debes desear sinceramente obtener experiencia en la vida cristiana. Debes ejemplificar a Cristo en tu vida.

No puedes servir a Dios y a Mamón. Estarás completamente del lado del Señor o del lado del enemigo. "El que no es conmigo, contra mí es; el que conmigo no recoge, desparrama" (Luc. 11:23). Algunas personas fracasan en su vida religiosa porque son vacilantes e irresolutas. Con frecuencia se convencen y casi llegan al punto de entregarlo todo para Dios; pero, al no decidirse, vuelven a caer. Mientras están en el pecado, su conciencia se endurece, y se vuelve cada vez menos susceptible a las impresiones del Espíritu de Dios. Su Espíritu las ha amonestado y convencido, pero ha sido despreciado y contristado hasta que casi se ha apartado de ellas. No se puede jugar con Dios. El nos muestra claramente nuestro deber, y si no andamos en la luz, ésta se convierte en tinieblas.

Dios te invita a ser colaborador suyo en su viña. Empieza donde te encuentres. Acude a la cruz, y allí renuncia a ti mismo, al mundo y a todo ídolo. Acepta plenamente a Jesús en tu corazón. Te hallas en un lugar donde es difícil conservar la consagración (238) y ejercer una influencia que aparte a otros del pecado, de los placeres y de la insensatez para que anden en el camino angosto, que deben seguir los redimidos del Señor.

Entrégate completamente a Dios; ríndele todo sin reserva y busca así la paz que sobrepuja todo entendimiento. No puedes ser nutrido por Cristo a menos que estés en él. Si no estás en él, eres un sarmiento seco. No sientes tu necesidad de pureza y verdadera santidad. Debes anhelar con fervor el Espíritu Santo, y orar fervorosamente para obtenerlo. No puedes esperar la bendición de Dios sin buscarla. Si empleas los recursos que se hallan a tu alcance, experimentarás un crecimiento en la gracia, y te elevarás a una vida superior.

No es natural para ti amar las cosas espirituales, pero puedes adquirir este amor ejercitando tu mente y las fuerzas de tu ser en esa dirección. Lo que necesitas es el poder de obrar. La verdadera educación es el poder de usar nuestras facultades de manera que produzcan resultados benéficos. ¿Por qué ocupa la religión tan poco de nuestra atención mientras que el mundo obtiene la fuerza del cerebro, de los huesos y de los músculos? Es porque toda la fuerza de nuestro ser se dedica a ello. Nos hemos preparado para dedicarnos con fervor y poder a los negocios mundanales hasta el punto que ahora es fácil para la mente inclinarse en este sentido. Esta es la única razón que nos explica por qué los creyentes encuentran tan difícil la vida religiosa y tan fácil la vida mundanal. Las facultades han sido educadas para ejercer su fuerza en esa dirección. En la vida religiosa se han aceptado las verdades de la Palabra de Dios, pero no se las ha ilustrado en forma práctica en la vida.

El cultivo de los pensamientos religiosos y sentimientos de devoción no es hecho parte de la educación. Deberían influir en el ser entero y regirlo completamente. El hábito de hacer lo recto es lo que se necesita. Se obra intermitentemente bajo influencias favorables; pero el pensar natural y fácilmente en las cosas divinas no es el principio que rige la mente.

Si se ejercita de continuo la mente en las cosas del espíritu, no será necesario permanecer en la condición de enanos espirituales. Pero el mero hecho de orar al respecto, no satisfará las necesidades del caso. El ejercicio producirá fuerza. Muchos de los (239) que profesan creer en Cristo, están muy expuestos a perder ambos mundos. El ser cristiano a medias y mundano a medias hace que uno sea cristiano en una centésima parte, y mundano en todo lo demás.

La vida espiritual es lo que Dios requiere, y sin embargo son millares los que claman: "No sé lo que me pasa, no tengo fuerza espiritual, no poseo el Espíritu de Dios" . Sin embargo, las mismas personas se vuelven activas, locuaces, y aun elocuentes cuando hablan de asuntos mundanales. Escuchemos a los tales en la reunión. Apenas si pronuncian una docena de palabras con voz casi imperceptible. Son hombres y mujeres del mundo. Han cultivado sus tendencias mundanales hasta que sus facultades se han fortalecido en ese sentido. Sin embargo, son tan débiles como niños en lo que respecta a las cosas espirituales, cuando debieran ser fuertes e inteligentes. No se deleitan en espaciarse en el misterio de la

piedad. No conocen el lenguaje del Cielo, y no educan sus mentes para poder cantar los himnos del Cielo o deleitarse en los ejercicios espirituales que allí recibirán la atención de todos.

Los que profesan creer en Cristo, los cristianos mundanales, no están familiarizados con las cosas celestiales. Nunca serán llevados a las puertas de la Nueva Jerusalén para participar en ejercicios que hasta entonces no les interesaron especialmente. No prepararon sus mentes para que se deleitasen en la devoción y en la meditación de las cosas de Dios y del Cielo. ¿Cómo podrían, entonces, participar en los servicios del Cielo? ¿Cuánto deleite hallarían en lo espiritual, lo puro y lo santo del Cielo, cuando ello no fue su deleite especial en la tierra? La atmósfera que allí reine será la pureza misma. Pero esas personas no están familiarizadas con ella. Cuando estaban en el mundo, siguiendo sus vocaciones mundanales, sabían lo que debían hacer y cómo debían obrar. Gracias al constante ejercicio, las facultades inferiores se desarrollaron, mientras que las potencias superiores y más nobles del alma, debilitadas por la inactividad, se tornaron incapaces de despertarse para los ejercicios espirituales. Las cosas espirituales no se disciernen, porque son consideradas con ojos que aman el mundo y no pueden estimar el valor y la gloria de lo divino sobre lo temporal. (240)

La mente debe ser educada y disciplinada para amar la pureza. El amor por las cosas espirituales debe ser alentado. Sí, debe ser estimulado, si se quiere crecer en gracia y en el conocimiento de la vedad. Desear lo bueno y la verdadera santidad es correcto en sí, pero si te detienes allí, de nada te servirá. Los buenos propósitos son loables, pero no tendrán valor a menos que se lleven resueltamente a cabo. Muchos se perderán aunque esperaron y desearon ser cristianos, pero no hicieron esfuerzos fervientes; por lo tanto, serán pesados en la balanza y hallados faltos. La voluntad debe ejercerse en la debida dirección diciendo: Quiero ser un cristiano consagrado. Quiero conocer la longitud, la anchura, la altura y la profundidad del amor perfecto. Escucha las palabras de Jesús: "Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos" (Mat. 5:6). Cristo ha hecho amplia provisión para satisfacer el alma que tiene hambre y sed de justicia.

El elemento puro del amor delatará al alma, a fin de que alcance lo superior, en busca del conocimiento más amplio de las cosas divinas, de tal manera que no quede satisfecha a menos que obtenga la plenitud. La mayoría de los que profesan ser cristianos no tienen idea de la fuerza espiritual que podrían tener si fuesen tan ambiciosos, celosos y perseverantes para alcanzar el conocimiento de las cosas divinas como lo son para obtener las miserables y perecederas cosas de esta vida. Las masas que profesan ser cristianas se satisfacen con su condición de enanos espirituales. No están dispuestas a buscar primeramente el reino de Dios y su justicia; de ahí que la piedad sea para ellas un misterio oculto e incomprensible. No conocen a Cristo por experiencia.

Transpórtese repentinamente al Cielo a esos hombres y mujeres que están satisfechos con su condición de enanos e inválidos en las cosas divinas, y hágaseles considerar por un instante el alto y santo estado de perfección que reina siempre allí, donde toda alma rebosa de amor, donde todo rostro resplandece de gozo, donde se elevan melodiosos acentos de música arrobadora en honor de Dios y del Cordero y los incesantes raudales de luz fluyen sobre los santos desde el rostro de Aquel que se sienta sobre el trono y del Cordero; y hágaseles comprender que hay un (241) gozo superior aún que experimentar; porque cuanto más reciben del gozo de Dios, tanto mayor es la capacidad de los justos para disfrutar la dicha eterna; de modo que continúe recibiendo nuevas y mayores provisiones de las incesantes fuentes de gloria y felicidad inefable; ¿podrían dichas personas, me pregunto, alternar con la muchedumbre celestial, participar en sus cantos y soportar la pura, excelsa y arrobadora gloria que emana de Dios y del Cordero? ¡Oh no! Su tiempo de prueba se alargó durante años para que pudiesen aprender el lenguaje del Cielo, para que pudiesen llegar a ser "participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que está en el mundo por concupiscencia" (2 Pedro 1:4). Pero tenían que dedicar las facultades de su mente y las energías de su ser a un negocio egoísta. No podían dedicarse a servir a Dios sin reserva. Las empresas mundanales debían ocupar el primer lugar y recibir lo mejor de sus facultades; un pensamiento pasajero fue todo lo que dedicaron a Dios. ¿Serán los tales transformados

después que se haya pronunciado la decisión final: "El santo sea santificado todavía, y el que es sucio, ensúciese todavía"? (Apoc. 22:11). Ese tiempo se está acercando.

Los que han educado su mente en el deleite de los ejercicios espirituales, son los que pueden ser trasladados sin que los abrume la pureza y la gloria trascendental del Cielo. Puedes tener un vasto conocimiento de las artes, puedes estar familiarizado con las ciencias, puedes sobresalir en música y caligrafía, pueden agradar tus modales a los que te tratan, pero ¿qué tienen que ver estas cosas con una preparación para el Cielo? ¿Te preparan para subsistir delante del tribunal de Dios?

No te engañes. Dios no puede ser burlado. Nada que no sea la santidad te preparará para el Cielo. Es la piedad sincera y experimental lo único que puede darte un carácter puro y elevado, y habilitarte para entrar en la presencia de Dios, quien mora en luz inaccesible. Esta tierra es el único lugar donde debemos adquirir el carácter celestial. Por lo tanto, comienza en seguida. Y no te lisonjees de que llegará el tiempo en que podrás con más facilidad que ahora hacer un esfuerzo ferviente. Cada día te distancias más de Dios. Prepárate para la eternidad con un celo que no has manifestado todavía. Educa la mente para amar la Biblia, amar la (242) reunión de oración, amar la hora de meditación, y sobre todo, la hora en la cual el alma comulga con Dios. Adquiere la mentalidad del Cielo si quieres unirte con el coro celestial en las mansiones divinas.

Hoy empieza un nuevo año de tu vida. Una nueva página ha sido abierta en el libro por el ángel registrador. ¿Qué se anotará en sus columnas? ¿Quedarán manchadas con la negligencia espiritual, con deberes que no fueron cumplidos? No lo permita Dios. Sean anotadas allí cosas de las que no te avergüences cuando sean reveladas a las miradas de los hombres y de los ángeles.

Greenville, Míchigan, 27 de Julio de 1868.

El Engaño de las Riquezas.-

Querida Hna. M: Cuando el Señor me mostró su caso, se me hizo recordar lo que pasó hace muchos años, cuando usted creía en la próxima venida de Cristo. Usted esperaba y amaba su aparición.

Su esposo era por naturaleza un hombre afectuoso y noble; pero confiaba en su propia fuerza, que era debilidad. No sentía la necesidad de hacer de Dios su fortaleza. Las bebidas intoxicantes entorpecieron su cerebro, y finalmente paralizaron las facultades superiores de la mente. Su humanidad, creada a la semejanza de Dios, fue sacrificada a su sed por las bebidas fuertes.

Usted sufrió oposición y malos tratos, pero Dios fue la fuente de su fortaleza. Mientras confió en él, la sostuvo. En todas sus pruebas no se permitió que fuera abrumada. ¡Cuán a menudo la fortalecieron los ángeles celestiales cuando se estaba desanimando, impresionando vívidamente su corazón con pasajes de las Escrituras que expresan el amor inagotable de Dios, y dándole evidencias de que su misericordia nunca cambia! Su alma confiaba en el Señor. Su comida y su bebida era hacer la voluntad de su Padre celestial. A veces confiaba fielmente en las promesas de Dios, y de nuevo su fe era probada hasta lo sumo. Los caminos de Dios parecían misteriosos, pero la mayor parte del tiempo usted tenía evidencias de que él la cuidaba en medio de sus aflicciones, (243) y que no iba a permitir que sus cargas fueran más pesadas de lo que podía soportar.

El Maestro vio que usted necesitaba prepararse para su reino celestial. No la puso en el horno para que el fuego de la aflicción la consumiera. Como un refinador y purificador de plata, mantuvo sus ojos fijos en usted, para vigilar el proceso de purificación, hasta percibir su imagen reflejada en usted. Aunque a menudo sintió que la llama de la aflicción se encendía sobre usted, y a ratos pensó que la iba a consumir, la misericordia de Dios era tan grande en esos momentos, como cuando se sentía libre espiritualmente y triunfante en él. El horno era para purificar y refinar; no para consumir y destruir.

La vi luchar con la pobreza, para sostenerse a sí misma y a sus hijos. Muchas veces usted no sabía qué hacer, y el porvenir parecía oscuro e incierto. En su angustia, clamaba al Señor y él la consolaba y ayudaba, y en derredor suyo brillaban rayos de esperanza y luz. ¡Cuánto apreciaba a Dios en esas ocasiones! ¡Cuán dulce era su amor consolador! Le parecía que tenía un precioso tesoro depositado en

el Cielo. Y al considerar la recompensa de los afligidos hijos de Dios, ¡cuánto la consolaba poder llamarle Padre!

Su caso en realidad era peor que si hubiera sido viuda. Su corazón agonizaba por causa de la conducta malvada de su esposo. Pero sus persecuciones, sus amenazas y su violencia no la indujeron a confiar en su propia sabiduría y a olvidarse de Dios. Muy lejos de ello; gracias a su sensatez era consciente de su debilidad, y de que era incapaz de llevar ese peso, y en su consciente debilidad recibió alivio al llevar sus pesadas preocupaciones a Jesús, el gran Portador de cargas. ¡Cómo apreciaba usted cada rayo de luz de su presencia! ¡Y cuán fuerte se sintió a veces en su fortaleza! Cuando la tormenta de persecución y crueldad se desataba inesperadamente sobre usted, el Señor no permitió que fuera abrumada; al contrario, en esos momentos de prueba obtenía fuerza, calma y paz, que le resultaban maravillosas.

Cuando las acusaciones ultrajantes y las burlas, más crueles que lanzas y flechas, caían sobre usted, la influencia del Espíritu de Dios en su corazón la indujo a hablar con calma, desapasionadamente. No era natural para usted hacer esto. Era el fruto (244) de la obra del Espíritu de Dios. La gracia del Señor fortalecía su fe en medio del descorazonamiento producido por la esperanza postergada. La gracia la fortaleció para la lucha y las dificultades, y la sacó adelante, vencedora. Dios le enseñó a orar, a amar y a confiar, a pesar del ambiente desfavorable que la rodeaba. Al verificar una y otra vez que sus oraciones recibían respuesta de una manera especial, usted no llegó a la conclusión de que ello sucedía por causa de algún mérito suyo, sino por su gran necesidad. Esta necesidad era la oportunidad de Dios. Y la manifestación de su liberación especial en los momentos más difíciles era como un oasis en el desierto para el viajero desfalleciente y fatigado.

El Señor no permitió que pereciera. A menudo indujo a algunos amigos a que la ayudaran cuando usted menos lo esperaba. Los ángeles de Dios la sirvieron, a medida que usted recorría paso a paso la escarpada senda. Se sintió apremiada por la pobreza, pero ésa fue la menor de las dificultades que tuvo que enfrentar. Cuando N usaba su autoridad para maltratarla y perjudicarla, usted creía que la copa que tenía que beber era ciertamente amarga; y cuando se degradaba para obrar inicuamente, y la ofendía y la insultaba en su propia casa, creó un abismo entre él y usted que jamás se pudo trasponer. Pero en medio de sus tremendas dificultades y perplejidades el Señor le daba amigos. No la dejó sola; por lo contrario, le impartió su fortaleza, de manera que usted pudo decir: "El Señor es mi Ayudador" .

En medio de todas sus pruebas, que nunca fueron plenamente reveladas a los demás, usted contó con un Amigo que nunca le falló, que le había dicho: "Estoy contigo siempre, hasta el fin del mundo" . Cuando estuvo en la tierra, siempre se sintió conmovido por el dolor humano. Pero aunque ahora se encuentra junto a su Padre, y lo adoran los ángeles que obedecen prestamente sus mandatos, su corazón, que amó, se compadeció y simpatizó, no ha cambiado. Sigue siendo un corazón cuya ternura es inmutable. Ese mismo Jesús conoce todas sus pruebas, y no la ha dejado sola para que luche contra las tentaciones, combata el mal y sea finalmente aplastada por las cargas y los pesares. Por medio de sus ángeles susurró a su oído: "No temas; estoy contigo". "Yo soy... el que vivo, y estuve muerto; mas he aquí que vivo (245) por los siglos de los siglos" (Apoc. 1:17-18). "Conozco tus pesares; los he soportado. Conozco tus luchas; las he experimentado. Conozco tus tentaciones; las he tenido que enfrentar. He visto tus lágrimas; yo también he llorado. Tus esperanzas terrenales están destruidas, pero levanta la vista por la fe, entra detrás del velo, y ancla allí tus esperanzas. Tendrás la eterna seguridad de que puedes contar con un Amigo más íntimo que un hermano".

¡Oh, mi querida hermana! Si usted pudiera ver, como yo, los caminos y las obras de Dios manifestados a lo largo de sus perplejidades y pruebas en la primera parte de su experiencia, cuando la mano de la pobreza la oprimía, nunca lo podría olvidar; por lo contrario, su amor aumentaría, y su celo por promover su gloria sería incansable.

Como resultado de sus aflicciones y del carácter peculiar de sus pruebas, su salud se resintió. Los amigos de la causa de Dios eran pocos y muchos de ellos eran pobres; usted veía pocas esperanzas tanto a la derecha como a la izquierda. Miraba a sus hijos y al considerar su condición desamparada, su

corazón casi desmayaba. En ese entonces, como resultado de la influencia de algunos adventistas que se habían unido con los shakers[1], y en quienes usted tenía confianza porque habían sido sus amigos en momentos de necesidad, fue inducida a unirse a esta secta por un tiempo; pero los ángeles de Dios no la abandonaron. La sirvieron, y fueron como un muro de fuego a su alrededor. Los santos ángeles la protegieron especialmente de las influencias engañosas que prevalecían entre esa gente. Los shakers creían que usted iba a unir sus intereses con los de ellos; y que si podían inducirla a formar parte de su grupo, usted sería de gran ayuda para su causa; porque podría llegar a ser una ardorosa miembro de su sociedad. Le habrían dado un puesto importante entre ellos. Algunos de los shakers habían recibido manifestaciones espirituales, en el sentido de que usted había sido designada por Dios para ser un miembro prominente en su sociedad; pero que no deberían presionarla; esa forma de tratarla podría ejercer una poderosa influencia (246) sobre usted, en circunstancias que la fuerza o la presión podrían provocar el fracaso de sus esperanzas.

El magnetismo[2] se practicaba bastante entre ellos. Se ufanaban que gracias a este poder usted llegaría a ver las cosas tal como ellos. Usted no estaba al tanto de todas las artimañas y sutilezas que se emplearon para cumplir sus propósitos. El Señor la preservó. Parecía que había un círculo de luz alrededor suyo, que procedía de los ángeles ministradores, de manera que las tinieblas que la rodeaban no podían penetrar ese círculo de luz. El Señor abrió el camino para que pudiera salir incólume de esa comunidad de gente engañada, con los principios de su fe tan puros como cuando entró.

Su brazo enfermo fue una gran aflicción para usted. Se volvió a derecha y a izquierda en procura de ayuda. Permitió que una mujer probara su pretendida habilidad en usted. Esa mujer era un instrumento especial de Satanás. Como resultado de sus experimentos usted casi perdió la vida. El veneno introducido en su organismo era suficiente para matar a una persona bien robusta. En este caso también Dios se interpuso; si no hubiera sido así, su vida habría sido sacrificada.

Fallaron todos los medios a los cuales recurrió para recuperar la salud. No sólo su brazo, sino todo su organismo estaba enfermo. Sus pulmones estaban afectados, y usted se encaminaba rápidamente hacia la muerte. En ese momento usted creyó que sólo Dios podía librarla. Algo más podría hacer: seguir la indicación del apóstol que encontramos en el capítulo 5 de Santiago. En ese momento hizo un pacto con Dios, que si le concedía la vida para poder seguir atendiendo las necesidades de sus hijos, sería del Señor y a él únicamente serviría; iba a dedicar su vida a su gloria; emplearía sus fuerzas para promover su causa, y practicaría el bien en la tierra. Los ángeles registraron la promesa que usted le hizo en ese momento a Dios.

Acudimos a usted en medio de su gran aflicción, y reclamamos el cumplimiento de las promesas de Dios en su favor. No nos atrevíamos a considerar las apariencias; porque si lo hubiéramos hecho habríamos sido como Pedro, a quien el Señor invitó (247) a acercarse a él caminando sobre el agua. Debió mantener los ojos fijos en Jesús; pero miró hacia abajo, hacia las aguas turbulentas, y su fe falló. Con calma y firmemente nos aferramos sólo de las promesas de Dios, sin tomar en cuenta las apariencias, y por fe reclamamos su bendición. Se me mostró que Dios obró especialmente y de manera maravillosa, y su vida fue preservada por un milagro de la misericordia, para ser un monumento viviente de su poder sanador y para dar testimonio de sus maravillosas obras en favor de los hijos de los hombres.

Cuando se produjo en usted ese cambio tan notable, terminó su cautiverio, y el gozo y la alegría llenaron su corazón en lugar de la duda y el pesar. La alabanza a Dios brotaba de su corazón y de sus labios. "¡Oh, lo que ha hecho Dios!" era el sentimiento de su alma. El Señor oyó las oraciones de sus siervos, y la levantó para que siguiera viviendo y soportando pruebas, para velar y esperar su aparición, y para glorificar su nombre. La pobreza y los cuidados la presionaban muchísimo. Cuando a veces las

[1] Secta evangélica norteamericana que preconizaba el celibato y practicaba una especie de vida comunitaria.
[2] Mesmerismo, hipnotismo.

nubes oscuras la envolvían, no podía evitar el hacer esta pregunta: "Oh, Dios, ¿me has olvidado?" Pero no había sido desamparada, aunque no podía ver un camino abierto delante de usted. El Señor quería que confiara en su amor y su misericordia tanto en medio de las nubes y las tinieblas como a la luz del sol. A veces las nubes desaparecían, y rayos de luz resplandecían sobre usted para fortalecer su desanimado corazón y aumentar su vacilante confianza, y de nuevo ponía su temblorosa fe en las seguras promesas de su Padre celestial. Entonces, sin querer clamaba: "¡Oh, Dios! Creeré en ti; confiaré en ti. Hasta aquí has sido mi ayudador, y no me vas a abandonar ahora" .

Cuando ganó la victoria, y de nuevo la luz resplandeció sobre usted, no podía encontrar las palabras para expresar su sincera gratitud a su bondadoso Padre celestial; y pensó que nunca más dudaría de su amor ni desconfiaría de su cuidado. No procuró la comodidad. No consideró que el trabajo pesado fuera una carga con tal de que se abriera el camino para que usted pudiera cuidar de sus hijos y protegerlos de la iniquidad que prevalece en esta etapa de la historia del mundo. La preocupación de su corazón era verlos volverse al Señor. Suplicó delante del Señor con clamores y lágrimas. Tanto deseaba su conversión. A veces su (248) corazón se desanimaba y desmayaba, por temor de que sus oraciones no fueran respondidas; pero de nuevo consagraba a Dios sus hijos, y su fiel corazón los volvía a colocar sobre el altar.

Cuando ingresaron al ejército, sus oraciones los siguieron. Fueron maravillosamente preservados de todo daño. Ellos dijeron que era buena suerte; pero las oraciones de una madre, procedentes de un alma anhelante y preocupada, al darse cuenta del peligro que corrían sus hijos de perecer en su juventud sin esperanza en Dios, tuvieron mucho que ver en su preservación. ¡Cuántas oraciones fueron registradas en el Cielo para que esos hijos fueran preservados con el fin de obedecer a Dios y dedicar sus vidas a su gloria! En la ansiedad que experimentaba por sus hijos, usted le rogaba a Dios que se los trajera de vuelta, para procurar con más fervor conducirlos por la senda de la santidad. Decidió que trabajaría más fielmente que nunca.

El Señor permitió que usted fuera entrenada en la adversidad y la aflicción para que pudiera obtener una experiencia que podría ser valiosa para usted misma y para los demás. En los días de su pobreza y de su prueba amaba al Señor y sus privilegios religiosos. La cercanía del regreso de Cristo era su consuelo. Era su esperanza viviente el hecho de encontrar pronto descanso para sus labores y fin para sus pruebas; cuando podría llegar a la conclusión de que no había trabajado ni sufrido demasiado; porque el apóstol Pablo declara: "Esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria" (2 Cor. 4:17).

Relacionarse con el pueblo de Dios le parecía casi como si hubiera estado visitando el Cielo. Los obstáculos no la desanimaban. Podía padecer cansancio y hambre por falta de alimento temporal, pero no podía privarse del alimento espiritual. Buscó fervientemente la gracia de Dios, y no lo hizo en vano. Su comunión con el pueblo de Dios era la bendición más rica de que podía disfrutar.

Como resultado de su experiencia cristiana, usted aborrecía la vanidad, el orgullo y la ostentación extravagante. Cuando observó los gastos que hacían los profesos cristianos por pura ostentación y para fomentar el orgullo, su corazón y sus labios dijeron: " ¡Oh, si yo hubiera dispuesto de los medios que se encuentran (249) en las manos de estos mayordomos infieles, habría considerado uno de los más grandes privilegios ayudar a los necesitados y colaborar en el progreso de la causa de Dios!"

A menudo sentía la presencia de Dios al tratar de iluminar humildemente a los demás con respecto a la verdad para estos últimos días. Había experimentado la verdad por sí misma. Sabía que lo que había visto y oído y experimentado, y acerca de lo cual había dado testimonio, no era ficción. Se deleitaba en presentar ante los demás, en conversación privada, la forma maravillosa como Dios había conducido a su pueblo. Se refería a su trato con tanta seguridad como para convencer los corazones de los que la escuchaban. Hablaba como si conociera las cosas que estaba afirmando. Cuando hablaba con los demás con respecto a la verdad presente, anhelaba disponer de oportunidades mayores y de una influencia más amplia, para dar a conocer a muchos que moran en tinieblas la luz que había iluminado su senda. A

veces consideraba su pobreza, su influencia limitada, y sus mejores esfuerzos —a menudo mal interpretados por los profesos amigos de la causa de la verdad—, y se sentía casi desanimada.

A veces, mientras se hallaba confundida, se equivocaba en su juicio, y no faltaban algunos que deberían haber poseído ese amor que no piensa el mal, que observaban, sospechaban el mal, y trataban de sacar el mayor partido posible de los errores que creían ver en usted. Pero el amor y la tierna piedad de Jesús no se apartaban de usted; eran su apoyo en medio de las pruebas y persecuciones de su vida. El reino de los cielos y la justicia de Cristo ocupaban el primer lugar en usted. Su vida adolecía de imperfecciones, porque errar es humano; pero de acuerdo con lo que el Señor ha tenido a bien mostrarme con respecto al ambiente desanimados de los días de su pobreza y su prueba, sé que nadie podría haber tenido una conducta más libre de errores que usted, si se hubiera encontrado como usted en medio de la pobreza y de pruebas dificilísimas. Es fácil para los que evitan las pruebas por las que tienen que pasar otros, observar e interrogarse, sospechar el mal y encontrar faltas. Algunos están más dispuestos a censurar a los demás por proseguir una cierta conducta, que a asumir la responsabilidad de decir lo que se debería hacer o señalar un camino más correcto. (250)

Usted se confundió. No sabía en quién confiar. Había sólo unos pocos observadores del sábado en y sus alrededores, capaces de ejercer una influencia salvadora. Algunos que profesaban la fe no eran motivo de honra para la causa de la verdad presente. No reunían con Cristo; por lo contrario, esparcían. Podían hablar en voz alta y por mucho tiempo, pero sus corazones no estaban en la obra. No habían sido santificados por la verdad que profesaban creer. Estos, al no tener raíces, abandonaron la fe. Si lo hubieran hecho antes, habría sido mejor para la causa de la verdad. Por causa de estas cosas, Satanás se aprovechó de usted, y preparó el camino para su apostasía.

Mi atención fue dirigida a sus deseos de poseer recursos. El sentimiento de su corazón era: "¡Oh, si tan sólo tuviese medios, no los despilfarraría! Daría un ejemplo a los avaros y mezquinos. Les mostraría la gran bendición que se recibe al hacer bien" . Su alma aborrecía la codicia. Al ver que quienes poseían abundantes riquezas cerraban su corazón al clamor de los menesterosos, usted decía: "Dios los visitará y los recompensará según sus obras" . Y cuando veía a los ricos enorgullecidos, que rodeaban su corazón de egoísmo, como con ligaduras de hierro, comprendía que ellos eran más pobres que usted misma, aun cuando pasaba necesidades y sufrimientos. Cuando veía que estos hombres, orgullosos de sus riquezas, obraban con altanería, porque el dinero tiene poder, se compadecía de ellos y nada la habría inducido a cambiar de lugar con ellos. Sin embargo, usted deseaba recursos a fin de usarlos de una manera que reprendiese a los codiciosos.

Dios dijo al ángel que la había atendido hasta entonces: "La he probado en la pobreza y la aflicción, y ella no se ha separado de mí ni se ha rebelado contra mí. Ahora la probaré con la prosperidad. Le revelaré un aspecto del corazón humano con el cual ella no está familiarizada. Le mostraré que el dinero es el enemigo más peligroso que haya encontrado. Le revelaré el engaño de las riquezas; le demostraré que son una trampa, aun para aquellos que se sienten seguros contra el egoísmo, contra la exaltación, la extravagancia, el orgullo y el amor a las alabanzas humanas.

Me fue mostrado que ante usted se abrió el camino para que (251) mejorasen sus condiciones de vida, y pudiese al fin obtener los recursos que pensaba usar con sabiduría para gloria de Dios. ¡Cuán ansiosamente miraba su ángel ministrados esa nueva prueba, para ver cómo la resistiría! Cuando llegaron los recursos a sus manos, vi cómo, gradual y casi imperceptiblemente, usted se separaba de Dios. Gastaba para su propia conveniencia los recursos que se le habían confiado, y se rodeaba de las comodidades de esta vida. Vi que los ángeles la miraban con anhelante tristeza, con el rostro medio desviado, pesarosos de abandonarla. Sin embargo, usted no advertía la presencia de ellos, y seguía su conducta sin acordarse de su ángel guardián.

Los negocios y los cuidados de su nueva situación reclamaban su tiempo y su atención, de modo que no consideró su deber hacia Dios. Jesús la había adquirido por su propia sangre; no era su propia dueña. Su tiempo, sus fuerzas y los medios de que disponía, todo le pertenecía a su Redentor. Había sido su

Amigo constante, su fuerza y su sostén cuando los otros amigos habían sido como caña cascada. Retribuyó el amor y la generosidad de Dios con ingratitud y olvido.

Su única seguridad consistía en confiar sin reservas en Cristo, su Salvador. No había seguridad para usted fuera de la cruz. ¡Cuán débil parecía la fortaleza humana en esas circunstancias! ¡Oh, cuán evidente era que no existe verdadera fortaleza fuera de la que Dios imparte a los que confían en él! Una petición ofrecida a Dios con fe tiene más poder que toda la riqueza del intelecto humano.

En medio de la prosperidad, usted no llevó a cabo las resoluciones que había hecho en la adversidad. El engaño de las riquezas la separó de sus propósitos. Aumentaron sus preocupaciones y se extendió su influencia. Los afligidos, al recibir alivio de sus padecimientos, la glorificaban, y usted aprendió a amar las alabanzas de los pobres labios mortales. Vivía en una ciudad populosa, y pensó que para el éxito de sus negocios y para conservar su influencia era necesario que cuanto la rodeaba estuviese de acuerdo con los mismos. Pero llevó las cosas al extremo. Se dejó guiar demasiado por opiniones y juicios ajenos. Gastó recursos inútilmente tan sólo para satisfacer la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida. Se olvidó de que estaba manejando (252) el dinero de su Señor. Cuando gastaba dinero sólo para estimular la vanidad, no consideraba que el ángel registrador anotaba acciones cuyo recuerdo la avergonzaría. El ángel dijo, señalándola: "Te glorificaste a ti misma, pero no me magnificaste" . Hasta se jactaba usted porque podía comprar esas cosas que hasta entonces habían estado fuera de su alcance.

Una gran suma se gastó en cosas innecesarias que sólo podían servir para la ostentación, fomentar la vanidad y el orgullo, y que finalmente le producirían remordimiento y vergüenza. Si hubiera recordado los derechos del Cielo sobre usted, y hubiera hecho una distribución adecuada de los medios confiados a su cuidado para ayudar al necesitado y colaborar en el progreso de la causa de la verdad presente, habría estado depositando un tesoro en el Cielo, y habría sido rica en Dios. Considere cuánto dinero ha invertido en algo que realmente no ha beneficiado a nadie, no ha alimentado ni vestido a nadie, ni le ha ayudado a nadie a ver el error de su camino para que pudiera volverse a Cristo y vivir.

Ha hecho grandes inversiones en empresas inciertas. Satanás cegó sus ojos para que no viera que esas empresas no le darían ganancias. La empresa de obtener la vida eterna no despertaba su interés. Allí podría haber invertido su dinero sin correr riesgos, sin tener que hacer frente a desilusiones, para recibir al final inmensas ganancias. Allí podría haber invertido en el banco del Cielo, que nunca falla. Allí podría haber depositado sus tesoros, donde los ladrones no minan ni el orín corrompe. Esta empresa es eterna y es mucho más noble que cualquier empresa terrenal, como los cielos son más altos que la tierra.

Sus hijos no eran discípulos de Cristo. Mantenían amistad con el mundo y sus corazones naturales deseaban ser como los mundanos. La concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida los dominaban, y en cierta medida ejercieron influencia sobre usted también. Ha tratado con más interés de agradar y complacer a sus hijos que de agradar y glorificar a Dios. Se olvidó de los derechos que Dios tiene sobre usted y de las necesidades de su causa. El egoísmo la indujo a gastar dinero en adornos para su satisfacción y la de sus hijos. No pensó que ese dinero no era suyo; que sólo le había sido prestado para probarla, para ver si iba a evitar los males que había notado en los demás. Dios hizo de usted su (253) mayordoma, y cuando él venga para ajustar cuentas con sus siervos, ¿qué cuenta va a rendir usted de su mayordomía?

Su fe y sencilla confianza en Dios empezaron a desvanecerse tan pronto como los recursos comenzaron a afluir. No se apartó usted de Dios en seguida. Su apostasía fue gradual. Renunció a los cultos matutino y vespertino porque no eran siempre convenientes. Su nuera le planteaba problemas difíciles y penosos, que tuvieron mucho que ver para disuadirla de continuar observando las devociones familiares. En su casa ya no se oraba. Sus negocios se convirtieron en el asunto primordial, y el Señor y su verdad quedaron relegados a segundo término. Recuerde los días del comienzo de su experiencia; ¿la habrían apartado esas pruebas entonces de la oración en familia?

Por este descuido de la oración de viva voz, usted dejó de ejercer una influencia que debió conservar. Era su deber reconocer a Dios en su familia, sin tener en cuenta las consecuencias. Debiera haber presentado sus peticiones ante Dios mañana y noche. Usted debiera haber sido como un sacerdote en la casa, y debiera haber confesado sus pecados y los de sus hijos. Si hubiese sido fiel, Dios, que había sido su guía, no la habría abandonado a su propia sabiduría.

En su casa se gastaban recursos inútilmente por pura ostentación. Usted se había afligido hondamente al ver este pecado en otros. Mientras usaba así sus recursos, estaba robando a Dios. Entonces el Señor dijo: "Yo dispersaré. Por un tiempo le permitiré andar en el camino que ha elegido; cegaré su juicio y le quitaré la sabiduría. Le mostraré que su fuerza es debilidad, y su sabiduría insensatez. La humillaré y le abriré sus ojos para que vea cuánto se ha apartado de mí. Si no quiere volverse a mí de todo corazón, y reconocerme en todos sus caminos, mi mano dispersará, y el orgullo de la madre y de los hijos será abatido y la pobreza volverá a ser su suerte. Mi nombre será ensalzado. La soberbia del hombre será abatida, y su orgullo, humillado".

Lo que he escrito anteriormente se me dio el 25 de diciembre de 1865 en la ciudad de Róchester, Nueva York. En junio pasado se me mostró que el Señor la estaba tratando con amor, y que la estaba invitando a volver a él para que pudiera vivir. Se me mostró que por años usted ha tenido la impresión de encontrarse (254) en condición de apóstata. Si se hubiera consagrado a Dios podría haber hecho una obra grande y buena al permitir que su luz resplandeciera sobre los demás. A cada cual se le da una obra que hacer por el Maestro. A cada uno de sus siervos les confía dones y talentos especiales. "A uno dio cinco talentos, y a otro dos, y a otro uno, a cada uno conforme a su capacidad" (Mat. 25:15). Cada siervo tiene un cometido por el cual es responsable; y los diversos cometidos están en relación con las distintas capacidades. Al otorgar sus talentos, Dios no ha obrado con parcialidad. Ha repartido los talentos de acuerdo con las posibilidades conocidas de sus siervos, y espera los réditos correspondientes.

En la primera parte de su vida, el Señor le impartió los talentos de la influencia, pero no le dio recursos, y por lo tanto, no esperaba que usted, en su pobreza, impartiese lo que no tenía. Como la viuda, usted dio lo que podía, aunque si hubiese considerado sus circunstancias, se habría sentido eximida de hacer tanto como hizo. En su enfermedad, Dios no le pedía que le dedicase la energía activa que la enfermedad le había quitado. Aunque se veía restringida en su influencia y sus recursos, Dios aceptaba sus esfuerzos para hacer bien y contribuir al progreso de su causa según lo que poseía, y no según lo que no tenía. El Señor no desprecia la ofrenda más humilde hecha voluntaria y sinceramente.

Usted posee un temperamento fogoso. El fervor por una causa buena es digno de alabanza. En sus anteriores pruebas y perplejidades obtuvo una experiencia que había de reportar ventajas a otros. Era celosa en el servicio de Dios. Se deleitaba en presentar las evidencias de nuestra fea los que no creían en la verdad presente. Podía hablar con seguridad; porque estas cosas eran una realidad para usted. La verdad era parte de su ser; los que escuchaban sus fervientes llamados no podían dudar de su sinceridad, y quedaban convencidos de que las cosas eran así.

En la providencia de Dios, su influencia se extendió; además de esto, Dios creyó propio probarla dándole talentos y recursos. Por lo tanto, le fue impuesta una doble responsabilidad. Cuando comenzó a mejorar su condición, usted dijo: "Tan pronto como pueda conseguirme una casa, daré para la casa de Dios". Pero cuando tuvo la casa, vio que había que hacer tantos arreglos para (255) que todo fuese conveniente y agradable en derredor, que se olvidó del Señor y de sus derechos sobre usted, y se sintió menos inclinada a ayudar a la causa de Dios que en los días de su pobreza y aflicción.

Buscó la amistad con el mundo, y se apartó más y más de Dios. Se olvidó de la exhortación de Cristo: "Mirad por vosotros, que vuestros corazones no sean cargados de glotonería y embriaguez, y de los cuidados de esta vida, y venga de repente sobre vosotros aquel día" . "Así que el que piensa estar firme, mire no caiga" (Luc. 21:34; 1 Cor. 10:12).

Hay tres consignas en la vida cristiana que deben ser observadas si deseamos evitar que Satanás nos gane la delantera; a saber: Velar, orar y trabajar. Es necesario velar y orar para progresar en la vida divina. Nunca hubo en su caso un tiempo más importante que el actual. Su única seguridad consiste en vivir una vida vigilante. Vele y ore siempre. ¡Oh, cuán grande preventivo es esto contra la tentación y el peligro de caer en las trampas del mundo! ¡Cuán fervientemente debiera usted haberse dedicado al trabajo durante los últimos años cuando su influencia era extensa!

Amada hermana, la alabanza de los hombres y la adulación corriente en el mundo han ejercido en usted una influencia mayor de lo que cree. No ha aprovechado sus talentos, dándolos a los banqueros. Usted es por naturaleza afectuosa y generosa. Ha ejercido estos rasgos de carácter hasta cierto punto, pero no tanto como Dios requiere. La mera posesión de estos dones excelentes, no es suficiente; Dios exige que se los mantenga en constante ejercicio, porque, valiéndose de ellos, él bendice a los que necesitan ayuda y lleva a cabo su obra en favor de la salvación del hombre.

El Señor no depende de las almas mezquinas para cuidar a los pobres que merecen ayuda, ni para sostener su causa. Los tales son demasiado estrechos de mente; le mezquinarían la más pequeña limosna a los necesitados en sus tribulaciones. También quisieran que la causa se empequeñeciera para que estuviera de acuerdo con sus ideas limitadas. Economizar dinero sería la idea predominante entre ellos. Parece que su dinero es de más valor para ellos que las preciosas almas por las cuales Cristo murió. Las vidas de los tales, en lo que concierne a Dios y al Cielo, son (256) peores que si no existieran. Dios no les va a confiar una obra tan importante.

"Maldecid a Meroz, dijo el ángel de Jehová; maldecid severamente a sus moradores, porque no vinieron al socorro de Jehová, el socorro de Jehová contra los fuertes" Jueces 5:23). ¿Qué hizo Meroz? Nada. Ese fue su pecado. La maldición de Dios recayó sobre ellos por lo que no hicieron. El hombre de mente egoísta y estrecha es responsable por su mezquindad; pero los que tienen sentimientos bondadosos y generosos impulsos, y amor por las almas, tienen una tremenda responsabilidad; porque si permiten que esos talentos queden sin usar y se desperdicien, serán considerados siervos infieles. La mera posesión de estos dones no basta. Los que los poseen deben darse cuenta de que sus obligaciones y responsabilidades son mayores.

El Maestro requerirá de cada uno de sus mayordomos que rinda cuenta de su mayordomía, para ver lo que ha ganado con los talentos que les confió. Los que reciban recompensas no se adjudicarán el mérito por haber negociado con diligencia; le darán toda la gloria a Dios. Hablan de lo que se les entregó como de "tu dinero", no el propio. Cuando se refieren a la ganancia tienen cuidado de declarar de dónde procedió. El capital fue adelantado por el Maestro. Negociaron con él de manera que tuvieron éxito, y le devolvieron al Dador el capital y los intereses. El recompensa sus esfuerzos como si el mérito les correspondiera, cuando lo deben todo a la gracia y la misericordia del generoso Dador. Sus palabras de aprobación inmerecida resuenan en sus oídos: "Bien, buen siervo fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu Señor" (Mat. 25:21).

A usted, hermana mía, se le ha confiado dinero y la capacidad de ejercer influencia; por lo tanto, su responsabilidad es grande. Debe obrar con cautela, y en el temor de Dios. Su sabiduría es debilidad, pero la sabiduría de lo alto es fuerte. El Señor quiere iluminar sus tinieblas y volver a darle una vislumbre del tesoro celestial, para que pueda apreciar el valor comparativo de ambos mundos. Le permite así elegir entre este mundo o la herencia eterna. Vi que tenía todavía oportunidad de volver al aprisco. Jesús la ha redimido por su propia sangre, y le pide que emplee sus talentos en su servicio. Usted no se ha endurecido a la influencia (257) del Espíritu Santo. Cuando se le presenta la verdad de Dios, halla respuesta en su corazón.

Vi que usted debería examinar cada una de sus decisiones. No debería hacer nada apresuradamente. Permita que Dios sea su consejero. El ama a sus hijos, y es correcto que usted los ame; pero no es correcto que les dé en sus afectos el lugar que el Señor reclama. Tienen impulsos amables y propósitos generosos. Poseen nobles rasgos de carácter. Si vieran solamente su necesidad del Salvador, y se

inclinaran al pie de la cruz, podrían ejercer influencia para el bien. Ahora son más amadores de los placeres que de Dios. Actualmente se encuentran en las filas del enemigo, bajo la bandera negra de Satanás. Jesús los invita a acudir a él, a abandonar las filas del enemigo y a ubicarse bajo la bandera manchada de sangre de la cruz de Cristo.

Les parecerá que es algo que no pueden hacer, porque requerirá mucha abnegación. No tienen una noción experimental del asunto. Los que han librado las batallas de su patria, y han estado sometidos a las dificultades, los trabajos y los peligros de la vida del soldado, deberían ser los últimos en vacilar y en manifestar cobardía en esta gran contienda por la vida eterna. En este caso estarán combatiendo por una corona de vida y una herencia inmortal. Su salario será seguro, y cuando la guerra haya terminado su ganancia será la vida eterna, una felicidad sin mezcla, y un eterno peso de gloria.

Satanás se va a oponer a todo esfuerzo que puedan hacer. Les presentará el mundo en sus aspectos más atractivos, como lo hizo con el Salvador del mundo cuando lo tentó por cuarenta días en el desierto. Cristo venció todas las tentaciones de Satanás, y lo mismo pueden hacer sus hijos. Están sirviendo a un amo duro. La paga del pecado es muerte. No pueden permitirse pecar. Van a descubrir que es algo sumamente caro. Y al final se van a encontrar con una pérdida eterna. Perderán las mansiones que Jesús fue a preparar a los que lo aman, y perderán también esa vida que se mide con la vida de Dios. Y esto no es todo. Tendrán que sufrir la ira de un Dios ofendido por haberle escatimado su servicio y haber brindado sus esfuerzos a su peor enemigo. Sus hijos no han recibido todavía la plenitud de la luz, y la condenación sólo viene después del rechazamiento de esa luz. (258)

Si los profesos cristianos estuvieran libres de error y fueran fervientes en sus esfuerzos por promover la gloria de Dios, ¡qué agitación se produciría en las filas del enemigo! Satanás es diligente y sincero en su obra. No quiere que las almas se salven. No quiere que se quebrante el poder que ejerce sobre ellos. No solamente pretende hacer las cosas; las hace en serio. Observa a Cristo cuando invita a las almas a acudir a él para que tengan vida, y es diligente y celoso en sus esfuerzos para impedir que acepten la invitación. No dejará medio sin usar para impedir que dejen sus filas y se pasen a las de Cristo. ¿Por qué los profesos seguidores de Jesús no pueden hacer tanto por él como sus enemigos hacen en contra de él? ¿Por qué no hacen todo lo que pueden? Satanás hace todo lo que puede para impedir que las almas acudan a Cristo. El fue una vez un ángel muy honrado en el Cielo, y aunque ha perdido su santidad, no ha perdido su poder. Ejerce ese poder con terribles efectos. No espera que su presa acuda a él. Va en pos de ella. Anda de aquí para allá por toda la tierra como león rugiente buscando a quien devorar. No siempre ostenta el feroz aspecto de león, pero cuando quiere lograr los mejores resultados se transforma en ángel de luz. Con toda facilidad puede transformar el rugido del león en los argumentos más convincentes o en el más suave susurro. Tiene legiones de ángeles que le ayudan en su obra. A menudo esconde sus trampas y atrae mediante engaños placenteros. Encanta y seduce a muchos adulando su vanidad. Presenta mediante sus instrumentos los placeres del mundo en su aspecto más atractivo, y adorna el sendero que conduce al infierno con flores tentadoras, y de ese modo las almas resultan encantadas y van a la ruina. Después de cada paso que se da en la senda descendente, Satanás tiene alguna otra tentación especial para conducirlas aún más lejos por el camino equivocado.

Si sus hijos estuvieran dirigidos por principios religiosos, serían fortificados contra el vicio y la corrupción que los rodean en esta era degenerada. Dios sería para ellos como el torreón de una fortaleza si quisieran depositar su confianza en él. "¿O forzará alguien mi fortaleza? Haga conmigo paz; sí, haga paz conmigo" (Isa. 27:5). El Señor será su Conductor en los días de su juventud, si están dispuestos a creer y confiar en él. (259)

Amada hermana mía, el Señor ha sido muy misericordioso con usted y su familia. Tiene ante su Padre celestial la obligación de alabar y glorificar su santo nombre en la tierra. A fin de continuar en su amor, debe trabajar constantemente para obtener la humildad de espíritu, y ese ánimo manso, sereno, que es de gran valor a los ojos de Dios. Su fuerza en Dios aumentará al consagrarlo todo a él, de manera que pueda decir con confianza: "¿Quién nos apartará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o

persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o cuchillo?" (Rom. 8:35). "Por lo cual estoy cierto que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni lo alto, ni lo bajo, ni ninguna criatura nos podrá apartar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro" (versos 38-39).

Una Juventud que se Engaña a sí Misma.-

Hno. 0: Se me han mostrado en visión los peligros de la juventud. Se me presentó su caso. Vi que usted no había adornado su profesión de fe. Usted pudo hacer el bien, y su ejemplo pudo haber sido una bendición para los jóvenes con quienes se ha relacionado; pero, ¡ay! no se ha convertido a Dios en lo más íntimo de su alma. Si hubiera asumido la conducta de un cristiano consecuente, sus parientes y amigos, gracias a su conducta piadosa, se habrían sentido inducidos a seguir en sus pisadas. Mi hermano: Su corazón no es recto para con Dios; sus pensamientos no son elevados; usted permite que su mente discurra por senderos equivocados. Su moralidad no ha logrado un tono puro y elevado. Sus hábitos han contribuido a perjudicar su salud física, y han sonado a muerte para su espiritualidad. No puede prosperar en su vida religiosa mientras no se convierta.

Cuando usted experimente la influencia transformadora del poder de Dios sobre su corazón, los resultados serán visibles en su vida. Le ha faltado experiencia religiosa, pero no es demasiado tarde para que busque ahora mismo a Dios con clamores fervientes, nacidos del corazón: "¿Qué puedo hacer para ser

(260) salvo?" Nunca podrá ser un verdadero cristiano hasta que se convierta cabalmente. Ha sido más amante de los placeres que de Dios. Ha estado buscando el placer, pero, ¿ha encontrado verdadero gozo en esa forma de proceder? Ha intentado hacerse el simpático ante muchachas jóvenes e inexpertas. Ha concentrado tanto su mente en ellas que no la ha podido dirigir hacia arriba, hacia Dios y el Cielo. "Pecadores, limpiad las manos; y vosotros los de doble ánimo, purificad vuestros corazones" (Sant. 4:8). Esta exhortación se aplica a usted. Necesita aprender los caminos, la voluntad y las obras de Dios. Necesita una religión pura e incontaminada; necesita cultivar hábitos de devoción. Deje de hacer el mal y aprenda a hacer el bien. La bendición de Dios no puede reposar sobre usted hasta que llegue a ser más semejante a Cristo.

Me apena ver la falta de piedad que existe entre la juventud. Satanás se apodera de las mentes y las lleva por canales corruptos. Muchos de los jóvenes se están engañando a sí mismos. Creen que son cristianos, pero nunca se han convertido. Mientras esta obra no se lleve a cabo en ellos, no comprenderán qué es el misterio de la piedad. No hay paz para los impíos. Dios quiere veracidad y sinceridad de corazón. El lo contempla y siente pena por usted, y por todos los jóvenes que se dedican con tanto entusiasmo a juegos pueriles, y que malgastan el tiempo, tan corto y precioso, en cosas que no tienen valor. Cristo lo compró a un precio muy elevado, y le ofrece gracia y gloria si está dispuesto a recibirlas; pero usted se aparta de la preciosa promesa del don de la vida eterna por los magros e insatisfactorios placeres de la tierra.

Su obra en este sentido no dará ganancias, sino una gran pérdida. La paga del pecado es muerte. La vida y el Cielo están delante de usted, pero parece que usted no sabe cuánto valen. No ha meditado en las preciosas cosas del Cielo. Si se rechaza el inestimable amor de Cristo, si el Cielo, la gloria y la vida eterna se consideran de poco valor, ¿qué motivos podemos presentar para la acción? ¿Qué incentivos para atraer? ¿Será posible que algunos deportes insensatos y una ronda de placeres excitantes atraigan la mente, la separen de Dios y adormezcan el corazón a su santo temor? (261)

¡Oh! Yo le ruego a usted, que tiene tan poco interés en las cosas santas, que escudriñe minuciosamente su propio tarazón. ¿Qué defensa va a hacer delante de Dios para justificar su vida mundana y carente de consagración? En ese día tremendo no podrá defenderse. Permanecerá mudo. Piense, le ruego, piense durante esas horas que dedica a buscar placeres, que todas esas cosas terminarán. Si usted tuviera conceptos correctos acerca de la vida, de la vida del Señor, que no tiene fin, cuán rápidamente se apartaría de esa vida de placeres y pecados. Cuán prontamente cambiaría de actitud, de conducta, de

amigos, y volcaría la fuerza de sus afectos en Dios y en las cosas celestiales. Cuán decididamente despreciaría usted el hecho de haber cedido a las tentaciones que lo han engañado y cautivado. Cuán celosos serían sus esfuerzos por lograr la vida bendita; cuán fervientes y perseverantes serían sus oraciones a Dios para pedirle que su gracia repose sobre usted, para que su poder lo sostenga y le ayude a resistir al diablo. Cuán diligente sería para aprovechar todos sus privilegios religiosos y aprender los caminos y la voluntad de Dios. Cuán cuidadoso sería usted al meditar en la ley de Dios y al comparar su vida con sus requerimientos. Cuánto temor tendría, no sea que peque en palabras u obras, y cuán ferviente para crecer en la gracia y la verdadera santidad. Su conversación no se referiría a cosas baladíes sino al Cielo. Entonces cosas gloriosas y eternas se abrirían ante usted, y no descansaría hasta que su espiritualidad se desarrollara más y más. Pero las cosas de la tierra reclaman su atención y usted se olvida de Dios. Le ruego que alce el rostro, que busque al Señor para que lo pueda encontrar; llámelo mientras está cercano.

La Verdadera Conversión.-

Querido Hno. P: Mientras estábamos en hace un año, trabajamos en favor de usted. Se me mostraron sus peligros y deseábamos salvarlo; pero vemos que no ha tenido la fortaleza necesaria para llevar adelante las resoluciones que hizo entonces. Me perturba este asunto y temo no haber sido tan fiel como (262) debí ser para exponer delante de usted todo lo que sabía acerca de su caso. Algunas cosas no le revelé. Mientras estaba en Battle Creek en el mes de junio, se me mostró otra vez que usted no estaba haciendo progresos y la razón de ello era que no estaba recorriendo una senda limpia. No disfrutaba de la religión. Se ha apartado de Dios y de la justicia. Ha estado buscando la felicidad de manera equivocada, en los placeres prohibidos; y no tiene el valor moral necesario para confesar sus pecados y abandonarlos a fin de hallar misericordia.

No consideró que el pecado fuera tan abominable a la vista de Dios como para apartarse de él; no hizo una obra completa, y cuando el enemigo vino con sus tentaciones, no lo resistió. Si hubiera comprendido cuán ofensivo es el pecado a la vista de Dios, no habría cedido tan fácilmente a la tentación. No estaba tan cabalmente convertido como para aborrecer su vida de pecado e insensatez. El pecado le seguía pareciendo placentero y se sentía inclinado a ceder a sus placeres engañosos. Lo más íntimo de su alma no estaba convertido, y muy pronto perdió lo que había logrado.

La vanidad personal en su caso, como en el de muchos otros, ha sido un obstáculo especial para usted. Siempre le ha gustado la alabanza. Esto ha sido una trampa para usted. Sus presuntos amigos han manifestado una satisfacción especial al estar en su compañía, y esto le ha producido satisfacción. Algunas mujeres simples, y complacientes, lo han alabado, han manifestado sentirse encantadas con su compañía y usted sintió que un poder fascinante lo invadía cuando estaba con ellas. No se dio cuenta, mientras pasaba esas horas en procura de placer —horas que pertenecían a su familia— que Satanás estaba tendiendo sus trampas junto a sus pies.

Satanás tiene tentaciones para cada paso de su vida. Usted no ha economizado el dinero como debía haberlo hecho. Aborrece la mezquindad. Eso está muy bien; pero se va al otro extremo y su vida ha estado marcada por la prodigalidad. Cristo les enseñó una lección a sus discípulos cuando alimentó a los cinco mil. Hizo un gran milagro y dio de comer a esa vasta multitud con cinco panes y dos pececillos. Cuando todos estuvieron satisfechos, no miró con indiferencia los fragmentos que sobraron, como si fuera indigno (263) digno de él hacerlo. El que tenía poder para hacer ese notable milagro y alimentar a una multitud tan grande, dijo a sus discípulos: "Recoged los pedazos que sobraron, para que no se pierda nada" (Juan 6:12). Esta es una lección para todos nosotros que no deberíamos pasar por alto.

Tiene una gran obra que hacer, y no puede darse el lujo de perder un solo momento más sin comenzar a hacerla. Hno. P: estoy alarmada por causa de usted; pero sé que Dios lo sigue amando, a pesar de que en su conducta se ha desviado. Si no lo amara tan especialmente, no me presentaría, como lo hace, los

peligros que usted corre. Usted se ha dedicado a risas y diversiones con hombres y mujeres que no temen a Dios. Algunas mujeres frívolas y sin principios lo han retenido en su compañía, y usted parecía un pájaro hipnotizado, fascinado por esas personas superficiales. Los ángeles de Dios le han seguido las pisadas, y han registrado fielmente todo acto erróneo, todo alejamiento de la senda de la virtud.

Sí, todo acto, por más secreto que le haya parecido mientras lo estaba cometiendo, estaba a la vista de Dios, de Cristo y de los santos ángeles. Hay un libro en el cual están escritos todos los hechos de los hijos de dos hombres. Ni un solo caso de los registrados allí se puede esconder. Se ha hecho una sola provisión para el transgresor. El fiel arrepentimiento, la confesión del pecado y la fe en la sangre purificadora de Cristo traerán perdón, y esta palabra se escribirá junto a su nombre.

¡Oh, mi hermano! Si hace un año usted hubiera hecho una obra cabal, el año pasado, tan precioso, no habría sido peor que perdido para usted. Usted sabía cuál era la voluntad de su Maestro, pero no la hizo. Está en condición peligrosa. Su sensibilidad se ha embotado para las cosas espirituales; tiene una conciencia violada. Su influencia no se ejerce para juntar, sino para esparcir. No tiene un interés especial en las actividades religiosas. No es feliz. Su esposa uniría su interés con el del pueblo de Dios si usted se apartara de su camino. Necesita su ayuda. ¿No quisieran emprender esta tarea juntos?

En junio pasado vi que su única esperanza de quebrantar las cadenas de su esclavitud consistía en apartarse de sus relaciones. Ha cedido tanto a las tentaciones de Satanás que ha llegado a ser (264) un hombre débil. Era un amante de los placeres más que de Dios, y estaba avanzando con rapidez por la senda descendente. Me he sentido desilusionada al verificar que usted se encontraba en el mismo estado de indiferencia que ha mantenido por años. Ha conocido y ha experimentado el amor de Dios y ha sido su delicia cumplir su voluntad. Se ha deleitado en el estudio de la Palabra del Señor. Ha sido puntual para asistir a la reunión de oración. Su testimonio ha procedido de un corazón que sentía la influencia vivificante del amor de Cristo. Pero ha perdido su primer amor.

Dios lo invita ahora a arrepentirse y a ser celoso en la obra. La conducta que siga ahora determinará su felicidad eterna. ¿Puede rechazar la misericordiosa invitación que ahora se le extiende? ¿Puede elegir su propio camino? ¿Puede albergar orgullo y vanidad, y perder su alma finalmente? La Palabra de Dios nos dice con claridad que pocos se salvarán, y que la mayor parte, incluso los llamados, serán indignos de la vida eterna. No tendrán parte en el Cielo, sino que su porción será con Satanás, y experimentarán la segunda muerte.

Los hombres y mujeres pueden escapar de esta condenación, si lo quieren. Es verdad que Satanás es el gran originados del pecado; pero esto no excusa los pecados de nadie; porque él no puede obligar a los seres humanos a hacer el mal. Los tienta a hacerlo, y presenta el pecado como algo atractivo y agradable; pero tiene que dejar que ellos decidan si lo van a cometer o no. No obliga a los hombres a embriagarse, ni los obliga tampoco a no asistir a las reuniones religiosas; presenta sus tentaciones de manera que induce a hacer el mal, pero el hombre es un ser moralmente libre, que puede aceptar o rechazar sus insinuaciones.

La conversión es una obra que la mayoría no aprecia. No es cosa de poca monta transformar una mente terrenal que ama al pecado, e inducirla a comprender el indescriptible amor de Cristo, los encantos de su gracia y la excelencia de Dios, de tal manera que el alma se impregne del amor divino y sea cautivada por los misterios celestiales. Cuando una persona comprende estas cosas, su vida anterior le parece desagradable y odiosa. Aborrece el pecado y, quebrantando su corazón delante de Dios, abraza a Cristo, vida y gozo del alma. Renuncia a sus placeres anteriores. Tiene una mente nueva, nuevos afectos, nuevo interés, (265) nueva voluntad; sus tristezas, deseos y amor son todos nuevos. Se aparta ahora de la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida, que hasta entonces prefirió a Cristo, y éste es el encanto de su vida, la corona de su regocijo. Considera ahora, en toda su riqueza y gloria, el cielo que no le atraía antes, y lo contempla como su patria futura, donde verá, amará y alabará a Aquel que lo redimió con su sangre.

Las obras de la santidad, que parecían cansadoras, son ahora su delicia. Escoge como tema de estudio y consejera a la Palabra de Dios que antes le parecía árida y sin interés. Es como una carta que le escribiera Dios, con la inscripción del Eterno. Somete a esta regla sus pensamientos, palabras y acciones y por ella los prueba. Tiembla ante las órdenes y amenazas que contiene, mientras que se aferra firmemente a sus promesas y fortalece su alma apropiándose de ellas. Elige ahora la sociedad de los más piadosos; ya no se deleita en la de los impíos, cuya compañía amaba antes. Llora por pecados que ve en ellos y de los cuales se reía antes. Renuncia al amor propio y a la vanidad, vive para Dios y es rica en buenas obras. Esta es la santificación que Dios requiere. No aceptará nada que sea menos que esto.

Le ruego, hermano mío, que escudriñe su corazón con diligencia y pregunte: "¿En qué camino viajo? ¿Adónde me llevará?" Puede regocijarse porque su existencia no fue cortada mientras no tenía esperanza segura de vida eterna. Dios no permita que descuide por más tiempo esta obra y perezca en sus pecados. No halague su alma con falsas esperanzas. Usted no ve otro camino que seguir sino uno demasiado humilde para aceptarlo. Cristo le presenta, aun a usted, mi hermano errante, un mensaje de misericordia: "Venid, que ya está todo aparejado" (Luc. 14:17). Dios está dispuesto a aceptarle, y a perdonarle todas sus transgresiones, si tan solo quiere venir. Usted ha sido pródigo, se separó de Dios y se mantuvo mucho tiempo alejado de él; a pesar de eso él le recibirá ahora. Sí, la Majestad del cielo le invita a acudir a él, para que reciba vida. Cristo está dispuesto a limpiarlo del pecado cuando lo acepte. ¿Qué ganancia ha encontrado en el servicio del pecado? ¿Qué le ha aprovechado seguir la carne y el diablo? ¿No es miserable el salario que recibió? ¡Oh, vuelva, vuelva! ¿por qué habría de morir? (266)

Usted ha sentido muchas convicciones y remordimientos de conciencia. Ha manifestado muchos propósitos y formulado incontables promesas; y sin embargo, se demora, y no quiere recibir a Cristo a fin de recibir vida. ¡Ojala que en su corazón se grabe la comprensión del tiempo en que vivimos para que vuelva y viva! ¿No puede usted oír la voz del fiel pastor en este mensaje? ¿Cómo puede usted desobedecer? No juegue con Dios, no sea que lo abandone a sus tortuosos caminos. Para usted es asunto de vida o muerte. ¿Cuál escogerá? Es cosa terrible contender con Dios y resistir a sus súplicas. Puede sentir arder el amor de Dios en el altar de su corazón, como lo sintió una vez. Puede comulgar con Dios como en tiempos pasados. Si limpia su camino, puede volver a disfrutar las riquezas de su gracia, y su rostro expresará nuevamente su amor.

No se requiere de usted que se confiese ante aquellos que no conocen su pecado y sus errores. No es su deber publicar una confesión que haga triunfar a los incrédulos; debe confesarse ante quienes corresponde, ante los que no se aprovecharán de sus yerros. Confiésese de acuerdo con la Palabra de Dios, y permita que sus prójimos oren por usted y Dios aceptará su obra y le sanará. Por amor de su alma, escuche las súplicas que le instan a hacer una obra cabal para la eternidad. Ponga a un lado su orgullo, su vanidad y haga lo recto. Vuelva al redil. El Pastor le aguarda y le recibirá. Arrepiéntase, haga sus primeras obras, y vuelva a gozar del amor de Dios.

Deberes del Esposo y la Esposa

HNO. R: En junio pasado se me presentó su caso en visión. Pero la presión del trabajo ha sido tan constante que no había podido escribir lo que se me mostró con respecto a casos individuales. Quiero escribir lo que tengo por delante antes de oír algún informe de los asuntos que se refieren a su caso; porque Satanás podría tratar de introducir dudas en su mente. Esa es su obra.

Se me mostró su vida pasada, y se me dijo que Dios había sido muy misericordioso con usted al iluminar sus ojos para que viera (267) su verdad, y al rescatarlo de su condición peligrosa de duda e incertidumbre, y al afirmar su fe y su mente en las eternas verdades de su Palabra. Asentó sus pies sobre la Roca. Por un poco de tiempo manifestó gratitud y humildad; pero últimamente se ha estado separando de Dios. Cuando usted era pequeño a sus propios ojos, entonces Dios lo amaba.

La música ha sido una trampa para usted. Está perturbado por la estima propia; es natural para usted tener ideas exaltadas acerca de su propia habilidad. La enseñanza de la música lo ha perjudicado.

Muchas mujeres le han confiado sus dificultades familiares. Esto también ha sido perjudicial para usted. Lo ha exaltado, y lo ha inducido a tener una mayor estima de sí mismo.
En su propia familia usted ha ocupado una posición digna y más bien elevada. Su esposa tiene defectos, de los cuales usted está bien al tanto. Estos han dado malos resultados. Ella no es por naturaleza una dueña de casa. Tiene que educarse en este sentido. Ha mejorado algo, y debería aplicarse fervientemente para mejorar todavía más. Carece de orden, buen gusto y limpieza, tanto en el manejo de su casa como en su manera de vestir. Le agradaría a Dios que educara su mente para dedicarse a estas cosas que le faltan. No gobierna bien a su familia. Cede fácilmente y le cuesta mantener sus decisiones. Los deseos y pedidos de sus hijos la llevan de aquí para allá, y se somete al juicio de ellos. En lugar de tratar de mejorar en este sentido, como debería hacerlo, se siente contenta si aparece una oportunidad o una excusa para desembarazarse de los cuidados y las responsabilidades del hogar, y para permitir que otros cumplan los deberes en el seno de su familia. En realidad debería educarse para que éstos le llegaran a gustar. No podrá hacer su parte como esposa y madre hasta que se entrene en este sentido. Le falta confianza en sí misma. Es tímida, retraída y desconfía de sí misma. Tiene una opinión muy pobre de lo que hace, y esto la desanima, de manera que se detiene y no hace más. Necesita que se la anime; necesita palabras de ternura y afecto. Tiene buen espíritu. Es humilde y tranquila, y el Señor la ama; no obstante, debería hacer esfuerzos ímprobos para corregir esos defectos que contribuyen a que su familia sea infeliz. La práctica en estas cosas le dará confianza en sus propias habilidades para hacerlas bien. (268)
Usted y su esposa tienen caracteres opuestos. A usted le gusta el orden y la limpieza, tiene muy buen gusto y gobierna las cosas bastante bien. Como marido, es un poco rígido y exigente. No se conduce como para despertar en su esposa confianza y familiaridad. Sus deficiencias lo han inducido a considerarla inferior a usted, y han contribuido a que ella se sienta así también. Dios la estima mucho más que usted; porque los caminos suyos son torcidos para él. Por causa de su esposa y de sus hijos, y por otras razones además, debería corregir sus deficiencias y mejorar en las cosas en que ahora falla. Podría lograrlo si se empeñara suficientemente.
A Dios le desagrada el desorden, el descuido y la falta de prolijidad en cualquier persona. Estas deficiencias son males graves, y tienden a disminuir el afecto del esposo por la esposa, cuando éste ama el orden, hijos bien disciplinados y una casa bien administrada. Una esposa y madre no puede lograr que el hogar sea agradable y feliz a menos que ame el orden, conserve su dignidad y administre bien; por lo tanto, todos los que fallen en estos puntos deberían comenzar en seguida a educarse en este sentido, y cultivar exactamente las mismas cosas en las cuales la deficiencia es mayor. La disciplina hará mucho en favor de los que no tienen estas cualidades esenciales. La hermana R se rinde ante estos defectos, y cree que no puede hacer las cosas de modo diferente. Cuando hace la prueba y no logra ver una mejoría definida se desanima. Esto no debe ser así. Su felicidad y la de su familia dependen de que se levante y trabaje con entusiasmo y celo para lograr una decidida reforma en estas cosas. Debe revestirse de confianza y decisión; revestirse de femineidad. Tiene la tendencia de evitar todo lo que no ha probado. Nadie hay más dispuesta que ella a hacer algo, si cree que va a tener éxito. Si fracasa en su nuevo esfuerzo, debe probar una y otra vez. Puede ganar el respeto de su esposo y sus hijos.
Se me mostró que la exaltación propia había contribuido a que el hermano R tropezara. Ha manifestado cierta superioridad con gusto a severidad hacia su familia y su esposa. Esto la ha alejado de él. Ha llegado a la conclusión de que no se puede acercar a él, y en su vida matrimonial ha sido más semejante a un niño que le tiene miedo a un padre duro y severo, que a una esposa. Ha (269) amado, respetado e idolatrado a su marido, a pesar de que él no la ha animado a que le tenga confianza. Mi hermano: usted debería asumir una conducta que animara a su tímida y retraída esposa a apoyarse en su gran afecto, y esto le daría a usted la oportunidad de corregir sus errores en forma delicada y afectuosa, en la medida en que usted es capaz de hacerlo, y de este modo le inspiraría confianza en sí misma.

Se me mostró que usted no ha amado a su esposa como debería haberlo hecho. Satanás se ha aprovechado de los defectos de ella y de los errores suyos para destruir a su familia. Usted ha permitido que la vergüenza por su esposa se apoderara de su corazón; y el respeto que sentía por ella ha disminuido más y más, a pesar de que prometió amarla y protegerla mientras ambos vivieran.

Peligros de hablar sobre las dificultades familiares

El 25 de octubre de 1868 su caso se me presentó de nuevo. Se me mostró que los malos pensamientos y los deseos impíos lo habían conducido a la comisión de actos inapropiados y a la violación de los mandamientos de Dios. Se ha deshonrado a sí mismo, a su esposa y a la causa del Señor. Pero la persistencia en una conducta equivocada en asuntos que le parecían de poca importancia lo han llevado a males mayores todavía.

Hermano R: usted está ahora en peligro de naufragar completamente en lo que a su fe se refiere. Ha pecado en gran manera. Pero el pecado de encubrir sus hechos, y de cerrar los ojos de los que sospechaban que usted andaba en algo malo ha sido diez veces más grande. No todos han actuado con la prudencia, el amor y el cuidado que al Señor le hubiera gustado que manifestaran, para redimirlo. Pero cuando usted pretendió asumir un aire de ofendida inocencia, ¿cree usted que Dios no vio su mal proceder? ¿Cree usted que el que hizo al hombre del polvo de la tierra, que alentó en su nariz soplo de vida, no era capaz de discernir las intenciones y los propósitos de su corazón? Usted creyó que si confesaba su pecado perdería su honor, es decir, algo así como si perdiera la vida. Creyó que sus hermanos no tendrían más confianza en usted. No ha examinado las cosas desde (270) un punto de vista correcto. Es vergonzoso pecar, pero siempre es un honor confesar el pecado.

Los ángeles de Dios han conservado un registro fiel de todo acto suyo, por más secreto que le haya parecido en el momento de cometerlo. Dios discierne los propósitos del hombre, y todas sus obras. Todo hombre será recompensado de acuerdo con sus obras, sean buenas o malas. Lo que el hombre siembra, eso también siega. La cosecha no va a fallar. Es segura y abundante. Usted ha tratado de disimular su conducta a la vista de sus hermanos. ¿Cómo pudo hacerlo, si sabía que era culpable a la vista de Dios? Si valora la salvación de su alma, haga una obra bien completa teniendo en vista la eternidad.

Va a tener que limpiar la senda que ha dejado atrás por medio de una confesión completa. Necesita convertirse totalmente; debe producirse en usted una renovación del yo por la transformación de su entendimiento. Su estima propia debe ser vencida. Tiene que aprender a estimar a los demás más que a sí mismo. Deje de lado la exaltada opinión que tiene de lo que ha logrado conseguir, cultive un espíritu humilde y tranquilo que es de gran estima a la vista de Dios.

Usted ha asumido una actitud que lo ha alejado de la senda de la rectitud, y ahora se siente perturbado. Las dudas, los temores y la desesperación se apoderan de usted. Sólo hay una manera de salir, y ésta es la confesión. Su única esperanza consiste en caer sobre la Roca y ser quebrantado; si no lo hace, seguramente caerá sobre usted y lo pulverizará. Ahora puede reparar sus errores; ahora puede redimir el pasado. Mediante una vida de bondad y verdadera humildad, todavía puede caminar entre sus familiares de una manera aceptable a Dios. Quiera Dios ayudarle, en vista del juicio venidero, a trabajar como si en ello le fuera la vida. Querido hermano: estoy profundamente interesada en usted. Ha andado en tinieblas por un tiempo. No llegó de repente a la condición tenebrosa en que se encuentra ahora. Se apartó de la luz gradualmente. Primero se exaltó a sí mismo, y después, el Señor le quitó su fortaleza.

Ha tenido interés en la música. Esto ha dado oportunidad para que algunas mujeres incautas e insensatas le confiaran sus pesares. Esto halagó su orgullo, pero fue una trampa para usted. (271)

Abrió la puerta para las sugerencias de Satanás. Usted no obró como debería haberlo hecho. No tenía derecho a escuchar, al visitar algunas familias, lo que se le dijo. Estas conversaciones corrompieron su mente, aumentaron su estima propia y le sugirieron malos pensamientos. Aceptó ser el confesor de algunas mujeres sentimentales que deseaban simpatía y querían apoyarse en alguien. Si hubieran tenido

buen juicio y confianza propia, si hubieran tenido un propósito en la vida, y les hubiera gustado beneficiar a los demás, no habrían llegado a la situación de necesitar de alguien para que les ofreciera simpatía.

Usted no sabe cuán engañoso es el corazón humano. No conoce tampoco las artimañas de Satanás. Algunas de las mujeres que han aprovechado bastante de su simpatía, tienen una imaginación enfermiza: están enfermas de amor, son sentimentales, siempre ansiosas de crear sensación y hacer alharaca. Algunas no están satisfechas con su vida matrimonial. No hay suficiente romanticismo en ella. La lectura de novelas ha pervertido todo el buen juicio que alguna vez tuvieron. Viven en un mundo imaginario. Su imaginación ha creado maridos para ellas, de esos que sólo se encuentran en los romances de las novelas. Hablan de amores no correspondidos. Nunca están contentas ni son felices, porque su imaginación les pinta una vida irreal. Cuando enfrenten la realidad, y desciendan a la sencillez de la vida verdadera, y asuman las responsabilidades que les corresponden en el seno de sus respectivas familias, lo que es la suerte de toda mujer, entonces van a encontrar contentamiento y felicidad.

Usted ha albergado pensamientos que no eran correctos. Esos pensamientos dieron frutos. "De la abundancia del corazón habla la boca" (Mat. 12:34). Sus palabras no son siempre castas, puras y elevadas. "Ninguna palabra corrompida salga de vuestra boca" (Efe. 4:29). Demasiado a menudo hay engaño en su boca: expresiones de naturaleza inferior que proceden de un corazón que alberga pensamientos corrompidos y malos deseos.

Por un tiempo sus pies se apartaron de la senda de la rectitud y la pureza. Usted sabe que su conducta ha desagradado a Dios; que ha transgredido su santa ley; que estas cosas no se pueden ocultar. Dios no va a permitir que su pueblo sea engañado en su caso. Su gran pecado consiste en atraer la simpatía de los que no (272) comprenden su conducta torcida, y con ello dividir el juicio del pueblo que profesa la verdad. Me da lástima. Me duele el corazón por su causa. No veo nada delante de usted, sino perdición; nada, sino un total naufragio de la fe.

¿Cubrirá usted sus pecados y así hará frente al asunto? Dios dice que de ese modo no prosperará. Por lo contrario, el que confiesa sus pecados y se aparta de ellos alcanzará misericordia. ¿Elegirá usted la muerte? ¿Cerrará la puerta del reino de los cielos frente a sí mismo por no someter su malvado orgullo? Su única esperanza consiste en confesar sus apostasías. Dios ha iluminado su senda. ¿Quedará usted con su propia conducta corrompida? ¿Echará la verdad por la borda porque ésta no apoya su conducta impía? ¡Oh, le ruego que rasgue su corazón y no sus vestiduras! Haga una obra completa con la mira puesta en la eternidad. Dios será misericordioso con usted. Alguien rogará a Dios por usted. El no despreciará el corazón quebrantado y contrito. ¿Se convertirá usted? ¿Quiere vivir? Vale la pena que su alma se salve: es preciosa. Queremos ayudarle.

Vi que usted no era feliz. No tiene descanso. Se siente perturbado, pero rehúsa asumir la única conducta que podría brindarle alivio y esperanza. El que confiesa sus pecados y se aparta de ellos encontrará misericordia. Su condición es deplorable y está causando un gran perjuicio a la obra de Dios. Su influencia va a destruir a otros además de usted mismo.

Si no quiere venir a Dios para confesarle sus apostasías de manera que él lo pueda sanar, ni usted ni su pobre familia pueden esperar nada del futuro. La miseria vendrá en la estela del pecado. La mano de Dios estará en su contra, y dejará que Satanás lo domine para que lo lleve cautivo de acuerdo con su voluntad. Usted no sabe hasta dónde puede llegar. Será como alguien que está en alta mar y sin ancla. La verdad de Dios es un ancla. Usted se está separando de esa ancla. Está sacrificando sus intereses eternos en aras de la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida. Está a punto de cortar las cuerdas que podrían salvarlo de la destrucción total. Al tratar de salvar su vida mediante el ocultamiento de sus errores, la está perdiendo. Si se humilla ahora delante de Dios, le confiesa sus pecados, y vuelve a él de corazón, con un propósito firme, (273) todavía usted y sus

familiares pueden ser felices. Si no quiere hacerlo, y elige su propio camino, su felicidad habrá llegado a su fin.

Tiene una gran obra que hacer. Su conducta ha sido demasiado descuidada. Sus palabras no han sido elevadas, ni castas ni puras. Se ha estado separando de lo divino, y ha estado cultivando las pasiones inferiores. Las facultades nobles de su mente han sido sometidas a las pasiones animales. Por algún tiempo no ha seguido una conducta correcta. No se ha apartado de toda apariencia de mal. No debe continuar con ese proceder por más tiempo.

No ha amado a su esposa como debería haberlo hecho. Es una mujer buena. Ha visto, en cierta medida, su peligro. Pero usted cerró sus oídos a sus palabras de cautela. Creyó que hablaba impulsada por los celos; pero no es así. Lo ama, va a tolerar sus errores y lo va a perdonar; lo va a seguir amando a pesar del profundo daño que usted le ha hecho, si se apresura a acudir a la luz y limpia su pasado. Tiene que experimentar una conversión completa. A menos que lo haga, todos los esfuerzos realizados en el pasado para obedecer la verdad no lo van a salvar ni van a cubrir sus errores. Jesús requiere de usted una reforma total; entonces le va a ayudar, lo va a bendecir y lo va a amar, y borrará todos sus pecados con su propia preciosa sangre. Usted puede redimir el pasado. Puede corregir sus caminos y ser todavía una honra para la causa de Dios. Puede hacer el bien si se aferra de la fortaleza de Dios y trabaja en su nombre, para su propia salvación y el bien de los demás.

Su familia todavía puede ser feliz. Su esposa necesita su ayuda. Se parece a una vid adherida al parrón; necesita apoyarse en su fortaleza. Usted puede ayudarle y conducirla. No debería censurarla jamás. Nunca la reprenda si sus esfuerzos no son lo que usted piensa que deberían ser. Por el contrario, anímela con palabras tiernas y amorosas. Puede ayudarle a conservar su dignidad y su respeto propio. Nunca encomie las acciones de otras personas en su presencia, para que ella no crea que lo hace a fin de que sus deficiencias resalten. Usted ha sido duro e insensible en este sentido. Ha manifestado más cortesía para su servidumbre que para ella; ha puesto a sus servidores por encima de ella en la casa. (274)

Dios ama a su esposa. Ella ha sufrido; pero él lo ha notado todo, lo ha visto todo, y no lo considerará sin culpa por las heridas que le ha inferido. Ni la riqueza ni la inteligencia brindan felicidad. Es el valor moral. Para el Cielo la verdadera bondad es verdadera grandeza. La calidad de los sentimientos morales determina el valor de un hombre. Una persona puede tener propiedades e inteligencia, y sin embargo ser sin valor, porque el fuego resplandeciente de la bondad jamás ha ardido en el altar de su corazón, y porque su conciencia ha sido cauterizada, ennegrecida y deformada por el egoísmo y el pecado. Cuando la concupiscencia de la carne domina al hombre, y se permite que gobiernen las malas pasiones de la naturaleza carnal, se fomenta el escepticismo con respecto a las realidades de la religión cristiana, y se expresan dudas como si dudar constituyera una virtud especial.

La vida de Salomón podría haber sido notable hasta el mismo fin, si hubiera conservado la virtud. Pero él sometió esta gracia especial a la pasión y a la concupiscencia. En su juventud le pidió a Dios que lo guiara, y confió en él, y el Señor le dio tal sabiduría que asombró al mundo. Su poder y su sabiduría fueron alabados en toda la tierra. Pero el amor a las mujeres fue su pecado. No dominó esa pasión al llegar a la edad madura, y ésta fue una trampa para él. Sus esposas lo condujeron a la idolatría, y cuando comenzó la curva descendente de la vida, se le quitó la sabiduría que Dios le había dado; perdió su firmeza de carácter y llegó a ser semejante a un joven desatinado que vacila entre el bien y el mal. Al abandonar sus principios, se introdujo en la corriente del mal, y de ese modo se separó de Dios, el fundamento y la fuente de su fortaleza. Se apartó de los principios. La sabiduría había sido más preciosa que el oro de Ofir para él. Pero, por desgracia, las pasiones carnales ganaron la victoria. Las mujeres lo engañaron y lo arruinaron. ¡Qué lección para que nos mantengamos despiertos! ¡Qué testimonio del hecho de que necesitamos la fortaleza de Dios hasta el mismo fin!

En la batalla contra la corrupción interna y la tentación externa, hasta el mismo sabio y poderoso Salomón fue derrotado. No es seguro apartarse en lo más mínimo de la más estricta integridad.

"Absteneos de toda especie de mal" (1 Tes. 5:22). Cuando una (275) mujer habla de las dificultades que hay en el seno de su familia, o se queja de su esposo frente a otro hombre, viola sus votos matrimoniales; deshonra a su esposo y quebranta el muro erigido para preservar la santidad de la relación matrimonial; abre la puerta de par en par, e invita a Satanás a entrar con sus tentaciones insidiosas. Eso es precisamente lo que Satanás quiere. Cuando una mujer acude a un hermano cristiano para contarle sus penas, desilusiones y pruebas, él siempre debería aconsejarle que si tiene que confiarle sus dificultades a alguien, elija a una hermana como confidente, para que no haya apariencia de mal y la causa de Dios no sufra reproche.

Recuerde a Salomón. Ante muchas naciones no había otro rey como él, amado por su Dios. Pero cayó. Fue inducido a apartarse de Dios, y se corrompió como resultado de la complacencia de las pasiones carnales. Este es el pecado que prevalece en nuestros días, y su progreso da miedo. Incluso los profesos observadores del sábado no están limpios. Hay quienes profesan creer la verdad, pero tienen el corazón corrompido. Dios los va a someter a prueba, y su insensatez y su pecado quedarán en evidencia. Nadie fuera de los puros y humildes podrán estar en su presencia. "¿Quién subirá al monte de Jehová? ¿Y quién estará en su lugar santo? El limpio de manos y puro de corazón; el que no ha elevado su alma a cosas vanas, ni jurado con engaño" (Sal. 24:3-4). "Jehová, ¿quién habitará en tu tabernáculo? ¿Quién morará en tu monte santo? El que anda en integridad y hace justicia, y habla verdad en su corazón. El que no calumnia con su lengua, ni hace mal a su prójimo, ni admite reproche alguno contra su vecino. Aquel a cuyos ojos el vil es menospreciado, pero honra a los que temen a Jehová. El que aun jurando en daño suyo, no por eso cambia; quien su dinero no dio a usura, ni contra el inocente admitió cohecho. El que hace estas cosas no resbalará jamás" (Salmo 15:1-5). (276)

Carta a un Muchacho Huérfano.-

Querido amigo: En la última visión que se me dio, vi que tenías faltas que corregir. Es necesario que las veas antes de hacer el esfuerzo necesario para corregirlas. Tienes mucho que aprender antes de poder formar un carácter bueno y cristiano que Dios pueda aprobar. Desde la niñez has sido un chico díscolo, dispuesto a hacer tu gusto y a seguir tu propio criterio. No te gustaba someter tus deseos y tu voluntad a los que tenían la responsabilidad de cuidarte. Esta es la experiencia que tienes que lograr.

Tu peligro aumenta por el espíritu de independencia y de confianza propia —vinculado, por cierto, con inexperiencia— que los jóvenes de tu edad están propensos a asumir cuando sus amados padres no están para cuidarlos y pulsar las tiernas cuerdas del afecto en sus almas. Crees que ya ha llegado el tiempo para que pienses y decidas por ti mismo. "Soy un joven; ya no soy un niño. Soy capaz de distinguir entre el bien y el mal. Tengo derechos, y los voy a defender. Soy capaz de trazar mis propios planes. ¿Quién tiene autoridad para meterse en mis cosas?" Estos son algunos de los pensamientos que has tenido, y algunos jóvenes, más o menos de tu edad, te han animado a formularlos.

Crees que tienes que afirmar tu libertad y actuar como un hombre. Tu actitud no es sumisa. Sabio es el joven —y sumamente bendecido— que cree que es su deber, si tiene padres, de confiar en ellos, y si no los tiene, considerar que sus tutores, o las personas con quienes vive, son sus consejeros, sus consoladores, y en cierto sentido sus gobernantes, y que permite que las restricciones aprendidas en el hogar permanezcan en él. Hay una clase de independencia que merece alabanza. El deseo de depender de sí mismo y no comer el pan de otros es correcto. Es una ambición noble y generosa nacida del deseo de sostenerse a sí mismo. Los hábitos de laboriosidad y frugalidad son necesarios.

Has sido puesto en circunstancias desfavorables para que desarrolles un buen carácter cristiano; pero ahora has sido ubicado (277) donde tienes que formar una buena reputación o destruirla. No creemos que vas a hacer esto último. Pero no estás libre de tentación. En una sola hora puedes seguir una conducta que más tarde te puede costar lágrimas amargas y arrepentimiento. Al ceder a la tentación puedes enajenarte algunos corazones, perder el respeto y la estima que te están teniendo los que te rodean, y también puedes manchar tu carácter cristiano. Tienes que aprender la lección de la sumisión.

Consideras humillante hacer algunas de las tareas de la casa: mandados y pequeños quehaceres. Esos pequeños requerimientos no te gustan definidamente; pero tienes que cultivar el gusto por esas mismas cosas que te causan tanta aversión. Mientras no lo hagas, no llegarás a ser un ayudante aceptable en ninguna parte. Cuando te dedicas a esas cosas pequeñas pero necesarias, estás prestando un servicio más real que si estuvieras dedicado a grandes negocios y a una tarea difícil.

Me viene a la mente en este momento el caso de alguien, que se me presentó en visión, que pasó por alto estas pequeñas cosas, y no pudo interesarse en los deberes humildes, para tratar de alivianar la tarea de algunas personas que no podían salir de sus casas; esa también era una tarea humilde. Ahora tiene familia, pero sigue poseído de la misma indisposición para dedicarse a los deberes pequeños pero importantes. Como resultado de ellos, la gran carga recae sobre su esposa. Tiene que hacer muchas cosas; si no las hace, quedarán sin hacer; y la cantidad de trabajo que recae sobre ella por causa de esta falla de su esposo está minando su salud. El no puede ahora vencer este mal tan fácilmente como podría haberlo hecho durante su juventud. Pasa por alto los deberes pequeños, y no conserva todo en orden y bien arreglado; por lo tanto, no puede ser un granjero de éxito. "El que es fiel en lo muy poco, también en lo más es fiel; y el que en lo muy poco es injusto, también en lo más es injusto" (Luc. 16:10).

Naamán el sirio consultó al profeta de Jehová en cuanto a cómo podía sanar de esa enfermedad tan horrible: la lepra. Se le indicó que se bañara en el Jordán siete veces. ¿Por qué no siguió inmediatamente las indicaciones de Eliseo, el profeta de Dios? ¿Por qué rehusó hacer lo que el profeta le mandó? Regresó junto a sus siervos, murmurando. En su mortificación y frustración, se enojó, (278) y con ira rehusó seguir el humilde consejo dado por el profeta de Dios. "He aquí —manifestó— yo decía para mí: Saldrá él luego, y estando en pie invocará el nombre de Jehová su Dios, y alzará su mano y tocará el lugar, y sanará la lepra. Abana y Farfar, ríos de Damasco, ¿no son mejores que todas las aguas de Israel? Si me lavase en ellos, ¿no seré también limpio? Y se volvió, y se fue enojado" (2 Rey. 5:11-12). Sus siervos dijeron: "Padre mío, si el profeta te mandara alguna gran cosa, ¿no la harías? ¿Cuánto más, diciéndote: Lávate, y serás limpio?" (verso 13). Sí, este gran hombre consideraba que estaba por debajo de su dignidad ir al humilde río Jordán y lavarse allí. Los ríos que mencionó y deseaba estaban embellecidos por los árboles y los huertos que los rodeaban, y había ídolos en esos huertos. Muchos acudían a esos ríos para adorar a sus dioses; por lo tanto, no habría tenido necesidad de humillarse. Pero si seguía las indicaciones definidas del profeta tendría que humillar su orgullo y la soberbia de su espíritu. La obediencia voluntaria produce los resultados deseados. Se lavó, y sanó.

Tu caso es similar en algunos sentidos al de Naamán. No crees que para perfeccionar el carácter cristiano tienes que aceptar ser fiel en las cosas pequeñas. Aunque las cosas que tienes que hacer sean de poco valor según tu opinión, son deberes que tendrás que cumplir mientras vivas. El descuido de estas cosas significa que tu carácter es sumamente deficiente. Tú, mi querido muchacho, tienes que educarte para ser fiel en las cosas pequeñas. No puedes agradar a Dios mientras no lo hagas. No puedes ganar el amor y el afecto de los demás a menos que hagas exactamente lo que se te pide, bien dispuesto y con satisfacción. Si quieres que te amen los que están contigo, debes manifestarles amor y respetarlos.

Es tu deber hacer todo lo posible para alivianar la carga de la hermana con quien vives. Tú has visto que está pálida y debilitada, y que está cocinando para una familia numerosa. Todo trabajo extra que tiene que hacer, la debilita y disminuye su vitalidad. No tiene manos ni pies jóvenes para hacer pequeños mandados. Te recibieron en el seno de la familia, como te lo dijeron a ti y nos lo dijeron a nosotros en su momento, precisamente para que hicieras esas cosas. Pero si tú no haces exactamente las cosas que ellos creen les van a ayudar mucho, y decides (279) hacer tu voluntad siguiendo una conducta independiente que tú mismo has elegido, podrías perder tu alojamiento, y ellos tendrían que buscar otro para que haga esas mismas cosas que tú crees son demasiado insignificantes para ti. Ahora estás haciendo un trabajo más grande y más pesado del que te permiten tus fuerzas. Te gusta hacer el

trabajo de un hombre. Tienes una terquedad muy propia de ti, que debes abandonar. Tienes que morir al yo, crucificarlo y vencerlo. No puedes ser un verdadero seguidor de Cristo a menos que emprendas esta tarea resueltamente.

Vi que no posees naturalmente ni reverencia ni respeto por las personas mayores. Tendrías que ser fiel en el cumplimiento de los pequeños mandados y deberes que se te pide lleves a cabo, y no hacerlos a regañadientes como si fueran una carga. No te das cuenta cuán desagradable y antipático te pones cuando te portas así. De este modo no puedes ser feliz tú mismo, ni hacer felices a los que te rodean. Debes recordar que Dios requiere de ti, como siervo suyo, que seas fiel, paciente, amable, afectuoso, obediente y respetuoso. No podrás lograr la perfección cristiana a menos que poseas un cabal dominio de tu propio espíritu. Tú permites que surjan ciertos sentimientos pecaminosos en tu corazón, que te perjudican muchísimo, y que tienden a fomentar una actitud dura y desafiante, en nada semejante al espíritu de Cristo, cuya vida se te ha ordenado imitar.

Querido muchacho: comienza de nuevo, con determinación y con la ayuda de Dios, a seguir lo que es verdadero, amable y de buena reputación. El temor de Dios, unido al amor y al afecto por todos los que te rodean, se debe revelar en todas tus acciones. Sé fiel, y haz bien las cosas; desembarázate de todo lo que tenga apariencia de descuido. Ten un sitio para cada cosa, y pon cada cosa en su sitio. Sé bien dispuesto, amable, alegre y simpático. Entonces te podrás abrir camino al corazón de los que se relacionan contigo. Ten siempre en cuenta una cosa: ningún joven podrá asumir la actitud correcta si no respeta a las mujeres y no trata de alivianar sus cargas. La peor característica que se puede encontrar en un joven es considerar que se rebaja si alivia las tareas de una mujer. Tal hombre está marcado. Ninguna mujer le va a confiar su vida a semejante hombre; porque nunca va a ser un esposo tierno, cuidadoso y considerado. (280)

El niño es el precursor del hombre. Te ruego que mires rectamente delante de ti. Haz todo lo que haya que hacer, por insignificante que parezca, por desagradable que pudiera ser. Entonces contarás con la aprobación de los que te rodean, y lo que se debe apreciar mucho más todavía, dispondrás de la aprobación de Dios. No puedes ser cristiano a menos que seas fiel en lo poco. Si oras y luchas para hacer lo mejor posible al llevar a cabo cada deber, Dios te va a bendecir y ayudar. Cuando Jesús venga a llevarse a sus fieles, ¿quisieras oírle decirte: "Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu Señor" (Mat. 25:21)? ¿Quisieras que desaparecieran todas las imperfecciones de tu carácter, para que seas hallado sin falta delante del trono de Dios? Si es así, entonces tienes que hacer una obra que nadie puede hacer por ti. Tienes una responsabilidad individual delante del Señor. Tienes que caminar en la luz, y recibir a diario la fortaleza del Altísimo para vencer toda imperfección, y encontrarte finalmente entre los fieles, leales y santos en el reino de Dios. No cedas a la tentación. Satanás te va a molestar, y va a tratar de dominar tu mente con el fin de inducirte a pecar. "Resistid al diablo, y huirá de vosotros. Acercaos a Dios, y él se acercará a vosotros" (Sant. 4:7-8).

Recuerda que el ojo de Dios siempre está sobre ti. Cuando respondes irrespetuosamente, Dios te ve y te oye. Está llegando el momento cuando todos serán juzgados de acuerdo con lo que hayan hecho en el cuerpo. Tendrás que participar del juicio. Jesús te aceptará o te rechazará. Huye hacia él para obtener fortaleza y gracia. Desea ayudarte; desea ser el Guía de tu juventud, y fortalecerte de tal manera que puedas ser una bendición para otros que se encuentran bajo tu influencia. Dios te ama, y te va a salvar si caminas de acuerdo con las pautas que él ha dado; pero si te rebelas, y decides seguir tu propia conducta, será para tu perdición eterna. Ora mucho; porque la oración es uno de los deberes más esenciales. Sin ella no puedes observar una conducta cristiana. Eleva, fortalece y ennoblece; es el alma en conversación con Dios.

No creas que puedes suspender por un solo instante los esfuerzos que estás haciendo para mantenerte vigilante; no puedes. Estudia con diligencia la Palabra de Dios, para que no estés en la (281) ignorancia con respecto a las artimañas de Satanás, y para que aprendas en forma más perfecta el camino de la

salvación. Tu voluntad debe estar inmersa en la voluntad de Dios. No procures tu propio placer, sino el de los que te rodean; y si lo haces, no podrás ser otra cosa sino feliz. Acude a Jesús con todas tus necesidades, y anhela con confianza sencilla sus bendiciones. Confía en Dios, y trata de obrar sobre la base de los principios, fortalecido y ennoblecido por elevadas resoluciones, y por una determinación de propósito que sólo se encuentra en Dios.

No te deberías irritar con facilidad. No permitas que tu corazón se vuelva egoísta; por lo contrario, procura que se expanda en amor. Tienes una obra que hacer que no debes descuidar. Soporta las penurias como buen soldado. Jesús conoce todo conflicto, toda prueba y todo espasmo provocado por la angustia. Te va a ayudar; porque fue tentado en todo como nosotros, pero no cayó en pecado. Acude a él, querido muchacho, con tus preocupaciones. No hagas de nadie tu confidente, no le hables a nadie de tus dificultades fuera de nosotros. Haz de Jesús el Portador de tus cargas, y trata de tener una experiencia más completa en materia religiosa. Quiera Dios ayudarte y bendecirte, es mi sincera oración.

Los huérfanos despiertan en mí las más tiernas simpatías. Por supuesto, tú no tienes hogar. La tumba se llevó a tu padre y a tu madre, y el hogar de tu infancia está habitado por otras personas. No recuerdas tan definidamente a tu piadoso padre como a tu madre. Recuerdas que a veces la apenabas. No habías aprendido a ser sumiso; habías aprendido parcialmente la lección. Pero las oraciones de tus padres, en el sentido de que te encontraras entre los que aman y temen a Dios, han hallado cabida en el Cielo.

¡Oh, éste es un mundo frío y egoísta! Tus parientes, que deberían haberte amado y cultivado tu amistad, por causa de tus padres si no por la propia, se han encerrado en su egoísmo, y no tienen ningún interés especial por ti. Pero Dios estará más cerca de ti, y te resultará más caro que cualquiera de tus parientes terrenales. Será tu Amigo, y nunca te abandonará. El es padre para los huérfanos. Su amistad será dulce paz para ti, y te ayudará a soportar con fortaleza la tremenda pérdida que has experimentado. Trata de que Dios sea tu padre, y nunca vas a necesitar un (282) amigo. Estarás expuesto a pruebas, pero sé firme, y lucha para embellecer tu profesión de fe. Necesitarás gracia para prevalecer, pero el ojo piadoso de Dios estará sobre ti. Ora mucho y fervorosamente, creyendo que Dios te ayudará. Guárdate de la irritabilidad y la petulancia, y de una actitud que provoque envidia. La tolerancia es una virtud que tienes que cultivar. Manifiesta amor por la pureza y una humilde sencillez; y permite que estas virtudes se entretejan en tu vida.

Al educarte en el temor de Dios y en el amor de todos los que te rodean, tu vida puede ser útil y feliz, y tu ejemplo puede ser de tal naturaleza que induzca a otros a escoger la humilde senda de la santidad. Ten en todo momento el suficiente valor moral como para obrar correctamente y honrar a tu Redentor. Te ruego, querido muchacho, que procures la verdadera santidad.

El Miembro Rebelde.-

Querida Hna. S: Se me han mostrado algunas cosas con respecto a usted. No tiene una idea exacta de su verdadera condición. Necesita que la gracia haga en su corazón una obra profunda y completa. Necesita poner su corazón y su casa en orden. El ejemplo que da en el seno de su hogar no es digno de imitación. Ha alcanzado una norma baja; pero no ha logrado llegar a la norma elevada de su divino Señor. Le gusta hacer visitas y conversar, y dice muchas cosas impropias de un cristiano. Sus declaraciones son exageradas, y a menudo están muy lejos de la verdad. Sus palabras y sus actos la juzgarán en el día postrero. Por ellos será justificada o condenada. Su educación no ha sido ennoblecedora; por eso usted tiene ahora la tremenda necesidad de prepararse y educarse en la pureza de pensamiento y acción. Entrene sus pensamientos de modo que le resulte fácil espaciarse en las cosas puras y santas. Cultive el amor por la espiritualidad y la verdadera piedad.

Su conversación es a menudo de bajo nivel. Está engañando a su propia alma, y este engaño le resultará fatal, a menos que despierte para verse a sí misma tal como es, y se vuelva a Dios (283) con verdadera humildad de corazón. Tiene la tendencia de mentir. Su hijo no tiene un conocimiento experimental de

Dios ni de los sagrados requerimientos de la verdad. Sus padres le han hecho creer que es cristiano, pero es un representante por demás miserable de los cristianos observadores del sábado. Dios no permite que aceptemos a una persona de su clase como cristiana. Usted no disciplina a su hijo. Es testarudo y fanático. Tiene una noción muy vaga de la verdadera cortesía, y ni siquiera de la urbanidad común. Es tosco y sin cultura; no ama, y a la vez no es amable. Usted les dice a los demás que es cristiano, y al hacerlo deshonra la causa de Cristo. Este muchacho está bastante bien encaminado como para convertirse en un hipócrita educado. No tiene dominio propio, pero usted le hace creer que es cristiano.

La obra de reforma debe comenzar con usted. Su conversación debe llegar a ser casta; debe convertirse en una dueña de casa que ame los deberes domésticos, que ame a su esposo y a su hijo. Debe aprender a economizar su tiempo de manera que no le exija demasiado a sus fuerzas. Los livianos deberes hogareños que tiene que llevar a cabo puede hacerlos sin fatigarse si ejerce perseverancia y una diligencia adecuada. Pero tiene una obra que hacer en el sentido de controlar su lengua. Es un miembro pequeño que se vanagloria de grandes cosas; pero necesita de la rienda de la gracia y del freno del dominio propio para que no se vaya por donde le da la gana. Su conversación es de bajo nivel y usted se entrega a la charla barata. "Ninguna palabra corrompida salga de vuestra boca, sino la que sea buena para la necesaria edificación, a fin de dar gracia a los oyentes" (Efe. 2:29).

Quiera Dios convencerla de estas cosas a medida que lee estas líneas. Le ruego que asuma la humilde dignidad de mujer y madre. Hay una responsabilidad que descansa sobre el padre. Los esfuerzos necesarios para dominar a su hijo deben ser unidos; este muchacho está avanzando con rapidez por el camino de la perdición. Usted debería procurar fervorosamente el adorno interior, el ornamento de un espíritu humilde y sencillo, que es de gran precio a la vista de Dios. Con paciencia, gracia y dulce humildad debería enseñar a su pobre hijo engañado los primeros principios del cristianismo, y de la verdadera urbanidad, es decir, de la cortesía cristiana. A menudo usted es apresurada y borrascosa (284) cosa. ¡Oh, qué importante es que usted se dé cuenta de la obra que se debe hacer por usted misma antes que sea para siempre demasiado tarde! Jesús la invita ahora a acudir a él, que es manso y humilde de corazón. Le ha prometido con seguridad que en él va a encontrar descanso. Tiene una gran obra que hacer. No engañéis vuestras propias almas; por lo contrario, examinaos a la luz de la eternidad. Es imposible que seáis salvos así como estáis.

Hna. S: su esposo podría ser de cierta ayuda en la iglesia si la influencia suya fuera lo que debería ser. Pero su ejemplo y su influjo lo descalifican para que él a su vez ejerza un ascendiente significante sobre la iglesia. Las influencias negativas del hogar sobrepujan sus esfuerzos por hacer el bien. Usted está totalmente descalificada para ser la esposa de un anciano de iglesia. Dios le pide que se reforme. Su esposo tiene una obra que hacer para poner su corazón y su casa en orden. Cuando se convierta, podrá fortalecer a sus hermanos.

Como familia, necesitan ser santificados por la verdad. Querida hermana: ¿Quisiera ver la obra que se tiene que hacer por usted, y emprenderla sin demora, para que su influencia sea salvadora? Obre en favor de su salvación con temor y temblor. Obre con sabiduría en favor de los que están fuera de la iglesia, redimiendo el tiempo. "Sea vuestra palabra siempre con gracia, sazonada con sal, para que sepáis como debéis responder a cada uno" (Col. 4:6). "Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si hay algo digno de alabanza, EN ESTO PENSAD" (Fil. 4:8).

Hay suficientes temas provechosos acerca de los cuales meditar y conversar. La conversación del cristiano debería referirse al Cielo, de donde esperamos a nuestro Salvador. La meditación acerca de las cosas celestiales es provechosa, y siempre estará acompañada de la paz y el consuelo del Espíritu Santo. Nuestra vocación es santa; nuestra profesión de fe, exaltada. Dios está purificando para sí un pueblo peculiar, celoso de buenas obras. Está actuando como el platero, que refina y purifica la plata. Cuando la escoria y otras impurezas hayan sido eliminadas, su imagen se reflejará perfectamente en

nosotros. Entonces la oración de Cristo en favor de sus discípulos se cumplirá en cada (285) uno: "Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad" (Juan 17:17). Cuando la verdad ejerce una influencia santificadora en nuestros corazones y vidas, podemos ofrecerle a Dios un servicio aceptable, y podemos glorificarlo en la tierra, al ser participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que existe en el mundo por causa de la concupiscencia.

¡Oh, cuántos no van a estar preparados cuando el Maestro venga para pedir que sus siervos le rindan cuenta! Muchos tienen muy poca idea de lo que significa ser cristianos. La justicia propia no valdrá nada entonces. Sólo podrán pasar la prueba los que posean]a justicia de Cristo, estén imbuidos de su Espíritu, y anden como él anduvo, en pureza de corazón y vida. La conversación debe ser santa; entonces las palabras estarán sazonadas con gracia.

Quiera Dios ayudaros como familia a corregiros, a alcanzar las alturas de la vida, y en todos vuestros actos honrar vuestra profesión de fe.

Consuelo en la Aflicción.-

Querida Hna. T: Me enteré de su aflicción, y me apresuro a escribirle unas pocas líneas. Mi querida hermana, tengo la mejor de las evidencias de que Dios la ama. En la última visión que se me dio, se me presentó su caso entre otros. Vi que usted había sido afectada en lo pasado por la conducta errónea seguida por otros; pero por ser estrictamente concienzuda, y demasiado ansiosa de saber qué es lo correcto, era sumamente sensible, y consideraba su caso peor de lo que en realidad era.

Ha sido afligida por la enfermedad por bastante tiempo. Usted es una dispéptica nerviosa. El cerebro está íntimamente relacionado con el estómago, y su energía mental ha sido tan a menudo desviada a acudir en ayuda de los debilitados órganos de la digestión, que a su vez se ha debilitado, deprimido y congestionado. Mientras se encuentra en ese estado, su mente está sombría, y naturalmente se espacia en el lado oscuro de las cosas, e imagina que el desagrado de Dios está sobre usted. Ha creído que (286) su vida ha sido inútil, que ha estado llena de errores y decisiones equivocadas. Querida hermana: su falta de salud la conduce al desmayo y al desánimo. Dios no la ha abandonado; todavía la ama. Vi que tenía que confiar en él como el niño se abandona en los brazos de su madre. Dios es misericordioso y amable, lleno de tierna piedad y compasión. No ha apartado su rostro de usted.

Usted es sumamente sensible. Siente en forma profunda, y no ha dispuesto del poder necesario para eliminar de la mente los cuidados, las perplejidades y los desánimos. Vi que Dios sería para usted un pronto auxilio en las tribulaciones, si se confiara a su cuidado; pero sus preocupaciones la alejan de los brazos de su amado Salvador. "El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?" (Rom. 8:32). ¡Qué preciosa promesa es ésta! Podemos pedirle mucho a nuestro bondadoso Padre celestial. Grandes bendiciones hay en reserva para nosotros. Podemos creer en Dios, podemos confiar en él, y al hacerlo glorificar su nombre. Aun cuando seamos vencidos por el enemigo, no somos desechados ni abandonados ni rechazados por Dios. No; Cristo está a la diestra de Dios, e intercede por nosotros. "Si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo" (1 Juan 2:1).

Quiero decirle, hermana mía, que no necesita descartar su confianza. Pobre alma temblorosa, descanse en las promesas de Dios. Si lo hace, las cadenas del enemigo serán quebrantadas, sus insinuaciones carecerán de poder. No haga caso de los susurros del enemigo. Váyase libre, alma oprimida. Tenga buen ánimo. Dígale a su pobre corazón desalentado: "Espera en Dios; porque aún he de alabarle, salvación mía y Dios mío" (Sal. 43:5). Sé que Dios la ama. Ponga su confianza en él. No piense en las cosas que producen tristeza y tribulación; apártese de todo pensamiento desagradable, y piense en el precioso Jesús. Medite en su poder para salvar, en su infinito e incomparable amor por usted, sí, por usted. Sé que Dios la ama. Si no puede reposar en su propia fe, hágalo en la de otros. Creemos y esperamos en lugar de usted. Dios acepta nuestra fe en lugar de la suya.

Usted ha tratado de obrar bien, y Dios es piadoso y compasivo con usted. Póngase contenta y dígale adiós a las tinieblas y a las (287) dudas. Al permitir que esas dudas tengan cabida en su corazón, usted deshonra a Dios. El creer produce paz y gozo en el Espíritu Santo. El creer produce paz, y la confianza en Dios produce gozo. "¡Crea, crea —dice mi alma— crea!" Descanse en Dios. El es poderoso para guardar lo que usted le ha confiado. La hará más que vencedora por medio de aquel que la amó. Quiera el Señor bendecirla y fortalecer su fe vacilante, es nuestra oración. Le enviamos estas pocas líneas en la confianza de que le harán bien.

Una Actitud Egoísta y Dictatorial.-

Querido Hno. U: Se me mostró en la última visión que usted necesita vigilarse a sí mismo con celo y cuidado, pues de otra manera su temperamento tan peculiar lo va a dominar del todo. Usted se equivocó cuando se puso a orar por la hermana V, y asumió la misma actitud dictatorial y dominante que ha sido la maldición de su vida. Atacó al hermano W cuando, si hubiera tomado en consideración sus fracasos del pasado, debería haber sido discreto y modesto. Le va a resultar muy difícil vencer el hábito de vigilar a los demás, tomar nota de cosas pequeñas, y hablar de una manera tajante y censuradora. Nada de esto le importa en absoluto. Tan ciertamente como que usted fracasa en este sentido, la puerta queda abierta para fracasos mayores. No hay otra seguridad para usted fuera de ejercer constante dominio propio, y controlar su alma mediante la paciencia. No está en condiciones de llevar a cabo una gran obra; no obstante, si obra correctamente, puede hacer algo de bien en la causa de Dios. Su influencia no necesita causar perjuicios; pero si se conserva para Dios y permite que él lo santifique, puede hablar palabras de paz y consuelo, y dar testimonio de las grandes riquezas de Dios y del eterno amor de Jesús.

Permita que su corazón sea suavizado y ablandado gracias a la divina influencia del Espíritu de Dios. No debería hablar tanto acerca de sí mismo, porque esto no va a fortalecer a nadie. No debería convertirse en el centro, ni creer que siempre se tiene que (288) preocupar de usted mismo, ni inducir a otros a que lo cuiden. Aparte su mente de sí mismo y oriéntela en direcciones más saludables. Hable de Jesús, y deje que el yo se vaya; sumérjalo en Cristo y que éste sea el lenguaje de su corazón: "Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí" (Gál. 2:20). Jesús será para usted un pronto auxilio en todo momento de necesidad. No lo va a dejar solo para combatir con los poderes de las tinieblas. ¡Oh, no! Hay un Auxiliador que es poderoso para salvar hasta lo sumo a los que a él se allegan.

No se preocupe de sí mismo. Venza sus prejuicios, sus pequeñas peculiaridades, y trate solamente de representar a Jesús. Cuando hable u ore en la reunión, no se extienda demasiado. Ha fallado en esto. Lo puede remediar. Los discursos y las oraciones largos son perjudiciales para usted, y no benefician a los oyentes. Va a tener que trabajar tenazmente para vencer. Pero puede lograrlo si se dedica a la obra con calma. En esto tiene que cuidarse. Usted es inquieto, apresurado, nervioso. También puede vencer estas cosas.

Usted desea honesta y ansiosamente hacer lo correcto y conseguir la aprobación de Dios. Prosiga con sus esfuerzos fervientes y perseverantes, y no se desanime. Sea paciente. Nunca censure a nadie. No permita nunca que el enemigo lo aparte de su actitud de vigilancia. Vele y ore también. Después de orar, siga velando. Este esfuerzo es suyo; nadie lo puede hacer por usted. Aférrese de la fortaleza de Dios, y tan pronto como vea los errores que ha cometido en el pasado, redima el tiempo.

Un Oyente Olvidadizo.-

Querido Hno. Y: En la última visión que se me dio se me mostró que usted no se entiende a sí mismo. Tiene una obra que hacer en favor suyo que nadie puede hacer por usted. Su experiencia en la verdad es escasa, y no se ha convertido cabalmente. Se adjudica un valor más elevado que el que le corresponde. Se me señaló su vida pasada. Su mente no ha sido elevada, sino que se ha espaciado en temas que no conducen a la pureza (289) reza en la acción. Tuvo hábitos corrompidos que mancharon su concepto de

la moral. Se ha permitido demasiadas familiaridades con el otro sexo y no ha tenido una conducta modesta. Usted se sentiría muy bien si se fomentara mayor familiaridad entre hombres y mujeres, bastante de acuerdo con la teoría de Dr. A. Su influencia en no ha sido buena. No era la persona adecuada para ese lugar; su conversación liviana y trivial lo descalificó para ejercer una buena influencia allí. Las características de su música no fomentaban los pensamientos o sentimientos elevados; por lo contrario, contribuían a degenerar.

Desde hace algunas semanas su influencia ha tendido a mejorar; pero usted carece de firmeza en los principios. Es deficiente en muchas cosas, y en el caso de algunas de ellas debe saber dónde está fallando. Las locuras de su juventud han dejado su huella en usted; jamás podrá recuperar lo que ha perdido como consecuencia de los hábitos impuros. Estas cosas han embotado de tal manera su sensibilidad que no puede discernir con claridad las cosas sagradas. No puede resistir la tentación con la experiencia que ahora tiene. No puede soportar las pruebas. No ha sido santificado por la verdad. Se ha apoderado de la verdad, pero ella no se ha apoderado de usted para transformarlo mediante la renovación de su entendimiento. Es un hombre que se ha engañado a sí mismo. ¡Oh, le ruego que no siga engañado con respecto a su verdadera condición! No ha experimentado convicciones profundas como consecuencia de sus pecados, ni ha buscado a Dios en humildad, con angustia de corazón, para que sean borradas sus transgresiones. No se daba cuenta de que sus caminos eran tan pecaminosos a la vista de Dios. Por eso mismo no se ha producido en su alma la obra de reforma.

Se ha revestido de un manto de justicia propia para cubrir la deformidad del pecado, pero éste no es el remedio. No sabe lo que es la verdadera conversión. El hombre viejo no ha muerto en usted. Tiene una forma de piedad, pero no ha experimentado el poder purificador de Dios. Puede hablar y escribir en forma suave, y lo hace, y en lo que se refiere a las palabras que usted emplea, en sí mismas, posiblemente sean correctas, pero el verdadero idioma del corazón no se manifiesta. Se conoce lo suficientemente a sí mismo como para saber esto. Su caso es peligroso; (290) pero Dios se compadece de usted y lo salvará si cae quebrantado a sus pies, consciente de su impureza y su vileza, de la podredumbre de su alma, que ha carecido del poder transformador de Dios.

Mi hermano: no quiero desanimarlo, sino inducirlo a investigar sus motivos y sus actos a la luz de la eternidad. Libérese de la trampa de Satanás. Le ruego que no induzca a nadie a tener de usted un concepto más elevado del que corresponde, porque cuando este engaño quede en evidencia, y su verdadero yo aparezca tal como es, se producirá una reacción. Usted experimenta las convicciones del Espíritu de Dios, y siente la fuerza de la verdad cuando la escucha; pero esas impresiones sagradas y suavizantes se disipan, y luego se convierte en un oyente olvidadizo. No está fundado, ni fortalecido ni afirmado en la verdad. Le ha parecido que adoptar la verdad era lo mejor para sus intereses, pero no ha experimentado su influencia santificadora. Queremos rogarle ahora que no se engañe: Dios no puede ser burlado. No es demasiado tarde todavía para que llegue a ser cristiano; pero no obre por impulso. Pese bien cada decisión, y no engañe su propia alma.

Un Remedio para el Sentimentalismo.-

Querida Hna. B: En la visión que se me dio el 12 de junio se me mostró su caso. Se encuentra en un estado lamentable, no tanto por causa de la enfermedad que padece actualmente, aunque no se encuentra bien, sino porque usted se imagina que es incapaz de trabajar. Se me mostró que hace algunos años permitió que su mente se espaciara demasiado en los muchachos. Con frecuencia ha hecho de ellos el tema de su conversación, y su mente ha discurrido por canales poco provechosos para su progreso espiritual. Ha caído en una corriente de pensamientos que ha dado malos resultados. Ha perjudicado su cuerpo, y ha abusado de él, y como consecuencia ha llegado a una condición mental rayana en la imbecilidad. Se ha entregado a una corriente de pensamientos enfermiza y sentimental, hasta casi llegar a la ruina del cuerpo (291) y el alma. Su falta de gusto por el ejercicio físico es muy mala para usted. El trabajo útil, resultante de asumir los deberes del hogar, y el dedicarse a tareas

beneficiosas, pueden vencer esta condición enfermiza y sentimental más rápidamente que por cualquier otro método.

Usted ha sido objeto de demasiada simpatía. Liberarla de toda responsabilidad ha sido un tremendo error. Casi todos sus pensamientos se concentran ahora en sí misma. Se ha vuelto irascible, y su mente se espacia en las cosas tristes; se imagina que su condición es sumamente grave, e incluso ya está decidiendo mentalmente que nunca se va a sanar a menos que se case. En la situación mental en que se encuentra ahora no está en condiciones de casarse. Nadie la querría en la condición de desamparo e inutilidad en que se halla. Si alguien se imaginara que la ama, posiblemente no valdría nada, porque ningún hombre sensato podría pensar ni siquiera por un momento en poner sus afectos en alguien tan inútil.

La condición triste y sombría de su mente, que la induce a llorar y a creer que la vida no es deseable, es el resultado de permitir que sus pensamientos discurran por canales impuros, referentes a temas prohibidos, mientras se entrega a ciertos hábitos que lenta pero seguramente están minando su salud, y la están preparando para una decadencia prematura. Habría sido mejor para usted no haber ido nunca a . Su permanencia allí la perjudicó. Se concentró en sus enfermedades, y participó de una sociedad cuya influencia era corrupta. La Srta. C era una mujer corrompida, de mente maligna. Su relación con usted acrecentó el mal que siempre estuvo en usted. "Las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres" (1 Cor. 15:33). En este momento su condición no es aceptable a la vista de Dios; no obstante, usted se imagina que no tiene deseos de vivir. Si se le tomara la palabra, y su vida terminara, su caso sería sin esperanza, ciertamente. Usted no está preparada ni para este mundo ni para el venidero.

Se imagina que no puede caminar, ni andar a caballo, ni hacer ejercicio, y se sume en una apatía yerta y sin vida. Es motivo de pesar y ansiedad para sus complacientes padres, y no es ningún consuelo para usted misma tampoco. Puede reanimarse, puede (292) trabajar, puede sacudir esa terrible indiferencia. Su madre necesita su ayuda; su padre necesita el consuelo que usted le puede dar; sus hermanos necesitan la atención bondadosa de su hermana mayor; sus hermanas necesitan su instrucción. Pero allí está usted sentada en el trono de la indolencia, soñando con un amor no correspondido. Por amor a su alma abandone esta locura. Lea la Biblia como nunca lo ha hecho antes. Dedíquese a las tareas del hogar, y aliviane las cargas de sus abrumados padres. Al principio no podrá hacer mucho, pero aumente cada día la cantidad de tareas que decida hacer. Este es el mejor remedio para una mente enferma y un cuerpo sometido al abuso.

Si sus propósitos son fervientes y firmes, poco a poco su mente va a comenzar a dedicarse a temas más saludables y puros. La complacencia propia ha degenerado poco a poco en una especie de glotonería tan grande, que no hay manera de satisfacerla. En lugar de regular sus actos por la razón y los principios, usted permite que la guíen todos los impulsos leves y momentáneos; por eso parece variable e inconstante. Es inútil que los demás traten de complacerla, porque usted misma no se podría satisfacer aunque se cumplieran todos sus deseos. Es una muchacha caprichosa, y su egoísmo la ha inducido a aborrecerse a sí misma.

Esta condición lamentable es el resultado de una simpatía y una adulación imprudentes. Usted poseía una inteligencia muy buena, pero se desequilibró al discurrir por canales equivocados. Ahora usted, en el seno de la sociedad, vale un poquito menos que nada. Esto no necesita ser así. Puede hacer por sí misma lo que nadie más puede hacer por usted. Tiene deberes que cumplir. Pero se ha entregado por tanto tiempo a la inutilidad, que se imagina que no puede hacer nada. La voluntad está quebrantada; tiene las fuerzas pero no la voluntad.

Desfallece de amor. Jesús quiere sus afectos; si se los dedica, él la va a librar de ese amor enfermizo, sentimental e impuro que encontró en las páginas de una novela. En Jesús usted puede amar con fervor, con sinceridad. Este amor puede aumentar su profundidad y expandirse hasta el infinito, sin perjudicar

la salud del cuerpo ni la fortaleza de la mente. Necesita amar a Dios y al prójimo. Debe despertar, debe sacudir ese engaño que está sobre usted, y buscar el amor puro. (293)
Su única esperanza para esta vida y la mejor consiste en buscar fervientemente la verdadera religión de Jesús. Usted no tiene experiencia religiosa. Necesita convertirse. Esa tristeza suya, que a la vez es inquieta, indolente y egoísta, cederá su lugar a la alegría, que será beneficiosa para el cuerpo y la mente. El amor a Dios asegurará el amor al prójimo, y usted se dedicará a los deberes de la vida con interés profundo y abnegado. Los principios puros constituirán el fundamento hacia corrientes más saludables. Dedíquese a Dios; si no, nunca obtendrá la vida mejor.
Tiene deberes que cumplir con respecto a sus padres. No se desanime si se cansa al principio. No será un inconveniente duradero. A menudo sus padres se cansan muchísimo. Si alguna vez usted se cansara mucho al realizar una tarea útil, eso no sería ni la mitad de lo perjudicial que es el hecho de que su mente se concentre en sí misma para fomentar enfermedades y sumirse en el desánimo. El fiel cumplimiento de los deberes hogareños, el ocupar su lugar allí de la mejor manera posible, aunque sus deberes sean sumamente sencillos y humildes, es verdaderamente elevador. Se necesita esa influencia divina. En esto hay paz y alegría sagrada. Posee un poder sonador. En forma imperceptible e insensible curará las heridas del alma, e incluso los sufrimientos del cuerpo. La paz mental, que es el resultado de las acciones y los motivos puros y santos, le dará un tono de vigor y libertad a todos los órganos del cuerpo.
La paz interior, y una conciencia desprovista de ofensas a Dios, vivificará y vigorizará el intelecto, como el rocío que se derrama sobre las tiernas plantas. La voluntad está, entonces, correctamente dirigida y controlada, y aunque es más decidida, está libre de perversidad. Las meditaciones son placenteras porque están santificadas. La serenidad mental que usted puede poseer será una bendición para todos los que se relacionan con usted. Esta paz y esta calma llegarán a ser naturales con el tiempo, y reflejarán sus preciosos rayos sobre todos los que la rodean, para volver de nuevo a reflejarse sobre usted. Mientras más guste de esta paz celestial y de esta serenidad de la mente, más aumentarán. Es un placer animado y viviente que no sume todas las energías morales en un estupor, sino que las despierta para llevar (294) a cabo una actividad mayor. La paz perfecta es un atributo del Cielo que los ángeles poseen. Quiera Dios ayudarle a poseer esta paz.

El Deber Hacia los Huérfanos.-
Queridos Hnos. D: La última visita de ustedes y la conversación subsiguiente me han sugerido muchos pensamientos, algunos de los cuales no puedo evitar de transcribir. Siento mucho que E no se haya portado siempre correctamente; pero, si se lo analiza bien, no se puede esperar perfección en un muchacho de su edad. Los niños tienen defectos, y necesitan una gran dosis de paciente instrucción.
El hecho de que tenga sentimientos que no siempre son correctos, no es más de lo que se puede esperar de un muchacho de su edad. Recuerden que no tiene padre ni madre, ni nadie a quien confiar sus sentimientos, penas y tentaciones. Toda persona cree que puede contar con alguien que simpatice con ella. Este muchachito ha sido llevado de aquí para allá, de un lado al otro, y puede tener muchos errores, modales descuidados, muchísima independencia, y puede carecer de reverencia. Pero es bastante emprendedor, y con instrucción adecuada y un tratamiento amable, tengo la plena confianza de que no va a defraudar nuestras esperanzas, y que por lo contrario va a pagar plenamente todo el trabajo que se haya invertido en él. Si tomamos en cuenta sus desventajas, creo que es un chico muy bueno.
Cuando les rogamos que lo recibieran, lo hicimos porque creíamos que era el deber de ustedes, y porque al hacerlo recibirían una bendición. No esperábamos que solamente ustedes se beneficiaran con la ayuda que les prestara el muchacho, sino que lo beneficiaran a él al cumplir un deber hacia un huérfano, deber que todo verdadero cristiano debería cumplir, y que debería llevar a cabo anhelosamente; un deber que implica sacrificio, que creímos les haría bien asumir, si lo hacían alegremente, con la mira de ser instrumentos en las manos de Dios para salvar un alma de las trampas

de Satanás, de salvar a un hijo cuyo padre (295) dedicó su preciosa vida a señalar a las almas el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo.

Por lo que se me mostró, los adventistas observadores del sábado tienen una noción muy débil de cuán grande es el lugar que el mundo y el egoísmo tienen en sus corazones. Si ustedes tienen el deseo de hacer el bien y de glorificar a Dios, pueden hacerlo de muchas maneras. Pero no han creído que esto sea el resultado de la verdadera religión. Este es el fruto que dará todo árbol bueno. No creyeron que se requería de ustedes que se interesaran en los demás, que consideraran sus casos como propios, y que manifestaran un interés abnegado precisamente en los que se encuentran con más necesidad de ayuda. No han salido a buscar al más necesitado, al más desamparado. Si tuvieran hijos propios a quienes podrían brindar cuidados, afecto y amor, no estarían tan ensimismados en sus propios intereses. Si los que no tienen hijos, a quienes Dios ha hecho mayordomos de medios económicos, quisieran extender sus corazones para cuidar de los niños que necesitan amor, cuidado y afecto, y que se les supla de los bienes de este mundo, serían mucho más felices que ahora. Mientras haya niños que no cuenten con el cuidado piadoso de un padre, ni con el tierno amor de una madre, y que estén expuestos a las influencias corruptas de estos últimos días, es deber de alguien ocupar el lugar del padre y la madre para algunos de ellos. Aprendan a darles amor, afecto y simpatía. Todos los que profesan tener un Padre en los cielos, que esperan les prodigue cuidados, y que finalmente se los lleve al hogar que les ha ido a preparar, deberían sentir la solemne obligación de hacerse amigos de los que no tienen amigos, de ser padres de los huérfanos, de ayudar a las viudas, y de ser de alguna utilidad práctica en este mundo al beneficiar a algunos seres humanos. Muchos no han considerado este asunto en su verdadera perspectiva. Si viven sólo para sí mismos, no dispondrán de la fuerza suficiente que esto requiere.

Los jóvenes que se están desarrollando entre nosotros no reciben el cuidado que deberían recibir. Algunos de los hermanos deberían asumir ciertos deberes que no están dispuestos a considerar ni a llevar a cabo. El temor a la incomodidad es suficiente excusa para muchos. El día de Dios pondrá de manifiesto muchos (296) deberes no cumplidos: almas perdidas porque los egoístas no estuvieron dispuestos a interesarse en ellos y a trabajar en su favor.

Se me mostró que si los profesos cristianos cultivaran más afecto y consideración en la atención de los demás, su recompensa se cuadruplicaría. Dios toma nota. El sabe para qué vivimos, y si nuestras vidas están dedicadas a hacer lo mejor en favor de los pobres y caídos seres humanos, o si nuestros ojos están eclipsados a todo lo que no sea nuestro propio interés, y a todo ser humano con excepción de nuestro pobre yo. Les ruego en nombre de Cristo, en nombre de las propias almas de ustedes, y en nombre de la juventud, no considerar tan livianamente este asunto como muchos lo hacen. Es un tema importante y serio, que afecta tanto los intereses del reino de Cristo como la salvación de almas preciosas. ¿Por qué no habría de ser un deber que Dios les impone a los que pueden, que gasten algo en beneficio de los destituidos, aunque sean ignorantes e indisciplinados? ¿Se van a dedicar ustedes a trabajar solamente donde reciban el provecho más egoísta y placentero? No condice con ustedes que descuiden el favor divino que el Cielo les ofrece si atienden a los necesitados, y dejen a Dios llamando en vano a la puerta. Está allí en la persona de los pobres, los huérfanos desamparados y las viudas afligidas, que necesitan amor, simpatía, afecto y ánimo. Si no atienden a uno de éstos, tampoco atenderían a Cristo si estuviera sobre la tierra.

Recuerden su anterior desventura, su ceguera espiritual, y las tinieblas que los envolvían antes que Cristo, el tierno y amante Salvador, acudiera a ayudarlos y los encontró allí donde estaban. Si dejan pasar la oportunidad de dar pruebas tangibles de su gratitud por el amor maravilloso y asombroso que el Salvador compasivo manifestó por ustedes, que eran extranjeros en la comunidad de Israel, hay razones para temer que les puedan sobrevenir tinieblas y miserias mayores aún. Ahora es el tiempo de la siembra para ustedes. Cosecharán lo que siembren. Aprovechen mientras puedan de todo privilegio que se les conceda de hacer el bien. Esos privilegios aprovechados serán como chubascos que los

regarán y los reavivarán. Aprovechen toda oportunidad que esté a su alcance, de hacer el bien. Las manos ociosas
(297) cosecharán muy poco. ¿Para qué viven los de más edad sino para cuidar a los jóvenes y ayudar a los desamparados? Dios nos los ha encomendado a nosotros, que tenemos más edad y experiencia, y nos va a llamar a cuenta si no asumimos estas responsabilidades. ¡Qué si no se aprecian nuestras labores! ¡Qué si fracasamos muchas veces y sólo tenemos éxito en una! Este único éxito contrarrestará todos los desánimos que hayamos experimentado antes.

Pocos tienen una noción exacta de lo que abarca la palabra cristiano. Es ser semejante a Cristo, es hacer el bien en favor de los demás, es estar desprovisto de egoísmo y que nuestras vidas estén marcadas por actos de desinteresada generosidad. El Redentor deposita las almas en los brazos de los miembros de la iglesia, para que las cuiden abnegadamente y las preparen para el Cielo, y para que de ese modo se conviertan en colaboradores suyos. Pero la iglesia demasiado a menudo los arroja al campo de batalla del diablo. Algún miembro de iglesia dice: "No es mi deber", y se excusa con alguna trivialidad. "Bueno —dice otro—, tampoco es mi deber", y por último no es deber de nadie y el alma queda abandonada para perecer. Es deber de todo cristiano dedicarse a esta empresa de abnegación y sacrificio. ¿No es capaz Dios de acrecentar sus graneros y aumentar sus rebaños, de manera que en lugar de pérdida haya ganancia? "Hay quienes reparten, y les es añadido más; y hay quienes retienen más de lo que es justo, pero vienen a pobreza" (Prov. 11:24).

La obra de todo hombre será probada y sometida a juicio, y cada cual será recompensado de acuerdo con sus obras. "Honra a Jehová con tus bienes, y con las primicias de todos tus frutos; y serán llenos tus graneros con abundancia" (Prov. 3:9-10). "¿No es más bien el ayuno que yo escogí, desatar las ligaduras de impiedad, soltar las cargas de opresión, y dejar ir libres a los quebrantados, y que rompáis todo yugo? ¿No es que partas tu pan con el hambriento, y a los pobres errantes albergues en casa; que cuando veas al desnudo, lo cubras, y no te escondas de tu hermano?" (Isa. 58:6-7). Lean el versículo siguiente, y noten la rica recompensa prometida a los que hacen esto: "Entonces nacerá tu luz como el alba, y TU SALVACION se dejará ver pronto" (verso 8). Aquí hay una promesa preciosa y abundante para todos (298) los que se interesen en los casos de los necesitados. ¿Cómo puede Dios descender para bendecir y prosperar a los que no se preocupan de nadie fuera de sí mismos, y que no usan lo que Dios les .ha confiado para glorificar su nombre en la tierra?

La Hna. Ana More falleció; murió como mártir por causa del egoísmo de un pueblo que profesa procurar gloria, honra, inmortalidad y vida eterna. Separada de los creyentes durante el pasado invierno, que fue muy frío, esta abnegada misionera murió porque no hubo corazones suficientemente generosos como para recibirla. No acuso a nadie. No soy juez. Pero cuando el Juez de toda la tierra haga la investigación pertinente, alguien va a aparecer como culpable. Todos nos hemos empequeñecido y consumido en nuestro propio egoísmo. Quiera Dios rasgar este maldito manto con que nos cubrimos, para darnos entrañas de misericordia, corazones de carne, ternura y compasión; ésta es mi oración, que brota de un alma oprimida y angustiada. Estoy segura de que se debe hacer una obra en favor de nosotros; de lo contrario, seremos hallados faltos en el día de Dios.

Con respecto a E, les ruego que no se olviden que es sólo un niño, y que tiene la experiencia de un niño. No midan a ese pobre y débil niño comparándolo con ustedes mismos para esperar un rendimiento proporcional al de ustedes. Creo plenamente que están en condiciones de hacer lo correcto en favor de este huérfano. Preséntenle incentivos para que no crea que su tarea es triste, desprovista de todo vestigio de ánimo. Ustedes, mi hermano y mi hermana, pueden disfrutar de sus mutuas confidencias, pueden simpatizar el uno con el otro, pueden interesarse y entretenerse, y compartir sus pruebas y preocupaciones. Ustedes tienen algo de qué estar contentos, mientras él está solo. Es un muchacho que piensa, pero no tiene en quién confiar, ni nadie que le dé una palabra de ánimo en medio del desaliento y de las duras pruebas que yo sé que tiene como cualquier persona mayor.

Si ustedes se encierran en sí mismos, su amor es egoísta, y no puede contar con la bendición del Cielo. Tengo la firme esperanza de que ustedes van a amar a ese huérfano por causa de Cristo; que se van a dar cuenta de que sus posesiones carecerán de valor a menos que las empleen para hacer el bien. Hagan el bien; sean ricos en buenas obras, listos para distribuir, dispuestos a comunicar, (299) acumulando para ustedes un buen fundamento para el porvenir, de modo que puedan echar mano de la vida eterna. Nadie obtendrá la recompensa de la vida eterna sino sólo los abnegados. Un padre y una madre moribundos dejaron sus joyas al cuidado de la iglesia, para que los instruyeran en las cosas de Dios, y los prepararan para el Cielo. Cuando esos padres busquen a sus seres queridos, y verifiquen que uno falta por causa de nuestra negligencia, ¿qué podrá contestar la iglesia? En gran medida es responsable de la salvación de estos huérfanos.

Con toda seguridad ustedes no han logrado conseguir la confianza y el afecto del niño porque no le dieron pruebas más tangibles de su amor, y porque le escatimaron algunos incentivos. Si no podían gastar dinero, por lo menos de alguna manera podrían haberle dado a conocer que no eran indiferentes a su caso. Creer que el amor y el afecto es unilateral, es un error. ¿En qué medida se han educado ustedes para manifestar afecto? Están demasiado encerrados en sí mismos, y no sienten la necesidad de rodearse de una atmósfera de ternura y bondad, que procede de la verdadera nobleza del alma. Los Hnos. F dejaron sus hijos al cuidado de la iglesia. Tenían suficientes parientes ricos que querían a los chicos, pero que eran incrédulos, y si hubieran sido dejados a su cuidado, o si se hubieran convertido en sus tutores, habrían apartado sus corazones de la verdad para llevarlos al error, y habrían puesto en peligro su salvación. Como no se les permitió tener a los chicos, se enojaron y no han hecho nada por ellos. La confianza de estos padres en la iglesia debería ser tomada en consideración, y no tendría que ser olvidada como consecuencia del egoísmo.

Tenemos un profundo interés en estos chicos. Una de ellas ya ha desarrollado un hermoso carácter cristiano, y se casó con un ministro del Evangelio. Y ahora, como retribución por todos los cuidados y atenciones que se le brindaron, es una verdadera portadora de cargas en la iglesia. Se la busca para que dé opiniones y consejos por parte de los que tienen menos experiencia, y los que lo hacen no son defraudados. Posee verdadera humildad cristiana, que sólo puede inspirar respeto y confianza en todos los que la conocen. Estos chicos están tan cerca de mi corazón como mis propios hijos. No los voy a perder de vista ni voy a dejar de (300) preocuparme por ellos. Los amo sinceramente, tierna y afectuosamente.

Un Llamado a los Ministros.-

2 de Octubre de 1868. En esa fecha se me mostró la obra grande y solemne que tenemos delante de nosotros al advertir al mundo del juicio venidero. Nuestro ejemplo, si está de acuerdo con la verdad que profesamos, salvará a unos pocos, y condenará a muchos al dejarlos sin excusa en el día cuando se decidan los casos de todos. Los justos estarán preparados para la vida eterna, y los pecadores, que no quisieron conocer ni la voluntad ni los caminos de Dios, estarán destinados a la destrucción.

No todos los que predican la verdad a los demás están santificados por ella. Algunos tienen conceptos muy vagos acerca del carácter sagrado de la obra. Dejan de confiar en Dios y de hacer toda su obra en él. Lo más íntimo de sus almas no ha sido convertido. No han experimentado en su vida diaria el misterio de la piedad. Se están refiriendo a verdades inmortales, con tanto peso como la eternidad, pero no son ni cuidadosos ni fervientes para permitir que esas verdades hagan incursiones en sus almas, de manera que lleguen a formar parte de ellos mismos, y ejerzan influencia sobre todo lo que hacen. No se han casado, por así decirlo, con los principios que implican estas verdades, de manera que sea imposible separar cualquier parte de la verdad de ellos mismos.

Sólo es aceptable delante de Dios la santificación del corazón y la vida. El ángel, señalando a los ministros que no andan bien, dijo lo siguiente: "Pecadores, limpiad las manos; y vosotros los de doble

ánimo, purificad vuestros corazones" (Sant. 4:8). "Purificaos los que lleváis los utensilios (vasos) de Jehová" (Isa. 52:11). Dios pide integridad de alma; pide que la verdad penetre en lo más íntimo, para transformar el ser entero mediante la renovación del entendimiento gracias a la influencia del Espíritu divino. No todos los ministros están dedicados a la obra; no todos ponen el corazón en ella. Avanzan con tanta lentitud como si dispusieran (301) de un milenio para trabajar por las almas. Evitan cargas y responsabilidades, cuidados y privaciones. La abnegación, los sufrimientos y el cansancio no son ni agradables ni convenientes. Algunos estudian la manera de salvarse del trabajo agotador. Estudian de qué manera pueden satisfacer sus propias conveniencias, las de sus esposas y sus hijos; y casi pierden de vista la obra a la cual se dedicaron.

Dios pide que los pastores que no han hecho la obra en él humillen sus almas y hagan confesiones sinceras. Se me mencionaron los casos de hombres que se dedican a empresas mundanas. Saben que para lograr sus propósitos se van a cansar. Sacrifican las comodidades y el amor del hogar, y soportan privaciones; son perseverantes, enérgicos y ardientes. No todos nuestros ministros manifiestan siquiera la mitad del celo que ponen en evidencia a los que están tratando de obtener una ganancia terrenal. No son tan constantes en sus propósitos ni tan fervientes en sus esfuerzos; no son tan perseverantes, ni están tan dispuestos a negarse a sí mismos como los que se dedican a propósitos mundanales.

Comparen estas dos empresas. Una es segura, eterna, perdurable como la vida de Dios; la otra es algo de esta vida, cambiante, perecedero; y si los hombres logran el éxito en la prosecución de sus ambiciones, frecuentemente sus ganancias muerden como serpientes, y los sumergen en la perdición. ¡Oh! ¿por qué tiene que haber un contraste tan grande entre los que están dedicados a una empresa mundana y los que se consagraron a una empresa celestial? El primero trabaja para conseguir un tesoro terrenal, perecedero, y en el esfuerzo sufre mucho dolor para conseguir algo que con frecuencia es una fuente de grandes males; el otro, esforzándose por la salvación de almas preciosas, que serán aprobadas por el Cielo y recompensadas con las riquezas eternas. No hay que correr riesgos en este caso, ni hay que experimentar pérdidas; las ganancias son seguras e inmensas.

Los que están en lugar de Cristo rogando que las almas se reconcilien con Dios, deberían manifestar por precepto y ejemplo un interés inalterable por su salvación. Su fervor, perseverancia, abnegación y espíritu de sacrificio deberían de exceder la diligencia y la sinceridad de los que procuran las ganancias terrenales, en la medida en que las almas son más valiosas que las heces de la (302) tierra, y el motivo más elevado que el de una empresa terrenal. La importancia de toda empresa mundana es trivial comparada con la obra de salvar almas. Las cosas de la tierra no son duraderas, aunque cuesten mucho. Pero un alma salvada resplandecerá en el reino de los cielos por las edades eternas.

Algunos ministros están dormidos, y los hermanos también están dormidos; pero Satanás está bien despierto. Hay poco sacrificio en favor de Dios y la verdad. Los ministros deben dar el ejemplo. En sus labores, deberían mostrar que consideran las cosas eternas de valor infinito, y las cosas terrenas como nada en comparación. Hay ministros que están predicando la verdad presente, que deben convertirse. Sus entendimientos deben vigorizarse. Sus corazones se tienen que purificar, sus afectos deben girar en torno de Dios. Deberían presentar la verdad de manera que despierte el intelecto para que puedan apreciar su excelencia, su pureza, y su carácter sagrado. Para hacerlo, deberían mantener delante de la mente temas de carácter elevado, que ejerzan una influencia purificadora, revitalizadora y exaltada sobre la inteligencia. El fuego purificador de la verdad debería arder sobre el altar de sus corazones, para darle buena influencia y carácter a sus vidas; entonces, no importa dónde vayan, en medio de las tinieblas y las sombras, iluminarán a los que están en la oscuridad con la luz que mora en ellos y que irradia a su alrededor.

Los ministros deben estar imbuidos del mismo espíritu que se manifestó en su Maestro cuando estuvo sobre la tierra. Anduvo haciendo bienes, bendiciendo a los demás por medio de su influencia. Fue un varón de dolores, experimentado en quebrantos. Los ministros deberían tener conceptos claros acerca

de las cosas eternas, y de los requerimientos de Dios para con ellos; entonces podrán impresionar a los demás, e inducirlos a gustar la contemplación de las cosas celestiales.

Los ministros deberían convertirse en estudiosos de la Biblia. ¿Son poderosas las verdades que presentan? Entonces deberían tratar de hacerlo con habilidad. Sus ideas deberían ser claras y definidas, y su actitud fervorosa; en caso contrario debilitarán la verdad que presentan. Mediante la blanda presentación de la verdad, sólo repitiendo la teoría sin que ésta los sacuda a ellos (303) mismos, nunca van a convertir a los seres humanos. Aunque vivieran tanto tiempo como Noé, sus esfuerzos no darían resultados. Su amor por las almas debería ser intenso, y su celo ferviente. Una presentación de la verdad tranquila y sin sentimientos, nunca despertará a los hombres y las mujeres de su sopor de muerte. Deben poner de manifiesto mediante sus modales, actos y palabras, y mediante su predicación y su oración, que creen que Cristo está a las puertas. Los hombres y las mujeres están viviendo en las últimas horas del tiempo de prueba, no obstante lo cual son descuidados e insensatos, y los ministros no tienen poder para despertarlos; porque ellos también están durmiendo. ¡Predicadores dormidos que le predican a congregaciones dormidas!

Se debe hacer una gran obra en favor de los ministros para que la predicación de la verdad sea un éxito. La Palabra de Dios debería ser estudiada cabalmente. Toda otra lectura es inferior a ésta. Un estudio cuidadoso de la Biblia no debería excluir toda otra lectura de naturaleza religiosa; pero si la Palabra de Dios se estudia con oración, toda lectura que tienda a apartar la mente de ella será excluida. Si estudiamos la Palabra de Dios con interés, y oramos para comprenderla, descubriremos nuevas bellezas en cada línea. Dios revelará preciosas verdades con tanta claridad, que la mente obtendrá de ella verdadero placer, y gozará de una fiesta permanente a medida que se van desarrollando sus sublimes verdades.

Las visitas de casa en casa constituyen una parte importante de las labores del ministro. Debería tratar de conversar con todos los miembros de la familia, ya sea que profesen la verdad o no. Es deber suyo afirmar la espiritualidad de todos; y debería vivir tan cerca de Dios que pueda aconsejar, exhortar y reprender con cuidado y sabiduría. Debería tener la gracia de Dios en su propio corazón, y la gloria de Dios constantemente en vista. Toda liviandad y trivialidad está definidamente prohibida en la Palabra de Dios. Su conversación debería referirse al Cielo; sus palabras deberían estar sazonadas con gracia. Toda adulación debería ser puesta de lado; porque la obra de Satanás consiste en adular. Los hombres, pobres, débiles y caídos, generalmente tienen un concepto bastante elevado de sí mismos, y no necesitan que se les ayude en ese sentido. Adular a los ministros está fuera de lugar. (304) Pervierte la mente, y no conduce a la mansedumbre y la humildad; pero a los hombres y las mujeres les gusta que los alaben, y con demasiada frecuencia a los ministros también. Su vanidad resulta complacida; pero esto, para muchos, ha sido una maldición. La reprensión debería ser más apreciada que la adulación.

No todos los que predican la verdad se dan cuenta de que su testimonio y su ejemplo están decidiendo el destino de las almas. Si son infieles en su misión, y se vuelven descuidados en su trabajo, algunas almas se perderán como resultado de ello. Si son abnegados y fieles en la obra que el Señor les ha ordenado hacer, serán instrumentos para la salvación de muchos. Algunos permiten que ciertas trivialidades los desvíen de la obra. Los malos caminos, la lluvia o algunas pequeñeces en la casa son excusas suficientes para abandonar el trabajo en favor de las almas. Y con frecuencia esto ocurre en el momento más importante de la obra. Cuando se ha suscitado un interés, y las mentes de la gente han sido sacudidas, se deja que ese interés muera porque el ministro decidió dedicarse a un campo de trabajo más fácil y placentero. Los que se conducen de esta manera revelan claramente que la preocupación de la obra no pesa sobre ellos. Les gusta que la gente los busque. No están dispuestos a soportar las privaciones y dificultades que siempre recaen sobre el verdadero pastor.

Algunos no tienen experiencia en emprender la obra como si se tratara de algo de vital importancia. No la emprenden con el celo y el fervor que pondría de manifiesto que están haciendo una obra que debe soportar la prueba del juicio. Obran demasiado confiados en sus propias fuerzas. No hacen de Dios su

confianza, y por lo tanto los errores y las imperfecciones aparecen en todos sus esfuerzos. No le dan a Dios la oportunidad de hacer nada en favor de ellos. No andan por fe sino por vista. No avanzan más rápidamente ni más allá de lo que pueden ver. Parece que no entendieran que arriesgar algo por causa de la verdad tendría algo que ver con experiencia religiosa.

Algunos salen de su hogar para trabajar en el campo de la evangelización, pero no obran como si las verdades a las que se refieren fueran una realidad para ellos. Sus actos ponen de manifiesto que ellos mismos no han experimentado el poder salvador de la verdad. Fuera del escritorio, parecería que no (305) tienen ninguna preocupación por la verdad. Trabajan a veces aparentemente para ganar algo, pero con más frecuencia para no ganar nada. Los tales se sienten con tanto derecho al salario que reciben, como si se lo hubieran ganado; pero su falta de consagración ha costado más trabajo, ansiedad y dolor de corazón a los obreros que tienen sobre sí la preocupación de la obra, que todo el bien que podrían haber hecho los esfuerzos de esos otros obreros. Los tales no son obreros provechosos. Pero tendrán que llevar esta responsabilidad ellos mismos.

A menudo ocurre que los pastores se sienten inclinados a visitar casi únicamente las iglesias, dedicando su tiempo y sus fuerzas a una tarea que no hará ningún bien. Frecuentemente las iglesias les llevan ventaja a los ministros que trabajan entre ellas, y prosperarían más si esos pastores se hicieran a un lado y les dieran la oportunidad de trabajar. Los esfuerzos de estos ministros para edificar las iglesias lo único que logran es derribarlas. La teoría de la verdad se presenta una y otra vez, pero no acompañada del poder vitalizados de Dios. Manifiestan una negligente indiferencia; esta actitud es contagiosa, y las iglesias pierden el interés y la preocupación por la salvación de los demás. De ese modo, mediante su predicación y su ejemplo, los pastores adormecen a la gente en una seguridad carnal. Si dejaran las iglesias, y fueran a nuevos campos, y trabajaran para levantar otras iglesias, descubrirían cuáles son sus habilidades, y cuánto cuesta atraer a las almas para que se decidan por la verdad. Entonces comprenderían cuán cuidadosos deberían haber sido para que su ejemplo y su influencia nunca desanimaran ni debilitaran a aquellos que habían requerido mucho trabajo arduo, con oración, para convertirlos a la verdad. "Cada uno someta a prueba su propia obra, y entonces tendrá motivo de gloriarse sólo respecto de sí mismo, y no en otro" (Gál. 6A).

Las iglesias dan de sus medios económicos para sostener a los ministros en su obra. ¿Qué tienen ellos para animarlas a ser generosas? Algunos ministros trabajan mes tras mes, y logran tan poco que las iglesias se desaniman; no pueden ver que se haya hecho algo para convertir a las almas a la verdad, ni para que los miembros de iglesia sean más fervientes en su amor a Dios y a la verdad. Los que están manejando cosas sagradas deberían estar (306) plenamente consagrados a la obra. Deberían manifestar por ella un interés desprovisto de egoísmo, y un ferviente amor por las almas que perecen. Si no poseen esto, se han equivocado de misión, y deberían dejar de enseñar a los demás; porque hacen más daño que el bien que podrían hacer. Algunos ministros se lucen a sí mismos, pero no alimentan al rebaño que perece por falta de alimento servido a su tiempo.

Algunos tienen la tendencia a apartarse cuando surge la oposición. Temen entrar en nuevos lugares por causa de las tinieblas y los conflictos que esperan encontrar. Esto es cobardía. Hay que buscar a la gente donde se encuentra. Necesitan llamamientos conmovedores, como asimismo discursos prácticos y doctrinales. El precepto respaldado por el ejemplo tendrá una poderosa influencia.

Un fiel pastor no procurará su propia comodidad ni conveniencia, sino que trabajará teniendo en vista el interés de sus ovejas. En esta gran obra se va a olvidar del yo; en su búsqueda de la oveja perdida no se dará cuenta de si está cansado, tiene frío o hambre. Tiene sólo un propósito en vista: salvar las ovejas perdidas y errantes, sin importarle cuánto le pueda costar a él. Su salario no ejercerá influencia alguna sobre sus labores ni lo apartará de su deber. Ha recibido su cometido de parte de la Majestad del Cielo, y espera su recompensa cuando haya terminado la obra que se le confió.

Los que se dedican a la enseñanza en las escuelas se preparan para esa obra. Se califican al asistir al colegio y al interesar la mente en el estudio. No se les permite enseñar ciencias a los niños y jóvenes, a

menos que sean capaces de hacerlo. Cuando solicitan un puesto de maestro, tienen que rendir un examen frente a personas competentes. Es una obra importante trabajar con las mentes juveniles, e instruirlas correctamente en el conocimiento de las ciencias. Pero, ¡de cuánta mayor importancia es la obra del ministro! Pero muchos se incorporan a la importante tarea de interesar a hombres y mujeres para que entren en la escuela de Cristo, donde van a aprender cómo formar caracteres para el Cielo, cuando ellos mismos deberían ser alumnos. Algunos que entran en el ministerio no sienten sobre sí la responsabilidad de la obra. Han recibido ideas incorrectas acerca de las (307) calificaciones de un ministro. Creyeron que para ser pastor sólo se necesitaba un poco de estudio de las ciencias y la Palabra de Dios. Algunos de los que están enseñando la verdad presente no conocen sus Biblias. Son tan deficientes en el conocimiento de la Palabra que les resulta difícil citar correctamente de memoria un texto de las Escrituras. Al cometer torpezas, como lo suelen hacer, están pecando contra Dios. Mutilan las Escrituras y le hacen decir a la Biblia cosas que no están escritas en ella.

Algunos que a lo largo de sus vidas se han dejado llevar por los sentimientos, han creído que la educación y el conocimiento cabal de las Escrituras no tenían importancia, mientras ellos tuvieran el Espíritu. Pero Dios nunca envía su Espíritu para sancionar la ignorancia. Los que no tienen conocimiento, y que se encuentran en una situación tal que les resulta imposible obtenerlo, el Señor puede tener piedad de ellos y bendecirlos, y a veces lo hace, y condesciende de tal manera que su fortaleza se perfecciona en la debilidad de ellos. Pero les impone el deber de estudiar su Palabra. La falta de conocimiento de las ciencias no es excusa para descuidar el estudio de la Biblia; porque las palabras de la inspiración son tan claras que hasta el hombre sin letras las puede entender.

De todos los hombres que se encuentran sobre la superficie de la tierra, los que presentan las solemnes verdades para estos tiempos peligrosos deberían comprender sus Biblias y conocer las evidencias de nuestra fe. A menos que conozcan la Palabra de vida, no tienen derecho a enseñar a los demás el camino de la vida. Los ministros deberían procurar con toda diligencia añadir a su "fe, virtud; a la virtud, conocimiento; al conocimiento, dominio propio; al dominio propio, paciencia; a la paciencia, piedad; a la piedad, afecto fraternal; y al afecto fraternal, amor" (2 Pedro 1:5-7). Algunos de nuestros ministros se graduaron cuando apenas habían aprendido los rudimentos de la doctrina de Cristo. Los que son embajadores del Señor, deberían estar calificados para presentar inteligentemente nuestra fe, y en condiciones de dar razón de su esperanza, con mansedumbre y temor. Cristo dijo: "Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí" (Juan 5:39). (308)

Los ministros que enseñan una verdad impopular, serán acosados por hombres instados por Satanás y que, como su amo, pueden citar las Escrituras fácilmente; y, ¿estarán los siervos de Dios en condición de inferioridad frente a los siervos de Satanás en el manejo de las palabras de la inspiración? Ellos, como Cristo, deberían estar en condiciones de confrontar la Escritura con la Escritura. ¡Oh, si los que ministran con las cosas sagradas se despertaran y, como los nobles bereanos, escudriñaran cada día las Escrituras! Hermanos en el ministerio: les ruego que estudien las Escrituras con humilde oración para que tengan un corazón capaz de comprender, a fin de que puedan enseñar el camino de la vida en forma más perfecta. El consejo de ustedes, sus oraciones y su ejemplo debería ser sabor de vida para vida; en caso contrario no están en condiciones de enseñar el camino de la vida a los demás.

El Maestro requiere de todos sus siervos que aprovechen los talentos que les encomendó. Pero cuánto más va a requerir de los que pretenden conocer el camino de la vida y que han asumido la responsabilidad de guiar a otros por él. El apóstol Pablo exhortó a Timoteo con estas palabras: "Lo que has oído de mí ante muchos testigos, esto encarga a hombres fieles que sean idóneos para enseñar también a otros" (2 Tim. 2:2).

Los gloriosos resultados logrados por el ministerio de los discípulos escogidos por Cristo, fue la consecuencia de llevar en sus cuerpos la muerte del Señor Jesús. Algunos de los que dieron testimonio en favor de Cristo eran hombres sin letras e ignorantes; pero la gracia y la verdad reinaban en sus

corazones, inspirando y purificando sus vidas, y controlando sus acciones. Eran representantes vivientes de la mente y el espíritu de Cristo. Eran epístolas vivientes, conocidas y leídas por todos los hombres. Fueron aborrecidos y perseguidos por todos los que recibieron la verdad que predicaban y sin embargo despreciaron la cruz de Cristo.

Los malvados no se oponen a la forma de la piedad, ni rechazan el ministerio popular que no les pide que lleven la cruz. El corazón irregenerado no levantará objeciones serias contra una religión que no tiene nada que haga temblar al trasgresor de la ley, o que induzca al corazón y a la mente a meditar en las terribles (309) realidades del juicio venidero. Es la manifestación del Espíritu y del poder de Dios lo que suscita oposición e induce a rebelarse al corazón no regenerado. La verdad que salva el alma no solamente debe proceder de Dios, sino que su Espíritu debe acompañar a su comunicación a los demás; en caso contrario, cae impotente delante de las influencias opositoras. ¡Oh, que la verdad surja de los labios de los siervos de Dios con tal poder que se abra camino a fuego hacia los corazones de la gente!

Los ministros deben estar imbuidos del poder de lo alto. Cuando la verdad, en su sencillez y fortaleza, tal como es en Jesús, se la presenta en oposición al espíritu del mundo, condenando sus placeres excitantes y sus encantos corruptores, se verá entonces claramente que no hay acuerdo entre Cristo y Belial. El corazón irregenerado no puede discernir las cosas del Espíritu de Dios. Un ministro carente de consagración, que presenta la verdad sin entusiasmo alguno, mientras su propia alma permanece inconmovible frente a las verdades que comunica a los demás, solamente hará daño. Cada esfuerzo que lleva a cabo lo único que hace es bajar la norma.

El interés egoísta debe desaparecer consumido por una profunda ansiedad por la salvación de las almas. Algunos ministros han trabajado, no porque no se atrevieran a hacer otra cosa, no porque temieran que algo les podría ocurrir, sino por el salario que iban a recibir. Dijo el ángel: "¿Quién también hay de vosotros que cierre las puertas o alumbre mi altar de balde? Yo no tengo complacencia en vosotros, dice Jehová de los ejércitos, ni de vuestra mano aceptaré ofrenda" (Mal. 1:10).

Es totalmente erróneo cobrar por cada mandado que se hace para Dios. La tesorería del Señor ha sido agotada por quienes sólo han sido un perjuicio para la causa. Si los ministros se entregan plenamente a la obra de Dios, y dedican todas sus energías a edificar su causa, nada les faltará. Con respecto a las cosas temporales, están en mejores condiciones que su Señor, y que los discípulos que él envió para salvar a los hombres que estaban a punto de perecer. Nuestro gran Ejemplo, que moró en el resplandor de la gloria del Padre, fue despreciado y rechazado por los hombres. El oprobio y la calumnia lo siguieron. Sus discípulos escogidos eran vivos ejemplos de la vida y la actitud de su (310) Maestro. Se los honró con azotes y cárcel; y finalmente sellaron su ministerio con su sangre.

Cuando los ministros están tan interesados en la obra que la llegan a amar como si formara parte de su existencia, entonces pueden decir: "¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada? Como está escrito: por causa de ti somos muertos todo el tiempo; somos contados como ovejas de matadero. Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de Aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo porvenir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro" (Rom. 8:35-39).

"Ruego a los ancianos que están entre vosotros, yo anciano también con ellos, y testigo de los padecimientos de Cristo, que soy también participante de la gloria que será revelada: apacentad la grey de Dios que está entre vosotros, cuidando de ella, no por fuerza, sino voluntariamente; no por ganancia deshonesta, sino con ánimo pronto; no como teniendo señorío sobre los que están a vuestro cuidado, sino siendo ejemplos de la grey. Y cuando aparezca el Príncipe de los pastores, vosotros recibiréis la corona incorruptible de gloria" (1 Pedro 5:1-4).

Contaminación Moral.-

Se me ha mostrado que vivimos en medio de los peligros de los últimos días. Por cuanto abunda la iniquidad, el amor de muchos se enfría. La palabra "muchos" se refiere a los que profesan seguir a Cristo. Afectados, sin que ello sea necesario, por la iniquidad prevaleciente, se apartan de Dios. La causa de esta apostasía estriba en que no se mantienen apartados de la iniquidad. El hecho de que su amor hacia Dios se esté enfriando por causa de que abunda la iniquidad, demuestra que, en cierto sentido, participan de esta iniquidad, pues de otra manera ella no afectaría su amor a Dios, ni su celo y fervor en su causa. (311)

Se me ha presentado un horrible cuadro de la condición del mundo. La inmoralidad cunde por doquiera. La disolución es el pecado característico de esta era. Nunca alzó el vicio su deforme cabeza con tanta osadía como ahora. La gente parece aturdida, y los amantes de la virtud y de la verdadera bondad casi se desalientan por esta osadía, fuerza y predominio del vicio. La iniquidad prevaleciente no es del dominio exclusivo del incrédulo y burlador. Ojala fuese tal el caso; pero no sucede así. Muchos hombres y mujeres que profesan la religión de Cristo son culpables. Aun los que profesan esperar su aparición no están más preparados para ese suceso que Satanás mismo. No se están limpiando de toda contaminación. Han servido durante tanto tiempo a su concupiscencia, que sus pensamientos son, por naturaleza, impuros y sus imaginaciones, corruptas. Es tan imposible lograr que sus mentes se espacien en cosas puras y santas como lo sería desviar el curso del Niagara y hacer que sus aguas remontasen las cataratas.

Jóvenes y niños de ambos sexos participan de la contaminación moral, y practican el asqueroso vicio solitario destructor de cuerpo y alma. Muchos de los que profesan ser cristianos están tan atontados por la misma práctica que sus sensibilidades morales no pueden ser despertadas para comprender que es pecado, y que si persisten en ello terminarán de seguro por destruir completamente el cuerpo y la mente. ¡El hombre, el ser más noble de la tierra, formado a la imagen de Dios, se transforma en una bestia, se embrutece y corrompe! Cada cristiano tendrá que aprender a refrenar sus pasiones y a guiarse por sus buenos principios. A menos que lo haga, es indigno del nombre de cristiano.

Algunos que ostensiblemente profesan el cristianismo no comprenden el pecado del abuso propio y sus resultados inevitables. Un hábito inveterado ha cegado su entendimiento. No se dan cuenta del carácter excesivamente pecaminoso de este pecado degradante que enerva y destruye su fuerza nerviosa y cerebral. Los principios morales se debilitan excesivamente cuando están en conflicto con un hábito inveterado. Los solemnes mensajes del Cielo no pueden impresionar con fuerza el corazón que no está fortificado contra la práctica de este vicio degradante. Los nervios sensibles del cerebro han perdido su tonicidad por la excitación (312) mórbida destinada a satisfacer un deseo antinatural de complacencia sensual. Los nervios del cerebro que relacionan todo el organismo entre sí son el único medio por el cual el Cielo puede comunicarse con el hombre, y afectan su vida más íntima. Cualquier cosa que perturbe la circulación de las corrientes eléctricas del sistema nervioso, disminuye la fuerza de las potencias vitales, y como resultado se atenúa la sensibilidad de la mente. En consideración de estos hechos, ¡cuán importante es que los ministros y la gente que profesan piedad se conserven sin mancha de este vicio degradante!

Mi alma cayó postrada por la angustia cuando se me reveló la condición débil de los que profesan pertenecer al pueblo de Dios. Abunda la iniquidad, y el amor de muchos se enfría. Son tan sólo pocos los cristianos profesos que consideran este asunto según la debida luz y que ejercen el dominio debido sobre sí mismos cuando la opinión pública y las costumbres no los condenan. ¡Cuán pocos refrenan sus pasiones porque se sienten bajo la obligación moral de hacerlo, y porque el temor de Dios está ante sus ojos! Las facultades superiores del hombre están esclavizadas por el apetito y las pasiones corruptas.

Algunos reconocerán el mal de las prácticas pecaminosas y, sin embargo, se disculparán diciendo que no pueden vencer sus pasiones. Esta es una admisión terrible de parte de una persona que lleva el nombre de Cristo. "Apártese de iniquidad todo aquel que invoca el nombre de Cristo" (2 Tim. 2:19). ¿Por qué existe esta debilidad? Es porque las propensiones animales han sido fortalecidas por el

ejercicio, hasta que han prevalecido sobre las facultades superiores. A los hombres y mujeres les faltan principios. Están muriendo espiritualmente porque han condescendido durante tanto tiempo con sus apetitos naturales que su dominio propio parece haber desaparecido. Las pasiones inferiores de su naturaleza han empuñado las riendas, y la que debiera ser la facultad dominante se ha convertido en la sierva de la pasión corrupta. Se mantiene al alma en la servidumbre más abyecta. La sensualidad ha apagado el deseo de santidad, y ha agostado la prosperidad espiritual.

Mi alma se aflige por los jóvenes que forman su carácter en esta era de degeneración. Tiemblo también por sus padres, porque (313) se me ha mostrado que en general no entienden su obligación de educar a sus hijos en el camino por donde deben andar. Consultan las costumbres y las modas; y los niños no tardan en dejarse llevar por éstas y se corrompen, mientras sus indulgentes padres no advierten el peligro. Pero muy pocos jóvenes están libres de hábitos corrompidos. En extenso grado se los exime de ejercicio físico por temor a que trabajen demasiado. Los padres mismos llevan las cargas que sus hijos debieran llevar. Es malo trabajar con exceso, pero los resultados de la indolencia son más temibles. La ociosidad conduce a la práctica de hábitos corrompidos. La laboriosidad no cansa ni agota una quinta parte de lo que rinde el hábito pernicioso del abuso propio. Si el trabajo sencillo y bien regulado agota a vuestros hijos, tened la seguridad, padres, de que hay, además del trabajo, algo que enerva su organismo y les produce una sensación de cansancio continuo. Dad a vuestros hijos trabajo físico para que pongan en ejercicio los nervios y los músculos. El cansancio que acompaña un trabajo tal, disminuirá su inclinación a participar en los hábitos viciosos. La ociosidad es una maldición. Produce hábitos licenciosos.

Se me han presentado muchos casos, y mi alma ha enfermado y se ha llenado de asco al tener una vislumbre de sus vidas íntimas, a causa de la podredumbre del corazón de los seres humanos que profesan piedad y hablan de ser trasladados al Cielo. Me he preguntado con frecuencia: ¿En quién puedo confiar? ¿Quién está libre de iniquidad?

Mi esposo y yo asistimos una vez a una reunión en la que se solicitó nuestra simpatía en favor de un hermano que sufría mucho de tisis. Pálido y demacrado, el enfermo solicitó las oraciones de los hijos de Dios. Nos dijo que su familia estaba enferma y que había perdido un hijo. Habló con sentimiento de su pérdida. Dijo que desde hacía un tiempo esperaba a los hermanos White. Creía que si ellos oraban por él, sanaría. Después de terminar la reunión, los hermanos nos llamaron la atención a su caso. Dijeron que la iglesia les estaba ayudando, que su esposa estaba enferma, y que su hijo había muerto. Los hermanos se habían reunido para orar por la familia afligida. Estábamos muy cansados, y pesaba sobre nosotros la responsabilidad del trabajo durante la reunión, y deseábamos que se nos disculpara. (314)

Yo había resuelto no orar a favor de nadie, a menos que el Espíritu del Señor dictase lo que debía hacerse. Se me había mostrado que abundaba tanta iniquidad, aun entre los profesos observadores del sábado, que no deseaba orar con otros en favor de aquellos cuya historia no conocía. Cuando expresé mi razón, los hermanos me aseguraron que, por cuanto sabían, era un hermano digno. Conversé algunas palabras con el que había solicitado nuestras oraciones para ser sanado; pero no me sentía libre. El lloró y dijo que había aguardado nuestra venida, y se sentía seguro de que si orábamos por él, recobraría la salud. Le dijimos que no conocíamos su vida; que preferíamos que orasen por él aquellos que le conocían. Nos importunó con tanta insistencia que decidimos considerar su caso, y presentarlo ante el Señor aquella noche; y si el camino parecía expedito, cumpliríamos con su petición.

Esa noche, postrados en oración, presentamos su caso ante el Señor. Pedimos conocer la voluntad de Dios acerca de él. Todo lo que deseábamos era que Dios fuera glorificado. ¿Quería el Señor que orásemos por este hombre afligido? Dejamos la carga al Señor y nos retiramos a descansar. En un sueño se me presentó claramente el caso de este hombre. Se me mostró su conducta desde su infancia, y supe que si orábamos, el Señor no nos oiría, porque ese hermano albergaba iniquidad en su corazón. A la mañana siguiente, el hombre acudió a pedirnos que orásemos por él. Lo llevamos aparte y le

dijimos- que lamentábamos vernos obligados a negarle lo que pedía. Relaté mi sueño que él reconoció como verdadero. Había abusado de sí mismo desde su juventud, y había continuado haciéndolo durante su matrimonio, pero dijo que procuraría librarse del vicio.

Este hombre tenía que vencer el hábito fomentado durante mucho tiempo. Ya era hombre de edad madura. Sus principios morales eran tan débiles, que se desmoronaban cuando tenía que luchar con un vicio tan arraigado. Las pasiones más bajas habían adquirido gran ascendiente sobre su naturaleza superior. Le interrogué acerca de la reforma pro salud. Dijo que no podía vivir de acuerdo con ella. Su esposa arrojaba de la casa la harina integral si se la traían. Sin embargo esta familia había recibido ayuda de la iglesia. Se habían hecho oraciones en su favor. Había (315) muerto su hijo, la esposa estaba enferma, y el esposo y padre nos presentaba su caso para que lo llevásemos a un Dios puro y santo, a fin de que realizase un milagro y lo sanase. Las sensibilidades morales de este hombre estaban embotadas.

Cuando los jóvenes adoptan prácticas viles mientras su espíritu es tierno, nunca obtendrán fuerza para desarrollar plena y correctamente su carácter físico, intelectual y moral. Allí había un hombre que se degradaba diariamente, y sin embargo se atrevía a comparecer en la presencia de Dios, para pedir renovación de la fuerza que había despilfarrado vilmente, y que, si le era concedida, consumiría en su concupiscencia. ¡Qué tolerancia la de Dios! Si tratase al hombre de acuerdo con sus caminos corrompidos, ¿quién podría vivir delante de él? Y si nosotros hubiésemos sido menos cautelosos y hubiésemos presentado este caso a Dios, mientras practicaba la iniquidad, ¿nos habría oído el Señor? ¿Habría contestado? "Porque tú no eres un Dios que ame la maldad: el malo no habitará junto a ti. No estarán los insensatos delante de tus ojos: aborreces a todos los que obran iniquidad". "Si en mi corazón hubiese yo mirado a la iniquidad, el Señor no me oyera" (Salmo 5:4-5; 66:18).

Este no es un caso aislado. Aun las relaciones matrimoniales eran insuficientes para preservar a este hombre de los hábitos corrompidos de su juventud. ¡Ojala se me pudiera convencer de que los casos como el que presenté son raros; pero sé que son frecuentes! Los hijos que nacen de padres dominados por pasiones corrompidas resultan inútiles. ¿Qué puede esperarse de tales hijos, sino que se hundan aún más bajo que sus padres? ¿Qué puede esperarse de esta generación naciente? Miles carecen de principios. Estos mismos transmiten a su posteridad sus propias pasiones miserables y corruptas. ¡Qué legado! Miles arrastran sus vidas sin principios, contaminan a los que viven con ellos; y perpetúan sus pasiones degradadas, transmitiéndolas a sus hijos. Asumen la responsabilidad de darles la estampa de su propio carácter.

Vuelvo al caso de los cristianos. Si todos los que profesan obedecer la ley de Dios estuvieran libres de iniquidad, mi alma quedaría aliviada; pero no lo están. Aun algunos de los que profesan guardar todos los mandamientos de Dios son culpables del (316) pecado de adulterio. ¿Qué puedo decir para despertar sus sensibilidades embotadas? Los principios morales, aplicados estrictamente, son la única salvaguardia del alma. Si hubo alguna vez un tiempo en que la alimentación debía ser de la clase más sencilla, es ahora. No debe ponerse carne delante de nuestros hijos. Su influencia tiende a excitar y fortalecer las pasiones inferiores, y tiende a amortiguar las facultades morales. Los cereales y las frutas, preparados sin grasa y en forma tan natural como sea posible, deben ser el alimento destinado a todos aquellos que aseveran estar preparándose para ser trasladados al Cielo. Cuanto menos excitante sea nuestra alimentación, tanto más fácil será dominar las pasiones. La complacencia del gusto no debe ser consultada sin tener en cuenta la salud física, intelectual o moral.

La satisfacción de las pasiones más bajas inducirá a muchos a cerrar los ojos a la luz, porque temen ver pecados que no están dispuestos a abandonar. Todos pueden ver si lo desean. Si prefieren las tinieblas a la luz, su criminalidad no disminuirá por ello. ¿Por qué no leen los hombres y mujeres y se instruyen en estas cosas que tan decididamente afectan su fuerza física, intelectual y moral? Dios os ha dado un tabernáculo que cuidar y conservar en la mejor condición para su servicio y gloria. Vuestros cuerpos no os pertenecen. "¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el

cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? Porque comprados sois por precio: glorificad pues a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios". "¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros? Si alguno violare el templo de Dios, Dios destruirá al tal: porque el templo de Dios, el cual sois vosotros, santo es" (1 Cor. 6:19-20; 3:16-17). (317)

NUMERO DIECIOCHO: TESTIMONIO PARA LA IGLESIA

La Temperancia Cristiana.-

"¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? Porque comprados sois por precio: glorificad pues a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios" (1 Cor. 6:19-20).

No nos pertenecemos. Hemos sido comprados a un precio elevado, a saber, los sufrimientos y la muerte del Hijo de Dios. Si pudiésemos comprender plenamente esto, sentiríamos que pesa sobre nosotros la gran responsabilidad de mantenernos en la mejor condición de salud, a fin de prestar a Dios un servicio perfecto. Pero cuando nos conducimos de manera que nuestra vitalidad se gasta, nuestra fuerza disminuye y el intelecto se anubla, pecamos contra Dios. Al seguir esta conducta no le glorificamos en nuestro cuerpo ni en nuestro espíritu que son suyos, sino que cometemos lo que es a su vista un grave mal.

¿Se dio Jesús por nosotros? ¿Ha sido pagado un precio elevado para redimirnos? Y, ¿no es precisamente por esto por lo que no nos pertenecemos? ¿Es verdad que todas las facultades de nuestro ser, nuestro cuerpo, nuestro espíritu, todo lo que tenemos y todo lo que somos, pertenecen a Dios? Por cierto que sí. Y cuando comprendemos esto, ¡qué obligación tenemos para con Dios de conservarnos en la condición que nos permita honrarle aquí en la tierra, en nuestro cuerpo y nuestro espíritu que son suyos!

Creemos sin duda alguna que Cristo va a venir pronto. Esto no es una fábula para nosotros; es una realidad. No tenemos la (318) menor duda, ni la hemos tenido durante años, de que las doctrinas que sostenemos son la verdad presente, y que nos estamos acercando al juicio. Nos estamos preparando para encontrar a Aquel que aparecerá en las nubes de los cielos escoltado por una hueste de santos ángeles, para dar a los fieles y justos el toque final de la inmortalidad. Cuando él venga, no lo hará para limpiarnos de nuestros pecados, quitarnos los defectos de carácter, o curarnos de las flaquezas de nuestro temperamento y disposición. Si es que se ha de realizar en nosotros esta obra, se hará antes de aquel tiempo.

Cuando venga el Señor, los que son santos seguirán siendo santos. Los que han conservado su cuerpo y espíritu en pureza, santificación y honra, recibirán el toque final de la inmortalidad. Pero los que son injustos, inmundos y no santificados permanecerán así para siempre. No se hará en su favor ninguna obra que elimine sus defectos y les dé un carácter santo. El Refinador no se sentará entonces para proseguir su obra de refinación y quitar sus pecados y su corrupción. Todo esto debe hacerse en las horas del tiempo de gracia. Ahora es cuando debe realizarse esta obra en nosotros.

Abrazamos la verdad de Dios con nuestras diferentes facultades, y al colocarnos bajo la influencia de esta verdad, ella realizará en nosotros la obra que nos dará idoneidad moral para formar parte del reino de gloria y para departir con los ángeles celestiales. Estamos ahora en el taller de Dios. Muchos de nosotros somos piedras toscas de la cantera. Pero cuando echamos mano de la verdad de Dios, su influencia nos afecta; nos eleva, y elimina de nosotros toda imperfección y pecado, cualquiera que sea su naturaleza. Así quedamos preparados para ver al Rey en su hermosura y unirnos finalmente con los ángeles puros y santos, en el reino de gloria. Aquí es donde nuestro cuerpo y nuestro espíritu han de quedar dispuestos para la inmortalidad.

Estamos en un mundo que se opone a la justicia, a la pureza de carácter y al crecimiento en la gracia. Dondequiera que miremos, vemos corrupción y contaminación, deformidad y pecado. Y ¿cuál es la obra que hemos de emprender aquí precisamente antes de recibir la inmortalidad? Consiste en

conservar nuestros cuerpos santos y nuestro espíritu puro, para que podamos subsistir sin (319) mancha en medio de las corrupciones que abundan en derredor nuestro en estos últimos días. Y para que esta obra se realice, necesitamos dedicarnos a ella en seguida con todo el corazón y el entendimiento. No debe penetrar ni influir en nosotros el egoísmo. El Espíritu de Dios debe ejercer perfecto dominio sobre nosotros, e influir en todas nuestras acciones. Si nos apropiamos debidamente del cielo y del poder de lo alto, sentiremos la influencia santificadora del Espíritu de Dios sobre nuestros corazones.

Cuando hemos procurado presentar la reforma pro salud a nuestros hermanos, y les hemos hablado de la importancia del comer y beber, y hacer para gloria de Dios todo lo que hacen, muchos han dicho por sus acciones: "A nadie le importa si como esto o aquello; nosotros mismos hemos de soportar las consecuencias de lo que hacemos".

Estimados amigos, estáis muy equivocados. No sois los únicos que han de sufrir a consecuencia de una conducta errónea. En cierta medida, la sociedad a la cual pertenecéis sufre por causa de vuestros errores tanto como vosotros mismos. Si sufrís como resultado de vuestra intemperancia en la comida y la bebida, los que estamos en derredor vuestro o nos relacionamos con vosotros, también quedamos afectados por vuestra flaqueza. Hemos de sufrir por causa de vuestra conducta errónea. Si ella contribuye a disminuir vuestras facultades mentales o físicas, y lo advertimos cuando estamos en vuestra compañía, quedamos afectados por ello. Si en vez de tener espíritu animoso, sois presa de la lobreguez, ensombrecéis el ánimo de todos los que os rodean. Si estamos tristes, deprimidos y angustiados, vosotros, si gozarais de salud, podríais tener una mente clara que nos mostrase la salida y dirigiese una palabra consoladora. Pero si vuestro cerebro está nublado como resultado de vuestra errónea manera de vivir, a tal punto que no podéis darnos el consejo correcto, ¿no sufrimos acaso una pérdida? ¿No nos afecta seriamente vuestra influencia? Tal vez tengamos mucha confianza en vuestro juicio y deseemos vuestro consejo, porque "en la multitud de consejeros hay salud" (Prov. 11:14). Deseamos que nuestra conducta parezca consecuente ante aquellos a quienes amamos y deseamos buscar el consejo que ellos nos puedan dar con mente clara. Pero (320) ¿qué interés tenemos en vuestro juicio si vuestra energía mental ha sido cargada hasta lo sumo y la vitalidad se ha retirado del cerebro para disponer del alimento impropio que se puso en el estómago, o de una enorme cantidad de alimento, aunque sea sano? ¿Qué interés tenemos en el juicio de tales personas? Ellas lo ven todo a través de una masa de alimentos indigestos. Por lo tanto, vuestra manera de vivir nos afecta. Resulta imposible seguir una conducta errónea sin hacer sufrir a otros.

"¿No sabéis que los que corren en el estadio, todos a la verdad corren, mas uno lleva el premio? Corred de tal manera que lo obtengáis. Y todo aquel que lucha, de todo se abstiene: y ellos, a la verdad, para recibir una corona corruptible; mas nosotros, incorruptible. Así que, yo de esta manera corro, no como a cosa incierta; de esta manera peleo, no como quien hiere el aire: antes hiero mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre; no sea que, habiendo predicado a otros, yo mismo venga a ser reprobado" (1 Cor. 9:24-27). Los que participaban en la carrera a fin de obtener el laurel que era considerado un honor especial, eran templados en todas las cosas, para que sus músculos, su cerebro y todos sus órganos estuviesen en la mejor condición posible para la carrera. Si no hubiesen sido templados en todas las cosas, no habrían adquirido la elasticidad que les era posible obtener de esa manera. Si eran templados, podían correr esa carrera con más posibilidad de éxito; estaban más seguros de recibir la corona.

Pero, no obstante toda su templanza —todos sus esfuerzos por sujetarse a un régimen cuidadoso a fin de hallarse en la mejor condición—, los que corrían la carrera terrenal estaban expuestos al azar. Podían hacer lo mejor posible, y sin embargo no recibir distinción honorífica; porque otro podía adelantárseles un poco y arrebatarles el premio. Uno solo recibía el galardón. Pero en la carrera celestial, todos podemos correr, y recibir el premio. No hay incertidumbre ni riesgo en el asunto. Debemos revestirnos de las gracias celestiales y con los ojos dirigidos hacia arriba, a la corona de la inmortalidad, tener siempre presente el Modelo. Fue Varón de dolores, experimentado en quebranto. Debemos tener constantemente presente la vida de humildad y abnegación de nuestro divino Señor. Y a

medida que procuramos imitarlo, manteniendo los ojos fijos en el premio, podemos correr esa carrera (321) con certidumbre, sabiendo que si hacemos lo mejor que podamos, lo alcanzaremos con seguridad.

Los hombres estaban dispuestos a someterse a la abnegación y a la disciplina para correr y obtener una corona corruptible, que iba a perecer en un día, y que era solamente un distintivo honroso de parte de los mortales. Pero nosotros hemos de correr la carrera que brinda la corona de inmortalidad y la vida eterna. Sí, un inconmensurable y eterno peso de gloria nos será otorgado como premio cuando hayamos terminado la carrera. "Nosotros —dice el apóstol— una incorruptible". Y si los que se empeñaban en una carrera terrenal para recibir una corona temporal podían ser templados en todas las cosas, ¿no podemos serlo nosotros, que tenemos en vista una corona incorruptible, un eterno peso de gloria y una vida que se compara con la de Dios? Ya que tenemos este gran incentivo, ¿no podemos correr "con paciencia la carrera que nos es propuesta, puestos los ojos en el autor y consumador de la fe, en Jesús"? El nos ha indicado el camino, y ha señalado todo el trayecto con sus pisadas. Es la senda que él ha recorrido, y podemos experimentar con él la abnegación y el sufrimiento, y andar en esa senda señalada por su propia sangre.

"Así que, yo de esta manera corro, no como a cosa incierta; de esta manera peleo, no como quien hiere al aire; antes hiero mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre". En esto tiene una obra que hacer todo hombre, mujer y niño. Satanás procura constantemente obtener el dominio de nuestro cuerpo y espíritu. Pero Cristo nos ha comprado, y somos su propiedad. Nos toca obrar unidos con Cristo y con los santos ángeles que ministran en nuestro favor. Nos toca mantener en sujeción al cuerpo. A menos que lo hagamos, perderemos ciertamente la vida eterna y la corona de la inmortalidad. Y, sin embargo, algunos dicen: "¿A quién le importa lo que como o bebo?" Os he mostrado qué relación tiene con los demás vuestra conducta. Habéis visto que tiene mucho que ver con la influencia que ejercéis sobre vuestras familias. Tiene un gran papel en la obra de moldear el carácter de vuestros hijos.

Como he dicho antes, vivimos en una era corrupta. Es un tiempo en que Satanás parece ejercer un dominio casi perfecto sobre las mentes que no están plenamente consagradas a Dios. Por lo (322) tanto, descansa una gran responsabilidad sobre los padres y los tutores que tienen que criar a los niños. Los padres han asumido la responsabilidad de traer estos niños a la vida; y ahora, ¿cuál es su deber? ¿Consiste en dejarlos criarse lo mejor que puedan o como quieran? Permitidme deciros que recae una pesada responsabilidad sobre esos padres. "Si pues coméis o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo todo a gloria de Dios" (1 Cor. 10:31). ¿Hacéis esto cuando preparáis alimento para vuestras mesas, y llamáis a la familia a participar de ellos? ¿Estáis colocando delante de vuestros hijos solamente alimentos que producirán la mejor sangre? ¿Contribuirá este alimento a conservar sus cuerpos en la condición menos febril? ¿Es de clase que los pondrá en la mejor condición de vida y salud? ¿Es tal el alimento que procuráis colocar delante de vuestro hijos? ¿O será que, sin mirar a su bienestar futuro, les dais alimentos malsanos, estimulantes e irritantes?

Permitidme deciros que los niños se inclinan al mal. Satanás parece dominarlos. Se posesiona de sus mentes juveniles y son corrompidos. ¿Por qué obran los padres y las madres como si estuviesen aletargados? No sospechan que Satanás está sembrando mala semilla en sus familias. Son ciegos, negligentes y temerarios hasta el colmo en estas cosas. ¿Por qué no despiertan y se dedican a leer y estudiar estos asuntos? Dice el apóstol: "Mostrad en vuestra fe virtud, y en la virtud ciencia; y en la ciencia templanza, y en la templanza paciencia", etc. (2 Pedro 1:5-6). Esta es una obra que incumbe a todos los que profesan seguir a Cristo; consiste en vivir de acuerdo con el plan divino de la adición.

Se me ha revelado capítulo tras capítulo. Puedo señalar en esta casa a niños de muchas familias, cada uno de los cuales es tan corrupto como el mismo infierno. Algunos profesan ser seguidores de Cristo, y vosotros sus padres, sois tan indiferentes como si hubierais sufrido un ataque de parálisis.

He dicho que algunos de vosotros sois egoístas. No habéis comprendido lo que quise decir. Habéis estudiado qué tipo de comida tendría mejor sabor. Han prevalecido el gusto y el placer, en lugar de la

gloria de Dios y el deseo de avanzar en la vida divina y de perfeccionar la santidad en el temor de Dios. Habéis consultado vuestro propio placer, vuestro propio apetito; y mientras (323) lo hacíais, Satanás ganaba terreno y, como generalmente sucede, frustraba vuestros esfuerzos en cada ocasión.

Algunos de vosotros, padres, habéis llevado a vuestros hijos al médico para saber qué les pasaba. Yo podría haberos dicho en dos minutos cuál era el problema. Vuestros hijos están corrompidos. Satanás ha logrado controlarlos. Se ha introducido pasando por delante de vosotros, que sois como Dios para ellos, para guardarlos, mientras estabais tranquilos, atontados y dormidos. Dios os ha mandado que los forméis en el temor y la educación del Señor. Pero Satanás ha pasado por delante de vosotros y ha levantado barreras a su alrededor. Y sin embargo seguís durmiendo. Que el Cielo se compadezca de vosotros y vuestros hijos, pues necesitáis su compasión.

Si hubieseis aceptado la reforma pro salud; si hubieseis añadido a vuestra fe virtud, a la virtud ciencia, y a la ciencia templanza, las cosas podrían haber sido diferentes. Pero habéis sido conmovidos sólo en parte por la iniquidad y la corrupción de vuestros hogares. Sólo habéis entreabierto los ojos y luego os habéis acomodado para seguir durmiendo. ¿Creéis que los ángeles pueden entrar en vuestras casas? ¿Creéis que vuestros hijos pueden ser alcanzados por influencias santas en estas circunstancias? Puedo ver que una familia tras otra han caído casi completamente bajo el control de Satanás. Sé que estas cosas son verdaderas, y quiero que la gente se despierte antes de que sea demasiado tarde, y la sangre de las almas, aun la sangre de las almas de sus propio hijos, manche sus vestiduras.

Las mentes de algunos de estos niños están tan debilitadas que su intelecto es sólo la mitad o un tercio de lo brillante que podría haber sido si hubieran sido virtuosos y puros. Las han derrochado como consecuencia de la masturbación. Aquí mismo en esta iglesia, la corrupción rebosa por todos lados. De vez en cuando hay un canto, o alguna reunión con fines de placer. Cada vez que escucho estas cosas, deseo vestirme de silicio. "¡Oh, si mi cabeza se hiciese aguas, y mis ojos fuente de lágrimas!" "Perdona a tu pueblo, oh Señor". Me siento angustiada. El sufrimiento de mi alma es indescriptible. Vosotros estáis dormidos. ¿Los relámpagos y los truenos del Sinaí lograrían conmover a esta iglesia? ¿Os inducirían a vosotros, padres y madres, a comenzar la (324) obra de reforma en vuestros propios hogares? Debierais enseñar a vuestros hijos. Debierais instruirlos acerca de cómo rehuir los vicios y las corrupciones de esta era. En lugar de hacer esto, muchos estáis ocupados en cómo proveer algo bueno para comer. Colocáis en vuestras mesas manteca, huevos y carne, y vuestros hijos se sirven de ellos. Los alimentáis precisamente con lo que excita sus pasiones animales, y luego os reunís y pedís a Dios que bendiga y salve a vuestros hijos. ¿Cuán alto llegan vuestras oraciones? Tenéis una obra que hacer primero. Cuando hayáis hecho por vuestro hijos todo lo que Dios os ha dejado para hacer, entonces podréis reclamar con confianza la ayuda especial que Dios ha prometido datos.

Debierais considerar la temperancia en todas las cosas. Debéis considerarla en lo que coméis y en lo que bebéis. Y sin embargo decís: "A nadie le importa lo que como, o lo que bebo, o lo que coloco sobre mi mesa". Siempre le importa a alguien, a menos que os llevéis a vuestros hijos y los encerréis, o vayáis al desierto donde no seréis una carga para nadie, y donde vuestros indisciplinados y viciosos hijos no corromperán a la sociedad a la que se incorporan.

Muchos que han adoptado la reforma pro salud han abandonado todo lo perjudicial; pero ¿se sigue de ello que porque han dejado estas cosas, pueden comer tanto como quieran? Se sientan a la mesa, y en vez de considerar cuánto deben comer, se entregan al apetito y comen en exceso. Luego, el estómago debe trabajar hasta el extremo durante el resto del día para eliminar la carga que se le ha impuesto. Todo alimento ingerido, del cual el organismo no deriva beneficio, es una carga para la naturaleza en su trabajo. Estorba la máquina viviente. El organismo queda obstruido y no puede realizar su trabajo con éxito. Los órganos vitales quedan recargados innecesariamente, y la fuerza nerviosa del cerebro es desviada al estómago para ayudar a los órganos digestivos a realizar su obra de disponer de una cantidad de alimento que no beneficia al organismo.

De esta manera la fuerza del cerebro es disminuida por las exigencias que se le imponen para ayudar al estómago a llevar su pesada carga. Y después de realizada la tarea ¿qué sensaciones se experimentan como resultado de este gasto innecesario de fuerza (325) vital? Una sensación de debilidad y desfallecimiento, como que se debiera comer más. Tal vez esta sensación se produce precisamente antes de la hora de comer. ¿Cuál es la causa? La naturaleza se quedó agotada por su trabajo; de ahí viene esa sensación de cansancio. Y pensáis que el estómago dice: "más alimento", cuando su cansancio dice claramente: "dadme reposo".

El estómago necesita descansar a fin de recuperar sus energías agotadas, para dedicarlas al próximo trabajo. Pero en vez de concederle un período de descanso, pensáis que necesita más alimento e imponéis otra carga a la naturaleza y le negáis el reposo que necesita. Es como el caso de un hombre que trabaja en el campo durante toda la primera parte del día hasta cansarse. Al llegar a casa a las doce, dice que está cansado y agotado; pero se le indica que vuelva a trabajar para obtener alivio. Así es como tratáis al estómago. Está totalmente agotado. Pero en vez de darle reposo, se le da más alimento, y luego se desvía la vitalidad de otras partes del organismo hacia el estómago para ayudar en el trabajo de la digestión.

Muchos de vosotros a veces habéis sentido una especie de sopor en el cerebro. Os habéis sentido desganados ante cualquier trabajo que requería esfuerzo ya sea mental o físico, hasta después de haber descansado de esta sobrecarga impuesta al organismo. Luego aparece de nuevo esa sensación de debilidad. Pero vosotros decís que se necesita más comida y hacéis que el estómago soporte una doble carga. Aun cuando seáis estrictos en cuanto a la calidad de la comida, ¿glorificáis a Dios en vuestros cuerpos y espíritus, que son suyos, al serviros tal cantidad de comida? Los que colocan tanta comida en su estómago, y de ese modo recargan a la naturaleza, no podrían apreciar la verdad aunque la oyeran explicada en detalle. No podrían despertar el entumecido discernimiento del cerebro para tomar conciencia del valor de la expiación y del gran sacrificio hecho por el hombre caído. Es imposible para tales personas apreciar la grande, preciosa, y sumamente rica recompensa que está reservada para los fieles vencedores. Nunca debiera permitirse que la parte animal de nuestra naturaleza gobierne a la parte moral e intelectual.

¿Y cómo influye el comer en exceso sobre el estómago? Lo debilita, (326) los órganos digestivos flaquean, y la enfermedad, con su secuela de males, aparece como resultado. Si las personas ya estaban enfermas, de este modo aumentan sus dificultades y disminuyen su vitalidad cada día de su vida. Hacen que sus poderes vitales trabajen innecesariamente para digerir la comida que colocan en sus estómagos. ¡Qué terrible es estar en estas condiciones! Sabemos algo acerca de la dispepsia por la experiencia propia. La tuvimos en nuestra familia, y consideramos que es una enfermedad a la que debe temerse. Cuando alguien llega a ser definidamente dispéptico, sufre mucho, mental y físicamente; y sus amigos necesariamente sufren también a menos que sean tan insensibles como animales. ¿Y seguiréis insistiendo en que "a nadie le importa lo que como o qué conducta sigo"? Simplemente haced algo que los irrite de algún modo. ¡Qué fácil les resulta irritarse! Se sienten mal y les parece que sus hijos son muy malos. No pueden hablarles con calma, ni actuar con calma en sus hogares a menos que reciban una porción especial de gracia. Todos los que los rodean son afectados por la enfermedad que los aqueja; todos tienen que sufrir las consecuencias de su dolencia. Proyectan una sombra oscura. Entonces, ¿no afectan a otros vuestros hábitos en el comer o el beber? Por cierto que sí. Debierais ser muy cuidadosos y preservaron en el mejor estado de salud de modo que podáis brindar a Dios un servicio perfecto y cumplir con vuestras obligaciones para con la sociedad y vuestra familia.

Pero aun los que adoptan la reforma pro salud pueden errar en cuanto a la cantidad de comida. Pueden comer sin moderación una comida saludable y de calidad. Algunos en esta casa yerran en cuanto a la calidad. Nunca han aceptado la reforma pro salud. Han decidido comer y beber lo que desean y cuando les da la gana. Están deteriorando sus organismo en este modo. No sólo esto sino también están perjudicando a sus familias al presentarles en sus mesas alimentos excitantes que aumentan los

instintos animales de sus hijos y los harán prestar poca atención a las comidas celestiales. Los padres están así reforzando los instintos animales de sus hijos y disminuyendo su capacidad espiritual. ¡Qué severo castigo tendrán que sobrellevar en el fin! ¡Y todavía se sorprenden de que sus hijos sean moralmente tan débiles! (327)

Los padres no han dado la correcta educación a sus hijos. Frecuentemente manifiestan las mismas imperfecciones que se ven en sus hijos. Comen de un modo incorrecto, y esto requiere que su energía nerviosa se concentre en el estómago, y no les queda vitalidad para aplicarla en otras direcciones. No pueden controlar a sus hijos correctamente por causa de su propia impaciencia; tampoco pueden enseñarles el camino correcto. Quizás los tratan rudamente e, impacientes, los golpean. He dicho que al golpear a un niño, mientras permitimos que entren dos malos espíritus, sacamos sólo uno. Castigar físicamente a un niño que se comporta mal sólo empeora las cosas. No lo inducirá a someterse. Cuando el organismo no está en perfectas condiciones, cuando la circulación está alterada, y el sistema nervioso no puede hacer otra cosa que ocuparse de una comida de mala calidad o aun de demasiada cantidad de lo que es bueno, los padres no tienen dominio propio. No pueden darse cuenta de la consecuencia de sus acciones. Aquí está la razón por la cual en su relación con sus familias son más los problemas que causan que los que solucionan. Parecen no comprender la relación que existe entre la causa y el efecto, y obran como si fueran ciegos. Parecen actuar como si al comportarse como salvajes glorificaran a Dios de un modo especial, y si algún miembro de la familia hace algo malo lo sancionan con rudeza y violencia.

¿Quiénes son nuestros hijos? Son solamente nuestros hermanos y hermanas menores en la familia que Dios reconoce como suya. Estamos tratando con los miembros de la familia del Señor. Y mientras se los confía a nuestro cuidado, con cuánto esmero deberíamos educarlos para el Señor, de modo que cuando el Maestro venga podamos decir: "He aquí, Señor, nosotros y los hijos que nos has dado". ¿Podremos entonces decir: "Hemos tratado de hacer nuestra obra, y hemos tratado de hacerla bien"?

He visto madres de familias numerosas que no se daban cuenta del trabajo que tenían ante sí y ante su propia familia. Querían ser misioneras y hacer una obra grande. Deseaban un puesto elevado, pero descuidaban el mismo trabajo que en su casa se les había asignado. ¡Cuán importante es que la gente se despeje! ¡Cuán importante es que el cuerpo esté tan libre como sea posible de la enfermedad, a fin de que podamos hacer el trabajo que el Señor (328) nos ha encomendado, y esto de una manera que permita al Maestro decir: "Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré: entra en el gozo de tu Señor" (Mat. 25:21). Hermanas mías, no despreciéis las pocas tareas que el Señor os ha dado que hacer. Sean las acciones cotidianas tales que en el día del ajuste final de cuentas, no tengáis que avergonzaron frente a lo que anotó el ángel registrador.

Pero ¿qué diremos del régimen empobrecido? He hablado de cuán importante es que la cantidad y la calidad de los alimentos estén estrictamente de acuerdo con las leyes de la salud. Pero no quisiera recomendar un régimen alimenticio empobrecido. Se me ha mostrado que muchos adoptan una opinión errónea acerca de la reforma pro salud y siguen un régimen demasiado pobre. Se sustentan con alimentos baratos y de mala calidad, preparados sin cuidado ni consideración de la nutrición del organismo. Es importante que el alimento sea preparado con cuidado y que agrade al apetito no pervertido. Debido a que por principio descartamos el uso de carne, manteca (mantequilla), pasteles de carne, especias, tocino y cosas que irritan el estómago y destruyen la salud, nunca debiera inculcarse la idea de que poco importa lo que comemos.

Hay quienes van a los extremos. Según ellos deben comer cierta cantidad precisa y exactamente determinada, y limitarse a dos o tres cosas. Permiten que tanto a ellos como a sus familias se les sirvan pocos alimentos. Al comer cantidades reducidas de alimento, que no son de la mejor calidad, no ingieren lo que puede nutrir adecuadamente el organismo. El alimento de mala calidad no puede convertirse en sangre buena. Un alimento poco nutritivo empobrecerá la sangre. Mencionaré el caso de la hermana A, que se me presentó como un caso extremo.

Se me presentaron dos clases: primero, los que no vivían de acuerdo con la luz que Dios les había dado. Comenzaron la reforma porque otros lo hicieron. No comprendieron el sistema por sí mismos. Hay muchos de vosotros que profesáis la verdad, que la habéis recibido porque otros así lo hicieron, y de ningún modo podríais dar razón de vuestra fe. Por esto sois tan débiles e inseguros. En lugar de considerar vuestros motivos a la luz de la eternidad, en vez de tener un conocimiento práctico de los principios ((329) que sustentan vuestras acciones, en lugar de haber cavado vosotros mismos hasta el fondo y construido sobre el fundamento correcto, andáis a la luz de lo que otros hicieron. Y fracasaréis en esto como habéis fracasado en la reforma pro salud. Pero, si os hubieseis guiado por principios esto no hubiera sucedido.

A algunos no les impresiona la necesidad de comer y beber para la gloria de Dios. La santificación del apetito los afecta en todas las relaciones de la vida. Ello se ve en sus familias, en la iglesia, en la reunión de oración y en la conducta de sus hijos. Ha sido la maldición de sus vidas. Es imposible hacerles comprender las verdades destinadas a estos postreros días. Dios ha provisto abundantemente para el sustento y la felicidad de todas sus criaturas; y si no se violasen sus leyes, y si todos obrasen en armonía con la voluntad divina, se experimentaría salud, paz y felicidad, en vez de miseria y malestar continuos.

Otra clase de personas que han adoptado la reforma pro salud son muy estrictos. Toman una posición, y se mantienen empecinadamente en esa posición a toda ultranza. La hermana A era una de estas personas. No era comprensiva, amable ni afectuosa como nuestro divino Señor. La justicia era prácticamente lo único que podía entender. Llegó a extremos mayores que el Dr. Trall. Sus pacientes tenían que irse porque no se les daba suficiente alimento. Su dieta empobrecida les daba sangre empobrecida.

Ingeridas como alimento las carnes perjudican a la sangre. Al cocinar carnes con muchos condimentos, y al comerlas con pasteles y tortas suculentas, se obtiene sangre de mala calidad. El organismo está demasiado recargado para asimilar esa clase de alimentos. Los pasteles de carne y los encurtidos, que nunca debieran hallar cabida en un estómago humano, proporcionarán una sangre de pésima calidad. Y un alimento de mala clase, cocinado en forma impropia y en cantidad insuficiente, no puede formar buena sangre. Los alimentos suculentos a base de carne y un régimen empobrecido producirán los mismos resultados.

Acerca de la leche y el azúcar, diré lo siguiente: Conozco personas que se han asustado por la reforma pro salud, y han dicho que no querían saber nada de ella, porque hablaba contra el uso copioso de estas cosas. Los cambios deben hacerse con gran cuidado, y debemos obrar cautelosa y sabiamente. Necesitamos (330) seguir una conducta que nos recomiende a los hombres y mujeres inteligentes del país. Las grandes cantidades de leche y azúcar ingeridas juntas son perjudiciales. Comunican impurezas al organismo. Los animales de los cuales se obtiene la leche no son siempre sanos. Pueden sufrir enfermedades. Una vaca puede estar aparentemente sana por la mañana y morir antes de la noche. En tal caso estaba enferma por la mañana, y su leche también; pero no lo sabíais. La creación animal está llena de enfermedades, y las carnes también. Si pudiésemos saber que los animales estaban en perfecta salud, yo recomendaría a la gente que comiese carne antes que grandes cantidades de leche y azúcar. No les haría el daño que les hacen estas últimas cosas. El azúcar recarga el organismo y estorba el trabajo de la máquina viviente.

Hubo un caso en el Condado de Montcalm, Míchigan, al que me voy a referir. Esta persona era un hombre noble. Medía un metro ochenta y tenía un aspecto agradable. Me llamaron a visitarlo porque estaba enfermo. Antes había conversado con él con respecto a su modo de vivir. "No me gusta su mirada", le dije. Consumía grandes cantidades de azúcar. Le pregunté por qué lo hacía. Dijo que había dejado la carne y no sabía que hubiera nada que pudiera reemplazarla tan bien como el azúcar. La comida no le satisfacía, simplemente porque su esposa no sabía cocinar. Algunos de vosotros enviáis a vuestras hijas, que son casi mujeres, a la escuela a aprender ciencias antes de saber cocinar, cuando esto

debiera ser considerado de primera importancia. He aquí una mujer que no sabía cocinar; no había aprendido cómo preparar comida saludable. La esposa y madre era deficiente en este aspecto de su educación; y como resultado, puesto que el alimento mal preparado era incapaz de satisfacer las demandas del cuerpo, se comía azúcar sin moderación, lo que enfermaba el organismo. Este hombre sacrificó su vida innecesariamente por causa de una alimentación deficiente. Cuando fui a ver a este hombre enfermo traté de explicarle del mejor modo posible cómo mejorar su situación y pronto comenzó a sentirse mejor. Pero imprudentemente se esforzó más allá de sus posibilidades, comió alimentos en poca cantidad y de baja calidad, y se enfermó nuevamente. Esta vez no hubo remedio. Su organismo parecía una masa viviente de corrupción. Murió víctima de una alimentación (331) deficiente. Trató de que el azúcar ocupara el lugar de la buena alimentación, y esto sólo empeoró las cosas.

Con frecuencia me siento a las mesas de los hermanos y veo que usan grandes cantidades de leche y azúcar. Estas recargan el organismo, irritan los órganos digestivos y afectan el cerebro. Cualquier cosa que estorba el movimiento activo del organismo, afecta muy directamente al cerebro. Y por la luz que me ha sido dada, sé que el azúcar, cuando se usa copiosamente, es más perjudicial que la carne. Estos cambios deben hacerse cautelosamente, y el tema debe ser tratado en forma que no disguste ni cause prejuicios en aquellos a quienes queremos enseñar y ayudar.

Con frecuencia nuestras hermanas no saben cocinar. A las tales quiero decir: Yo iría a la mejor cocinera que se pudiera hallar en el país, y permanecería a su lado si fuese necesario durante semanas, hasta llegar a dominar el arte de preparar los alimentos, y ser una cocinera inteligente y hábil. Obraría así aunque tuviese cuarenta años de edad. Es vuestro deber saber cocinar, y lo es también el enseñar a vuestras hijas a cocinar. Cuando les enseñáis el arte culinario, edificáis en derredor de ellas una barrera que las guardará de la insensatez y el vicio que de otra manera podría tentarlas. Yo aprecio a mi costurera y a mi copista; pero mi cocinera, que sabe preparar el alimento que sostiene la vida y nutre el cerebro, los huesos y los músculos, ocupa el puesto más importante entre los ayudantes de mi familia.

Madres: No hay nada que cause tantos males como liberar a vuestras hijas de sus obligaciones, y no darles nada que hacer, y dejarlas que elijan en qué se han de ocupar: quizás en tejer crochet o hacer otras labores superfluas. Haced que ejerciten sus miembros y sus músculos. Si las fatiga, ¿qué problema hay? ¿No os cansáis en vuestro j traba o? ¿Acaso la fatiga perjudicará a vuestras hijas, a menos que trabajen en exceso, más que lo que os perjudica a vosotros? Por cierto que no. Pueden recuperarse de la fatiga en una buena noche de descanso y estar listas para trabajar al día siguiente. Es un pecado dejarlas crecer en la ociosidad. El pecado y la ruina de Sodoma fue el exceso de pan y ocio.

Queremos obrar con la perspectiva correcta. Queremos actuar como hombres y mujeres que serán llevados a juicio. Y cuando (332) adoptamos la reforma pro salud debiéramos hacerlo con un sentido del deber, no porque otro la ha adoptado. No he cambiado en nada mi rumbo desde que adopté la reforma pro salud. No he retrocedido ni un paso desde que la luz del cielo en cuanto a este asunto iluminó mi camino. Me aparté de todo inmediatamente: de la carne y de la manteca, dejé el sistema de tres comidas, y esto mientras llevaba acabo un trabajo intelectual intenso, escribiendo desde temprano en la mañana hasta la puesta del sol. Me reduje a dos comidas diarias sin cambiar mi trabajo. Estuve muy enferma antes, y sufrí cinco ataques de parálisis. He tenido mi brazo izquierdo sujeto al cuerpo varios meses porque sentía un dolor intenso en el corazón. Cuando hice estos cambios en mi régimen, me negué a someterme al gusto y dejar que me gobernara. ¿Dejaré que esto me impida asegurarme una mayor fuerza, que a su vez me permitirá glorificar a mi Señor? ¿Dejaré que eso se interponga en mi camino siquiera un momento? ¡Nunca! Sufrí mucha hambre. Yo consumía grandes cantidades de carne. Pero cuando me sentía desfallecer, cruzaba los brazos sobre el estómago y decía: "No probaré ni un bocado. Comeré alimentos sencillos o no comeré nada". El pan me resulta desagradable. Sólo de vez en cuando podía comer un trozo del tamaño de una moneda grande. Podía tolerar bien algunas de las cosas de la reforma pro salud, pero cuando se trató del pan sentí un desagrado muy particular. Cuando hice

estos cambios tuve que emprender una lucha especial. No pude comer las dos o tres primeras comidas. Dije al estómago: "Tendrás que esperar hasta que puedas comer pan". Poco después comía pan integral, lo que no podía hacer antes, le hallaba buen sabor y no perdí el apetito.

Cuando estaba escribiendo Los dones espirituales, tomos tres y cuatro, me sentí exhausta por el trabajo excesivo. Entonces comprendí que debía cambiar mi forma de vida, y al descansar unos pocos días me sentí bien de nuevo. Me aparté de estas cosas por principio. Me pronuncié en favor de la reforma pro salud por principio. Y desde ese momento, hermanos, no me habéis oído proponer una opinión extrema acerca de la reforma pro salud de la que me haya tenido que retractar. No he propuesto otra cosa fuera de lo que mantengo hoy. Os recomiendo un régimen alimentario saludable y nutritivo. (333)

No me cuesta privarme de las cosas que producen mal aliento y dejan mal gusto en la boca. ¿Es abnegación dejar estas cosas y llegar a un estado en el que todo es tan dulce como la miel; en el que no queda mal gusto en la boca y no se siente debilidad en el estómago? Yo solía tener estos síntomas la mayor parte del tiempo. Me he sentido desfallecer con mi hijo en los brazos una y otra vez. Nada de esto me sucede ahora, y ¿consideraré esto como un renunciamiento, cuando puedo presentarme ante vosotros como lo hago hoy? No hay una mujer en cien que podría trabajar tanto como yo trabajo. Actué por principio, no por impulso. Actué porque creía que el Cielo aprobaría el rumbo que tomaba para llegar a estar en las mejores condiciones de salud, y así poder glorificar a Dios en mi cuerpo y espíritu, que son suyos.

Podemos tener una variedad de alimentos buenos y saludables, cocinados en forma sana, de manera que agraden a todos. Y si vosotras, hermanas mías, no sabéis cocinar, os aconsejo que aprendáis. Saber cocinar es de vital importancia. Por la mala cocina se pierden más almas de lo que nos imaginamos. Produce malestar, enfermedad y mal genio; el organismo se descompone y no se pueden discernir las cosas celestiales. Hay más religión en un buen pan de lo que muchos piensan. Hay más religión en una buena cocina de lo que muchos se imaginan. Queremos que aprendáis lo que es la buena religión, y que la practiquéis en vuestras familias. A veces, durante mis ausencias de casa, sabía que el pan y el alimento en general que había sobre la mesa me iban a perjudicar; pero me veía obligada a comer un poco para sustentar la vida. Es un pecado a los ojos del Cielo ingerir tales alimentos. He sufrido por falta de alimento apropiado. Para un estómago dispéptico, podéis colocar sobre vuestras mesas frutas de diferentes clases, pero no demasiadas en una comida. De esta manera podéis tener variedad y alimentos de buen gusto, y después de comer os sentiréis bien.

Me asombra saber que, después de toda la luz que se os ha dado en este lugar, muchos coméis entre comidas. No debierais ingerir ni un solo bocado entre vuestras comidas regulares. Comed lo debido, pero en una sola comida, y luego esperad hasta la siguiente. Yo como lo suficiente para satisfacer mis necesidades vitales; pero cuando me levanto de la mesa, mi apetito es tan bueno (334) como cuando me senté. Y cuando llega la siguiente comida, estoy dispuesta a ingerir mi porción y nada más. Si comiera una cantidad doble de vez en cuando porque tiene buen gusto, ¿cómo podría inclinarme y pedir a Dios ayuda en mi trabajo de escritora, cuando no me vienen las ideas por causa de mi glotonería? ¿Podría pedirle a Dios que se ocupara de esa carga irrazonable que está en mi estómago? Eso sería deshonrarlo. Sería rogar para fomentar mi apetito. Ahora como lo que solamente considero correcto, y entonces puedo pedirle que me dé fuerza para llevar a cabo la obra que me ha dado para hacer. Y sé que el Cielo ha escuchado y contestado mi oración cuando he hecho este pedido.

Más aún, cuando comemos sin moderación, pecamos en contra de nuestros propios cuerpos. Durante el sábado, en la casa de Dios, los glotones se sientan y duermen frente a las encendidas verdades de la Palabra de Dios. No pueden ni mantener los ojos abiertos; no comprenden los solemnes sermones presentados. ¿Pensáis que tales personas glorifican a Dios en sus cuerpos y espíritus, que son suyos? No; lo deshonran. Y el dispéptico; lo que lo ha hecho dispéptico es actuar de este modo. En lugar de ser regular, ha dejado que su apetito lo controle, y ha comido entre comidas. Quizás, si sus hábitos son

sedentarios, no ha tenido el aire vigorizador del Cielo para ayudar en su digestión; puede no haber hecho el ejercicio suficiente para resguardar su salud.

Algunos de vosotros os expresáis como si os agradara que alguien os dijese cuánto se debe comer. No debe ser así. Tenemos que actuar desde un punto de vista moral y religioso. Debemos ser templados en todas las cosas, porque se nos ofrece una corona incorruptible, un tesoro celestial. Y ahora quiero decir a mis hermanos y hermanas: Preferiría tener valor moral, asumir una posición definida y gobernarme a mí misma. No quisiera imponer esta carga a otra persona. Coméis demasiado y luego lo lamentáis, y seguís pensando en lo que coméis y bebéis. Comed lo que os beneficia, y levantaos de la mesa sintiéndoos libres ante el Cielo, sin remordimiento de conciencia. No creo que se deben evitar todas las tentaciones a los niños ni a los adultos. Nos espera una lucha, y debemos mantenernos en situación de resistir las tentaciones de Satanás; y necesitamos saber que poseemos en nosotros poder para ello. (335)

Y ya que os aconsejamos que no comáis en exceso, aun de los mejores alimentos, queremos dirigir unas palabras de cautela a los extremistas para que no presenten una norma falsa ni procuren luego que todos se conformen con ella. Hay quienes emprenden una obra de reformadores respecto a la salud cuando no están preparados para dedicarse a otra empresa, pues no tienen bastante sentido para cuidar sus propias familias ni para conservar su debido lugar en la iglesia. ¿Qué hacen? ¡Ah, se dedican a ser médicos de la reforma pro salud, como si pudiesen tener éxito en ello! Asumen las responsabilidades del ejercicio de esta profesión, y se encargan de las vidas de hombres y mujeres, cuando no saben nada del asunto.

Elevaré la voz contra los novicios que aseveran tratar las enfermedades de acuerdo con los principios de la reforma pro salud. No permita Dios que seamos objeto de experimentación. Nuestras filas son demasiado escasas. Y morir en una guerra tal es muy poco glorioso. Dios nos libre de un peligro tal. No necesitamos tales maestros y médicos. Los que procuran tratar las enfermedades deben saber algo del organismo humano. El Médico celestial estaba lleno de compasión. Los que tratan con los enfermos necesitan ese espíritu. Algunos de los que quieren dedicarse a médicos son fanáticos, egoístas y tercos. No se les puede enseñar nada. Puede ser que nunca hicieron nada de valor. Tal vez no hayan tenido éxito en la vida. No saben nada que valga la pena saberse, y sin embargo, se dedican a practicar la reforma pro salud. No podemos dejar que estas personas maten a uno o a otro. No, no podemos permitirlo.

Necesitamos estar cada vez en lo cierto. Necesitamos educar a nuestros hermanos en la correcta reforma pro salud. "Limpiémonos —dice el apóstol— de toda inmundicia de carne y de espíritu, perfeccionando la santificación en temor de Dios" (2 Cor. 7:1). Debemos tener razón para resistir en los últimos días. Necesitamos cerebros claros y mentes sanas en un cuerpo sano. Debemos empezar a trabajar seriamente por nuestros hijos, por cada miembro de nuestras familias. ¿Echaremos mano de esta obra y trabajaremos basados en lo correcto? ¿Cómo podremos prepararnos para la inmortalidad? El Señor nos ayude, a fin de que podamos comenzar a trabajar aquí como nunca antes. (336)

Hemos hablado de tener una serie de reuniones en este lugar, y de dedicarnos a trabajar por los demás. Pero no nos atrevemos a apoyaros. Queremos que comencéis esta obra de reforma en vuestros propios hogares. Queremos que los que han estado inactivos se levanten. Debéis comenzar a trabajar. Y cuando veamos que habéis comenzado a trabajar por vosotros mismos vendremos y os apoyaremos. Esperamos reformar a vuestros hijos, para que puedan convertirse a Cristo, y para que el espíritu de reforma pueda cundir en vuestro medio. Pero cuando al parecer estáis doblemente muertos, y listos para ser arrancados de raíz, no nos atrevemos a emprender la obra. Preferimos ir a una congregación no creyente donde hay corazones listos para recibir la verdad; y anhelamos estar donde podamos hablarles. ¿Nos ayudaréis yendo a trabajar por vosotros mismos?

Quiera el Señor ayudaros a experimentar lo que nunca habéis experimentado antes. Quiera ayudaros a morir al yo, para que el espíritu de la reforma penetre en vuestros hogares, de modo que los ángeles de

Dios puedan estar en medio de vosotros para ministrar en vuestro favor, y podáis estar capacitados para ir al cielo.

Extremos en la Reforma Pro Salud.-

En el transcurso del congreso anual en el Centro Adams, Nueva York, el 25 de octubre de 1868, se me mostró que los hermanos de se sentían grandemente perplejos y angustiados por el proceder de B y C. Los que llevan la causa de Dios en el corazón no pueden menos que sentirse celosos por su prosperidad. Se me mostró que estos hombres no eran confiables. Eran extremistas y echarían por tierra la reforma pro salud. Su modo de actuar no tendería a corregir o reformar a los que eran intemperantes en su dieta; por el contrario su influencia disgustaría a creyentes y no creyentes, y los alejaría de la reforma, en vez de acercarlos a ella.

Nuestros puntos de vista difieren ampliamente de los del mundo en general. No son populares. Las masas rechazarán cualquier (337) teoría, no importa cuán razonable pueda ser, si impone una restricción al apetito. Se consulta el gusto en lugar de la razón y la salud. Todos los que dejen la senda trillada de la costumbre, y aboguen por una reforma, encontrarán oposición, se los considerará locos, dementes, radicales; dejadlos seguir siempre una conducta tan coherente. Pero cuando los hombres que abogan por una reforma llegan a extremos, y son inconsecuentes en su modo de obrar, no se puede culpar a la gente si llegan a sentir disgusto por la reforma pro salud. Estos extremistas hacen más daño en unos pocos meses que el que podrían deshacer en toda su vida. Por causa de ellos se desacredita toda la teoría de nuestra fe, y nunca podrán hacer que los que son testigos de tales exhibiciones de la así llamada reforma pro salud piensen que hay nada bueno en ella. Estos hombres llevan a cabo una obra que a Satanás le encanta ver progresar.

Los que abogan por una verdad impopular debieran llevar vidas muy consecuentes, y debieran tener gran cuidado de evitar los extremos. No debieran esforzarse por ver cuánto pueden separar su posición de la de otros hombres; sino al contrario, por ver cuánto se pueden acercar a los que desean reformar, de modo que puedan ayudarlos a adoptar la posición que ellos mismos tienen en tan alta estima. Si este es su sentir, procederán de tal modo que acreditarán la verdad por la que abogan ante el buen juicio de hombres y mujeres sinceros y razonables. Estos se verán obligados a reconocer que la reforma pro salud es coherente.

Se me mostró el modo como B se comporta con su propia familia. Ha sido severo y dictatorial. Adoptó la reforma pro salud según la concepción del hermano C y, como él, se enroló en una posición extrema; y al no tener una mente equilibrada ha cometido errores cuyos resultados no los borrará el tiempo. Ayudado por ideas extraídas de libros, comenzó a promover la teoría propiciada por el hermano C y, como él, se propuso alcanzar todas las metas que había concebido. Hizo que su familia se ajustara a sus rígidas reglas, pero fracasó en controlar sus propias tendencias animales. No pudo lograr mantenerse dentro de las normas, y controlar su cuerpo. Si hubiera tenido un conocimiento correcto del sistema de la reforma pro salud hubiera sabido que su esposa no estaba en condiciones de dar a luz a niños sanos. Sus propias (338) pasiones incontroladas lo habían dominado sin permitirle darse cuenta de las consecuencias de su proceder.

Antes del nacimiento de sus hijos no trató a su esposa como debiera tratarse a una mujer en su estado. Le aplicó sus rígidas reglas de acuerdo con las ideas del hermano C, lo que llegó a ser muy perjudicial para ella. No le brindaba la calidad ni la cantidad de alimento necesario para nutrir dos vidas en vez de una. Otra vida dependía de ella, y su organismo no recibía el alimento nutritivo y saludable necesario para mantenerla fuerte. Eran insuficientes la cantidad y la calidad. Su organismo requería cambios, una variedad y calidad de alimento más nutritivo. Sus hijos nacieron con un sistema digestivo debilitado y una sangre empobrecida. La comida que la madre se veía obligada a recibir no proveía sangre de buena calidad, y por consiguiente dio a luz a niños llenos de humores.

El modo de actuar de este esposo, el padre de estos niños, merece la más severa censura. Su esposa sufría por falta de alimento saludable y nutritivo. No tenía suficiente alimento ni vestidos como para sentirse cómoda. Para ella era mortificante soportar una carga tal. El llegó a ser su Dios, su conciencia y su voluntad. Hay temperamentos que se rebelan en contra de una autoridad que consideran ilegítima. No se dejan controlar de tal modo. Se sienten agobiados por la presión y se rebelan. Pero no era así en este caso. Ella soportó que él fuera su conciencia y trató de pensar que era para bien. Pero un temperamento ultrajado no se sujeta fácilmente. Sus pedidos eran sinceros. La aguda necesidad natural de algo más nutritivo la llevó a usar la súplica, pero sin efecto. Sus necesidades eran pocas, pero no fueron consideradas. Dos niños han sido sacrificados a los ciegos errores y el ignorante fanatismo de un padre. Si hombres inteligentes trataran a los animales como él trató a su esposa con respecto a la comida, la comunidad tomaría el asunto en sus propias manos y los llevaría ante la justicia.

En primer lugar, B no debiera haber cometido el grave delito de traer al mundo a niños que, según le podía indicar su razón, serían enfermos porque necesariamente recibirían una mezquina herencia de sus padres. Había de transmitirles una mala herencia. Su sangre forzosamente estaría llena de humores escrofulosos de (339) los padres, especialmente del padre, cuyos hábitos han sido tales como para corromperle la sangre y debilitar todo su organismo. Estos niños no sólo han de recibir una tendencia enfermiza en un doble sentido, sino lo que es peor, llevarán las deficiencias mentales y morales del padre, y la falta de noble independencia, coraje moral y fuerza de la madre. El mundo ya está afligido por el aumento de personas de este tipo, condenadas a descender más bajo que sus padres en la escala de fuerza física, mental y moral; pues su situación y entorno no son ni siquiera tan favorables como fueron los de sus padres.

B no es capaz de cuidar de una familia. No puede mantener una familia como se la debiera mantener, y nunca debiera haber tenido una. Su matrimonio fue un error. Le ha dado una vida miserable a su esposa, y ha aumentado su desgracia al tener hijos. De algunos de ellos sólo se puede decir que existen.

Los que profesan ser cristianos no debieran casarse hasta después de haber considerado el asunto cuidadosamente y con oración, de un modo elevado, para ver si Dios puede ser glorificado por la unión. Luego debieran considerar debidamente el resultado de cada privilegio de la relación matrimonial, y principios santificadores debieran ser la base de todas sus acciones. Antes de aumentar su familia, debieran considerar si Dios sería glorificado o deshonrado al traer ellos hijos al mundo. Debieran tratar de glorificar a Dios por medio de su unión desde el primero y durante cada año de su vida matrimonial. Debieran considerar con calma cómo pueden brindar a sus hijos lo que necesitan. No tienen derecho a traer hijos al mundo que han de ser una carga para otros. ¿Tienen un trabajo que les permitirá sostener una familia de modo que no necesiten llegar a ser una carga para los demás? Si no lo tienen, cometen un crimen al traer hijos al mundo para que sufran por falta de cuidado, alimento y ropa apropiados. En esta época rápida y corrupta no se consideran estas cosas. La concupiscencia predomina sin que se la someta a control, aunque la debilidad, la miseria y la muerte sean el resultado de su predominio. Las mujeres llevan forzosamente una vida de penuria, dolor y sufrimiento por causa de las pasiones incontrolables de hombres que llevan el nombre de esposos —más apropiadamente podría llamárseles bestias. Las madres llevan (340) una existencia miserable, casi todo el tiempo con hijos en los brazos, esforzándose por todos los medios para darles el pan y para vestirlos. Esta miseria se ha multiplicado y llena el mundo.

Hay muy poco amor real, genuino, leal y puro. Este precioso artículo escasea. A la pasión se la llama amor. Más de una mujer se ha sentido ultrajada en su delicada y tierna susceptibilidad porque la relación matrimonial le permitía al que llamaba su esposo tratarla de modo cruel. En estos casos al darse cuenta de que el amor de su esposo era tan vil llegaba a sentir repulsión por él.

Un gran número de familias viven en un estado deplorable porque el esposo y padre permite que predominen sus instintos animales sobre sus capacidades intelectuales y morales. Como resultado frecuentemente se sienten débiles y deprimidos, sin embargo rara vez se dan cuenta de que es el

resultado de su conducta equivocada. Tenemos ante Dios la solemne obligación de mantener el espíritu puro y el cuerpo sano, de modo que podamos beneficiar a la humanidad y ofrecer a Dios un servicio perfecto. El apóstol nos advierte: "No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus concupiscencias". Nos insta a seguir adelante cuando dice que "todo aquel que lucha, de todo se abstiene". Exhorta a todos los que se consideran cristianos a presentar sus cuerpos "en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios". Dice: "Golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado".

Es un error generalizado pensar que no es necesario para una mujer embarazada cambiar su modo de vida. En este período importante debiera aliviarse a la madre en sus trabajos. Se están llevando a cabo grandes cambios en su organismo. Este requiere una mayor cantidad de sangre, y por lo tanto, un aumento en la cantidad de alimentos altamente nutritivos que han de convertirse en sangre. A menos que tenga una abundante provisión de alimentos nutritivos, no puede mantenerse físicamente fuerte, y les resta vitalidad a sus hijos. También debe prestar atención a su vestimenta. Debiera cuidar su cuerpo del frío. No debiera malgastar su vitalidad en la zona superficial de su cuerpo por falta de suficiente abrigo. Si se priva a la madre de abundantes alimentos saludables y nutritivos, sufrirá de una deficiencia en la cantidad (341) y calidad de sangre. Su circulación será pobre y su hijo sufrirá esta misma carencia. El hijo será incapaz de retener el alimento necesario en la producción de buena sangre para nutrir el organismo. El bienestar de la madre y el niño dependen en mucho de una vestimenta buena y abrigada y una provisión de alimentos nutritivos. Debe considerarse la carga extra que debe soportar la vitalidad de la madre y brindarse una compensación adecuada.

Pero, por otro lado, la idea de que las mujeres, por causa de su estado especial, pueden permitirse fomentar un apetito descontrolado, es un error basado en la costumbre en vez de la razón. El apetito de la mujer en este estado puede ser variable, irregular y difícil de satisfacer; y por costumbre se le permite ingerir todo lo que le guste, sin consultar a la razón en cuanto a si cierto alimento puede nutrir su cuerpo y ayudar al crecimiento de su hijo. Los alimentos debieran ser nutritivos, pero no estimulantes. Por costumbre se le permite comer, si lo desea, carne, encurtidos, comida altamente sazonada o pasteles de carne picada; se siguen solamente las inclinaciones del apetito. Este es un gran error, y causa mucho daño. El daño es inestimable. Si en algún momento se necesita un régimen alimentario sencillo y un cuidado especial por la calidad de los alimentos ingeridos, es precisamente en este importante período.

Las mujeres que obran por principio, y que han sido instruidas correctamente, no se apartarán de un régimen sencillo, muy especialmente en este tiempo. Tendrán en cuenta que otra vida depende de ellas, y serán cuidadosas en cuanto a sus hábitos, y especialmente en cuanto al régimen alimenticio. No debieran ingerir lo que no es nutritivo o es estimulante sólo porque tiene buen gusto. Hay muchos consejeros dispuestos a persuadirlas a hacer aquello que la razón les indicaría no hacer.

Nacen niños enfermos por causa de que los padres complacen
su apetito. El organismo no demandaba la variedad de alimento que les atraía. Creer que una vez que imaginamos que deseamos un alimento, éste debe pasar al estómago, es un gran error que las mujeres cristianas no debieran cometer. No debiera permitirse que la imaginación controle las necesidades del organismo. Los que permiten que el gusto los gobierne, sufrirán el castigo de (342) transgredir las leyes de su organismo. Y no se termina aquí el asunto; su inocente hijo también sufrirá.

Los órganos que producen la sangre no pueden convertir las especias, los pasteles de carne picada, los encurtidos y la carne enferma en buena sangre. Y si se recarga el estómago con tanta comida de modo que los órganos digestivos se vean obligados a trabajar en exceso para digerirla y para liberar el organismo de sustancias que lo irritan, la madre se perjudica y predispone a su hijo a la enfermedad. Si decide comer según su gusto y su imaginación, sin preocuparse de las consecuencias, sufrirá el castigo, pero no lo tendrá que sobrellevar ella sola. Su hijo inocente deberá sufrir por causa de su falta de criterio.

Debiera tenerse mucho cuidado de rodear a la madre de una atmósfera agradable y feliz. El esposo y padre tiene la responsabilidad especial de hacer todo lo que esté a su alcance para aligerar las cargas de la esposa y madre. Debiera colaborar, tanto como le sea posible, con las cargas características de su estado. Debiera ser afable, cortés, amable y tierno, y especialmente complacer sus deseos. Algunas mujeres que están esperando familia reciben la mitad del cuidado que se da a los animales en el establo. B ha sido muy deficiente. Mientras que su esposa estaba en el mejor estado de salud, no se le proveyeron suficientes alimentos saludables ni vestimenta apropiada. Luego, cuando necesitó abrigo extra y una ración extra de alimentos sencillos pero nutritivos, se le negaron. Su organismo necesitaba materiales para convertirlos en sangre, pero él no se los brindaba. Una cantidad moderada de leche y azúcar, un poco de sal, pan blanco leudado con levadura, para variar, harina integral preparada de distintos modos por otra persona, una torta sencilla con pasas de uvas, budín de arroz con pasas de uvas, ciruelas pasas e higos, ocasionalmente, y muchos otros platos que podría mencionar, hubieran satisfecho las demandas de su apetito. Si él no podía conseguir algunas de estas cosas, un poco de vino casero no le hubiera hecho daño, habría sido mejor para ella consumirlo que privarse de él. En algunos casos, aun una pequeña cantidad de la carne menos perjudicial causaría menos daño que sentir un profundo deseo por ella. (343)

Se me mostró que tanto B como C han deshonrado la causa de Dios. Le han infligido una mancha que nunca podrá ser completamente borrada. Se me mostró la familia de nuestro querido hermano D. Si este hermano hubiera recibido la ayuda correcta en el momento oportuno, todos los miembros de su familia hubieran estado vivos hoy. Es un milagro que no se haya aplicado la ley en este caso de maltrato. Esa familia perecía por falta de alimento, el más simple y sencillo. Sufrían hambre en una tierra de abundancia. Un novicio estaba practicando con ellos. El joven no murió por causa de una enfermedad, sino de hambre. El alimento le hubiera fortalecido el organismo y hubiera mantenido la maquinaria en movimiento.

En casos de alta temperatura, el abstenerse de alimento bajará la fiebre y hará más eficaz el uso del agua. Pero es necesario que el médico comprenda el estado real del paciente y no le permita continuar mucho tiempo con un régimen empobrecido hasta que se debilite su organismo. Mientras que la temperatura es alta, los alimentos pueden irritar y acalorar la sangre; pero tan pronto como disminuye la temperatura, debiera suministrarse alimento con cuidado y buen criterio. Si se prolonga la falta de alimentos, el estómago los requerirá de tal modo que subirá la temperatura hasta que las condiciones mejoren al recibir alimentos de buena calidad. Estos brindan a la naturaleza una base para poder obrar. Si el paciente expresa un gran deseo de ingerir alimentos aun mientras tiene temperatura, es menos perjudicial satisfacer su deseo con una cantidad moderada de alimentos sencillos que negárselos. Cuando el paciente está obsesionado por el alimento, su organismo no se sentirá sobrecargado con una pequeña porción de comida sencilla.

Los que tienen la vida de otros en sus manos deben ser personas caracterizadas por una vida de éxito. Deben ser sabias y de buen criterio, que puedan compadecerse de los demás y ser profundamente sensibles; personas que se conmuevan hondamente ante el sufrimiento. Hay quienes después de haber fracasado en todas las otras profesiones en la vida deciden emprender la carrera de médicos. Toman las vidas de los hombres y mujeres en sus manos cuando no han tenido ninguna experiencia. Leen acerca de un procedimiento que alguien ha aplicado con éxito y lo adoptan, (344) y luego practican con los que confían en ellos, y así realmente destruyen la última chispa de vida que les quedaba; no obstante, no aprenden nada, y en el siguiente caso se empeñan en continuar tan confiadamente como antes, y ponen en práctica el mismo tratamiento rígido. Hay quienes quizá tienen una constitución física lo suficientemente fuerte como para soportar que les impongan una carga tan pesada y a pesar de esto seguir viviendo. En estos casos los novicios se atribuyen la gloria, cuando no se la merecen. Todo se debe a Dios y a una constitución física fuerte.

El hermano C se ha colocado en una posición indigna al ser un puntal para B. Ha actuado como si fuera su conciencia, y ha permanecido a su lado para sostenerlo y apoyarlo. Estos dos hombres son fanáticos en cuanto a la reforma pro salud. El hermano C sabe mucho menos de lo que cree saber. Se engaña a sí mismo. Es egoísta y fanático al llevar adelante sus propósitos; no es influenciable. Su voluntad no es dócil. No es una persona humilde. Un hombre así no posee las condiciones necesarias para ser médico. Puede haber recogido algunos conocimientos en sus lecturas, pero esto no es suficiente. Se necesita experiencia. Nuestro pueblo es demasiado pequeño como para ser sacrificado sin sentido y sin gloria porque hombres de esa clase experimentan con ellos. En suma, demasiadas personas valiosas serían sacrificadas por culpa de sus rígidos conceptos y opiniones, antes que se dieran por vencidos, confesaran sus errores, y por experiencia aprendieran sabiduría.

El hermano C es demasiado terco y obstinado, y de ningún modo permite que se le señale. Estas características lo hacen inepto para que Dios lo utilice en ninguna misión especial en su obra. Es demasiado porfiado para permitir que el sacrificio de unas pocas vidas cambie su proceder. Insistiría en mantener sus opiniones y conceptos mucho más firmemente. Ya aprenderán estos hombres para su tristeza que sería mejor para ellos prestar atención a las amonestaciones, y no llevar adelante sus opiniones extremas sin tomar en cuenta los resultados. La prosperidad de la comunidad no se verá afectada y, en general, estará más segura si estos dos hombres encuentran otra ocupación donde su conducta no ponga en peligro la vida y la salud de la gente.

Es una gran responsabilidad tener en nuestras manos la vida de (345) un ser humano. Y es tremendo que al no darle el cuidado debido sacrifiquemos esta preciosa vida. El caso de la familia del hermano D es terrible. Estos hombres pueden encontrar una excusa para su comportamiento; pero esto no evitará que la causa de Dios sea censurada, ni devolverá a ese hijo que murió por falta de alimento. Un poco de buen vino y comida lo hubieran levantado de su lecho de muerte y lo hubieran devuelto a su familia. Pronto el padre también habría sido contado entre los muertos si hubiera sufrido el mismo tratamiento que se siguió con el hijo, pero la presencia y el consejo oportuno de un médico del Instituto de Salud lo salvó.

Es hora de que se haga algo para evitar que los novicios se presenten en público y aboguen por la reforma pro salud. Se puede prescindir de sus obras y sus palabras, pues hacen más daño que el que los hombres más sabios e inteligentes puedan contrarrestar con su mejor influencia. Es imposible para los partidarios mejor preparados de la reforma pro salud borrar completamente de las mentes del público el juicio creado por la conducta errónea de los extremistas y fundamentar correctamente el gran tema de la reforma pro salud en la comunidad donde estos hombres han actuado. En buena medida se ha cerrado una puerta de modo que no se puede alcanzar a los incrédulos con la verdad presente sobre el sábado y la pronta venida de nuestro Salvador. La gente deja de lado las más preciosas verdades y se niega a escucharlas porque las considera sin valor. A estos hombres se los conoce como representantes de los que aceptaron la reforma pro salud y de los observadores del sábado en general. Una gran responsabilidad pesa sobre los que de este modo se han convertido en piedra de tropiezo para los incrédulos.

El hermano C necesita una conversión completa. No se observa a sí mismo. Si tuviera menos amor propio y más humildad, su conocimiento podría utilizarse de un modo práctico. Tiene una obra que realizar en su favor que nadie puede hacer por él. No renuncia a sus opiniones ni a su parecer ante ningún hombre a menos que se lo obligue a hacerlo. Tiene rasgos de carácter que son deplorables y que debiera vencer. Es más responsable que B, y su caso es peor; por cuanto es más inteligente y sabe más. B es sólo su sombra. (346)

El hermano C es obstinado; es muy firme en cuanto a lo que le gusta y lo que le disgusta. Si emprende un camino equivocado, y sigue la inclinación de su mente, no actuando con sabiduría, y se le señala su error, aun cuando sabe que está equivocado, es tan reticente a aceptar que ha estado en el error y tomado un camino errado, que inventará alguna excusa para hacer creer a los demás que, a pesar de

todo, está prácticamente en la verdad. Esta es la razón por la que se lo ha dejado seguir su propio criterio y juicio, que son locura.

En la familia de su padre no ha sido una bendición sino una causa de angustia y tristeza. No se sojuzgó su voluntad en su niñez. Era tan reticente a reconocer con franqueza que había cometido errores y se había equivocado que, para salir del paso, utilizaba toda su capacidad intelectual para inventar una excusa, complaciéndose al pensar que no era una rotunda mentira, en vez de humillarse lo necesario como para confesar su error. Ha incorporado este hábito a su vida religiosa. Posee la facultad particular de disculparse de algún error aduciendo que tiene mala memoria, cuando en realidad a menudo es él quien elige olvidar.

Sus familiares y amigos podían haber sido atraídos a la verdad si él hubiera sido lo que Dios quería que fuese. Pero su conducta obcecada lo ha hecho desagradable. Ha usado la verdad como motivo de disputa. A pesar de la oposición de su padre trató temas bíblicos con sus familiares y discutió con ellos los temas más objetables, en lugar de tratar de ganarlos para la verdad y atraerlos a la luz con humildad e inagotable amor por las almas.

Cuando seguía una conducta equivocada, evidentemente impropia de un discípulo del manso y humilde Jesús, y se daba cuenta de que sus palabras y actos no estaban de acuerdo con la influencia santificadora de la verdad, se defendía obstinadamente, hasta que su honestidad entraba en juego. Hizo que las más preciosas verdades para estos últimos tiempos fueran desagradables para sus amigos y familiares; fue una piedra de tropiezo para ellos. Han sido más las almas que se han apartado de la verdad por causa de sus subterfugios, su fanatismo y sus opiniones extremas, que las que han sido atraídas a la verdad por medio de sus mejores esfuerzos.

Son grandes su agresividad, obstinación y amor propio. Su influencia (347) fluencia no puede ser una bendición para ninguna iglesia hasta que se convierta. Tiene la capacidad de ver los defectos de los demás, y siempre objeta la conducta de este o aquel hermano si ellos no apoyan decididamente lo que les propone; pero si alguien acepta su propuesta, no puede ni desea ver sus errores y defectos. Esto no es correcto. Puede estar acertado en muchos aspectos, pero no tiene la mente de Cristo. Cuando pueda verse tal como es, y corrija sus defectos de carácter, entonces estará en condiciones de hacer brillar su luz delante de los hombres, para que, al ver sus buenas obras, se sientan inclinados a glorificar a nuestro Padre que está en el Cielo. Su luz ha brillado de tal modo que los hombres la consideraron como si fuera oscuridad y se alejaron de ella con desagrado. Debe morir al yo y poseer un espíritu maleable, o será abandonado en sus propios caminos y lleno de sus propias obras.

"Porque el siervo del Señor no debe ser contencioso, sino amable para con todos, apto para enseñar, sufrido; que con mansedumbre corrija a los que se oponen, por si quizá Dios les conceda que se arrepientan para conocer la verdad". "Que a nadie difamen, que no sean pendencieros, sino amables, mostrando toda mansedumbre para con todos los hombres". "Sino santificad a Dios el Señor en vuestros corazones, y estad siempre preparados para presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros" (2 Tim. 2:24-25; Tito 3:2; 1 Pedro 3:15).

El hermano C quiere que su mente controle la mente de los demás, y a menos que se le conceda este privilegio se siente desconforme. No es un pacificador. Se necesitan más de diez personas para contrarrestar la confusión y la desconfianza que su comportamiento causa en una iglesia. Su temperamento es tan particular que siempre está señalando los defectos y las faltas de todos excepto las propias. No mejorará hasta que aprenda la lección que debiera haber aprendido hace muchos años: la humildad de mente. A su edad aprenderá la lección pero su personalidad se verá muy afectada. Toda su vida ha tratado de afirmarse, salvarse, preservar su propia vida; y su trabajo ha sido siempre en vano.

Lo que el hermano C necesita es que se le quite el engañoso (348) barniz de sus ojos para que pueda mirar, con ojos iluminados por el Espíritu de Dios, dentro de su propio corazón, y probar y pesar cada motivo, para que no permita que Satanás le dé una falsa imagen de su comportamiento. Su posición es

extremadamente peligrosa. Ha de volverse rápida y decididamente hacia lo recto, o seguirá engañando a los demás y también a sí mismo. Necesita convertirse en lo más profundo de su alma, y que ésta sea subyugada y transformada por la renovación de su mente. Entonces podrá hacer el bien. Pero nunca podrá llegar a la luz hasta que aliente un espíritu de humilde confesión y se dedique con decisión a corregir sus equivocaciones y, de acuerdo con sus posibilidades, contrarrestar las críticas a la causa de Dios que él mismo ha provocado.

La Sensualidad en los Jóvenes.-

Queridos Hno. y Hna. E: Desde hace algún tiempo tomo mi pluma sólo para escribir cartas urgentes que no pueden demorarse. Por algunos meses he tenido una carga sobre mi ánimo que casi me ha aplastado. Lo que más me desanima es el temor de que todo lo que llegue a escribir no hará más bien que el que hizo nuestra seria, afanosa y agotadora obra en el invierno y la primavera pasados. La opinión pesimista que me he formado del estado de cosas en ese lugar ha silenciado mi pluma y mi voz casi completamente. Se debilitaron mis manos y se deprimió mi corazón al ver que no se ganó nada en el prolongado esfuerzo que hicimos allí. Casi no tengo esperanzas de que tengan éxito nuestros esfuerzos por despertar las conciencias del pueblo observador del sábado para que vean la elevada posición que Dios les manda que ocupen. No consideran los asuntos religiosos desde un punto de vista elevado. Esta es justamente nuestra condición.

El Señor me ha dado una visión de algunas de las corrupciones que existen en todo lugar. La maldad, el crimen y la sensualidad existen aun en los lugares más encumbrados. Hasta en las iglesias que profesan guardar los mandamientos de Dios hay pecadores hipócritas. Es el pecado, y no las pruebas ni el sufrimiento, lo que (349) separa a Dios de su pueblo y hace al alma incapaz de glorificarlo y gozarse en él. Es el pecado el que está destruyendo a las almas. El pecado y el vicio existen en las familias observadoras del sábado. La contaminación moral ha influido más que cualquier otro mal en la degeneración de la raza. Se practica en una escala alarmante y causa casi todo tipo de enfermedad. Aun hay niños muy pequeños que, al nacer con una irritabilidad natural de los órganos sexuales, encuentran alivio momentáneo al manosearlos, lo que sólo aumenta la irritación, y los lleva a repetir el acto, hasta que se forma un hábito que se desarrolla con el crecimiento. Débiles y diminutos, son medicados y drogados; pero el mal no se erradica. Todavía existe la causa.

Los padres generalmente suponen que sus hijos no saben nada acerca de este vicio. En un gran número de casos los padres son los verdaderos pecadores. Han abusado de sus privilegios matrimoniales y, por indulgencia, han fortalecido sus instintos animales. Y mientras que éstos se fortalecían, las facultades morales e intelectuales se debilitaban. Lo espiritual ha sido avasallado por lo animal. Los niños nacen con las tendencias animales ampliamente desarrolladas, habiendo recibido la impronta del carácter de sus propios padres. La utilización antinatural de los órganos sexuales produce irritación. Se excitan fácilmente, y se experimenta un alivio momentáneo al manosearlos. Pero el mal aumenta constantemente. Se nota un sensible desgaste del organismo. La potencia del cerebro se debilita, y la memoria se hace deficiente. Los niños que nacen de tales padres sentirán inclinación casi invariablemente por el repulsivo hábito de practicar este vicio secreto. El pacto matrimonial es sagrado, pero ¡qué cantidad de lujuria y crimen cubre! Los que se sienten libres, porque están casados, para degradar sus cuerpos por una baja complacencia de los instintos animales, harán que su conducta degradada se perpetúe en sus hijos. Los pecados de los padres serán cargados sobre los hijos porque los padres les han dado la impronta de sus propias tendencias lascivas.

Los que se han afirmado definitivamente en este vicio que destruye el alma y el cuerpo no descansan hasta que imparten su secreta carga maligna a aquellos con quienes se relacionan. Inmediatamente se despierta la curiosidad, y la experiencia del (350) vicio se pasa de joven a joven, de niño a niño, hasta que no se encuentra a ninguno que no practique este degradante pecado.

Vuestros hijos han practicado la masturbación hasta que la demanda sobre el cerebro ha sido tan grande, especialmente en el caso de vuestro hijo mayor, que sus mentes han sido seriamente dañadas. El brillo de sus jóvenes intelectos está opacado. Las capacidades morales e intelectuales se han debilitado, mientras que la parte más baja de su naturaleza ha ganado ascendencia. Por esta razón vuestro hijo se aleja con hastío de lo religioso. Ha ido perdiendo su capacidad de refrenarse y cada vez tiene menos reverencia por las cosas sagradas, y menos respeto por todo lo que tiene un carácter espiritual. Habéis culpado a los que os rodean, pero no habéis descubierto la causa real. Puede decirse que vuestro hijo lleva el sello de lo satánico en vez del de lo divino. Ama el pecado y el mal antes que la verdadera bondad, pureza, y justicia. Es un cuadro deplorable.

El efecto de tales hábitos degradantes no es el mismo en todas las mentes. Hay algunos niños que tienen las capacidades morales muy desarrolladas, quienes, al asociarse con niños que practican la masturbación, se inician en este vicio. El efecto muy frecuentemente será hacerlos melancólicos, irritables y celosos; sin embargo estos niños pueden no perder el respeto por el culto religioso, y pueden no mostrar ninguna infidelidad especial en relación con las cosas espirituales. A veces sufrirán un fuerte sentimiento de culpa, y se sentirán degradados y perderán su dignidad propia.

Hermano y hermana, no estáis limpios delante de Dios. Habéis fracasado en cumplir vuestro deber en el hogar, en vuestra propia familia. No habéis controlado a vuestros hijos. Habéis fracasado rotundamente en conocer y hacer la voluntad de Dios, y su bendición no ha alcanzado a vuestra familia. Hermano E, usted siempre fue egoísta. Siempre tuvo mucho amor propio. Pensó que poseía buen grado de humildad, pero se ha autoengañado. Su conducta no es correcta delante de Dios. Su influencia y ejemplo no han estado de acuerdo con su profesión de fe. Usted tiene una gran tendencia a señalar los defectos de otros; encuentra que se desvían de lo correcto, pero no advierte esas mismas características en usted. (351)

La hermana E se ha alejado de Dios. Su corazón no ha sido aplacado por la gracia. Su amor por el mundo y por las cosas que están en el mundo ha cerrado su corazón al amor de Dios. El amor por el vestido y la apariencia la ha mantenido alejada del bien, y la ha inducido a colocar su mente y afectos en estas cosas frívolas. El descreimiento se ha ido fortaleciendo en su corazón, y ella ha sentido cada vez menos amor por la verdad, y se ha sentido poco atraída por la sencillez de la verdadera santidad. No ha fomentado el desarrollo de los dones cristianos. No amó la humildad y la devoción. Prestó atención a los errores de los profesos devotos de la verdad, y los puso como excusa por su mundanalidad, su falta de espiritualidad, sus errores, y sus pecados. Observó el comportamiento de los que estaban conectados con los -----, y que eran los primeros en tomar las cargas de la iglesia, y contrapesó sus fracasos con los errores de ellos, diciendo que ella no era peor que ellos. Tal o cual persona de buena reputación hizo esto o aquello, y ella tenía el mismo derecho. Este y aquel no practicaban la reforma pro salud mejor que ella; compraban y comían carne, y ocupaban una elevada posición en la iglesia, entonces podía excusársela a ella, por supuesto, ante tal ejemplo, si hacía lo mismo.

Este no es el único caso en el que detrás de las fallas de otros se ha escudado el descuido en seguir la luz que el Señor ha dado. Es vergonzoso que hombres y mujeres inteligentes no tengan ideales más altos que los de los seres humanos imperfectos. Algunos consideran la conducta de los que los rodean, no importa cuán imperfecta sea, como excusa suficiente para seguir sus pasos. Muchos seguramente serán arrastrados por la influencia de algún hermano líder. Si se aparta del consejo de Dios su ejemplo es gustosamente seguido por los no consagrados, quienes ahora se sienten libres de control. Ahora tienen una excusa y sus corazones no consagrados se glorían en la oportunidad que tienen de ser complacientes con sus deseos y de acercarse a la amistad con el espíritu del mundo, donde pueden disfrutar de sus placeres y gratificar su apetito. Por lo tanto colocan en sus mesas lo que no es lo más saludable, y de lo cual han aprendido que deben abstenerse a fin de poder preservarse en un mejor estado de salud. (352)

Ha habido una lucha en los corazones de algunos desde que la reforma pro salud se introdujo por primera vez. Han sentido la misma rebelión que sintieron los hijos de Israel cuando se restringieron sus apetitos en el camino de Egipto a Canaán. Los profesos seguidores de Cristo, que toda su vida han consultado su propio placer y sus propios intereses, su propia comodidad y sus propios apetitos, no están preparados para cambiar de conducta y vivir para la gloria de Dios, imitando la vida de renunciamiento de su perfecto Modelo. Se ha presentado a los cristianos un perfecto ejemplo que imitar. Las palabras y las obras de los seguidores de Cristo son el canal por medio del cual los puros principios de verdad y santidad se comunican al mundo. Sus seguidores son la sal de la tierra, la luz del mundo.

Hermana E, usted no se da cuenta de cuántas bendiciones ha perdido al transformar las flaquezas de los demás en un bálsamo para calmar su conciencia por el descuido de sus deberes. Ha tomado a los demás como punto de referencia para juzgarse a usted misma. Las sendas torcidas y las fallas de los demás han sido su libro de texto. Pero los errores de ellos, sus locuras y pecados, no hacen que en su caso su desobediencia a Dios sea menos pecaminosa. Nos lamentamos de que los que debieran fortalecerla en sus esfuerzos para vencer su amor propio, su corazón orgulloso, su vanidad y su gusto por la aprobación de los mundanos, hayan sido sólo un obstáculo debido a que ellos mismos carecen de espiritualidad y verdadera santidad. No sabe cuánto deploramos que los que debieran ser abnegados cristianos estén tan lejos de alcanzar la meta. Los que debieran ser constantes, fructíferos en la obra de Dios, son debilitados por Satanás porque permanecen tan alejados de Dios. No logran obtener el poder de su gracia, por medio del cual podrían vencer las flaquezas de su temperamento y, al obtener señaladas victorias en Dios, mostrar a los que tienen una fe más débil el camino, la verdad, y la vida.

Lo que nos ha causado el más grande desaliento ha sido notar que los que viven en , que tienen años de experiencia en la causa de Dios, han sido despojados de su fuerza por su propia infidelidad. El enemigo gana ventaja sobre ellos en prácticamente cada ataque. Dios hubiera fortalecido a estas personas, como a fieles centinelas en su puesto, para guardar su fortaleza, si (353) hubieran andado en la luz que él les había dado y hubieran permanecido constantes en el deber, tratando de conocer y hacer toda la voluntad de Dios. Sin duda, Satanás ha de engañar a estas almas delincuentes por medio de sus mentiras y les hará creer que después de todo no están tan equivocadas. No han cometido pecados graves ni escandalosos, y seguramente están asentadas sobre la verdadera base, y Dios aceptará sus obras. No ven pecados especiales de los que tengan que arrepentirse, o que requieran una humillación especial, una confesión humilde, y una entrega del corazón. Estos se engañan en gran manera cuando, por error, equiparan la apariencia con el poder de la santidad y se vanaglorian de que son ricos y no tienen ninguna necesidad. La maldición de Meroz cae sobre ellos: "Maldecida Meroz, dijo el ángel de Jehová; maldecid severamente a sus moradores, porque no vinieron al socorro de Jehová, al socorro de Jehová contra los fuertes" (Jueces 5:23).

Hermana mía, no disculpe sus defectos porque otros estén equivocados. En el día de Dios usted no se atreverá a presentar como excusa por su descuido en formar un carácter para el cielo, el hecho de que los demás no manifestaron devoción y espiritualidad. Las mismas carencias que usted descubría en los demás estaban en usted misma. Y el hecho de que otros sean pecadores no disminuye en nada la gravedad de los pecados que usted comete. Tanto ellos como usted, si continúan en esta situación de ineptitud presente, serán separados de Cristo, y con Satanás y sus ángeles serán castigados con la destrucción eterna y separados de la presencia del Señor y de la gloria de su poder.

El Señor hizo amplia provisión para usted, con el fin de que si decidiera buscarlo y seguir la luz que él está dispuesto a darle, usted no quedara a un lado de la senda. La Palabra de Dios le fue dada como lámpara a sus pies y lumbrera a su camino. Si tropieza, será porque no ha consultado su guía, la Palabra de Dios, ni ha hecho de esa preciosa Palabra la regla de su vida. Dios no le ha dado como modelo la vida de ningún ser humano, no importa cuán buena y aparentemente intachable pueda ser su vida. Si usted hace lo que hacen los demás y actúa como actúan los demás, al fin será dejada fuera de la Santa

Ciudad, con una vasta multitud que ha hecho exactamente lo que usted ha hecho: (354) seguir un ejemplo que el Señor no les dejó, y que está perdida del mismo modo que usted estará perdida.
Lo que los demás han hecho, o puedan hacer en el futuro, no disminuirá su responsabilidad ni su culpabilidad. Se le ha dado un ejemplo, una vida sin falta caracterizada por la abnegación y una desinteresada benevolencia. Si se aparta de este correcto y perfecto modelo, y toma uno incorrecto, el cual ha sido claramente representado en la Palabra de Dios como uno que usted debiera evitar, su comportamiento recibirá su merecida recompensa: su vida será un fracaso.
Una de las principales razones del deterioro de la iglesia de ----- es el hecho de que se juzgan tomándose ellos mismos como medida y comparándose entre ellos. Hay muy pocos que tienen el principio vivo en el alma y que sirven a Dios con la vista fija en su gloria. Muchos en no aceptarán ser salvos del modo indicado por Dios. No se tomarán el trabajo de obrar su propia salvación con temor y temblor. Esto último no lo experimentan; y antes que tomarse el trabajo de construir su experiencia a través del esfuerzo individual, han de correr el riesgo de apoyarse en los demás y confiar en su experiencia. No pueden consentir en velar y orar, en vivir para Dios y solamente para él. Es más agradable vivir obedeciendo al yo.
La iglesia de ----- se ha descarriado en gran manera y no pueden soñar con prosperar hasta que los que toman el nombre de Cristo pongan cuidado en apartarse de toda iniquidad, hasta que aprendan a rechazar el mal y elegir el bien. Se nos manda que velemos y oremos sin cesar; pues hay una trampa preparada en nuestro camino, y nos encontramos con alguna maquinación de Satanás cuando y donde menos lo esperamos. Si en ese preciso momento no estamos velando en oración seremos tomados por el enemigo y estaremos completamente perdidos.
¡Qué responsabilidad recae sobre vosotros como padres! ¡Cuán poco habéis sentido el peso de esta carga! Un corazón orgulloso, el amor a la ostentación y la complacencia del apetito han ocupado vuestras mentes. Estas cosas han ocupado el primer lugar y no habéis percibido la llegada del enemigo. Ha plantado su bandera en vuestro hogar y ha grabado su detestable imagen en los caracteres de vuestros hijos. Pero vosotros estabais tan (355) enceguecidos por el dios de este mundo, tan sordos a las cosas espirituales y divinas, que no podíais discernir la ventaja que Satanás había ganado ni sus maniobras justamente en vuestra familia.
Habéis traído al mundo a hijos que no han sido consultados en cuanto a su existencia. Os habéis hecho responsables en gran medida por su felicidad futura, su bienestar eterno. Lleváis la responsabilidad, seáis conscientes de ella o no, de educar a estos hijos para Dios, de vigilar con celoso cuidado si se aproxima el artero enemigo y estar preparados para levantar un estandarte en contra de él. Construid una fortaleza de oración y fe alrededor de vuestros hijos, y ejercitad una vigilancia en ella. Nunca estáis seguros en contra de los ataques de Satanás. No tenéis tiempo para descansar del trabajo vigilante y serio. No debierais dormir ni un momento en vuestro puesto. Esta es una guerra extremadamente importante. Tiene consecuencias eternas. Es la vida o la muerte de vosotros y vuestra familia. Vuestra única seguridad es quebrantar vuestros corazones delante de Dios y buscar el reino de los cielos como niños pequeños. No podéis ser vencedores en esta lucha si continuáis por la senda que habéis transitado. No estáis cerca del reino de los cielos.
Algunos que no profesan seguir a Cristo están más cerca del reino de Dios que muchos profesos observadores del sábado de -----. No os habéis mantenido en el amor de Cristo ni habéis enseñado el temor de Dios a vuestros hijos. No les habéis enseñado la verdad con diligencia, cuando os levantabais, cuando os sentabais, cuando salíais, y cuando entrabais. No les habéis puesto límites. Miráis a otros niños y os complacéis diciendo: "Mis hijos no son peores que ellos". Esto puede ser cierto, pero ¿acaso el descuido de los demás en cumplir con su deber disminuye la fuerza de los requerimientos que Dios os ha impuesto como padres? El os ha dado la responsabilidad de formar a estos hijos para él, y su salvación depende en gran medida de la educación que reciban en su niñez. Nadie puede tomar esta responsabilidad; es vuestra, solamente vuestra, como padres. Podéis traer en vuestra ayuda todo auxilio

posible para asistiros en esta solemne e importante obra; pero después que hayáis hecho esto, hay un poder superior a todo agente humano, que (356) obrará con vosotros por el medio que es vuestro privilegio usar. Dios vendrá en vuestra ayuda y podéis confiar en su poder. Este poder es infinito. Los agentes humanos pueden fracasar, pero Dios puede hacerlos fructíferos al trabajar en y por medio de ellos.

Tenéis que abocaron a la obra de poner vuestra casa en orden. Los ángeles puros y santos no pueden sentir placer en llegar a una casa donde se practica tanta iniquidad. Estáis dormidos en vuestros puestos. Cosas de menor importancia han ocupado vuestras mentes excluyendo así asuntos de mayor trascendencia. Buscar el reino de los cielos y su justicia debiera ser la principal ocupación en vuestras vidas; entonces tenéis la promesa de que todas las cosas os serán añadidas. Aquí es donde habéis fracasado en vuestra familia. Si hubierais luchado para que vosotros y los vuestros pudieran entrar por la puerta estrecha, os hubierais empeñado en recoger cada rayo de luz que el Señor permitió que brillara en vuestra senda, y lo hubierais atesorado y hubierais caminado en él.

No habéis prestado atención a la luz que el Señor os ha dado por gracia en cuanto a la reforma pro salud. Habéis sentido el deseo de levantaron en contra de ella. No le habéis dado ninguna importancia ni habéis encontrado la razón para recibirla. No habéis estado dispuestos a controlar vuestro apetito. No podíais ver cuán sabio era Dios al brindaron luz en cuanto al control del apetito. Sólo veíais la desventaja de no complacer el gusto. El Señor ha hecho brillar su luz sobre nosotros en estos últimos días, a fin de que en alguna medida puedan disiparse la lobreguez y oscuridad que se han estado acumulando en las generaciones pasadas por causa de la complacencia en el pecado, y pueda disminuirse la secuela de males que son el resultado de la intemperancia en el comer y el beber.

El Señor en su sabiduría planeó guiar a su pueblo a una posición tal que estuviera separado del mundo en espíritu y práctica, para que sus hijos no pudieran ser arrastrados tan fácilmente a la idolatría ni se mancharan con las predominantes corrupciones de esta era. Es el designio de Dios que los padres creyentes y sus hijos se destaquen como representantes vivientes de Cristo, candidatos para la vida eterna. Todos los que son partícipes de la (357) naturaleza divina escaparán a la corrupción que está en el mundo por la concupiscencia. Es imposible para los que son complacientes con el apetito lograr la perfección cristiana. No podéis despertar la conciencia moral de vuestros hijos mientras no seáis cuidadosos en la selección de sus alimentos. Las mesas que los padres habitualmente preparan para sus hijos son una trampa para ellos. Su régimen no es sencillo, y no está preparado de una manera saludable. Los alimentos son frecuentemente condimentados e irritantes y así tienden a inflamar y excitar las tiernas membranas del estómago. Las propensiones animales se fortalecen y predominan, mientras las capacidades morales e intelectuales se debilitan y llegan a supeditarse a los instintos más bajos. Debierais estudiar cómo preparar un régimen sencillo pero nutritivo. Las carnes y las tortas y pasteles condimentados preparados con cualquier tipo de especias, no constituyen el régimen más saludable y alimenticio. No debierais colocar huevos sobre vuestras mesas.[3] Son perjudiciales para vuestros hijos. Las frutas y los cereales, preparados en la forma más sencilla, son los alimentos más saludables, nutrirán el cuerpo de la mejor manera y, al mismo tiempo, no menoscabarán el intelecto.

La regularidad en las comidas es muy importante para la salud del cuerpo y la serenidad de la mente. Vuestros hijos debieran comer sólo en las comidas regulares. No se les debiera permitir apartarse de esta regla fija. Cuando usted misma, hermana E, está ausente de casa, no puede controlar estos asuntos importantes. Ya su hijo mayor ha debilitado todo su organismo, el cual siempre ha de ser campo propicio para la enfermedad. Su segundo hijo está siguiendo de cerca los pasos de su hermano, ninguno de sus hijos está a salvo de este mal.

Es probable que os sea imposible conocer los verdaderos hábitos de vuestros hijos. Los que practican el vicio secreto siempre engañan y mienten. Vuestros hijos pueden engañaron, pues no estáis en

[3] Véase el Apéndice.

condiciones de daros cuenta si tratan de desorientaron. Habéis sido enceguecidos por el enemigo durante tanto tiempo que apenas os queda un rayo de luz para iluminar la oscuridad. Tenéis una grande, solemne e importante tarea que (358) hacer inmediatamente: poner vuestros propios corazones y hogares en orden. El único proceder seguro para vosotros es poner manos a la obra. No os engañéis creyendo que, después de todo, se os ha presentado este asunto con un énfasis extremo. No he exagerado la nota. He presentado hechos que serán probados en el juicio. ¡Despertad! ¡Despertad, os imploro, y antes que sea demasiado tarde para corregir los errores, y vosotros y vuestros hijos perezcáis en la ruina general! Dedicaos a esta solemne obra y atraed en vuestra ayuda todo rayo de luz que podáis recoger de entre los que alguna vez brillaron en vuestro camino y que no habéis apreciado, y con la ayuda de la luz que ahora recibís, comenzad una investigación de vuestra vida y carácter como si estuvierais delante del tribunal de Dios. "Os ruego... que os abstengáis de los deseos carnales que batallan contra el alma" (1 Pedro 2:11), es la exhortación del apóstol. El vicio y la corrupción abundan en todos, y a menos que tengáis un poder sobrehumano en que confiar para resistir una corriente tan poderosa del mal, seréis vencidos y arrastrados por la corriente hacia la perdición. Sin santidad ningún hombre verá a Dios.

El Señor está probando y examinando a su pueblo. Ángeles de Dios están observando el desarrollo del carácter y sopesando el valor moral. El tiempo de gracia casi ha terminado, y vosotros no estáis listos. ¡Oh, que estas amonestaciones puedan llegar a encender vuestras almas! ¡Preparaos! ¡Preparaos! Trabajad mientras dure el día, pues viene la noche cuando nadie puede trabajar. Se dará la orden: El que es santo sea santo todavía; y el que es inmundo sea inmundo todavía. Se decidirá el destino de todos. Unos pocos, sí, sólo unos pocos de entre el gran número de habitantes de la tierra serán salvados para vida eterna, mientras que las masas que no han perfeccionado sus almas en la obediencia de la verdad serán destinadas a la segunda muerte. ¡Oh, Salvador, salva lo adquirido por tu sangre! Es el clamor de mi angustiado corazón.

Tengo un gran temor por vosotros y por los muchos que profesan creer en la verdad en . ¡Oh, escudriñad diligentemente vuestros propios corazones, y llevad a cabo una obra completa para el juicio! Siento dolor en mi corazón cuando pienso cuántos hijos de padres observadores del sábado están (359) arruinando su alma y su cuerpo con el vicio secreto. Cerca de vosotros hay una familia que revela sus malos hábitos en sus cuerpos tanto como en sus mentes. Estos niños están en la senda que los llevará directamente a la perdición. Ellos mismos están degradados, y han instruido a muchos otros en este vicio. El muchacho mayor está disminuido, física y mentalmente, por entregarse a este vicio. La poca inteligencia que le ha quedado es de una calidad inferior. Si continúa con esta práctica viciosa llegará a transformarse en un disminuido mental. Cada acto de complacencia en este vicio por parte de los niños que ya están desarrollados es un terrible mal y producirá resultados terribles, debilitando el organismo y menoscabando el intelecto. Pero en los que se complacen en este vicio corruptor antes de completar su desarrollo, los efectos resultan más claramente evidentes, y la recuperación es casi imposible. El cuerpo es débil y poco desarrollado; lo músculos son flácidos; los ojos se empequeñecen y a veces se hinchan; la memoria los traiciona y es selectora; y aumenta la incapacidad para concentrar la mente en el estudio.

A los padres de estos niños les diría: Habéis traído hijos al mundo sólo para ser una maldición para la sociedad. Son indóciles, arrebatados, pendencieros y depravados. Ejercen una influencia corruptora sobre los demás. Llevan la impronta del carácter del padre, de sus bajas pasiones. Se refleja en ellos su temperamento irritable y violento. Estos padres hace mucho tiempo que debieran haberse mudado al campo, separándose así y apartando a sus hijos de la sociedad que no los podía beneficiar sino que sólo los perjudicaría. El trabajo constante en la granja hubiera sido una bendición para estos niños, y el estar continuamente ocupados, según sus fuerzas, les hubiera brindado menos oportunidades de corromper sus propios cuerpos por medio de la masturbación, y les hubiera impedido instruir a muchos en esta

infernal práctica. El trabajo es una gran bendición para los niños, especialmente para aquellos cuyas mentes tienden naturalmente al vicio y a la depravación.

Estos niños han esparcido más vicio en que el que han podido contrarrestar todos los esfuerzos unidos de los ministros y de la gente que profesa santidad. Muchos de los que han aprendido de vuestros hijos irán a la perdición antes que puedan controlar sus instintos y cesar en la complacencia de este pecado. Una mente corrupta puede sembrar más semillas de maldad en un corto período que las que muchos pueden desarraigar en toda una vida. Vuestros hijos son objeto de escarnio en labios de los que blasfeman la verdad. Estos son los hijos de los observadores del sábado, pero son peores que los hijos de los mundanos en general. Son menos refinados y tienen menos dignidad. El hermano F no ha honrado la causa de Dios. Su carácter impetuoso e influencia en general no han sido elevadores, sino degradantes. Su falta de juicio y delicadeza han desacreditado la causa de Dios. Hubiera sido mucho mejor para la causa de la verdad si su familia se hubiera mudado hace mucho tiempo a un lugar menos importante, donde hubieran estado más aislados y su influencia se hubiera sentido menos. Sus hijos han vivido a la luz de la verdad y han tenido privilegios que sólo pocos niños tuvieron; no obstante no se han beneficiado todo este tiempo, sino que mientras crecían se han afirmado más y más en su depravación. Su alejamiento sería una bendición para la iglesia y para la sociedad, y para toda la familia. Dedicarse a trabajar la tierra regularmente sería una bendición para el padre y los hijos si aprovecharan las ventajas de la vida de campo.

Vi que la familia del hermano G necesita que se haga una gran obra en su favor. H e I han llegado a extremos en el delito de la masturbación; esto es especialmente aplicable a H, quien ha ido tan lejos en la práctica de este pecado que su intelecto se vio afectado, su vista está debilitada, y su organismo se está decididamente enfermando. Satanás tiene un control casi completo de la mente de este pobre muchacho, pero sus padres no están lo suficientemente despiertos como para ver el mal y sus resultados. Su mente está degradada, su conciencia endurecida, su capacidad moral entumecida, y será una víctima fácil para las malas compañías que lo llevarán al pecado y al crimen. Hermano y hermana G, despertad, os ruego. No habéis recibido la luz de la reforma pro salud, no habéis actuado de acuerdo con ella. Si hubierais controlado vuestros apetitos os hubierais ahorrado mucho esfuerzo extra y perjuicio; y, lo que tiene mucho más amplias consecuencias, os hubierais mantenido en un mejor estado de salud física y con un mayor grado de capacidad intelectual (361) para apreciar las verdades eternas; tendríais una mente más clara para juzgar las evidencias de la verdad y estaríais mejor preparados para dar razón de la esperanza que está en vosotros. Vuestros alimentos no son sencillos y saludables, del tipo que producirá la mejor clase de sangre. La sangre contaminada seguramente opacará las facultades morales e intelectuales, y fortalecerá los instintos más bajos de vuestro temperamento. Ninguno de vosotros dos puede permitirse un régimen irritante, por cuanto perjudica la salud del cuerpo y la prosperidad de vuestras propias almas y de las almas de vuestros hijos.

Colocáis sobre vuestra mesa alimentos que recargan los órganos digestivos, excitan los instintos animales, y debilitan las facultades morales e intelectuales. Los alimentos condimentados y la carne no son beneficiosos para vosotros. Si sólo conocierais la naturaleza de la carne que coméis, si pudierais ver vivos a los animales de los que, una vez muertos, se extrae la carne, os apartaríais con repugnancia de las comidas con carne. Los animales cuya carne coméis están frecuentemente tan enfermos que, si se los dejara solos, morirían; pero mientras están con vida, se los mata y lleva al mercado. Ingerís directamente humores y venenos de la peor clase y sin embargo no os dais cuenta. Os gusta mucho complacer el apetito. Tenéis que aprender esta lección: "Si, pues, coméis o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios".

Os suplico, por Cristo, que pongáis vuestra casa y vuestros corazones en orden. Que la verdad de origen celestial os eleve y santifique a vosotros, alma, cuerpo y espíritu. "Os ruego... que os abstengáis de los deseos carnales que batallan contra el alma". Hermano G, su modo de comer tiende a fortalecer los instintos más bajos. No controla su cuerpo como es su obligación con el fin de perfeccionar la

santidad en el temor de Dios. Debe practicar la temperancia en el comer y luego podrá llegar a ser un hombre paciente. Recuerde que usted ha dejado en sus hijos, en un alto grado, la impronta de su propio carácter. Debiera controlarse, y no ser rudo, severo o impaciente. Trátelos con decisión, pero paciente, amante y compasivamente, como Jesús lo ha tratado a usted. Sea cuidadoso en cuanto a cómo censura. Tenga paciencia con sus hijos, no obstante póngales límites. (362)

Usted ha descuidado esto demasiado. No los ha corregido del modo correcto, al no tener un control perfecto de su propio carácter. Debe hacerse una gran obra en favor de ambos.

Hermano G, si usted hubiera avanzado lenta pero constantemente según sus fuerzas, de acuerdo con la luz que el Señor ha dado, él lo hubiera elegido como instrumento de justicia. Usted tiene talentos; tiene habilidad; puede trabajar para la gloria de Dios; pero no se ha rendido completamente al Señor. ¡Oh, si sólo ahora buscara la mansedumbre, la justicia de Cristo, para que pudiera estar protegido en el día de la tremenda ira del Señor!

Mis queridos hermano y hermana, debierais empeñaron conjunta y perseverantemente en enmendar la mala conducción de vuestros hijos. La hermana G ha sido demasiado indulgente; no obstante, unidos y con amor podéis hacer mucho, aun ahora, para sujetar a vuestros hijos a vuestros corazones e instruirlos en la senda buena y justa. Tenéis la tarea de poner vuestros propios corazones y vuestra casa en orden. Debierais fomentar una acción armoniosa. La influencia transformadora del Espíritu de Dios puede hacer una gran obra en favor de ambos, y unirá vuestros corazones y esfuerzos en la obra de reforma en vuestra propia familia. Debieran cesar todo descontento, quejas e impaciente irritabilidad. Sus efectos han de debilitarlos a ambos y han de destruir la influencia que debéis ejercer si instruir exitosamente a vuestros hijos para el Cielo.

Satanás ha ocupado el campo de batalla. Vuestros pobres hijos son sus cautivos; tiene el control de sus mentes y los está degradando. Sus facultades morales parecen estar paralizadas. Han practicado la masturbación y se han gloriado en sus iniquidades. Esta clase de muchachos son capaces de envenenar a todo un vecindario o comunidad, y su influencia perniciosa pondrá en peligro a todos los que estén en contacto con ellos en la escuela. Vuestros hijos son corruptos de cuerpo y mente. El vicio ha dejado sus marcas en vuestros hijos mayores. Están manchados, profundamente manchados por el pecado. Los instintos animales dominan mientras las facultades morales e intelectuales son débiles. Las pasiones más bajas se han fortalecido por el ejercicio, mientras la conciencia se ha endurecido y cauterizado. Esta es la influencia que el vicio tendrá sobre las facultades mentales. (363)

Los que se rinden y causan la ruina de sus propios cuerpos y mentes no paran aquí. Con el tiempo serán campo propicio para casi cualquier tipo de crimen, pues sus conciencias están cauterizadas. Los padres tienen sólo una conciencia parcial de sus responsabilidades como tales. Son remisos en el cumplimiento de su deber. No les enseñan a sus hijos la pecaminosidad de estos peligrosos hábitos que destruyen la virtud. Hasta que los padres no despierten, no hay esperanza para sus hijos.

Podría mencionar el caso de muchos otros, pero me voy a abstener de hacerlo, con unas pocas excepciones. J es una compañía peligrosa. Practica este vicio. Su influencia es mala. La gracia de Dios no tiene ninguna influencia sobre su corazón. Es inteligente, y su padre confió en gran manera en que su intelecto lo equilibraría; pero la capacidad mental por sí misma no es garantía de una superioridad moral. La ausencia de principios religiosos lo hacen corrupto de corazón y artero en sus fechorías. Su influencia es perniciosa en todo lugar. Es infiel a sus principios y se gloría en su escepticismo. Cuando está con los de su edad, o con los más jóvenes que él, habla con autoridad de las cosas religiosas y se burla y habla despectivamente de la verdad y la Biblia. Este presunto conocimiento tiene una influencia corruptora en las mentes y lleva a los jóvenes a sentirse avergonzados de la verdad. Tales compañías debieran de evitarse completamente, pues este es el único proceder seguro que nos hará estar a salvo. Las jóvenes se complacen en la compañía de este joven; aun algunas que profesan ser cristianas prefieren su compañía.

K es un joven que puede ser moldeado si se lo rodea de influencias correctas. Necesita un ejemplo correcto. Si los jóvenes que profesan ser cristianos honraran a Cristo en sus vidas, podrían ejercer una influencia tal que contrarrestaría la influencia perniciosa de jóvenes como J. Pero los jóvenes generalmente no son más religiosos que los que nunca han aceptado el nombre de Cristo. No se apartan de la iniquidad. Un joven listo e inteligente, como J, puede tener una influencia poderosa para el mal. Si esta inteligencia fuera controlada por la virtud y la rectitud, sería poderosa para el bien; pero si se inclina hacia lo depravado, no se puede estimar su mala influencia sobre sus amistades, y ciertamente lo sumirá en la perdición. Un buen intelecto corrompido (364) genera un corazón muy malo. Un intelecto brillante, santificado por el Espíritu de Dios, ejerce una influencia oculta y difunde luz y pureza a todos aquellos con quienes su feliz poseedor se relaciona.

Si un joven de aptitudes mentales como J rindiera su corazón a Cristo, esto sería su salvación. Por medio de una religión pura su intelecto tomaría un camino sano; sus facultades mentales y morales se volverían vigorosas y armoniosas; la conciencia, iluminada por la gracia divina, sería ágil y pura, controlaría la voluntad y los deseos, y lo llevaría a actuar siempre con franqueza y rectitud. Sin los principios religiosos, este joven será astuto, artero, sagaz, de mal proceder, y envenenará a todos con quienes se relacione. Advierto a toda la juventud que se cuide de este joven si continúa teniendo en poco la religión y la Biblia. No podéis estar muy seguros en su compañía.

Al asociarse con los jóvenes que no ejercen una influencia correcta, L también se está corrompiendo. J y K no son compañías provechosas para él, pues se deja llevar fácilmente en la dirección equivocada. ---------- no es el mejor lugar para él. Sus hábitos no son puros; practica la masturbación. Por causa de esto y por su amor por las malas compañías, al final se debilitarán en él los deseos que ayudan a formar un carácter virtuoso y a asegurarse el Cielo. Los jóvenes que desean la inmortalidad deben detenerse donde estén y no permitirse ningún pensamiento o acto impuro. Los pensamientos impuros llevan a actos impuros. Si Cristo llega a ser el tema de contemplación, los pensamientos se apartarán abiertamente de todo asunto que lleve a actos impuros. La mente se fortalecerá al espaciarse en temas elevados. Si se la entrena y se la encauza en la senda de la pureza y la santidad, llegará a ser sana y vigorosa. Si se la entrena para dilatarse en temas espirituales, naturalmente tomará esa dirección. Pero no se puede atraer los pensamientos hacia las cosas espirituales sin el ejercicio en la fe en Dios y una intensa y humilde confianza en que él brindará fuerza y gracia suficientes para cada emergencia.

Una vida pura y un carácter moldeado de acuerdo con el Modelo divino no se obtienen sin un intenso esfuerzo y firmes principios. Una persona vacilante no tendrá éxito en lograr la perfección cristiana. Tales personas serán pesadas en las balanzas (365) y encontradas faltas. Como león rugiente, Satanás está buscando su presa. Prueba sus astucias con cada joven desprevenido; hay seguridad sólo en Cristo. Es solamente a través de su gracia que puede repelerse con éxito a Satanás. Satanás le dice a los jóvenes que todavía hay tiempo suficiente, que pueden ceder ante el pecado y el vicio por esta vez y nunca más; pero el ceder una sola vez envenenará todas sus vidas. No os aventuréis ni una vez en tierra prohibida. En esta peligrosa era del mal, cuando todos se sienten atraídos por los vicios y la corrupción, que pueda elevarse al cielo el sincero y sentido clamor de los jóvenes: "¿Con qué limpiará el joven su camino?" Y que puedan sus oídos estar alerta y su corazón dispuesto a obedecer la instrucción contenida en la respuesta: "Con guardar tu palabra". La única salvaguardia para el joven en esta era de contaminación es confiar en Dios. Sin la ayuda divina los jóvenes serán incapaces de controlar las bajas pasiones y los apetitos humanos. En Cristo se encuentra la ayuda necesaria, pero cuán pocos han de llegarse a él por esa ayuda. Jesús cuando estuvo en la tierra dijo: "No queréis venir a mí para que tengáis vida". En Cristo todos pueden vencer. Podéis decir con el apóstol: "Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó" (Rom. 8:37). Insiste: "Golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre" (1 Cor. 9:27).

Describí en detalle el caso del hermano E y su familia porque ilustra la verdadera condición de muchas familias, y Dios quiere que se tome esto como escrito especialmente para su beneficio. Hay muchos

más casos que podría señalar, pero ya he mencionado suficientes. Las jovencitas no están en general libres del crimen de la masturbación. Lo practican, y como resultado, sus organismos se están corrompiendo. Algunas que apenas están comenzando a ser mujeres corren el peligro de sufrir una parálisis cerebral. Ya sus facultades morales e intelectuales están debilitadas y entumecidas, mientras los instintos animales están logrando mayor ascendencia y corrompiendo el cuerpo y el alma. Los jóvenes, ya sean varones o señoritas, no pueden ser cristianos a menos que cesen por completo de practicar este infernal vicio, que destruye el alma y el cuerpo.

Muchos de los jóvenes están deseosos de leer. Leen todo lo que (366) les llega a sus manos. Las emocionantes historias de amor y las figuras impuras tienen una influencia corruptora. Muchos se dedican a leer novelas con avidez y como resultado, su imaginación se contamina. Fotografías de mujeres desnudas frecuentemente circulan para la venta. Además, estas desagradables fotografías también se encuentran en salones de fotografía, y cuelgan de las paredes de los locales que venden grabados. Esta es una era rebosante de corrupción. Los placeres de la vista y las pasiones corruptas se estimulan por la observación y la lectura. El corazón se corrompe por medio de la imaginación. La imaginación se complace en contemplar escenas que despiertan las pasiones más bajase inferiores. Estas imágenes viles, vistas a través de la imaginación contamina, corrompen la moral y preparan a los engañados y embelezados seres a dar rienda suelta a sus pasiones concupiscentes. Luego siguen pecados y crímenes que arrastran a seres formados a la imagen de Dios a nivel de bestias, sumergiéndolos al final en la perdición. Evitad leer y ver cosas que sugieran pensamientos impuros. Cultivad las facultades morales e intelectuales. No dejéis que estas nobles facultades se debiliten y perviertan por la mucha lectura aun de libros y cuentos. Conozco a mentes fuertes que fueron desequilibradas y parcialmente entumecidas, o paralizadas, por practicar la intemperancia en la lectura.

Hago una apelación a los padres para que controlen las lecturas de sus hijos. La mucha lectura sólo les hace daño. Especialmente no permitáis que haya en vuestras mesas revistas y diarios donde se encuentren cuentos de amor. Es imposible para los jóvenes poseer una mente sana y correctos principios religiosos a menos que disfruten de la lectura de la Palabra de Dios. Este libro contiene lo más interesante de la historia, señala el camino de la salvación por medio de Cristo, y es su guía hacia una vida más elevada y mejor. Todos ellos lo reconocerían como el libro más interesante que alguna vez hayan leído, si su imaginación no estuviera pervertida por relatos emocionantes y ficticios. Vosotros que esperáis que vuestro Señor venga por segunda vez a cambiar vuestros cuerpos mortales, y a transformarlos de acuerdo con su muy glorioso cuerpo, debéis elevaros a un plano de acción más alto. Debéis obrar desde una mira más alta que la que (367) habéis tenido hasta ahora, o no os contaréis entre los que han de recibir el toque final de inmortalidad.

El Verdadero Amor en el Hogar.-

Hermano M: Se me mostró en el Centro Adams que usted no dio muestras de un espíritu generoso mientras estuvo en el Instituto; no ejerció la influencia que debiera haber ejercido. Podía haber hecho que la luz brillara allí; pero no lo hizo así. A menudo descuidaba sus obligaciones por ir en pos de las diversiones. Usted fracasó en atender y llevar adelante sus responsabilidades. No disfruta del ejercicio activo. Le complace su comodidad; usted y el trabajo intenso están en desacuerdo. Esto es egoísta. Permitió que el Instituto se deteriorara y destruyera, cuando era su misión hacer que se mantuviera en buen estado, y que todo estuviera en orden y se preservara, con mayor interés y cuidado que si fuera suyo y propio. Usted fue un mayordomo infiel. Cada vez que usted se permitía tomar parte en diversiones, jugando croquet o algo parecido, estaba usando tiempo por el cual se le pagaba y que no le pertenecía. Su situación hubiera sido tan inexcusable si hubiese tomado dinero que no había ganado y se hubiera apropiado de él.

Los hermanos Loughborough, Andrew, Aldrich, y otros no lo conocían. Lo estimaban a usted demasiado. Usted no podía ocupar el lugar para el que lo emplearon. Utilizaron un criterio errado cuando le pagaron un precio tan alto por su trabajo. Usted no ganaba el dinero que recibía. Era muy lento y le faltaba mucha energía. No ponía el interés suficiente en su trabajo y no estaba alerta para ver y hacer lo necesario, y descuidó terriblemente las cosas.

Hermano mío, usted está alejado de Dios; se está descarriando. No posee un noble valor moral. Usted se rinde ante sus propios deseos en lugar de negar el yo. Al buscar la felicidad, ha asistido a lugares de diversión que Dios no aprueba, y al hacer esto ha debilitado su propia alma. Hermano mío, usted tiene mucho que aprender. Complace su apetito al ingerir más alimentos que los (368) que su organismo puede convertir en sangre. Es un pecado ser intemperante en la cantidad de alimentos ingeridos, aun cuando la calidad no pueda objetarse. Muchos piensan que, si no comen carne y los alimentos más vulgares, pueden ingerir alimentos sencillos hasta hartarse. Esto es un error. Muchos profesos partidarios de la reforma pro salud no son nada más que glotones. Colocan en los órganos digestivos una carga tan grande que agota la vitalidad del organismo en el esfuerzo de digerirla. También tiene una influencia depresiva en el intelecto, pues se requiere la energía nerviosa del cerebro para ayudar al estómago en su obra. El comer en exceso aun de los alimentos más sencillos, entumece los delicados nervios del cerebro y debilita su vitalidad. El comer en demasía tiene un efecto peor sobre el organismo que el trabajar en exceso; la intemperancia en el comer postra más efectivamente las energías del alma que la intemperancia en el trabajo.

Los órganos digestivos nunca debieran recargarse con una cantidad o calidad de alimentos que le será difícil digerir. Todo lo que se ingiere en mayor cantidad que la que el organismo pueda usar para convertir en buena sangre, obstruye la maquinaria; pues no puede convertirse ni en músculo ni en sangre, y su presencia recarga el hígado y enferma el organismo. El estómago trabaja en exceso en su esfuerzo por digerir estos alimentos y luego hay una sensación de languidez, que se interpreta como apetito; y sin permitir que los órganos digestivos se tomen tiempo para descansar de su duro trabajo, y reponer energías, se ingiere otra cantidad exagerada, y se pone nuevamente en movimiento la agotada maquinaria. El organismo se nutre más deficientemente ingiriendo demasiada cantidad de alimentos, aunque sean de buena calidad, que ingiriendo una cantidad moderada en períodos regulares.

Hermano mío, su cerebro está entumecido. Un hombre que ingiere la cantidad de alimentos que usted ingiere debiera ocuparse en un trabajo físico. El ejercicio es importante para la digestión y para la salud del cuerpo y la mente. Usted necesita ejercicio físico. Se mueve y actúa como si fuera de madera, como si no fuera ágil. Lo que usted necesita es un ejercicio saludable y activo. Esto fortalecerá su mente. No se debiera estudiar ni practicar un ejercicio violento inmediatamente después de una comida (369) completa; esto sería una violación de las leyes del organismo. Inmediatamente después de comer la energía nerviosa está sobrecargada. La energía del cerebro debe tomar una parte activa ayudando al estómago; por consiguiente, cuando la mente o el cuerpo están abrumados después de una copiosa comida, se dificulta el proceso de la digestión. La vitalidad del organismo, que se necesita para trabajar en una dirección, es desviada y se la hace trabajar en otro sentido.

Usted necesita ejercer la temperancia en todas las cosas. Cultive las facultades superiores, y las tendencias animales se desarrollarán con menos vigor. Es imposible para usted aumentar su fortaleza espiritual mientras su apetito e instintos no estén bajo un perfecto control. El inspirado apóstol dice: "Golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado" (1 Cor. 9:27).

Hermano mío, despierte, le ruego, y deje que la obra del Espíritu de Dios penetre lo superficial y llegue más profundamente; permítale llegar a las profundas motivaciones de cada acción. Lo que se necesita son principios, firmes principios, y vigor en la acción tanto en las cosas temporales como en las materiales. Sus esfuerzos carecen de firmeza. ¡Oh, cuántos ocupan lugares inferiores en la escala de espiritualidad porque no controlan su apetito! El comer en exceso entumece y casi paraliza la energía

nerviosa del cerebro. Cuando estos van a la casa de Dios el sábado, no pueden mantener abiertos los ojos. Los llamados más fervientes no logran despertar sus lentos e insensibles intelectos. La verdad puede presentarse con profundo sentimiento, pero no despierta las facultades morales ni ilumina el entendimiento. ¿Se han empeñado estos en glorificar a Dios en todas las cosas?

Es imposible tener una concepción clara de las cosas eternas a menos que la mente se espacie en contemplar temas elevados. Todas las pasiones deben sujetarse a las facultades morales. Cuando los hombres y las mujeres profesan una firme fe y una ferviente espiritualidad, sé que su profesión de fe es falsa si no ejercen control sobre todas sus pasiones. Dios requiere esto. La razón por la que prevalece tal oscuridad espiritual es que la mente se satisface con un bajo nivel y no se eleva en puros y santos canales celestiales. (370)

Vi que en su relación con su familia hermano M, usted no era feliz. Su esposa y usted se sienten desalentados. Su esposa esperaba encontrar en usted a una persona más noble y refinada. Se siente muy infeliz. Tiene un alto grado de orgullo. Sus familiares por parte de su madre son naturalmente honestos, pero orgullosos y aristocráticos. Ella en buena medida comparte estos rangos de carácter. No es expresiva. No es natural en ella acercarse y manifestar afecto. Considera que la manifestación del afecto entre el esposo y la esposa son debilidades y niñerías. Tiene la sensación de que si favoreciera la expresión del afecto, no se le respondería con un amor refinado y elevado, sino con sentimientos de un orden inferior; que estos se fortalecerían, en vez del amor puro, profundo y santo.

Su esposa debiera hacer grandes esfuerzos para salir de su retraída y decorosa reserva, y cultivar la sencillez en todas sus acciones. Y cuando se despierten en usted las facultades más elevadas, y se fortalezcan por el ejercicio, comprenderá mejor las necesidades de las mujeres; comprenderá que el alma anhela un amor de una clase más elevada, más pura que la de los bajos instintos animales. Estas pasiones se han fortalecido en usted porque usted las ha favorecido y ejercitado. Si ahora en el temor de Dios usted mantiene el cuerpo en sujeción, y se acerca a su esposa con un amor puro y elevado, sus necesidades se verán satisfechas. Acéptela en su corazón; téngala en alta estima.

Usted se ha exaltado y se ha colocado por encima de su esposa. No conoce su mal condición. Usted ha tenido en alta estima su experiencia religiosa y su progreso en la vida religiosa. Estas cosas han sido un obstáculo para su esposa, en vez de ayudarla. Ella le temía, temía que usted realmente no se conociera a sí mismo, y que iría demasiado rápido. Vuestra unión no ha sido feliz. No se han adaptado el uno al otro. Su esposa tiene un temperamento tímido, temeroso y retraído. Usted ha fracasado completamente en entenderla. Ella duda y teme actuar por temor a extralimitarse. Necesita tener confianza en sí misma y debiera tratar de independizarse.

Hermano M, usted no logra fomentar la confianza de su esposa. Le falta cortesía y consideración constante y bondadosa por ella. Usted a veces le manifiesta amor, pero es un amor egoísta. (371)

No es un principio en usted, que alcance a lo profundo de sus acciones y las subyuga. No es un amor generoso, que lo inste a preocuparse por ella y a interesarse en tenerla cerca, mostrándole que prefiere su compañía a la de los demás. Usted ha ido en busca de diversiones, dejándola en casa sola y frecuentemente triste. Usted siguió este proceder antes de mudarse a este lugar y ha continuado de este modo desde entonces, aunque en menor grado por faltarle la oportunidad o no encontrar excusas.

Su esposa rehusaría dejarle ver que ella observó sus deficiencias. Ella le teme. Si usted hubiera poseído un amor genuino, como el que requiere un temperamento como el de ella, hubiera encontrado una actitud favorable en su corazón. Usted es demasiado frío y formal. A veces le ha manifestado afecto, pero no ha despertado su amor a cambio de él porque usted no ha sido cortés y atento, y no ha demostrado amorosa consideración por su esposa, interesado en su felicidad. Demasiadas veces usted se ha sentido libre para salir de paseo en busca de su propio placer sin consultar para nada el de ella o su felicidad.

El amor puro y verdadero es precioso. Ejerce influencia celestial. Es profundo y constante. No es espasmódico en sus manifestaciones. No es pasión egoísta. Lleva fruto. Lo llevará a esforzarse

constantemente por hacer feliz a su esposa. Si usted tiene este amor, le resultará natural hacer este esfuerzo. No le parecerá forzado. Si sale a dar un paseo o para asistir a una reunión le resultará muy natural elegir a su esposa para que lo acompañe y tratar de hacerla feliz con su compañía. Usted considera que su espiritualidad es inferior a la suya, pero vi que Dios se complace más con el espíritu de ella que con el suyo. Usted no es digno de su esposa. Ella es demasiado buena para usted. Ella es una planta delicada y sensible; necesita que se la cuide con ternura. Ella desea sinceramente hacer la voluntad de Dios. Pero tiene un espíritu orgulloso, es tímida y trata de evitar el reproche. Es tremendo para ella que se le haga una observación o indicación. Ame, honre, y halague a su esposa, en cumplimiento del voto matrimonial, y ella saldrá de esa posición reticente y desconfiada que le es natural.

Dejad que una mujer se dé cuenta de que su esposo la aprecia y de que es preciosa para él, no simplemente porque es útil y conveniente (372) en la casa, sino porque es una parte de él mismo, y ella responderá a su afecto y reflejará el amor que se le brinda. Haga que su esposa sea el objeto de su atención especial y sincera. Cuando sus sentimientos sean los que Dios requiere, usted se sentirá perdido sin la presencia de su esposa. Usted piensa que la fe de ella no tiene valor, sin embargo responderá antes que la fe que usted posee.

Hermano M, usted no logra entender el corazón de una mujer. No es capaz de descubrir la causa a partir del efecto. Sabe que su esposa no está tan alegre y feliz como usted desea verla, pero no investiga la causa. No analiza su comportamiento para ver si la dificultad se encuentra en usted. Ame a su esposa. Está sedienta de un amor profundo, verdadero y elevador. Déle pruebas tangibles de que aprecia y retribuye su cuidado e interés en usted, demostrado en su preocupación por su comodidad. Consulte su opinión y busque su aprobación en todo lo que hace. Respete su criterio. No crea que usted sabe todo lo que es digno de saberse.

Un hogar en el que el amor está presente, donde el amor se expresa en palabras y miradas y hechos, es un lugar donde los ángeles se complacen en manifestar su presencia, y santificar la escena con rayos de luz de gloria. Allí las humildes tareas del hogar son atractivas. Ninguna de las obligaciones de la vida será desagradable para su esposa en tales circunstancias. Las cumplirá con alegría de espíritu y será como un rayo de luz para con todos los que la rodean, y cantará en su corazón al Señor. Actualmente siente que no tiene el afecto de su corazón. Usted le ha dado razón para que así lo sienta. Usted cumple con sus obligaciones como cabeza de la familia, pero le falta algo. Está seriamente desprovisto de la preciosa influencia del amor, que motiva a una conducta bondadosa. El amor debiera verse en la actitud y modales, y escucharse en el tono de la voz.

Su esposa no se atreve a abrir su corazón a usted; pues tan pronto como ella expresa un sentimiento diferente del suyo, usted lo rechaza. Usted habla tan firmemente que ella no tiene valor de agregar ni una palabra. No sois uno de corazón. Usted se coloca por encima de ella y mantiene una actitud como si el criterio y la opinión de ella no tuvieran valor. Usted considera que sus logros (373) espirituales son mucho mejores que los de ella. Hermano mío, usted no conoce su condición real. Dios mira el corazón, no las palabras o la profesión de fe. Las apariencias no tienen la misma importancia para Dios que para los hombres. Dios valora el corazón humilde y el espíritu contrito. Nuestro Salvador conoce la vida y conflictos de cada alma. No juzga de acuerdo con las apariencias, sino con justicia.

Usted tiene un carácter fuerte. Cuando usted toma una decisión lo hace precipitadamente y no considera las consecuencias de mantener su posición y de introducirla independientemente en sus oraciones y conversación, cuando usted sabe que su esposa no comparte su opinión. En vez de respetar los sentimientos de su esposa, y amablemente evitar, como lo haría un caballero, los temas en los que difieren, usted ha sido el primero en detenerse en los puntos en disputa, y ha insistido en expresar sus puntos de vista sin importarle los que lo rodean. Usted ha considerado que los demás no tenían el derecho de ver las cosas de un modo distinto. Sin embargo, necesita entender que el árbol cristiano no da este tipo de fruto.

En el caso de la hermana N, usted no comprendió bien las cosas. Si ella hubiese sido sanada en respuesta a las oraciones suyas y de otros, esto hubiera significado la ruina para más de dos o tres de vosotros. Un Dios sabio se preocupaba de este asunto. Podía leer los motivos y los propósitos del corazón, aunque los demás los ignoraran.
Su esposa tiene tanto derecho como usted a tener sus opiniones. La relación del matrimonio no destruye su identidad. Ella tiene una responsabilidad individual. Usted no se sentirá tranquilo hasta que deje el camino libre a su esposa y se manifieste hacia ella más tolerante, con un espíritu paciente como el de Cristo, y juzgue a los demás con el criterio con el que desea ser juzgado. Todavía debe prestar oído a la exhortación: "Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo" (Fil. 2:3). "Amaos los unos a los otros con amor fraternal; en cuanto a honra, prefiriéndoos los unos a los otros. En lo que requiere diligencia, no perezosos; fervientes en espíritu, sirviendo al Señor". (374)

La conducción de Las Reuniones.-
Se me ha mostrado, hermano M, que es necesario que se haga una gran obra antes de que usted pueda ejercer su influencia en la iglesia para corregir o señalar errores. No posee esa humildad de mente que puede alcanzar los corazones del pueblo de Dios. Usted es exaltado. Necesita examinar sus motivos y acciones para ver si tiene la mira puesta solamente en la gloria de Dios. Ni el hermano O ni usted son exactamente apropiados para satisfacer las necesidades de la juventud y de la iglesia en general. Usted no se acerca a ellos con espíritu sencillo para poder comprender cuál es el mejor modo de ayudarlos. No es conveniente que usted y el Hermano O dejen sus asientos y suban a la plataforma frente a la congregación. Cuando ocupan esa posición consideran que deben decir o hacer algo de acuerdo con su importancia. En lugar de levantarse y decir unas pocas palabras oportunas, frecuentemente pronuncian largos discursos, que realmente son negativos para el espíritu de la reunión. Muchos se sienten aliviados cuando ustedes se sientan. Si estuvieran en el campo donde hubiese poca gente deseosa de utilizar bien su tiempo, estos largos comentarios serían más apropiados.
La obra del Señor es una gran obra, y se necesitan hombres sabios para llevarla a cabo. Se requieren hombres que puedan adaptarse a las necesidades de la gente. Si deseáis ayudar a la gente no debéis colocaron en una posición superior, sino que debéis estar entre ellos. Este es el gran error del hermano O. Es demasiado formal. No le resulta natural comportarse sencillamente. No es capaz de discernir entre la causa y el efecto. No ganará el afecto y el amor de la gente. No se hace entender por los niños ni les habla de un modo conmovedor que pueda penetrar en sus corazones. Se levanta y habla a los niños sabiamente, pero esto no los beneficia. Sus charlas son generalmente largas y cansadoras. A veces si sólo dijera una cuarta parte de lo que generalmente dice, dejaría una mejor impresión en las mentes.
Los que instruyen a los niños debieran evitar las charlas tediosas. Las charlas cortas y oportunas tendrán una influencia positiva. Si hay mucho que decir, dense cortas charlas más frecuentemente. Unas pocas palabras interesantes de vez en cuando (375) serán más beneficiosas que tratar de decirlo todo de una vez. Los largos sermones agobian las mentes de los niños. El hablarles demasiado los llevará a rechazar aun la instrucción espiritual, del mismo modo que el comer en exceso sobrecarga el estómago y disminuye el apetito, y hasta llega a hacernos rechazar la comida. Las largas peroratas pueden sobrecargar las mentes de la gente. La obra por la iglesia, pero especialmente por la juventud, debiera ser renglón tras renglón, mandamiento tras mandamiento, un poquito aquí, y un poquito allá. Dad tiempo a las mentes para digerir las verdades con las que los alimentáis. Debe atraerse a los niños hacia el cielo, no con rudeza sino con suavidad.
Battle Creek, Míchigan, 2 de Octubre de 1868.

La Importancia del Dominio Propio.-

Estimado Hermano P: En varias oportunidades he tratado de escribirle pero en cada caso se me han presentado obstáculos. No lo pospondré más. Hace varios días que me siento muy especialmente preocupada por usted. En junio se me mostraron algunas cosas con respecto a usted. Fui transportada al pasado y se me mostró su vida inconstante y desordenada. Usted estaba sin Dios. La suya ha sido una vida dura e imprudente. No obstante vi que Dios en su misericordia le había salvado la vida muchas veces cuando parecía que ningún poder o sabiduría humanos podría preservarla. Usted es ahora un milagro de la misericordia. Cuando su vida estuvo en peligro inminente, Cristo, su abogado, rogó en su favor: Padre, preserva su vida un poco más. Ha sido un árbol sin fruto, un estorbo para la tierra; sin embargo no lo derribes. Esperaré pacientemente un poco más para ver si lleva fruto. Voy a tocar su corazón con la verdad. Lo voy a convencer de pecado".

Se me mostró que el Señor preparó el camino para que usted lo obedeciera y sirviera. Sus pasos fueron dirigidos hacia el Oeste, donde había un ambiente más favorable para su crecimiento en la gracia, y donde le sería menos difícil formar un carácter para el (376) Cielo. Usted entró en nuestra familia y se le brindó un lugar en nuestros corazones. Esta fue la orden del Señor. No tenía la experiencia necesaria para llevar una vida que Dios pudiera aprobar. Estaba en condición de obtener más luz en pocos meses y más conocimiento de la verdad presente que los que habrían recibido durante años si hubiera permanecido en el Este.

Nuestro compasivo Sumo Sacerdote conocía su debilidad y sus errores y no lo dejó librado a su inexperiencia y en un medio desfavorable para que luchara con el gran enemigo. Si hubiese permanecido en ----- no hubiera retenido la verdad. Al encontrar oposición se hubiera desarrollado su combatividad, y hubiera deshonrado la verdad con un espíritu irascible; y luego, al encontrar obstáculos en su camino cristiano, se hubiera sentido desalentado y hubiera faltado a la verdad. Usted tiene mucho que agradecer. Su corazón debiera estar lleno de gratitud a su amante Salvador por su misericordia para con usted, quien por tanto tiempo ha ultrajado su amor.

Se me mostró que usted era una rústica piedra extraída de la cantera, que necesitaba ser labrada, pulida y debía tomar forma antes de que pudiera ocupar un lugar en el edificio celestial. Se ha hecho parte de este trabajo en su favor; pero, ¡oh, hay todavía mucho más que hacer! Usted se ha sentido muy desdichado. Ha visto el lado malo de la vida. No ha sido feliz; pero ha sido usted mismo el que se ha mantenido en su propia luz, separándose del bien. En su juventud usted fomentó un espíritu de descontento; no se dejaba gobernar; andaba en sus propios caminos, sin importarle el criterio o el consejo de los demás. No se dejaba controlar por su padrastro, porque quería hacer su propia voluntad. El no sabía cómo controlarlo, y usted estaba decidido a no respetar su autoridad. Tan pronto como él le hablaba, usted se colocaba a la defensiva. Era muy agresivo, y combatía en contra de todo y todos los que se oponían a sus planes. Aun cuando se le sugería un cambio para mejorar sus planes o trabajo, siempre se encolerizaba en un instante. Pensaba que se le censuraba, o se lo acusaba, y se disgustaba con los que eran sus verdaderos amigos. Su imaginación estaba enferma. Pensaba que todos estaban en contra de usted y que su destino era excesivamente duro. Es duro, pero usted lo ha hecho así. (377)

Su conducta hacia su padrastro no era la apropiada. No merecía ser tratado como usted lo trataba. Tenía defectos y había cometido errores, pero mientras usted estaba listo para darles más importancia que la que tenían, no veía sus propios errores. En la providencia de Dios su esposa quedó postrada por una enfermedad. Era orgullosa; pero se arrepintió de sus pecados, y su arrepentimiento fue aceptado por Dios.

Su senda ha sido protegida a derecha e izquierda, para evitar que continuara hacia la perdición. El Señor ha hecho que su espíritu rebelde e indomable se sujetara a él. Por una combinación de juicio y misericordia se lo ha llevado al arrepentimiento. Como Jonás, usted huyó de sus obligaciones hacia el mar. Dios resguardó su camino prodigándole su providencia. No podía prosperar ni ser feliz, porque no podía dejar su yo atrás. Llevaba su yo y su pecado con usted. Fomentaba un espíritu de descontento, se

mostraba inquieto y se negaba a cumplir las obligaciones que tenía por delante. Quería un cambio, algún trabajo más importante. Llegó a ser inconstante.

Si Dios no lo hubiese controlado, usted hubiera quedado a merced de su inestabilidad y en sus pecados, habría descuidado su carácter y las circunstancias lo hubieran hecho desdichado. Cuando estuvo en tierra extraña y en la hora de la enfermedad, se sintió triste, abandonado y desolado. Pasó largas noches y agotadores días de intranquilidad y dolor, lejos de su madre y hermanas, recibiendo ayuda sólo de manos extrañas, sin esperanza cristiana que lo sustentara.

Buscaba la felicidad, pero no la obtuvo. Había desatendido el consejo de su madre y sus súplicas para que no violara los mandamientos de Dios. A veces este descuido le causó amargura. Pero no puedo entrar en detalle, pues no soy fuerte. Me detendré en lo más esencial que se me mostró.

Vi que usted tiene por delante una obra que no comprende: morir al yo, crucificar al yo. Tiene un temperamento irascible y tempestuoso, al que debe controlar. Posee nobles rasgos de carácter, que lo ayudarán a ganar amigos si no los hiere con su mal genio. Tiene una gran simpatía por los que manifiestan interés en usted. Cuando comprende bien las cosas es cuidadoso; pero a menudo actúa por impulso, sin reflexionar. (378)

Usted juzga a la gente, hace comentarios acerca de su comportamiento, cuando no comprende ni su posición ni su obra. Ve las cosas desde su punto de vista y luego tiende a cuestionar o condenar la conducta que siguen los demás, sin considerar desprejuiciadamente todos los aspectos de la cuestión. Usted no conoce las obligaciones de los demás y no debiera sentirse responsable por sus actos; no obstante, cumpla con su deber, dejando que el Señor se ocupe de los demás. Controle su carácter con paciencia, mantenga su mente en paz y en calma y siéntase agradecido.

Vi que el Señor le había dado luz y experiencia para que pudiera ver cuán pecaminoso es un espíritu irascible y controlar sus pasiones. Si fracasa en esto, del mismo modo por cierto fracasará en lograr la vida eterna. Debe vencer esta enfermedad de la imaginación. Es demasiado susceptible, y si le hace una observación respecto de un proceder opuesto al suyo, se siente herido. Se siente acusado, piensa que debe defenderse, salvar su vida; y en su firme esfuerzo por salvar su vida, la pierde. Tiene una obra que hacer para morir al yo y cultivar un espíritu de tolerancia y paciencia. Tiene que superar la idea de que no se lo aprecia, de que se lo injuria, se lo oprime o se lo perjudica. Usted tiene una falsa imagen de la realidad. Satanás hace que tenga una visión distorsionada de las cosas.

Apreciado hermano P, en el Centro Adams se me mostró nuevamente su caso. Vi que siempre fracasó en ejercitar el verdadero dominio propio. Hizo esfuerzos; pero estos esfuerzos sólo alcanzaron lo externo, no tocaron los motivos de sus acciones. Su temperamento irascible frecuentemente le causa sincero y doloroso pesar y un sentimiento de condenación propia. Este temperamento vehemente, a menos que sea controlado, lo inducirá a ser malhumorado y condenador; por cierto, usted ya posee en algún grado estas características. Siempre está listo a ofenderse por nada. Si se lo empuja en la calle, se molesta, y deja escapar alguna expresión de protesta. Cuando maneja en la calle, si no se le deja completamente libre la mitad de la calzada, en seguida se molesta. Si se le pide que cambie su proceder para complacer a otros, se irrita y se fastidia, y piensa que se lo menoscaba en su dignidad. Dejará ver a todos su pecado dominante. Su misma expresión indica un temperamento impaciente, (379) y su boca parece siempre lista para pronunciar una palabra airada. En este hábito, como en el uso del tabaco, una total abstinencia es el único remedio seguro. Tiene que experimentar un cambio completo. Frecuentemente se da cuenta de que debe controlarse más. Dice con decisión: "Seré más calmo y paciente"; pero al hacer esto solamente toca el mal por afuera; acepta retener el león y observarlo. Debe ir más allá que esto. Solamente la fuerza de los principios puede desalojar a este enemigo destructor y traer paz y felicidad.

Usted ha dicho repetidamente: "No me puedo controlar"; "tengo que hablar". Usted carece de mansedumbre y humildad. Su yo está vivo, y usted está continuamente en guardia para preservarlo de humillaciones o insultos. El apóstol dice: "Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con

Cristo en Dios" (Col. 3:3). Los que están muertos al yo no son tan susceptibles y no se colocan a la defensiva ante algo que los pueda irritar. Los muertos no sienten. Usted no está muerto. Si lo estuviera, y su vida estuviese escondida en Cristo, miles de cosas que ahora nota y lo afligen, las dejaría pasar por no ser dignas de atención; entonces llegaría a comprender lo eterno y estaría por encima de las pruebas menores de esta vida.

"La lengua es un fuego, un mundo de maldad" (Sant. 3:6). "La cordura del hombre detiene su furor, y su honra es pasar por alto la ofensa". "El que tarda en airarse es grande de entendimiento; mas el que es impaciente de espíritu enaltece la necedad". "Mejor es el que tarda en airarse que el fuerte; y el que se enseñorea de su espíritu que el que toma una ciudad" (Prov. 19:11; 14:29; 16:32). "Por esto, mis amados hermanos, todo hombre sea pronto para oír, tardo para hablar, tardo para airarse; porque la ira del hombre no obra la justicia de Dios" (Sant. 1:19-20). "El que ahorra sus palabras tiene sabiduría; de espíritu prudente es el hombre entendido" (Prov. 17:27).

Nuestro gran Modelo fue exaltado a pie de igualdad con Dios. Era un alto comandante en el Cielo. Todos los santos ángeles se complacían en inclinarse ante él. "Y otra vez, cuando introduce al Primogénito en el mundo, dice: Adórenle todos los ángeles de Dios" (Heb. L6). Jesús tomó sobre sí nuestra naturaleza, dejó de lado su gloria, majestad, y riquezas para cumplir su misión, para (380) salvar lo que se había perdido. No vino para ser servido, sino para servir a los demás. Jesús, cuando fue denigrado, injuriado, e insultado, no tomó represalias. "Quien cuando le maldecían, no respondía con maldición" (1 Pedro 2:23). Cuando por la crueldad del hombre sufrió dolorosos azotes y heridas, no pronunció palabras amenazadoras, sino que se encomendó al que juzga con rectitud. El apóstol Pablo exhortó a sus hermanos filipenses: "Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres" (Fil. 2:5-7). ¿Es el siervo mayor que su señor? Cristo nos ha dado su vida como modelo, y lo deshonramos cuando recelamos cada desprecio, y tendemos a sentirnos agraviados por cada herida, imaginaria o real. El hecho de que estemos preparados para defender al yo, para preservar nuestra dignidad propia, no es evidencia de una mente noble. Sería mejor sufrir cien veces injustamente que herir el alma con un espíritu vengativo o dar rienda suelta a la ira. Podemos obtener fuerza de Dios. El puede ayudarnos. Puede darnos gracia y sabiduría celestial. Si pedís con fe, recibiréis, pero debéis velar en oración. Velar, orar, trabajar, debiera ser vuestra consigna.

Su esposa podría ser una bendición si sólo aceptara la responsabilidad que es su obligación aceptar. Pero ha evitado las responsabilidades toda su vida, y ahora está en peligro de ser influenciada por usted, en lugar de ser ella quien lo influenciara. En vez de tener una influencia suavizante y elevadora en usted, hay peligro de que ella piense y actúe como usted, sin cavar hondo para ser guiada por principio en todas sus acciones. Os compadecéis el uno del otro, y desafortunadamente, al ejercer esta mutua influencia, tenéis una visión equivocada de las cosas. Ella puede ejercer una buena influencia para el bien, pero tiene un carácter con rasgos de indolencia espiritual y haraganería. No está dispuesta a hacer ningún trabajo que no le resulte placentero o agradable. ¿Cuál fue el pecado de Meroz? No hacer nada. No se los condenó por causa de grandes crímenes, sino porque no vinieron en ayuda del Señor.

Se me mostró que su esposa no conoce su condición real. (381) Evitaba encargarse del cuidado de la casa en su juventud y tampoco está dispuesta a hacerlo ahora. Tiene la tendencia a depender de otros más bien que de sus propias capacidades. No ha fomentado una noble independencia. Hace mucho tiempo que debiera haberse acostumbrado a llevar cargas. No goza de buena salud. Tiene el hígado delicado y no le gusta hacer ejercicio. No se pone a trabajar a menos que se vea obligada a hacerlo. Ingiere aproximadamente el doble de la cantidad de alimentos que debiera. Todo lo que llega a su estómago, que excede la cantidad que su organismo puede convertir en buena sangre, se transforma en

desechos, que recargan el organismo que debe eliminarlos. Su organismo se ve obstaculizado en su trabajo por una cantidad de materia que obstruye la maquinaria y debilita su potencia vital.
Ingerir más alimentos que los que el organismo puede convertir en buena sangre disminuye la calidad de ésta y quita más vitalidad que el trabajo o el ejercicio físico. El comer en exceso produce una sensación de embotamiento y letargo. Los nervios del cerebro deben ayudar a los órganos digestivos, y así están constantemente sobrecargados, debilitados y entumecidos. Esto da una sensación de embotamiento a la cabeza y predispone a su esposa a sufrir un ataque de parálisis en cualquier momento. Lo que necesita no es que se la inste a dejar el ejercicio. Nada sería más peligroso para ella que permanecer sin llevar a cabo una intensa actividad física. La actividad física es esencial. Fortalecerá su cuerpo y su mente. Cuando se dé cuenta de la responsabilidad que le cabe por su posición, y vea el beneficio que recibirá al tratar de encontrar una meta en la vida, no tenderá tanto a hundirse en la indolencia ni a rehuir las dificultades. No pone interés en lo que hace; por lo tanto actúa en cierto modo como una máquina, considerando que el trabajo es una carga. No puede, mientras piensa así, obtener esa nueva vida y vigor que son su privilegio recibir. Le falta ánimo y energía. Tiene la tendencia a perderse en el desinterés y en una profunda insensibilidad. El denso sopor que siente puede superarse solamente con una dieta frugal, un control perfecto sobre su apetito y sus sentimientos, y poniendo voluntad en hacer ejercicio. Necesita que la voluntad fortalezca sus nervios para que pueda resistir la indolencia.
La hermana P nunca podrá ser útil en el mundo a menos que su (382) voluntad sea suficientemente fuerte como para capacitarla para vencer esta renuencia a tomar responsabilidades y llevar cargas. A medida que ejercite la fortaleza que posee, la tarea se le hará menos difícil, hasta que le resulte natural cumplir con sus obligaciones, y ser cuidadosa y diligente. Se acostumbrará a pensar cuando coloque una carga menor en el estómago. Este peso sobrecarga el cerebro.
También debiera tener una meta, un objetivo en la vida. Donde no hay un objetivo, hay una tendencia a la indolencia; pero donde hay una meta suficientemente importante en vista, todas las facultades mentales se ponen instantáneamente en actividad. Para obtener éxito en la vida, los pensamientos deben fijarse firmemente en el objetivo de la vida y no se los debe dejar vagar ni ocuparse de cosas sin importancia o complacerse en ociosas cavilaciones, que son el fruto de rehuir las responsabilidades. Construir castillos en el aire pervierte la mente.
Asuma sus obligaciones presentes. Hágalo con voluntad, con todo el corazón. Debe tomar la decisión de hacer algo que requiera un esfuerzo tanto de sus facultades mentales como físicas. Debiera poner su corazón en su trabajo actual. La tarea que ahora tiene por delante es la obra a la que el Cielo desea que se dedique. Soñar con un trabajo lejano, y fantasear y hacer planes con respecto al futuro, no resultará provechoso, y la incapacitará para el trabajo que el cielo le pone por delante, aunque éste sea modesto. No debiera preocuparse por hacer una gran obra, sino por hacer con alegría y bien la tarea que hoy tiene en manos. Se le han confiado talentos para que los multiplique. Usted es responsable de usarlos correctamente o de darles un mal uso. No debe aspirar a hacer grandes cosas con el fin de prestar un gran servicio, sino que debe cumplir con su modesta tarea. Desarrolle sus talentos, aunque sean pocos, y sea consciente de su responsabilidad ante Dios de usarlos correctamente.
No puede esperar evitar el dolor y la fatiga que acarrean los afanes y las pruebas de la vida. El Hijo de Dios participó de la naturaleza humana. Frecuentemente se sintió fatigado en cuerpo y espíritu. Dijo: "Me es necesario hacer las obras del que me envió, entre tanto que el día dura; la noche viene, cuando nadie puede trabajar" (Juan 9A). Usted debiera dejar de soñar en cosas (383) lejanas, y atraer su mente a sus deberes presentes, y cumplirlos con alegría.
Este mundo no es el Cielo del cristiano. Es simplemente el lugar de preparación. Es el teatro de las batallas de nuestra vida, nuestros conflictos y tristezas; y es importante que todos tengamos una comprensión clara del mundo mejor, donde, cuando haya acabado esta lucha, encontraremos paz, gozo y bendición, que disfrutaremos para siempre. Vi que ambos estaríais más en peligro de naufragar en la

fe si estuvierais unidos, porque tendríais una visión falsa de las cosas. Ambos tenéis una gran tarea que hacer en vuestro favor, pero corréis el peligro de pasar por alto vuestras mutuas faltas.
La hermana P debiera guardarse de despertar la irritabilidad de su esposo al relatarle sus aflicciones para obtener su simpatía. Él exagera las cosas y se preocupa por cosas que no son dignas de atención. Ella tendrá que darse cuenta de esto y comprender que es sabio permanecer callada. Ella necesita perseverancia. Es mucho más fácil permitir que algo penetre en nuestra mente que sacarlo una vez que está allí. Es más fácil detenerse en una supuesta injusticia que apaciguar y controlar los sentimientos una vez que han sido despertados.
El hermano P tiene cualidades que serían excelentes si fueran refinadas por las elevadoras influencias de la religión pura. Puede ser útil. Solamente la piedad sincera puede capacitarlo para cumplir correctamente sus obligaciones en este mundo y prepararlo para el Cielo. En la tierra debe lograr un carácter celestial, hermano mío, o nunca llegará a poseerlo; por lo tanto debiera ocuparse inmediatamente de la obra que tiene que hacer. Debiera ocuparse con firmeza de llegar a estar preparado para el Cielo. Viva para el Cielo. Viva por fe.
Hermano P, usted es una rústica piedra; pero está en las manos de un hábil artesano. ¿Permitirá que lo labre y lo talle y lo pula para ese edificio que se está construyendo sin que se oiga el ruido de un hacha o martillo? No se dará ni un golpe más después que se cierre el tiempo de gracia. Usted debe vencer ahora, mientras dure el tiempo de gracia, su temperamento impetuoso, si no quiere quedar al fin separado de Dios.
Jesús os ama a ambos y os salvará si deseáis ser salvos en la (384) forma indicada por Dios. Podéis llegar a experimentar la religión si realmente tenéis hambre y sed de ella. Acercaos a Dios en fe y humildad, y pedid, y recibiréis; pero recordad que el discípulo no está por encima de su Maestro ni el siervo es mayor que su Señor. Es necesario que alberguéis esa humildad y modestia que Cristo poseía.
Battle Creek, Míchigan, 09 de Febrero de 1869.

Laboriosidad y Ahorro.-
Estimados Hno. y Hna. R: He tratado de encontrar una oportunidad de escribiros, pero he estado enferma, imposibilitada de escribir a nadie. Pero trataré de escribir unas pocas líneas esta mañana.
Cuando se me mostraron los deberes del pueblo de Dios con respecto a los pobres, especialmente las viudas y los huérfanos, se me mostró que mi esposo y yo corríamos el riesgo de tomar sobre nosotros cargas que Dios no nos había asignado, y de ese modo disminuir nuestro vigor y fuerza al aumentar nuestras preocupaciones y afanes. Vi que mi esposo iba más allá en vuestro caso que lo que era su obligación. El interés que puso en vosotros lo llevó a tomar responsabilidades que estaban más allá de sus obligaciones, lo que no ha sido beneficioso para vosotros, sino que ha fomentado una tendencia a depender de vuestros hermanos. Esperáis que os ayuden y brinden favores, mientras que no trabajáis tanto como ellos, ni ahorráis en todo momento como ellos consideran que es su obligación.
Se me mostró que vosotros, hermano y hermana, tenéis mucho que aprender. No habéis vivido de acuerdo con vuestros recursos. No habéis aprendido a ahorrar. Si ganáis un salario alto, no sabéis cómo hacerlo durar lo más posible. Os dejáis llevar por el gusto o el apetito en lugar de la prudencia. A veces gastáis dinero en alimentos de tal calidad que vuestros hermanos no pueden darse el gusto de pagar. Los dólares se escapan de vuestros bolsillos muy fácilmente.
La hermana R tiene una salud delicada. Complace su apetito y (385) recarga demasiado su estómago. Le exige demasiado al comer en exceso e ingerir alimentos de una calidad que no es la más apropiada para nutrir su organismo. Come sin moderación y hace poco ejercicio; de este modo le exige demasiado a su organismo. De acuerdo con la luz que Dios nos ha dado, los alimentos sencillos son los mejores para asegurar una buena salud y vigor. El ejercicio es necesario para su salud.
Todavía debéis ambos aprender lo que significa la abnegación. Controle el apetito, hermano R. Dios lo ha dotado de vigor: un capital que vale más que el dinero y que debiera apreciarse mucho más. El vigor

no puede comprarse con oro ni plata, propiedades ni tierras. La suya es una gran posesión. Dios requiere que utilice con criterio el capital de vigor con que lo ha bendecido. Usted es tan mayordomo de Dios como el hombre que tiene un capital en dinero. Es tan incorrecto que no aproveche su vigor del mejor modo como que un hombre rico retenga codiciosamente sus riquezas porque así le complace hacerlo. Usted no hace el esfuerzo necesario para mantener a su familia. Puede trabajar y así lo hace si se le presenta un trabajo conveniente a mano, pero no se esfuerza en ponerse a trabajar considerando que es su deber utilizar su tiempo y vigor del modo más provechoso y en el temor de Dios.

Sus negocios a veces le brindaron grandes ganancias a corto plazo. Después de reunir un considerable capital, no se preocupó por ahorrar para cuando no fuera tan fácil ganar dinero, sino que invirtió mucho en necesidades imaginarias. Si usted y su esposa hubieran comprendido que Dios les imponía la obligación de negarse los gustos y deseos, y hacer provisión para el futuro en vez de vivir solamente para el presente, podrían ahora haber estado en una buena condición económica y vuestra familia podría haber gozado de las comodidades de la vida. Tenéis que aprender una lección en la que debéis poner todo vuestro empeño: ser ahorrativos.

La hermana R ha dependido demasiado de su esposo. Toda su vida ha necesitado la simpatía de los demás, preocupándose por sí misma y colocándose en el centro de atracción. Ha sido mimada demasiado, y no ha aprendido a depender de sí misma. No ha brindado a su esposo la ayuda que podría haberle brindado en las (386) cosas temporales o espirituales. Debe aprender a soportar las enfermedades y no darles la importancia que les da. Debe librar las batallas de la vida por sí misma; tiene una responsabilidad individual.

Hermana R, su vida ha sido un error. Ha sentido placer en leer de todo indiscriminadamente. Su mente no se ha beneficiado con tanta lectura. Al seguir ávida y apresuradamente el argumento de los relatos excita sus nervios. Si sus hijos interrumpen estas lecturas, les habla irritada e impacientemente. No ejerce el control propio, y por lo tanto no logra sujetar a sus hijos con una mano firme y serena. Se guía por sus impulsos. Los mima y es indulgente con ellos, y luego se irrita y los reprende y se comporta severamente con ellos. Este comportamiento variable es perjudicial para ellos. Necesitan una mano firme y serena porque son díscolos. Necesitan una disciplina constante, sabia y juiciosa.

Si usted asumiera su rol de mujer y obrara por principio, no por impulso, se podría ahorrar muchos problemas. Supone que su esposo debe estar con usted, que no puede quedarse sola. Debiera comprender que su deber es trabajar para mantener a su familia. Debiera poner voluntad en controlar sus deseos y no hacer que su esposo sienta que debe acomodarse a sus necesidades. Usted tiene que compartir las cargas de la vida. Debe tener valor y ser fuerte. Sea una mujer, no una niña caprichosa. Usted ha sido mimada y otros le han llevado sus cargas demasiado tiempo. Es ahora su deber negarse a complacer sus deseos y actuar por principio, por el bien presente y futuro de su familia. No está bien; pero si cultivara un espíritu contento y alegre, esto la ayudaría a tener un mejor dominio de esta vida y de la vida futura.

Hermano R, es su deber utilizar el vigor que Dios le ha dado cuidadosa y juiciosamente. Hermana R, su cerebro está extenuado y sobrecargado por la lectura. No debiera permitirse abarrotar su mente con todo lo que pueda leer. No ha aprovechado su vida del mejor modo. No se ha beneficiado a sí misma, ni a los que la rodean. Ha dependido de su madre más de lo que podría haber sido beneficioso para usted. Si hubiese dependido más de sus propias fuerzas, hubiera sido más feliz. Ahora debiera llevar sus propias cargas del mejor modo posible, y alentar a su (387) esposo para que también lleve las suyas dedicándose animosamente a su trabajo.

Si hubiera rehusado a satisfacer su gusto por la lectura y su necesidad de complacencia propia, hubiera dedicado más tiempo a un prudente ejercicio físico, y se hubiera alimentado cuidadosamente con comida apropiada y sana, se hubiese evitado mucho sufrimiento. Parte de este sufrimiento ha sido imaginario. Si hubiera esforzado la mente para resistir la tendencia a dejarse vencer por sus dolencias, no hubiera tenido ataques de nervios. Debiera olvidarse de usted misma y ocupar la mente en las tareas

del hogar, en mantener la casa en orden, con prolijidad y buen gusto. La demasiada lectura y el permitir que su mente se distraiga con cosas pequeñas, la ha llevado a descuidar a sus hijos y sus deberes domésticos. Estas son precisamente las obligaciones que Dios le ha impuesto.
Usted se ha compadecido mucho de sí misma. Se ha ocupado de sí misma y ha persistido mucho en sus sentimientos negativos. Hermana mía, coma menos. Haga trabajo físico, y dedique su mente a las cosas espirituales. Evite que su mente se espacie en sus problemas. Cultive un espíritu contento y alegre. Usted habla demasiado de cosas intrascendentes. Con esto no obtiene fuerza espiritual. Si la energía gastada en conversación la dedicara a la oración, recibiría fuerza espiritual y alabaría a Dios en su corazón.
Usted se ha regido por los sentimientos, no por deberes y principios. Se ha dejado llevar por un sentimiento de nostalgia por su hogar paterno, y ha perjudicado su salud con un espíritu de desasosiego. Sus hábitos de vida no son sanos. Necesita reformarse. Ninguno de los dos está dispuesto a trabajar como los demás, ni a comer como sus hermanos. Si tienen recursos que gastar, los gastan sin miramientos. Es su deber ahorrar.
En contraste con su caso se me mostró el de la hermana S. Ella es débil de salud y tiene dos hijos que mantener con su trabajo de costura, que es muy mal pagado. Por años no recibió prácticamente ninguna ayuda. Sufrió de mala salud, sin embargo llevó sus propias cargas. Ella era realmente digna de ayuda. Ahora fíjese en su caso: Un hombre con una familia pequeña y con un buen capital de fuerza, no obstante constantemente endeudado (388) y dependiendo de otros. Esto está mal. Usted tiene lecciones que aprender. En el caso de la hermana S, el ahorro es su lucha por la vida. Aquí está usted con la vigorosa energía de un hombre, y sin embargo no se mantiene por sí mismo. Hay una tarea que tiene que realizar. Debiera tener una dieta uniforme. Viva siempre tan sencillamente como viven sus hermanos. Viva la reforma pro salud.
Jesús hizo un milagro y alimentó a cinco mil, y luego enseñó una importante lección en cuanto al ahorro: "Recoged los pedazos que sobraron, para que no se pierda nada" (Juan 6:12). Usted tiene importantes obligaciones. "No debáis a nadie nada" (Rom. 13:8). Si usted fuera débil, y estuviera incapacitado para trabajar, entonces sus hermanos tendrían la obligación de ayudarlo. En las actuales circunstancias, todo lo que necesitaba de sus hermanos cuando se mudó, fue que lo ayudaran en sus comienzos. Si fuese tan ambicioso como debiera, y usted y su esposa aceptaran vivir de acuerdo con sus recursos, no se sentirían incómodos. Usted tendrá que trabajar tanto por un salario bajo como por uno alto. La laboriosidad y el ahorro hubieran ubicado a su familia, ya con anterioridad, en una situación mucho más favorable. Dios quiere que usted sea un fiel mayordomo de su vigor. Quiere que lo use para colocar a su familia en una posición independiente y libre de necesidades.
Battle Creek, Míchigan, 22 de Marzo de 1869.

Provocando Oposición.-
Estimada Hna. T: Se me ha mostrado que hay un defecto en su vida religiosa. Usted tiene carácter muy agresivo. Aunque es su privilegio pensar y actuar independientemente, ha llevado las cosas demasiado lejos. Ha sido más independiente que humilde. Ha influido más para irritar que para pacificar. Le ha sido necesario actuar con firmeza para salir en defensa de la verdad; sin embargo su error ha sido no poseer el espíritu manso y tranquilo que Dios considera de gran valor. En su familia se ha encontrado con oposición y un manifiesto disgusto por la Palabra de (389) Dios, pero no ha sabido soportar estas pruebas del mejor modo. Ha hablado demasiado y ha sido demasiado terminante. Ha puesto demasiado poco amor y ternura en sus esfuerzos por su familia, especialmente por su esposo. Está en peligro de llevar las cosas a los extremos, exagerando, y de herir en vez de sanar. Siempre que pueda ceder sin sacrificar los principios de la verdad, es mejor para usted que así lo haga, aun cuando piense que tiene razón. Usted tiene su responsabilidad, su identidad, que debe mantener independiente de su esposo. No obstante hay un lazo que los hace uno, y en muchos casos, si usted cediera más, sería mucho mejor para

su esposo, sus hijos, y usted misma. Es demasiado exigente. No trata de convencer a los que tienen diferentes opiniones que usted. Rápidamente se da cuenta cuándo está en ventaja y se aprovecha de esto. Si tuviera más paciencia y dulce amor, y si por Cristo pasara por alto muchas cosas en vez de resaltarlas y ponerlas en evidencia, haciendo que la gente se sienta incómoda, su influencia sería mejor, más salvadora. Necesita amor, tierna piedad y afecto.

Usted ve la verdad, y luego señala cómo tal o cual debiera practicarla; y si no alcanzan la meta que les impuso, tiende a separarse de ellos. No puede ser su amiga, su amor por ellos desaparece, cuando en realidad ellos están tan cerca de la verdad como usted. Se hace de enemigos cuando podría ganar amigos. Su temperamento es ardiente y seguro de sí mismo, y cuando ve que está en lo cierto, lleva las cosas a extremos. De este modo aleja a las personas en lugar de ganarlas y acercarlas a su corazón. Observa las características objetables en el carácter de aquellos con quienes se relaciona, y se detiene en sus aparentes contradicciones y errores, pasando por alto sus rasgos positivos. Se me señaló este pasaje de las Escrituras: "Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad" (Fil. 4:8). En esto, estimada hermana, puede meditar y especular con provecho. Espáciese en las buenas cualidades de aquellos con quienes se relacione, y observe la menor cantidad de sus errores y fracasos que pueda. Usted posee un carácter muy agresivo, y confunde las cosas y despierta rivalidad. Debe cambiar su vida y (390) carácter si desea ser incluida entre los que escuchen las palabras: "Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios" (Mat. 5:9). Deje que salgan de sus labios sólo palabras bondadosas y amantes con respecto a los miembros de su familia o de la iglesia.

Necesita abrir su corazón al amor, al amor que moraba en el corazón de Jesús. Si el Salvador la tratara a usted del mismo modo que usted trata a los que tienen una opinión distinta de la suya, por cierto estaría en una situación angustiosa. Su caso estaría casi perdido. Pero agradezco al Señor que tengamos un misericordioso Sumo Sacerdote que puede compadecerse de nuestras debilidades. Usted ha sido probada en su relación con los demás y ha seguido un comportamiento que el Cielo no aprueba. Tiene por delante la tarea de permitir que la suavizante influencia de la gracia de Dios penetre en su corazón; busque la mansedumbre y la justicia.

Usted es celosa de la verdad. La ama y desea invertir algo en ella. Esto está bien, pero tenga cuidado de que los preceptos que predica a otros estén sustentados por el ejemplo. Debe buscar la paz. Puede hacerlo sin sacrificar ni un principio de la verdad. Se ha manifestado tempestuosamente y ha luchado para imponer su voluntad y ahora debe suavizar su influencia para mitigar y calmar en lugar de despertar oposición. Usted siempre ha tenido una gran proporción de confianza en sí misma y amor propio, y ha exaltado su yo. Ahora necesita exaltar a Jesús e imitar la vida inofensiva de Aquel a quien la paz seguía en todo lugar.

Usted hermana, será una prueba para el pueblo de Dios a menos que esté dispuesta a aprender, a recibir consejo. No debe seguir creyendo que lo sabe todo. Todavía tiene mucho que aprender antes de poder ser perfecta delante de Dios. La más dulce y mejor lección a aprender será la de la humildad. "Aprended de mí —dice el humilde Nazareno—, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas" (Mat. 11:29). Esta lección de mansedumbre, longanimidad, paciencia y amor todavía tiene que aprenderla y practicarla. Usted puede ser una bendición. Puede ayudar a los que necesitan ayuda; pero tiene que dejar de lado su medida, porque no es usted quien debe usarla. Uno que es infalible en sus juicios, que comprende (391) las debilidades de nuestras naturalezas caídas y corruptas, es el que tiene el patrón. Él pesa en las balanzas del santuario, y todos aceptaremos su justa medida.

Usted se está comportando mal para con su esposo. Necesita cultivar más delicadeza y deferencia hacia él. Usted es exigente. Lleva las cosas a los extremos y perjudica a su propia alma y a la verdad. Hace que la verdad sea repulsiva y que las almas le teman. Haga que el amor suavice sus palabras y les dé su

tono a sus acciones, y verá un cambio en aquellos con los que se relaciona. Habrá paz, unión y armonía en vez de lucha, celos y discordia. Practique el amor y la ternura, especialmente en su familia, y recibirá una bendición.

Un Llamado a la Iglesia.-

El 2 de Octubre de 1868 me fue mostrada la condición del profeso pueblo de Dios. Muchos estaban en gran oscuridad, sin embargo parecían ser insensibles a su verdadera condición. El discernimiento de un gran número de ellos parecía estar entumecido en lo que se refiere a la captación de las cosas espirituales y eternas, mientras que sus mentes parecían estar bien despiertas a los intereses mundanos. Muchos adoraban a ídolos en sus corazones y practicaban la iniquidad, lo que los separaba de Dios y los transformaba en cuerpos oscuros. Vi a muy pocos que permanecían en la luz, teniendo discernimiento y espiritualidad para descubrir estas piedras de tropiezo y quitarlas del camino. Hay hombres que están en puestos de responsabilidad en el corazón de la obra y están dormidos. Satanás los ha paralizado con el fin de que no descubran sus planes y ardides, mientras que él está activo seduciendo, engañando y destruyendo.

Algunos que están en los puestos de vigía para advertir al pueblo del peligro han dejado de vigilar y descansan con comodidad. Son centinelas infieles. Permanecen inactivos, mientras su artero enemigo entra en el fuerte y trabaja con éxito a su lado para derribar lo que Dios mandó que se construyera. Ven que Satanás está engañando a los inexpertos e ingenuos; no obstante (392) se quedan callados como si no tuvieran un interés especial, como si estas cosas no fueran de su incumbencia. No ven ningún peligro especial; no ven razón para dar la alarma. A ellos les parece que todo va bien, y no consideran necesario hacer sonar la trompeta con los fieles toques de advertencia que los claros testimonios les presentan, para mostrar al pueblo sus transgresiones y a la casa de Israel sus pecados. Estos reproches y advertencias interrumpen la calma de estos soñolientos centinelas amantes de la comodidad, y se sienten disgustados. Dicen en su corazón, si no en palabras: "No merecemos esto. Es demasiado severo, demasiado duro. Estos hombres están preocupados y excitados sin necesidad, y parecen no estar dispuestos a dejarnos descansar en paz. 'Os preocupáis demasiado, considerando que toda la congregación es santa, todos y cada uno de ellos'. No nos dejan sentirnos cómodos, ni en paz ni felices. A estos vigías irrazonables y difíciles de complacer sólo los satisface el trabajo, la fatiga, y la incesante vigilancia. ¿Por qué no profetizan cosas gratas, y gritan: paz, paz? Así todo iría mejor".

Estos son los verdaderos sentimientos de muchos de nuestro pueblo. Y Satanás se alegra ante su éxito en controlar las mentes de tantos que profesan ser cristianos. Los ha engañado, ha entumecido su discernimiento, y ha plantado su estandarte infernal en medio de ellos, y ellos están tan completamente engañados que no lo reconocen. El pueblo no ha erigido imágenes talladas, sin embargo su pecado no es menor a la vista de Dios. Adoran a mamón. Aman las ganancias mundanas. Algunos sacrifican su conciencia para obtener su objetivo. El profeso pueblo de Dios es egoísta y ególatra. Aman las cosas de este mundo, y son amigos de las obras de las tinieblas. Se complacen en la injusticia. No tienen amor a Dios ni a sus semejantes. Son idólatras, y son peores, mucho peores, a la vista de Dios que los paganos, adoradores de imágenes talladas que no conocen nada mejor.

Se requiere que los seguidores de Cristo salgan del mundo, y estén separados, y no toquen lo inmundo, para tener la promesa de ser los hijos e hijas del Altísimo, miembros de la familia real. Pero si no cumplen con las condiciones, no puede cumplirse en ellos la promesa. Una profesión de cristianismo no es nada a la vista de Dios; pero la sincera, humilde, voluntaria obediencia a (393) sus requerimientos señala a sus hijos adoptivos, a los receptores de su gracia, a los participantes de su gran salvación. Estos serán distintos, un espectáculo para el mundo, los ángeles y los hombres. Se notará su carácter peculiar y santo, que los separará claramente del mundo, de sus afectos y lujuria.

Vi que sólo pocos de entre nosotros se ajustan a esta descripción. Su amor a Dios es de palabra, no de hecho y en verdad. Su proceder, sus obras, testifican que no son hijos de la luz sino de las tinieblas. No

han obrado según Dios sino por egoísmo, y en injusticia. Sus corazones son extraños a su gracia renovadora. No han experimentado el poder transformador que los lleva a andar como Cristo anduvo. Los que son ramas vivas de la vid celestial participarán de la savia y el alimento de la vid. No serán ramas marchitas sin fruto, sino que mostrarán vida y vigor, y florecerán y darán fruto para la gloria de Dios. Se preocuparán por apartarse de toda iniquidad y por perfeccionar su santidad en el temor de Dios.

Como el antiguo Israel, la iglesia ha deshonrado a su Dios apartándose de la luz, descuidando sus deberes, y abusando del alto y exaltado privilegio de ser de un carácter peculiar y santo. Sus miembros han violado el pacto por el que prometieron vivir por Dios y sólo por él. Se han unido con los egoístas y amadores del mundo. Han fomentado el orgullo, el amor por el placer y el pecado, y Cristo se ha apartado de ellos. Su Espíritu se ha extinguido en la iglesia. Satanás trabaja hombro con hombro con los profesos cristianos; no obstante les falta tanto discernimiento espiritual que no lo detectan. No sienten la responsabilidad de la obra. Las solemnes verdades que profesan creer no son una realidad para ellos. No tienen una fe genuina. Los hombres y mujeres actuarán de acuerdo con la fe que en realidad poseen. Por sus frutos los conoceréis. No su profesión de fe, sino los frutos que llevan, muestran la clase de árbol del que dependen. Muchos tienen una forma de piedad, sus nombres están en los registros de la iglesia; pero tienen un registro manchado en el Cielo. El ángel registrador ha escrito fielmente sus obras. Cada acto egoísta, cada palabra equivocada, cada deber no realizado, cada pecado secreto, cada astuto fingimiento está fielmente asentado en el libro de registros que lleva el ángel registrador. (394)

Una gran cantidad de los que profesan ser siervos de Cristo no lo son en realidad. Están engañando a sus almas para su propia destrucción. Mientras profesan ser siervos de Cristo, no viven en obediencia a su voluntad. "¿No sabéis que si os sometéis a alguien como esclavos para obedecerle, sois esclavos de aquel a quien obedecéis, sea del pecado para muerte, o sea de la obediencia para justicia?" Muchos, mientras profesan ser siervos de Cristo, obedecen a otro amo, trabajando diariamente en contra del Maestro al que profesan servir. "Ninguno puede servir a dos señores; o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y las riquezas" (Mat. 6:24).

Intereses mundanos y egoístas ocupan el alma, la mente y el vigor de los profesos seguidores de Dios. En todos sus intereses y objetivos son siervos de mamón. No han experimentado la crucifixión al mundo, con sus afectos y lujuria. Pero pocos de entre los muchos que profesan ser seguidores de Cristo pueden decir con el apóstol: "Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo" (Gál. 6:14). "Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí: y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí" (Gál. 2:20). Si una obediencia voluntaria y un verdadero amor caracterizan las vidas del pueblo de Dios, su luz brillará con un brillo santo hacia el mundo.

Las palabras que Cristo dirigió a sus discípulos estaban dedicadas a todos los que habrían de creer en su nombre: "Vosotros sois la sal de la tierra; pero si la sal se desvaneciere, ¿con qué será salada? No sirve más para nada, sino para ser echada fuera y hollada por los hombres" (Mat. 5:13). Una profesión de santidad sin el principio viviente es tan completamente sin valor como la sal sin sus cualidades preservativas. Un profeso cristiano sin principios es un objeto de escarnio, un reproche para Cristo, una deshonra para su nombre. "Vosotros sois la luz del mundo; una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder. Ni se enciende una luz y se pone debajo de un almud, sino sobre el candelero, y alumbra a todos los que están en casa. Así alumbre (395) vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos" (Mat. 5:14-16).

Las buenas obras del pueblo de Dios tienen una influencia más poderosa que las palabras. Al ver su vida virtuosa y sus actos generosos el que los observa desea la misma justicia que produjo tan buenos frutos. Se siente cautivado por ese poder de Dios que transforma a los egoístas seres humanos a la

imagen divina, y Dios recibe honra y su nombre, gloria. Pero el hecho de que el pueblo de Dios está esclavizado por el mundo deshonra al Señor y desacredita su causa. Su pueblo está en amistad con el mundo, el enemigo de Dios. Su única esperanza de salvación es separarse del mundo y celosamente mantener su carácter de pueblo apartado, santo y peculiar. ¡Oh! ¿por qué el pueblo de Dios insiste en no cumplir con los requerimientos expresos de su Palabra? Si lo hicieran tomarían conciencia de las excelentes bendiciones dadas gratuitamente por Dios a los humildes y obedientes.

Me sentí azorada al ver la terrible oscuridad de muchos de los miembros de nuestras iglesias. La falta de verdadera santidad era tal que eran cuerpos de oscuridad y muerte, en lugar de ser la luz del mundo. Muchos profesaban amar a Dios, pero lo negaban en sus obras. No lo amaban, servían ni obedecían. Sus propios intereses egoístas estaban en primer lugar. Un gran número, alarmantemente parecía carecer de principios. Influencias no consagradas los desviaban y parecían no estar bien arraigados. Pregunté qué significaban estas cosas. ¿Por qué había tal falta de espiritualidad, y tan pocos que tuvieran una experiencia viva de las cosas religiosas? Se me señalaron las palabras del profeta: "Hijo de hombre, estos hombres han puesto sus ídolos en su corazón, y han establecido el tropiezo de su maldad delante de su rostro. ¿Acaso he de ser yo en modo alguno consultado por ellos? Háblales, por tanto, diles: Así ha dicho Jehová el Señor: Cualquier hombre de la casa de Israel que hubiere puesto sus ídolos en su corazón, y establecido el tropiezo de su maldad delante de su rostro, y viniere al profeta, yo Jehová responderé al que viniere conforme a la multitud de sus ídolos, para tomar a la casa de Israel por el corazón, ya que se han apartado de mí todos ellos por sus ídolos" (Eze. 14:3-5). (396)

Se me mostró que el pueblo de Dios se había descarriado. No tiene su mira en la gloria de Dios. Su propia gloria es lo que importa. Tratan de gloriarse a sí mismos y no obstante se llaman cristianos. La santidad de corazón y la pureza de la vida era el gran tema de las enseñanzas de Cristo. En el Sermón del Monte, después de especificar lo que debe y no debe hacerse para recibir bendiciones, dice: "Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto" (Mat. 5:48).

La perfección, la santidad, nada menos que esto, les permitiría practicar los principios que él les había dado. Sin esta santidad el corazón humano es egoísta, pecador y perverso. La santidad hará que el que la posee lleve frutos y abunde en buenas obras. Nunca se cansará de hacer el bien, tampoco tratará de escalar posiciones en este mundo. Solamente pondrá su interés en el momento cuando la Majestad del Cielo exaltará a los santificados a su trono. Entonces les dirá: "Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo" (Mat. 25:34). Luego el Señor enumerará las obras de abnegación, misericordia, compasión y justicia, que ellos han hecho. La santidad del corazón producirá buenas acciones. Es la ausencia de espiritualidad, de santidad, lo que lleva a las malas acciones, a la envidia, al odio, a los celos, a las malas sospechas, y a todo pecado odioso y abominable.

En el temor de Dios he tratado de presentar al pueblo sus riesgos y sus pecados, y me he esforzado, poniendo en mi debilidad lo mejor de mí misma, para despertarlos. He anunciado cosas sorprendentes que, si hubiesen creído, les habrían causado angustia y terror, y los hubieran llevado a ser celosos y arrepentirse de sus pecados e iniquidades. Les he dicho que, de acuerdo a lo que se me mostró, sólo un pequeño número de los que ahora profesan creer en la verdad serían al fin salvos —no porque no podían ser salvos, sino porque no quisieron ser salvos del modo indicado por Dios. El camino señalado por nuestro divino Señor es demasiado angosto y la puerta demasiado estrecha para admitirlos mientras que estén sujetos al mundo o mientras abriguen egoísmo o pecado de cualquier tipo. No hay lugar para estas cosas; y sin embargo hay sólo pocos que aceptan separarse de ellas, para poder andar por la senda angosta y entrar por la puerta estrecha. (397)

Las palabras del Señor son claras: "Esforzaos a entrar por la puerta angosta: porque os digo que muchos procurarán entrar y no podrán" (Luc. 13:24). No todos los profesos cristianos son cristianos de corazón. Hay pecadores en Sión ahora, como los había en la antigüedad. Isaías se refiere a ellos cuando habla del día de Dios: "Los pecadores se asombraron en Sión, espanto sobrecogió a los hipócritas.

¿Quién de nosotros morará con el fuego consumidor? ¿Quién de nosotros habitará con las llamas eternas? El que camina en justicia y habla lo recto; el que aborrece la ganancia de violencias, el que sacude sus manos para no recibir cohecho, el que tapa sus oídos para no oír propuestas sanguinarias; el que cierra sus ojos para no ver cosa mala; éste habitará en las alturas; fortaleza de rocas será su lugar de refugio; se le dará su pan, y sus aguas estarán seguras" (Isa. 33:14-16).

Hay hipócritas que tiemblan cuando pueden verse a sí mismos. Su propia vileza los aterrorizará en aquel día que llegará pronto, un día en que "Jehová sale de su lugar para castigar al morador de la tierra por su maldad contra él" (Isa. 26:21). ¡Oh, quisiera que pudieran ser presa del terror, que pudieran tener una sensación vívida de su condición y despertar mientras haya misericordia y esperanza, confesar sus pecados, y humillar sus almas grandemente delante de Dios, para que él pueda perdonar sus transgresiones y restaurar sus pecados! El pueblo de Dios no está preparado para las aterradoras, angustiosas escenas que tenemos por delante, para permanecer libre del mal y las pasiones entre los peligros y corrupciones de esta era degenerada. No tienen puesta la armadura de la justicia, y no están preparados para luchar en contra de la predominante iniquidad. Muchos no obedecen los mandamientos de Dios, no obstante profesan hacerlo. Si fueran fieles en obedecer todos los estatutos de Dios tendrían un poder que llevaría convicción a los corazones de los incrédulos.

He tratado de cumplir con mi deber. He señalado los pecados específicos de algunos. Se me mostró que en la sabiduría de Dios no serían revelados los pecados y errores de todos. Todos tendrían luz suficiente para ver sus pecados y errores, si así lo deseaban y sinceramente anhelaban dejarlos, y perfeccionar la santidad en el temor del Señor. Podrían ver qué pecados Dios (398) señalaba y desaprobaba en los demás. Si ellos acariciaban estos mismos pecados, debían darse cuenta de que Dios los aborrecía y estaban separados de él; y que a menos que celosamente se propusieran dejarlos de lado serían dejados en tinieblas. Dios es demasiado puro para contemplar la iniquidad. Un pecado es tan lamentable a su vista en un caso como en el otro. No hará excepciones un Dios imparcial. Estos testimonios individuales están dirigidos a todos los que son culpables, aunque sus nombres puedan no estar ligados con el testimonio especial presentado; y si las personas pasan por alto y encubren sus propios pecados porque sus nombres no son mencionados específicamente, Dios no los hará prosperar. No pueden avanzar en la vida divina, sino que llegarán a estar cada vez más en tinieblas, hasta que la luz del Cielo se apartará completamente de ellos.

Los que profesan santidad, pero no están santificados por la verdad que profesan, no cambiarán sustancialmente su proceder, el cual —según saben— es desagradable a la vista de Dios, porque no se los ha hecho pasar por la prueba de ser censurados individualmente por sus pecados. Ven, por medio de los testimonios de otros, que se les presenta fielmente su caso. Están fomentando el mismo mal. Al continuar en su camino de pecado, violan sus conciencias, endurecen sus corazones, y se mantienen altivos, exactamente como lo hubiesen hecho si el testimonio hubiera sido dirigido directamente a ellos. Al pasarlo por alto y negarse a dejar de lado sus pecados y corregir sus errores por medio de la humilde confesión, el arrepentimiento y la humillación, eligen su propio camino, y son abandonados a él, y finalmente son tomados cautivos por Satanás y sujetos a su voluntad. Pueden llegar a ser muy osados porque pueden ocultar sus pecados de los demás y porque los juicios de Dios no los alcanzan de un modo visible. Pueden ser aparentemente prósperos en este mundo. Pueden engañar a los pobres, miopes mortales y ser considerados como ejemplos de piedad aunque estén en sus pecados. Pero no pueden engañar a Dios. "Por cuanto no se ejecuta luego sentencia sobre la mala obra, el corazón de los hijos de los hombres está en ellos dispuesto para hacer el mal. Aunque el pecador haga mal cien veces, y prolongue sus días, con todo yo también sé que les irá bien a los que a Dios temen, los que temen ante su (399) presencia; y que no le irá bien al impío, ni le serán prolongados los días, que son como sombra; por cuanto no teme delante de la presencia de Dios" (Ecle. 8:11-13). Aunque la vida de un pecador pueda prolongarse en la tierra, sin embargo no será así en la tierra nueva. Deberá estar entre el

grupo que David menciona en su salmo: "Pues de aquí a poco no existirá el malo; observarás su lugar, y no estará allí. Pero los mansos heredarán la tierra" (Salmo 37:10-11).

Se promete misericordia y verdad a los humildes y penitentes, pero el juicio está preparado para los pecadores y rebeldes. "Justicia y juicio son el cimiento de tu trono". Un pueblo malvado y adúltero no escapará a la ira de Dios y al castigo que justamente merece. El hombre ha caído; y será la obra de toda una vida, ya sea larga o corta, recuperarse de esa caída, y restaurar, por medio de Cristo, la imagen divina que perdiera por el pecado y las continuas transgresiones. Dios requiere una completa transformación del alma, cuerpo, y espíritu a fin de recuperar la condición perdida por medio de Adán. Dios misericordiosamente envía rayos de luz para mostrar al hombre su verdadera condición. Si se empeña en no andar en la luz es porque es evidente que se complace en las tinieblas. No se acerca a la luz por temor de ser reconvenido por sus obras.

El caso de N. Fuller ha apenado y angustiado mi espíritu en gran manera. Es terrible que se haya entregado al control de Satanás y que haya obrado iniquidad como lo ha hecho. Creo que es la voluntad de Dios que este caso de hipocresía e infamia sea traído a la luz de un modo tal que resulte de advertencia a otros. He aquí un hombre que conocía las enseñanzas de la Biblia, y que había escuchado personalmente los testimonios presentados por mí en contra de los pecados que él practicaba. Más de una vez me había oído hablar decididamente acerca de los principales pecados de esta generación, me había oído decir que la corrupción abundaba en todo lugar, que las bajas pasiones controlaban generalmente a los hombres y las mujeres, que entre las masas se cometían continuamente los crímenes más sombríos, y se contaminaban en su propia corrupción. Las iglesias nominales están llenas de fornicación y adulterio, crimen y asesinato, como resultado de las bajas pasiones y la concupiscencia; pero estas (400) cosas se mantienen ocultas. Hay ministros que ocupan altos cargos, que son culpables; sin embargo un manto de santidad cubre sus oscuros actos, y continúan año tras año con su proceder hipócrita. Los pecados de las iglesias nominales han alcanzado al cielo, y los honestos de corazón recibirán luz y saldrán de entre ellos.

De acuerdo con la luz que Dios me ha dado, un gran número de los adventistas de la primera hora consideran la fornicación y el adulterio como pecados que Dios pasa por alto. Estos pecados se practican muy comúnmente. No reconocen las exigencias de la ley de Dios. Han transgredido los mandamientos del gran Jehová y celosamente enseñan a sus oidores a hacer lo mismo, declarando que la ley de Dios ha sido abolida y no tiene jurisdicción sobre ellos. De acuerdo con este libre estado de cosas, el pecado no parece tan tremendamente pecaminoso; "pues por la ley es el conocimiento del pecado". Podemos encontrar en este grupo a hombres que han de engañar, mentir, y dar rienda suelta a sus concupiscencias. Pero los hombres que reconocen como vigentes los Diez Mandamientos, que observan el cuarto mandamiento del Decálogo, debieran practicar en sus vidas los principios de los diez preceptos promulgados con sobrecogedora grandiosidad en el Sinaí.

Los adventistas del séptimo día, que profesan esperar y amar la aparición de Cristo, no debieran seguir el proceder de los mundanos. Estos no son la regla para los observadores de los mandamientos. Tampoco debieran tomar ejemplo de los adventistas del primer día, que se niegan a reconocer las demandas de la ley de Dios y la pisotean. Esta clase de gente no debiera ser criterio para ellos. Los adventistas que guardan los mandamientos ocupan un lugar especial exaltado. Juan los vio en una santa visión y los describió así: "He aquí los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús" (Apoc. 14:12).

El Señor hizo un pacto especial con el antiguo Israel: "Ahora pues, si diereis oído a mi voz, y guardareis mi pacto, vosotros seréis mi especial tesoro sobre todos los pueblos; porque mía es toda la tierra. Y vosotros me seréis un reino de sacerdotes, y gente santa" (Éxo. 19:5-6). Se dirige al pueblo que guarda sus mandamientos en estos últimos días diciendo: "Mas vosotros sois (401) linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que

os llamó de las tinieblas a su luz admirable". "Amados, yo os ruego como a extranjeros y peregrinos, que os abstengáis de los deseos carnales que batallan contra el alma".

No todos los que profesan guardar los mandamientos de Dios guardan sus cuerpos en santificación y honor. El más solemne mensaje que alguna vez haya sido encomendado a mortales ha sido confiado a este pueblo, y pueden tener una influencia poderosa si permiten que este mensaje los santifique. Profesan estar asentados sobre el elevado pedestal de la verdad eterna, y guardar todos los mandamientos de Dios; por lo tanto, si se complacen en el pecado, y cometen fornicación y adulterio, su crimen es diez veces más grande que el de las personas que he mencionado, quienes no reconocen la vigencia de la ley de Dios. De un modo muy especial los que profesan guardar la ley de Dios lo deshonran y desacreditan la verdad al transgredir sus preceptos.

Fue el predominio de este mismo pecado, la fornicación entre el pueblo del antiguo Israel, lo que les acarreó la manifestación clara del desagrado de Dios. Sus juicios luego siguieron inmediatamente a su infame pecado; miles cayeron, y sus cuerpos corruptos fueron abandonados en el desierto. "Pero de los más de ellos no se agradó Dios; por lo cual quedaron postrados en el desierto. Mas estas cosas sucedieron como ejemplos para nosotros, para que no codiciemos cosas malas, como ellos codiciaron. No seáis idólatras, como algunos de ellos, según está escrito: Se sentó el pueblo a comer y a beber, y se levantó a jugar. Ni forniquemos, como algunos de ellos fornicaron, y cayeron en un día veintitrés mil. Ni tentemos al Señor, como también algunos de ellos le tentaron, y perecieron por las serpientes. Ni murmuréis, como algunos de ellos murmuraron, y perecieron por el destructor. Y estas cosas les acontecieron como ejemplo, y están escritas para amonestarnos a nosotros, a quienes han alcanzado los fines de los siglos. Así que, el que piensa estar firme, mire no caiga" (1 Cor. 10:5-12).

Sobre todos los demás pueblos del mundo, los adventistas del séptimo día debieran ser modelos de piedad, santos de corazón y conducta. Afirmé en presencia de N. Fuller que del pueblo escogido (402) por Dios como su tesoro peculiar, se requería que fuese elevado, refinado y santificado, partícipe de la naturaleza divina, habiendo escapado a la corrupción que está en el mundo por la concupiscencia. Si los que hacen tan alta profesión de fe se complacen en el pecado y la iniquidad, su culpa será muy grande. El Señor reprende los pecados de uno para que los demás también se sientan amonestados y teman.

Las amonestaciones y reprensiones no se dan a los que yerran entre los adventistas porque su vida sea más censurable que la de los profesos cristianos de las iglesias nominales, no porque su ejemplo o sus actos sean peores que los de los adventistas que no quieren prestar obediencia a los requisitos de la ley de Dios; sino porque tienen gran luz, y porque por su profesión de fe han asumido la posición de pueblo especial y escogido de Dios, y llevan la ley de Dios escrita en su corazón. Al prestar obediencia a las leyes de su gobierno manifiestan su lealtad al Dios del Cielo. Son los representantes de Dios en la tierra. Cualquier pecado que haya en ellos los separa de Dios, y de una manera especial, deshonra su nombre y brinda a los enemigos de su santa ley la ocasión de echar oprobio sobre su causa y su pueblo, a quien ha llamado "linaje escogido, real sacerdocio, gente santa, pueblo adquirido" (1 Pedro 2:9), a fin de que manifiesten las alabanzas de Aquel que los ha llamado de las tinieblas a su luz admirable"…

Las personas que se oponen a la ley del gran Jehová, y que consideran virtud especial el hablar, escribir y actuar en la forma más acerba y odiosa para revelar el desprecio que sienten por aquella ley, pueden hacer una exaltada profesión de amar a Dios y aparentar mucho celo religioso, como lo hacían los príncipes de los sacerdotes y ancianos judíos; y sin embargo, en el día de Dios, la Majestad del cielo dirá de ellos: "Hallado falto". "Por la ley es el conocimiento del pecado" (Rom. 3:20). Se enfurecen contra el espejo que habría de descubrirles los defectos de su carácter, porque les señala sus pecados. Los dirigentes adventistas que han rechazado la luz están encendidos de furor contra la santa ley de Dios, como lo estuvo la nación judía contra el Hijo de Dios. Terriblemente engañados, engañan a otros. No quieren acudir a la luz que reprendería sus acciones. No quieren ser enseñados. Pero el Señor reprende y corrige a los que profesan (403) observar su ley. Señala sus pecados y presenta su iniquidad, porque desea separar de ellos todo pecado y perversidad, a fin de que perfeccionen la santidad en su

temor, y estén preparados para morir en el Señor, o ser trasladados al Cielo. Dios los reprende y corrige, a fin de que sean refinados, santificados, elevados, y finalmente exaltados a su propio trono.

El pastor Fuller ha escuchado el testimonio presentado en público de que en el profeso pueblo de Dios no eran todos santos, que algunos eran corruptos. Dios trataba de elevarlos, pero ellos se negaban a acceder a un plano superior de acción. Los corruptos instintos animales predominaban, y las facultades morales e intelectuales eran sojuzgadas y hechas sus siervas. Los que no controlan sus pasiones bajas no pueden apreciar la expiación ni darle el valor correcto al alma. No experimentan ni entienden la salvación. La gratificación de los instintos animales es la más alta ambición de sus vidas. Dios no aceptará otra cosa que no sea la pureza y la santidad; una mancha, una arruga, un defecto en el carácter, los excluirá por siempre del Cielo, con todas sus glorias y tesoros.

Se han hecho amplias provisiones para todos los que sincera, seria, y reflexivamente se empeñan en la obra de perfeccionar la santidad en el temor de Dios. Fortaleza, gracia y gloria han sido provistas a través de Cristo, para que los ángeles ministradores las lleven a los herederos de salvación. Nadie es tan bajo, tan corrupto y vil que no pueda encontrar en Jesús, quien murió por él, fortaleza, pureza y justicia, si consiente en apartarse de sus pecados, cesar en su proceder inicuo, y volverse con un corazón sincero al Dios vivo. El está esperando para quitarles sus vestiduras manchadas y contaminadas por el pecado, y ponerles las blancas y brillantes vestiduras de justicia; y les manda que vivan y no mueran. En él pueden florecer. Sus ramas no se marchitarán ni quedarán sin fruto. Si moran en él, pueden extraer savia y nutrimento de él, ser imbuidos de su Espíritu, andar como él anduvo, vencer como él venció, y ser exaltados a su propia mano derecha.

El pastor Fuller ha sido amonestado. Las advertencias dadas a otros lo condenan. Los pecados censurados en otros lo censuraban a él y le dieron suficiente luz para ver cómo Dios consideraba (404) los crímenes del tipo de los que él estaba cometiendo, sin embargo él no consintió en apartarse de su mal camino. Continuó llevando adelante su espantosa e impía obra, corrompiendo los cuerpos y almas de su rebaño. Satanás había fortalecido las concupiscencias que este hombre no refrenaba, y las utilizaba en su causa para llevar a las almas a la muerte.

A pesar de que profesaba guardar la ley de Dios, estaba, del modo más inexcusable, violando sus claros preceptos. Se ha dado a la gratificación del placer sensual. Se ha vendido para obrar mal. ¿Cuál será la paga de un hombre tal? La indignación y la ira de Dios lo castigarán por el pecado. La venganza de Dios se levantará en contra de aquellos cuyas concupiscencias han sido ocultadas bajo una capa ministerial. Mientras que profesaba ser un pastor del rebaño, estaba llevando al rebaño a una ruina segura. Estos tremendos resultados son los frutos de la mente carnal, que "son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden" (Rom. 8:7).

Me fue señalado este texto: "No reine, pues el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus concupiscencias; ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia" (Rom. 6:12-13). Profesos cristianos, aunque no se os dé más luz que la contenida en este texto, no tendréis excusa si permitís que os controlen las bajas pasiones.

La Palabra de Dios es suficiente para iluminar la mente más oscurecida y puede ser comprendida por los que así deseen hacerlo. Pero a pesar de todo esto, algunos que profesan estudiar la Palabra de Dios se muestran en oposición directa con sus más claras enseñanzas. Luego, para dejar a los hombres y mujeres sin excusas, Dios da testimonios claros y agudos, atrayéndolos a la Palabra de la que descuidadamente se han apartado. No obstante, los que van en pos de sus propias concupiscencias se alejan de esta luz. No quieren dejar su conducta pecaminosa, sino que continúan complaciéndose en la injusticia frente a las amenazas y la venganza de Dios en contra de los que hacen tales cosas.

Hace mucho que he planeado hablar a mis hermanas y decirles (405) que, de acuerdo con lo que el Señor se ha complacido en mostrarme de vez en cuando, ellas están en gran error. No son cuidadosas

de abstenerse de toda apariencia de mal. No son lo suficientemente discretas en su comportamiento como corresponde a mujeres que profesan santidad. Sus palabras no son tan cuidadas y bien elegidas como debieran ser las de mujeres que han recibido la gracia de Dios. Tratan a sus hermanos con demasiada familiaridad. Permanecen cerca de ellos, se inclinan hacia ellos y parecen elegir su compañía. Se sienten altamente gratificadas con su atención.

Según la luz que me ha dado el Señor, nuestras hermanas debieran comportarse de otro modo. Debieran ser más reservadas, menos atrevidas y fomentar entre ellas "pudor y modestia". Tanto los hermanos como las hermanas se complacen en mantener charlas demasiado joviales cuando están juntos. Mujeres que profesan santidad participan en demasiadas bromas, chistes y risas. Esto es impropio y entristece al Espíritu de Dios. Estas exhibiciones revelan una falta del verdadero refinamiento cristiano. No fortalecen el alma en Dios, sino acarrean gran oscuridad; alejan a los puros y refinados ángeles celestiales y rebajan a un nivel inferior a los que practican estos errores lamentables.

Nuestras hermanas siempre debieran desarrollar una mansedumbre genuina; no debieran ser audaces, conversadoras y atrevidas, sino modestas y recatadas, cuidadosas al hablar. Deben fomentar la cortesía. Ser bondadosas, tiernas, compasivas, perdonadoras y humildes sería apropiado y muy agradable a Dios. Si tienen este comportamiento los caballeros no las molestarán con una atención indebida, ya sea en la iglesia o afuera. Todos notarán que hay un sagrado círculo de pureza que rodea a estas mujeres temerosas de Dios, el cual las protege de cualquiera de estas licencias injustificables.

Algunas mujeres que profesan santidad se comportan con una libertad descuidada y vulgar que lleva al mal. Pero esas mujeres piadosas cuyas mentes y corazones están ocupados en meditar en temas que fortalecen una vida pura, y que elevan el alma y la disponen a la comunicación con Dios, no serán fácilmente alejadas de la senda de rectitud y virtud. Serán fortalecidas en contra de (406) los sofismas de Satanás; estarán preparadas para resistir sus seductoras artimañas.

La vanagloria, las modas del mundo, los deseos del ojo, y las concupiscencias de la carne están relacionadas con la caída de los desafortunados. Se fomenta lo que es agradable al corazón natural y a la mente carnal. Si hubieran erradicado de sus corazones las concupiscencias de la carne, no serían tan débiles. Si nuestras hermanas sintieran la necesidad de purificar sus pensamientos, y nunca se permitieran una conducta descuidada que lleva a actos incorrectos, no mancharían para nada su pureza. Si vieran las cosas como Dios me las ha presentado, sentirían tal repudio por los actos impuros que no se encontrarían entre los que caen en las tentaciones de Satanás.

Un predicador puede tratar temas sagrados y santos y sin embargo no tener un corazón santo. Puede entregarse a Satanás para que obre maldad y corrompa las almas y cuerpos de su rebaño. No obstante, si las mentes de las mujeres y las jóvenes que profesan amar y temer a Dios, fueran fortificadas con su Espíritu, si hubieran ejercitado sus mentes con pensamientos puros y se hubieran preparado para evitar toda apariencia de mal, estarían a salvo de cualquier insinuación impropia y estarían protegidas de la corrupción que prevalece a su alrededor. Refiriéndose a sí mismo el apóstol Pablo escribió: "Sino que golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado" (1 Cor. 9:27).

Si un ministro del Evangelio no controla sus bajas pasiones, si no logra seguir el ejemplo del apóstol, y deshonra su profesión de fe con el sólo hecho de mencionar la práctica del pecado, nuestras hermanas ni por un instante debieran engañarse creyendo que el crimen pierde su pecaminosidad en lo más mínimo porque su ministro se atreve a practicarlo. El hecho de que hombres que ocupan lugares de responsabilidad se muestren familiarizados con el pecado no debiera disminuir la culpa y la enormidad del pecado en las mentes de nadie. El pecado debiera aparecer exactamente tan pecaminoso, tan horrendo, como había sido hasta entonces; y las mentes de los puros y elevados debieran repudiar y evitar al que practica el pecado, como huirían de una serpiente cuya mordedura fuera mortal. (407)

Si las hermanas fuesen nobles y puras de corazón, cualquier insinuación corrupta, aun de parte de sus ministros, sería repelida con tal firmeza que no se repetiría nunca más. Deben ser mentes terriblemente

confundidas por Satanás las que escuchan la voz del seductor porque es un ministro, y en consecuencia faltan a los claros y positivos mandamientos de Dios y se engañan pensando que no cometen pecado. Acaso no tenemos las palabras de Juan: "El que dice: Yo le he conocido, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y no hay verdad en él" (1 Juan 2:4). ¿Qué dice la ley? "No cometerás adulterio". Cuando un hombre profesa guardar la santa ley de Dios, y es un ministro de las cosas sagradas, se aprovecha de la confianza que su rango inspira y busca satisfacer sus bajas pasiones, este sólo hecho debiera ser suficiente para hacer ver a una mujer que profesa la piedad que, aunque su profesión es tan exaltada como los cielos, una propuesta impura de parte de él viene de Satanás vestido de ángel de luz. No puedo creer que la Palabra de Dios sea una presencia constante en los corazones de los que tan fácilmente rinden su inocencia y virtud ante el altar de las concupiscencias.

Hermanas mías, evitad hasta la apariencia del mal. En esta era disoluta y abundante en corrupción, no estáis seguras a menos que permanezcáis en guardia. La virtud y la modestia son raras. Os ruego que como seguidoras de Cristo, con una exaltada profesión de fe, fomentéis la preciosa e inestimable gema de la modestia. Esta protegerá la virtud. Si albergáis la esperanza de ser finalmente exaltadas para estar en la compañía de los ángeles puros y sin pecado, y vivir en una atmósfera donde no hay la más pequeña mancha de pecado, sed modestas y virtuosas. Nada sino la pureza, la sagrada pureza, podrá soportar el gran examen, resistir el día de Dios, y ser recibida en un cielo puro y santo.

Las más pequeñas insinuaciones, vengan de quien vinieran, invitándoos a cometer pecado o a permitir la menor licencia injustificada para con vuestras personas, debieran ofenderos como el peor de los insultos a vuestra dignidad de mujeres. Un beso en la mejilla, en un momento y lugar inoportunos, debiera haceros rechazar al emisario de Satanás con disgusto. Si viene de alguien que detenta un importante puesto y se ocupa de las cosas sagradas, el pecado es diez veces más grande, y debiera hacer que (408) una mujer o joven temerosa de Dios se aparte con horror, no sólo del pecado que os haría cometer, sino también de la hipocresía y bajeza de quien la gente respeta y honra como siervo de Dios. Está manejando asuntos sagrados, y sin embargo ocultando la bajeza de su corazón con su vestimenta de ministro. Temed cualquier manifestación de familiaridad semejante. Estad seguras de que el más mínimo atisbo de esta familiaridad evidencia una mente lasciva y un ojo concupiscente. Si esta actitud se alienta en lo más mínimo, si se tolera cualquiera de las libertades mencionadas, tenéis la mejor evidencia de que vuestras mentes no son puras y castas como debieran ser, y que el pecado y el crimen son atractivos para vosotras. Rebajáis el nivel de vuestro carácter de mujeres dignas y virtuosas, y dais clara evidencia de que habéis permitido que una pasión concupiscente, baja, brutal y ordinaria se mantenga viva en nuestro corazón y nunca haya sido crucificada.

Cuando me fueron mostrados los peligros que corren los que profesan cosas mejores, y los pecados que existen entre ellos —una clase que no se sospecha que esté en peligro de ser afectada por estos pecados corruptores— sentí la necesidad de saber: ¿Quién, oh Dios, podrá mantenerse en pie cuando tú aparezcas? Sólo los que tienen las manos limpias y los corazones limpios soportarán el día de su venida.

El Espíritu del Señor me impulsa a urgir a mis hermanas que profesan piedad a ser modestas en su apariencia y a actuar con un apropiado recato, con pudor y sobriedad. Las libertades que la gente se toma en esta era de corrupción no debieran ser norma para los seguidores de Cristo. Estas exhibiciones de familiaridad que están de moda no debieran existir entre los cristianos preparados para la inmortalidad. Si la lascivia, la contaminación, el adulterio, el crimen y el asesinato están en la orden del día entre los que no conocen la verdad, y se niegan a ser controlados por los principios de la Palabra de Dios, cuán importante sería que el grupo que profesa ser seguidor de Cristo, aliado de Dios y los ángeles, pudiera mostrarles un camino mejor y más noble. Cuán importante sería que por su castidad y virtud se ubicaran en marcado contraste con el grupo que es controlado por las bajas pasiones. (409)

He preguntado: ¿Cuándo actuarán con corrección las hermanas jóvenes? Sé que no habrá un progreso decisivo hasta que los padres se den cuenta de la importancia de poner más cuidado en educar a sus

hijos correctamente. Enseñadles a actuar con recato y modestia. Educadlos para ser útiles, para ser ayuda y servir a los demás antes que para ser atendidos y servidos.

Satanás controla las mentes de los jóvenes en general. No enseñáis a vuestras hijas a negarse y a controlarse a sí mismas. Las mimáis y fomentáis su orgullo. Les permitís hacer su voluntad hasta que llegan a ser tercas y obstinadas, y entonces no sabéis qué hacer para salvarlas de la ruina. Satanás las está llevando a ser objeto de escarnio en boca de los incrédulos por causa de su descaro y su falta de recato y femenina modestia. A los jóvenes también se los deja hacer su voluntad. Apenas tienen trece o catorce años y ya entablan relación con jovencitas de su edad, las acompañan a sus casas y les hacen el amor. Y los padres están tan completamente atados por su propia indulgencia y su amor equivocado por sus hijos que no se atreven a actuar decididamente para cambiar y controlar a sus muy precoces hijos en esta era disipada.

Entre muchas señoritas el tema de conversación es los jóvenes; entre los jóvenes, el tema es las señoritas. "De la abundancia del corazón habla la boca" (Mat. 12:34). Conversan de las cosas en que su mente se ocupa comúnmente. El ángel registrador está escribiendo las palabras de estos jóvenes y señoritas que son profesos cristianos. ¡Cómo se sentirán perturbados y avergonzados cuando se encuentren de nuevo en el día de Dios! Muchos niños son hipócritas piadosos. Los jóvenes que no profesan una religión tropiezan con estos hipócritas y son endurecidos, no respondiendo a ningún esfuerzo de parte de los que están interesados en su salvación.

Debieran haber hombres escogidos en el corazón de la obra, hombres en quienes se pueda confiar que guarden el fuerte en cada emergencia, que sean desinteresados, que abunden en generosidad y toda buena obra, cuyas vidas estén escondidas en Dios, que consideren que una vida mejor es de más valor que la comida y el vestido. "¿No es la vida más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido?" (Mat. 6:25). Dios necesita fieles (410) centinelas en el mismo corazón de la obra, que amen a las almas por las que Cristo murió, y que lleven el peso de las almas agonizantes, poniendo la mira en la recompensa que será de ellos cuando entren en el gozo de su Señor y vean a las almas que ayudaron a salvar, vivir tanto como Dios viva, y ser felices, eternamente felices, en su glorioso reino. ¡Oh, que sólo pudiéramos hacer conciencia de su deber a los padres y las madres! ¡Oh, que pudiéramos sentir el profundo peso de la responsabilidad que les cabe! Entonces podrían interceptar al enemigo y ganar preciosas victorias para Jesús. Los padres no tienen claro este asunto. Debieran investigar cuidadosamente sus vidas, analizar sus pensamientos y motivos, y ver si han sido prudentes en su proceder. Debieran observar cuidadosamente y ver si su ejemplo en conversación y conducta ha sido tal como el que desearían que sus hijos imitaran. Delante de sus hijos la pureza y la virtud debieran brillar en sus palabras y en sus actos.

Se me han mostrado familias donde el esposo y padre no ha mantenido ese recato, esa digna y divina hombría que conviene a un seguidor de Cristo. No ha sido bondadoso, tierno, cortés como debía serlo para con su esposa, a quien prometiera delante de Dios y los ángeles amar respetar, y honrar mientras ambos vivan. La joven empleada para los quehaceres se ha sentido libre y se ha atrevido a arreglarle su cabello y a ser tiernamente atenta, y él se siente complacido, tontamente complacido. En su amor y atenciones para con su esposa no es tan atento ni efusivo como lo fue en un tiempo. Estad seguros de que Satanás está obrando aquí. Respetad a vuestras mucamas, tratadlas bondadosamente, con consideración, pero no vayáis más allá. Que vuestra conducta sea tal que no favorezca la demasiada confianza por parte de ellas. Si ,tenéis palabras de bondad y actos corteses que ofrecer, es siempre más seguro brindarlos a vuestra esposa. Será una gran bendición para ella y traerá alegría a su corazón, que a su vez se reflejará en vosotros.

Se me ha mostrado también que la esposa se ha permitido brindar sus simpatías, interés y afecto a otros hombres, que pueden ser miembros de la familia. Ella hace de éstos sus confidentes, muestra preferencia por su compañía, y les cuenta sus problemas y quizás sus propios asuntos de familia. (411)

Esto está mal. Satanás está detrás de esto; y a menos que os alarméis y os detengáis, os llevará a la ruina. Nunca seréis demasiado cuidadosos o reservados en este asunto. Si tenéis tiernas y amantes palabras y bondadosas atenciones que brindar, brindádselas al que habéis prometido delante de Dios y los ángeles amar, respetar y honrar mientras ambos viváis. ¡Oh, cuántas vidas se ven llenas de amargura por romper las murallas que protegen la vida privada de cada familia y que tienen por fin preservar su pureza y santidad! Un tercero llega a ser el confidente de la esposa, y ella expone delante de este amigo especial los asuntos privados de su familia. Esta es la estratagema de Satanás para separar los corazones del esposo y la esposa. ¡Oh, que esto pudiera cesar! ¡Cuántas palabras de advertencia se ahorrarían! Encerrad en vuestros problemas sólo a Dios. El puede daros un consejo recto y segura consolación, la cual será pura, y no causará amargura.

Conozco un número de mujeres que piensan que su matrimonio es una desgracia. Han leído novelas hasta que su imaginación se ha enfermado, y viven en un mundo que ellas mismas han creado. Piensan que son mujeres sensibles, de una naturaleza refinada y superior, y se imaginan que sus esposos no son tan refinados, que no poseen estas cualidades superiores, y por lo tanto no pueden apreciar su propia supuesta virtud y refinamiento. En consecuencia estas mujeres piensan que son grandes víctimas, mártires. Hablan de esto y piensan en esto hasta que se transforman en maniáticas de este tema. Se imaginan que valen más que otros mortales, y que sus delicados sentimientos no se complacen con la compañía de seres comunes. Estas mujeres se comportan como tontas; y sus esposos están en peligro de pensar que realmente poseen una mente superior.

De acuerdo con lo que el Señor me ha mostrado, la imaginación de las mujeres de esta clase ha sido pervertida por la lectura de novelas, la ensoñación, y la costumbre de construir castillos en el aire y de vivir en un mundo imaginario. No ocupan su mente en los deberes comunes y útiles de la vida. No llevan sus propias cargas que la vida pone en su camino, ni tratan de brindar a sus esposos un hogar feliz y alegre. Se apoyan en ellos para todo, y no llevan sus propias cargas. Esperan que otros adivinen (412) sus deseos y los cumplan, mientras ellas se sienten libres para criticar y cuestionar como les plazca. Estas mujeres tienen un sentimentalismo enfermizo, piensan constantemente que no son apreciadas, que sus esposos no les brindan toda la atención que merecen. Se imaginan que son mártires. La verdad es que, si quisieran mostrarse útiles su valor podría ser apreciado; pero cuando se comportan de tal modo que constantemente necesitan de la atención y simpatía de los demás, mientras que por otro lado no sienten la obligación de devolver la misma atención y simpatía, teniendo una actitud reservada, fría y esquiva, no ocupándose en ayudar a los demás ni demostrando simpatía por sus pesares, seguramente hay en sus vidas muy poco que tenga valor. Estas mujeres se han acostumbrado a pensar y actuar como si les hubieran hecho una gran concesión a los hombres con los que se casaron, y por consiguiente sus naturalezas refinadas nunca serían completamente apreciadas. Tienen una concepción completamente errada de las cosas. Son indignas de sus esposos. Aumentan constantemente la preocupación de ellos y son una carga para su paciencia, cuando podrían ser su ayuda, compartiendo las cargas de la vida con ellos, en vez de soñar con la vida irreal que se pinta en las novelas románticas. Quiera el Señor compadecerse de los hombres atados a máquinas tan inútiles, que sólo están dispuestas a ser servidas, a respirar, comer y vestirse.

Estas mujeres que piensan que poseen una naturaleza tan sensible y refinada son esposas y madres inútiles. Frecuentemente se da el caso de que retraen sus afectos de sus esposos, quienes son hombres útiles y prácticos, y brindan su atención a otros hombres, y con su sentimentalismo enfermizo dependen de la simpatía de otros, les cuentan sus pruebas, sus problemas, sus aspiraciones de llevar a cabo alguna obra importante, y revelan el hecho de que su vida de casadas es un chasco, un obstáculo para la obra que esperaban hacer.

¡Oh, qué desdicha sufren familias que podrían ser felices! Estas mujeres son una maldición para ellas mismas y para sus esposos. Al suponer que son ángeles, pasan por tontas, y no son sino pesadas cargas. Dejan de lado las simples obligaciones de la vida que el Señor les ha encomendado, y están inquietas y

quejosas, (413) siempre en busca de una tarea fácil, más exaltada y más agradable. Aunque piensan que son ángeles, dejan ver, a pesar de todo, que son humanas. Son irritables, de mal genio, desconformes, celosas de sus esposos porque no dedican la mayor parte de su tiempo a atenderlas. Se quejan de que se las desatiende cuando sus esposos están haciendo justamente el trabajo que deben hacer. Satanás encuentra el camino abierto en estos casos. No obstante Satanás les dice que si tal persona fuera su esposo, serían felices. Son fáciles víctimas de las estratagemas de Satanás, y están listas para ser inducidas a deshonrar a sus esposos y transgredir la ley de Dios.

Les diría a las mujeres con estas características: Podéis construir o destruir vuestra propia felicidad. Podéis hacer que vuestras vidas sean felices o insoportables. Vuestro proceder os traerá felicidad o desdicha. ¿Han pensado alguna vez estas personas que sus esposos se han de cansar de soportar su inutilidad, su irritabilidad, sus críticas, sus apasionados ataques de llanto cuando se imaginan que son tan dignas de lástima? Su temperamento irritable y su mal genio les sustrae los afectos de sus esposos y las lleva a buscar simpatía, paz y consuelo fuera de sus hogares. En ellos se respira una atmósfera envenenada, y su hogar es para ellas cualquier cosa excepto un lugar de descanso, paz y felicidad. El esposo está a merced de las tentaciones de Satanás, y coloca sus afectos en objetos prohibidos, y es atraído por el pecado y finalmente se pierde.

Grande es la misión de las mujeres, especialmente de las que son esposas y madres. Pueden ser una bendición para los que las rodean. Pueden ejercer una influencia poderosa para el bien si hacen brillar su luz de modo que los demás puedan ser llevados a glorificar a nuestro Padre celestial. Las mujeres pueden tener una influencia transformadora si sólo están dispuestas a rendir sus caminos y su voluntad a Dios, y dejar que él controle sus mentes, afectos y ser. Pueden tener una influencia que tenderá a refinar y elevar a los que con ellas se relacionen. Pero este tipo de mujeres generalmente no son conscientes del poder que poseen. Ejercen una influencia inconsciente que parece emanar naturalmente de una vida santificada, de un corazón renovado. Es el fruto que brinda naturalmente el buen árbol plantado por la mano divina. (414) Se olvida al yo, fusionado en la vida de Cristo. Ser ricas en buenas obras es tan natural para ellas como respirar. Viven para hacer el bien a los demás y sin embargo están dispuestas a decir: Somos siervas inútiles.

Dios le ha asignado a la mujer su misión; y si ella, humildemente, pero del mejor modo que pueda, hace de su hogar un cielo, cumpliendo con sus obligaciones para con su esposo e hijos fiel y amorosamente, tratando de hacer que su vida útil, pura y virtuosa emane continuamente una luz santa para iluminar a los que la rodean, está haciendo la obra que su Maestro le encomendó, y escuchará de sus divinos labios las palabras: Bien, buen siervo fiel, entra en el gozo de tu Señor. Estas mujeres que hacen voluntariamente lo que les viene a las manos, ayudando con alegría de espíritu a sus esposos a llevar sus cargas, e instruyendo a sus hijos para Dios, son misioneras en el más alto sentido. Se ocupan de un importante aspecto de la gran obra para una vida más elevada, y recibirán su recompensa. Se debe educar a los niños para el cielo y se los debe preparar para que brillen en las cortes del reino del Señor. Cuando los padres, especialmente las madres, comprendan el verdadero sentido de la obra importante y de responsabilidad que Dios les ha dado que hacer, no se ocuparán tanto de los asuntos que sólo conciernen a sus vecinos y con los que ellas no tienen nada que ver. No irán de casa en casa interesándose en los chismes de moda, deteniéndose en las faltas, equivocaciones e inconsecuencias de sus vecinos. Sentirán de tal modo su responsabilidad por el cuidado de sus propios hijos que no encontrarán tiempo para criticar a sus vecinos. Los chismosos y los cuenteros son una terrible maldición para el barrio y la iglesia. Dos tercios de todas las pruebas en la iglesia tienen esta causa.

Dios quiere que todos cumplan fielmente sus obligaciones cotidianas. La mayor parte de los profesos cristianos descuidan este aspecto. Son los deberes cotidianos los que son especialmente desatendidos por la clase de gente que he mencionado: personas que se imaginan que pertenecen a un grupo de seres más refinados que los mortales que las rodean. El hecho de que piensen así es evidencia de que pertenecen a un grupo inferior, estrecho de mente, vanidoso y egoísta. Se sienten muy por encima de

los (415) modestos y humildes pobres a quienes nos dice Jesús que ha llamado. Siempre tratan de asegurarse una buena posición, de ganarse el aplauso, de obtener fama por realizar una gran obra que otros no pueden hacer. Pero las delicadas fibras de su refinada naturaleza se sienten incómodas al asociarse con los humildes y los desafortunados. Están completamente equivocadas. La razón por la que rehuyen estas obligaciones desagradables es que son tremendamente egoístas. Su apreciado yo es el centro de todas, sus acciones y motivos.

Se me señaló a la Majestad de los cielos. Cuando él, a quien los ángeles adoran, que era rico en honor, esplendor y gloria, vino a esta tierra y tomó la naturaleza del hombre, no presentó su naturaleza excelsa como excusa para mantenerse separado de los desafortunados. Al hacer su obra se lo vio entre los afligidos, los pobres, los angustiados y los necesitados. Cristo era la personificación del refinamiento y la pureza; su vida y carácter eran elevados; pero en su ministerio no se lo encontró entre hombres de altisonantes títulos, ni entre los más honorables de este mundo, sino con los despreciados y necesitados. "Viene —dice el divino Maestro—, a salvar lo que se había perdido". Sí; la Majestad de los cielos siempre trabajó para ayudar a los que más necesitaban ayuda. Ojala que el ejemplo de Cristo haga que esa clase de gente que está tan centrada en su propio pobre yo que considera indigno de su refinado gusto y elevada vocación ayudar a los más desamparados, se avergüence de las excusas que pone para no actuar. Estas personas se han ubicado por encima de su Señor, y al final se asombrarán cuando descubran que son más bajos que los más bajos de esa clase con la que sus personalidades refinadas y sensibles les disgusta mezclarse y por la que les desagrada trabajar. Es cierto que puede no siempre ser agradable unirse con el Maestro y llegar a ser cooperadores con él ayudando a la gente más necesitada; pero ésta es la obra para hacer la cual Cristo se humilló. ¿Es el siervo mayor que su Señor? El ha dado el ejemplo, y nos insta a que lo imitemos. Puede ser desagradable, sin embargo es nuestra obligación hacer esta obra.

Se necesitan hombres fieles y selectos a la cabeza de la obra. Los que no tienen experiencia en llevar responsabilidades y que no desean adquirirla, no debieran, bajo ningún concepto, ocupar (416) esos puestos. Se necesitan hombres que velen por las almas como quienes tendrán que dar cuenta de ello. Se necesitan padres y madres de Israel para ocupar estos importantes puestos. Que los egoístas, los que se preocupan sólo por sí mismos, los avaros, los codiciosos, se ubiquen donde sus miserables rasgos de carácter no sean tan conspicuos. Cuanto más aislados estén, mejor para la causa de Dios. Hago un llamado al pueblo de Dios, dondequiera que se encuentren: Tomad conciencia de vuestro deber. Considerad seriamente que estamos realmente viviendo entre los peligros de los últimos días.

Espero que el caso de N. Fuller os despertará, padres y madres, y os hará ver la necesidad de una obra concienzuda en vuestros hogares, en vosotros mismos y vuestros hijos, de modo que ninguno de vosotros pueda ser engañado de tal modo por Satanás que considere el pecado como lo ha hecho este pobre hombre, digno de gran compasión. Los que han participado con él en el pecado, nunca hubieran sido abandonados para ser engañados y arruinados si hubiesen tenido un alto sentido de la virtud y la pureza, y hubieran sentido un constante y vivo horror por el pecado y la iniquidad. A pesar de que viven en el tiempo del mensaje más solemne que alguna vez se haya llevado a los mortales, presentando la ley de Dios como una prueba del carácter de los seres humanos y como el sello del Dios vivo, y proclaman este mensaje, transgreden sus santos preceptos. Las conciencias de los que hacen esto están cauterizadas y terriblemente endurecidas. Se han resistido a las influencias del Espíritu de Dios a tal punto que usan la verdad sagrada como un manto para esconder la deformidad de sus almas corruptas. Este hombre ha sido terriblemente engañado por Satanás. Ha estado al servicio de sus bajas pasiones mientras que profesaba estar consagrado a la obra de Dios, dedicado al sagrado ministerio. Ha considerado que gozaba de buena salud cuando en realidad estaba enfermo.

Me he sentido muy preocupada al ver la poderosa influencia de los instintos animales en el control de hombres y mujeres de inteligencia y habilidad no comunes. Serían capaces de hacer una buena obra, de ejercer una influencia poderosa, si no estuvieran esclavizados por sus bajas pasiones. Mi confianza en

la humanidad se ha visto terriblemente disminuida. Me ha sido mostrado (417) que personas de aparentemente buen comportamiento, que no se toman injustificables libertades con el otro sexo, eran culpables de practicar el vicio secreto casi todos los días de sus vidas. No se han abstenido de practicar este terrible pecado ni siquiera durante las más solemnes reuniones. Han escuchado los más serios e impresionantes sermones sobre el juicio, que parecían llevarlos ante el tribunal de Dios, causándoles temor y temblor; sin embargo antes que pasara una hora, ya estaban practicando su favorito y cautivante pecado, corrompiendo sus propios cuerpos. Estaban tan esclavizados por este horrendo crimen que parecía faltarles el poder para controlar sus instintos. Hemos trabajado seriamente por algunos, hemos rogado, llorado y orado frente a ellos; sin embargo sabemos que en medio de todo nuestro sincero esfuerzo y angustia ha preponderado la fuerte tendencia pecaminosa y reincidieron.

Serias enfermedades o una poderosa convicción han despertado las conciencias de algunos de los culpables y de tal modo los han mortificado que los han impulsado a confesar estas cosas con profunda humillación. Otros continúan siendo culpables. Han practicado este pecado casi todas sus vidas y, en su constitución física deteriorada y su frágil memoria, están cosechando el resultado de este hábito pernicioso; aún así son demasiado orgullosos para confesar. Obran en secreto y sus conciencias no han mostrado remordimiento por este gran pecado. Confío muy poco en la experiencia cristiana de tales personas. Parecen ser insensibles a la influencia del Espíritu de Dios. Lo sagrado y lo secular son iguales para ellos. La práctica habitual de un vicio tan degradante como la corrupción de sus propios cuerpos no los ha inducido a llorar amargamente y arrepentirse de corazón. Piensan que pecan sólo en su propio perjuicio. Se equivocan en esto. Si están enfermos de cuerpo o mente, los demás lo sienten y lo sufren. Su imaginación es imperfecta, su memoria es deficiente, cometen errores, tienen deficiencias que afectan seriamente a aquellos con quienes viven y que se relacionan con ellos. Al llegar estas cosas a oídos de otros ocasionan humillación y pesar.

He mencionado estos casos para ilustrar el poder de este vicio destructor del alma y del cuerpo. La mente completa se rinde a las bajas pasiones. Las facultades morales e intelectuales se ven (418) oprimidas por los instintos. El cuerpo flaquea y el cerebro se debilita. Se derrocha el material depositado allí para nutrir el organismo. Es grande la carga que el organismo soporta. Los delicados nervios del cerebro, al ser excitados para actuar de un modo antinatural, se entumecen y en alguna medida se paralizan. Las facultades morales se debilitan, mientras que los instintos animales se fortalecen y aumenta su desarrollo por el ejercicio. Se despiertan los apetitos por los alimentos malsanos. Cuando las personas son adictas a la masturbación, es imposible despertar su sensibilidad moral para apreciar las cosas eternas o para deleitarse en los ejercicios espirituales. Los pensamientos impuros captan y controlan la imaginación y fascinan la mente, y a esto le sigue un deseo casi incontrolable de practicar actos impuros. Si la mente fuera educada para contemplar temas elevadores, y se entrenara la imaginación para espaciarse en las cosas puras y santas, sería fortalecida en contra de este terrible, degradante vicio que destruye el alma y el cuerpo. Con el ejercicio se acostumbraría a espaciarse en lo elevado, lo celestial, lo puro y lo sagrado, y no podría ser atraída a ese bajo, corrupto y vil pecado.

¿Qué podemos decir de los que viven en la deslumbrante luz de la verdad y sin embargo practican diariamente el pecado y el crimen? Los placeres prohibidos y excitantes los atraen y sujetan y controlan todo su ser. Estas personas se complacen en la injusticia y en la iniquidad, y deben perecer fuera de la ciudad de Dios, con las cosas abominables.

He tratado de despertar a los padres para que cumplan su deber, no obstante siguen durmiendo. Vuestros hijos están practicando el vicio secreto y os engañan. Tenéis una confianza tan ciega en ellos, que pensáis que son demasiado buenos e inocentes para ser capaces de practicar secretamente la iniquidad. Los padres halagan y miman a sus hijos, y les fomentan el orgullo, pero no los sujetan con firmeza y decisión. Temen tanto sus caracteres obstinados y tercos que no se atreven a oponerse a ellos;

el pecado de negligencia, que fue señalado a Elí, será su pecado. La exhortación de Pedro es del más alto valor para todos los que buscan la inmortalidad. Se dirige así a los que tienen la misma fe preciosa: "Simón Pedro, siervo y apóstol de Jesucristo, a los que habéis (419) alcanzado fe igualmente preciosa con nosotros en la justicia de nuestro Dios y Salvador Jesucristo: gracia y paz os sea multiplicada en el conocimiento de Dios, y de nuestro Señor Jesús. Como todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos sean dadas de su divina potencia, por el conocimiento de Aquel que nos ha llamado por su gloria y virtud: por las cuales nos son dadas preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas fueseis hechos participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que está en el mundo por concupiscencia. Vosotros también, poniendo toda diligencia por esto mismo, mostrad en vuestra fe virtud, y en la virtud ciencia; y en la ciencia templanza, y en la templanza paciencia, y en la paciencia temor de Dios; y en el temor de Dios, amor fraternal, y en el amor fraternal caridad. Porque si en vosotros hay estas cosas, y abundan, no os dejarán estar ociosos, ni estériles en el conocimiento de nuestro Señor Jesucristo. Mas el que no tiene estas cosas, es ciego, y tiene la vista muy corta, habiendo olvidado la purificación de sus antiguos pecados. Por lo cual, hermanos, procurad tanto más de hacer firme vuestra vocación y elección; porque haciendo estas cosas, no caeréis jamás. Porque de esta manera os será abundantemente administrada la entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo" (2 Pedro 1:1-11).

Estamos en un mundo en el cual abundan la luz y el conocimiento; y sin embargo, muchos de los que profesan pertenecer a la misma preciosa fe son voluntariamente ignorantes. Los rodea la luz; y sin embargo, no se adueñan de ella. Los padres no ven la necesidad de informarse, de obtener conocimiento, y de ponerlo en práctica en su vida matrimonial. Si siguiesen la exhortación del apóstol, y viviesen de acuerdo con el plan de la adición, no serían infructuosos en el conocimiento de nuestro Señor Jesucristo. Pero muchos no comprenden la obra de la santificación. Piensan que la han alcanzado, cuando han aprendido solamente las primeras lecciones de la adición. La santificación es una obra progresiva; no se alcanza en una hora ni en un día, ni se conserva luego sin que se haga un esfuerzo especial de nuestra parte.

Muchos padres no tienen el conocimiento que debieran tener en (420) la vida matrimonial. No se cuidan de manera que Satanás no les saque ventaja ni domine su mente y su vida. No ven que Dios requiere de ellos que se guarden de todo exceso en su vida matrimonial. Pero muy pocos consideran que es un deber religioso gobernar sus pasiones. Se han unido en matrimonio con el objeto de su elección, y por lo tanto, razonan que el matrimonio santifica la satisfacción de las pasiones más bajas. Aun hombres y mujeres que profesan piedad dan rienda suelta a sus pasiones concupiscentes, y no piensan que Dios los hace responsables del desgaste de la energía vital que debilita su resistencia y enerva todo el organismo.

El pacto matrimonial cubre pecados del más vil carácter. Hombres y mujeres que profesan ser piadosos degradan su propio cuerpo por la satisfacción de pasiones corrompidas, y así se rebajan a un nivel más bajo que el de los brutos. Abusan de las facultades que Dios les ha dado para que las conserven en santificación y honra. Sacrifican la vida y la salud sobre el altar de las bajas pasiones. Someten las facultades superiores y más nobles a las propensiones animales. Los que así pecan ignoran el resultado de su conducta. Si pudiesen ver cuánto sufrimiento se atraen por su complacencia pecaminosa, se alarmarían, y algunos por lo menos rehuirían la conducta pecaminosa que cobra tan espantoso salario. Es tan miserable la existencia que arrastra una vasta clase de personas, que preferirían la muerte a la vida. Muchos mueren prematuramente por haber sacrificado su vida a la nada gloriosa satisfacción excesiva de las pasiones animales. Sin embargo, porque están casados, piensan que no cometen pecado alguno.

Hombres y mujeres, aprenderéis algún día lo que es la concupiscencia y el resultado de satisfacerla. Puede hallarse en las relaciones matrimoniales una pasión de clase tan baja como fuera de ellas. El apóstol Pablo exhorta a los esposos a amar a sus esposas "como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a

sí mismo por ella... Así también los maridos deben amar a sus mujeres como a sus mismos cuerpos. El que ama a su mujer, a sí mismo se ama. Porque ninguno aborreció jamás a su propia carne, antes la sustenta y la regala, como también Cristo a la iglesia" (Efe. 5:25, 28-29). No es amor puro el que impulsa a un hombre a hacer (421) de su esposa un instrumento que satisfaga su concupiscencia. Es expresión de las pasiones animales que claman por ser satisfechas.

¡Cuán pocos hombres manifiestan su amor de la manera especificada por el apóstol: "Así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella (no para contaminarla), para santificarla y limpiarla", para "que fuese santa y sin mancha"! Esta es la calidad del amor que en las relaciones matrimoniales Dios reconoce como santo. El amor es un principio puro y sagrado; pero la pasión concupiscente no admite restricción, no quiere que la razón le dicte órdenes ni la controle. No vislumbra las concupiscencias; no quiere razonar de la causa al efecto. Muchas mujeres están sufriendo de gran debilidad y constantes enfermedades debido a que se han despreciado las leyes de su ser y se han pisoteado las leyes de la naturaleza. Hombres y mujeres despilfarran la fuerza nerviosa del cerebro, y la ponen en acción antinatural para satisfacer las pasiones bajas; y este monstruo odioso, la pasión baja y vil, recibe el nombre delicado de amor.

Muchos cristianos profesos que desfilaron delante de mí, carecían de restricción moral. Eran más animales que hijos de Dios. De hecho, su naturaleza parecía ser casi completamente animal. Muchos hombres de este tipo degradan a la esposa a quien prometieron sostener y apreciar. Hacen de ella un instrumento para satisfacer las propensiones bajas y concupiscentes. Y muchísimas mujeres se someten a ser esclavas de la pasión concupiscente; no poseen sus cuerpos en santificación y honra. La esposa ya no conserva aquella dignidad y respeto propio que poseía antes del casamiento. Esta santa institución debiera haber conservado y aumentado su respeto femenino y su santa dignidad; pero su casta, digna y divina feminidad ha sido consumida sobre el altar de la pasión baja; ha sido sacrificada para satisfacer a su esposo. Ella no tarda en perder el respeto hacia el esposo que no considera las leyes a las cuales obedecen los brutos. La vida matrimonial se convierte en un yugo amargo; porque muere el amor y con frecuencia es reemplazado por la desconfianza, los celos y el odio.

Ningún hombre puede amar de veras a su esposa cuando ella se somete pacientemente a ser su esclava para satisfacer sus pasiones (422) depravadas. En su sumisión pasiva, ella pierde el valor que una vez él le atribuyó. La ve envilecida y rebajada, y pronto sospecha que se sometería con igual humildad a ser degradada por otro que no sea él mismo. Duda de su constancia y pureza, se cansa de ella y busca nuevos objetos que despierten e intensifiquen sus pasiones infernales. No tiene consideración con la ley de Dios. Estos hombres son peores que los brutos; son demonios en forma humana. No conocen los principios elevadores y ennoblecedores del amor verdadero y santificado.

La esposa también llega a sentir celos del esposo, y sospecha que, si tuviese oportunidad, dirigiría sus atenciones a otra persona con tanta facilidad como a ella. Ve que no se rige por la conciencia ni el temor de Dios; todas estas barreras santificadas son derribadas por las pasiones concupiscentes; todas las cualidades del esposo que lo asemejarían a Dios son sujetas a la concupiscencia brutal y vil.

El mundo está lleno de hombres y mujeres de esta clase; y muchas casas aseadas, de buen gusto y aun costosas, albergan un infierno en su interior. Imaginaos, si es posible, lo que debe ser la posteridad de tales padres. ¿No se hundirán los hijos a un nivel más bajo? Los padres graban en sus hijos la imagen de su carácter. Por lo tanto, los hijos nacidos de tales padres heredan de ellos cualidades bajas y viles. Satanás fomenta todo lo que tiende a la corrupción. La cuestión que se ha de decidir es ésta: ¿Debe la esposa sentirse obligada a ceder implícitamente a las exigencias del esposo, cuando ve que sólo las pasiones bajas lo dominan y cuando su propio juicio y razón la convencen de que al hacerlo perjudica su propio cuerpo, que Dios le ha ordenado poseer en santificación y honra y conservar como sacrificio vivo para Dios?

No es un amor puro y santo lo que induce a la esposa a satisfacer las pasiones animales de su esposo, a costa de su salud y de su vida. Si ella posee verdadero amor y sabiduría, procurará distraer su mente de

la satisfacción de las pasiones concupiscentes hacia temas elevados y espirituales, espaciándose en asuntos espirituales interesantes. Tal vez sea necesario instarlo con humildad y afecto aun a riesgo de desagradarle, y hacerle comprender que no puede ella degradar su cuerpo cediendo a los excesos sexuales. Ella debe, con ternura y bondad, recordarle que Dios tiene (423) los primeros y más altos derechos sobre todo su ser y que no puede despreciar esos derechos, porque tendrá que dar cuenta de ellos en el gran día de Dios. "¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? Porque comprados sois por precio: glorificad pues a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios". "Por precio sois comprados; no os hagáis siervos de los hombres" (1 Cor. 6:19-20; 7:23).

Si ella elevara sus afectos, y en santificación y honra conservara su dignidad femenina refinada, podría la mujer hacer mucho para santificar a su esposo por medio de su influencia juiciosa y así cumplir su alta misión. Con ello puede salvarse a sí misma y a su esposo, y cumplir así una doble obra. En este asunto tan delicado y difícil de tratar, se necesita mucha sabiduría y paciencia, como también valor moral y fortaleza. Puede hallarse fuerza y gracia en la oración. El amor sincero ha de ser el principio que rija el corazón. El amor hacia Dios y hacia el esposo deben ser los únicos motivos que rijan la conducta.

Si la esposa decide que es prerrogativa de su esposo tener pleno dominio de su cuerpo, y resuelve amoldar su mente a la de él en todo respecto, para pensar igual que él, renuncia a su individualidad y pierde su identidad, pues ésta se funde con la de su esposo. Ella es una simple máquina que la voluntad de él ha de mover y controlar, un ser destinado a su placer. Piensa, decide y actúa por ella. Deshonra a Dios al asumir esta posición pasiva, pues delante del Señor tiene una responsabilidad que debe cumplir.

Cuando la esposa entrega su cuerpo y su mente al dominio de su esposo, y se somete pasiva y totalmente a su voluntad en todo, sacrificando su conciencia, su dignidad y aun su identidad, pierde la oportunidad de ejercer la poderosa y benéfica influencia que debiera poseer para elevar a su esposo. Podría suavizar su carácter severo, y podría ejercer su influencia santificadora de tal modo que lo refinase y purificase, induciéndolo a luchar fervorosamente para gobernar sus pasiones, a ser más espiritual a fin de que puedan participar juntos de la naturaleza divina, habiendo escapado de la corrupción que impera en el mundo por la concupiscencia. (424)

El poder de la influencia puede ser grande para inspirar a la mente temas elevados y nobles, por encima de las complacencias bajas y sensuales que procura por naturaleza el corazón que no ha sido regenerado por la gracia. Si la esposa considera que, a fin de agradar a su esposo, debe rebajar sus normas, cuando la pasión animal es la base principal del amor de él y controla sus acciones, desagrada a Dios, porque deja de ejercer una influencia santificadora sobre su esposo. Si le parece que debe someterse a sus pasiones animales sin una palabra de protesta, no comprende su deber para con él ni con Dios. Los excesos sexuales destruirán ciertamente el amor por los ejercicios devocionales, privarán al cerebro de la sustancia necesaria para nutrir el organismo y agotarán efectivamente la vitalidad. Ninguna mujer debe ayudar a su esposo en esta obra de destrucción propia. No lo hará si ha sido iluminada al respecto y le ama de verdad.

Cuanto más se satisfacen las pasiones animales, tanto más fuertes se vuelven y más violentos serán los deseos de complacerlas. Comprendan su deber los hombres y mujeres que temen a Dios. Muchos cristianos profesos sufren de parálisis de los nervios y del cerebro debido a su intemperancia en este sentido. Hieden de podredumbre los huesos y tuétanos de muchos que son considerados como hombres buenos, que oran y lloran y ocupan puestos elevados, pero cuyos cuerpos contaminados no cruzarán los portales de la ciudad celestial.

¡Ojala que pudiese hacer comprender a todos su obligación hacia Dios en cuanto a conservar en la mejor condición el organismo mental y físico, para prestar servicio perfecto a su Hacedor! Evite la esposa cristiana, tanto por sus palabras como por sus actos, excitar las pasiones animales de su esposo. Muchos no tienen fuerzas que malgastar en este sentido. Desde su juventud han estado debilitando el

cerebro y minando su constitución por la satisfacción de las pasiones animales. La abnegación y la temperancia debieran ser la consigna en su vida matrimonial; entonces sus hijos no estarán tan expuestos a tener órganos morales e intelectuales débiles, y fuertes instintos animales. El vicio en los niños es casi general. ¿No hay una causa? ¿Quiénes les han dado el sello de su carácter? ¡Ojala que el Señor abra los ojos de todos para que vean que están parados en lugares resbaladizos! (425)

De acuerdo con el cuadro que me ha sido presentado describiendo la corrupción de los hombres y mujeres que profesan santidad, temo que pudiera perder del todo la confianza en la humanidad. He visto que casi todos están inmersos en un alarmante letargo. Es casi imposible despertar exactamente a los que debieran ser despertados, de modo que tengan un sentido claro del poder que Satanás ejerce sobre las mentes. No son conscientes de la corrupción que pulula a su alrededor. Satanás ha enceguecido sus mentes y los ha adormecido en su seguridad carnal. El hecho de que hemos fracasado en nuestros esfuerzos de hacer comprender a la gente los grandes peligros que acosan a las almas, a veces me ha llevado a temer que mis ideas en cuanto a la depravación del corazón humano fueran exageradas. Pero cuando se nos presentan los hechos que muestran la triste deformidad de quien se ha atrevido a ministrar en las cosas sagradas a pesar de ser corrupto de corazón, de alguien cuyas manos manchadas por el pecado han profanado los vasos del Señor, estoy segura de que no he pintado un cuadro extremo.

He presentado un testimonio muy contundente, tanto por escrito como oralmente, con la esperanza de despertar al pueblo de Dios para que comprenda que se encuentra en tiempos peligrosos. Se ha enfermado mi corazón ante la indiferencia manifestada por los que debieran comprender las maniobras de Satanás, y que debieran estar despiertos y en guardia. He visto que Satanás está instando aun a las mentes de los que profesan la verdad a cometer el terrible pecado de la fornicación. La mente de un hombre o mujer no desciende en un momento de la pureza y santidad a la depravación, la corrupción y el crimen. Lleva tiempo transformar a lo humano en divino, o degradar a los que han sido formados a la imagen de Dios a lo brutal o satánico. Según lo que contemplamos somos transformados. Aunque formado a la imagen de su Hacedor, el hombre puede educar su mente de tal modo que el pecado que una vez detestara sea agradable para él. A medida que cesa de velar y orar, deja de guardar la ciudadela, el corazón, y se envuelve en el pecado y el crimen. La mente se degrada, y es imposible elevarla de la corrupción mientras se la educa para esclavizar las facultades morales e intelectuales y subordinarlas a las bajas pasiones. Se debe librar una lucha constante (426) en contra de la mente carnal; y debemos recibir ayuda de la influencia purificadora de la gracia de Dios, la que elevará la mente y la habituará a meditar en las cosas puras y santas.

Muchos profesos observadores del sábado no sujetan el cuerpo. Las mentes de algunos de los que han aceptado el sábado siempre habían sido depravadas. Y cuando aceptaron la verdad no sintieron la necesidad de hacer un cambio decisivo y darle otro rumbo a su vida. Estuvieron muchos años siguiendo las inclinaciones de un corazón irregenerado, lo gobernaron las corruptas pasiones de su naturaleza carnal que habían desfigurado la imagen de Dios en ellos y manchado todo lo que tocaran; por ende, toda su vida futura, aunque fuese larga, resultaría demasiado corta para ascender la escalera de Pedro hacia la perfección cristiana, preparación necesaria para entrar en el reino de Dios. Pero no son muchos los que se dan cuenta de que no pueden ser salvos por profesar la fe, a menos que sean santificados por medio de la verdad en respuesta a la oración de nuestro divino Señor a su Padre: "Santifícalos en tu verdad: tu Palabra es verdad".

Los hombres y las mujeres que profesan ser discípulos de Cristo y guardan los mandamientos de Dios tendrán que experimentar en sus vidas diarias el verdadero espíritu de lucha para poder entrar por la puerta estrecha. Los que luchan angustiosamente son los únicos que con facilidad pasarán por la puerta estrecha y andarán por el camino angosto que lleva a la vida eterna, a la perpetua plenitud de gozo y placer. Los que simplemente intentan entrar nunca podrán hacerlo. Muchos pasarán toda su vida

cristiana meramente esforzándose en su intento, y su única recompensa será darse cuenta de que les es completamente imposible entrar por la puerta estrecha.

Me ha sorprendido ver cuántas familias están enceguecidas por Satanás, de modo que no se dan cuenta de las estratagemas, argucias y engaños que practica a su alrededor. Los padres parecen estar atontados por la paralizadora influencia del maligno, y sin embargo piensan que están bien. Se me ha mostrado que Satanás trabaja para degradar las mentes de los que se unen en matrimonio con el fin de poder implantar su propia odiosa imagen en sus hijos. Por cuanto gozan de los privilegios de la relación matrimonial, muchos piensan que pueden permitir que (427) sus instintos animales los controlen. Son guiados por Satanás, quien los engaña y los induce a pervertir esta sagrada institución. El se complace cuando sus mentes se degradan, puesto que tiene mucho que ganar en estas circunstancias. Sabe que si puede estimular sus más bajas pasiones, y mantenerlas en constante desarrollo, no habrá nada en su experiencia cristiana que lo perturbe en su accionar; por cuanto las facultades morales e intelectuales quedarán subordinadas, mientras que los instintos animales predominarán y mantendrán un creciente influjo; y estas pasiones más bajas se fortalecerán por el ejercicio, mientras que las cualidades más nobles se debilitarán más y más.

Puede moldear a sus hijos mucho más fácilmente que lo que podía moldear a los padres, puesto que puede controlar la mente de los padres a fin de, a través de ellos, poder implantar el sello de su propio carácter en sus hijos. Así muchos niños nacen con una gran preponderancia de los instintos animales, mientras que las facultades morales están sólo débilmente desarrolladas. Estos niños necesitan la más cuidadosa educación para hacer aflorar, fortalecer y desarrollar las facultades morales e intelectuales, de modo que éstas puedan llevar la delantera. Pero no se perciben las maniobras de Satanás; sus ardides no se comprenden. No se educa a los niños para Dios. Se descuida su educación moral y religiosa. Se fortalecen constantemente los instintos animales, mientras que las facultades morales se debilitan.

Algunos niños comienzan a practicar la masturbación en su infancia; y mientras los años pasan, las pasiones concupiscentes crecen con su crecimiento y se fortalecen con su fuerza. Sus mentes no descansan. Las niñas desean la compañía de los jóvenes, y los jóvenes la de las niñas. Su comportamiento no es recatado y modesto. Son audaces y atrevidos y se toman libertades indecentes. El hábito de la masturbación ha degradado sus mentes y manchado sus almas. Pensamientos viles, la lectura de novelas, cuentos de amor y malos libros excitan su imaginación, y sólo éstos están de acuerdo con sus depravadas mentes. No aman el trabajo, y cuando están ocupados en alguna labor se quejan de que sienten fatiga; les duele la espalda; tienen dolor de cabeza. ¿Es esto justificado? ¿Están cansados por el trabajo? ¡No, no! Sin embargo los padres prestan atención a las quejas de (428) estos niños y los liberan del trabajo y las responsabilidades. Esto es lo peor que pueden hacer por ellos. De este modo están quitando prácticamente la única barrera que impide que Satanás tenga libre acceso a sus mentes debilitadas. El trabajo útil sería de algún modo una salvaguardia en contra del decidido control de Satanás sobre ellos.

Conocemos algo acerca del modo de trabajar de Satanás y con cuánto éxito lleva a cabo su obra. De acuerdo con lo que se me ha mostrado, él ha paralizado las mentes de los padres. No se atreven a sospechar que sus propios hijos pueden estar en el error y el pecado. Algunos de estos niños profesan ser cristianos, y los padres siguen durmiendo, y no temen ningún peligro, mientras las mentes y los cuerpos de sus hijos se están arruinando. Algunos padres ni siquiera se preocupan por mantener a sus hijos con ellos cuando están en la casa de Dios. Las jovencitas asisten a las reuniones y, a veces, se sientan con sus padres, pero más frecuentemente lo hacen en la parte posterior de la congregación. Tienen el hábito de excusarse y salir del templo. Los jóvenes comprenden esto, y salen antes o después de ellas; luego, cuando termina la reunión, las acompañan a sus casas. Esto no ayuda a los padres a comprender mejor la situación. Nuevamente, se inventan excusas para salir de caminata, y los jóvenes y las jóvenes se reúnen en los terrenos reservados para lugares de entretenimiento, o en otros lugares

apartados, y allí juegan y pasan un buen rato, sin alguien de experiencia que los controle. Imitan a los hombres y mujeres adultos.

Esta es una era disipada. Los niños pequeños y las niñas comienzan a brindarse atenciones mutuamente cuando debieran estar en el cuarto de los pequeños, tomando lecciones de comportamiento modesto. ¿Cuál es el efecto de esta promiscuidad? ¿Aumenta la castidad de los jóvenes que así se reúnen? ¡Por cierto que no! Aumentan las primeras pasiones concupiscentes; después de tales reuniones los jóvenes son enloquecidos por el diablo y se rinden a sus prácticas viles.

Los padres están dormidos y no saben que Satanás ha plantado su bandera infernal justamente en sus hogares. Se me indujo a preguntar: ¿Qué será de la juventud en esta era corrupta? Insisto: los padres están dormidos. Los niños están infatuados con un sentimentalismo (429) enfermizo, y la verdad no tiene poder para corregir el mal. ¿Qué puede hacerse para detener el avance del mal? Los padres pueden hacer mucho si así lo desean. Si una niña de trece años recibe insistentes manifestaciones de familiaridad por parte de un jovencito de su edad, o mayor, debiera enseñársele que se muestre tan ofendida por esto que nadie se atreva a repetir nunca tales propuestas. Cuando niños o jóvenes buscan frecuentemente la compañía de una niña, hay algo mal. Esa niña necesita una madre que le indique su lugar, que la controle y le enseñe el comportamiento que se espera de una joven de su edad.

La corruptora doctrina que prevalece, la cual sostiene que, desde el punto de vista de la salud, los sexos deben juntarse, ha llevado a cabo su obra maligna. Cuando los padres y los tutores manifiesten un décimo de la sagacidad que posee Satanás, entonces podrá ser casi inofensiva esta asociación de sexos. Como están las cosas, Satanás logra el mayor éxito en su esfuerzo de cautivar las mentes de la juventud; y la asociación de jovencitos y niñas sólo aumenta el mal veinte veces. Que los jovencitos y las niñas se ocupen de un trabajo útil. Si están cansados tenderán menos a corromper sus propios cuerpos. No hay esperanza para la juventud, a menos que haya un cambio completo en la mente de los mayores. Los caracteres de los jóvenes y las señoritas llevan la impronta del vicio, y sin embargo ¿qué se hace para detener el avance de este mal? Se permite y se insta a los adolescentes y a los jóvenes a tomarse libertades haciendo proposiciones indecentes a las niñas y a las jóvenes. Es mi oración que Dios despierte a los padres y a las madres para que se ocupen seriamente en cambiar este estado de cosas.

He estado revisando los Testimonios dados a los observadores del sábado y estoy asombrada por la misericordia de Dios y su cuidado por su pueblo al darles tantas advertencias, señalando sus peligros, y presentándoles la exaltada posición que quiere que ellos ocupen. Si se mantuvieran en su amor y separados del mundo, él haría que sus bendiciones especiales recayeran sobre ellos y su luz brillara a su alrededor. Su benéfica influencia podría sentirse en cada rama de la obra y en cada parte del campo misionero. Pero si no logran ser partícipes de la mente de Dios y si continúan siendo tan poco conscientes del exaltado carácter de la (430) obra como fueron en el pasado, su influencia y ejemplo resultará una terrible maldición. Causarán daño y solamente daño. Sus vestidos aparecerán manchados con la sangre de preciosas almas.

Hemos reiterado testimonios de advertencia. Pregunto: ¿Quién les ha prestado atención? ¿Quiénes han sido celosos y se han arrepentido de sus pecados e idolatría, y han estado seriamente avanzando hacia la meta para lograr el premio del alto llamamiento de Dios en Cristo Jesús? ¿Quiénes han mostrado la obra interior de Dios, que lleva a la abnegación y al humilde renunciamiento? ¿Quiénes de los que han sido amonestados se han separado del mundo, de sus afectos y concupiscencias, de tal modo que han evidenciado un crecimiento diario en gracia y en el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo? ¿Quiénes de entre los miembros activos sienten la responsabilidad que tienen frente a la iglesia? ¿A quiénes vemos que Dios está usando especialmente, obrando por medio de ellos para elevar el nivel, y hacer que la iglesia lo alcance, de modo que puedan probar al Señor y ver si él derrama una bendición sobre ellos?

He esperado ansiosamente, con la esperanza de que Dios derramara su Espíritu sobre algunos y los usara como instrumentos de justicia para despertar y poner su iglesia en orden. Me he sentido casi desesperada al ver, año tras año, un mayor alejamiento de la sencillez que Dios ha mostrado que debiera caracterizar la vida de sus seguidores. Ha habido cada vez menos interés en la causa de Dios y menos devoción hacia ella. ¿De qué modo los que profesan confiar en los Testimonios han intentado vivir de acuerdo con la luz que se da en ellos? ¿Cómo han considerado las advertencias que les fueron dadas? ¿En qué han prestado atención a las instrucciones recibidas?

Vi que deben producirse grandes cambios en los corazones y las vidas de muchos antes que Dios pueda obrar en ellos por su poder para la salvación de otros. Deben ser renovados a la imagen de Dios, en justicia y en verdadera santidad. Entonces el amor al mundo, el amor al yo y toda ambición de la vida que tenga como fin exaltar al yo serán cambiados por la gracia de Dios y empleados en la obra especial de salvar almas por las que Cristo murió. La humildad tomará el lugar del orgullo, y el arrogante amor propio será reemplazado por la mansedumbre. Un desinteresado (431) amor por toda la humanidad controlará todos los sentimientos del corazón. Vi que Satanás se despertará cuando ellos comiencen seriamente la obra de reforma en sí mismos. Sabe que estas personas, si están consagradas a Dios, podrían probar la fuerza de sus promesas y poner en práctica el poder que obra en ellos que el adversario no sería capaz de negar ni resistir. Ellos albergarían la vida de Dios en el alma.

Una familia en particular necesitaba todos los beneficios posibles de la reforma pro salud, sin embargo precisamente ellos los han dejado de lado completamente. Han usado con liberalidad carne y manteca, y no descartaron completamente las especias. Esta familia se podría haber beneficiado grandemente con un régimen alimentario nutritivo y conveniente. El jefe de la familia necesitaba alimentos sencillos y nutritivos. Tenía hábitos sedentarios, y la sangre circulaba con dificultad a través de su organismo. No podía, como otros, gozar del beneficio de un saludable ejercicio; por consiguiente debiera haber ingerido la calidad y la cantidad correcta de alimentos. En esta familia no ha habido un control correcto del régimen alimentario; han sido irregulares. Debieran haber tenido una hora fija para cada comida y los alimentos debieran haber sido preparados de un modo sencillo y sin grasa; pero debieran haberse preocupado por hacerla nutritiva, saludable y atractiva. En esta familia, como también en muchas otras, se ha hecho un despliegue especial para las visitas, se han preparado muchos platos y frecuentemente se los ha condimentado demasiado, de modo que los que se sentaran a la mesa se tentasen a comer en exceso. Luego, cuando no tenían visitas, había un gran cambio, se bajaba el nivel de los alimentos que se servían en la mesa. El régimen alimentario era escaso y. falto de nutrimento. No se le daba importancia porque era —solamente para nosotros". Se ingerían alimentos en exceso, y se daba poco valor al horario regular en las comidas. Esta práctica perjudicó a cada miembro de la familia. Nuestras hermanas pecan al hacer tan grandes preparativos para las visitas, y menoscabar a sus propias familias con una dieta magra que no logrará nutrir al organismo.

El hermano a quien me refiero sufría deficiencias en su organismo; no se sentía bien alimentado, y pensó que la carne le (432) daría la fuerza que necesitaba. Si hubiese sido atendido convenientemente, y se hubieran servido a la hora apropiada alimentos nutritivos, se habrían satisfecho abundantemente todas las demandas de su organismo. La manteca y la carne estimulan. Estas le dañaron el estómago y le pervirtieron el gusto. Entumecieron los sensibles nervios del cerebro, y fortalecieron el apetito animal a expensas de las facultades morales e intelectuales. Estas capacidades superiores, que debieran llevar el control, se debilitaron, de modo que no se discernieron las cosas eternas. Se entorpeció lo espiritual y devocional. Satanás se ha sentido triunfante al ver cuán fácilmente puede penetrar a través del apetito y controlar a hombres y mujeres inteligentes, a quienes el Creador ha asignado una gran obra.

El caso al que me acabo de referir no es un caso aislado; si así fuera, no lo hubiera mencionado aquí. Cuando Satanás toma posesión de la mente, ¡cuán pronto la luz y la instrucción que el Señor ha dado por gracia se desvanecen y no tienen fuerza! ¡Cuántos inventan excusas y crean falsas necesidades para

ponerlas como pretexto de su proceder equivocado, siguiendo el cual dejan de lado la luz y la pisotean! Hablo con autoridad. La más grande objeción a la reforma pro salud es que este pueblo no la practica; y sin embargo afirman que no pueden practicar la reforma pro salud y preservar su energía.

Encontramos en cada caso una buena razón por la que no pueden practicar la reforma pro salud. No la practican, y nunca la siguieron estrictamente, por lo tanto no pueden beneficiarse con ella. Algunos caen en el error de que porque descartan la carne no necesitan reemplazarla con las mejores frutas y vegetales, preparados del modo más natural, sin grasas ni especias. Si sólo arreglaran hábilmente las dádivas con las que el Creador los ha rodeado, ocupándose conjuntamente en esta obra padres e hijos de un modo consciente, disfrutarían de los alimentos sencillos, y entonces serían capaces de hablar con conocimiento de la reforma pro salud. Los que no son partidarios de la reforma pro salud, y nunca la han adoptado completamente, no pueden juzgar sus beneficios. Los que se apartan ocasionalmente para gratificar el gusto comiendo un pavo engordado u otra clase de carne, pervierten sus apetitos, y no son los indicados para juzgar los beneficios (433) del sistema de la reforma pro salud. Se rigen por el gusto y no por los principios.

Sirvo bien mi mesa en todas las ocasiones. No introduzco cambios para las visitas, sean creyentes o no creyentes. Me preocupo por tener las cosas organizadas de tal modo que no me toma desprevenida el hecho de tener que sentar a mi mesa de uno a seis invitados inesperados. Tengo suficientes alimentos sencillos y saludables listos como para satisfacer el apetito y nutrir el organismo. Si alguien necesita más que esto, está en libertad de buscarlo en otro lugar. Ni manteca ni carnes de ningún tipo se sirven en mi mesa. Rara vez hay torta. Generalmente tengo una amplia provisión de frutas, buen pan y legumbres. Nuestra mesa está siempre bien concurrida, y todos los que participan de la comida se benefician y mejoran con ella. Todos se sientan con un apetito que no es epicúreo, y comen con gusto las dádivas provistas por nuestro Creador.

Los que trabajan en el corazón de la obra han manifestado una tremenda indiferencia por este asunto importante. La falta de estabilidad con respecto a los principios de la reforma pro salud es un verdadero índice de su carácter y de su fortaleza espiritual. No son lo suficiente escrupulosos en su experiencia cristiana. No prestan atención a sus conciencias. La base o causa de cada acción correcta que existe y opera en el corazón renovado asegura una obediencia sin motivos externos o egoístas. El espíritu de verdad y una buena conciencia son suficientes para inspirar y regular los motivos y la conducta de los que aprenden de Cristo y son semejantes a él. Los que no poseen la fortaleza de los principios religiosos se desvían fácilmente por el ejemplo de los demás y toman una dirección equivocada. Los que nunca han aprendido las obligaciones que Dios les ha impuesto, ni conocido sus propósitos para con ellos, no son confiables en tiempos de severo conflicto con los poderes de las tinieblas. Son desviados por las apariencias inmediatas y externas. Los hombres mundanos son gobernados por principios mundanos; no pueden valorar otros principios. Pero los cristianos no debieran ser guiados por estos principios. No serán inducidos a cumplir su deber por nada que no sea el amor a obedecer cada orden de Dios según se encuentra en su Palabra y según su conciencia iluminada se los indique. (434)

En el corazón renovado el obedecer la voluntad de Dios será un principio fijo, porque habrá amor por lo que es justo y bueno y santo. No habrá duda, no se harán concesiones al gusto, ni se considerará la conveniencia, ni se seguirá un proceder simplemente porque otros así lo hagan. Todos debieran vivir independientemente. Las mentes renovadas por la gracia serán un instrumento receptivo, al que continuamente se le envía luz, gracia y verdad de lo alto, y que la transmite a otros. Sus obras son fructíferas. Su fruto es para santidad y tienen como fin la vida eterna.

Pero muy pocos tienen un conocimiento experimental de la influencia santificadora de las verdades que profesan. Su obediencia y devoción no están de acuerdo con su luz y privilegios. No poseen un sentido real de la obligación que tienen de andar como hijos de luz, y no como hijos de las tinieblas. Si la luz que se les ha dado la hubieran recibido Sodoma y Gomorra, se hubiesen arrepentido en saco y silicio y

hubieran escapado a la señalada ira de Dios. Será más tolerable el castigo para Sodoma y Gomorra en el día del juicio que para los que han tenido el privilegio de poseer la luz brillante, y han trabajado mucho, pero no han sacado provecho de él. Han descuidado la gran salvación que Dios en su misericordia estaba dispuesto a brindarles. Estaban tan enceguecidos por el diablo que sinceramente pensaban que eran ricos y que recibían el favor de Dios, cuando el Testigo Verdadero los considera desventurados, miserables, pobres, ciegos y desnudos.

Aceptando la Cruz de la Verdad.-

Estimada Hna. U: En alguna medida conozco su temperamento peculiar, su cautela, sus temores y su falta de esperanza y confianza. Comparto sus sufrimientos mentales, ya que no puede comprender todo en cuanto a nuestra posición y fe tan claramente como lo desearía. Sabemos que usted es muy concienzuda, y no dudamos de que, si tuviera el privilegio de escuchar acerca de todos los puntos de nuestra verdad presente, y de juzgar las evidencias por usted misma, estaría segura, se sentiría fortalecida y (435) firme, de modo que la oposición o la crítica no la moverían de su seguro fundamento. Como usted no ha tenido el privilegio que muchos otros tienen, de asistir a las reuniones y experimentar usted misma las evidencias que acompañan la presentación de la verdad que consideramos sagrada, nos sentimos más preocupados por usted. Le abrimos nuestros corazones y albergamos un sincero y ferviente amor por usted. Tememos que en medio de los peligros de estos días pueda naufragar. No se disguste conmigo por escribirle así. Usted no puede estar claramente consciente, como yo, de los ardides y sofismas de Satanás. Sus engaños son muchos; sus trampas están cuidadosa y arteramente preparadas para atrapar a los incautos e inocentes. Deseamos que escape de sus ardides; queremos que esté completamente del lado del Señor, amando, esperando y ansiando la aparición de nuestro Salvador en las nubes de los cielos.

Desde sus primeros esfuerzos por guardar el sábado, han surgido muchas cosas que la han desanimado; no obstante esperamos que estas cosas no alejen su mente de las importantes verdades para estos últimos días. Aunque no todos los defensores de la verdad se comporten como debieran, porque no están santificados por las verdades que profesan, la verdad es la misma; su lustre no se opaca. Aunque puedan colocarse entre la verdad y los que no la han abrazado completamente, y su negra sombra puede aparecer por un tiempo y oscurecer su brillante lustre, aun así en realidad no logra hacerlo; la verdad de origen celestial no se opaca. Su pureza y exaltado carácter son inmutables. Sigue viviendo, pues es inmortal.

Mi querida hermana, aférrese a la verdad. Obtenga experiencia por sí misma. Usted es individual. Es responsable sólo por el modo como usted, independientemente de todos los demás, usa la luz que brilla a su paso. La falta de consagración en otros no será una excusa para usted. El hecho de que ellos pervierten la verdad por su proceder equivocado, porque no están santificados por ella, no la hará menos responsable. Usted tiene la solemne obligación de exaltar el estandarte de la verdad, de mantenerlo en alto. Aun cuando el portador de la bandera desmaye y caiga, no deje que la preciosa enseña se arrastre en el polvo. Tómela, manténgala en alto, aun a riesgo de su buen nombre, su honor (436) mundano, y su vida, si fuera necesario. Mi muy respetada hermana, la insto a que mire hacia lo alto. Aférrese firmemente de la mano de su Padre celestial. Jesús, su Abogado, vive para interceder por nosotros, esto no transforma la verdad en una mentira. "Pero el fundamento de Dios está firme, teniendo este sello: Conoce el Señor a los que son suyos" (2 Tim. 2:19). "Velad y orad, para que no caigáis en tentación—. A veces temo que sus pies puedan resbalar, que se niegue a andar por la humilde y angosta senda que lleva a la vida eterna en el reino de gloria.

Considere la vida de abnegación, humildad, y sacrificio de nuestro divino Señor. La Majestad del Cielo, el Rey de gloria, dejó sus riquezas, su esplendor, su honor y gloria y, con el fin de salvar al hombre pecador, se rebajó a una vida de humildad, pobreza y vergüenza; —el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio" (Heb. 12:2). Oh, ¿por qué nos afectan tanto las

pruebas y las críticas, la vergüenza y el sufrimiento, cuando nuestro Señor nos ha dado tal ejemplo? ¿Quién puede desear entrar en el gozo de su Señor y no está dispuesto a participar de sus sufrimientos? ¡Qué! ¡El siervo no está dispuesto a soportar la humildad y la vergüenza y las críticas que el Amo soportó generosamente por él! ¡El siervo rehúye la vida de humildad y sacrificio que es para su propia y eterna felicidad, por la cual puede finalmente obtener una muy grande recompensa eterna! De corazón digo: Dejadme tener parte en los sufrimientos de Cristo, de modo que pueda finalmente compartir su gloria.

La verdad de Dios nunca ha tenido éxito en el mundo. El corazón natural es siempre contrario a la verdad. Doy gracias a Dios por tener que renunciar al amor del mundo, al orgullo del corazón y a todo lo que lleva a la idolatría, con el fin de ser seguidores de Cristo. Los que obedecen la verdad nunca serán amados por el mundo. De los labios del divino Maestro, mientras andaba en humildad entre los hijos de los hombres, se escucharon las palabras: Quien quiera ser mi discípulo, tome su cruz, y sígame. Sí, sigamos a nuestro Ejemplo. ¿Buscaba él las alabanzas y el honor de los hombres? ¡Oh, no! ¿Entonces buscaremos nosotros el honor y la alabanza de los mundanos?

Los que no aman a Dios no amarán a los hijos de Dios. Escuchad (437) las palabras de instrucción celestial: –¡Ay de vosotros, cuando todos los hombres hablen bien de vosotros!" (Luc 6:26). "Bienaventurados seréis cuando los hombres os aborrezcan y cuando os aparten de sí y os vituperen y desechen vuestro nombre como malo, por causa del Hijo del hombre. Gozaos en aquel día, y alegraos, porque he aquí vuestro galardón es grande en los cielos. "Mas ¡ay de vosotros, ricos! porque ya tenéis vuestro consuelo" (Luc. 6:22-24). En el Evangelio según Juan nuevamente encontramos las palabras de Cristo: "Esto os mando: Que os améis unos a otros. Si el mundo os aborrece, sabed que a mí me ha aborrecido antes que a vosotros. Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, antes yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece. Acordaos de la palabra que yo os he dicho: el siervo no es mayor que su señor. Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán; si han guardado mi palabra, también guardarán la vuestra" (Juan 15:17-20). "Yo les he dado tu palabra; y el mundo los aborreció, porque no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal. No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo" (Juan 17:14-16).

En Primera de Juan leemos: "No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo" (1 Juan 2:15). En la Epístola de Pablo a los Romanos les ruega, por las misericordias de Dios, que presenten sus cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es su culto racional. "No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta" (Rom. 12:2). Y Santiago declara: "¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios" (Sant. 4:4).

La insto a considerar cuidadosamente las instrucciones en la Epístola a los Gálatas: "Pues, ¿busco ahora el favor de los hombres, o el de Dios? ¿O trato de agradar a los hombres? Pues si todavía agradara a los hombres, no sería siervo de Cristo" (Gál. 1:10). Temo que usted esté en gran peligro de naufragar en su fe. Considera que tiene que hacer sacrificios para obedecer la verdad (438) dad. Creemos que ha hecho algunos sacrificios, pero si hubiera sido más radical en esta obra, sus pies no hubiesen tropezado, su fe no hubiese tambaleado. No me refiero ahora al sacrificio económico, sino a lo que se asemeja más a aquello que le causaría un conflicto más penoso que dar sus recursos, a aquello que concierne al yo especialmente. Usted no ha rendido su orgullo, su amor por la aprobación de un mundo incrédulo. Le gusta que los hombres hablen bien de usted.

No ha recibido ni practicado la verdad en su sencillez. Temo que, de algún modo, se ha sentido como si estuviera condescendiendo a recibir la verdad impopular según la defienden los adventistas observadores del sábado. Usted ha tratado, en buena medida, de retener el espíritu del mundo, y aun así adoptar la verdad. Esto no puede ser. Cristo no aceptará otra cosa que el corazón completo, todos los

afectos. La amistad del mundo es enemistad con Dios. Cuando desea vivir de un modo tal que evite la crítica, trata de colocarse por encima de su sufriente Señor; y mientras lo hace, se separa de su Padre celestial, y cambia su amor por lo que no vale la pena obtener.

Me he sentido preocupada por usted, hermana, y también por su esposo. Cuando tomé la pluma para escribir, se me presentaron claramente sus casos. Estoy completamente consciente de sus peligros, de su estado de perplejidad y duda. Todo ha sido desfavorable para usted, hermana U, desde que trató de obedecer la ley de Dios. Pero nada ha sido un obstáculo tan grande para ambos como el orgullo de los dos. A ambos les gusta la ostentación; y ésta no tiene parte en la buena y humilde religión. Vi que ambos tenían que pasar una prueba de fuego, que serían examinados y probados. En este conflicto, Satanás se esforzaría en gran manera para encegueceros de modo que no seáis capaces de discernir vuestro interés eterno, y presentaría las ventajas del tiempo presente, esta pequeña y corta vida que es tan insegura. Veríais los encantos de esta vida, y a menos que os liberarais de vuestro amor a la ostentación y al favor del mundo no podríais retener el amor de Dios. Se me mostró a Jesús señalando los encantos del cielo, tratando de apartar vuestra mirada del mundo y diciendo: "¿A quién elegiréis, a mí o al mundo? No podéis tenerme a mí y amar al mundo también. ¿Sacrificaréis al que (439) murió por vosotros por el orgullo de la vida, por los tesoros del mundo? Elegid entre mí y el mundo; el mundo no tiene parte conmigo".

Vi que vuestro andar era inseguro, y vuestra fe fluctuaba. La duda y el descreimiento os circundaban, y la luz de Jesús se apartaba. La vanidad es uno de los más fuertes principios de nuestras naturalezas depravadas, y Satanás constantemente la utilizará con éxito. No han faltado personas que estuvieran listas para ayudar a Satanás en su obra para adularon, para mostraron vuestra habilidad y la influencia que podríais tener en la sociedad, para insistir en que sería una gran lástima que unierais vuestros intereses con un pueblo con una fe humilde y os mezclarais con una clase social que, según ellos, es inferior a vosotros. Os ha parecido que estabais haciendo un gran sacrificio por la verdad. Es cierto que las masas que poseen influencia no eligen sacrificar sus ambiciones mundanales, separar sus afectos del mundo, y volver sus pasos hacia la senda angosta y humilde que transitó quien sufriera el Calvario. Consideran que sus talentos e influencias son demasiado preciosos para ser dedicados a la causa de Dios, demasiado preciosos para ser devueltos para glorificar al Dador que se los prestó para mejorarlos y entregarlos a él, tanto el capital como el interés. Sacrifican lo eterno por las ventajas temporales que esperan lograr. Por la adulación de los hombres se apartan de la aprobación del Señor, el Hacedor de los cielos y la tierra, y pierden el derecho al honor que viene de lo alto. ¡Cuán pocos saben lo que es mejor para ellos! Vosotros no apreciáis esto. Jesús, a través de una vida de sufrimiento sin igual y una muerte ignominiosa, ha abierto un camino por el que el hombre puede seguir sus pisadas, y finalmente ser exaltado a su trono, y recibir la recompensa de inmortalidad y vida eterna. Por una vida de obediencia recibirá una herencia inmortal, un tesoro inmaculado que no se desvanece.

En la Primera Epístola de Pablo a los Corintios leemos: "Porque la palabra de la cruz es locura a los que se pierden; pero a los que se salvan, esto es, a nosotros, es poder de Dios. Pues está escrito: Destruiré la sabiduría de los sabios, y desecharé el entendimiento de los entendidos". "Pues mirad, hermanos, vuestra vocación, que no sois muchos sabios según la carne, ni muchos (440) poderosos, ni muchos nobles; sino que lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a los fuertes; y lo vil del mundo y lo menospreciado escogió Dios, y lo que no es, para deshacer lo que es, a fin de que nadie se jacte en su presencia" (1 Cor. 1:18-19, 26-29). Tenéis el ejemplo de Cristo, su vida sin pretensiones, sin despliegue ni grandiosidad. ¿Está el siervo por encima de su Señor?

Querida hermana, usted tiene una buena disposición y puede hacer el bien. Puede ser un ancla para su esposo y fortaleza para muchos otros. Pero si permanece indecisa, y no se reconcilia con la humilde obra de Dios, influirá en su esposo de un modo negativo. ¿Qué leemos en la Palabra de Dios? Apartaos de las opiniones de los hombres y volveos a la ley y al testimonio. Excluid toda consideración

mundanal. Decidíos en favor de la eternidad. Considerad las evidencias en este tiempo importante. Por cierto no podemos esperar escapar a las pruebas y a la persecución al seguir a nuestro Salvador; pues ésta es la paga de los que lo siguen. El Señor declara con claridad que sufriremos persecución. Nuestros intereses mundanales deben subordinarse a los eternos. Escuchad las palabras de Cristo: "Entonces Pedro comenzó a decirle: He aquí, nosotros lo hemos dejado todo, y te hemos seguido. Respondió Jesús y dijo: De cierto os digo que no hay ninguno que haya dejado casa, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierras, por causa de mí y del evangelio, que no reciba cien veces más ahora en este tiempo; casas, hermanos, hermanas, madres, hijos, y tierras, con persecuciones; y en el siglo venidero la vida eterna" (Mar. 10:28-30). Aquí están comprometidos los intereses eternos.

No os hagáis ilusiones de que si dejarais la verdad desaparecerían todos los obstáculos para adquirir propiedades. Satanás os dice esto; es su aseveración. Si la bendición de Dios recae sobre vosotros porque os rendís completamente a él, prosperaréis. Si os apartáis de Dios, él se apartará de vosotros. Su mano puede desparramar más rápido que lo que podéis recoger. “Porque ¿qué aprovechará al hombre, si ganare todo el mundo, y perdiere su alma? ¿O qué recompensa dará el hombre por su alma?" (Mat. 16:26). (441)

Usted, mi querida hermana, necesita una conversión completa a la verdad, que mate al yo. ¿No puede confiar en Dios? Por favor lea Mateo 10:25-40. Por favor lea también, con el corazón en oración, Mateo 6:24-34. Que estas palabras impresionen su corazón: "No os afanéis por vuestra vida, qué comeréis; ni por el cuerpo, qué vestiréis. La vida es más que la comida, y el cuerpo que el vestido" (Lucas 12:22-23). Hay aquí una referencia a la vida mejor. El cuerpo significa aquí el adorno interior, que hace que los pecadores mortales, que poseen la mansedumbre y la justicia de Cristo, sean valiosos a su vista, como lo era Enoc, y los capacita para recibir el toque final de la inmortalidad. Nuestro Salvador nos señala los cuervos que no siembran, ni siegan, ni tienen graneros, y sin embargo su Padre celestial los alimenta. Luego dice: "¿No valéis vosotros mucho más que las aves?... ¿por qué os afanáis por lo demás? Considerad los lirios, cómo crecen; no trabajan, ni hilan; mas os digo, que ni aun Salomón con toda su gloria se vistió como uno de ellos". Estos lirios, en su sencillez e inocencia, están más de acuerdo con el propósito de Dios que Salomón con sus costosos adornos, pero desprovisto del adorno celestial. "Y si así viste Dios la hierba que hoy está en el campo, y mañana es echada al horno, ¿cuánto más a vosotros, hombres de poca fe?". ¿No puede confiar usted en su Padre celestial? ¿No puede esperar en su graciosa promesa? "Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas". ¡Preciosa promesa! ¿No podemos confiar en ella? ¿No podemos tener una confianza implícita, sabiendo que el que ha prometido es fiel? La insto a que deje que su temblorosa fe pueda asir firmemente las promesas de Dios nuevamente. Deposite todo su peso sobre ellas con una fe firme; puesto que no fallarán, ni pueden hacerlo. (442)

NUMERO DIECINUEVE: TESTIMONIO PARA LA IGLESIA

Mensaje a los Ministros.-

Estimados hermanos: El 25 de octubre de 1868 se me mostró que no todos los que profesan ser llamados para enseñar la verdad están capacitados para esta obra sagrada. Algunos están en abierto desacuerdo con el propósito y la voluntad de Dios. Algunos son perezosos en las cosas temporales, y su vida religiosa está marcada por una pereza espiritual. Donde falta una energía perseverante y una esmerada dedicación en los asuntos temporales y las transacciones comerciales, la misma deficiencia se notará en las cosas espirituales.

Algunos de vosotros sois jefes de familia, y vuestro ejemplo e influencia moldean los caracteres de vuestros hijos. Ellos seguirán vuestro ejemplo en mayor o menor grado, y vuestra falta de entereza está dando un mal ejemplo a los demás. Pero vuestras deficiencias se sienten más sensiblemente, con mayor resultado, en la causa y la obra de Dios. Vuestras familias han sentido esta deficiencia y han sufrido por causa de ella; les han faltado muchas cosas que un trabajo diligente y la perseverancia podrían haberle

provisto. Pero esta deficiencia se ha visto y sentido en la causa y la obra de Dios en tanto mayor grado cuanto su causa y obra son de mayor importancia que las cosas relativas a esta vida.

La influencia de algunos ministros no es buena. No han controlado cuidadosamente el uso de su tiempo, dando así a la gente un ejemplo de laboriosidad. Pasan momentos en la indolencia y horas que, una vez registradas para la eternidad con sus resultados, (443) nunca se pueden recuperar. Algunos son naturalmente indolentes, lo que les hace difícil completar con éxito cualquier empresa a que se aboquen. Esta deficiencia se ha visto y sentido a través de toda su experiencia religiosa. En este caso los culpables no son los únicos perjudicados; hacen sufrir a otros con sus deficiencias. En esta etapa tardía de sus vidas, muchos tienen lecciones que aprender, que debieran haber aprendido mucho antes.

Algunos no estudian la Biblia cuidadosamente. No sienten inclinación por el estudio diligente de la Palabra de Dios. Como consecuencia de este descuido han trabajado en condiciones de gran desventaja y en sus esfuerzos como ministros no han logrado realizar ni una décima parte de la obra que podrían haber hecho si hubieran visto la necesidad de dedicar sus mentes al estudio minucioso de la Palabra. Hubieran llegado a estar tan familiarizados con las Escrituras, tan firmes en los argumentos bíblicos, que podrían enfrentar a los contrarios y presentar las razones de nuestra fe de tal modo que la verdad triunfaría y silenciaría su oposición.

Los ministros de la Palabra deben tener un conocimiento tan completo de ella como les sea posible obtener. Deben estar continuamente investigando, orando y aprendiendo, o el pueblo de Dios avanzará en el conocimiento de su Palabra y voluntad, y dejará a estos profesos maestros muy atrás. ¿Quién instruirá al pueblo cuando están más adelantados que sus maestros? Todos los esfuerzos de tales ministros son infructuosos. Es necesario que el pueblo les enseñe la Palabra de Dios más perfectamente antes que sean capaces de instruir a otros.

Algunos ya habrían podido ser obreros cabales si hubieran hecho buen uso de su tiempo, sabiendo que tendrían que dar razón ante Dios de los momentos malgastados. Han desagradado a Dios porque no han sido trabajadores. La complacencia propia, el amor propio, y el amor egoísta a la comodidad han mantenido a algunos alejados de lo bueno, les han impedido obtener un conocimiento de las Escrituras a fin de que pudieran estar enteramente preparados para toda buena obra. Algunos no aprecian el valor del tiempo y han permanecido ociosos en la cama en horas que podrían haber empleado en el estudio de la Biblia. Hay unos pocos asuntos en los que se han espaciado mayormente, con los (444) que están familiarizados, y de los que pueden hablar de un modo aceptable; pero en gran medida se han quedado en esto. No se han sentido completamente satisfechos consigo mismos, y a veces se han dado cuenta de sus deficiencias; sin embargo no han tomado real conciencia del crimen de descuidar el conocimiento de la Palabra de Dios, la cual profesan enseñar. Por causa de su ignorancia el pueblo está desengañado; no reciben el entendimiento que podrían obtener de ellos y que esperan obtener de parte de ministros de Cristo.

Levantándose temprano y aprovechando sus momentos, los ministros pueden encontrar tiempo para una investigación detallada de las Escrituras. Deben tener perseverancia, y no perder su objetivo, sino persistentemente emplear su tiempo en el estudio de la Palabra, ayudándose con las verdades que otras mentes, por medio del trabajo agotador, han traído a la luz para ellos, y con diligente y perseverante esfuerzo, han puesto a su alcance. Hay ministros que han estado trabajando por años, enseñando la verdad a otros, mientras que ellos mismos no están familiarizados con los puntos fuertes de nuestra posición. Les ruego a los tales que terminen con su holgazanería. Es una continua maldición para ellos. Dios les requiere que cada momento fructifique con algo bueno para ellos mismos o para los demás. "En lo que requiere diligencia, no perezosos; fervientes en espíritu, sirviendo al Señor" (Rom. 12:11). "También el que es negligente en su trabajo es hermano del hombre disipador" (Prov. 18:9).

Es importante que los ministros de Cristo vean la necesidad de ser autodidactas, con el fin de dar lustre a su profesión y mantener una conveniente dignidad. Sin una disciplina mental ciertamente fracasarán en todo lo que emprendan. Se me ha mostrado que hay una clara deficiencia en los que predican la

Palabra. Dios no se siente complacido con su comportamiento e ideas. Su modo descuidado de citar las Escrituras es un deshonor para su profesión. Dicen ser maestros de la Palabra, y sin embargo no logran repetir los textos correctamente. Los que se dedican de lleno a predicar la Palabra no debieran citar ni un texto incorrectamente. Dios requiere escrupulosidad de parte de todos sus siervos.

La religión de Cristo será ejemplificada en la vida, en la conversación, (445) en las obras del que la profesa. Sus firmes principios llegarán a ser un ancla. Los que son maestros de la Palabra debieran ser modelos de piedad, ejemplos para la manada. Su ejemplo debiera reprender la holgazanería, la pereza, la falta de laboriosidad y economía. Los principios de la religión requieren diligencia, laboriosidad, economía y honestidad. Todos escucharán pronto: "Da cuenta de tu mayordomía". Hermanos, ¿cómo rendiríais cuenta si el Amo apareciera ahora? No estáis listos. Así como es cierto que los siervos perezosos existen, también es cierto que vosotros seríais contados entre ellos. Tenéis por delante preciosos momentos. Os insto a redimir el tiempo.

Pablo exhortó a Timoteo: "Procura con diligencia presentarte a Dios aprobado, como obrero que no tiene de qué avergonzarse, que usa bien la palabra de verdad". "Pero desecha las cuestiones necias e insensatas, sabiendo que engendran contiendas. Porque el siervo del Señor no debe ser contencioso, sino amable para con todos, apto para enseñar, sufrido; que con mansedumbre corrija a los que se oponen, por si quizá Dios les conceda que se arrepientan para conocer la verdad, y escapen del lazo del diablo, en que están cautivos a voluntad de él" (2 Tim. 2:15, 23-26).

A fin de llevar a cabo la obra que Dios les requiere, los ministros deben estar preparados para su función. El apóstol Pablo, en su carta a los Colosenses, habla del siguiente modo con respecto al ministerio: "De la cual (la iglesia) fui hecho ministro, según la administración de Dios que me fue dada para con vosotros, para que anuncie cumplidamente la palabra de Dios, el ministerio que había estado oculto desde los siglos y edades, pero que ahora ha sido manifestado a sus santos, a quienes Dios quiso dar a conocer las riquezas de la gloria de este ministerio entre los gentiles; que es Cristo en vosotros, la esperanza de gloria, a quien anunciamos, amonestando a todo hombre, y enseñando a todo hombre en toda sabiduría, a fin de presentar perfecto en Cristo Jesús a todo hombre; para lo cual también trabajo, luchando según la potencia de él, la cual actúa poderosamente en mí" (Col. 1:25-29).

No es menor el aprecio y la devoción hacia la obra del ministerio que Dios requiere de sus siervos que viven tan cerca del fin de todas las cosas. No puede aceptar el trabajo de los (446) obreros a menos que la vida y el poder de la verdad que presentan a otros sea una realidad en sus propios corazones. No aceptará nada que no sea una obra seria, activa, llevada a cabo por un corazón celoso. Se requiere vigilancia y fecundidad para esta gran obra.

Hermanos, os falta devoción y consagración a la obra. Vuestros corazones son egoístas. Debéis corregir vuestras deficiencias, o dentro de poco tiempo os sentiréis fatalmente defraudados: perderéis el Cielo. Dios no pasa por alto el descuido en el cumplimiento fiel de la obra que ha encomendado a sus siervos. Muchos que trabajan en el ministerio carecen de energía perseverante y una confianza constante en Dios. Como resultado de esta carencia los pocos que poseen estas cualidades están sobrecargados de trabajo y tienen que compensar las deficiencias tan evidentes de los que podrían ser obreros capacitados si así lo quisieran. Hay unos pocos que trabajan día y noche, negándose el descanso y la recreación social, exigiendo el máximo a su cerebro, cada uno llevando a cabo la obra de tres hombres, desgastando sus valiosas vidas para hacer la obra que otros podrían hacer, pero que descuidan. Algunos son demasiado haraganes como para hacer su parte; muchos ministros se protegen cuidadosamente evitando responsabilidades, permaneciendo en un estado de ineficiencia, y realizando casi nada. Por lo tanto, los que se dan cuenta del valor de las almas, los que aprecian cuán sagrada es la obra y piensan que debe progresar, están trabajando de más, haciendo esfuerzos sobrehumanos, y consumiendo la energía de su cerebro para mantener la obra en marcha. Si el interés en la obra y la devoción por ella estuvieran repartidos de igual modo, si todos los que profesan ser ministros dedicaran diligentemente su interés por completo a la causa, sin mezquinas su colaboración, los pocos obreros firmes y

temerosos de Dios, quienes están rápidamente consumiendo sus vidas, se verían aliviados de estas grandes presiones que los agobian y podrían preservar su fuerza de modo que, cuando realmente se necesite, tendría un doble poder, y daría mucho mayores resultados que los que ahora pueden verse al estar ellos bajo la presión de una abrumadora preocupación y ansiedad. El Señor no se complace con esta desigualdad. (447)

Muchos que profesan ser llamados por Dios para ministrar en la palabra y la doctrina no se dan cuenta de que no tienen derecho de considerarse maestros a menos que estén firmemente respaldados por un serio y diligente estudio de la Palabra de Dios. Algunos no se han preocupado por obtener un conocimiento de las simples ramas de la educación. Algunos ni siquiera saben leer correctamente; algunos citan mal las Escrituras; y algunos, al dejar ver su falta de preparación para la obra que tratan de hacer, perjudican la causa de Dios y deshonran la verdad. Estos no ven la necesidad de cultivar el intelecto, de fomentar especialmente el refinamiento sin afectación, y de tratar de lograr la verdadera elevación del carácter cristiano. El medio cierto y efectivo para lograr esto es rendir el alma a Dios. El dirigirá el intelecto y los afectos de modo que se centren en lo divino y lo eterno, y entonces poseerán energía sin llegar a ser arrebatados, puesto que todas las facultades de la mente y de todo el ser serán elevadas, refinadas y dirigidas hacia el más alto y santo canal. De los labios del Maestro celestial se escucharon las palabras: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente y con todas tus fuerzas" (Mar. 12:30). Cuando nos entregamos a Dios de este modo, la humildad adornará cada acción, mientras que al mismo tiempo los que así estén aliados con Dios y sus ángeles celestiales poseerán una decorosa dignidad que anticipa el cielo.

El Señor manda que sus siervos sean activos. No le agrada verlos apáticos e indolentes. Profesan tener la evidencia de que Dios los ha seleccionado especialmente para enseñar a la gente el camino de la vida; sin embargo frecuentemente su conversación no es provechosa, y muestran que no sienten la responsabilidad de la obra sobre ellos. Sus propias almas no reciben energía de las poderosas verdades que presentan a otros. Algunos predican estas verdades de tan grande importancia, de un modo indolente que no puede influir en la gente. "Todo lo que te viniere a la mano para hacer, hazlo según tus fuerzas" (Ecle. 9:10). Los hombres a los que Dios ha llamado deben prepararse para ser esforzados, para trabajar firmemente y con incansable celo para él, para sacar a las almas del fuego. Cuando los ministros sientan el poder de la verdad en sus propias almas, estremeciendo su propio (448) ser, entonces poseerán poder para influir en los corazones, y demostrar que creen firmemente las verdades que predican a otros. Debieran tener presente en sus mentes el valor de las almas, y la incomparable profundidad del amor del Salvador. Esto despertará el alma de modo que pueda decir con David: "Se enardeció mi corazón dentro de mí; en mi meditación se encendió fuego" (Salmo 39:3).

Pablo exhortó a Timoteo: "Ninguno tenga en poco tu juventud, sino sé ejemplo de los creyentes en palabra, conducta, amor, espíritu y pureza. Entre tanto que voy, ocúpate en la lectura, la exhortación y la enseñanza". "Ocúpate en estas cosas; permanece en ellas, para que tu aprovechamiento sea manifiesto a todos. Ten cuidado de ti mismo y de la doctrina; persiste en ello, pues haciendo esto, te salvarás a ti mismo y a los que te oyeren" (1 Tim. 4:12-13, 15-16). ¡Qué gran importancia se confiere aquí a la vida cristiana del ministro de Dios! ¡Cuánto necesita un estudio fiel de la Palabra, para que él mismo pueda ser santificado por la verdad y pueda ser hecho apto para enseñar a otros.

Hermanos, se requiere que ejemplifiquéis la verdad en vuestras vidas. Pero no todos los que piensan que es su misión enseñar a otros la verdad están convertidos y santificados por la verdad. Algunos tienen ideas erradas acerca de lo que significa ser cristiano y de los medios por los que se obtiene una firme experiencia religiosa; mucho menos entienden los requisitos que Dios exige que sus ministros cumplan. Estos hombres no están santificados. Ocasionalmente tienen un acceso de sentimentalismo y sienten la impresión de que son realmente hijos de Dios. Esta dependencia de las impresiones es uno de los engaños de Satanás. Los que se acostumbran a esto hacen de la religión algo circunstancial. Necesitan un principio firme. Nadie es un cristiano vivo a menos que tenga una experiencia diaria en

las cosas de Dios y practique diariamente la abnegación al llevar alegremente la cruz y seguir a Cristo. Cada cristiano ha de avanzar diariamente en la vida divina. Mientras avanza hacia la perfección, experimenta cada día una conversión a Dios; y esta conversión no es completa hasta que logra la perfección del carácter cristiano, una preparación completa para el toque final de la inmortalidad. (449)

Dios debiera ser el más alto objeto de nuestros pensamientos. Meditar en él y suplicarle a él, eleva el alma y estimula los afectos. El descuido de la meditación y la oración seguramente traerá como resultado un deterioro en los intereses religiosos. Luego se notará descuido y pereza. La religión no es meramente una emoción, un sentimiento. Es un principio que está entrelazado con todas las tareas diarias y las transacciones de la vida. No hay nada que se desee, ni negocio que se emprenda que no pueda regirse por este principio. Para mantener una religión sin mancha, es necesario ser trabajadores y perseverar en el esfuerzo. Debemos hacer algo por nosotros mismos. Nadie sino nosotros mismos puede obrar nuestra salvación con temor y temblor. Esta es precisamente la obra que el Señor nos ha encomendado que hagamos.

Algunos ministros que profesan ser llamados por Dios tienen la sangre de las almas en sus vestiduras. Están rodeados por descarriados y pecadores, y sin embargo no sienten la responsabilidad por sus almas; manifiestan indiferencia por su salvación. Algunos están tan adormecidos que parecen no tener conciencia de la tarea de un ministro del evangelio. No consideran que como médicos espirituales se requiere que sean capaces de administrar sana-miento a las almas enfermas de pecado. La obra de advertir a los pecadores, de llorar por ellos y rogar con ellos se ha descuidado al punto que muchas almas ya no pueden ser sanadas. Algunos han muerto en sus pecados, y en el juicio reprocharán por su culpabilidad a los que podrían haberlos salvado, pero que no lo hicieron. Ministros infieles, ¡qué retribución os espera!

Los ministros de Cristo necesitan un nuevo ungimiento para poder discernir más claramente las cosas sagradas, y tener una clara conciencia del carácter santo e inmaculado que deben formar con el fin de ser modelos para la grey. Nada que podamos hacer nosotros mismos nos elevará al nivel donde Dios nos puede aceptar como sus embajadores. Solamente una firme confianza en Dios, y una fe fuerte y activa, llevará a cabo la obra que él requiere que se haga en nosotros. Dios necesita a hombres que trabajen. Un continuo hacer el bien forma caracteres para el Cielo. Con sencillez, fidelidad y amor debemos ungir a la gente para que se preparen para el día de Dios. A algunos habrá que (450) instarlos con firmeza para lograr que se conmuevan. Que nuestro trabajo se caracterice por la mansedumbre y la humildad, mas que tenga la firmeza necesaria para hacerles comprender que estas cosas son una realidad, y que deben elegir entre la vida y la muerte. La salvación del alma no es un asunto para tratar con ligereza. La conducta del obrero de Dios debiera ser seria y caracterizarse por la sencillez y la verdadera cortesía cristiana, sin embargo el obrero debiera trabajar con una tremenda seriedad haciendo la obra que el Maestro le ha dejado para hacer. Una decidida perseverancia en una conducta justa, disciplinando la mente por medio de una práctica religiosa que fomente la devoción y las cosas celestiales, traerá la más grande felicidad.

Si hacemos de Dios nuestra confianza, tendremos el poder de controlar la mente en estas cosas. Por medio de un continuo ejercicio se fortalecerá para luchar contra los enemigos internos y para refrenar al yo, hasta que haya una completa transformación, y las pasiones, los apetitos y la voluntad queden en perfecta sujeción. Luego habrá una constante piedad en el hogar y fuera de él, y cuando nos ocupemos de trabajar por las almas, un poder nos ayudará en nuestros esfuerzos. El cristiano humilde tendrá períodos de devoción que no serán espasmódicos, vacilantes o supersticiosos, sino calmos, tranquilos, profundos, constantes y firmes. El amor de Dios, la práctica de la santidad, serán placenteros cuando haya una perfecta entrega a Dios.

La razón por la que los ministros de Cristo no tienen más éxito en su trabajo es que no están generosamente dedicados a la obra. El interés de algunos está dividido: son hipócritas. Les atraen los intereses de esta vida y no se dan cuenta de cuán sagrada es la obra del ministro. Estas personas pueden

quizá quejarse de las tinieblas, del gran descreimiento, de la infidelidad. La razón de esto es que no están bien con Dios; no ven la importancia de llevar a cabo una completa consagración a él. Sirven un poco a Dios, pero mucho a sí mismos. Oran muy poco.

La Majestad del cielo, mientras se ocupaba de su ministerio terrenal, oraba mucho a su Padre. Frecuentemente pasaba toda la noche postrado en oración. A menudo su espíritu se entristecía al sentir los poderes de las tinieblas de este mundo, y dejaba la bulliciosa ciudad y el ruidoso gentío, para buscar un lugar apartado (451) para sus oraciones intercesoras. El monte de los Olivos era el refugio favorito del Hijo de Dios para sus devociones. Frecuentemente después que la multitud le había dejado para retirarse a descansar, él no descansaba, aunque se sentía agotado por la labor del día. En el Evangelio según San Juan leemos: "Cada uno se fue a su casa; y Jesús se fue al monte de los Olivos". Mientras la ciudad estaba sumida en el silencio, y los discípulos habían regresado a sus hogares para un reparador descanso, Jesús no dormía. Sus divinos ruegos ascendían a su Padre desde el monte de los Olivos para que sus discípulos pudieran ser guardados de las malas influencias que enfrentarían a diario en el mundo, y para que su propia alma pudiera ser fortalecida y vigorizada para enfrentar las obligaciones y las pruebas del día siguiente. Mientras que sus discípulos dormían, su divino Maestro pasaba toda la noche orando. El rocío y la escarcha de la noche caían sobre su cabeza inclinada en oración. Ha dejado su ejemplo para sus seguidores.

La Majestad del cielo, mientras se ocupaba de su misión, se dedicaba frecuentemente y sinceramente a la oración. No siempre visitaba el monte de los Olivos pues sus discípulos conocían su refugio favorito, y a menudo lo seguían. Elegía la quietud de la noche cuando no sería interrumpido. Jesús podía sanar a los enfermos y levantar a los muertos. El mismo era una fuente de bendición y fuerza. Mandaba aun a las tempestades, y ellas le obedecían. No había sido mancillado por la corrupción, ni tocado por el pecado; sin embargo oraba, y a menudo lo hacía con profundo llanto y lágrimas. Oraba por sus discípulos y por sí mismo, identificándose así con nuestras necesidades, nuestras debilidades y nuestros fracasos, que son tan característicos de nuestra condición humana. Pedía con poder, sin poseer las pasiones de nuestra naturaleza humana caída, pero provisto de debilidades similares, tentado en todo según nuestra semejanza. Jesús sufrió una agonía que requería ayuda y apoyo de su Padre.

Cristo es nuestro ejemplo. ¿Los ministros de Cristo son tentados y fieramente abofeteados por Satanás? Así también lo fue el que no conoció pecado. Se volvió a su Padre en estas horas de angustia. Vino a la tierra para proveer un modo por el que pudiéramos encontrar gracia y fortaleza para ayudarnos en cada (452) momento de necesidad, al seguir su ejemplo de orar frecuente y sinceramente. Si los ministros de Cristo imitan este ejemplo, serán imbuidos de su espíritu, y los ángeles ministrarán en su favor.

Los ángeles ayudaron a Jesús, mas su presencia no facilitó su vida ni la libró de duras luchas y fieras tentaciones. Fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado. Si los ministros, mientras están haciendo la obra que el Maestro les ha mandado que hagan, tienen pruebas, perplejidades y tentaciones, ¿debieran sentirse descorazonados, cuando saben que hay Uno que ha sufrido todas estas cosas antes que ellos? ¿Debieran perder su confianza porque sus esfuerzos no rinden los frutos que ellos esperaban? Cristo trabajó firmemente por su propia nación; pero sus esfuerzos fueron despreciados precisamente por los que él vino a salvar, y mataron al que vino a darles vida.

Hay un número suficiente de ministros, pero una gran escasez de obreros. Los obreros, los colaboradores de Dios, tienen conciencia del carácter sagrado de la obra y de los severos conflictos que tienen que enfrentar con el fin de llevarla adelante con éxito. Los obreros no desmayarán ni se desanimarán ante el trabajo, no importa cuán arduo sea. En la Epístola a los Romanos Pablo dice: "Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo; por quien también tenemos entrada por la fea esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios. Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia; y la paciencia, prueba; y la prueba, esperanza; y la esperanza no avergüenza; porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el

Espíritu Santo que nos fue dado" (Rom. 5:1-5). En él están todos los tesoros de la sabiduría y el conocimiento. No tenemos excusa si no nos valemos de las amplias provisiones hechas para nosotros, para que no nos pudiera faltar nada. El evadir las penurias y quejarse de las tribulaciones hace a los siervos de Dios débiles e ineficientes para llevar las responsabilidades y cargas.

Todos los que se mantienen intrépidamente en el frente de batalla deben sentir la lucha especial de Satanás en contra de ellos. Cuando se dan cuenta de sus ataques, escapan a la Fortaleza. (453)

Sienten la necesidad del vigor especial que viene de Dios, y trabajan con su fuerza; por consiguiente las victorias que ganan no los exaltan a ellos, sino que los llevan en fea apoyarse con más seguridad en el Poderoso. En sus corazones despierta una profunda y ferviente gratitud a Dios, y están gozosos en la tribulación que experimentan mientras se sienten acosados por el enemigo. Estos siervos bien dispuestos están logrando una experiencia y formando un carácter que honrará la causa de Dios.

Este es un momento de solemne privilegio y responsabilidad sagrada para los siervos de Dios. Si estos deberes se cumplen fielmente, la recompensa del siervo fiel será grande cuando el Amo diga: "Da cuenta de tu mayordomía". La dedicación seria, el trabajo generoso, el esfuerzo paciente y perseverante, serán abundantemente recompensados; Jesús dirá: Por tanto no os llamo siervos, sino amigos, invitados. El Amo no da su aprobación porque el trabajo realizado sea grande, porque se han obtenido muchas cosas, sino por la fidelidad aun en las cosas pequeñas. No son los grandes resultados que podamos obtener, sino los motivos que nos impulsan a actuar, los que tienen valor para Dios. El aprecia la bondad y la fidelidad más que la grandeza de la obra realizada.

Me fue mostrado que muchos corren el gran peligro de fracasar en el logro de la perfecta santidad en el temor del Señor. Los ministros están en peligro de perder sus propias almas. Algunos de los que han predicado a otros serán ellos mismos rechazados porque no han perfeccionado un carácter cristiano. A pesar de su esfuerzo no salvan almas, ni aun salvan la suya propia. No ven la importancia del conocimiento y del control propios. No velan y oran, para no entrar en tentación. Si velaran, reconocerían sus puntos débiles, donde seguramente la tentación los atacará. Al velar y orar pueden proteger de tal modo sus puntos más débiles que se transformarán en los más fuertes, y pueden enfrentar la tentación sin ser vencidos. Cada seguidor de Cristo debiera examinarse diariamente, para que pueda conocer perfectamente su propia conducta. Casi todos descuidan el examen propio. Este descuido es por cierto peligroso en el que profesa ser un portavoz de Dios, ocupando la tremenda posición de responsabilidad de recibir la Palabra de Dios para darla a su pueblo. La conducta (454) diaria de una persona que actúa de tal modo tiene gran influencia en los demás. Si tiene éxito en su trabajo, rebaja a sus conversos a su nivel, y muy rara vez se elevan a un nivel más alto. La conducta del ministro, sus palabras, sus gestos y modales, su fe y su piedad se consideran como ejemplo de estos adventistas observadores del sábado; y si imitan al que les ha enseñado la verdad, piensan que están cumpliendo con su obligación.

Hay mucho en la conducta de un ministro que él puede mejorar. Muchos ven y sienten sus carencias, pero parecen desconocer la influencia que ejercen. Tienen conciencia de sus acciones en el momento de realizarlas pero las dejan caer en el olvido y por lo tanto no se reforman. Si los ministros meditaran con atención en las acciones de cada día y las revisaran con cuidado, con el fin de llegar a conocer sus propios hábitos de vida, se conocerían a sí mismos mejor. Al hacer un recuento de su vida diaria en todas las circunstancias conocerían sus propios motivos, los principios que los impulsan. Esta revisión diaria de nuestros actos, para ver si la conciencia aprueba o condena, es necesaria para todos los que desean llegar a la perfección del carácter cristiano. Muchos actos que son considerados buenas obras, aun actos de benevolencia, cuando se los investiga detalladamente, se encontrará que están impulsados por motivos equivocados. Muchos reciben aplausos por virtudes que no poseen. El que escudriña los corazones examina los motivos, y a menudo los actos que son muy aplaudidos por los hombres, Dios los registra como hechos que tienen su origen en motivos egoístas y en una deshonesta hipocresía. El

que escudriña los corazones juzga cada acto de nuestras vidas, ya sea digno de encomio o de censura, de acuerdo con los motivos que lo impulsaron.

Aun algunos ministros que defienden la ley de Dios tienen muy poco conocimiento de sí mismos. No meditan en los motivos de sus acciones ni los examinan. No ven sus errores y pecados, porque no consideran su vida, sus actos y su carácter, con sinceridad y seriedad, separadamente y en conjunto, ni los comparan con la sagrada y santa ley de Dios. No comprenden realmente los requerimientos de la ley de Dios, y diariamente viven en transgresión al espíritu de esa ley que profesan reverenciar. "Por medio de la ley —dice Pablo— es el conocimiento del pecado". "Yo no (455) conocí el pecado sino por la ley; porque tampoco conociera la codicia, si la ley no dijera: No codiciarás" (Rom. 3:20; 7:7). Algunos que trabajan en la Palabra y la doctrina no tienen una comprensión práctica de la ley de Dios y sus santos requerimientos, ni de la expiación de Cristo. Ellos mismos necesitan convertirse antes que puedan convertir a los pecadores.

No se presta atención al fiel espejo que puede revelar los defectos del carácter; por lo tanto la deformidad y el pecado existen, y son evidentes para los demás, aunque los que están en el error no se den cuenta de su existencia. El odioso pecado del egoísmo existe en gran proporción, aun en algunos que profesan estar dedicados a la obra de Dios. Si compararan su carácter con sus requerimientos, especialmente con la gran norma, su santa, justa y buena ley, se cerciorarían, si se examinaran seria y honestamente, de que son tremendamente deficientes. Pero algunos no están dispuestos a ir lo suficientemente lejos y penetrar lo suficientemente profundo como para ver la maldad de sus propios corazones. Son deficientes en muchos aspectos; sin embargo permanecen en una voluntaria ignorancia de su culpabilidad, y están tan empeñados en cuidar de sus propios intereses que Dios no se interesa por ellos.

Algunos no tienden naturalmente a la devoción, y por lo tanto debieran fomentar y cultivar el hábito de examinar detalladamente sus propias vidas y motivos y debieran fomentar de un modo especial el amor por los ejercicios religiosos y por la oración secreta. Frecuentemente se los escucha hablar de dudas y descreimiento, y se espacian en las tremendas luchas que han tenido que librar con sentimientos ateos. Se detienen en las influencias desalentadoras que afectan de tal modo su fe, esperanza y valor en relación con la verdad y el éxito final de la obra y la causa a la que están entregados, que la duda se transforma en una virtud especial. A veces parece que realmente se complacieran en insistir en la posición del infiel y fortalecer su descreimiento con cada caso que puedan encontrar como excusa de sus tinieblas. A los tales les diría: Sería mejor que bajaran y dejaran los muros de Sión hasta que lleguen a ser hombres convertidos y buenos cristianos. Antes que toméis la responsabilidad de ser ministros, Dios requiere que os separéis del amor por este mundo. La recompensa (456) de los que continúan en esta posición dudosa será la que reciban los temerosos e incrédulos.

Pero ¿cuál es la razón de estas dudas, de esa oscuridad y descreimiento? Respondo: Estos hombres no están bien con Dios. No son honestos y sinceros con su propia alma. Han descuidado el cultivo de la piedad personal. No se han separado de todo egoísmo, y del pecado y de los pecadores. No han estudiado la vida de abnegación de nuestro Señor, ni han logrado imitar su ejemplo de pureza, devoción y renunciamiento. El pecado que fácilmente ataca, ha sido fortalecido por la indulgencia. Por su propia negligencia y pecado se han separado de la compañía del divino Maestro, y él se ha adelantado a ellos un día de camino. Tienen de compañeros a los indolentes, los perezosos, los descarriados, los incrédulos, los irreverentes, los desagradecidos, los impíos, y a sus asistentes, los malos ángeles. ¿Por qué maravillarse de que tales personas estén en tinieblas, o de que tengan dudas doctrinales? "El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios" (Juan 7:17). Tendrá certeza acerca de este asunto. Esta promesa debiera ahuyentar todas las dudas e interrogantes. Es la separación de Cristo lo que trae dudas. A él lo siguen los fervientes, los honestos, los sinceros, los fieles, los humildes, los mansos y los puros, a quienes los santos ángeles, vestidos con los atavíos celestiales, están santificando, iluminando, purificando y protegiendo; pues van en dirección al cielo.

No se necesita mayor evidencia de que una persona está muy lejos de Jesús, y está descuidando la oración secreta y la piedad personal, que el hecho de que exprese dudas y descreimiento porque está en un ambiente desfavorable. Tales personas no tienen la religión pura, verdadera, inmaculada de Cristo. Tienen un objeto espurio que el proceso de refinación consumirá completamente como escoria. Tan pronto como Dios los prueba, y prueba su fe, ellos vacilan, inclinándose primero a un lado y luego al otro. No tienen el objeto genuino que Pablo poseía, quien podía gloriarse en la tribulación "sabiendo que la tribulación produce paciencia; y la paciencia, prueba; y la prueba, esperanza; y la esperanza no avergüenza; porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones" (Rom. 5:3-5). Tienen una religión circunstancial. (457) Si todos a su alrededor son fuertes en fe y confianza en el éxito final del mensaje del tercer ángel, y no reciben ninguna influencia en contra, entonces, parecen tener alguna fe. Pero tan pronto como la causa parece sufrir alguna adversidad, y el trabajo avanza lentamente, y se necesita la ayuda de todos, estas pobres almas, aunque sean profesos ministros del Evangelio, esperan que todo termine en la nada. Son un obstáculo en vez de una ayuda.

Si surge la apostasía, y se manifiesta la rebelión, no se les escucha decir, con palabras de aliento y buen ánimo: hermanos, no desmayéis, tened buen ánimo. "Pero el fundamento de Dios está firme, teniendo este sello: Conoce el Señor a los que son suyos" (2 Tim. 2:19). Los hombres a quienes las circunstancias afectan de este modo debieran permanecer en sus hogares y emplear su fuerza física y mental en un puesto de menor responsabilidad, donde no estén expuestos a tan fuerte oposición. Si todo va bien, pueden pasar por hombres muy buenos y devotos. Pero estos no son los que el Maestro enviará a hacer su obra, pues los emisarios de Satanás se oponen a ella. Satanás también, y su hueste de ángeles malos, se organizarán en contra de ellos. Dios ha hecho provisión para que los hombres a los que ha llamado a realizar su obra, puedan salir vencedores en cada enfrentamiento. Los que siguen sus indicaciones nunca serán vencidos.

El Señor, hablando a través de Pablo, en Efesios 6:10-18, dice cómo fortalecernos en contra de Satanás y sus emisarios: "Por lo demás, hermanos míos, fortaleceos en el Señor, y en el poder de su fuerza. Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo. Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes. Por lo tanto, tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y habiendo acabado todo, estar firmes. Estad, pues firmes, ceñidos vuestros lomos con la verdad y vestidos con la coraza de justicia, y calzados los pies con el apresto del evangelio de la paz. Sobre todo, tomad el escudo de la fe, con que podáis apagar todos los dardos de fuego del maligno. Y tomad el yelmo de la salvación, y la espada del Espíritu, que es la Palabra (458) de Dios; orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos".

Estamos ocupados en una exaltada y sagrada obra. Los que profesan ser llamados a enseñar la verdad a los que están en tinieblas no debieran ser ellos mismos seres descreídos y en tinieblas. Debieran vivir cerca de Dios, donde pueden ser todos luz en el Señor. La razón por la que no son así es que ellos mismos no obedecen la Palabra de Dios; por lo tanto expresan dudas y desalientos, cuando debieran expresar sólo palabras de fe y santa alegría.

Lo que necesitan los ministros es religión, una conversión diaria a Dios, un interés indiviso y sin egoísmo en su causa y en su obra. Debe haber autohumillación, dejar todo el celo, mala sospecha, envidia, odio, malicia y descreimiento. Se necesita una completa transformación. Algunos han perdido de vista a nuestro Modelo, el doliente Hombre del Calvario. Al servirle no podemos esperar desahogo, honor y grandeza en esta vida; pues él, la Majestad del Cielo, no los recibió. "Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto". "Herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados" (Isa. 53:3,5). Con este ejemplo ante nosotros, ¿elegiremos rehuir la cruz y ser desviados por

las circunstancias? Nuestro celo, nuestro fervor, ¿serán encendidos sólo cuando estemos rodeados por los que están despiertos y son celosos en la obra y la causa de Dios?

¿No podemos apoyarnos en Dios, aunque lo que nos rodee sea siempre tan desagradable y desalentador? "¿Qué, pues, diremos a esto? Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros? El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas? ¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aun, el que también resucitó, y que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros. ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada? Como está escrito: Por (459) causa de ti somos muertos todo el tiempo; somos contados como ovejas de matadero. Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro" (Rom. 8:31-39).

Muchos ministros no tienen un interés indiviso en la obra de Dios. Han invertido muy poco en su causa, y por cuanto se han interesado tan poco en el avance de la verdad son fácilmente tentados en cuanto a ella y apartados de ella. No son firmes, fuertes, estables. El que conoce bien su propio carácter, que sabe cuál es el pecado que lo acosa más fácilmente, y las tentaciones que más probablemente lo vencerán, no debiera exponerse innecesariamente e invitar a la tentación a colocarse en el campo del enemigo. Si el deber lo llama a donde las circunstancias no son favorables, recibirá ayuda especial de Dios, y así irá completamente armado para el conflicto con el enemigo. El conocimiento de sí mismo salvará a muchos de caer en dolorosas tentaciones, y les evitará a muchos una ignominiosa derrota. Con el fin de conocernos a nosotros mismos, es esencial que investiguemos fielmente los motivos y principios de nuestra conducta, comparando nuestras acciones con el modelo de conducta revelado en la Palabra de Dios. Los ministros debieran fomentar y cultivar la benevolencia.

Se me mostró que algunos de los que han estado empleados en nuestra oficina de publicaciones, en nuestro Instituto de Salud y en el ministerio, han trabajado solamente por la paga. Hay excepciones; no todos son culpables en esto, pero pocos parecen haberse dado cuenta de que deben dar cuenta de su mayordomía. Los recursos que habían sido consagrados a Dios para el avance de su causa han sido malgastados. Familias pobres, que habían experimentado la influencia santificadora de la verdad y que por lo tanto la apreciaban y se sentían agradecidas a Dios por ella, pensaron que podían y debían privarse de lo necesario para la vida con el fin de traer sus ofrendas a la tesorería del Señor. Algunos se han privado de artículos de vestir que realmente necesitaban para sentirse cómodos. Otros han vendido su única vaca y han (460) dedicado a Dios el producto de la venta. Con el alma sincera, con muchas lágrimas de gratitud por el privilegio de hacer esto para la causa de Dios, se han postrado ante el Señor con su ofrenda y han invocado su bendición sobre ella al entregarla, orando para que pudiera ser el medio de llevar el conocimiento de la verdad a las almas en tinieblas. A los fondos así dedicados no siempre se les dio el destino que los abnegados donantes deseaban. Hombres codiciosos y egoístas, sin espíritu de abnegación y renunciamiento, han utilizado deslealmente los bienes traídos de ese modo a la tesorería; y han robado los recursos de Dios al recibir dinero que no habían ganado justamente. Su administración imprudente y falta de consagración han malgastado y desparramado fondos que habían sido consagrados a Dios con oraciones y lágrimas.

Se me mostró que el ángel registrador toma nota fiel de cada ofrenda que se dedica a Dios y se entrega en la tesorería, y también de los resultados finales de los medios así ofrendados. El ojo de Dios observa cada centavo que se dedica a su causa, igualmente como la actitud regocijada o mezquina del dador. También se registra el motivo de la dádiva. Las personas abnegadas y consagradas que le devuelven a Dios lo que le pertenece, del modo como él lo requiere, serán recompensadas de acuerdo con sus obras.

Aunque se gastaran equivocadamente los medios así consagrados, y que no cumplieran los propósitos para los cuales el dador los había destinado —la gloria de Dios y la salvación de las almas—, los que realizaron el sacrificio con sinceridad, con el fin único de glorificar al Señor, no perderán su recompensa.

A los que han dado un uso equivocado a los fondos dedicados a Dios se les requerirá que den un informe de su mayordomía. Algunos han tomado recursos egoístamente por causa de su amor a la ganancia. Otros no tienen una conciencia sensible, ha sido caracterizada por un egoísmo largamente acariciado. Consideran las cosas sagradas desde una perspectiva inferior. A través de un continuo proceder equivocado, su sensibilidad moral está paralizada. Parece imposible elevar sus opiniones y sentimientos al exaltado nivel claramente evidenciado en la Palabra de Dios. A menos que experimenten una transformación completa por medio de la renovación de la mente, esta clase de creyentes no encontrará lugar en el cielo. Los que han procedido egoísta y equivocadamente, (461) sin considerar sagrada ni aun la tesorería de Dios, no podrían apreciar la pureza y santidad de los santos en el reino de los cielos, ni el valor de la rica gloria, de la recompensa eterna reservada para los fieles vencedores. Su mente ha corrido tanto tiempo por un canal bajo y egoísta que no pueden apreciar las cosas eternas. No valoran la salvación. Es imposible elevar sus almas para estimar correctamente el plan de salvación o el valor de la expiación. Intereses egoístas han absorbido su ser entero, como un imán atraen la mente y los afectos, sujetándolos a un nivel bajo. Algunas de estas personas nunca alcanzarán la perfección del carácter. Sus mentes no se pueden elevar de modo que se encanten con la santidad. El amor a sí mismos y los intereses egoístas han dominado de tal modo el carácter que no pueden discernir entre lo sagrado y eterno y lo común. La causa de Dios y su tesorería no son más sagrados para ellos que los negocios y los bienes comunes destinados a fines mundanos.

Todos los que profesan ser seguidores de Cristo tienen deberes ineludibles en este sentido. La Ley de Dios especifica su deber hacia sus semejantes: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo". Al menospreciar la justicia, la misericordia y la benevolencia hacia sus semejantes, algunos han endurecido tanto el corazón que pueden ir aun más allá, y hasta robar a Dios sin sentir remordimiento de conciencia. Esas personas ¿cierran los ojos y el entendimiento al hecho de que Dios sabe, que él ve cada acción de ellos y el motivo que los impulsó a realizarlas? Su recompensa viene con él, y su paga delante de su rostro, para dar a cada uno según sus obras. Toda buena obra y toda mala acción y su influencia sobre otros, es rastreada por el Escudriñador de los corazones, ante quien queda revelado todo secreto. Y la recompensa será de acuerdo con los motivos que impulsaron cada acción.

A pesar de las repetidas advertencias y reprensiones que el Señor les ha enviado, los que han ocupado puestos de responsabilidad han seguido sus propios caminos y han sido guiados por su propio juicio no santificado, y en consecuencia, la causa de Dios ha sufrido, y las almas se han apartado de la verdad. Todos los que de este modo son culpables se encontrarán con un terrible registro en el día de la retribución final. Si llegaran a ser salvos, será por un esfuerzo nada común de su parte; su vida pasada debe

(462) ser revisada por ellos y redimida. Si esta obra se hace con sinceridad, y se sigue con perseverancia e incansable seriedad, será un completo éxito; pero muchos no tienen éxito, porque la seriedad con que empiezan la obra se desvanece, y se transforma en apatía y descuido. Sus esfuerzos son correctos al principio, mientras tienen alguna conciencia de su condición; pero tratan de olvidar el pasado, y lo pasan por alto sin quitar las piedras de tropiezo ni hacer una obra minuciosa. No expresan su arrepentimiento con una tristeza genuina por haber deshonrado a Dios con su influencia y haber permitido que las almas por las que Cristo murió se hubieran perdido. Hacen esfuerzos espasmódicos y se emocionan en gran manera; pero el hecho de que los esfuerzos cesan, que este sentimiento pronto pasa y es reemplazado por una apática indiferencia, demuestra que Dios no está plenamente en la obra. Por un tiempo los sentimientos fueron moldeados; pero la obra no llegó bien hondo para cambiar los principios que gobernaban sus acciones. Están tan expuestos a ser llevados de nuevo por el mismo

rumbo equivocado como al principio; pues no tienen fuerza para resistir los ardides de Satanás, sino que están sujetos a sus estratagemas.
La vida de un verdadero cristiano es siempre hacia adelante. No hay detenciones ni retrocesos. Es vuestro privilegio ser "llenos del conocimiento de su voluntad en toda sabiduría e inteligencia espiritual; para que andéis como es digno del Señor, agradándole en todo, llevando fruto en toda buena obra, y creciendo en el conocimiento de Dios; fortalecidos con todo poder, conforme a la potencia de su gloria, para toda paciencia y longanimidad; con gozo dando gracias al Padre que nos hizo aptos para participar de la herencia de los santos en luz" (Col. 1:9-12).
Insto a todos, especialmente a los que ministran en palabra y doctrina, a rendirse sin reservas a Dios. Consagrad vuestra vida a él, y sed por cierto ejemplos para la grey. No os conforméis más con permanecer enanos en las cosas espirituales. Que vuestra meta no sea nada menos que la perfección del carácter cristiano. Que vuestra vida sea sin egoísmo intachable, que pueda ser un vivo reproche para los egoístas, cuyos afectos parecen estar en su tesoro terrenal. Que Dios os conceda el ser fortalecidos conforme a las riquezas de su gloria "con poder en el hombre interior por (463) su Espíritu; para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor, seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios" (Efe. 3:16-19).

Ejercicio y Aire.-
En la creación del hombre el Señor designó que el hombre fuera activo y útil. No obstante, muchos viven en este mundo como máquinas inútiles, como si apenas existieran. No iluminan el camino de nadie, no son una bendición para nadie. Viven sólo para una carga para los demás. En cuanto a su influencia en favor del bien, son meras cifras; pero tienen peso en favor del mal. Observen de cerca la vida de esas personas, y apenas encontraréis algún acto de benevolencia desinteresada. Cuando mueren, su recuerdo muere con ellos. Su nombre pronto perece; por cuanto no pueden vivir, ni aun en el afecto de sus amigos, por medio de una sincera bondad y actos virtuosos. Para esas personas la vida ha sido un error. No han sido mayordomos fieles. Olvidaron que su Creador tiene derechos sobre ellos y que desea que sean activos en hacer el bien y en bendecir a otros con su influencia. Los intereses egoístas atraen la mente y llevan a olvidar a Dios y olvidar el propósito de su Creador.
Todos los que profesan ser seguidores de Jesús debieran considerar que tienen el deber de preservar su cuerpo en el mejor estado de salud, para que su mente pueda estar clara para comprender las cosas celestiales. Es necesario controlar la mente porque tiene una influencia muy poderosa sobre la salud. La imaginación con frecuencia engaña, y cuando se la complace, acarrea serias enfermedades. Muchos mueren de enfermedades mayormente imaginarias. Conocía varios que se han acarreado enfermedades reales por la influencia de la imaginación.
Una hermana era llevada por el esposo de la silla a la cama, y de habitación en habitación, porque ella pensaba que era demasiado (464) débil para caminar. Pero según me fue presentado el caso más adelante, podría haber caminado tan bien como yo, si lo hubiera pensado así. Si hubiera ocurrido un accidente, si la casa se hubiera prendido fuego, o uno de sus hijos hubiera estado en peligro inminente de caer y perder la vida, esta mujer se hubiera levantado por fuerza de las circunstancias, y hubiera caminado pronto y ágilmente. Con su vigor físico podía caminar; pero una imaginación enferma la llevaba a pensar que no podía, y no utilizaba su fuerza de voluntad para resistir ese engaño. La imaginación decía: No puedes caminar, es mejor que no trates de caminar. Quédate quieta; tus piernas son tan débiles que no puedes estar de pie. Si esta hermana hubiera ejercido su fuerza de voluntad y despertado sus entumecidas y dormidas energías, se hubiera visto ese engaño. Como consecuencia de

someterse a la imaginación, ella probablemente piensa aún hoy, que cuando estaba tan desvalida, era por necesidad. Pero esto era puramente un capricho de la imaginación, la que a veces juega una mala pasada a los enfermizos mortales.

Algunos temen tanto al aire que envuelven su cabeza y cuerpo de modo que llegan a parecer momias. Permanecen sentados en la casa, generalmente inactivos, temiendo agotarse y enfermarse si hacen ejercicio, ya sea en el interior o al aire libre. Podrían hacer ejercicio al aire libre en los días agradables, si sólo pensaran así. La continua inactividad es una de las mayores causas de debilidad del cuerpo y de la mente. Muchos de los que están enfermos, debieran gozar de buena salud, y poseer así una de las bendiciones más ricas que podrían disfrutar.

Se me ha mostrado que muchos que aparentemente son débiles, y siempre quejosos, no están tan mal como ellos se imaginan. Algunos de estos tienen una voluntad fuerte, que ejercida correctamente, sería un potente medio para controlar la imaginación, y así resistir la enfermedad. Pero con demasiada frecuencia la voluntad se ejercita de un modo equivocado y obstinadamente se niega a entrar en razón. Esta voluntad ha decidido el asunto; son inválidos, y quieren recibir la atención que se presta a los inválidos, sin considerar la opinión de los demás.

Se me ha mostrado a madres que son gobernadas por una imaginación enferma, cuya influencia sienten el esposo y los hijos. (465) Deben mantener las ventanas cerradas porque a la madre le molesta el aire. Si ella siente frío, y se abriga, piensa que sus niños deben ser tratados de igual modo, y así roba el vigor físico a toda la familia. Todos quedan afectados por una mente, perjudicados física y mentalmente por la imaginación enferma de una mujer, que se considera a sí misma la norma para toda la familia. El cuerpo se viste de acuerdo con los caprichos de una imaginación enferma y se lo sofoca bajo una cantidad de abrigo que debilita el organismo. La piel no puede cumplir su función; el hábito de evitar el aire y el ejercicio, cierra los poros, los pequeños orificios por los cuales el cuerpo respira, e imposibilita la expulsión de las impurezas a través de ese canal. El peso de esta labor recae sobre el hígado, los pulmones, los riñones, etc., y esos órganos internos se ven obligados a hacer el trabajo de la piel. Así las personas se acarrean enfermedades por causa de sus hábitos equivocados; a pesar de la luz y el conocimiento, insisten en su proceder. Razonan del siguiente modo: "¿No hemos probado? Y ¿no entendemos por experiencia el asunto?" Pero la experiencia de una persona cuya imaginación está errada, no debiera tener mucho valor para nadie.

La estación que más debiera temer el que se allega a estos inválidos es el invierno. Es por cierto invierno, no sólo afuera, sino en el interior, para los que se ven obligados a vivir en la misma casa y dormir en la misma habitación. Estas víctimas de una imaginación enfermiza se encierran en el interior y cierran las ventanas, porque el aire afecta sus pulmones y su cabeza. Su imaginación es activa, esperan pasar frío y por eso pasan frío. No hay modo de hacerles comprender que no entienden el principio que rige estos casos. ¿No lo han comprobado ellos? —objetan. Es cierto que han comprobado un aspecto de la cuestión —al insistir en su proceder—, y es cierto que pasan frío si se exponen en lo más mínimo. Son tiernos como bebés, y no pueden soportar nada. Sin embargo, siguen viviendo, continúan cerrando las ventanas y las puertas, y manteniéndose cerca de la estufa, disfrutando de su desgracia. Por cierto han comprobado que su proceder no les ha hecho bien, sino que ha aumentado sus dificultades. ¿Por qué esas personas no permiten que la razón influya en su juicio y controle la imaginación? ¿Por qué no probar ahora un procedimiento (466) opuesto, y de un modo razonable obtener ejercicio y aire afuera, en lugar de permanecer en la casa día tras día, más bien como un manojo de mercancías que como un ser activo?

La principal razón, si no la única, por la que muchos se transforman en inválidos es que la sangre no circula libremente, y los cambios del líquido vital, necesarios para la vida y la salud, no se realizan. No han dado ejercicio a sus cuerpos ni alimento a sus pulmones, que es el aire puro y fresco; por lo tanto, es imposible vitalizar la sangre, la que sigue su curso perezosamente por el organismo. Cuanto más ejercicio hagamos, mejor será la circulación de la sangre. Más gente muere por falta de ejercicio que

por exceso de fatiga; son más los que se echan a perder por el ocio que por el ejercicio. Los que se acostumbran a hacer ejercicio apropiado al aire libre, generalmente tienen una buena y vigorosa circulación. Dependemos más del aire que respiramos que de los alimentos que ingerimos. Los hombres y las mujeres, jóvenes y mayores, que desean tener buena salud, y que les gustaría tener una vida activa, debieran recordar que no pueden tenerlas sin una buena circulación. Cualquiera que sea su ocupación o inclinación, debieran decidirse a realizar tanto ejercicio al aire libre como puedan. Debieran considerar que es un deber religioso sobreponerse al estado de salud que los ha mantenido confinados en el interior de sus casas, privados del ejercicio al aire libre.

Algunos inválidos llegan a obstinarse en este asunto y se niegan a aceptar la gran importancia del ejercicio diario al aire libre, por el cual pueden obtener una provisión de aire puro. Por temor de tomar frío, persisten, año tras año, en hacer su voluntad y vivir en un ambiente sin vitalidad. Es imposible para esta clase de personas tener una circulación saludable. El organismo completo sufre por falta de ejercicio y aire puro. La piel se debilita y se vuelve más sensible a cualquier cambio atmosférico. Se ponen ropa adicional y aumentan el calor de las habitaciones. El día siguiente requiere un poco más de calor y un poco más ropa para sentirse perfectamente abrigados, y así satisfacen cada sentimiento cambiante hasta que tienen muy poca vitalidad para soportar el frío. Algunos preguntan: "¿Qué haremos? ¿Quiere que pasemos frío?" Si agregáis ropa, que sea muy poca, y haced ejercicio, si es posible, para recuperar el calor que necesitáis. Si realmente no (467) podéis hacer ningún ejercicio activo, calentaos junto al fuego; pero tan pronto como entréis en calor, quitaos la ropa extra y alejaos del fuego. Si los que pueden, se ocuparan de una labor activa para apartar los pensamientos de sí mismos, generalmente se olvidarían de que sentían frío y no se perjudicarían. Debierais bajar la temperatura de vuestra habitación tan pronto como hayáis recuperado vuestro calor habitual. Para los inválidos que tienen los pulmones débiles, nada es peor que una atmósfera muy caliente.

Con demasiada frecuencia los inválidos se privan de la luz solar. Este es uno de los agentes más ganadores de la naturaleza. Es un remedio muy sencillo, y por eso no muy de moda, disfrutar de los divinos rayos del sol y hermosear nuestro hogar con su presencia. Está de moda cuidar de excluir la luz del sol de nuestras salas y dormitorios; se cuelgan cortinas y se cierran las celosías, como si sus rayos fueran perjudiciales para la vida y la salud. No es Dios el que nos ha enviado las muchas penas que sufren los mortales. Nuestra propia insensatez nos ha llevado a privarnos de cosas que son preciosas, de bendiciones que Dios ha provisto, y que, si se usan correctamente, son de inestimable valor para recuperar la salud. Si deseáis que vuestros hogares sean dulces y acogedores, iluminadlos con aire y sol. Quitad las pesadas cortinas, abrid las ventanas y las celosías, y disfrutad de la rica luz del sol, aun a costa del color de las alfombras. Los preciosos rayos del sol pueden decolorar vuestras alfombras, pero darán un color saludable a las mejillas de vuestros hijos. Si tenéis la presencia de Dios y poseéis corazones fervientes y amantes, un hogar humilde, brillante de aire y sol y alegre con una hospitalidad sin egoísmo, será para vuestra familia y para el cansado viajero, un cielo en la tierra.

A muchos les han enseñado desde la niñez que el aire nocturno es muy perjudicial para la salud, y por eso debe excluirse de las habitaciones. Para su propio daño cierran las ventanas y puertas de los dormitorios para protegerse del aire nocturno, que dicen que es tan peligroso para la salud. En esto se engañan. En el fresco de la noche puede ser necesario protegerse del frío con ropa extra, pero debieran dar aire a sus pulmones.

Una noche de otoño viajábamos en un coche lleno, donde el (468) aire se había contaminado por la respiración de tanta gente. Las exhalaciones de los pulmones y los cuerpos me produjeron una tremenda sensación de náusea. Levanté mi ventanilla y estaba disfrutando del aire fresco, cuando una dama, en tono serio e implorante, exclamó: "Por favor, baje esa ventanilla. Se va a enfriar y a enfermar, porque el aire nocturno es tan malsano". Le contesté: "Señora, no tenemos otro aire, en este coche o afuera, sino el aire nocturno. Si se niega a respirar el aire nocturno, entonces debe dejar de respirar. Dios ha provisto para sus criaturas aire para respirar durante el día, y el mismo aire, un poco más

fresco, para la noche. En la noche no es posible respirar otra cosa que no sea el aire nocturno. La cuestión es: ¿Será el aire nocturno que respiramos puro, o es de mejor calidad después que ha sido respirado una y otra vez? ¿Es benéfico para la salud respirar el aire contaminado de este coche? Las exhalaciones de los pulmones y cuerpos de hombres impregnados de tabaco y alcohol, contaminan el aire y son un peligro para la salud; y sin embargo casi todos los pasajeros permanecen sentados tan indiferentes como si estuvieran respirando el aire más puro. Dios sabiamente ha provisto que en la noche respiremos aire nocturno, y en el día aire diurno. Si no cumplimos el plan de Dios, y la sangre se vuelve impura, es porque nuestros hábitos equivocados la han hecho así. Pero el aire de la noche, respirado en la noche, por sí mismo no envenena la corriente de vida humana". Muchos sufren enfermedades porque se niegan a recibir en sus habitaciones en la noche el aire puro nocturno. El puro y gratuito aire del cielo es una de las más ricas bendiciones que podemos gozar.

Otra preciosa bendición es el ejercicio apropiado. Hay muchos indolentes, inactivos que no sienten inclinación por el trabajo físico o por el ejercicio porque los cansa. ¿Qué importa si los cansa? La razón por la que se cansan es que no fortalecen sus músculos por medio del ejercicio, por lo tanto les afecta el más pequeño esfuerzo. Las mujeres y niñas enfermas se sienten más satisfechas al ocuparse en trabajos livianos, como crochet, bordado, o encaje al hilo, que al hacer trabajo físico. Si los enfermos desean recuperar la salud, no debieran descontinuar el ejercicio físico; porque así aumentarán la debilidad muscular y el decaimiento general. Vendad un brazo y dejad de usarlo por unas (469) pocas semanas, después quitadle las vendas y descubriréis que es más débil que el brazo que habéis estado usando moderadamente durante el mismo tiempo. La inactividad produce el mismo efecto en todo el sistema muscular. No permite que la sangre despida las impurezas como sucedería si el ejercicio indujera una circulación activa.

Cuando el tiempo lo permite, todos los que puedan hacerlo, debieran caminar al aire libre en verano e invierno. Pero la ropa debiera ser apropiada para el ejercicio, y los pies debieran estar bien protegidos. Una caminata, aun en invierno, sería más benéfica para la salud que todas las medicinas que los médicos puedan prescribir. Para los que pueden caminar, es preferible caminar en vez de cabalgar. Los músculos y las venas pueden realizar mejor su trabajo. Habrá un aumento de la vitalidad, tan necesaria para la salud. Los pulmones tendrían una actividad bien necesaria, puesto que es imposible salir al tonificante aire de una mañana invernal sin llenar bien los pulmones.

Algunos piensan que las riquezas y el ocio son realmente bendiciones. Pero cuando algunas personas se enriquecen, o inesperadamente heredan una fortuna, interrumpen sus hábitos activos, están ociosos, viven cómodamente, su utilidad parece terminar; se vuelven intranquilos, ansiosos e infelices, y su vida pronto se acaba. Los que siempre están ocupados, y llevan a cabo alegremente sus tareas diarias, son los más felices y más sanos. El descanso y la calma de la noche brinda a sus cuerpos cansados un continuado sueño. El Señor sabía lo que traería felicidad al hombre, cuando le dio el trabajo. La sentencia de que el hombre debe trabajar para ganar su pan, y la promesa de futura felicidad y gloria, vinieron del mismo trono. Ambas son bendiciones. Las mujeres preocupadas por la moda son inútiles para la prosecución de los buenos propósitos de la vida. Poseen muy poca fuerza de carácter, tienen poca voluntad moral y energía física. Su más alta meta es ser admiradas. Mueren prematuramente y no se las extraña, pues no han sido una bendición para nadie.

El ejercicio ayuda a la digestión. Salir a caminar después de comer, con la cabeza erguida, enderezando los hombros y haciendo un moderado ejercicio, será de gran beneficio. La mente se apartaría de uno mismo, y se concentraría en las bellezas de la (470) naturaleza. Cuanto menos se presta atención al estómago después de una comida, mejor. Si constantemente teméis que la comida os haga mal, muy probablemente sucederá así. Olvidaos de vosotros mismos y pensad en algo alegre.

Muchos son víctimas de la idea errónea de que si se han resfriado deben excluir el aire exterior y aumentar la temperatura de su habitación hasta que sea excesivamente alta. El organismo puede estar descompuesto, los poros pueden estar cerrados por el material de desecho, y los órganos internos más o

menos inflamados, porque la sangre se ha retirado de la superficie y se ha ido hacia ellos. En estos casos, más que en otros, no se debiera privar a los pulmones de aire puro y fresco. Si hay un momento en que el aire puro es necesario, es cuando alguna parte del organismo, como los pulmones o el estómago, se enferma. Un ejercicio juicioso llevaría la sangre a la superficie, y aliviaría los órganos internos. Un ejercicio vigorizante, aunque no violento, al aire libre, con ánimo alegre, activará la circulación, dando un brillo saludable a la piel, y enviando la sangre, vitalizada por el aire puro, a las extremidades. El estómago enfermo se aliviará con el ejercicio. Con frecuencia los médicos aconsejan a los enfermos visitar países extranjeros, ir a las termas, o navegar, con el fin de recuperar la salud; cuando, en nueve casos de diez, si se alimentaran moderadamente e hicieran un ejercicio saludable con ánimo alegre, recuperarían la salud y ahorrarían tiempo y dinero. El ejercicio, y un aprovechamiento generoso y abundante del aire y de la luz solar —bendiciones que el Cielo brinda liberalmente a todos— darían vida y fuerza al extenuado enfermo.

Muchas mujeres se contentan con trabajar cerca de la estufa de cocinar, respirando aire impuro la mitad o las tres cuartas partes del tiempo, hasta que el cerebro se calienta y medio se entumece. Debieran salir y hacer ejercicio todos los días, aunque tengan que descuidar algunas de las tareas de la casa. Necesitan el aire fresco para calmar su cerebro aturdido. No necesitan ir a ver a sus vecinas para chismear, pero debieran imponerse como meta hacer algo bueno, trabajar con el fin de beneficiar a otros. Entonces serán un ejemplo para los demás y recibirán un beneficio real ellas mismas. (471)

Una salud perfecta depende de una perfecta circulación. Debiera prestarse atención especial a las extremidades, con el fin de que estén tan completamente abrigadas como el pecho y la zona del corazón, donde se concentra la mayor cantidad de calor. Los padres que visten a sus hijos con las extremidades desnudas o casi desnudas, sacrifican la salud y la vida de sus hijos ante la moda. Si estas partes no están tan abrigadas como el cuerpo, la circulación no es pareja. Cuando las extremidades, las cuales están lejos de los órganos vitales, no están correctamente arropadas, la sangre se va a la cabeza, causando dolor de cabeza o hemorragia de la nariz; o se experimenta una sensación de plenitud en el pecho, que produce tos y palpitación del corazón, por causa de la acumulación excesiva de sangre en ese lugar; o el estómago tiene demasiada sangre, y causa indigestión.

Para seguir la moda, las madres visten a sus hijos con las extremidades casi desnudas; y la sangre se retrae de su curso natural hacia los órganos internos, interrumpiendo la circulación y causando enfermedad. Nuestro Creador no formó las extremidades para que estuvieran expuestas, como la cara. El Señor proveyó a la cara una inmensa circulación, porque debía estar expuesta. También proveyó grandes venas y nervios para las extremidades y los pies, para que contuvieran una gran cantidad de la corriente de la vida, para que los miembros pudieran estar tan uniformemente templados como el cuerpo. Estos debieran estar tan cabalmente vestidos como para inducir la circulación de la sangre a las extremidades. Satanás inventó la moda que deja los miembros expuestos, enfriando la corriente de vida y desviándola de su curso original. Y los padres se inclinan ante el altar de la moda y visten a sus hijos de tal modo que los nervios y venas se contraen y no cumplen el propósito que Dios les asignó. El resultado es que los pies y las manos están habitualmente fríos. Los padres que siguen la moda en lugar de la razón, tendrán que rendir cuenta ante Dios por robar salud a sus hijos. Aun la vida misma con frecuencia se sacrifica al dios de la moda.

Los niños vestidos de acuerdo a la moda no pueden soportar la exposición al aire libre a menos que el tiempo sea benigno. Por lo tanto, padres e hijos permanecen en habitaciones mal ventiladas, por temor al aire libre; o bien lo hacen, con su modo de vestir a la (472) moda. Si se vistieran juiciosamente, y tuvieran el valor moral de ponerse de parte de lo correcto, no pondrían en peligro su salud al salir en verano e invierno, y hacer ejercicio libremente al aire libre. Pero si se los dejara seguir su propio parecer sin perturbarlos, muchos sacrificarían completamente su propia vida y la de sus hijos. Y los que se ven obligados a cuidarlos se transforman en víctimas. La enferma que está dominada por la imaginación es de temer. Todos los que viven en la casa con ella se debilitan. El esposo pierde su vigor

nervioso, y se enferma porque, durante una considerable parte del tiempo, su esposa le roba el aire vital del cielo. Pero los pobres niños, que piensan que la madre sabe mejor lo que es bueno, son los que más sufren. El proceder equivocado de la madre la ha debilitado, y si ella siente frío, se envuelve con más abrigo, y hace lo mismo con los niños, pensando que también deben estar con frío. Cierra las puertas y ventanas, y aumenta la temperatura de la habitación. Los niños con frecuencia son menudos y débiles, y no poseen un alto grado de valor moral. El esposo y los hijos están así encerrados en el invierno, esclavos de las ideas de una mujer controlada por la imaginación, y a veces obstinada. Los miembros de una familia así son mártires diarios. Están sacrificando la salud ante el capricho de una mujer fantasiosa, quejosa, murmuradora. Están privados, en gran medida, del aire que los fortalece y les da energía y vitalidad.

Los que no usan sus extremidades todos los días notarán que se sienten débiles cuando traten de hacer ejercicio. Las venas y los músculos no están en condiciones de cumplir su función y mantener toda la maquinaria en saludable acción, cada órgano cumpliendo su parte. Los miembros se fortalecen con el uso. Un ejercicio moderado cada día impartirá fuerza a los músculos, que sin ejercicio se ponen fláccidos y endebles. Por medio del ejercicio activo y diario al aire libre, el hígado, los riñones, y los pulmones también se fortalecerán para hacer su trabajo. Traed en vuestra ayuda el poder de la voluntad, que resistirá el frío y dará energía al sistema nervioso. En poco tiempo os daréis cuenta del beneficio del ejercicio y del aire puro y no viviríais sin esas bendiciones. Vuestros pulmones, privados del aire, serán como una persona hambrienta privada de alimento. Por cierto, podemos (473) vivir más tiempo sin alimento que sin aire, que es el alimento que Dios ha provisto para los pulmones. Por lo tanto, no lo consideréis un enemigo, sino una preciosa bendición de Dios.

Si los enfermos se permiten fomentar una imaginación enfermiza no sólo derrocharán sus propias energías, sino también la vitalidad de quien los cuida. Aconsejo a las hermanas enfermas que se han acostumbrado a llevar mucha ropa que la dejen gradualmente. Algunas de vosotras vivís sólo para comer y respirar, y no cumplís el propósito para el cual fuisteis creadas. Debierais tener un elevado objetivo en la vida, tratar de ser útiles y eficientes para con vuestras propias familias y llegar a ser miembros útiles de la sociedad. No debierais hacer que la atención de la familia se centre en vosotras, ni debierais depender mayormente de la compasión de los demás. Haced vuestra parte en la obra de dar amor y consuelo a los desafortunados, recordando que ellos tienen sus propias penas y pruebas. Intentad aligerar sus cargas por medio de palabras de simpatía y amor. Al ser una bendición para los demás, seréis una bendición para vosotras mismas.

Los que, tanto como sea posible, se ocupan en hacer el bien de los demás, dándoles una demostración práctica de su interés por ellos están no sólo aliviando los males de la vida al ayudarlos a llevar sus cargas, sino que al mismo tiempo contribuyen en buen grado a la salud de su propia alma y su propio cuerpo. Hacer el bien beneficia tanto al dador como al receptor. Si olvidáis al yo en vuestro interés por los demás, ganáis una victoria sobre vuestras flaquezas. La satisfacción que sentiréis al hacer el bien os ayudará en gran manera a recuperar la salud de la imaginación. El placer de hacer el bien anima la mente y vibra a través de todo el cuerpo. Mientras que el rostro de los hombres benevolentes se ilumina de alegría, y su aspecto expresa el elevado nivel moral de la mente, el rostro de los hombres egoístas y avaros está abatido, decaído y melancólico. Sus defectos morales se dejan ver en su semblante. El egoísmo y el amor propio dejan su propio sello en el hombre exterior. La persona motivada por una verdadera y desinteresada benevolencia participa de la naturaleza divina, habiendo escapado a la corrupción que está en el mundo por la concupiscencia; mientras que los egoístas y avaros han fomentado su egoísmo al punto de marchitar sus (474) simpatías sociales, y su semblante refleja la imagen del enemigo caído, más bien que la pureza y la santidad.

Enfermos, os aconsejo que arriesguéis algo. Despertad vuestra fuerza de voluntad, y al menos probad esto. Quitad vuestros pensamientos y afectos de vosotros mismos. Andad por fe. ¿Sentís inclinación por centrar vuestros pensamientos en vosotros mismos, temiendo hacer ejercicio, y temiendo que si os

exponéis al aire perderéis vuestra vida? Resistid esos pensamientos y sentimientos. No os rindáis a vuestra imaginación enfermiza. Si fracasáis en la prueba, moriréis. Y ¿qué problema hay si morís? Es mejor que se pierda una vida antes que muchas sean sacrificadas. Los caprichos o ideas que albergáis, no sólo están destruyendo vuestra propia vida, sino también perjudicando a aquellos cuya vida es más valiosa que la vuestra. Pero la conducta que os recomendamos no os proveerá de la vida, ni os dañará. Os beneficiaréis con ella. No es necesario que seáis precipitados o imprudentes. Empezad moderadamente a tomar más aire y hacer ejercicio, y seguid nuestra reforma hasta que lleguéis a ser útiles, a ser una bendición para vuestras familias y para todos los que os rodean. Que vuestro juicio os convenza de que el ejercicio, la luz solar, y el aire son las bendiciones que el cielo ha provisto para sanar a los enfermos y mantener sanos a los que no están enfermos. Dios no os priva de estas gratuitas bendiciones otorgadas por el cielo, pero vosotros os habéis castigado a vosotros mismos al cerrarles vuestras puertas. Correctamente usados, estos sencillos pero poderosos agentes ayudarán a la naturaleza a vencer las dificultades reales, si existieran, y darán un tono saludable a la mente y vigor al cuerpo.

En el mundo actual, cuando el vicio y la moda controlan a hombres y mujeres, los cristianos debieran poseer caracteres virtuosos y una gran porción de buen sentid<) común. Si esto fuese una realidad, los semblantes que ahora se ven ensombrecidos, con señales de enfermedad y corrupción, estarían llenos de esperanza y alegría, iluminados por una verdadera bondad y una conciencia limpia.

El ocio es la mayor maldición que sufre nuestra raza. Los desafortunados niños que han sido formados y educados por madres que no poseen verdadero valor moral, sino que tienen imaginaciones (475) enfermizas y sufren dolencias imaginarias, necesitan la simpatía, la instrucción paciente, y el tierno cuidado de todos los que puedan ayudarlos. No se satisfacen las necesidades de estos niños, y reciben una educación tal que los incapacita para ser miembros útiles de la sociedad mientras vivan, y los lleva a la muerte prematuramente. Si su vida se alargara, nunca olvidarán las lecciones que les enseñara su madre. Por medio de sus palabras y acciones ella ha dejado en sus hijos la impronta de los errores de su vida, y en muchos casos ellos seguirán sus pasos. Su manto cae como una oscura mortaja sobre sus pobres hijos. Su proceder inconstante ha dejado el sello de su carácter en la vida de ellos, y ellos no pueden sobreponerse fácilmente a la educación recibida en la niñez.

Los lazos terrenos más tiernos son los que unen a la madre y a su hijo. El niño queda más fácilmente impresionado por la vida y el ejemplo de la madre que por los del padre, porque los unen lazos más fuertes y más tiernos. Las madres tienen una gran responsabilidad. Si pudiera impresionarlas con la obra que pueden hacer para moldear la mente de sus hijos, me sentiría inmensamente contenta.

Si los padres mismos se informaran, y sintieran la importancia de aplicar este conocimiento de un modo práctico a la educación de sus queridos hijos, verían una situación diferente entre los jóvenes y los niños. Los niños necesitan recibir instrucción acerca de su propio cuerpo. Hay muy pocos jóvenes que tienen un conocimiento definido de los misterios de la vida. Conocen muy poco acerca de su organismo. Dice David: "Te doy gracias por tan grandes maravillas: prodigio soy, prodigios son tus obras" (Sal. 139:14, Biblia de Jerusalén). Enseñad a vuestros hijos a reconocer las consecuencias de sus actos; mostradles que si violan las leyes de su ser, deben pagar su culpa sufriendo enfermedad. Si al esforzaron no veis ninguna mejoría notable, no os desaniméis; instruid pacientemente, renglón tras renglón, mandamiento tras mandamiento, un poquito aquí y un poquito allá. Si por este modo habéis logrado olvidaron de vosotros mismos, habéis dado un paso en la dirección correcta. Perseverad hasta que obtengáis la victoria. Continuad enseñando a vuestros hijos acerca de su propio cuerpo y cómo cuidarlo. El

(476) descuido acerca de la salud del cuerpo tiende al descuido del carácter moral.

No dejéis de enseñar a vuestros hijos a cocinar. Al hacerlo les impartís principios que deben ser parte de su educación religiosa. Al dar a vuestros hijos lecciones de fisiología, y al enseñarles a cocinar con sencillez, pero con habilidad, estáis colocando los fundamentos de las ramas más útiles de la educación.

Se requiere habilidad para hacer un pan bueno y liviano. Hay religión en la buena cocina, y cuestiono la religión de los que son demasiado ignorantes y demasiado descuidados para aprender a cocinar.
Vemos semblantes cetrinos y dispépticos quejosos dondequiera que vamos. Cuando nos sentamos a las mesas y comemos los alimentos cocinados del mismo modo durante meses, y quizá durante años, me maravillo de que esas personas estén vivas. El pan y las galletas están amarillos por el bicarbonato de soda. Se recurre al bicarbonato de soda para solucionar un descuido. Debido a un olvido, a menudo el pan se vuelve agrio antes de hornearlo, y para remediar este mal se le agrega una gran cantidad de bicarbonato de soda, lo que sólo hace al pan totalmente impropio para el estómago humano. Ninguna forma de bicarbonato de soda se debiera introducir en el estómago, pues el efecto es terrible. Consume las membranas del estómago, causa inflamación, y con frecuencia envenena todo el organismo. Algunos aducen: "No puedo hacer buen pan o bizcochos sin usar soda o bicarbonato de soda". Por cierto que podéis si queréis ser alumnas y deseáis aprender. ¿No es la salud de vuestra familia de valor suficiente para despertar vuestro interés por aprender a cocinar y a comer?
Lo que ingerimos no puede convertirse en buena sangre a menos que sea de buena calidad, sencillo y nutritivo. El estómago nunca puede convertir el pan agrio en dulce. Los alimentos pobremente preparados no son nutritivos y no pueden producir buena sangre. Estas cosas que irritan y trastornan el estómago tendrán una influencia que entorpece los más delicados sentimientos del corazón. Muchos de los que adoptan la reforma pro salud se quejan de que no les sienta bien; pero, después de sentarme a sus mesas, llego a la conclusión de que la falla no está en la reforma pro salud, sino en los alimentos pobremente preparados. Los partidarios de la reforma pro salud, más que (477) todos los demás, debieran ser cuidadosos en evitar los extremos. El cuerpo debe tener suficientes nutrimentos. No podemos subsistir sólo del aire. Tampoco podemos conservar la salud a menos que tengamos alimentos nutritivos. Los alimentos debieran prepararse bien de modo que sean sabrosos. Las madres debieran ser fisiólogas prácticas y enseñar a sus hijos a conocerse a sí mismos y a tener valor moral para practicar principios correctos en desafío a las modas destructoras de la vida y de la salud. La transgresión innecesaria de las leyes de nuestro ser es una violación de la Ley de Dios.
Una cocina deficiente está lentamente desgastando las energías vitales de miles. Es peligroso para la salud y la vida comer en algunas mesas el pan pesado y agrio y el resto de los alimentos preparados de acuerdo con él. Madres, en vez de tratar de dar a vuestras hijas una educación musical, instruidlas en estas ramas útiles relacionadas de cerca con la vida y la salud. Enseñadles todos los misterios de la cocina. Mostradles que ésa es una parte de su educación, esencial para su formación cristiana. A menos que los alimentos sean preparados de un modo saludable y sabroso, no pueden convertirse en buena sangre para reconstituir los tejidos desgastados. Puede que a vuestras hijas les guste la música, y esto puede ser correcto, puede contribuir a la felicidad de la familia; pero el conocimiento de la música sin el conocimiento de la cocina no tiene mucho valor. Cuando vuestras hijas tengan sus propias familias, los conocimientos acerca de la música y del bordado no proveerán la mesa con una comida bien preparada, arreglada con gusto, de modo que no se ruboricen al presentarla ante sus más apreciados amigos. Madres, vuestra obra es sagrada. Dios quiera ayudaros a emprenderla con su gloria en vista y a trabajar ferviente, paciente y amorosamente para bien presente y futuro de vuestros hijos, con la vista puesta sólo en la gloria de Dios. (478)

Reprensión del Egoísmo.-
Estimado Hno. A: Desde el Congreso de Illinois, su caso me ha preocupado mucho. Cuando recuerdo algunas cosas que se me mostraron acerca de los ministros, especialmente usted, me siento tremendamente angustiada. En la reunión de Illinois hablé especialmente acerca de las cualidades de un ministro. Cuando presenté ante la gente las cualidades de un ministro que lleva el solemne mensaje para estos últimos días, mucho de lo que dije se refería a usted, y esperé oír algún reconocimiento suyo. Antes que hablara, su esposa conversó con la hermana Hall acerca de su desaliento. Dijo que usted no

sabía si era su deber predicar; dudaba acerca de cuál era su deber, y estaba desanimado, y no trabajaba como lo haría si se sintiera seguro. La hermana Hall me sugirió que, si pronunciaba una palabra de aliento para usted, agradaría a su esposa. Le dije a la hermana Hall que no tenía ninguna palabra de aliento que decir, y que si usted estaba indeciso sería mejor que esperara hasta que conociera su deber por sí mismo. Entonces hablé de las cualidades de un ministro de Cristo; y si hubiera cumplido cabalmente mi misión, le hubiera hablado claramente a usted mientras estábamos en la plataforma. La presencia de no creyentes fue la única razón que me detuvo.

En Minnesota también me sentí preocupada por el proceder de nuestros ministros, al ver al hermano B y conversar con él acerca de sus defectos, que se interponían a su obra de salvar almas. Su manera de ocuparse de las cosas de esta vida nuevamente trajo su caso tan claramente ante mí, que si hubiera estado bien, le hubiera escrito antes de dejar el congreso. No tuvimos un período de descanso, sino que vinimos directamente a Wisconsin. Estuve enferma; sin embargo Dios me fortaleció para cumplir con mi deber ante la gente. Cuando estaba frente al público reconocí algunos rostros que no recuerdo haber visto antes. Nuevamente, su caso se me presentó claramente, en conexión con otros. Este era el lugar donde su influencia había sido una (479) devastadora maldición más bien que una bendición. Era también el lugar donde hasta usted podría haber hecho mucho bien. Si hubiera estado consagrado a Dios y hubiera trabajado sin egoísmo por la salvación de las almas por las que Cristo murió, sus esfuerzos hubiesen sido un completo éxito. Usted comprendía los argumentos en favor de nuestra posición. Las razones de nuestra fe, presentadas a la mente de los que no han sido iluminados acerca de ella, dejan una decidida impresión, si las mentes no están llenas de prejuicio para no aceptar las evidencias. Vi a algunos que tenían las mejores características para llegar a ser excelentes cristianos observadores del sábado en las cercanías de ----- y -----. Pero mientras algunos estaban encantados con la bella cadena de verdades, y estaban a punto de decidirse por ellas, usted dejó el campo sin completar la obra que había emprendido. Eso fue peor que si nunca hubiera entrado en ese campo. Ese interés nunca podrá despertarse de nuevo.

Por años hemos recibido luz en cuanto a este punto, mostrando la necesidad de continuar fomentando el interés que se haya despertado, y de ningún modo dejar de trabajar hasta que todos los que se inclinan por la verdad se hayan decidido, hayan experimentado la conversión necesaria para el bautismo y se hayan unido a alguna iglesia o hayan formado ellos mismos una iglesia. No hay circunstancias suficientemente importantes para apartar a un ministro de su obra cuando la presentación de la verdad ha suscitado interés. Aun la enfermedad y la muerte son de menor importancia que la salvación de las almas por las que Cristo hizo tan inmenso sacrificio. Los que sienten la importancia de la verdad y el valor de las almas por las que Cristo murió, no abandonarán por ninguna razón el interés despertado en la gente. Dirán: Dejad que los muertos entierren a sus muertos. Los intereses del hogar, las tierras y propiedades, no debieran ejercer el más mínimo poder para apartarlos del campo de trabajo. Si los ministros permiten que estas cosas temporales los distraigan de la obra, el único camino que les queda es dejar todo, no poseer tierras o intereses temporales que puedan influir para apartarlos de la solemne obra de estos últimos días. Un alma es de mayor valor que el mundo. ¿Cómo pueden los hombres que profesan haberse entregado a la sagrada obra de salvar almas, permitir que sus pequeñas (480) pasiones temporales absorban su mente y su corazón, y los aparten de la elevada vocación que profesan haber recibido de Dios?

Hermana A, vi que su influencia en el vecindario de ----- y ----- ha causado gran perjuicio a la causa de Dios. Supe lo que fue esa influencia cuando usted estuvo en Battle Creek la última vez. Cuando escribía material importante para los ministros, se me presentó su caso, y tuve la intención de escribirle antes, pero me fue imposible. Durante tres noches he dormido poco. He tenido su caso en mente casi todo el tiempo. Le escribía mentalmente cuando estaba acostada y también despierta. Cuando reconocí en la congregación a las mismas personas que habían sido perjudicadas por su influencia, debiera haber hablado del asunto si usted hubiese estado presente. Nadie me hizo la más mínima insinuación acerca

de su conducta. Me sentí obligada a hablar a uno o dos acerca de este caso, diciéndoles que recordaba su rostro en conexión con algunas de las cosas que me fueron mostradas acerca de usted. Entonces, con mucho desagrado, me contaron hechos que confirmaban todo lo que les había dicho a ellos. Dije sólo lo que debía decir en el temor de Dios, cumpliendo mi deber de su sierva.

Hace dos años vi que tanto usted como su esposa eran personas muy egoístas y mezquinas. Apreciaban más sus propios intereses egoístas que las almas por las que Cristo murió. Se me mostró que generalmente usted no tenía éxito en sus labores. Tiene la habilidad de presentar la verdad, tiene una mente inquisitiva, y si no fuera por los muchos defectos de su carácter cristiano, podría realizar una buena obra. Pero, por muchas razones, no ha tenido éxito de la predicación de la verdad. Una de las más grandes maldiciones de su vida, hermano A, ha sido su supremo egoísmo. Han estado haciendo cálculos para su propio beneficio. Ambos se han constituido en el centro de interés y atención. Cuando van a un lugar y visitan a una familia, son una carga para ellos, permiten que cocinen para ustedes y les sirvan; y ninguno intenta compensar la molestia que causa. La familia se puede estar esforzando duramente para llevar sus propias cargas y las suyas; y ustedes dos son tan egoístas que no pueden ver que ellos están extenuados y ustedes dos están físicamente mejor capacitados que (481) ellos para realizar el trabajo. Hermano A, usted es demasiado indolente para agradar a Dios. Cuando se necesita madera o agua, no se da por enterado, y deja que las traigan los que ya han trabajado en exceso, con frecuencia las mujeres, cuando estas pequeñas tareas, estas atenciones de la vida, son las que usted necesita para su propio bienestar. La indolencia que manifiesta, y la tendencia a aprovecharse de todo lo que pueda ser ventajoso para usted, ha sido un oprobio para la verdad y una piedra de tropiezo para los no creyentes.

Igual que usted, su esposa ama su comodidad. Han pasado el tiempo en cama, cuando podían estar levantados mostrando activamente un interés especial en la familia que estaban recargando. Pensaron que, por ser usted un ministro, ellos debieran considerar que su presencia es un favor, y debieran servirlo y rendirle favores, mientras que ustedes no tenían otra cosa que hacer que cuidar de sus propios intereses egoístas. Han dado muy mala impresión. Los consideraron a ambos representantes de los ministros y de sus esposas que están ocupados en presentar al mundo el sábado y el pronto regreso de nuestro Señor.

Los que conocen su condición dirán que su profesión, sus enseñanzas, y su vida no están de acuerdo. Ven que sus frutos no son buenos, y llegan a la decisión de que usted no cree en las cosas que enseña a los demás. Llegan a la conclusión de que todos los ministros son como usted, y que las verdades sagradas y eternas son, después de todo, una mentira. ¿Quién será responsable de dar esa impresión y de esos deplorables resultados? Ojala pueda usted ver el gran peso que cae sobre usted como consecuencia de su egoísmo, que es una maldición para usted y para los que lo rodean.

Además, hermano A, a usted lo preocupan sentimientos e impresiones que son el fruto natural del egoísmo. Se imagina que los demás no aprecian sus labores. Piensa que usted es capaz de realizar una gran obra, pero se excusa de que su fracaso se debe a que los demás no le dan el lugar y el valor que merece. Usted siente celos de los demás y ha estorbado el avance de la causa en Illinois y en Wisconsin, haciendo poco y poniendo obstáculos ante los que harían el trabajo si usted no se interpusiera en su camino. Su sensibilidad y celo han debilitado las manos de los (482) que podrían poner las cosas en orden y levantar estas asociaciones. Si se ve algún progreso en esos estados, usted se inclina a pensar que es atribuible en gran medida a usted, cuando es un hecho que si se dejaran las cosas a su dictado, rápidamente se vendrían abajo. En sus predicaciones es generalmente demasiado seco y formal. No entreteje lo práctico con lo doctrinal. Habla demasiado y cansa a la gente. En lugar de espaciarse sólo en la porción del tema que puede aclarar plenamente para que todos lo comprendan, usted diverge y se detiene en pequeños detalles que no ayudan a comprender el tema y muy bien podrían pasarse por alto. Cuando se incluye tanto material que no es realmente necesario, el oyente pierde el hilo del tema y no puede retener el asunto en la memoria. Cuando un ministro consigue la

atención de la gente, debiera avanzar de un punto a otro, en lo posible dejando esos puntos sin recargar con una masa de palabras e insignificantes detalles. Debieran dejar sus ideas tan claras ante la gente como las señales camineras. Cubrir los puntos importantes y vitales con un atavío de palabras, deteniéndose en todo lo que tenga alguna distante relación con el tema, destruye su fuerza y oscurece la hermosa y coherente cadena de la verdad. Usted es lento y tedioso en su predicación, así como en todo lo que emprende. Si alguna vez hubo un hombre que necesitaba la energía del Espíritu de verdad, es usted. Necesita que Cristo se forme en usted, como la esperanza de gloria. Necesita la religión, la religión genuina.

Me fueron señaladas las siguientes palabras inspiradas: "¿Quién es sabio y entendido entre vosotros? Muestre por la buena conducta sus obras en sabia mansedumbre". "Pero la sabiduría que es de lo alto es primeramente pura, después pacífica, amable, benigna, llena de misericordia y de buenos frutos, sin incertidumbre ni hipocresía. Y el fruto de justicia se siembra en paz para aquellos que hacen la paz" (Sant. 3:13, 17-18). Los hombres llamados por Dios para la obra de salvar almas sentirán la responsabilidad por la gente. Los intereses egoístas serán absorbidos por su profunda preocupación por la salvación de las almas por las cuales Cristo murió. Sentirán la fuerza de la exhortación de Pedro: "Ruego a los ancianos que están entre vosotros, yo anciano también con ellos, y testigo de los padecimientos de Cristo, (483) que soy también participante de la gloria que será revelada: Apacentad la grey de Dios que está entre vosotros, cuidando de ella, no por fuerza, sino voluntariamente; no por ganancia deshonesta, sino con ánimo pronto; no como teniendo señorío sobre los que están a vuestro cuidado, sino siendo ejemplos de la grey. Y cuando aparezca el Príncipe de los pastores, vosotros recibiréis la corona incorruptible de gloria" (1 Pedro 5:1-4).

Por naturaleza usted es terco. Los celos y la obstinación son los frutos naturales del egoísmo. Ha mejorado algo, pero vi que todavía le falta mucho. Vi tan claramente la desgraciada influencia de su vida egoísta y falta de consagración, que temo que nunca verá cuán odiosos son estos rasgos de carácter ante Dios. Temo que usted no se dará suficiente cuenta de esto para desecharlos y llegar a ser como su abnegado Redentor, puro y sin egoísmos, con una vida caracterizada por una benevolencia desinteresada. Su influencia y ejemplo son tales que inducen a algunos que aman la verdad y la obra de Dios, y que valoran nuestra fe, a perder su espíritu de abnegación y su interés en la causa de la verdad presente. Su comportamiento egoísta y codicioso engendra el mismo espíritu en ellos; y su tendencia a acaparar y buscar su propia ventaja, mientras que profesa ser un ministro de justicia, ha cerrado el corazón de muchos, para que se nieguen a dar sus recursos para el avance de la causa de la verdad. Si los ministros dan a la gente un ejemplo de egoísmo, ese ejemplo afectará la causa de Dios con un poder diez veces mayor que todo lo que puedan predicar.

Dios ha sido deshonrado por su pequeñez. Su desempeño tiene visos de deshonestidad. Usted no ha dejado una trayectoria limpia detrás suyo, y hasta que no haya una completa transformación en su vida, será una maldición viviente para cualquier iglesia donde resida. Usted trabaja por la paga, y no atizaría el fuego en el altar de Dios, ni cerraría las puertas por nada. Cuando dé a la gente un ejemplo de renunciamiento y dedicación a la causa de Dios, poniendo la verdad y la salvación del alma en primer lugar, entonces su influencia atraerá a otros a una vida semejante de renunciamiento y dedicación, para poner el reino de Dios y la justicia de Cristo en primer lugar. Se siente con derecho a beneficiarse de la causa. Sus hermanos, con almas liberales, lo (484) favorecen y ayudan de muchos modos, y usted lo acepta como cosa común, como si tuviera derecho a ello. Y si considera que algunos no son completamente liberales y no lo favorecen, siente celos, y no tiene escrúpulos en hacerles entender que no lo aprecian, que son egoístas. Con frecuencia se refiere a otros que han hecho esto o aquello por usted, como ejemplos que debieran imitar. Los que lo han favorecido en forma especial han ido más allá de su deber. Usted no ha ganado su confianza ni su liberalidad. No ha tenido que llevar pesadas cargas en esta causa, y ha puesto sobre los demás muchas más cargas que las que ha llevado; no obstante, ha aumentado sus posesiones y ha obtenido las buenas cosas de esta vida, y considera que

tiene derecho a todo esto. Aunque ha recibido su paga semanal, no siempre ha estado satisfecho. A pesar de la paga que recibía, continuamente ha estado manejando las cosas para su beneficio. La causa de Dios le ha pagado sea que tuviera mucho o poco que mostrar como fruto de su trabajo. Usted no ha ganado el dinero que ha recibido.

Su esposa ha sido mimada por sus padres y por su esposo hasta que ha llegado a ser de muy poca utilidad. Ambos han visto a los demás abrumados de cuidados y no han aliviado sus cargas. Su esposa ha sido una carga inútil para algunas familias, para su propio perjuicio y el de ellas; cuando su salud la colocaba en mejor condición de trabajar que algunos de los que estaban llevando sus cargas de ella y las propias. Sin embargo ella no pensó en eso. Ninguno de los dos podía ver la realidad en estos casos ni comprender el sentir de los demás. Algunos que les han prestado ayuda y atención a ustedes y a su hijo, no tenían medios económicos para hacer lo que hicieron; pero pensaban que estaban ayudando a siervos abnegados de Cristo; por lo tanto, se privaron de muchas cosas y sufrieron incomodidad y problemas, para llevar cargas que ustedes estaban en mejor condición de soportar.

Su esposa ha sido reacia a llevar las cargas de su vida. Ella aspira a una vocación más elevada, y descuida los deberes de hoy. Ninguno de los dos obedece el mandamiento de Dios: Ama a tu prójimo como a ti mismo. El yo y el egoísmo los ha cerrado a las necesidades de sus prójimos. Su espíritu pequeño y mercenario es contagioso. Su ejemplo ha hecho más para fomentar el (485) amor al mundo, y un espíritu mezquino y tacaño que cualquier otra cosa que haya sucedido en Wisconsin e Illinois. Si usted no hubiera hecho otra cosa que atender sus intereses temporales, la causa de Dios en esos dos estados estaría mucho mejor de lo que está hoy. El éxito que ha tenido no llega a la altura del daño que ha hecho. La causa de Dios ha sido humillada. Su sensibilidad y sus celos han sido un ejemplo para otros. Hemos encontrado ese espíritu en Illinois y Wisconsin. El estado de las iglesias en ----- y en las cercanías es deplorable. La falta de amor y de unión, las presunciones, los celos y la obstinación que aparecen en esas iglesias han sido determinados en mucho por sus rasgos de carácter.

La actitud que usted adoptó después del fanatismo en -----, defendiendo su dignidad, considerando detalles sin importancia, y creando división entre los fanáticos y en los que Dios había enviado con un mensaje especial, se interpuso directamente en el camino de los que veían y querían enmendar sus errores. Su conducta en ese momento, al no encargarse de la situación y trabajar del lado correcto para enmendar ese devastador fanatismo, dio origen al desalentador estado de cosas que surgió de ese oscuro reino del fanatismo. Los hermanos C y D, toda la iglesia de -----, y la gente de -----, no fueron guiados a tomar posiciones correctas, como podría haber sucedido si usted hubiera sido humilde y enseñable, y hubiera trabajado en unión con los siervos de Dios.

Cuando un hombre que profesa ser un maestro, un guía, se aventura a comportarse como usted por causa de su obstinación, tendrá que soportar un gran peso de responsabilidad por las almas que tropezaron por su culpa y se perdieron. Un ministro no puede ser demasiado cuidadoso de su influencia. La obstinación, los celos y el egoísmo no debieran tener parte en su ser; porque si se los fomenta, arruinará más almas de las que pueda salvar. Si no puede vencer estos elementos peligrosos de su carácter, sería mejor que no tuviera nada que ver con la causa de Dios. Al alentar estos rasgos de carácter, que pueden no parecerle muy malos a él, colocará a las almas más allá de su alcance y del alcance de otros. Si tales ministros no intervinieran, las almas no susceptibles a la influencia del Espíritu de Dios, podrían ser alcanzadas por los que pueden darles un ejemplo digno de imitar, de acuerdo con la (486) verdad que enseñan. Por medio de una vida consecuente el ministro podrá retener la confianza de los que buscan la verdad, hasta que pueda ayudarlos a afianzarse firmemente en la Roca de los siglos; y después, si son tentados, esa influencia lo capacitará para advertirlos, exhortarlos, reprenderlos y aconsejarlos con éxito.

Por sobre todos los hombres, los ministros de Cristo, que anuncian la solemne verdad para estos últimos días, debieran estar libres de egoísmo. La benevolencia debiera morar naturalmente en ellos. Debieran avergonzarse de actuar con sus hermanos de tal modo que deje ver rasgos de egoísmo.

Debieran ser modelos de piedad, epístolas vivas, conocidas y leídas por todos los hombres. Debieran llevar frutos santos. Debieran poseer un espíritu opuesto al de los mundanos. Al aceptar la verdad divina se transforman en siervos de Dios, y no son más hijos de las tinieblas y siervos del mundo. Cristo los ha elegido de entre el mundo. El mundano no comprende el misterio de la piedad, por lo tanto no conoce los motivos que los impulsan. Sin embargo, el espíritu y la vida que poseen, que se manifiestan en su conversación celestial, su negación propia, su sacrificio, su vida intachable tienen un poder convincente que llevará a los incrédulos a toda verdad, a la obediencia a Cristo. Son ejemplos vivos porque son como Cristo. Son la luz del mundo, la sal de la tierra, y su influencia en los demás es salvadora. Son los representantes de Cristo en la tierra. Sus objetivos y deseos no están inspirados por las cosas terrenales, tampoco pueden trabajar por la paga, ni sienten un amor egoísta por ella. Los intereses eternos son suficientes para contrabalancear cada atracción mundana. Un cristiano genuino trabajará sólo para agradar a Dios, poniendo la mira sólo en su gloria y disfrutando la recompensa de hacer su voluntad.

Especialmente los ministros debieran conocer el carácter y las obras de Cristo, para poder imitarlo; pues el carácter y las obras de un verdadero cristiano son como las de él. El dejó su gloria, sus dominios, sus riquezas, y vino en busca de los que estaban muriendo en el pecado. Se humilló hasta sufrir nuestras necesidades, para poder exaltarnos hasta el cielo. El sacrificio, la abnegación y la benevolencia desinteresada caracterizaron su vida. El es nuestro Modelo. ¿Ha imitado usted, hermano A, al (487) Modelo? Respondo: No. El es un ejemplo perfecto y santo, dado para que lo imitemos. No podemos igualar el Modelo, pero no seremos aprobados por Dios si no lo copiamos, y de acuerdo con la capacidad que Dios nos ha dado, nos asemejamos a él. El amor por las almas por las que Cristo murió nos llevará a la negación propia y a desear hacer cualquier sacrificio con el fin de ser colaboradores con Cristo en la salvación de las almas.

La obra de los siervos elegidos por Dios será fructífera si está moldeada de acuerdo a él. Sus palabras y obras son los canales a través de los cuales los puros principios de la verdad y la santidad llegan al mundo. Sus vidas ejemplares los hacen la luz del mundo y la sal de la tierra. Los siervos de Dios debieran, con la mano de la fe, asirse del poderoso brazo y recoger los divinos rayos de lo alto, mientras que con la mano del amor, alcanzan a las almas que perecen. Se necesita diligencia en esta obra. La indolencia hará que las almas que podrían ser salvas, sean arrastradas más allá de nuestro alcance. Dios quiere en su servicio a ministros que sean despiertos, enérgicos y perseverantes, que sean fieles vigías en los muros de Sión, atentos para escuchar las palabras del divino Maestro y fieles en proclamarlas a la gente.

Usted se parece mucho a Meroz. Es muy diligente cuando lo que hace le brindará alguna ventaja, pero no encuentra motivo para ser especialmente diligente a menos que se haya de beneficiar. Usted es claramente un hombre perezoso. Puede ingerir sus alimentos regularmente, pero no siente ninguna atracción por el trabajo físico. Ningún hombre puede trabajar como ministro a menos que sea industrioso, diligente en sus ocupaciones, y fiel en el cumplimiento de todos sus deberes sociales y públicos de la vida. Dios nos ha elegido como sus siervos, para su obra, que requiere perseverante energía. No debemos transformarnos en personas mimadas, rehuir el esfuerzo, las penurias y los conflictos.

Se me señalaron las siguientes palabras inspiradas: "Porque no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor, y a nosotros como vuestros siervos por amor de Jesús. Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo. Pero tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia (488) del poder sea de Dios, y no de nosotros, que estamos atribulados en todo, mas no desesperados; perseguidos, mas no desamparados; derribados, pero no destruidos; llevando en el cuerpo siempre por todas partes la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos" (2 Cor. 4:5-10). La suficiencia del apóstol no provenía de él

mismo, sino de la presencia y el poder del Espíritu Santo, cuyas bondadosas influencias llenaban su alma, trayendo cada pensamiento en sujeción y obediencia a Cristo. Su ministerio fue fructífero.

El primer gran mandamiento es: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón". Y el segundo es semejante: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo". De estos dos mandamientos dependen todo el interés y el deber de los seres humanos. Los que cumplen su deber hacia los demás, como quisieran que los otros hagan con ellos, alcanzarán una posición en la cual Dios se les pueda revelar. Serán aprobados por él. Son perfeccionados en amor, y sus esfuerzos y oraciones no serán en vano. Están continuamente recibiendo gracia y verdad de la suprema Fuente, y del mismo modo transmiten a otros gratuitamente la divina luz y la salvación que reciben. En ellos se cumple lo que dice la Escritura: "Tenéis por fruto la santificación, y como fin, la vida eterna" (Rom. 6:22).

El egoísmo es abominación a la vista de Dios y de los santos ángeles. Por causa de este pecado muchos no obtienen las cosas buenas que podrían disfrutar. Miran con ojos egoístas sus propios intereses, y no aprecian ni buscan el interés de los demás como buscan el suyo. Invierten la orden de Dios. En lugar de hacer a los otros lo que desean que los otros les hagan a ellos, hacen para sí lo que desean que los otros les hagan, y hacen a los otros lo que les disgustaría mucho que les hicieran a ellos. Esto es lo que usted necesita aprender. El amor es de Dios. Usted no tiene el amor que moraba en el corazón de Cristo. El corazón no consagrado no puede originar, ni producir esta planta de origen celestial, que para florecer, debe ser regada constantemente con el rocío del Cielo. Puede florecer sólo en el corazón donde reina Cristo. Este amor no puede vivir ni florecer sin acción; no puede actuar sin aumentar en fervor y extender y difundir su naturaleza a los demás. Usted carece en gran medida de este principio, y así todo (489) ha estado oscuro donde su presencia podría haber traído la luz.

Hermano mío, usted necesita una completa transformación, una cabal conversión. Sin esto es solamente un guía ciego. Su influencia no aumenta el amor y la unión de los que están con usted. En vez de construir, ejerce una influencia que desparrama. Usted ha sido una maldición para el oeste con sus deficiencias. Mientras que sea tan deficiente en la gracia de Dios, y tan dado al egoísmo, no puede elevar a la iglesia a la posición que Dios requiere que ocupe. "De la cual fui hecho ministro, según la administración de Dios que me fue dada para con vosotros, para que anuncie cumplidamente la palabra de Dios, el misterio que había estado oculto desde los siglos y edades, pero que ahora ha sido manifestado a sus santos, a quienes Dios quiso dar a conocer las riquezas de la gloria de este misterio entre los gentiles; que es Cristo en vosotros, la esperanza de gloria, a quien anunciamos, amonestando a todo hombre, y enseñando a todo hombre en toda sabiduría, a fin de presentar perfecto en Cristo Jesús a todo hombre; para lo cual también trabajo, luchando según la potencia de él, la cual actúa poderosamente en mí" (Col. 1:25-29).

Los ministros de Dios deben tener la verdad en sus corazones a fin de presentarla con éxito a otros. Deben ser santificados por las verdades que predican, o serán sólo piedras de tropiezo para los pecadores. Los que son llamados por Dios para ministrar las cosas santas son llamados a ser puros de corazón y santos en su vida. "Purificaos los que lleváis los utensilios de Jehová" (Isa. 52:11). Si Dios pronuncia una maldición sobre los que son llamados a predicar la verdad y se niegan a obedecer, una maldición mayor recae sobre los que toman sobre ellos esta obra sagrada sin tener las manos limpias y los corazones puros. Como hay maldiciones para los que predican la verdad cuando sus corazones y sus vidas no están santificados, también hay maldiciones para los que reciben y mantienen a los que no están santificados en el puesto que no pueden ocupar. Si el Espíritu de Dios no ha santificado y purificado y limpiado las manos y el corazón de los que ministran en las cosas sagradas, hablarán de acuerdo con su propia experiencia imperfecta y deficiente y sus consejos apartarán de Dios a los que tomen como modelo y confíen en su juicio y experiencia. (490)

Quiera Dios ayudar a los ministros a prestar atención a la exhortación de Pablo a los Corintios: "Examinaos a vosotros mismos si estáis en la fe; probaos a vosotros mismos. ¿O no os conocéis a vosotros mismos, que Jesucristo está en vosotros, a menos que estéis reprobados?" (2 Cor. 115). Hay

una obra que usted debe hacer, hermano mío, si desea obtener la vida eterna. Que Dios lo ayude a hacer esta obra cabalmente, para que pueda ser perfecto y completo, sin faltarle nada.
Chicago, Illinois, Massasoit House, 06 de Julio de 1870.

Fanatismo e Ignorancia.-
Hermano E: Cuando estuve en Rochester, Nueva York, el 25 de Diciembre de 1865, antes de visitar el estado de Maine, vi algunas cosas relacionadas con las inquietantes y desanimadoras condiciones de la causa en ese estado. Se me mostró que muchos que pensaban que su deber era enseñar la Palabra de Dios en público habían errado en su obra. No habían sido llamados a dedicarse a esta obra solemne y de responsabilidad. No estaban capacitados para la obra del ministerio, pues no podían instruir correctamente a otros.
Algunos habían obtenido su experiencia entre un grupo de religiosos fanáticos que no tenían un concepto correcto del carácter elevado de la obra. La experiencia religiosa de este grupo de profesos adventistas del séptimo día no era confiable. No tenían principios firmes que sustentaran sus acciones. Eran confiados en sí mismos y jactanciosos. Su religión no consistía en actos justos, verdadera humildad de alma y sincera devoción a Dios; sino de impulsos, ruido y confusión, salpicados de excentricidades y rarezas. No habían sentido, ni tampoco podían sentir, la necesidad de estar revestidos con la justicia de Cristo. Tenían una justicia propia, que era como trapos de inmundicia, y que Dios en ningún caso puede aceptar. Estas personas no amaban la unión y la armonía de acción. Se deleitaban en el desorden. Preferían la confusión, el aturdimiento y la diversidad de opiniones. Eran ingobernables, insumisos, irregenerados y sin consagración. (491) Y ese elemento de confusión estaba de acuerdo con sus mentes indisciplinadas. Eran una maldición para la causa de Dios y deshonraban el nombre de Adventistas del Séptimo Día.
Estas personas no habían experimentado la obra de reforma, o santificación por medio de la verdad. Eran toscos e incultos. Nunca habían gustado el dulce y puro refinamiento del mundo futuro. Nunca habían experimentado el misterio de la piedad, ni sus corazones se habían admirado ante él. Colocaban las cosas divinas y eternas en el mismo nivel que las cosas comunes, y hablaban del cielo y de la venida de Jesús como hablarían de un caballo. Tenían un conocimiento superficial de la teoría de la verdad, pero más allá de esto eran ignorantes. Sus principios no habían tomado control de sus vidas para llevarlos a aborrecer al yo. Nunca se habían visto en la luz que Pablo se veía a sí mismo, lo que llevó a percibir los defectos morales de su carácter. Nunca habían sido muertos por la Ley de Dios, y no se habían separado de sus impurezas y suciedad. La ocupación favorita de algunos de este grupo es participar en conversaciones triviales y frivolidades. Contrajeron este hábito y lo practicaron en ocasiones que debieran haber estado caracterizadas por una solemne meditación y devoción. Al hacer esto, manifestaban falta de verdadera dignidad y refinamiento, y perdían la estima de personas sensatas que no conocían la verdad. Este grupo se entregó a una corriente de tentaciones y se mantuvo donde el enemigo los guiaba con éxito; tan fácilmente controlaba sus mentes y corrompía toda su experiencia que muy probablemente serán incapaces de recuperarse y salir de su trampa y obtener una experiencia saludable.
El fuego del día de Dios consumirá la hojarasca y la paja, y no quedará nada de los que continúen en el proceder impío en que se han deleitado por tanto tiempo. Este grupo siente desagrado por la compañía de aquellos con quienes verdaderamente está Dios. Su experiencia religiosa es de una clase tan baja que no tienen parte ni suerte en una experiencia religiosa inteligente y racional; por lo tanto desprecian la compañía de aquellos a quienes Dios guía y a quienes está enseñando. El sarcasmo y la ironía es el fuerte de algunas mentes peculiares de este grupo. Son atrevidos e insolentes y no aprecian los buenos modales. No les interesa diferenciar y honrar a los que se debe honrar. Manifiestan un (492) espíritu orgulloso, rebelde y desafiante en contra de los que no comparten sus opiniones. Sus modales estrepitosos y su comportamiento equivocado llevan al verdadero siervo de Dios a pensar que se han

opuesto a los esfuerzos hechos en favor de ellos, y al sentirse desalentado deja de trabajar por ellos. Tienen parte en un despreciable triunfo de exactamente la misma naturaleza que el que Satanás y sus ángeles malos tienen sobre las almas que apresan. Tienen a Satanás y a los ángeles malos de su parte para regocijarse con ellos. Los casos de las personas en quienes se ha desarrollado este tipo de carácter peculiar y llamativo, son sin esperanza. Están encerrados en su justicia propia y llaman orgullo y falta de humildad a todo carácter refinado y elevado. La vulgaridad y la ignorancia son consideradas humildad.

Con este grupo usted ha obtenido una gran parte de su experiencia religiosa; por lo tanto, no está capacitado para la obra de enseñar el más solemne, refinado, elevador y además el más aprobatorio mensaje dado a los mortales. Usted puede alcanzar cierta clase de mentes, pero sus esfuerzos apartarán a la porción más inteligente de la comunidad. Usted no conoce suficientemente ni lo más elemental de la educación para ser un instructor de hombres y mujeres que tienen un astuto diablo que por su lado sugiere y planea modos de apartarlos de la verdad.

A los maestros de las escuelas comunes se les exige ser idóneos en su trabajo. Se los examina rigurosamente para comprobar si se pueden confiar los niños a su cuidado. Se investiga el esmero de sus calificaciones, para comprobar si están a la altura de la importancia del puesto que se les pide que ocupen. Vi que la obra de Dios es de un carácter tanto más exaltado y de tanto mayor Interés, cuanto lo eterno está por encima de lo temporal. Un error cometido aquí no se puede reparar. Es de infinita importancia que todos los que salen a enseñar la verdad estén capacitados para hacer su trabajo. Se debiera hacer un estudio de su habilidad para enseñar la verdad, no menos estricto que en el caso de los que enseñan en nuestras escuelas. La obra de Dios ha sido disminuida por la conducta relajada y negligente que han seguido los profesos ministros de Cristo.

Se me mostró que los ministros deben ser santos y conocer la Palabra de Dios. Debieran estar familiarizados con las doctrinas (493) bíblicas y preparados para dar razón de su esperanza, o cesar en sus esfuerzos y dedicarse a otra profesión en la que su deficiencia no acarree tan tremendas consecuencias. Los ministros de las denominaciones populares de este tiempo son predicadores aceptables si pueden hablar acerca de unos pocos puntos sencillos de la Biblia; pero los ministros que difunden una verdad impopular para estos últimos días, que tienen que encontrarse con hombres instruidos, hombres de mentes vigorosas, y opositores de toda clase, debieran estar bien preparados. No debieran tomar la responsabilidad de enseñar la verdad a menos que estén capacitados para ese trabajo. Antes de comprometerse o dedicarse a la obra debieran ser estudiosos de la Biblia. Si no tienen una educación como para hablar en público en forma aceptable, hacer justicia a la verdad y honrar al Señor al que profesan servir, debieran esperar hasta que estén capacitados para su función.

Hermano E, usted no puede ocupar el puesto de un ministro de Cristo. Vi que carecía de una correcta experiencia religiosa. No se conoce a sí mismo. Ni siquiera puede leer correctamente, ni usar el lenguaje que pueda recomendar la verdad al entendimiento de una comunidad inteligente. Usted carece de discernimiento. No sabría cuándo correspondería hablar o cuándo sería sabio callar. Junto con el grupo peculiar que he mencionado, tanto tiempo ha pensado usted que lo sabía todo, que no ve sus deficiencias cuando se las presentan. Posee un alto grado de estima propia, y su experiencia se ha caracterizado por la confianza en sí mismo y la vanagloria.

Usted no es enseñable, por lo tanto la causa de Dios no prosperaría en sus manos. Usted no llegaría a admitir una derrota cuando alguna le tocara. Sus esfuerzos traerían descrédito y deshonor a la causa de Dios, y no se daría cuenta de ello. Cierta clase de persona puede convencerse de la verdad por su medio; pero la mayoría se apartaría y se colocaría donde no podría ser alcanzada por una labor correcta y con criterio. Entretejidas con su experiencia hay cosas que irán en detrimento de la verdad.

Sus modales no han sido refinados y elevados. Su conducta no ha sido agradable a Dios. Sus palabras han sido descuidadas. Le falta piedad y devoción. Usted no ha logrado experimentar la vida espiritual. No comprende cómo presentar correctamente la (494) Palabra de vida, dando a cada uno su porción de

alimento en el momento oportuno. Usted ha preferido discutir y argumentar ciertos puntos cuando estaba completamente fuera de lugar y no podría sino fracasar. Este es el espíritu del grupo de Maine que he mencionado. Se deleitan en contender en forma desafiante. Usted no manifestaría mansedumbre al instruir a los que se oponen. En cierto grado, siempre estará impedido por su desafortunada experiencia. Le falta cultura y humildad. Tiene importantes lecciones que aprender antes de poder llegar a ser un modesto y aceptable seguidor de Cristo, aun como laico.

Una Hija Consentida.-

Querida amiga F: Me fue mostrado que usted estaba en peligro de quedar bajo el completo control del gran adversario de las almas. Su experiencia en ----- no fue buena. Su estada en ----- la perjudicó, y se volvió orgullosa y vanidosa. No faltaron personas que imprudentemente la mimaron y alabaron hasta que llegó a ser vanidosa, impertinente y atrevida. Usted se ha resistido a restringirse, ha sido obcecada, obstinada y terca, y ha causado muchos problemas a sus padres. Ellos han errado. Imprudentemente su padre la ha mimado. Usted se aprovechó de esto y se volvió engañosa. Ha recibido una aprobación que no merecía.

Usted podía hacer su voluntad en ----- y se tomó libertades que ni por un momento debiera haberse permitido. Cuando a usted o a sus hermanas se las reprendía, se sentían insultadas y presentaban el caso a su madre como si las hubieran ofendido. Exageraba las cosas y ella se ponía nerviosa, se excitaba e irritaba fácilmente si pensaba que no respetaban su posición y dignidad. Le disgustaba que alguien pudiera mandar a sus hijos, y no escondía su desagrado. Habló de modo incorrecto a quienes debía haber respetado. Su madre demostró mucha falta de sabiduría al ponerse de su parte y al censurar a los que debiera haber agradecido, antes que culpado. Ella la perjudicó a usted y le hizo un daño que nunca podrá reparar del todo. Usted triunfó (495) porque pensó que estaba libre de censura, pensó que podría hacer lo que quisiera. Su madre no siempre la vigilaba, y si la hubiera vigilado, no podría haber discernido sus malas tendencias.

En la escuela, usted tenía un maestro bueno y noble, sin embargo se indignaba porque la restringían. Pensaba que porque era la hija de G, su maestro debiera haber mostrado preferencia por usted y no haber tomado la libertad de enmendarla y reprenderla. Sus hermanas también compartían la misma idea. Usted llevó sus quejas a sus padres; ellos escucharon su versión de las cosas, más o menos simpatizaron con usted, y se sintieron inquietados por su versión exagerada. Realmente la perjudicaron. Usted no había sido debidamente disciplinada. No obstante se ofendió porque no pudo hacer su voluntad, sino que fue obligada a rendirse ante la forma decidida y cabal de las instrucciones del hermano H. En la escuela, a veces era molesta, insolente y desafiante, y carecía mucho de modestia y decoro. Era atrevida, egoísta y jactanciosa, y necesitaba una firme disciplina, tanto en casa como en la escuela.

Su mente es impura. Se la eximió completamente de cuidados y trabajos demasiado tiempo. Los deberes del hogar hubieran sido una de las más ricas bendiciones que podría haber tenido. El cansancio no la hubiera perjudicado ni una décima parte de lo que la han perjudicado sus pensamientos lascivos y su conducta. Ha recibido ideas incorrectas acerca de las relaciones entre jóvenes y señoritas, y le ha parecido muy bien frecuentar la compañía de los jóvenes. Usted no es pura de corazón ni de mente. Ha sido perjudicada por la lectura de cuentos de amor y novelas, y su mente ha sido fascinada por pensamientos impuros. Su imaginación se ha corrompido a grado tal que parece que no tiene poder para controlar sus pensamientos. Satanás la lleva cautiva como a él le place. Usted no se siente feliz. No ama ni a Dios ni a su pueblo y se disgusta con los que ven su verdadero carácter. Parece que los culpa por la opinión que tienen de su caso, pero usted es la única culpable. Su conducta ha sido tal que ha requerido amonestaciones y advertencias. Pero acerca de esto usted es la única que requiere censura.

Usted es una compañía peligrosa, y ha causado mucho mal con su influencia en -----. Ha sido guía en lugar de dejarse guiar. (496) Ha deshonrado a Dios y es responsable ante él por el mal que ha causado

por su influencia. Su conducta no ha sido casta, modesta, ni apropiada. No ha tenido presente el temor de Dios. Ha fingido tan frecuentemente para llevar a cabo sus planes que tiene una conciencia violada. Mi querida joven, a menos que se detenga donde está, le espera una ruina segura. Deje de soñar despierta y de construir castillos en el aire. Detenga sus pensamientos de andar por el canal de la insensatez y la corrupción. No puede sentirse segura al relacionarse con los jóvenes. Una marea de tentación se levanta y crece en su pecho, que tiende a desarraigar los principios, la virtud femenina y la verdadera modestia. Si usted continúa con su proceder terco y obcecado, ¿qué destino le espera?

Ha comenzado un nuevo año. ¿Qué determina usted hacer? ¿Qué informe de su trabajo diario ha decidido que los ángeles ministradores lleven a Dios? ¿Qué palabras pronunciadas por usted han de aparecer en la página del libro de memoria? ¿Qué pensamientos encontrará albergados en su mente el que investiga los corazones? El discierne los pensamientos, las intenciones y los propósitos del corazón. Usted tiene un informe alarmante del año pasado, que está abierto ante la vista de la Majestad del cielo y ante las miradas de ángeles puros e inmaculados. Sus pensamientos y acciones, sus sentimientos desesperados e insatisfechos, pueden haber sido ocultados a los mortales; pero recuerde, los actos más triviales de su vida están descubiertos a la vista de Dios. Usted tiene un registro manchado en el Cielo. Los pecados que ha cometido están todos asentados allí.

El ceño de Dios está sobre usted, y sin embargo parece no sentirlo; no se da cuenta de su condición perdida y arruinada. A veces siente remordimiento; pero su espíritu orgulloso e independiente pronto se sobrepone, y reprime la voz de la conciencia. Usted no es feliz, no obstante se imagina que si pudiera hacer su voluntad libremente sería feliz. ¡Pobre niña! Está en una situación semejante a la de Eva en el Edén. Se imaginaba que sería grandemente exaltada si sólo pudiera comer del fruto del árbol que Dios le había prohibido tocar, para que no muriera. Ella comió, y perdió todas las glorias del Edén.

Usted debiera controlar sus pensamientos. Esto no será fácil; (497) no lo puede realizar sin severo y serio esfuerzo. Sin embargo, eso es lo que Dios requiere de usted; es el deber que descansa sobre todo ser responsable. Usted es responsable ante Dios por sus pensamientos. Si fomenta ideas vanas y permite que su mente se espacie en temas impuros, en cierta medida es tan culpable ante Dios como si llevara a la práctica sus pensamientos. Todo lo que impide la acción es la falta de una oportunidad. Los sueños de día y de noche y la construcción de castillos en el aire son hábitos malos y excesivamente peligrosos. Cuando se han arraigado, es casi imposible quebrar esos hábitos y dirigir los pensamientos a temas puros, santos y elevados. Usted tendrá que transformarse en una fiel centinela de sus ojos, oídos y de todos sus sentidos, si desea controlar su mente y evitar que los pensamientos vanos y corruptos manchen su alma. Sólo el poder de la gracia puede cumplir esta muy deseable obra. Usted es débil en esto.

Se ha vuelto díscola, atrevida y osada. La gracia de Dios no tiene lugar en su corazón. Sólo por el poder de Dios puede colocarse en una posición que le permita recibir su gracia, un instrumento de justicia. No sólo requiere Dios que controle sus pensamientos, sino también sus pasiones y afectos. Su salvación depende de que se gobierne en estas cosas. Las pasiones y los afectos son agentes poderosos. Si se utilizan mal, si se ponen en marcha por motivos equivocados, si se los dirige a objetos equivocados, son poderosos para arruinarla y convertirla en una miserable ruina, sin Dios y sin esperanza.

La imaginación debe ser positiva y persistentemente controlada si desea sujetar las pasiones y los afectos a la razón, a la conciencia y al carácter. Usted está en peligro, porque está a punto de sacrificar sus intereses eternos ante el altar de la pasión: ¿de qué clase? De una naturaleza baja y destructiva. Al rendirse a ella, amargará la vida de sus padres, acarreará tristeza y vergüenza a sus hermanas, sacrificará su propio carácter, y perderá el cielo y una vida gloriosa e inmortal. ¿Está dispuesta a hacer esto? La insto a que se detenga donde está. No avance ni un paso más en su proceder terco y caprichoso, porque ante usted están la desgracia y la muerte. A menos que domine sus pasiones y afectos, ciertamente se deshonrará a sí misma y a todos los que la rodean, y traerá la desgracia a su carácter por el resto de su vida. (498)

Usted es desobediente a sus padres, impertinente, desagradecida e impía. Estos miserables rasgos de carácter son los frutos de un árbol corrupto. Usted es atrevida. Le gustan los muchachos y le encanta hacerlos el tema de su conversación. "De la abundancia del corazón habla la boca". Los hábitos se han fortalecido y la controlan y usted aprendió a engañar para llevar adelante sus propósitos y cumplir sus deseos.

No considero que su caso sea desesperado. Si así fuera no le estaría escribiendo estas líneas. Con la fortaleza de Dios usted puede redimir el pasado. Su nombre es ya objeto de burla en -----; pero puede cambiar esto usando las facultades que Dios le ha dado. Aún ahora puede alcanzar la excelencia moral de modo que su nombre pueda ser asociado con cosas puras y santas. Usted puede ser elevada. Dios ha provisto la ayuda que necesita. La ha invitado a ir a él, y ha prometido llevar sus cargas y dar descanso a su alma. "Aprended de mí, —dice el divino Maestro—; porque soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas" (Mat. 11:29). Por mucho tiempo usted ha estado por encima de esta humildad y mansedumbre. Tendrá que aprender esta importante lección del divino Maestro para que pueda encontrar el descanso prometido. Usted ha pensado tanto en sí misma, en su propia sagacidad, que ha llegado a tal afectación y vanidad como para hacerla casi una tonta. Tiene una lengua mentirosa que se ha ocupado de malinterpretaciones y falsedades. Oh, mi querida joven, si sólo pudiera despertar, si su conciencia adormecida y amortiguada pudiera despertar y fomentar la impresión habitual de la presencia de Dios, y se mantuviera sujeta al control de una conciencia iluminada y despierta, sería feliz usted misma y una bendición para sus padres, cuyo corazón hiere ahora. Podría ser un instrumento de justicia para sus amistades. Usted necesita una conversión cabal, y sin ella se halla en un estado de extrema amargura y en los lazos de la iniquidad. Puede creer que está libre cuando sigue las indicaciones de su mente disoluta y perniciosa; sin embargo se halla en la más degradante esclavitud. Sin los principios de la religión, puede considerarse a sí misma un objeto envidiable; pero todos los que son buenos y virtuosos se compadecerán de su carácter y se horrorizarán de su conducta. Usted puede llegar a ser participante de la (499) naturaleza divina si escapa de la corrupción que está en el mundo por la concupiscencia; o participando de ella, puede hundirse en esta corrupción y llevar la estampa de lo satánico.

Usted tiene hermanas menores para quienes su influencia puede ser una bendición. Puede reflejar una luz dulce y preciosa en la familia de su padre y alegrar su corazón, o puede ser una oscura sombra, una nube, una tormenta desoladora. Su pasión por la lectura es de tal carácter que si la fomenta pervertirá la imaginación y será su ruina. A menos que restrinja sus pensamientos, su lectura y sus palabras, su imaginación llegará a enfermarse sin que le quede esperanza. Lea la Biblia con atención, con oración, y guíese por sus enseñanzas. Esta es su seguridad.

Manténgase alejada de los jóvenes. En compañía de ellos sus tentaciones se hacen fuertes y poderosas. Saque de su cabeza juvenil la idea de casarse. Usted no está de ningún modo apta para esto. Necesita años de experiencia para estar capacitada para comprender los deberes y llevar las cargas de la vida de casada. Positivamente cuide sus pensamientos, sus pasiones y sus afectos. No los degrade al servicio de la concupiscencia. Elévelos a la pureza, dedíquelos a Dios.

Usted puede llegar a ser una joven prudente, modesta y virtuosa, pero no sin un esfuerzo decidido. Debe velar y orar, debe meditar e investigar sus motivos y sus acciones. Analice minuciosamente sus sentimientos y sus actos. ¿Llevaría usted a cabo una acción impura en la presencia de su padre? Por cierto que no. Pero lo hace en presencia de su Padre celestial, quien es mucho más exaltado, tan santo y tan puro. Sí, usted corrompe su propio cuerpo en presencia de los ángeles puros e inmaculados, y en presencia de Cristo; y continúa haciéndolo sin importarle su conciencia, sin importarle la luz y las advertencias recibidas.

Recuerde, se registran todos sus actos. Tendrá que encontrarse de nuevo con las cosas más secretas de su vida. Será juzgada de acuerdo con los actos realizados en el cuerpo. ¿Está preparada para eso? Usted se está perjudicando física y moralmente. Dios le ha prescrito que mantenga su cuerpo santo. "¿No

sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros... y que no sois vuestros? Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en (500) vuestro espíritu, los cuales son de Dios" (1 Cor. 3:16; 6:19-20). ¿No la juzgará Dios por rebajar al nivel de concupiscencias las pasiones y los afectos, cuando él demanda la riqueza de sus afectos y que dedique su ser entero a su servicio?

De nuevo, le advierto como a quien debe enfrentarse con estas líneas en ese día cuando se decida el caso de cada uno. Entréguese a Cristo sin demora. Sólo él, por el poder de su gracia, puede redimirla de la ruina. Sólo él puede sanar sus facultades mentales y morales. Su corazón puede recibir el calor del amor de Dios; su entendimiento puede ser claro y maduro; su conciencia, iluminada, ágil y pura; su voluntad, recta y santificadora, sujeta al control del Espíritu de Dios. Usted puede hacer de sí misma lo que elija ser. Si lo desea, haga ahora un cambio completo, deje de hacer el mal y aprenda a hacer el bien. Entonces será realmente feliz; tendrá éxito en las batallas de la vida, y se levantará para gloria y honor en la vida mejor que ésta. "Escogeos hoy a quién sirváis" (Josué 24:15).

A la Esposa de un Ministro.-

Estimada Hna. I: Ayer tuve algún tiempo para reflexionar, y ahora tengo algunos pensamientos que deseo presentarle. No podría contestarle inmediatamente su pregunta concerniente a su deber de viajar con su esposo. Todavía no conozco el resultado de que lo acompañara; por lo tanto no podría hablar con tanto conocimiento como si hubiera estado enterada de la influencia que usted había ejercido. No puedo dar consejo en tinieblas. Debo estar segura de que mi consejo es correcto a la luz. Se utilizan mucho mis palabras, por lo tanto tengo que proceder con cuidado. Después de cuidadosa reflexión, tratando de recordar cosas que me han sido mostradas acerca de su caso, estoy lista a escribirle.

De acuerdo con las cartas que me ha escrito con respecto al hermano J, temo que usted está prejuiciada y algo celosa. Espero que no sea así, pero temo que así sea. Usted y su esposo son muy sensibles y celosos por naturaleza, por lo tanto necesitan cuidarse (501) en este respecto. No creemos que el hermano J tenga una visión clara de todas las cosas. Pensamos que su esposa está lejos de estar acertada y tiene gran influencia sobre él; no obstante esperamos que si todos se acercan a él con sabiduría, se librará de la trampa de Satanás y verá todo claramente.

Estimada hermana, estamos decididos a ser imparciales y a que nuestras palabras o actos no sean influenciados por rumores. No tenemos preferidos. Quiera el Señor darnos sabiduría celestial, para que podamos actuar correcta e imparcialmente, y así estar de acuerdo con su Espíritu. No queremos que nuestras obras sean moldeadas por el yo. No queremos que interfieran los sentimientos personales. Si pensamos que no se nos considera especialmente, o si vemos, o nos imaginamos que vemos, una clara negligencia, queremos el espíritu de nuestro perdonador Maestro. La gente que profesaba seguirlo no lo recibieron, porque él se dirigía a Jerusalén, y no dio señal de querer permanecer con ellos. No abrieron sus puertas al Huésped celestial, y no lo instaron a que se quedase con ellos, aunque lo vieron fatigado por el viaje, y ya llegaba la noche. No dieron señal de que realmente deseaban a Jesús. Los discípulos sabían que él quería permanecer allí esa noche, y sintieron tan profundamente el desaire hecho a su Señor que se enojaron, y le rogaron a Jesús que demostrara un justo resentimiento e hiciera bajar fuego del cielo para consumir a los que así lo habían ofendido. Pero él los reprendió por su indignación y celo por su honor, y les dijo que él venía no para traer juicio, sino para mostrar misericordia.

Esta lección de nuestro Salvador es para usted y para mí. No debemos permitir que el resentimiento penetre en nuestro corazón. Cuando somos insultados, no debemos responder con insultos. ¡Oh celos y malas presunciones, cuánto mal habéis causado! ¡Cómo habéis transformado la amistad y el amor en amargura y odio! Debemos ser menos orgullosos, menos sensibles, tener menos amor propio, y estar muertos a los intereses personales. Nuestros intereses deben estar ocultos en Cristo y nosotros debemos ser capaces de decir: "Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí". Cristo nos ha dicho cómo hacer todo fácil y feliz mientras vivimos: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré

descansar. Llevad mi yugo sobre (502) vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas" (Mat. 11:28-29). La gran dificultad es que hay tan poca mansedumbre y humildad que el yugo irrita y la carga es pesada. Cuando poseemos verdadera mansedumbre y humildad estamos tan escondidos en Cristo que no tomamos a pecho el descuido o los desaires; somos sordos a la crítica y ciegos al desprecio y al insulto.

Hermana I, al ver las características de su caso claramente, considero que se puede hacer una seria objeción a su viaje. Usted no lleva las cargas que debiera llevar. Requiere la simpatía de los demás, pero no da nada a cambio. Se permite ser una carga donde está, y con demasiada frecuencia la tienen que servir, cuando los que llevan sus propias cargas y las suyas no están en mejor condición de hacerlo que usted. No se basta a sí misma, y su influencia no es la que debiera ejercer la esposa de un ministro. Usted necesita más trabajo físico que el que realiza, y de acuerdo con lo que se me ha mostrado, pienso que cumpliría mejor su deber si se ocupara con alegría en la obra de educar a su hija y en fomentar el amor por los deberes domésticos. En su niñez usted no recibió la debida educación en este aspecto, y eso le ha hecho la vida más infeliz de lo que hubiera sido. No le gusta el trabajo físico; y cuando viaja, se conduce como una enferma, y no colabora ni hace lo que puede para aliviar las molestias que causa. No se da cuenta de que los que la sirven, no son más capaces que usted de realizar el trabajo extra que les da. Usted depende de los demás, y pone toda su carga sobre ellos. No tengo evidencia de que Dios la haya llamado para hacer una obra especial cuando viaja.

Usted tiene que aprender algo que no sabe. ¿Quién puede instruir al hijo mejor que la madre? ¿Quién puede llegar a conocer los defectos de su propio carácter y los de su hijo tan bien como la madre mientras realiza los deberes que el Cielo le ha asignado? El hecho de que a usted no le gusten estas tareas no es una evidencia de que no sea la obra que Dios le ha asignado. Usted no tiene suficiente fortaleza física ni mental como para ponerse como objetivo participar de los viajes. No colabora lo suficiente como para aliviar la carga que representa para su esposo y para los que la rodean. (503)

Los que no pueden manejar sabiamente a sus propios hijos no están capacitados para actuar con sabiduría en los asuntos de la iglesia, ni para tratar con las mentes débiles sujetas a las especiales tentaciones de Satanás. Si con alegría y amor pueden cumplir su papel de padres, entonces pueden comprender mejor cómo llevar las cargas en la iglesia. Estimada hermana, le aconsejo que sea una buena esposa y tenga un buen hogar para su esposo. Dependa de usted misma, y apóyese menos en él. Dispóngase a hacer exactamente la obra que el Señor requiere de usted. Usted siente la necesidad de hacer una gran obra, de cumplir una importante misión, y descuida los pequeños deberes que tiene a mano, que son tan necesarios como los mayores; los pasa por alto y aspira a una obra más grande. Que su ambición se despierte para ser útil, para ser una trabajadora en el mundo, y no una espectadora.

Mi querida hermana, le hablo claramente, pues no me atrevo a hacerlo de otro modo. Le ruego que acepte las cargas de la vida en vez de rehuirlas. Ayude a su esposo ayudándose a sí misma. La idea que ambos tienen de la dignidad que debe mantener el ministro, no está de acuerdo con el ejemplo de nuestro Señor. El ministro de Cristo debiera poseer sobriedad, mansedumbre, amor, tolerancia, paciencia, piedad y cortesía. Debiera ser circunspecto elevado en pensamiento y conversación, y de un comportamiento intachable. Esta es la dignidad del Evangelio. Pero si el ministro visita a una familia donde puede atenderse a sí mismo, debiera por cierto hacerlo; por su ejemplo debiera fomentar la diligencia haciendo trabajo físico, cuando está libre de otras tareas y obligaciones. No disminuirá su dignidad, y logrará una mejor salud y vivirá mejor, al llevar a cabo un trabajo útil. La circulación de la sangre será más pareja. El trabajo físico, al proveer un descanso del trabajo mental, retirará la sangre del cerebro. Es esencial que su esposo haga más trabajo físico para aliviar el cerebro. El ejercicio físico favorece la digestión. Si pudiera pasar parte del día haciendo ejercicio físico, cuando no está urgido por un continuo esfuerzo en una serie de reuniones, sería una ventaja para él, y no iría en detrimento de su dignidad ministerial. Su ejemplo estaría de acuerdo con el de nuestro divino Maestro. (504)

Os amamos, y queremos que vosotros tengáis éxito en vuestros esfuerzos en la lucha por la vida mejor.

Vapor "Keokuk ", Río Mississipi, 30 de Septiembre de 1869.

Infidelidad en la Mayordomía.-

Estimado Hno. K: Algunas cosas me preocupan, y siento el deber de escribirle al hermano L y a usted. Le he relatado la esencia del asunto, pero como estoy aún preocupada, le escribo.

Se me mostró que para usted el yo y el mío están en primer lugar. Se ha ocupado tanto de usted mismo que no ha quedado lugar para que el Señor obrara en su favor. Usted no le ha dado esa oportunidad. En gran medida, él ha dejado que el hermano L y usted trabajaran de acuerdo a su propio criterio, para que pudieran convencerse de que su sabiduría es necedad. No han trabajado por los intereses de las viudas y los huérfanos, como el Señor ha encomendado especialmente a sus seguidores; tampoco han hecho suyos los casos de los pobres del Señor, tomando interés especial en ellos, ni han procurado glorificar a Dios y magnificar su nombre; por lo tanto el Señor ha permitido que usted y el hermano L siguieran el proceder que eligieron. El les ha permitido cuidarse. Sus propios intereses egoístas han sido el fundamento de sus acciones, y cosecharán lo que han sembrado. Vi que ciertamente recibirán la recompensa que tarde o temprano se obtiene por servir a los propios intereses egoístas. "Da cuenta de tu mayordomía" . Deben prestar atención a esto. Son responsables ante Dios por la obra que les ha sido confiada, que vergonzosamente han descuidado para servirse a ustedes mismos.

Si hubieran intentado mostrarse aprobados ante Dios, buscando el reino de los cielos y la justicia de Cristo, hubieran estado haciendo las obras de Cristo. Los pobres, las viudas, los huérfanos, hubieran despertado en ustedes la más tierna compasión y simpatía; se hubieran interesado en ellos y los habrían tratado como desearían que su esposa e hijos fueran tratados si quedaran afligidos y dependiendo de las frías mercedes del mundo o de los insensibles, indiferentes profesos cristianos. Ha habido en (505) ustedes un triste, insensible, indiferente descuido de los desafortunados. Han estado sirviendo su propio interés, sin importarles la gran necesidad de los demás. Dios no puede bendecirlos hasta que no vean su pecado en estas cosas.

Vi que la obra del Señor no ha sido más sagrada a la vista de ustedes que sus propios asuntos. No han comprendido las cosas eternas. El Señor ha enviado advertencias y reprensiones para despertar en ustedes el sentido de su deber, haciéndoles saber lo que se espera de ustedes, pero no han atendido esas advertencias. No se han dado cuenta de que estaban tratando con Dios. Le han robado a Dios y se han servido a ustedes mismos.

Muchos han enviado en buena fe a la oficina fondos que les costó sacrificio obtener. Algunos, tanto hombres como mujeres, han trabajado duramente, y han consagrado al Señor los recursos obtenidos por un trabajo duro y la más estricta economía, y los han enviado a la tesorería para el avance de la causa. Viudas pobres han enviado casi todo su sostén, confiando en que Dios las cuidaría, y esos recursos han sido consagrados con oraciones y lágrimas, pero enviados con gozo, creyendo que estaban ayudando en la gran obra de salvar almas. Algunas familias pobres han vendido su única vaca, privándose ellos y sus pequeños de leche, pensando que estaban haciendo un sacrificio para Dios. Enviaron su dinero a la tesorería de buena fe. El egoísmo y la mala administración han contribuido a malgastar esos fondos. Dios considera responsables a los que ,se les confió su administración. Pronto se escuchará: "Da cuenta de tu mayordomía". Quiera el Señor ayudarles a librarse de toda mancha.

Battle Creek, Michigan, 17 de Enero de 1870.

Sensibilidad Equivocada.-

Estimada Hna. M: Su caso me preocupa, y no puedo evitar poner por escrito mis conclusiones de lo que he visto con respecto a usted. Estoy convencida que está a la deriva en la bruma y las tinieblas. Usted no ve las cosas en la luz correcta. Cierra sus ojos para no ver su propio caso, excusándose así: "No hubiera hecho (506) esto o aquello si no hubiese sido por ciertas influencias de personas que me llevaron a proceder de ese modo".

Usted continuamente culpa a las circunstancias, lo que es nada menos que culpar a la providencia. Está continuamente buscando a alguien o algo para tomar el lugar del chivo expiatorio, a quien pueda culpar por haberla hecho sentir o hablar de un modo indigno de un cristiano. En lugar de sencillamente censurarse por sus defectos, usted censura a las circunstancias y la ocasión que la llevaron a desarrollar los rasgos de su carácter que yacen dormidos o escondidos bajo la superficie, a menos que surja algo que los despierte y los ponga en acción. Entonces aparecen con toda su deformidad y fuerza.

Se engaña con la idea de que esos rasgos desagradables no existen, hasta que se encuentra en situaciones que la hacen actuar y hablar de un modo que los revela ante todos. No está dispuesta a ver y confesar que es su naturaleza carnal la que todavía no ha sido transformada y puesta en sujeción a Cristo. Todavía no se ha crucificado a sí misma.

A veces pasa días y semanas sin manifestar el mal espíritu que llamo impaciencia, y un espíritu dictatorial, un deseo de controlar a su esposo. Su deseo de ejercer autoridad y de convencer a otros de sus ideas casi la ha arruinado a usted y a él. A usted le gusta hacer sugerencias y mandar a otros. Le gusta hacerles sentir y ver que tiene la mejor luz, y es especialmente guiada por Dios. Si no lo creen así, empieza a hacer conjeturas y siente celos e intranquilidad; se siente insatisfecha y extremadamente triste.

Nada despierta tan rápidamente los malos rasgos de su carácter como que se objete su sabiduría y criterio al ejercer autoridad. Su temperamento fuerte y dominante, que parecía dormido, se despierta en su mayor energía. Entonces el yo la controla, y no le queda más razonamiento imparcial y juicio calmo que a un demente. Con toda fuerza el yo lucha por la supremacía, y se requiere la mente más firme para restringirla. Después que su ataque de locura ha pasado, entonces permite que se cuestione su comportamiento. Pero está lista para justificarse aduciendo que es tan sensible, siente tan profundamente y sufre tanto. Vi que todo esto no la excusará a la vista de Dios. Usted confunde el orgullo con la sensibilidad. El yo es dominante. Cuando se crucifique a sí (507) misma, entonces esa sensibilidad u orgullo, morirá; hasta que esto suceda, usted no será una cristiana. Ser cristiano es ser como Cristo, poseer un espíritu humilde, manso y sosegado que soporta la contradicción sin enfurecerse o enloquecer. Si se rasgara el disfraz que la cubre y se viera como Dios la ve, no intentaría justificarse sino que caería quebrantada ante Cristo, el único que puede quitar los defectos de su carácter y luego restaurarlo.

Convocaciones.-

Dios mandó a los israelitas que se reunieran ante él en períodos determinados, en el lugar que él eligiera, y que observaran días especiales en los que no debían hacer ningún trabajo innecesario, sino dedicar el tiempo a considerar las bendiciones que él les había prodigado. En estas ocasiones especiales debían traer presentes, ofrendas voluntarias, y ofrendas de acción de gracias al Señor, de acuerdo con la bendición que él les hubiera dado. El siervo y la sierva, el extranjero, el huérfano y la viuda, habían de regocijarse de que Dios, por su propio y maravilloso poder, los había sacado de la servidumbre humillante para traerlos al gozo de la libertad. Se les ordenó que no se presentaran ante el Señor con las manos vacías. Debían traer presentes de gratitud a Dios por las continuas misericordias y bendiciones que les prodigara. Estas ofrendas variaban de acuerdo con el valor que los donantes daban a las bendiciones de que tenían el privilegio de gozar. Así el carácter de la gente se revelaba claramente. Los que daban alto valor a las bendiciones que Dios les concedía traían ofrendas de acuerdo a su modo de apreciarlas. Los que tenían las facultades morales embotadas por el egoísmo y un amor idólatra por los favores recibidos, más bien que inspirados por un amor ferviente hacia su dadivoso Benefactor, traían ofrendas magras. Así revelaban su corazón. Además de estas festividades religiosas especiales, de alegría y regocijo, la nación judía debía conmemorar anualmente la Pascua. El Señor pactó que si eran fieles en la observancia de sus requerimientos, él bendeciría todas sus ganancias y toda la obra de sus manos. (508)

Dios no quiere menos de su pueblo en estos últimos días, en sacrificios y ofrendas, que lo que requirió de la nación judía. Los que él ha bendecido con suficiencia, y aun la viuda y el huérfano, no debieran olvidarse de sus bendiciones. Especialmente los que Dios ha prosperado debieran ofrecerle las cosas que son de él. Debieran presentarse ante él con un espíritu de sacrificio y entregar sus ofrendas de acuerdo con las bendiciones que él les ha prodigado. Pero muchos a quienes Dios prospera manifiestan una vil ingratitud hacia él. Si sus bendiciones se derraman sobre ellos, y él aumenta sus riquezas, transforman esas dádivas en cuerdas que los atan al amor por sus posesiones; permiten que los negocios mundanos se posesionen de sus afectos y de su ser entero, y descuidan la devoción y los privilegios religiosos. No pueden permitirse dejar la atención de sus negocios y presentarse ante Dios ni siquiera una vez al año. Transforman las bendiciones de Dios en una maldición. Sirven a sus propios intereses temporales y descuidan los requisitos de Dios.

Hay hombres ricos que permanecen en casa año tras año, absortos en sus preocupaciones e intereses mundanos, pensando que no pueden hacer el pequeño sacrificio de asistir a las reuniones anuales para adorar a Dios. El los ha bendecido con bienes materiales y los ha rodeado de abundantes beneficios; sin embargo retienen las pequeñas ofrendas que él requiere. Les gusta servirse a sí mismos. Sus almas serán como el árido desierto, sin el rocío ni la lluvia del cielo. El Señor les ha brindado la preciosa bendición de su gracia. Los ha librado de la esclavitud del pecado y de la servidumbre del error, y ha descubierto la gloriosa luz de la verdad presente ante su entenebrecida comprensión. ¿Y estas evidencias del amor y la misericordia de Dios no requieren gratitud? Los que profesan creer que el fin de todas las cosas está cerca, ¿no lograrán ver su propio interés espiritual? ¿Esperan que sus intereses eternos se cuiden por sí mismos? La fortaleza espiritual no vendrá sin un esfuerzo de su parte.

Muchos de los que profesan anhelar la venida de nuestro Señor, son buscadores ansiosos que se preocupan por hallar ganancias mundanales. No pueden discernir su interés eterno. Se esfuerzan por lo que no satisface. Gastan su dinero en lo que no es pan. Se esfuerzan por contentarse con los tesoros que han acumulado en (509) la tierra, que han de perecer. Y descuidan la preparación para la eternidad, que debiera ser la primera y única ocupación real en la vida.

Que todos los que puedan asistan a estas reuniones anuales. Todos debieran sentir que Dios requiere esto de ellos. Si no se apropian de los privilegios que él ha provisto para que puedan fortalecerse en él y en el poder de su gracia, se volverán más y más débiles, y tendrán cada vez menos deseos de consagrar todo a Dios. Venid, hermanos y hermanas, a estas sagradas convocaciones para encontrar a Jesús. El vendrá a la fiesta. Estará presente y hará en favor de ustedes lo que más necesiten. No debieran considerar a sus granjas de mayor valor que los intereses más altos del alma. Todos los tesoros que ustedes poseen, por muy valiosos que sean, no serían suficientemente preciosos como para comprarles paz y esperanza, que son virtudes inapreciables aunque costaran todo lo que se tiene aunado a los esfuerzos y sufrimientos de toda una vida. Una firme y clara conciencia de las cosas eternas, y un corazón deseoso de rendir todo a Cristo, son bendiciones de más valor que todas las riquezas y placeres y glorias de este mundo.

Estos congresos son importantes. Tienen su costo. Los siervos de Dios consumen su vida para ayudar al pueblo, mientras que muchos de ellos parece que no necesitaran ayuda. Por miedo de perder un poco de ganancia de este mundo, algunos dejan que estos preciosos privilegios pasen de largo como si fueran de poca importancia. Que todos los que profesan creer en la verdad respeten cada privilegio que Dios les ofrece para obtener una visión más clara de su verdad, sus requerimientos y la preparación necesaria para su vida. Lo que él requiere es una confianza en Dios tranquila, alegre y obediente.

No necesitan recargarse con una ansiedad inquietante y cuidados innecesarios. Trabajen para el día, haciendo con fidelidad la obra que la providencia de Dios les señala, y él se ocupará de ustedes. Jesús profundizará y ampliará sus bendiciones. Deben esforzarse si desean alcanzar al fin la salvación. Asistan a estas reuniones dispuestos a trabajar. Dejen de lado las preocupaciones del hogar, y acudan a encontrar a Jesús y lo hallarán. Vengan con sus ofrendas de acuerdo con las bendiciones de Dios.

Muestren (510) su gratitud a su Creador, el Dador de todos sus beneficios, por medio de una ofrenda voluntaria. Que ninguna persona que posee recursos asista con las manos vacías. "Traed todos los diezmos al alfolí y haya alimento en mi casa; y probadme ahora en esto, dice Jehová de los ejércitos, si no os abriré las ventanas de los cielos, y derramaré sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde" (Mal. 3:10).

(511)

NUMERO VEINTE: TESTIMONIO PARA LA IGLESIA

Las Reuniones Sociales.-

RECIBI hace poco una carta de un hermano a quien respeto en gran manera, en la cual me preguntaba cómo deben dirigirse las reuniones. Deseaba saber si se deben ofrecer muchas oraciones en sucesión, y luego descansar unos momentos, y hacerse otra vez unas cuantas oraciones.

Por la luz que he recibido al respecto, he decidido que Dios no exige que, cuando nosotros nos reunimos para rendirle culto, hagamos tediosos y cansadores estos momentos, permaneciendo de rodillas largo tiempo, escuchando varias largas oraciones. Aquellos cuya salud es débil no pueden soportar este recargo sin agotarse y cansarse hasta el extremo. El cuerpo se cansa al permanecer postrado demasiado tiempo; y lo peor es que la mente se cansa de tal manera por el ejercicio continuo de la oración, que no se obtiene ningún refrigerio espiritual y el tiempo pasado en las reuniones está más que perdido. Los asistentes se cansan mental y físicamente, y no obtienen fortaleza espiritual.

Las reuniones para el público y las de oración no deben ser tediosas. Si es posible, todos deben llegar puntualmente a la hora señalada; y a los morosos que lleguen con media hora o quince minutos de atraso no se los debe esperar. Aun cuando no haya más de dos presentes, ellos pueden pedir el cumplimiento de la promesa. La reunión debe iniciarse a la hora señalada, si es posible, sean pocos o muchos los presentes. Debe ponerse a un lado la formalidad y la fría rigidez, y todos deben cumplir puntualmente con su deber. En las ocasiones comunes, no debe hacerse (512) oración durante más de diez minutos. Después que ha habido un cambio de posición y el ejercicio del canto o de la exhortación ha aliviado la monotonía, entonces si algunos se sienten inducidos a hacerlo, permítaseles orar.

Todos debieran considerar como un deber cristiano el hacer oraciones cortas. Presentad al Señor exactamente lo que queréis, sin recorrer todo el mundo. En la oración privada, todos tienen el privilegio de orar todo el tiempo que deseen, y de ser tan explícitos como quieran. Pueden orar por todos sus parientes y amigos. La cámara secreta es el lugar donde se han de contar todas las dificultades, pruebas y tentaciones particulares. La reunión para adorar a Dios en conjunto no es el lugar donde se hayan de revelar las cosas privadas del corazón.

¿Cuál es el objeto que se tiene al reunirse? ¿Es para informar a Dios, instruirle, diciéndole en oración todo lo que sabemos? Nos reunimos para edificarnos unos a otros mediante el intercambio de pensamientos y sentimientos, para obtener fuerza, luz y valor al conocer mejor nuestras esperanzas y aspiraciones mutuas; y al elevar con fe nuestras oraciones fervientes y sentidas, recibimos refrigerio y vigor de la fuente de nuestra fuerza. Estas reuniones deben ser momentos muy preciosos y deben ser hechas interesantes para todos los que tienen placer en las cosas religiosas.

Temo que algunos no presentan sus dificultades a Dios en oración particular, sino que las reservan para la reunión de oración, y allí elevan sus oraciones de varios días. A los tales se los puede llamar asesinos de reuniones públicas y de oración. No emiten luz; no edifican a nadie. Sus oraciones heladas y sus largos testimonios de apóstatas arrojan una sombra. Todos se alegran cuando han terminado, y es casi imposible desechar el enfriamiento y las tinieblas que sus oraciones y exhortaciones imparten a la reunión. Por la luz que he recibido, entiendo que nuestras reuniones deben ser espirituales, sociales y no demasiado largas. La reserva, el orgullo, la vanidad y el temor del hombre deben quedar en casa. Las pequeñas diferencias y los prejuicios no deben ir con nosotros a estas reuniones. Como en una familia unida, la sencillez, la mansedumbre, la confianza y el amor deben reinar en el corazón de los hermanos y las hermanas que se reúnen para ser refrigerados y vigorizados al unir sus luces. (513)

"Vosotros sois la luz del mundo," dice el Maestro celestial. No todos tienen la misma experiencia en su vida religiosa. Pero si se reúnen los que han pasado por diversas circunstancias, pueden hablar con sencillez y humildad de lo que han experimentado. Todos los que prosiguen adelante en la carrera cristiana, deben tener y tendrán una experiencia viva, nueva e interesante. Una experiencia viva se compone de pruebas diarias, conflictos y tentaciones, arduos esfuerzos y victorias y mucha paz y gozo obtenidos mediante Jesús. Un simple relato de estas cosas da luz, fuerza y conocimiento que ayudarán a otros en su progreso en la vida cristiana. El culto de Dios debe ser interesante e instructivo para los que aman las cosas divinas y celestiales.

Jesús, el Maestro celestial, no se mantenía alejado de los hijos de los hombres, sino que, a fin de beneficiarlos, vino del cielo a la tierra, donde estaban, para que la pureza y la santidad de su vida resplandeciesen sobre la senda de todos e iluminasen el camino del cielo. El Redentor del mundo procuró hacer claras y sencillas sus lecciones de instrucción, a fin de que todos las comprendiesen. Generalmente prefería dar sus discursos al aire libre. No había paredes que pudiesen contener la multitud que le seguía; pero tenía razones especiales por recurrir a los huertos y las playas a fin de dar allí sus instrucciones. Podía contemplar el panorama y hacer uso de objetos y escenas familiares para los de humilde condición, a fin de ilustrar con ellas las verdades importantes que les hacía conocer. A estas lecciones asociaba las obras de Dios en la naturaleza. Las aves que gorjeaban sus cantos sin preocupación, las flores del valle que resplandecían de hermosura, el nenúfar que lucía su pureza en el seno del lago, los altos árboles, la tierra cultivada, los ondeantes cereales, el suelo árido, el árbol que no daba fruto, las colinas eternas, el burbujeante arroyo, el sol poniente que teñía y doraba los cielos, todas estas cosas las empleaba para grabar en la mente de sus oyentes la verdad divina. Relacionaba las obras puestas por la mano de Dios en los cielos y sobre la tierra con las palabras que deseaba grabar en sus mentes, a fin de que mientras mirasen las obras admirables de Dios en la naturaleza, sus lecciones se mantuviesen frescas en su recuerdo.

En todos sus esfuerzos Cristo procuraba hacer interesantes sus (514) enseñanzas. Sabía que una muchedumbre cansada y hambrienta no podía obtener beneficio espiritual, y no olvidaba sus necesidades corporales. En cierta ocasión realizó un milagro para alimentar a cinco mil personas que se habían reunido para escuchar las palabras de vida que brotaban de sus labios. Jesús tenía en cuenta los alrededores cuando daba su preciosa verdad a las multitudes. El panorama era de tal naturaleza que atraía los ojos y despertaba admiración en el pecho de los que amaban lo bello. Podía ensalzar la sabiduría de Dios en las obras que había creado, y podía vincular estas lecciones sagradas dirigiendo sus mentes de la naturaleza al Dios de ella.

Así el panorama, los árboles, las aves, las flores del valle, las colinas, el lago y los hermosos cielos, se asociaban en su recuerdo con las verdades sagradas que serían santificadas en su memoria cuando mirasen aquellas cosas después de la ascensión de Cristo al Cielo.

Cuando enseñaba a la gente, no dedicaba el tiempo a la oración. No les imponía, como los fariseos, largas y tediosas ceremonias y oraciones. Enseñó así a orar a sus discípulos: "Y cuando oras, no seas como los hipócritas; porque ellos aman el orar en las sinagogas, y en los cantones de las calles en pie, para ser vistos de los hombres: de cierto os digo, que ya tienen su pago. Mas tú, cuando oras, éntrate en tu cámara, y cerrada tu puerta, ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en secreto, te recompensará en público. Y orando, no seáis prolijos, como los gentiles; que piensan que por su parlería serán oídos. No os hagáis, pues, semejantes a ellos; porque vuestro Padre sabe de qué cosa tenéis necesidad, antes que vosotros le pidáis. Vosotros pues, oraréis así" (Mat. 6:5-9).

Cristo inculcó en sus discípulos la idea de que sus oraciones debían ser cortas y expresar exactamente lo que querían, y nada más. Le indicó la longitud y el contenido que debían caracterizar sus oraciones; debían expresar sus deseos de bendiciones temporales y espirituales, y su gratitud por las mismas. ¡Cuán abarcante es esta oración modelo! Se refiere a la necesidad real de todos. Uno o dos minutos

bastan para cualquier oración común. Hay casos en que la oración nos es dictada en una forma especial por el Espíritu de Dios, cuando se eleva la súplica en el Espíritu. (515)

El alma anhelante siente agonía y gime en busca de Dios. El espíritu lucha como luchó Jacob, y no quiere descansar sin manifestaciones especiales del poder de Dios. Así quiere Dios que sea.

Pero muchos elevan oraciones áridas como si fueran sermones. Oran a los hombres y no a Dios. Si estuvieran orando a Dios, y comprendiesen realmente lo que están haciendo, se alarmarían por su audacia; porque dirigen un discurso al Señor a modo de oración, como si el Creador del universo necesitase información especial sobre temas generales relacionados con las cosas que suceden en el mundo. Tales oraciones son todas como metal que resuena y címbalo que retiñe. No son anotadas en el Cielo. Los ángeles de Dios se cansan de ellas, tanto como los mortales que están obligados a escucharlas.

A Jesús se le encontraba a menudo en oración. Se retiraba a los huertos solitarios o a las montañas para dar a conocer sus peticiones a su Padre. Cuando había terminado los quehaceres y los cuidados del día, y los cansados buscaban reposo, Jesús dedicaba el tiempo a la oración. No quisiéramos desalentar el espíritu de oración; porque no se ora ni se vela bastante. Y menos aún se ora con el Espíritu y también con comprensión. La oración ferviente y eficaz es siempre oportuna, y nunca cansará. Una oración tal interesa y refrigera a todos los que tienen amor por la devoción.

Se descuida la oración secreta, y ésta es la razón por la cual muchos hacen oraciones tan largas, tediosas y sin valor cuando se reúnen para adorar a Dios. Repasan en sus oraciones una semana de deberes descuidados y oran en círculo, esperando compensar su negligencia y apaciguar su conciencia. Esperan ganar por su oración el favor de Dios. Pero con frecuencia estas oraciones logran solamente hacer bajar a otros al nivel de las tinieblas espirituales en que está la persona que las hace. Si los cristianos quisieran apropiarse las enseñanzas de Cristo acerca de velar y orar, rendirían un culto más inteligente a Dios. (516)

Cómo Observaremos el Sábado.-

Dios es misericordioso. Sus requerimientos son razonables y concuerdan con la bondad y la benevolencia de su carácter. El sábado fue creado para que toda la humanidad recibiese beneficio. No fue hecho el hombre para adaptarse al sábado; sino que el sábado fue hecho después de la creación del hombre, para satisfacer sus necesidades. Después que Dios hubo hecho el mundo en seis días, reposó y luego santificó y bendijo el día en que había reposado de todas sus obras que había creado y hecho. Puso aparte ese día especial para que el hombre descansase en él de su trabajo, a fin de que mientras mirase la tierra y los cielos, pudiese reflexionar que Dios había hecho todo esto en seis días y reposado en el séptimo, y que al contemplar las pruebas tangibles de la sabiduría infinita de Dios, su corazón se llenase de amor y reverencia hacia su Creador.

A fin de santificar el sábado, no es necesario que nos encerremos entre paredes, y que nos privemos de las hermosas escenas de la naturaleza, del aire libre y vigorizador y de la hermosura del cielo. En ningún caso debemos permitir que las cargas y las transacciones comerciales distraigan nuestra mente en el sábado del Señor el cual ha santificado. No debemos permitir que nuestra mente se espacie siquiera en cosas de carácter mundanal. Pero la mente no puede ser refrigerada, vivificada y elevada si quedamos encerrados durante casi todas las horas del sábado entre paredes, escuchando largos sermones y oraciones tediosas y formales. El sábado del Señor recibe un uso erróneo si se lo celebra así. No se alcanza el objeto por el cual fue instituido. El sábado fue hecho para el hombre, para beneficiarle al apartar su espíritu de la labor secular a fin de que contemple la verdad y la gloria de Dios. Es necesario que el pueblo de Dios se reúna para hablar de él, para intercambiar pensamientos e ideas acerca de las verdades contenidas en su Palabra, y dedicar una parte del tiempo a la oración apropiada. Pero estos momentos, aun en sábado, no deben ser (517) hechos tediosos por su dilación y falta de interés.

Durante una porción del día, todos debieran tener oportunidad de salir al aire libre. ¿Cómo pueden los niños recibir un conocimiento más correcto de Dios y una impresión mental mejor, que pasando una parte del tiempo al aire libre, no jugando, sino en compañía de sus padres? Asóciense sus mentes juveniles con Dios en los hermosos panoramas de la naturaleza, llámeseles la atención hacia las manifestaciones de su amor por el hombre en sus obras creadas y se sentirán atraídos e interesados. No correrán el peligro de asociar el carácter de Dios con todo lo severo y adusto; sino que al ver las cosas bellas que creó para la felicidad del hombre, serán inducidos a considerarle como un Padre tierno y amable. Verán que sus prohibiciones no han sido hechas simplemente para manifestar su poder y autoridad, sino que busca la felicidad de sus hijos. Y al cobrar el carácter de Dios el aspecto atrayente del amor, la benevolencia y la belleza, se sentirán inducidos a amarle. Podéis llamarles la atención a las aves hermosas que llenan el aire de música con sus felices cantos, los tallos de la hierba y las flores perfectas de llamativos matices que perfuman el aire. Todas estas cosas proclaman el amor y la habilidad del Artista celestial, y revelan la inigualable y perfecta gloria de Dios.

Padres, ¿por qué no hacéis uso de las lecciones preciosas que Dios nos ha enseñado en el libro de la naturaleza para dar a vuestros hijos una idea correcta de su carácter? Los que sacrifican la sencillez por la moda, y se privan de admirar la belleza de la naturaleza, no pueden ser espirituales, no pueden comprender la habilidad y el poder de Dios según se revelan en sus obras creadas; por lo tanto sus corazones no palpitan con nuevo amor e interés, y no se llenan de reverencia al vislumbrar a Dios en la naturaleza.

Todos los que aman a Dios deben hacer lo que puedan para que el sábado sea una delicia, santo y honorable. No pueden hacer esto buscando sus propios placeres en diversiones pecaminosas y prohibidas, sin embargo, pueden hacer mucho para exaltar el sábado en sus familias y hacer de él el día más interesante de la semana. Debemos dedicar tiempo a interesar a nuestros hijos. Un cambio ejercerá una influencia feliz sobre ellos. Podemos andar (518) con ellos al aire libre; podemos sentarnos con ellos en los huertos y bajo la alegre luz del sol y dar a sus mentes inquietas algo en qué ocuparse, conversando con ellos de las obras de Dios. Podemos inspirarles amor y reverencia llamando su atención a los hermosos objetos de la naturaleza.

El sábado debe resultar tan interesante para nuestras familias que su visita semanal sea saludada con gozo. De ninguna manera mejor pueden los padres exaltar y honrar el sábado que ideando medios de impartir la debida instrucción a sus familias, e interesarlas en las cosas espirituales, dándoles una visión correcta del carácter de Dios, y de lo que él requiere de nosotros a fin de perfeccionar el carácter cristiano y alcanzar la vida eterna. Padres, haced del sábado una delicia para que vuestros hijos puedan esperarlo con placer y recibirlo con gozo en su corazón.

La Recreación Cristiana[4].-

He estado pensando en el contraste que habría entre nuestra reunión de hoy aquí y las reuniones que celebran generalmente los incrédulos. En vez de hacer oración y mencionar a Cristo y las cosas religiosas, se oirían risas torpes y conversaciones triviales. Su objeto sería pasar momentos alegres. La reunión comenzaría con insensatez y terminaría con vanidad. Nosotros queremos que estas reuniones sean dirigidas de tal manera, y que nos conduzcamos de tal modo que podamos volver a nuestros hogares con una conciencia libre de ofensas contra Dios y el hombre, con el conocimiento de que no hemos herido en nada a aquellos con quienes nos hemos asociado, ni hemos ejercido influencia perniciosa sobre ellos.

En esto fracasan muchos. No consideran que son responsables de la influencia que ejercen diariamente; que deben dar cuenta a Dios de las impresiones que causan y de la influencia que difunden (519) en

[4] Transcrito tal como fue pronunciado ante un grupo de unas doscientas personas que estaban disfrutando de momentos de recreación a orillas del lago Goguac, cerca de Battle Creek, estado de Michigan, en Mayo de 1870.

todo su trato de la vida. Si esta influencia es tal que tienda a apartar de Dios la mente de otros y atraerlos hacia la vanidad y la insensatez, induciéndolos a buscar su propio placer en diversiones y complacencias insensatas tendrán que dar cuenta de ello. Si estas personas son hombres y mujeres de influencia, si su posición es tal que su ejemplo afectará a otros, recaerá sobre ellos un pecado mayor por no regir su conducta de acuerdo con la norma bíblica.

La ocasión que estamos celebrando hoy concuerda precisamente con mis ideas acerca de la recreación. He procurado exponer mis opiniones al respecto, pero es más fácil ilustrarlas que exponerlas. Estuve en este terreno hace más o menos un año, cuando asistí a una reunión similar a esta. Casi todo transcurrió muy agradablemente entonces, pero había una cosa que objetar. Algunos se entregaron a muchas bromas. No todos eran observadores del sábado, y se manifestaba una influencia que no era tan agradable como podríamos haber deseado.

Pero creo que aun mientras procuramos refrigerar nuestros espíritus y vigorizar nuestros cuerpos, Dios requiere de nosotros que empleemos todas nuestras facultades en todos los momentos con el mejor propósito. Podemos asociarnos como lo hacemos hoy, y hacerlo todo para gloria de Dios. Podemos y debemos dirigir nuestras recreaciones de tal manera que nos dejen más idóneos para desempeñar con éxito los deberes que nos incumben, y para que nuestra influencia sea más benéfica sobre aquellos con quienes tratamos. Tal debiera ser especialmente el caso en una ocasión como ésta, que debiera alegrarnos a todos. Podemos volver a nuestras casas con el espíritu animado y el cuerpo refrigerado, preparados para reanudar el trabajo con mejor esperanza y más valor.

Creemos que cada día de nuestra vida es nuestro privilegio glorificara Dios aquí en la tierra; que no hemos de vivir en este mundo simplemente para divertirnos y agradarnos a nosotros mismos. Estamos aquí para beneficiar a la humanidad, para ser una bendición para todos. Y si dejamos que nuestro espíritu se rebaje al nivel en el cual muchos de los que procuran solamente la anidad y la insensatez permiten que se espacie el suyo, ¿cómo podemos beneficiar a la sociedad, a nuestra especie y generación? (520) No podemos dedicarnos inocentemente a cualquier diversión que nos incapacite para el más fiel desempeño de los deberes comunes de la vida.

Queremos buscar lo elevado y hermoso. Queremos desviar la mente de lo superficial vano e inestable. Lo que deseamos es obtener nuevas fuerzas de todo aquello en lo cual participamos. De todas estas reuniones destinadas a la recreación, de todo trato agradable, queremos obtener nueva fuerza para llegar a ser mejores hombres y mujeres. De toda fuente posible adquiramos nuevo valor, nueva fuerza, nuevo poder, a fin de elevar nuestra vida a la pureza y la santidad, y no descender al bajo nivel de este mundo.

Oímos a muchos que profesan la religión de Cristo hablar a menudo así: "Debemos todos descender a cierto nivel" . Para los cristianos no hay tal descenso. Abrazar la verdad de Dios y la religión de la Biblia no es descender, es ascender a un nivel elevado, a un punto más alto, donde podemos comunicarnos con Dios.

Por esta misma razón Cristo se humilló a sí mismo, tomó nuestra naturaleza para que por su propia humillación, sufrimiento y sacrificio él pudiera llegar a ser un escalón para los hombres caídos, para que por los méritos de Cristo pudieran elevarse, y para que por medio de la excelencia y virtud de Cristo, sus esfuerzos por guardar la ley de Dios pudieran ser aceptos por él. Aquí no hay tal cosa como descender a cierto nivel. Estamos tratando de colocar nuestros pies sobre la elevada y exaltada plataforma de la verdad eterna. Tratamos de llegar a ser más semejantes a los ángeles celestiales, y ser más puros de corazón, más libres de pecado, inocentes e inmaculados.

Buscamos la pureza y la santidad de la vida, para que al final podamos estar aptos para la sociedad celestial en el reino de gloria. Y el único medio para lograr esta elevación del carácter cristiano es Jesucristo. No hay otro modo de exaltar la familia humana. ¡Algunos hablan de la humillación que sufren y del sacrificio que hacen al adoptar la verdad de origen celestial! Es cierto que el mundo no acepta la verdad, los incrédulos no la reciben. Ellos pueden hablar de los que han abrazado la verdad y

buscado al Salvador, y presentarlos como quienes lo han dejado (521) todo, renunciado a todo, y sacrificado todo lo que vale la pena retener. Pero no me digan eso a mí. Yo conozco la realidad. Por experiencia sé que es todo lo contrario. No pueden decir que tenemos que abandonar nuestros tesoros más queridos sin recibir algo equivalente. ¡Por cierto que no! El Creador, que preparó el hermoso Edén para nuestros primeros padres, que ha plantado para nosotros los bellos árboles y flores, y proveyó todo lo que es hermoso y glorioso en la naturaleza para que la raza humana lo disfrute, se propuso que los seres humanos lo disfrutaran. Entonces no piensen que Dios desea que abandonemos todo lo que nos da felicidad. El requiere que abandonemos sólo lo que no sería para nuestro bien y felicidad retener.

Ese Dios que ha plantado estos nobles árboles y los ha vestido con su rico follaje, que nos ha dado las brillantes y hermosas tonalidades de las flores, y cuya bella obra vemos en el reino de la naturaleza, no tiene la intención de hacernos infelices; no se propone que no gustemos ni disfrutemos de estas cosas. Es su voluntad que las disfrutemos y seamos felices con los encantos de la naturaleza, que son su propia creación.

Es correcto que elijamos lugares como este bosquecillo para períodos de esparcimiento y recreación. Pero no estamos aquí para dedicar nuestra atención meramente a nosotros mismos, y desperdiciar precioso tiempo en entretenimientos que han de fomentar la aversión por las cosas sagradas. No hemos venido aquí para complacernos en chistes y bromas, en tontas conversaciones y risas sin sentido. Aquí contemplamos las bellezas de la naturaleza. ¿Qué haremos entonces? ¿Nos postraremos y las adoraremos? Por cierto que no. Pero mientras contemplamos estas obras de la naturaleza debiéramos permitir que la mente se eleve al Dios de la naturaleza; que se eleve al Creador del universo, y luego adorar al Creador que ha hecho todas estas bellezas para nuestro beneficio y felicidad.

Muchos se deleitan con bellos cuadros y están dispuestos a alabar el talento que puede producir un hermoso dibujo, pero ¿de dónde obtienen su inspiración los que dedican su vida a esta obra? ¿De dónde los artistas extraen ideas que han de plasmar en la tela? De las hermosas escenas de la naturaleza, sólo de la naturaleza. Hay individuos que dedican toda su fuerza y prodigan (522) todos sus afectos a sus gustos por estas cosas. Muchos apartan su mente de las bellezas y glorias de la naturaleza que nuestro Creador ha preparado para su deleite, y dedican toda su capacidad a perfeccionar su arte; sin embargo, todas estas cosas son sólo copias imperfectas de la naturaleza. El arte nunca alcanza la perfección que se ve en la naturaleza.

Se olvida al Hacedor de todas las cosas bellas. He visto a muchos que se extasiaban ante la pintura de una puesta de sol, mientras que al mismo tiempo podrían tener el privilegio de ver una real y gloriosa puesta de sol casi todas las tardes del año. Pueden ver los hermosos tintes con los cuales el invisible Artista Maestro, con divina destreza ha pintado gloriosas escenas en la cambiante tela de los cielos, y sin embargo se vuelven descuidadamente del cuadro pintado por el cielo, a las obras de arte diseñadas por dedos imperfectos, y casi se postran y las adoran. ¿Cuál es la razón de esto? Es que el enemigo está casi constantemente tratando de desviar la mente de Dios. Cuando presentamos a Dios y la religión de Cristo, ¿los reciben? Por cierto que no. No pueden aceptar a Cristo. ¿Qué? ¿Han de hacer ellos el sacrificio que tendrían que hacer para recibirlo? ¡De ninguna manera! Pero, ¿qué se requiere? Simplemente los mejores y más santos afectos del corazón para el que dejó la gloria del Padre y descendió a morir por una raza de rebeldes. Dejó sus riquezas, su majestad, y su alto mando y tomó sobre sí nuestra naturaleza, para abrir una vía de escape; ¿para hacer qué? ¿para humillarnos? ¿para degradarnos? Por cierto que no. Para abrirnos una vía de escape de la desesperada miseria, y elevarnos finalmente a su mano derecha en su reino. Por eso hizo el grande, el inmenso sacrificio. Y ¿quién puede comprender este gran sacrificio? ¿Quién puede apreciarlo? Ninguno sino los que comprenden el misterio de la piedad, los que han gustado los poderes del mundo por venir, los que han bebido de la copa de salvación que se nos ha ofrecido. El Señor nos ofrece esta copa de salvación, mientras que con sus propios labios vació, en nuestro lugar, la amarga copa que nuestros pecados habían preparado, y que había sido servida para que la bebiéramos nosotros. No obstante, hablamos como si Cristo, quien

ha hecho tal sacrificio, y manifestado tal amor por nosotros, quisiera privarnos de todo lo que deseamos. (523)

¿De qué bienes nos privaría? Nos privaría del privilegio de rendirnos a las pasiones naturales del corazón carnal. No podemos enojarnos cuando nos plazca, y a la vez mantener una conciencia limpia y la aprobación de Dios. Pero ¿no estamos deseosos de abandonar esto? El entregarnos a las pasiones corruptas ¿nos hará en algo más felices? Es porque no nos hace más felices que se nos imponen esas restricciones. Enojarnos y cultivar un carácter perverso no nos ayuda a estar gozosos. No nos traerá felicidad seguir las tendencias del corazón natural. Y ¿seremos mejores al complacernos en ella? No; ellas arrojarán una sombra sobre nuestro hogar y una mortaja sobre nuestra felicidad. Ceder a los apetitos naturales perjudicará nuestra salud y destruirá el organismo. Por lo tanto, Dios quiere que restrinjamos el apetito, que controlemos las pasiones y tengamos en sujeción a todo nuestro ser. Y él ha prometido darnos fuerza si nos ocupamos de esta obra.

El pecado de Adán y Eva causó una tremenda separación entre Dios y el hombre. Y Cristo se ubica entre el hombre caído y Dios, y le dice al hombre: "Todavía puedes llegar al Padre; hay un plan trazado por el cual Dios puede ser reconciliado con el hombre, y el hombre con Dios; a través de un Mediador puedes acercarte a Dios". Y ahora está él para mediar por vosotros. El es el gran Sumo Sacerdote que intercede por vosotros; y vosotros debéis venir y presentar vuestro caso al Padre por medio de Jesucristo. Así podéis tener acceso a Dios, aunque pequéis; vuestro caso no es desesperado. "Si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo" (1 Juan 2:1).

Doy gracias a Dios porque tenemos un Salvador. Y no hay modo por el que podamos ser exaltados, excepto por medio de Cristo. Entonces que ninguno piense que es una gran humillación de su parte aceptar a Cristo; porque cuando damos ese paso, nos asimos de la cuerda de oro que une al hombre finito con el infinito Dios; damos el primer paso hacia la verdadera exaltación, para poder ser idóneos para la compañía de los ángeles celestiales y puros en el reino de gloria.

No se desanimen, no se desalienten. Aunque sufran tentaciones sean acosados por el artero enemigo, si el temor de Dios está (524) delante de ustedes, ángeles excelsos en fortaleza serán enviados para ayudarles, y podrán ser un rival superior a los poderes de las tinieblas. Jesús vive. Murió para proveer una vía de escape para la raza caída, y vive hoy para interceder por nosotros, para que podamos ser exaltados a su diestra. Esperen en Dios. El mundo anda por la senda ancha; y mientras ustedes transiten por la senda angosta, y tengan que luchar con principados, potestades y poderes, y enfrentar la oposición de los enemigos, recuerden que se ha hecho provisión para ustedes. La ayuda está depositada en Alguien que es poderoso, y por medio de él puedan vencer.

Salgan de en medio de ellos, y apártense, dice el Señor, y yo los recibiré, y serán hijos e hijas del Señor Todopoderoso. ¡Qué promesa es ésta! Es una garantía de que lleguen a ser miembros de la familia real, herederos del reino celestial. Si una persona recibiera honores de algún monarca de la tierra, o se conectara con él, la noticia pasaría a todos los periódicos del día y despertaría la envidia de los que se consideran menos afortunados. Pero hay Uno que es Rey sobre todos, el Monarca del universo, el Origen de todo lo bueno; y él nos dice: Los haré mis hijos e hijas; los uniré a mí mismo; llegarán a ser miembros de la familia real e hijos del Rey celestial.

Pablo dice: "Puesto que tenemos tales promesas, limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios" (2 Cor. 7:1). ¿Por qué no habremos de hacer esto, cuando tenemos tal incentivo, el privilegio de llegar a ser hijos del Altísimo, el privilegio de llamar al Dios del cielo nuestro Padre? ¿No es eso suficiente? Y ¿llaman a esto privarse de todo lo que vale la pena tener? ¿Es esto abandonar todo lo que vale la pena poseer? Déjenme unirme a Dios y a los santos ángeles, pues ésta es mi más elevada ambición. Ustedes pueden quedarse con todas las posesiones de este mundo; pero yo quiero tener a Jesús, quiero tener el derecho a la herencia inmortal, la riqueza eterna. Déjenme gozar las bellezas del reino de Dios. Dejen que me deleite con las pinturas

que sus propios dedos han coloreado. Yo las puedo disfrutar. Ustedes también pueden disfrutarlas. No podemos adorarlas, pero por medio de ellas podemos ser llevados a él y contemplar la gloria del que hizo todas estas cosas para nuestro deleite. (525)

Nuevamente digo: Tengan ánimo. Confíen en el Señor. No permitan que el enemigo les robe las promesas. Si se han separado del mundo, Dios ha dicho que él será su Padre, y ustedes seréis sus hijos e hijas. ¿No es eso suficiente? ¿Qué mayor aliciente se les podría presentar? ¿Tiene algún sentido ser una mariposa y no tener principios u objetivos en la vida? ¡Oh! Déjenme en la plataforma de la verdad eterna. Denme valores inmortales. Déjenme asirme de la cadena de oro que desciende del cielo a la tierra, y dejen que me eleve a Dios y a la gloria. Esta es mi ambición, este es mi objetivo. Si los demás no tienen un objetivo más elevado que el vestido, si pueden deleitarse en el despliegue exterior y satisfacer su alma con moños y cintas y fantasías, que los disfruten. Pero a mí permítanme tener el adorno interior. Dejen que me vista de Dios. Y yo se los recomiendo, jóvenes y señoritas, porque es más precioso a su vista que el oro de Ofir. Esto es lo que hace al hombre más precioso que el oro fino, más precioso aún que el oro de Ofir. Mis hermanas, y ustedes jóvenes, este espíritu las hará más preciosas a la vista del Cielo que el oro fino, más preciosas aún que el oro de Ofir. Les recomiendo a Jesús, mi bendito Salvador. Yo lo adoro, lo magnifico. ¡Oh, si pudiera tener una lengua inmortal para alabarlo como deseo! ¡Si pudiera estar frente al universo congregado y hablar en alabanza de sus sin iguales encantos!

Y mientras que yo lo adoro y magnifico, ustedes magnifíquenlo conmigo. Alaben al Señor aun cuando caigan en la oscuridad. Alábenlo aun en la tentación. "Regocijaos en el Señor siempre —dice el apóstol—. Otra vez digo: ¡Regocijaos!" ¿Traerá eso penumbras y tinieblas a sus familias? No, por cierto; traerá un rayo de sol. Así reciban rayos de luz eterna del trono de gloria y los esparcirán a su alrededor. Permítanme exhortarlos a realizar esta obra: esparzan esta luz y esta vida a su alrededor, no sólo en vuestra propia senda, sino en las sendas de los que se relacionan con ustedes. Que su objetivo sea mejorar a los que los relean, elevarlos, señalarles el cielo y la gloria, y guiarlos a buscar, por sobre todas las cosas terrenales, los bienes eternos, la herencia inmortal, las riquezas imperecederas. (526)

Un Sueño Impresionante.-

Mientras visitaba Battle Creek en Agosto de 1868, soñé que estaba con una gran compañía de gente. Una parte de esta congregación empezó a prepararse para un viaje. Teníamos carretas muy cargadas. Mientras viajábamos, parecía que el camino ascendía. A un lado de este camino había un profundo precipicio; al otro había un alto y liso muro blanco, con la terminación dura de paredes revocadas.

A medida que avanzábamos, el camino se hacía más angosto y empinado. En algunos lugares parecía tan estrecho que no podíamos ya viajar con las carretas cargadas. Entonces desatamos los caballos, tomamos parte del equipaje de las carretas, lo colocamos sobre los caballos, y viajamos a caballo.

A medida que avanzábamos la senda seguía estrechándose. Nos vimos obligados a marchar muy cerca del muro, para evitar caer del angosto camino en el profundo precipicio. Cuando hacíamos esto, el equipaje que llevaban los caballos presionaba contra la pared y nos impelía hacia el precipicio. Temíamos caer y estrellarnos contra las rocas. Entonces soltamos el equipaje de los caballos, que cayó al precipicio. Seguimos a caballo, y cuando llegábamos a los lugares más angostos del camino, sentíamos gran temor de perder el equilibrio y caer. En esos momentos, parecía que una mano tomaba la brida y nos guiaba en el camino peligroso.

Como la senda se hacía más angosta, decidimos que ya no podíamos seguir a caballo con seguridad. Dejamos los caballos y continuamos a pie, en una sola fila, cada uno siguiendo las pisadas del otro. En este punto, pequeñas cuerdas descendieron desde lo alto del muro blanco; nos asimos de ellas firmemente, para ayudarnos a mantenernos en equilibrio sobre la senda. Mientras avanzábamos, el cordón avanzaba con nosotros. Finalmente la senda se hizo tan angosta que llegamos a la conclusión de

que viajaríamos más seguros sin zapatos, así que los quitamos y continuamos (527) sin ellos. Pronto vimos que podíamos viajar más seguros sin las medias; nos las quitamos y seguimos descalzos.
Entonces pensamos en los que no estaban acostumbrados a las privaciones y penurias. ¿Dónde estaban ahora? No estaban en el grupo. A cada cambio algunos quedaban atrás, y seguían sólo los que se habían acostumbrado a soportar penurias. Las privaciones del camino sólo los hacía más deseosos de esforzarse hasta el final.
El peligro de caer de la senda aumentaba. Nos apoyábamos fuertemente contra el muro, sin embargo no podíamos apoyar nuestros pies del todo sobre la senda, porque era demasiado angosta. Entonces suspendíamos casi todo nuestro peso de las cuerdas y exclamábamos: —¡Nos sostienen desde arriba! ¡Nos sostienen desde arriba!" Toda la compañía que avanzaba por la senda angosta pronunció las mismas palabras. Cuando escuchamos las risas y la jarana que parecían venir del abismo nos estremecimos. Escuchamos canciones de guerra y canciones de danza. Escuchamos música instrumental y fuertes risas, mezcladas con maldiciones, gritos de angustia y amargos lamentos, y nos sentimos más ansiosos que nunca de seguir en nuestro angosto y difícil camino. Gran parte del tiempo nos veíamos obligados a suspender todo nuestro peso de las cuerdas, que aumentaban de tamaño a medida que avanzábamos.
Noté que el hermoso muro blanco estaba manchado de sangre. Daba lástima ver el muro así manchado. Sin embargo, ese sentimiento duró sólo un momento, pues pronto pensé que todo estaba bien. Los que vienen detrás sabrán que otros han pasado por el camino angosto y difícil antes que ellos, y llegarán a la conclusión de que si otros pudieron avanzar, ellos podrán hacer lo mismo. Y cuando sus doloridos pies sangren, no desmayarán desalentados, sino que al ver la sangre sobre el muro, sabrán que otros han soportado el mismo dolor.
Al fin llegamos a un gran abismo, donde terminó nuestra senda. Ahora no había nada allí que guiara nuestros pasos, nada donde descansar nuestros pies. Toda nuestra dependencia estaba en las cuerdas, que habían aumentado de tamaño hasta llegar a ser tan grandes como nuestro cuerpo. Aquí por un tiempo nos sentimos perplejos y angustiados. Preguntamos en temerosos susurros: (528) "¿A qué está sujeta la cuerda?" Mi esposo estaba justo delante de mí. Grandes gotas de sudor caían de su frente; las venas del cuello y las sienes habían aumentado al doble de su tamaño normal, y sofocados y agonizantes lamentos brotaban de sus labios. El sudor corría por mi rostro, y sentí tal angustia cual nunca había sentido antes. Nos esperaba un tremendo esfuerzo. Si fallábamos aquí todas las dificultades de nuestro viaje habrían sido en vano.
Ante nosotros, del otro lado del abismo, había un hermoso campo de verde gramilla de más o menos quince centímetros de alto. No veíamos el sol, pero suaves y brillantes rayos de luz semejantes a oro y plata finos descendían sobre esta campiña. Nada que hubiera visto jamás sobre la tierra podía compararse en belleza y gloria con esta pradera. Pero ¿podríamos alcanzarla? era nuestra inquietante pregunta. Si la cuerda se rompía, moriríamos. De nuevo se escucharon angustiosos susurros: "¿Cómo se sostiene la cuerda?" Por un momento vacilamos antes de aventurar una respuesta. Luego exclamamos: "Nuestra única esperanza consiste en confiar plenamente en la cuerda. Hemos dependido de ella durante todo el difícil trayecto. Ahora no nos fallará". Aún la duda nos angustiaba. Entonces escuchamos las palabras: "Dios sostiene la cuerda y no hay por qué temer". Luego los que venían detrás repitieron las mismas palabras y agregaron: "El no nos fallará ahora, puesto que hasta aquí nos ha traído a salvo".
Mi esposo entonces se abalanzó sobre el tremendo abismo y saltó a la hermosa campiña que estaba más allá. Inmediatamente lo seguí yo. ¡Oh, qué sensación de alivio y gratitud a Dios sentimos! Escuché voces que se elevaron en triunfante alabanza a Dios. Era feliz, perfectamente feliz.
Desperté, y sentí que a causa de la ansiedad que había experimentado en mi marcha por la difícil ruta, cada nervio de mi cuerpo se estremecía. Este sueño no necesita comentario. Impresionó de tal modo mi mente que probablemente cada detalle permanecerá vívido mientras tenga memoria. (529)

Nuestros Congresos.-

Ninguna influencia puede ser tan perjudicial para un congreso o cualquier otra reunión de culto religioso, como el mucho saludarse y la conversación negligente. Con frecuencia, hombres y mujeres se reúnen en grupos y entablan conversación sobre asuntos comunes que no se relacionan con la reunión. Algunos han traído sus fincas consigo, otros han traído sus casas, y hacen sus planes para edificar. Algunos disecan el carácter de otros, y no tienen tiempo ni disposición para escudriñar su propio corazón y descubrir los defectos de su propio carácter, para que puedan corregir sus faltas y alcanzar la santidad en el temor de Dios.

Si todos los que profesan seguir a Cristo aprovechasen el tiempo mientras están libres de reuniones para conversar de la verdad, espaciarse en la experiencia cristiana, escudriñar su propio corazón y en ferviente oración a Dios suplicar su bendición, se realizaría una obra mucho mayor de la que se ha visto hasta aquí. Los incrédulos que acusan falsamente a los que creen la verdad, quedarían convencidos por causa de su "buena conversación en Cristo" (1 Pedro 3:16). Nuestras palabras y acciones son el fruto que llevamos; "por sus frutos los conoceréis" (Mat. 7:16).

Dios mandó a los israelitas que se reunieran ante él en períodos determinados, en el lugar que él eligiera, y que observaran días especiales en los que no debían hacer ningún trabajo innecesario, sino dedicar el tiempo a considerar las bendiciones que él les había prodigado. En estas ocasiones especiales el siervo y la sierva, el extranjero, el huérfano y la viuda, habían de regocijarse de que Dios, por su propio y maravilloso poder, los había sacado de la servidumbre humillante para traerlos al gozo de la libertad. Se les ordenó que no se presentaran ante el Señor con las manos vacías. Debían traer presentes de gratitud a Dios por las continuas misericordias y bendiciones que les prodigara. Estas ofrendas variaban de acuerdo con el valor que los donantes daban a las bendiciones de que tenían el privilegio de gozar. Así el carácter (530) de la gente se revelaba claramente. Los que daban alto valor a las bendiciones que Dios les concedía traían ofrendas de acuerdo a su modo de apreciar dichas bendiciones. Los que tenían las facultades morales embotadas por el egoísmo y un amor idólatra por los favores recibidos, más bien que inspirados por un amor ferviente hacia su dadivoso Benefactor, traían ofrendas magras. Así revelaban su corazón. Además de estas festividades religiosas especiales de alegría y regocijo, la nación judía debía conmemorar anualmente la Pascua. El Señor pactó que si eran fieles en la observancia de sus requerimientos, él bendeciría todas sus ganancias y toda la obra de sus manos.

Dios no pide menos de su pueblo en estos últimos días, en sacrificios y ofrendas, que lo que requirió de la nación judía. Los que él ha bendecido con suficiencia, y aun la viuda y el huérfano, no debieran olvidarse de sus bendiciones. Especialmente los que Dios ha prosperado debieran ofrecerle las cosas que son de él. Debieran presentarse ante él con un espíritu de sacrificio y entregar sus ofrendas de acuerdo con las bendiciones que él les ha prodigado. Pero muchos a quienes Dios prospera manifiestan una vil ingratitud hacia él. Si sus bendiciones se derraman sobre ellos, y él aumenta sus riquezas, transforman esas dádivas en cuerdas que los atan al amor por sus posesiones; permiten que los negocios mundanos se posesionen de sus afectos y de su ser entero, y descuidan la devoción y los privilegios religiosos. No pueden permitirse dejar la atención de sus negocios y presentarse ante Dios ni siquiera una vez al año. Transforman las bendiciones de Dios en una maldición. Sirven a sus propios intereses temporales y descuidan los requisitos de Dios.

Hay hombres ricos que permanecen en casa año tras año, absortos en sus preocupaciones e intereses mundanos, pensando que no pueden hacer el pequeño sacrificio de asistir a las reuniones anuales para adorar a Dios. El los ha bendecido con bienes materiales, y los ha rodeado de abundantes beneficios; sin embargo retienen las pequeñas ofrendas que él requiere. Les gusta servirse a sí mismos. Sus almas serán como el árido desierto, sin el rocío ni la lluvia del cielo. El Señor les ha brindado la preciosa bendición de su gracia. Los ha librado de la esclavitud del pecado y de la servidumbre del error, y ha

descubierto la gloriosa luz de la (531) verdad presente ante su entenebrecida comprensión. ¿Y estas evidencias del amor y la misericordia de Dios no requieren gratitud? Los que profesan creer que el fin de todas las cosas está cerca, ¿no lograrán ver su propio interés espiritual? ¿Esperan que sus intereses eternos se cuiden por sí mismos? La fortaleza espiritual no vendrá sin un esfuerzo de su parte.

Muchos de los que profesan anhelar la venida de nuestro Señor son buscadores ansiosos que se preocupan por hallar ganancias mundanales. No pueden discernir su interés eterno. Se esfuerzan por lo que no satisface. Gastan su dinero en lo que no es pan. Se esfuerzan por contentarse con los tesoros que han acumulado en la tierra, que han de perecer. Y descuidan la preparación para la eternidad, que debiera ser la primera y única ocupación real en la vida.

Que todos los que puedan asistan a estas reuniones anuales. Todos debieran sentir que Dios requiere esto de ellos. Si no se apropian de los privilegios que él ha provisto para que puedan fortalecerse en él y en el poder de su gracia, se volverán más y más débiles, y tendrán cada vez menos deseos de consagrar todo a Dios. Venid, hermanos y hermanas, a estas sagradas convocaciones para encontrar a Jesús. El vendrá a la fiesta. Estará presente y hará en favor de ustedes lo que más necesiten. No debieran considerar a sus granjas de mayor valor que los intereses más altos del alma. Todos los tesoros que ustedes poseen, por muy valiosos que sean, no serían suficientemente preciosos como para comprarles paz y esperanza, que son virtudes inapreciables, aunque costaran todo lo que se tiene, aunado a los esfuerzos y sufrimientos de toda una vida. Una firme y clara conciencia de las cosas eternas, y un corazón deseoso de rendir todo a Cristo, son bendiciones de más valor que todas las riquezas y placeres y glorias de este mundo.

Estos congresos son importantes. Tienen su costo. Los siervos de Dios consumen su vida para ayudar al pueblo, mientras que muchos de ellos parece que no necesitaran ayuda. Por miedo de perder un poco de ganancia de este mundo, algunos dejan que estos preciosos privilegios pasen de largo como si fueran de poca importancia. Que todos los que profesan creer en la verdad respeten cada privilegio que Dios les ofrece para obtener una (532) visión más clara de su verdad, sus requerimientos y la preparación necesaria para su vida. Lo que él requiere es una confianza en Dios tranquila, alegre y obediente.

No necesitan recargarse con una ansiedad inquietante y cuidados innecesarios. Trabajen para el día, haciendo con fidelidad la obra que la providencia de Dios les señala, y él se ocupará de ustedes. Jesús profundizará y ampliará sus bendiciones. Deben esforzarse si desean alcanzar al fin la salvación. Asistan a estas reuniones dispuestos a trabajar. Dejen de lado las preocupaciones del hogar, y acudan a encontrar a Jesús y lo hallarán. Vengan con sus ofrendas de acuerdo con las bendiciones de Dios. Muestren su gratitud a su Creador, el Dador de todos sus beneficios, por medio de una ofrenda voluntaria. Que ninguna persona que posee recursos asista con las manos vacías. "Traed todos los diezmos al alfolí y haya alimento en mi casa; y probadme ahora en esto, dice Jehová de los ejércitos, si no os abriré las ventanas de los cielos, y derramaré sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde" (Mal. 3:10).

El objeto de un congreso consiste en inducir a todos a separarse de los cuidados y cargas de sus negocios, y dedicar algunos días exclusivamente a buscar al Señor. Debemos dedicar el tiempo a examinarnos a nosotros mismos, escudriñar detenidamente nuestro corazón, confesar penitentemente nuestros pecados, y renovar nuestros votos al Altísimo. Si algunos acuden a estas reuniones con motivos menos dignos, esperamos que el carácter del congreso inculque en sus mentes los debidos objetivos.

Algunos sufren al trabajar extra en preparación para ir al congreso. Son personas de ánimo liberal, y no quieren hacer nada con mezquindad. Algunos hacen grandes preparativos y están muy extenuados cuando llegan al congreso, y tan pronto como se liberan de la presión del trabajo, sus organismos exhaustos les hacen sentir que se han extralimitado. Quizá algunas de estas personas nunca antes asistieron a un congreso, y no están informadas de los preparativos necesarios. Pierden algunas de las preciosas reuniones a las que se habían propuesto asistir. Estas personas se equivocan al hacer tan

grandes preparativos. A un congreso no se debiera llevar nada que no sean alimentos saludables, preparados de un modo sencillo, sin especias ni grasa. (533)

Estoy convencida de que nadie necesita enfermarse al prepararse para un congreso, si observan las leyes de la salud al preparar sus alimentos. Si no hacen tortas ni pasteles, sino preparan un sencillo pan integral, y se alimentan de fruta, enlatada o seca, no necesitan enfermarse al prepararse para las reuniones, ni tampoco durante las reuniones. Nadie debiera pasar todo el congreso sin algún alimento caliente. Siempre hay cocinas en el lugar, donde estos se pueden calentar.

No es necesario que los hermanos y hermanas se enfermen en el congreso. Si se visten apropiadamente en el fresco de la mañana y de la noche, y son cuidadosos en cambiar su ropa de acuerdo con los cambios de temperatura, para preservar una correcta circulación, y si observan estrictamente una regularidad en el sueño y en la ingestión de alimentos sencillos, sin comer nada entre comidas, no necesitan enfermarse. Pueden estar bien durante las reuniones, con su mente clara y capaz de apreciar la verdad, y pueden regresar a su hogar renovados en cuerpo y espíritu. Los que han estado ocupados en duras faenas día tras día, ahora interrumpen su ejercicio; por lo tanto no debieran ingerir la cantidad habitual de alimentos. Si así lo hacen, recargarán el estómago. Deseamos que las facultades del cerebro estén en especial vigor en estas reuniones, en las condiciones más saludables para oír la verdad, apreciarla y retenerla, para que todos puedan practicarla después de regresar de las reuniones. Si el estómago se recarga con demasiados alimentos, aunque sean sencillos, la fuerza del cerebro se requiere para ayudar a los órganos digestivos. Entonces hay una sensación de embotamiento en el cerebro, y es casi imposible mantener los ojos abiertos. Las mismas verdades que debieran ser oídas, comprendidas y practicadas se pierden por completo por causa del malestar, o porque el cerebro está casi paralizado como consecuencia de la cantidad de alimentos ingeridos.

Recomendaría a todos incluir en sus comidas algo caliente todas las mañanas, por lo menos. Pueden hacer esto sin demasiado trabajo. Pueden preparar gachas integrales. Si la harina integral es demasiado gruesa hay que tamizarla y mientras la gacha está caliente, se le puede agregar leche. Esto proveerá un plato muy gustoso y saludable para el campamento. Y si el pan (534) está duro, desmíguenlo en la gacha, y resultará agradable. No apruebo el ingerir muchos alimentos fríos, porque se gasta la vitalidad del organismo para entibiar los alimentos hasta que lleguen a tener la misma temperatura del estómago, antes que pueda empezar la digestión. Otro plato muy sencillo es el de frijoles hervidos u horneados. Diluyan una porción en el agua, agreguen leche o crema, y hagan un caldo; el pan puede ser usado del mismo modo que con la gacha.

Me complace ver el progreso que muchos han hecho en la reforma pro salud, no obstante me apena ver tantos atrasados. Si alguien se siente mal en nuestros campamentos, debiera averiguarse la causa, y se debiera tomar nota del caso. No estoy dispuesta a que la reputación de nuestros congresos se vea menoscabada porque se diga que allí la gente se enferma. Si se lleva adelante la conducta correcta en estas importantes reuniones, pueden ser una bendición para la salud del cuerpo como también para la salud del alma.

Un Sueño Solemne.-

En la noche del 30 de Abril de 1871, me retiré a descansar con el ánimo muy deprimido. Durante tres meses me había sentido muy desanimada. A menudo oré con angustia por alivio. Había implorado ayuda y fortaleza de Dios, para poder sobreponerme al profundo desaliento que paralizaba mi fe y mi esperanza, y me incapacitaba para ser útil. Esa noche tuve un sueño que dejó muy grata impresión en mi mente. Soñé que asistía a una importante reunión en la que había un gran número de personas. Muchos estaban postrados ante Dios en ferviente oración, y parecían apesadumbrados. Estaban pidiendo al Señor una luz especial. Algunos parecían estar en agonía de espíritu, sus sentimientos eran intensos; con lágrimas imploraban ayuda y luz. Nuestros hermanos más prominentes se hallaban en esta impresionante escena. El hermano A estaba postrado, aparentemente en profunda angustia. Su

esposa estaba sentada con un grupo de indiferentes burladores. Parecía como si deseara que todos comprendieran (535) que ella menospreciaba a los que se humillaban de ese modo.

Soñé que el Espíritu del Señor vino sobre mí y me levanté entre los lamentos y las oraciones, y dije: El Espíritu del Señor está sobre mí. Siento que me urge a decirles que deben comenzar a trabajar individualmente por ustedes mismos. Se vuelven al Señor deseando que él haga en su favor la obra que ha dejado para que 14 hagan ustedes. Si hacen la obra que saben que deben hacer, entonces Dios les ayudará cuando lo necesitan. Han dejado sin hacer las mismas cosas que Dios les ha dejado para hacer. Le han estado pidiendo a Dios que hiciera vuestra obra. Si hubieran seguido la luz que él les ha dado, entonces les daría más luz; pero mientras desatienden los consejos, advertencias y reprensiones que han recibido, ¿cómo pueden esperar que Dios les dé más luz y más bendiciones para que las desatiendan y desprecien? Dios no es como el hombre, no se lo puede menospreciar.

Tomé la preciosa Biblia y la rodeé con varios Testimonios para la Iglesia, dados al pueblo de Dios. Dije: aquí se tratan casi todos los casos. Se señalan los pecados que deben evitar. El consejo que desean se puede encontrar aquí, dado para otros casos similares al de ellos. Dios se ha complacido en darles renglón tras renglón y precepto tras precepto. Pero no hay muchos de ustedes que realmente sepan lo que contienen los Testimonios. No están familiarizados con las Escrituras. Si hubieran estudiado la Palabra de Dios, con un deseo de alcanzar la norma bíblica y lograr la perfección cristiana, no habrían necesitado los Testimonios. Es porque han descuidado el conocimiento del Libro inspirado por Dios, por lo que él ha intentado alcanzarlos por medio de testimonios sencillos y directos, llamando su atención a las palabras inspiradas que no han obedecido, y urgiéndolos a armonizar su vida a sus puras y elevadas enseñanzas.

El Señor tiene el propósito de advertirnos, reprendernos, aconsejarnos por medio de los, Testimonios que ha dado, y de impresionar nuestra mente con la importancia de la verdad de su Palabra.[5] El deber del hombre hacia Dios y hacia sus semejantes (536) ha sido claramente especificado en la Palabra de Dios; sin embargo sólo pocos obedecen la luz dada. No se ha provisto una verdad adicional; y Dios, por medio de los Testimonios, ha simplificado las grandes verdades ya presentadas, y de un modo que él mismo ha elegido las ha expuesto ante el pueblo para despertar e impresionar su mente con ellas, de modo que nadie tenga excusa.

El orgullo, el amor propio, el egoísmo, el odio y los celos han oscurecido las facultades de percepción, y la verdad, que os haría sabios para la salvación, ha perdido su poder de atraer y controlar la mente. Los más esenciales principios de la piedad no se comprenden, porque no se siente hambre y sed por el conocimiento bíblico, por la pureza de corazón y por la santidad de vida. Los Testimonios no son para disminuir la Palabra de Dios, sino para exaltarla, y atraer las mentes a ella, para que la hermosa sencillez de la verdad pueda impresionar a todos.

Seguí diciendo: Como la Palabra de Dios está amurallada en estos libros y folletos, así Dios os ha amurallado con sus reprensiones, consejos, advertencias y palabras de aliento. Estáis aquí, con el alma angustiada, clamando ante Dios por más luz. Dios me autorizó a deciros que no brillará en vuestra senda ningún otro rayo de luz por medio de los Testimonios hasta que llevéis a la práctica la luz que ya ha sido dada. El Señor os ha cercado con su luz, pero no habéis apreciado la luz, la habéis pisoteado. Mientras que algunos han despreciado la luz, otros la han descuidado, o la han seguido con indiferencia. Unos pocos se han propuesto obedecer la luz que Dios se ha complacido en darles.

Algunos que han recibido advertencias especiales a través de un Testimonio, en unas pocas semanas olvidaron la reprensión dada. A algunos les fue repetido el Testimonio varias veces, pero no los consideraron de suficiente importancia para prestarles cuidadosa atención. Para ellos fueron como un cuento vano. Si hubieran prestado atención a la luz dada, hubiesen evitado pérdidas y pruebas que

[5] Los Testimonios escritos no son para dar nueva luz, sino para imprimir vívidamente en el corazón las verdades de la inspiración ya reveladas.

consideran duras y severas. Son ellos los únicos que deben recriminarse. Han colocado sobre su propio cuello un yugo penoso de soportar. No es el yugo que Cristo les ha colocado. Dios ejerció su cuidado y amor en su favor; pero su alma egoísta, mala e incrédula no podía discernir su bondad y (537) misericordia. Siguen apresurados en su propia sabiduría, abrumados con pruebas, y desconcertados y perplejos, son engañados por Satanás. Cuando reunáis los rayos de luz que Dios os ha dado en el pasado, entonces él os dará mayor luz.

Les señalé el caso del antiguo Israel. Dios les dio su ley, pero ellos no la obedecieron. Luego les dio ceremonias y ordenanzas, para que al practicarlas pudieran acordarse de Dios. Eran tan inclinados a olvidarse de él y de sus requerimientos que fue necesario mantener sus mentes agitadas para que se dieran cuenta de su obligación de obedecer y honrar a su Creador. Si hubiesen sido obedientes y dispuestos a guardar los mandamientos de Dios, no habría sido necesaria esa multitud de ceremonias y ordenanzas.

Si el pueblo que ahora profesa ser el peculiar tesoro de Dios obedeciera sus mandamientos, según ha sido especificado en su Palabra, no se darían Testimonios especiales para despertarlos a su deber y convencerlos de su pecaminosidad y del tremendo peligro que corren al no obedecer la Palabra de Dios. Las conciencias se han embrutecido porque han apartado, descuidado y despreciado la luz. Y Dios quitará estos Testimonios del pueblo, los privará de fortaleza y los humillará.

Soñé que mientras hablaba, el poder de Dios caía sobre mí de un modo extraordinario, y quedé sin fuerzas; sin embargo, no recibí ninguna visión. Vi que mi esposo se levantaba ante el pueblo y exclamaba: "Este es el maravilloso poder de Dios. El ha convertido los Testimonios en un poderoso medio de llegar a las almas, y todavía obrará más poderosamente por medio de ellos de lo que ha obrado hasta ahora. ¿Quién está a favor de Dios?"

Soñé que un considerable número se levantaba instantáneamente y respondía al llamado. Otros permanecieron hoscos, algunos manifestaron desprecio y burla, y unos pocos parecían completamente insensibles. Alguien se paró a mi lado y dijo: "Dios te ha levantado y te ha dado palabras para dirigir al pueblo, para alcanzar los corazones, como no ha dado a nadie más. El ha dado forma a tus Testimonios de acuerdo con los casos que necesitan ayuda. No deben conmoverte el desdén, la burla, el reproche y la censura. Para ser instrumento especial de Dios, no (538) debieras apoyarte en nadie, sino depender sólo de él, y como la vid colgante, que tus ramas se entretejan alrededor de él. El te hará un medio por el cual comunicar su luz al pueblo. Debes recibir diariamente fuerza de Dios para ser fortalecida, que lo que te rodea no pueda opacar o eclipsar la luz que él ha permitido que brille sobre su pueblo a través de ti. Es el objetivo especial de Satanás evitar que esta luz llegue al pueblo de Dios, que la necesita tanto en medio de los peligros de estos últimos días.

"Tu éxito estriba en tu sencillez. Tan pronto como te apartes de ella, y adaptes tu testimonio al deseo de alguien, tu poder desaparecerá. Casi todo en este tiempo es apariencia e ilusión. El mundo abunda en testimonios dados para complacer y atraer en el momento, y para exaltar el ego. Tu testimonio es de diferente carácter. Ha de tratar las minucias de la vida, evitando que muera la débil fe, e inculcando en los creyentes la necesidad de brillar como luces en el mundo.

"Dios te ha dado tu testimonio para presentar al descarriado y al pecador su verdadera condición y la inmensa pérdida que está experimentando al continuar una vida de pecado. Dios ha impreso esto revelando ante ti su visión, como no lo ha hecho con ningún otro viviente, y de acuerdo con la luz que te ha dado, él te hará responsable. 'No con ejército, ni con fuerza, sino con mi espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos' (Zac. 4:6). Eleva tu voz como una trompeta, y señala a mi pueblo sus transgresiones y a la casa de Israel sus pecados".

Este sueño tuvo una poderosa influencia sobre mí. Cuando desperté, mi depresión se había ido, estaba de buen ánimo, y tuve gran paz. Las dolencias que me habían incapacitado para trabajar desaparecieron, y experimenté una fortaleza y un vigor que durante meses me habían faltado. Me pareció que ángeles de Dios habían sido enviados a traerme alivio. Una inefable gratitud llenó mi

corazón por este gran cambio del abatimiento a la luz y la felicidad. Supe que esa ayuda había venido de Dios. Esta manifestación me pareció como un milagro de la misericordia de Dios, y no seré desagradecida ante su amante bondad. (539)

Los Modales y la Vestimenta de los Ministros[6].-

Efesios 3:6-7: "Los gentiles son coherederos y miembros del mismo cuerpo, y copartícipes de la promesa en Cristo Jesús por medio del evangelio, del cual yo fui hecho ministro por don de la gracia de Dios que me ha sido dada según la operación de su poder".

“Del cual yo fui hecho ministro," no meramente para presentar la verdad al pueblo, sino para llevarla a la práctica en la vida.

"Y de aclarar a todos cuál sea la dispensación del misterio escondido desde los siglos en Dios, que creó todas las cosas” (verso 9). Esto no se refiere meramente a las palabras que fluyen de la boca; no es simplemente ser elocuente en el habla y en la oración; sino que es dar a conocer a Cristo, tener a Cristo en nosotros, y darlo a conocer a los que nos escuchan.

"A quien anunciamos, amonestando a todo hombre, y enseñando a todo hombre en toda sabiduría —no como novicios, no en ignorancia—, a fin de presentar perfecto en Cristo Jesús a todo hombre; para lo cual también trabajo, luchando según la potencia de él, la cual actúa poderosamente en mí" (Col. 1:28-29). Es la obra de Dios, la gracia de Dios, experimentada y sentida, que hermosea la vida y las acciones, lo que ejerce sentidas impresiones sobre los oyentes.

Pero no sólo es esto. Hay cosas que considerar, en las que algunos han sido negligentes, pero que son de trascendencia, según la luz que me ha sido presentada. La gente queda impresionada por el porte del que habla desde el púlpito, por su actitud y por su modo de hablar. Si estas cosas están de acuerdo con la voluntad de Dios, la impresión que causen será favorable a la verdad; especialmente los que han estado oyendo fábulas, recibirán una (540) impresión favorable. Es importante que los modales de los ministros sean modestos y dignos, en armonía con la santa y elevadora verdad que enseñan, de modo que se dé una impresión favorable a los que no tienen natural inclinación por la religión.

El cuidado en el vestir es un punto importante. En esto los ministros que creen en la verdad presente han sido deficientes. El vestir de algunos ha sido desprolijo. No sólo hubo falta de gusto y de orden en el arreglo de la ropa, para que siente bien a la persona, del color conveniente y apropiado para un ministro de Cristo, sino que la vestimenta de algunos ha sido desaliñada. Algunos ministros usan un chaleco claro, con un pantalón oscuro, o un chaleco oscuro con pantalón claro, sin gusto ni prolijidad en el vestir, cuando se presentan ante la gente. Estas cosas predican a la gente. El ministro les da un ejemplo de orden, y les brinda un modelo de apropiada prolijidad y gusto en el vestir, o les da lecciones de descuido y falta de gusto que ellos estarán en peligro de imitar.

Las telas negras u oscuras son más apropiadas para un ministro que está en el púlpito y darán mejor impresión a la gente que la que daría la combinación de dos o tres diferentes colores en el atuendo.

Me fueron señalados los hijos del antiguo Israel, y se me mostró que Dios había dado directivas específicas acerca de la tela y el estilo de ropa que debían usar los que ministraban ante él. El Dios del cielo, cuyo brazo mueve al mundo, quien nos da vida y salud, nos ha dado evidencia de que puede ser honrado o deshonrado por la vestimenta de los que ofician ante él. Dio indicaciones especiales a Moisés en cuanto a todo lo relacionado con su servicio. El dio instrucciones aun acera del arreglo de sus casas, y especificó qué vestimenta debían usar los que habían de ministrar en su servicio. Habían de mantener el orden en todo y especialmente mantener la limpieza.

Leed las instrucciones dadas a Moisés para que las hiciera saber a los hijos de Israel, cuando Dios estaba por descender al monte para enunciar ante ellos su santa Ley. ¿Qué órdenes dio a Moisés para que el pueblo cumpliera? Estar preparados para el tercer día, porque al tercer día, dijo él, Jehová

[6] Según los registros, fue presentado ante el Congreso General de 1871.

descenderá a la vista de todo el pueblo sobre el monte Sinaí. Debía cercar el (541) monte. "Y Jehová dijo a Moisés: Vé al pueblo y santifícalos hoy y mañana; y laven sus vestidos" (Éxo. 19:10). El grande y poderoso Dios que creó el hermoso Edén y todo lo que contenía, es un Dios de orden, y quiere que su pueblo sea limpio y ordenado. Ese poderoso Dios instruyó a Moisés a que ordenara al pueblo que lavara sus vestidos para que no hubiera impureza en sus ropas y en sus personas cuando se presentaran ante el Señor. Y Moisés descendió del monte, y el pueblo lavó su ropa, de acuerdo a la orden de Dios.

Y para mostrar cuán cuidadosos debían ser con la limpieza, Moisés debía colocar una fuente entre el tabernáculo de la reunión y el altar, "y pondrás en ella agua y en ella se lavarán". Y Moisés y Aarón, y los hijos de Aarón que ministraban ante el Señor, debían lavar sus manos y sus pies allí cuando entraban en el tabernáculo de la reunión, y cuando entraban en la presencia del Señor.

Este era el mandamiento del grande y poderoso Dios. No debía haber nada desaliñado ni desprolijo en los que se presentaban ante él cuando llegaban ante su santa presencia. Y ¿por qué era eso así? ¿Cuál era el objetivo de todo este cuidado? ¿Era meramente para que el pueblo fuera grato a la vista de Dios? ¿Era meramente para obtener su aprobación? La razón que me fue dada fue ésta: para que el pueblo recibiera la correcta impresión. Si los que ministraban en el servicio sagrado no manifestaban cuidado y reverencia por Dios en su vestimenta y porte, el pueblo perdería su respeto y reverencia hacia Dios y hacia su sagrado servicio. Si los sacerdotes mostraban gran reverencia por Dios, al ser muy cuidadosos y meticulosos cuando estaban en su presencia, daban al pueblo una exaltada idea de Dios y sus requisitos. Mostraba que Dios era santo, que su obra es sagrada, y en relación con ella todo debía ser santo, libre de toda impureza y suciedad; y que toda contaminación debía apartarse de los que se allegan a Dios.

De acuerdo con la luz que me ha sido dada, ha habido un descuido en este sentido. Podría hablar de esto como lo presenta Pablo. Se lleva a cabo por medio del culto a la voluntad y el descuido del cuerpo. Pero esta humildad voluntaria, este culto a la voluntad y descuido del cuerpo, no es la humildad que tiene el sabor del cielo. Esa humildad se preocupará porque la persona, (542) las acciones y el atuendo de todos los que predican la santa verdad de Dios, sean correctos y perfectamente apropiados, de modo que todo lo que esté en relación con nosotros acredite nuestra santa religión. El vestido mismo recomendará la verdad ante los incrédulos. Será un sermón en sí mismo.

Pero algunas cosas incorrectas acontecen en el sagrado púlpito. Un ministro que conversa con otro en el púlpito ante la congregación, que se ríe y parece no sentir el peso de la obra, o que carece del sentido solemne de su sagrada vocación, deshonra la verdad y rebaja las cosas sagradas al nivel de las cosas comunes. Este ejemplo tiende a quitar el temor de Dios de la gente y a desmerecer la sagrada dignidad del Evangelio por el que Cristo murió para magnificar. De acuerdo con la luz que me ha sido dada, sería agradable a Dios que los ministros se inclinaran tan pronto como suben a la plataforma, y solemnemente pidieran ayuda a Dios. ¿Qué impresión haría esto? Habría solemnidad y temor reverente en el pueblo. Su ministro está en comunión con Dios; se está encomendando a Dios antes de atreverse a presentarse ante el pueblo. Entonces la solemnidad descansa sobre el pueblo, y los ángeles de Dios se acercan más. Lo primero que deben hacer los ministros al subir a la plataforma es fijar su vista en Dios, y de ese modo decir a todos: Dios es la fuente de mi fortaleza.

El ministro negligente en su vestimenta con frecuencia ofende a los que tienen buen gusto y una sensibilidad refinada. Los que son deficientes en esto debieran corregir sus errores y ser más circunspectos. Al fin la pérdida de algunas almas se atribuirá a la desprolijidad del ministro. La primera impresión sobre la gente fue desfavorable, porque de ningún modo podían relacionar su apariencia con las verdades que representaba. Su vestimenta estaba en su contra, y daba la impresión de que el pueblo que representaba era descuidado, que no cuidaban su vestimenta, y sus oyentes no querían tener nada que ver con esa clase de gente.

En esto, según la luz que me ha sido dada, ha habido un manifiesto descuido en nuestro pueblo. Los ministros a veces se paran ante el púlpito con el cabello desordenado, con la apariencia de no haber

usado el peine ni el cepillo por una semana. Se deshonra a Dios cuando los que están dedicados a su sagrado servicio (543) descuidan de tal modo su apariencia. Antiguamente se requería que los sacerdotes estuvieran vestidos con un estilo particular para servir en el lugar santo y para cumplir su función de sacerdotes. Debían tener vestiduras de acuerdo con su obra, y Dios especificó claramente cuáles debían ser. La fuente estaba ubicada entre el altar y la congregación, para que antes de llegar a la presencia de Dios, a la vista de la congregación, pudieran lavar sus manos y sus pies. ¿Qué impresión daría esto al pueblo? Era para mostrarles que debía quitar toda partícula de polvo antes de poder entrar en la presencia de Dios; puesto que él es tan alto y santo, que a menos que ellos cumplieran estas condiciones, morirían.

Pero observad el modo de vestir de algunos de nuestros ministros hoy. Algunos de los que ministran en las cosas sagradas se visten de tal forma, que en parte por lo menos destruyen la influencia de su trabajo. Hay una visible falta de gusto en el color y en la prolijidad. ¿Qué impresión da tal modo de vestir? Que la obra a la que se dedican no se considera más sagrada o elevada que el trabajo común, como arar el campo. Por su ejemplo el ministro rebaja las cosas sagradas al plano de las comunes.

La influencia de tales predicadores no es agradable a Dios. Si por sus esfuerzos convencen a alguien para que reciba la verdad, con frecuencia imitará a su predicador y descenderá al mismo nivel que él. Será más difícil reformar a éstos, ubicarlos en una posición correcta, y enseñarles el verdadero orden y el amor por la disciplina, que trabajar para convertir a la verdad a hombres y mujeres que nunca la han escuchado. El Señor requiere que sus ministros sean puros y santos, para que representen correctamente los principios de la verdad en su propia vida, y por su ejemplo eleven a otros a su alto nivel.

Dios requiere que todos los que profesan ser su pueblo elegido, aunque no sean maestros de la verdad, sean cuidadosos de preservar la limpieza y pureza personales, también la limpieza y el orden en sus casas y en su lugar de trabajo. Somos ejemplos para el mundo, epístolas vivientes conocidas y leídas por todos los hombres. Dios requiere que todos los que profesan piedad, y especialmente los que enseñan la verdad a los demás, se abstengan de toda apariencia de mal. (544)

De acuerdo con la luz que he recibido, el ministerio es una función sagrada y exaltada, y los que aceptan este cargo debieran tener a Cristo en su corazón y manifestar un firme deseo de representarlo dignamente al pueblo en todos sus actos, en su vestir, en lo que hablan, y hasta en el modo en que lo dicen. Debieran hablar con reverencia. Algunos destruyen la solemne impresión que pueden causar en la gente, al levantar la voz a un tono muy alto, y vociferar y gritar la verdad. Cuando se la presenta de este modo, la verdad pierde mucho de su dulzura, su fuerza y solemnidad. Pero si la voz tiene el tono correcto, es solemne y modulada de tal modo que hasta llegue a ser conmovedora, producirá una impresión mucho mejor. Este era el tono en el cual Cristo enseñaba a sus discípulos. Los impresionaba con su solemnidad; él hablaba de un modo conmovedor. Pero dar fuertes voces, ¿qué impresión causa? No da a la gente una visión más exaltada de la verdad ni los impresiona más profundamente. Sólo causa una sensación desagradable en los oyentes y desgasta los órganos vocales del que habla. El tono de la voz tiene mucho que ver con el modo en que afecta el corazón de los oyentes.

Muchos que podrían ser hombres útiles están gastando su fuerza vital y destruyendo sus pulmones y sus órganos vocales por su modo de hablar. Algunos ministros han desarrollado el hábito de recitar apresuradamente lo que tienen que decir, como si estuvieran repitiendo una lección y quisieran terminarla lo más pronto posible. Esta forma de hablar no es conveniente. Siendo cuidadoso, todo ministro puede acostumbrarse a hablar clara y efectivamente, en lugar de amontonar las palabras precipitadamente sin tomar tiempo para respirar. Debieran hablar moderadamente, de modo que los asistentes puedan fijar las ideas en su mente mientras él avanza en su sermón. Pero cuando se trata el asunto con tanta prisa, ellos no pueden retener los puntos en su mente, no tienen tiempo de recibir la impresión que es importante que tengan, ni dan tiempo para que la verdad los afecte como podría hacerlo.

Producir la voz desde la garganta, en la extremidad superior de los órganos vocales, irritándolos todo el tiempo, no es el mejor modo de preservar la salud o aumentar la eficiencia de esos órganos. (545) Debieran inspirar profundamente y dejar que la fuerza provenga de los músculos abdominales. Que los pulmones sean sólo el canal, pero no dependan de ellos para todo el esfuerzo. Si dejan que las palabras surjan de lo profundo, ejercitando los músculos abdominales, podrán hablar a miles de personas tan fácilmente como lo harían a diez.

Algunos de nuestros predicadores se están perjudicando al hacer oraciones largas y tediosas y al hablar en voz muy alta, cuando un tono más bajo haría mejor impresión y ahorraría su esfuerzo. Pero, mientras continúan sin prestar atención a las leyes de la vida y de la salud, y siguen el impulso del momento, no culpen a Dios si se enferman. Muchos de ustedes pierden tiempo y esfuerzo en largos preliminares y excusas cuando comienzan a hablar. En lugar de disculparse porque están por dirigirse a la gente, debieran empezar como si Dios tuviera algo para transmitir por medio de ustedes. Algunos dedican casi media hora a pedir disculpas; así desperdician el tiempo, y cuando llegan al tema, en el que desean puntualizar ciertas verdades, la gente está cansada y no pueden ver su fuerza ni les impresiona. Debieran hacer que los puntos esenciales de la verdad presente queden tan claros como las señales camineras, de modo que el pueblo pueda entenderlos. Entonces verán los argumentos que quieren presentar y la posición que desean sustentar.

Hay otros que se dirigen al pueblo en un tono plañidero. Su corazón no está suavizado por el Espíritu de Dios, y piensan que deben impresionar a la congregación con una apariencia de humildad. Tal comportamiento no exalta al ministro del Evangelio, sino que lo rebaja y lo degrada. Los ministros debieran presentar la verdad con el calor de la gloria. Debieran hablar de tal modo que representen correctamente a Cristo y preserven la dignidad que corresponde a sus ministros.

Las largas oraciones de algunos ministros han sido un gran fracaso. Orar un largo rato, como lo hacen algunos, está del todo fuera de lugar. Lastiman la garganta y los órganos vocales, y luego hablan de enfermarse por su ardua labor. Se perjudican sin que sea necesario. Muchos piensan que la oración daña las cuerdas vocales más que hablar. Esto se debe a la posición antinatural del cuerpo y al modo de tener la cabeza. Pueden pararse y hablar, (546) sin sentir molestia. La posición en la oración debiera ser perfectamente natural. Las oraciones largas cansan, y no están de acuerdo con el Evangelio de Cristo. Media hora, o aun un cuarto de hora es demasiado tiempo. Unos pocos minutos son suficientes para presentarse ante Dios y decirle lo que desean; y conseguirán que la gente los siga sin cansarse ni disminuir su interés en la devoción y la oración. Así pueden ser renovados y fortalecidos, en lugar de quedar agotados.

Muchos han errado al hacer largas oraciones y largas predicaciones, en tono alto y forzando la voz, en una tensión antinatural y un tono antinatural. El ministro se cansa sin necesidad y realmente extenúa a la gente por medio de un duro y trabajoso esfuerzo, que es del todo innecesario. Los ministros debieran hablar de un modo que alcance e impresione a la gente. Las enseñanzas de Cristo eran impresionantes y solemnes; su voz era melodiosa. Y, ¿no debiéramos nosotros, así como Cristo, esforzarnos para que nuestra voz sea melodiosa? El tenía una influencia poderosa, porque era el Hijo de Dios. Estamos tan por detrás de él y somos tan deficientes, que aunque hagamos lo mejor que podamos, nuestros esfuerzos serán pobres. No podemos lograr ni podemos poseer la influencia que él tenía; pero, ¿por qué no debiéramos educarnos para llegar tan cerca del Modelo como nos sea posible, para poder tener la mayor influencia posible sobre la gente? Nuestras palabras, nuestras acciones, nuestro porte, nuestro vestido, todo debiera predicar. No sólo con nuestras palabras debiéramos predicar a la gente, sino todo lo referente a nuestra persona debiera ser un sermón para ellos, para dar una impresión correcta, y que la verdad hablada pueda ser llevada por ellos a sus hogares. Así nuestra fe causará mejor impresión a la comunidad.

Nunca tuve una idea más cabal que la que tengo hoy del carácter exaltado de la obra, de su santidad y de la importancia de ser aptos para ella. Veo la necesidad en mí misma. Tengo que hacer un nuevo

reajuste, recibir una santa unción, o no podré continuar instruyendo a otros. Debo estar segura de que estoy andando con Dios. Debo saber que entiendo el misterio de la piedad. Debo saber que la gracia de Dios está en mi propio corazón, que mi propia vida está de acuerdo con su voluntad, que estoy andando (547) en sus pisadas. Entonces mis palabras serán verdaderas y mis acciones correctas.

Hay otro punto que casi había olvidado. Es la influencia que el predicador debiera ejercer en su ministerio. Su obra no consiste simplemente en hablar desde el púlpito. Sólo comienza allí. Debiera visitar a las diferentes familias, y llevar a Cristo allí, llevar sus sermones allí, llevarlos en sus acciones y sus palabras. Cuando visita a una familia debiera averiguar cuál es su condición. ¿Es él el pastor del rebaño? La obra del pastor no se hace toda desde el púlpito. Debiera hablar con todos los miembros del rebaño, con los padres para conocer su posición y con los hijos para conocer la de ellos. Un ministro debiera alimentar al rebaño del cual Dios lo ha hecho mayoral. Sería agradable ir a casa y estudiar; pero si hacen esto en perjuicio de la obra que Dios les ha encomendado, hacen mal. Nunca entren a un hogar sin reunirlos a todos, y postrarse y orar con ellos antes de salir. Interésense por la salud de sus almas. ¿Qué hace un buen médico? Se interioriza de los detalles del caso, luego procura administrar los medicamentos. Así mismo el médico del alma debiera interiorizarse de las enfermedades espirituales que afligen a los miembros de su rebaño, luego administrarles los medicamentos apropiados, y pedirle al gran Médico que venga en su ayuda. Denles la asistencia que necesitan. Esos ministros recibirán todo el respeto y el honor que se debe a los ministros de Cristo. Y al trabajar por los demás, mantendrán viva su propia alma. Deben extraer fortaleza de Dios con el fin de impartir fortaleza a los que ellos han de ayudar.

Quiera el Señor ayudarnos a buscarlo con todo el corazón. Necesito saber que diariamente recojo los rayos divinos de gloria, que emanan del trono de Dios y surgen del rostro de Jesucristo, y los esparzo en mi camino. Quiero ser toda luz en el Señor. (548)

El Amor a la Ganancia.-

Estimado Hno. B: Dos veces empecé un testimonio para usted, y no pude completarlo por falta de tiempo. No debo postergar más, porque me siento tristemente preocupada por su caso. Escribí un testimonio para varios ministros, y mientras sus casos me vienen con claridad a la mente, me doy completa cuenta de que su condición es deplorable. Su caso no es una excepción. El amor a la ganancia, el amor al dinero, se está haciendo prominente en muchos de nuestros ministros que profesan ser representantes de Cristo. El ejemplo de algunos es tal que la gente se está desanimando.

Algunos de nuestros ministros son un obstáculo para el avance de la obra de Dios, y la gente que los toma por ejemplo se está apartando de Dios. Hace casi dos años se me mostraron los peligros que corrían nuestros ministros y el resultado de su proceder en la causa de Dios. Hablé en términos generales acerca de estas cosas, pero los que están más errados son los últimos en aplicar los testimonios a sí mismos. Algunos están tan enceguecidos por su propio interés egoísta que pierden de vista el carácter exaltado de la obra de Dios.

Hermano B, su vida ha sido casi un fracaso. Usted tenía capacidad para ejercer influencia, pero no la aprovechó para lograr el mayor resultado. Ha fracasado en su familia, ha dejado que allí reine el desorden, y las mismas deficiencias se sienten en la iglesia. El Señor le ha dado luz acerca del descuido de su deber en su familia y la conducta que debiera seguir para redimir el pasado. Se señalaron sus deficiencias, pero usted no pareció darse cuenta de que era un pecado traer niños al mundo para luego no darles la educación apropiada. Usted ha excusado sus errores y sus pecados, y su conducta díscola y precipitada, y se ha ilusionado de que mejorarían con el tiempo.

Elí representa exactamente su caso. Ocasionalmente usted ha reconvenido a sus hijos diciendo: ¿Por qué hacen cosas tan (549) malas? Pero no ha ejercido su autoridad de padre y sacerdote de la familia, ordenando, y que sus palabras fueran ley en su familia. Su amor equivocado y el de su esposa por sus hijos, los ha llevado a descuidar la solemne obligación que les incumbe como padres.

Hermano B, como ministro de Dios, usted tenía la doble obligación de gobernar bien su propia casa y de tener a sus hijos en sujeción. Pero se ha complacido con su capacidad y ha excusado sus faltas. El pecado de ellos no parecía muy pecaminoso. Usted ha desagradado a Dios y casi arruinado a sus hijos al descuidar su deber, y se ha seguido comportando irresponsablemente después que el Señor lo ha reprendido y aconsejado. El daño que su familia ha ocasionado a la causa de Dios por su influencia en los distintos lugares donde han vivido, ha sido mayor que el bien que han realizado. Usted ha sido enceguecido y engañado por Satanás acerca de su familia. Usted y su esposa han colocado a sus hijos en un pie de igualdad con ustedes. Ellos han hecho lo que han querido. Esa ha sido una gran desventaja en su trabajo de ministro de Cristo, y el descuido de su deber de tener a sus hijos en sujeción ha conducido a un mal todavía mayor, que amenaza destruir su utilidad. Usted ha estado aparentemente sirviendo a la causa de Dios, mientras que se ha estado sirviendo en mayor grado a usted mismo. La causa de Dios ha languidecido; pero usted se ha estado dedicando a hacer cálculos y a planear cómo beneficiarse, y almas se han perdido por el descuido de su deber. Si durante su ministerio se hubiera ocupado en construir esta obra, si hubiese dado un ejemplo de servir a la causa de Dios sin tomar en cuenta su propio interés, y hubiera consumido su vida por su dedicación a ella, su conducta hubiese sido más excusable, aunque aun entonces no hubiera sido aprobada por Dios. Pero cuando sus deficiencias han sido tan evidentes en algunas cosas, y la causa de Dios ha sufrido grandemente por causa del ejemplo que ha dado al descuidar su deber hacia su familia, es doloroso a la vista de Dios que usted profese servir a la causa, y no obstante dé preeminencia a sus propios intereses egoístas.

En su trabajo usted con frecuencia ha despertado interés, y en el preciso momento cuando podía lograr los mejores resultados, ha permitido que los asuntos de su hogar lo apartaran de la obra (550) de Dios. En muchos casos no ha perseverado en sus esfuerzos hasta sentirse satisfecho de que todos se hubieran decidido en favor o en contra de la verdad. No es de buen general comenzar la guerra contra el poder de Satanás y dejar el campo de batalla sin gloria en lo más arduo del conflicto, dando así al enemigo la oportunidad de retener más firmemente a los que estaban a punto de dejar sus filas y pasarse del lado de Cristo. Ese interés, una vez perdido, nunca más se puede despertar. Algunos pocos pueden ser alcanzados pero la mayor cantidad no puede ser afectada por la presentación de la verdad ni se pueden ablandar sus corazones por medio de ella.

El pastor C perdió su influencia y el poder de la verdad por dedicarse a las especulaciones, y esto en detrimento de sus hermanos. Esto fue especialmente ofensivo para Dios al provenir de un ministro de Dios. Y usted ha hecho lo mismo. Ha hecho de la conducta del pastor C una excusa por su amor a los negocios. Usted ha justificado el proceder de beneficiarse a sí mismo, porque otros ministros han seguido esta conducta. Los otros ministros no son norma para usted. Si ellos dañan su influencia, y se privan de la aprobación de Dios y de la confianza de sus hermanos, usted debiera evitar ese ejemplo. Cristo es su modelo, y usted no tiene excusa si toma como ejemplo la conducta de hombres caídos, a menos que sus vidas estén de acuerdo con la vida de Cristo. Su influencia será mortífera para la causa de Dios si continua con el proceder que ha seguido estos últimos años. El hecho de que ha traficado y comerciado y obtenido dinero de sus hermanos que no ha ganado, es un gran pecado a la vista de Dios.

Algunos realmente se han privado del dinero necesario para el bienestar de sus familias, y algunos, de lo imprescindible para la vida, para ayudarlo, y usted lo ha recibido. Pablo escribe a sus hermanos filipenses: “Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús". “No mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros” (Fil. 2:43). También escribe a sus hermanos en Corinto: “Ninguno busque su propio bien sino el del otro" (1 Cor. 10:24). Nuevamente, se lamenta: “Porque todos buscan lo suyo propio, no lo que es de Cristo Jesús" (Fil. 2:21).

El espíritu que usted fomenta, de perseguir su propio interés (551) egoísta, está creciendo y su conducta ha sido codiciosa. Pablo amonesta a sus hermanos hebreos: “Sean vuestras costumbres sin avaricia, contentos con lo que tenéis ahora; porque él dijo: No te desampararé, ni te dejaré" (Heb. 115). Usted está sacrificando su reputación y su influencia ante un espíritu avaro. Se critica la causa de Dios por

este espíritu que se ha apoderado de sus ministros. Usted está enceguecido y no ve cuán ofensivas son estas cosas para Dios. Si ha decidido lanzarse a obtener todo lo que pueda del mundo, hágalo; pero no lo haga bajo el manto de predicar a Cristo. Su tiempo está dedicado a la causa de Dios, o no lo está. Su propio interés ha sido supremo. El tiempo que debiera dedicar a la causa de Dios está dedicado en demasía a sus propios intereses personales, y usted recibe, de la tesorería de Dios, dinero que no gana. Usted está dispuesto a recibir dinero de los que no viven tan cómodamente como usted. No mira por sus intereses ni alberga simpatía y compasión. No averigua bien si los que lo ayudan tienen los medios para hacerlo. Con frecuencia sería más apropiado que usted ayudara a las personas de quienes recibe ayuda. Usted necesita ser un hombre transformado antes que la obra de Dios pueda prosperar en sus manos. Las preocupaciones de su hogar y su granja han ocupado su mente. No se ha dado a sí mismo a la obra. Como una excusa por estar tanto tiempo en su casa, ha dicho que sus hijos necesitaban su presencia y cuidado, y que debía estar con ellos para llevar a la práctica la luz que le ha sido dada por una visión. Pero, hermano B, ¿ha hecho usted eso? Usted se excusa diciendo que sus hijos están ahora fuera de su control, que son demasiado grandes como para que usted los mande. En esto se equivoca. Ninguno de sus hijos es demasiado grande como para no respetar su autoridad y obedecer sus órdenes mientras se alberguen bajo su techo. ¿Qué edad tenían los hijos de Elí? Eran hombres casados; y a Elí, como padre y sacerdote de Dios, se le exigía que los refrenara.

Pero, admitiendo que los dos mayores estén ahora fuera de su control, no era así cuando Dios le envió la luz acerca de que los estaba consintiendo para su ruina, de que debiera disciplinarlos. Pero usted tiene tres hijos menores que están andando en el camino de los pecadores, desobedientes, desagradecidos, impíos, amantes del placer más que de Dios. Su hijo menor está siguiendo (552) los pasos de su hermano. ¿Qué actitud ha adoptado hacia él? ¿Le enseña hábitos de laboriosidad y servicio? ¿Asume la obra que ha descuidado tremendamente y redime el pasado? ¿Tiembla usted ante la Palabra de Dios?

Su descuido del hogar es sorprendente, por cuanto tiene la Palabra escrita de Dios y también testimonios dirigidos especialmente a usted, señalando su descuido. Su hijo hace lo que desea. Usted no lo restringe. No lo ha educado ni acostumbrado a llevar su parte de las cargas de la vida. Es un niño malo por causa de su descuido. Su vida es un reproche para su padre. Usted conocía su deber, pero no lo cumplió. No está convencido de la verdad. Sabe que puede hacer su voluntad, y Satanás controla su mente. Ha hecho de sus hijos una excusa para quedarse en casa, pero las cosas de este mundo han estado en primer lugar.

La causa de Dios no está cerca de su alma, y el ejemplo que ha dado al pueblo de Dios no es digno de imitarse. En Minnesota necesitan obreros, no meramente ministros que vayan de un lado a otro cuando es conveniente. La causa de Dios necesita hombres dispuestos, que no sean impedidos de cumplir la obra de Dios o el llamado del deber por ningún interés egoísta o mundano. Minnesota es un campo grande, y hay muchos allí que son susceptibles a la influencia de la verdad. Si las iglesias pudieran ser puestas en buen funcionamiento, que fueran cabalmente disciplinadas, una luz emanaría de ellas y produciría su efecto en todo el estado. Usted podría haber hecho en Minnesota diez veces más de lo que ha hecho. Pero el mundo se ha interpuesto entre usted y la obra de Dios, y ha dividido su interés. El interés egoísta entró en su corazón, y el poder de la verdad fue saliendo. Necesita un gran cambio para que pueda estar en buenas condiciones. Usted ha realizado muy poca obra real y seria. Sin embargo se ha empeñado en tener todas las ganancias posibles, como si fuera su derecho. Ha tratado de obtener demasiado, ha perseguido su propio interés, y se ha aprovechado de la desventaja de otros. Ha seguido en esta dirección por algún tiempo, y a menos que sea controlado, su influencia ha llegado a su fin. Moisés Hull siguió ese camino. Se comportó codiciosamente, y reunió todo el dinero que pudo obtener. No estaba tan firme en la verdad como para superar su egoísmo. (553)

Cuando B. F. Snook abrazó la verdad, estaba en condición financiera deplorable. Algunas almas generosas se privaron de comodidades, y aun de algunas cosas esenciales de la vida, para ayudar a este

ministro, a quien lo creían un fiel siervo de Cristo. Hicieron todo eso de buena fe, ayudándolo como hubieran ayudado a su Salvador. Pero ese fue el medio de arruinar a ese hombre. Su corazón no estaba bien con Dios, carecía de principios. No era un hombre realmente convertido. Cuanto más recibía, tanto mayor era su deseo de riquezas. Recibió todo lo que pudo de sus hermanos, hasta que le ayudaron por la generosidad de ellos a adquirir una valiosa casa; luego apostató y llegó a ser el más acérrimo enemigo de los mismos que habían sido más generosos con él. Este hombre tendrá que rendir cuenta de las riquezas que ha tomado de sinceros creyentes de la verdad. No les robó a ellos, sino a la tesorería de Dios. No le deseamos ningún mal: "Porque Dios traerá toda obra a juicio, juntamente con toda cosa encubierta, sea buena o mala" (Ecle. 12:14). El anduvo en los caminos de su corazón y según la vista de sus ojos, y por todas estas cosas Dios lo traerá a juicio. Todas las cosas ocultas de las tinieblas serán entonces traídas a la luz, y los designios secretos del corazón serán manifiestos.

Hermano B, usted no es como esos hombres. No lo compararíamos a ellos, pero diríamos: Cuídese de no andar en sus pisadas y de no comportarse con codicia. Este deseo en los ministros de obtener riquezas con propósitos egoístas es una trampa para ellos; y si continúan en él, los derrotará. Al fijar sus ojos en ellos mismos, su interés en la prosperidad de la causa de Dios y su amor por las pobres almas, disminuyen más y más. No pierdan su amor por la verdad ni su interés en ella inmediatamente. Su alejamiento de la causa de la verdad es tan gradual e imperceptible, que con frecuencia es difícil decir cuándo ocurrió el cambio en ellos.

Pienso que su conducta es altamente peligrosa. No ha sentido la necesidad de prestar atención a la luz que Dios le ha dado, y despertarse para salvar a su familia, desempeñando su cometido de padre y sacerdote de su hogar. Usted no negó la luz que se le dio, no se levantó en contra de ella; pero descuidó seguirla, porque no le pareció conveniente ni placentero. Por lo tanto, fue (554) como Meroz; no vino en ayuda del Señor, aunque el asunto era de tan vital consecuencia que afectaba los intereses eternos de sus hijos. Usted desatendió su deber. En esto fue un siervo perezoso. Tiene poca idea de cómo Dios considera la negligencia de los padres de disciplinar a sus hijos. Si se hubiera reformado en esto, hubiese visto la necesidad de hacer el mismo esfuerzo para mantener la disciplina y el orden en la iglesia. Su negligencia hacia su familia se ha notado también en su trabajo en la iglesia. Usted no podrá edificar la iglesia hasta que sea un hombre transformado.

El descuido de la luz que Dios le ha dado, en cierto grado lo ha hecho cautivo, sujeto a los designios de Satanás; por lo tanto, ha quedado una puerta abierta para que él tenga acceso a usted en otras cosas, y convertirlo en un hombre débil. El ve que ha tenido éxito en no dejarle ver los intereses de su familia, al llevarlo a desatender la luz que el Señor le ha dado. Entonces Satanás lo ha cercado en otra dirección. Ha despertado en usted el amor por los negocios, su amor por la ganancia; y así su interés se ha desviado de la causa y de la obra de Dios. El amor a Dios y a la verdad está gradualmente llegando a ser de menos importancia. Las almas por las cuales Cristo murió son de menos valor para usted que sus intereses temporales. Si continúa en ese proceder, pronto llegará a ser celoso, susceptible y envidioso, y se apartará de la verdad, como otros se han apartado.

Usted está ansioso por obtener trabajo en su localidad, esperando que algo se pueda decir o hacer que despierte a sus hijos. Usted ha desatendido su deber. Cuando emprenda la obra que ha descuidado por tanto tiempo, que el Señor ha designado para que la haga; cuando usted, con el espíritu de Cristo, despierte resueltamente para poner su casa en orden, entonces puede esperar que Dios le ayude en sus esfuerzos e impresione el corazón de su familia. Mientras ha puesto a sus hijos como excusa para quedarse en casa, no ha hecho la obra por la cual pedía quedarse en casa. No ha disciplinado a sus hijos. Su esposa es deficiente en este respecto, por lo tanto es aun más necesario que esté en posición de cumplir su deber. El amor de ella es de tal naturaleza que la llevará a permitirles hacer lo que quieran y elegir sus propias compañías, lo que los llevará a la ruina. La presencia de usted en casa, mientras permita que sus hijos hagan (555) lo que quieran, es peor para su familia que si estuviera lejos de ellos; y tiene peor influencia sobre la causa de la verdad.

Dios llama a su causa a obreros fervientes, sin egoísmo, desinteresados, obreros que fortalezcan las distintas ramas de la obra, como la de obtener subscriptores para las publicaciones, que les enseñen a pagar sus deudas con prontitud, y que animen a los hermanos a mantener su benevolencia sistemática. El sacrificio, la abnegación, el trabajo y la benevolencia desinteresada caracterizaron la vida de Cristo, quien es nuestro ejemplo en todas las cosas. La obra y el carácter de un verdadero ministro estará de acuerdo con la vida de Cristo. El dejó su gloria, su alto puesto, su honor y sus riquezas, y se humilló hasta compartir nuestras necesidades. No podemos igualar su ejemplo, pero debiéramos imitarlo. El amor por las almas por las que Cristo hizo este gran sacrificio debiera estimular a sus ministros a esforzarse, a negarse a sí mismos y a realizar esfuerzos perseverantes, para que puedan ser sus colaboradores en la salvación de las almas. Entonces las obras de los siervos de Dios darán fruto, porque serán por cierto sus instrumentos. El poder de Dios se verá en ellos en las bondadosas influencias de su Espíritu. Dios quiere que despierte y posea fuerzas para sortear las dificultades, que no se desanime fácilmente; si fuera necesario, que trabaje como lo hizo el apóstol Pablo, en trabajo y fatiga, en muchos desvelos, olvidando sus dolencias por el profundo interés que sentía por las almas por las que Cristo murió.

Algunos ministros se aprovechan de la liberalidad de nuestros hermanos para beneficiarse a sí mismos, y al hacerlo están perdiendo gradualmente su influencia. Su ejemplo en estas cosas está destruyendo la confianza de sus hermanos en ellos y está cerrando efectivamente las puertas, de modo que los que realmente necesitan ayuda y son dignos de ella, no la pueden obtener. También cierran las puertas por las que se puede esperar recibir ayuda para mantener la causa. Mucha gente se siente descorazonada al ver que algunos de los ministros que emplean, manifiestan tan poco interés por la prosperidad de la causa de Dios. No ven devoción en la obra. El pueblo está desatendido, y la causa languidece por falta de un trabajo bien dirigido y eficiente, que tienen el derecho de esperar de sus ministros. (556)

En su desaliento algunos hermanos se dejan llevar por un sentimiento de impaciencia y desesperación, al ver el egoísmo y la codicia manifestados por sus maestros. El pueblo está por encima de muchos de sus ministros. Si los ministros manifiestan un espíritu de sacrificio propio y amor por las almas, no se rehusarán a dar dinero a la causa. Que los ministros se eleven al exaltado nivel como representantes de Cristo y veremos la gloria de Dios acompañando la presentación de la verdad, y las almas serán constreñidas a reconocer su claridad y poder. La causa de Dios debe ponerse en primer lugar.

Hermano mío, usted podría hacer una buena obra. Tiene conocimiento de la verdad y podría ser una bendición para la causa de la verdad presente si fuera consagrado y santificado para la obra, si no tuviera ningún interés egoísta fuera de ella. Dios le ha encomendado una tarea sagrada, preciosos talentos; y si es fiel a su deber y aprovecha fielmente sus talentos, no se avergonzará cuando el Maestro venga a requerir tanto el capital como el interés. No es seguro menospreciar, o de algún modo desatender, la luz que Dios se ha complacido en dar. Usted tiene algo que hacer para colocarse en una posición en la que Dios pueda trabajar especialmente por usted.

La prosperidad de la causa de Dios en Minnesota se debe más al trabajo del hermano Pierce que a los esfuerzos de usted. Sus desvelos han sido una bendición especial para ese estado. El es un hombre de una conciencia sensible. Tiene presente el temor de Dios. Las dolencias lo han golpeado duramente, y eso lo ha llevado a cuestionarse si estaba cumpliendo su deber, y a temer que Dios no estuviera favoreciendo sus esfuerzos. Dios ama al hermano Pierce. Pero él se estima en poco, y teme y duda, y siente aprensión al trabajo, porque constantemente piensa que no es digno ni capaz de ayudar a otros. Si venciera la timidez y tuviera más confianza de que Dios ha de estar con él y lo ha de fortalecer, él sería mucho más feliz y una mayor bendición para los demás. En la vida del hermano Pierce ha habido la incapacidad de leer el carácter de las personas. El creía que los demás eran tan honestos como él mismo, y en algunos casos fue engañado. No tiene el discernimiento que tienen algunos. Usted también, en su vida, ha sido incapaz de leer el carácter de las personas. Les ha hablado de (557) paz a quienes Dios ha declarado malos. En su edad y debilidad, el hermano Pierce puede ser engañado, sin

embargo todos debieran tenerlo en alta estima por causa de su obra. El merece el amor y la más tierna simpatía de sus hermanos, porque es un hombre concienzudo y temeroso de Dios.
Dios ama a la hermana Pierce. Ella es una persona tímida, temerosa, concienzuda en el cumplimiento de su deber y recibirá una recompensa cuando Jesús venga si es fiel hasta el fin. Ella no ha hecho ostentación de sus virtudes, ha sido retraída, una de las más calladas; sin embargo su vida ha sido útil, su influencia ha sido una bendición para muchos. La hermana Pierce no tiene mucha estima propia ni confianza en sí misma. Tiene muchos temores, no obstante no se la puede clasificar con las personas temerosas e incrédulas que no tendrán lugar en el reino de Dios. Los que quedan fuera de la ciudad están hoy entre los que tienen más confianza en sí mismos, son jactanciosos y aparentemente celosos, que viven en palabra, y no en obras y en verdad. Sus corazones no son rectos con Dios. No tienen su temor. Los temerosos e incrédulos, que son castigados con la segunda muerte, pertenecen al grupo de los que se avergüenzan de Cristo en este mundo. Temen hacer el bien y seguir a Cristo, por miedo a sufrir pérdidas pecuniarias. Descuidan su deber, para evitar las críticas y las pruebas, y escapar a los peligros. Los que no se atreven a hacer lo recto, porque de ese modo se exponen a pruebas, persecución, pérdidas y sufrimientos son cobardes, y con los idólatras, los mentirosos y todos los pecadores, están madurando para la segunda muerte.
En el Sermón del Monte, Cristo declara quiénes son realmente benditos. “Bienaventurados los pobres en espíritu (los que no se exaltan a sí mismos, sino que son cándidos, humildes, no demasiado orgullosos para recibir enseñanza, no vanos y ambiciosos de los honores del mundo), porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados los que lloran (los que son penitentes, sumisos y que se lamentan de sus fracasos y errores, porque entristecen al Espíritu de Dios), porque ellos recibirán consolación. Bienaventurados los mansos (los que son dóciles y perdonadores, que cuando los insultan, no responden con insultos, sino que manifiestan un espíritu enseñable, y que no se tienen en alta estima), (558)
porque ellos recibirán la tierra por heredad". Los que poseen las cualidades enumeradas aquí, no sólo serán bendecidos por Dios en esta vida, sino que serán coronados con gloria, honor e inmortalidad en su reino.

La Causa en Vermont.-
Me ha sido mostrado que los discípulos de Cristo son sus representantes en la tierra, y es el designio de Dios que sean luces en las tinieblas morales de este mundo, esparcidas por todo el país, en pueblos, aldeas y ciudades, "espectáculo al mundo, a los ángeles y a los hombres". Si obedecen las enseñanzas de Cristo en su Sermón del Monte, estarán procurando la perfección del carácter cristiano, y serán verdaderamente la luz del mundo, canales por medio de los cuales Dios comunica su divina voluntad, la verdad de origen celestial, a los que están en tinieblas y no conocen el camino de la vida y la salvación.
Dios no puede desplegar el conocimiento de su voluntad y las maravillas de su gracia ante el mundo incrédulo, a menos que tenga testigos esparcidos en toda la tierra. Es su plan que los que participan de esta gran salvación por medio de Jesucristo, sean sus misioneros, que sean como señales para la gente, cuerpos luminosos en todo el mundo, epístolas vivas, conocidas y leídas por todos los hombres, y que con su fe y sus obras testifiquen de la cercana venida del Salvador, y demuestren que no han recibido la gracia de Dios en vano. La gente debe ser advertida a que se prepare para el juicio venidero. A los que han estado escuchando sólo fábulas, Dios les dará una oportunidad de oír la segura palabra profética, a la cual hacen bien en estar atentos como a una antorcha que alumbra en lugar oscuro. El presentará la segura Palabra de verdad al entendimiento de todos los que quieran atenderla, todos podrán comparar la verdad con las fábulas presentadas ante ellos por hombres que pretenden comprender la Palabra de Dios y estar capacitados para instruir a los que están en tinieblas.

Con el fin de aumentar la feligresía en Bordoville, los hermanos (559) se han trasladado allí, dejando sus lugares de origen desprovistos de fortaleza e influencia para mantener sus reuniones. Esto ha complacido a los enemigos de Dios y de la verdad. Esos hermanos deberían haber permanecido como testigos fieles, testificando por medio de sus buenas obras de la autenticidad de su fe al ejemplificar en su vida la pureza y el poder de la verdad. Su influencia convencería y convertiría, o condenaría.

Cada seguidor de Jesús tiene una obra que hacer como misionero para Cristo en la familia, en el vecindario, y en el pueblo o ciudad donde vive. Todos los que están consagrados a Dios son canales de luz. Dios los hace instrumentos de justicia para comunicar a otros la luz de la verdad, las riquezas de su gracia. Los incrédulos pueden parecer indiferentes y desatentos; no obstante Dios está tocando y convenciendo su corazón acerca de la realidad de la verdad. Pero cuando nuestros hermanos abandonan el campo, dejan de luchar, y permiten que languidezca la causa de Dios, antes que Dios les diga, "Dejadlos", ellos serán sólo una carga para cualquier iglesia a la que se trasladen. Las personas que dejan, y que fueron convencidos, con frecuencia aquietan su conciencia pensando que, después de todo, estaban innecesariamente ansiosos; deciden que no es real la profesión de fe de los adventistas del séptimo día. Satanás se siente triunfante cuando ve la viña plantada por Dios, completamente desgajada o abandonada. No es el propósito de Dios que su pueblo se agrupe y concentre su influencia en un lugar especial.

Los esfuerzos de los hermanos D para alentar a los hermanos a trasladarse a su lugar, fueron hechos de buena fe, pero no de acuerdo con el propósito de Dios. Los caminos de Dios no son como nuestros caminos. El ve no como un hombre ve. Ellos tenían un buen objetivo; pero, al hacer esto, los propósitos de Dios con respecto a la salvación de las almas no pudieron llevarse a cabo.

Dios se propone que su pueblo sea la luz del mundo, la sal de la tierra. El plan de reunirse en grandes grupos, para formar una iglesia grande, ha disminuido su influencia y estrechado su esfera de utilidad; literalmente ha puesto su luz debajo de un almud. Es el designio de Dios que el conocimiento de la verdad llegue a todos, que nadie permanezca en oscuridad ignorando sus principios; (560) sino que todos sean probados por ella y se decidan en favor o en contra de ella, para que todos sean advertidos y no tengan excusa. El plan de colonizar, o trasladarse desde diferentes localidades donde hay poca fuerza o influencia, y concentrar la influencia de muchos en un lugar, es quitar la luz de lugares donde Dios quiere que brille.

Los seguidores de Cristo esparcidos por todo el mundo no tienen un alto sentido de su responsabilidad y de la obligación de hacer brillar su luz hacia otros. Si hay sólo uno o dos en un lugar, aunque sean pocos en número, pueden conducirse de tal modo ante el mundo como para ejercer una influencia que impresionará al incrédulo con la sinceridad de su fe. Los seguidores de Jesús no están de acuerdo con el propósito y la voluntad de Dios si se contentan con permanecer ignorando su Palabra. Todos debieran llegar a ser estudiantes de la Biblia. Cristo ordenó a sus seguidores: “Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí" (Juan 5:39). Pedro nos exhorta: “Santificad a Dios el Señor en vuestros corazones, y estad siempre preparados para presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros" (1 Pedro 3:15).

Muchos que profesan creer la verdad para estos últimos días serán encontrados faltos. Han desatendido los asuntos más importantes. Su conversión es superficial, no es profunda, ni ferviente ni completa. No saben por qué creen la verdad, y sólo porque otros la han creído, dan por sentado que es la verdad. No pueden dar ninguna razón inteligente de su fe. Muchos han permitido que su mente se llene de cosas de menor importancia, y su interés eterno ha tomado el segundo lugar. Su propia alma está empequeñecida y deformada en su crecimiento espiritual. Otros no son iluminados ni edificados por su experiencia o por el conocimiento que era su privilegio y deber obtener. La fortaleza y la estabilidad está con los sinceros.

Cristo y él crucificado debiera llegar a ser el tema de nuestros pensamientos, debiera despertar las más profundas emociones de nuestra alma. Los verdaderos seguidores de Cristo apreciarán la gran salvación que él logró para ellos; y dondequiera que él los guíe, ellos lo seguirán. Lo considerarán un privilegio llevar cualquier (561) carga que Cristo pueda colocar sobre ellos. Es sólo por medio de la cruz como podemos estimar el valor del alma humana. Es tan grande el valor de los hombres por quienes Cristo murió que el Padre está satisfecho con el precio infinito que él paga por la salvación del hombre al entregar a su propio Hijo para morir por su redención. ¡Qué sabiduría, qué misericordia y qué amor en su plenitud se manifiestan aquí! El valor del hombre se comprende sólo al ir al Calvario. En el misterio de la cruz de Cristo podemos estimar el valor del hombre.

¡Qué obra responsable la de unirse con el Redentor del mundo en la salvación de los hombres! Esta tarea requiere abnegación, sacrificio y benevolencia, perseverancia, valentía y fe. Pero los que ministran en palabra y doctrina no tienen el fruto de la gracia de Dios en su corazón y en su vida: No tienen fe. Esta es la razón por la que se ve tan poco resultado de su labor. Muchos que profesan ser ministros de Cristo manifiestan una tremenda resignación al ver alrededor de ellos a los incrédulos que van a la perdición. Un ministro de Cristo no tiene derecho a quedarse tranquilo y rendirse ante el hecho de que su presentación de la verdad no tiene poder ni conmueve a las almas. Debiera recurrir a la oración, y debiera trabajar y orar sin cesar. Los que se conforman con quedar destituidos de bendiciones espirituales, sin fervorosa lucha por esas bendiciones, consienten en el triunfo de Satanás. Se necesita una fe persistente y prevaleciente. Los ministros de Dios deben estar en más íntimo compañerismo con Cristo y seguir su ejemplo en todas las cosas, en pureza de vida, en abnegación, en benevolencia, en diligencia, en perseverancia. Debieran recordar que un día se presentará un registro como evidencia en contra de ellos por la más pequeña omisión de su deber.

El hermano D no comprendió que al instar a los hermanos a trasladarse a su zona estaba aumentando su propia carga y la carga de la iglesia; no se dio cuenta de que requeriría de mucho tiempo y esfuerzo para mantenerlos en condición de ser una ayuda en lugar de un estorbo. Pensó que si reunía a otras familias en su zona le ayudarían a formar una iglesia y aliviarían sus preocupaciones y cargas. Pero ha sucedido lo mismo en Bordoville que en Battle Creek, cuanto más hermanos se trasladaban (562) allí, más pesadas eran las cargas que recaían sobre los obreros que tenían la causa de Dios en su corazón. Hombres y mujeres con distintas mentalidades y caracteres podrían reunirse y vivir en dulce armonía, si estimaran a los otros más que a ellos mismos, como Cristo les mandó.

Pero es muy difícil tratar con mentes que no están bajo el control especial del Espíritu de Dios y están expuestos al control de Satanás. El egoísmo se posesiona de tal modo del corazón de los hombres y las mujeres, y la iniquidad se alberga tanto en algunos que profesan piedad, que se debiera evitar reunirse a un gran grupo de gente, porque así no serían muy felices.

Los que el hermano D realmente deseaba que fueran a Bordoville eran los que él consideraba los mejores del grupo, capaces de ejercer una buena influencia. Justamente tales hombres y mujeres se necesitan para ocupar el puesto de fieles centinelas en el mundo, para que los que están sin Dios puedan convencerse de que hay poder en la religión de Cristo. Tales hombres de influencia son verdaderamente la sal de la tierra. Dios no se complacería con que se juntaran y redujeran su esfera de utilidad. Los hombres confiables son muy escasos porque el corazón de los hombres está tan dedicado a sus propios intereses egoístas que no reconocen a otros.

Si pudiera haber un número de nombres selectos en la importante zona de Battle Creek, Dios estaría complacido; y si sacrificaran sus propios intereses egoístas en favor de la sufriente causa, sólo estarían siguiendo las pisadas de su Redentor, quien dejó su gloria, su majestad y alto mando, y por nosotros se hizo pobre, para que nosotros, por su pobreza, pudiéramos ser enriquecidos. Cristo se sacrificó por el hombre; pero el hombre, por su parte, no se sacrifica voluntaria y alegremente por Cristo. Si un número de hombres y mujeres responsables, sinceros, trabajadores, de los que se pudiera depender como milicianos, respondieran prontamente al llamado de ayuda cuando se la necesite, y se trasladaran a

Battle Creek, Dios sería glorificado. Dios quiere en Battle Creek a hombres de confianza, que siempre se los encuentre del lado correcto en tiempo de peligro, que con fidelidad luchen en contra del enemigo, en lugar de ponerse de parte de los que causan problemas al Israel de Dios y defiendan a los que debilitan (563) las manos de los siervos de Dios, volviendo sus armas exactamente en contra de los que Dios les manda apoyar. Con el fin de prosperar, toda iglesia debe tener hombres en los que pueda confiar en tiempo de peligro, hombres que sean tan firmes como el acero, hombres sin egoísmo, que tengan el interés de la causa de Dios más cerca de su corazón que nada relacionado con sus propias opiniones y sus intereses mundanales.

Las iglesias no están compuestas totalmente de puros y sinceros cristianos. No todos los hombres registrados en los libros de la iglesia son dignos de estar allí. La vida y carácter de algunos, comparados con otros, son como el oro comparado con la despreciable escoria. No es necesario que sea así. Los que son valiosos en vida e influencia han sentido la importancia de seguir de cerca a Jesús, de hacer de la vida de Cristo su estudio y su ejemplo. Esto requiere esfuerzo, meditación y sincera oración. Requiere esfuerzo para obtener la victoria sobre el egoísmo y para poner el interés de la causa de Dios en primer lugar. Algunos han hecho el esfuerzo, han practicado una estricta disciplina de sí mismos, y han ganado preciosas victorias. Los que consideran su propio interés en primer lugar, viven para sí mismos. Su carácter a la vista de Dios es como la inútil escoria.

El hermano D ha tenido más tarea de lo que un hombre debiera hacer al trabajar por el interés de la iglesia en su zona. Al ausentarse por poco tiempo para trabajar por otros, cargas mayores y más pesadas estuvieron listas a su regreso. El permitió que cayeran sobre sus hombros, y se doblegó gimiendo bajo el peso. Los hermanos D han estado en peligro de ser demasiado exigentes y de presentar su propia vida y ejemplo como criterio. No perdieron de vista al yo. Estos hermanos debieran decir poco acerca de sí mismos, y debieran exaltar a Cristo. Debieran esconderse detrás de Jesús y permitir que sólo él aparezca como el modelo perfecto que todos debieran procurar copiar.

¿Dónde estaban los hombres de los que se podía depender en tiempo de prueba y peligro? ¿Dónde estaban los hombres temerosos de Dios que podían acudir en apoyo del estandarte cuando el enemigo intentaba tomar ventaja? Algunos que debieran haber estado en su puesto fueron infieles cuando más se necesitó su ayuda. Su conducta mostró que no tenían un interés especial en el (564) avance de la obra y de la causa de Dios. Algunos pensaban que se esperaba demasiado de ellos, y en lugar de avanzar con alegría, para hacer lo que pudieran, se sentaron cómodamente en la silla de Satanás y se negaron a hacer algo.

Algunos fueron siempre celosos. El hermano E era uno de éstos. Tiene un carácter particularmente obcecado que lo lleva a persistir en un proceder equivocado, porque piensa que gratificaría a sus hermanos si él cambiara y siguiera un proceder opuesto. A veces, cuando así lo desea, está dispuesto a hacer cualquier cosa a su alcance para avanzar la causa de Dios. Pero siente tanto placer en hacer su propia voluntad, que prefiere que la causa de Dios sufra antes que desistir de hacer su voluntad y andar en sus caminos. El hermano E no es un hombre de quien se puede depender. Está sujeto a las tentaciones de Satanás y con frecuencia está bajo su control. Tiene un corazón egoísta e insumiso. Es precipitado, impulsivo; a veces odia, a veces ama. A veces es bondadoso, otras, celoso, envidioso y muy egoísta. No puede perfeccionar el carácter cristiano mientras no resista la tentación, sojuzgue su propia voluntad empecinada, y albergue un espíritu de humildad, una buena voluntad para ver y confesar sus errores. A veces ha sido leal y sincero. Luego una corriente lo arrastraba en dirección opuesta, y albergaba celos, envidia y desconfianza. El yo y los intereses egoístas eran supremos. Siempre estaba dispuesto a censurar a los demás y recelaba que los demás no lo apreciaban, sino que deseaban perjudicarlo. El hermano E necesita una completa conversión. No es suficiente profesar la verdad. Una persona puede reconocer toda la verdad y sin embargo no saber nada —no tener conocimiento experimental en la vida diaria— de la influencia santificadora de la verdad en el corazón y la vida, o del poder de la verdadera piedad.

La verdad es santa y poderosa, y efectuará una completa reforma en el corazón y en la vida de los que son santificados por ella. El hermano E es capaz de ejercer una influencia para bien. Si se subyuga a sí mismo y humilla su corazón ante Dios, puede llegar a ser un portador del yugo de Cristo. Puede ser una ayuda en lugar de un impedimento para su familia y para los demás. El debilita la causa de Dios en Bordoville debido a los defectos de su carácter cristiano. Si el hermano E vive de acuerdo con la luz que (565) ha recibido, obrará su salvación con temor y temblor, y al hacer eso iluminará con una clara luz la senda de los demás y glorificará a Dios. El caso del hermano E representa el de otros en la iglesia, que necesitan la misma obra de transformación en sus corazones con el fin de ser justos.

El hermano F puede ser más útil en su vida de lo que es ahora o de lo que jamás ha sido. Dios no lo ha llamado especialmente para administrar en palabra y doctrina. No está preparado para ese cargo; sin embargo puede cumplir otras tareas para el Señor y ser una ayuda en las reuniones. Si él mismo vive en la luz puede reflejar la luz a otros. Puede ser una bendición para los demás, puede hablar palabras de consuelo y ánimo a los desalentados. Pero para eso, él mismo debiera desarrollar en sí un espíritu más esperanzado, más alegre, negándose a mirar el lado oscuro o hablar con descreimiento. Debiera expresar alegría, esperanza y ánimo en sus palabras y aun en el tono de su voz.

La hermana G tiene algunas dolencias, pero no saca el mejor partido de su situación. Permite que el enemigo controle su mente y aumente sus dificultades por medio de un espíritu insumiso. Sufre de dolencias físicas y se debiera simpatizar con ella; pero la intranquilidad, la irritabilidad, las quejas, la murmuración y los lamentos inútiles no alivian sus sufrimientos ni le traen felicidad; sólo agravan su dificultad.

El mundo está lleno de espíritus insatisfechos que pasan por alto la felicidad y las bendiciones que tienen a su alcance, y están continuamente en busca de felicidad y satisfacción que no pueden alcanzar. Constantemente están tratando de lograr algún esperado y lejano bien, mayor que el que poseen, y se sienten siempre desalentados. Al pasar por alto las bendiciones que están en su camino, albergan descreimiento e ingratitud. Las bendiciones comunes y diarias de la vida no son bien recibidas por ellos como tampoco lo fue el maná para los israelitas.

A la hermana G se dirige Cristo de este modo: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es fácil y ligera mi carga" (Mat. 11:28-30). Las palabras, el porte y el ejemplo general de la hermana (566) G enseñan una lección completamente diferente de la que enseñó nuestro Señor. Ella pierde mucho al pasar por alto las bendiciones presentes que tiene a su alcance y al buscar inquietamente la felicidad. Sus esfuerzos no son recompensados, y su infructuosa búsqueda le causa mucha infelicidad a ella misma y a todos los que la rodean. Su inquietud, su espíritu ansioso y perturbado, se expresa en su semblante y proyecta una sombra. Esa tristeza, ese descreimiento y descontento favorecen las tentaciones del enemigo. Por su continua desconfianza, al buscarse problemas, ella proyecta una sombra en lugar de esparcir un rayo de sol.

El hermano G debiera ser paciente y tolerante, y con cuidado protegerla de cargas innecesarias; porque no está preparada para llevarlas. A su vez, ella debiera cuidarse del enemigo, debiera aceptar las cargas de la vida sin murmuración y llevarlas con alegría, endulzándolas a todas con gratitud porque no son más pesadas. El hermano G tiende a mirar el lado oscuro. Debiera mantenerse listo a cumplir la voluntad de Dios y usar del mejor modo la influencia que Dios le ha dado. Debiera cumplir con alegría los deberes del día y no adelantar el problema del mañana para sentirse desgraciado. No tiene que cumplir los deberes de la semana que viene, sino el trabajo y los deberes del día.

El hermano y la hermana G debieran unir su influencia diciendo: "Basta a cada día su propio mal" (Mat. 6:34). Es una desdicha adelantar el problema de la próxima semana, para amargar la semana presente. Cuando lleguen los problemas reales, Dios capacitará a todo manso y humilde a soportarlos.

Cuando su providencia permita que vengan, él proveerá ayuda para llevarlos. Irritarse y murmurar oscurece y mancha el alma, y apaga la brillante luz del sol de la senda de los demás.

El hermano G podría haber ayudado al hermano H, y al mismo tiempo haberse ayudado a sí mismo; pero el egoísmo le impidió al hermano H beneficiarse, y el mismo hermano G se perjudicó por miedo de beneficiar a otros. El hermano G no ha amado a su prójimo como a sí mismo, y su supremo egoísmo en muchas cosas lo ha privado del bien y ha apartado de él la bendición de Dios. Al fin de cuentas, no aprovecha a nadie ser egoísta; por cuanto Dios observa todo y dará a cada uno según sus obras. (567) "Todo lo que el hombre sembrare, eso también segará" (Gál. 6:7). “El que siembra escasamente, también segará escasamente (2 Cor. 9:6).

He mencionado estas personas para representar el verdadero estado de muchos de la iglesia de Bordoville, cuyos casos son similares. Los muchos que se congregan en ese lugar han traído cargas y cuidados al hermano D, para mantenerlos rectos. Si ellos hubieran estado libres de celos, y se hubieran mantenido en el amor de Dios, le hubieran sostenido las manos, hubieran consolado su corazón, y lo hubieran enviado a trabajar por la salvación de las almas, mientras lo seguían con oraciones, como agudas hoces en la siega. Su falta de consagración y devoción a Dios ha debilitado su propia fe debilitando las manos del hermano D, destruido su valor, y han hecho que sus esfuerzos en el campo del evangelio sean casi inútiles. Las pruebas en la iglesia local han debilitado sus esfuerzos tanto en su zona como fuera de ella, y han restringido su trabajo, en gran medida, a su localidad. Este confinamiento del trabajo principalmente a una localidad, marchita el interés espiritual y el celo de un ministro de Cristo.

Para crecer en la gracia y en el conocimiento de la verdad, los obreros deben tener una experiencia variada. Esto se adquiere mejor extendiendo el trabajo a nuevos campos, en diferentes localidades, donde se pondrán en contacto con toda clase de gente y todo tipo de mente, y donde se necesitará aplicar distintos métodos para afrontar las necesidades de las muchas y variadas mentes. Esto lleva al fiel obrero de Dios y la Biblia para recibir luz, fortaleza y conocimiento, para que pueda estar plenamente calificado para suplir las necesidades de la gente. Debiera prestar atención a la exhortación dada a Timoteo: "Procura con diligencia presentarte a Dios aprobado, como obrero que no tiene de qué avergonzarse, que usa bien la palabra de verdad" (2 Tim. 2:15). "¿Quién es el mayordomo fiel y prudente al cual su señor pondrá sobre su casa, para que a tiempo les dé su ración?" (Luc. 12:42). Se necesita sabiduría para elegir el tema más apropiado para la ocasión.

El hermano D no ha crecido para convertirse en un obrero de éxito. Se ha empequeñecido. Su mente se hizo más estrecha y le falta fortaleza espiritual. El debiera ahora ser un obrero de éxito, (568) un obrero cabal. En lugar de entregarse completamente a la obra, ha estado sirviendo a las mesas. Pablo exhortó a Timoteo: "Sé ejemplo de los creyentes en palabra, conducta, amor, espíritu, fe y pureza. Entre tanto que voy, ocúpate en la lectura, la exhortación y la enseñanza. No descuides el don que hay en ti, que te fue dado mediante profecía, con la imposición de las manos del presbítero. Ocúpate en estas cosas; permanece en ellas, para que tu aprovechamiento sea manifiesto a todos. Ten cuidado de ti mismo y de la doctrina; persiste en ello, pues haciendo esto, te salvarás a ti mismo y a los que te oyeren” (1 Tim. 4:12-16).

El hermano D es activo y está dispuesto a llevar cargas que no están relacionadas con su llamado, y ha dejado que su mente y su tiempo sean excesivamente absorbidos por cosas temporales. Algunos ministros mantienen cierta dignidad que no está de acuerdo con la vida de Cristo, y no están dispuestos a ser útiles y realizar trabajo físico, según algunas ocasiones lo requieren, para aliviar las tareas de sus hospedados, y librarlos de preocupaciones. El ejercicio físico sería una bendición para ellos, más bien que un daño. Al ayudar a otros se beneficiarían ellos mismos. Pero algunos van al otro extremo. Cuando se requiere todo su tiempo y esfuerzo en la causa de Dios, están dispuestos a trabajar y ser siervos de todos, aun en las cosas temporales; y realmente roban a Dios el servicio que requiere de

ellos. Así asuntos triviales toman un tiempo precioso que debiera dedicarse a los intereses de la causa de Dios.

El hermano J. N. Andrews ha errado en esto. El tiempo y el esfuerzo que ha dedicado a mantener correspondencia con sus hermanos, contestando sus preguntas privadas, debiera haberse dedicado a los intereses especiales de la obra de Dios en general. Pero pocos se dan cuenta de las responsabilidades que recaen sobre unos pocos ministros que llevan el peso de esta causa. Con frecuencia los hermanos llaman a estos hombres en horas de trabajo para atender sus pequeños asuntos, o para dirimir algún pleito de la iglesia que debieran atender ellos mismos. “Si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada. Pero pida con fe, no dudando nada" (Sant. 1:5-6). Debe ser ferviente y perseverante. Si vacila dudando continuamente si el Señor hará (569) según ha prometido, no recibirá nada, como consecuencia de sus propias dudas.

Muchos esperan que sus ministros les traigan la luz de Dios, y al parecer piensan que esto es más sencillo que tomarse el trabajo de ir ellos mismos a Dios por ella. Los tales pierden mucho. Si diariamente siguieran a Cristo y lo hicieran su guía y consejero, podrían obtener un claro conocimiento de su voluntad, y así lograr una experiencia valiosa. Por falta de esta experiencia, los hermanos que profesan la verdad andan a la luz de otros; no están familiarizados con el Espíritu de Dios, no conocen su voluntad, y por lo tanto se los puede apartar fácilmente de su fe. Son inestables, porque confiaron en otros para obtener una experiencia para sí. Se ha hecho amplia provisión para que cada hijo e hija de Adán obtenga un conocimiento individual de la voluntad divina, para que perfeccione el carácter cristiano y se purifique por medio de la verdad. Los que profesan ser seguidores de Cristo deshonran a Dios si no tienen un conocimiento experimental de la voluntad divina ni del misterio de la piedad.

El hermano D ha tenido múltiples problemas en su hogar. El aumento de los miembros de iglesia no ha disminuido sus cargas. El aumento del número de su familia ha sido una exigencia demasiado pesada para él mismo y para su familia, y estas cosas han sido un estorbo para que él llegara a ser un obrero de éxito. Ha llegado a estancarse en la obra de Dios y necesita pulirse. Tiene que vitalizar su testimonio por el Espíritu y el poder de Dios. Sus hermanos de Bordoville, que no tienen ningún trabajo especial que hacer en palabra y doctrina, debieran despertarse para ver dónde otros necesitan ayuda y debieran ayudarlos. Muchos cierran sus ojos ante el bien que tienen la oportunidad de hacer para los demás, y por su descuido pierden la bendición que podrían obtener. Han dejado que el hermano D llevara solo cargas que sus hermanos debieran haber considerado su deber y su privilegio llevar.

Nuestra misión en este mundo es vivir para el bien de los demás, bendecir a otros, ser hospedadores; y frecuentemente debemos tomarnos algunas molestias para atender a los que realmente necesitan nuestro cuidado y el beneficio de nuestra compañía y nuestro hogar. Algunos evitan estas cargas necesarias.

(570) Pero alguien debe llevarlas; y por cuanto los hermanos en general no aman la hospitalidad, y no comparten equitativamente estos deberes cristianos, los pocos que tienen corazones dispuestos, y que con alegría hacen suyo el caso de los que necesitan ayuda, quedan recargados. Las iglesias debieran poner un cuidado especial en aliviar a sus ministros de estas cargas extras. Los ministros que están activamente dedicados a la causa de Dios, que están trabajando por la salvación de las almas, tienen que hacer continuos sacrificios.

El testimonio del hermano D necesita ser avivado por la gracia de Dios. El necesita un nuevo ungimiento, para que pueda comprender la magnitud de la obra y dedicar su ser entero al avance de la causa de Dios. El Señor tiene trabajo suficiente para emplear a todos sus seguidores. Todos pueden manifestar su gloria si lo desean. Pero la mayoría se niega a hacerlo. Profesan la fe, pero no tienen obras. Su fe es muerta, al estar sola. Evitan las responsabilidades y las cargas, y serán recompensados de acuerdo con sus obras. Por cuanto algunos no aceptan las cargas que podrían llevar, ni hacen la obra

que podrían hacer, el trabajo es demasiado para los pocos que se ocupan en él. Ven tanto que hacer que recargan sus fuerzas que desgastan rápidamente.

Dios requiere en este tiempo obreros cuyos intereses estén completamente identificados con su obra y su causa. Los ministros que se ocupan de esta obra deben fortalecerse mediante el espíritu y el poder de las verdades que predican, y entonces podrán ejercer influencia. Rara vez se elevarán los feligreses a un nivel superior al de su pastor. Si hay en él un espíritu de amor hacia el mundo, esto tendrá una enorme influencia sobre los demás. La gente emplea las deficiencias de él como excusa para cubrir su propio espíritu de amor al mundo. Calman su conciencia, pensando que pueden amar las cosas de esta vida y ser indiferentes para con las cosas espirituales, porque sus predicadores obran así. Engañan sus propias almas y permanecen en amistad con el mundo, la cual el apóstol declara que es "enemistad contra Dios" (Sant. 4:4).

Los ministros deben ser ejemplos para la grey. Deben manifestar un imperecedero amor por las almas, y la misma consagración a la causa que desean ver en la gente. Los ministros de (571) Vermont han errado en su trabajo. Han recorrido el mismo territorio una y otra vez para ayudar a las iglesias, cuando con frecuencia los creyentes necesitan que se les dé una labor a realizar, que los llevará a una condición en que Dios podría bendecir sus esfuerzos y hacerlos fructíferos. No ha habido un obrero eficiente, cabal, plenamente calificado para mantener todas las partes de la obra en Vermont.

El hermano y la hermana I son inválidos. Dios no les da responsabilidades muy grandes. Tienen que estar alerta, para no reducir su influencia. No tienen hijos propios para ejercitar el amor y el cuidado paternal, y corren el peligro de volverse estrechos, egoístas, y caprichosos en sus opiniones y sentimientos. Todas esta cosas ejercen mala influencia en la causa de Dios. Debieran esforzarse para mantener sus mentes en un nivel superior a ellos mismos y no debieran constituirse en criterio para los demás. Los que no tienen hijos propios en quien pensar y por quien trabajar, y que les requieran ejercitar tolerancia, paciencia y amor, debieran cuidar que sus pensamientos no se centren en sí mismos. Están pobremente calificados para instruir a los padres acerca de la educación de sus hijos, pues no han tenido experiencia en esto. Sin embargo en muchos casos, los que no tienen hijos son los más dispuestos a instruir a los que los tienen, cuando al mismo tiempo ellos mismos son como niños en muchos aspectos. No se los puede hacer cambiar de comportamiento, y se necesita más paciencia para tratar con ellos que con niños. Es egoísmo tener un proceder, y seguirlo aun incomodando a otros.

Las cosas pequeñas prueban el carácter. Es ante los modestos actos diarios de abnegación, realizados con alegría y bondad, que Dios sonríe complacido. No debiéramos vivir para nosotros, sino para otros. Debiéramos ser una bendición al olvidarnos de nosotros mismos y ser atentos con los demás. Debiéramos albergar amor, tolerancia y fortaleza.

Muy pocos se dan cuenta del beneficio del cuidado, la responsabilidad y la experiencia que los hijos traen a la familia. Muchos tienen familias numerosas que crecen sin disciplina; los padres descuidan una obligación preciosa y un deber sagrado, que, si se lo cumple fielmente en el temor de Dios, brindaría no sólo a los hijos, sino a los padres, una aptitud para el reino de los cielos. (572) Una casa sin hijos es un lugar desolado. El corazón de los que la habitan corre el peligro de llegar a ser egoísta, de amar su propia comodidad, y prestar atención a sus propios deseos y conveniencia. Sienten simpatía por ellos mismos, y tienen poco que ofrecer a los demás. El cuidado y el afecto prodigado a los niños que dependen de nosotros quita la rudeza de nuestra naturaleza, nos hace tiernos y simpatizantes, e influyen en el desarrollo de los elementos más nobles de nuestro carácter. Muchos están física, mental, y moralmente enfermos, porque su atención está casi exclusivamente concentrada en ellos mismos. Podrían ser librados del estancamiento por la saludable vitalidad de las mentes más jóvenes y variadas, y por la incansable energía de los niños.

El hermano J es anciano. No debiera llevar grandes responsabilidades. Ha desagradado a Dios por su equivocado amor a sus hijos. Ha tenido demasiada ansiedad por ayudarlos pecuniariamente para que no se sintieran ofendidos. Con el fin de complacerlos los ha perjudicado. No son sabios y fieles en la

administración del dinero, ni aun desde el punto de vista mundano. Desde una perspectiva religiosa, son muy deficientes. No tienen escrúpulos de conciencia acerca de las cosas religiosas. No favorecen a la sociedad por medio de su posición ni influencia en el mundo, ni benefician la causa de Dios con una moral cristiana pura y actos virtuosos en el servicio de Cristo. No han sido educados en hábitos de abnegación, ni enseñados a depender de sí mismos, como su salvaguardia en la vida. Este es el gran pecado de los padres. No disciplinan a sus hijos ni los educan para Dios. No les enseñan el dominio de sí mismos, la estabilidad del carácter y la necesidad de una voluntad firme y bien dirigida. En este tiempo, la mayoría de los niños son dejados para que crezcan de por sí. No se les enseña la necesidad de desarrollar sus facultades físicas y mentales con un buen propósito para que su influencia sea una bendición para la sociedad, y que estén capacitados para embellecer la vida cristiana y perfeccionar la santidad en el temor de Dios.

El hermano J se ha equivocado al confiar su propiedad a sus hijos. Les ha dado responsabilidades que no estaban preparados para llevar. Colocó sus medios económicos fuera de su control, y juntó dinero de sus hermanos por una débil labor. No ha (573) glorificado a Dios con su proceder acerca de su propiedad. Ha excusado el mal comportamiento de sus hijos, que no están de acuerdo con nuestra fe ni con la norma bíblica. Virtualmente les ha dicho a los malvados, les irá bien, cuando Dios claramente ha declarado que les irá mal.

Estos errores del hermano J muestran una gran falta de sabiduría celestial, y en gran medida lo han descalificado para la solemne obra que descansa sobre el fiel ministro de Cristo. ¿Qué podrá alegar el hermano J ante Dios cuando el Maestro le pida cuenta de su mayordomía? Ha sido guiado por la mente no consagrada de sus hijos, y no ha sentido la necesidad de buscar el consejo de los siervos de Dios que estaban en la luz. Ha sido guiado por su simpatía pervertida y ha errado en su juicio. Se ha movido como un ciego. Su conducta lo ha perjudicado a sí mismo y a la causa de Dios.

Lo que Vermont necesita no son sólo predicadores que vayan por las iglesias y oren y exhorten ocasionalmente. Continuamente se podría llamar a nuevos obreros de entre el pueblo de Dios en Vermont. Se necesitan fervientes y celosos obreros para fortalecer las cosas que restan, sirviendo a las necesidades espirituales del pueblo. En todos lados, especialmente en Vermont, la causa de Dios necesita portacargas. Los obreros recorren una y otra vez el mismo territorio, pero si logran algo es muy poco. Hacen buenas visitas a los hermanos, y frecuentemente esto es todo lo que realizan. Y sin embargo, esperan ser remunerados por el tiempo que ocupan.

Se me presenta el caso del hermano y la hermana K mientras escribo. No se han preocupado por los demás. No han sentido la responsabilidad que tienen de llevar cargas. Se me mostró que el hermano K, entre otros, ha sentido que tenía una obra que hacer para el Señor. Por cierto que la tiene, y también la tienen muchos otros, si sintieran la voluntad de hacer la obra. Hay obreros cabales en la causa de Dios, que tienen experiencia en la obra y que dedican su tiempo y su fuerza al servicio de Dios. A estos debiera mantenérselos liberalmente. Pero los que simplemente salen a visitar las iglesias ocasionalmente —especialmente los que no tienen familias a las que mantener y que tienen bienes propios— no debieran ser una carga para la tesorería del Señor. (574)

Ni el hermano ni la hermana K tienen experiencia en sacrificarse por la verdad, en ser ricos en buenas obras, depositando sus tesoros en el cielo. No han tenido hijos amantes que dependieran de ellos y que les permitieran ejercitar su simpatía, cuidado y paciencia. Han tenido en cuenta su propio egoísmo y conveniencia. Su corazón no ha sido una fuente de la que manen corrientes vivas de ternura y afecto. Al bendecir a los demás con palabras de amor y actos de misericordia y benevolencia, serían una bendición para ellos mismos. Su esfera de influencia ha sido demasiada estrecha. A menos que sean transformados en mente y ser, y sean renovados por el Espíritu de Cristo, no pueden llegar a ser obreros cabales y eficientes en la causa del Redentor. Su vida no es el ejemplo de los cristianos. El sacrificio propio y la benevolencia desinteresada debieran caracterizar sus vidas. El interés propio es demasiado

prominente. ¡Oh, cuán poco sabe el hermano K lo que es trabajar para Dios, alzar la cruz de Cristo y andar en las pisadas del abnegado Redentor!

Un ministro de Cristo, un maestro de la verdad, un verdadero pastor, es en un sentido un siervo de todos, que prevé las necesidades de los que necesitan ayuda, que sabe cómo ser útil aquí y allá en la gran obra de salvar almas. Un hombre que profesa enseñar la verdad, y va donde le place, y trabaja cuando y como le place, y rehúye responsabilidades, no está llevando la cruz en pos de Cristo ni está cumpliendo el cometido de un ministro del Evangelio. Pocos saben por experiencia lo que significa sufrir por Cristo. Desean ser como Cristo, pero quieren evitar la pobreza y la crucifixión. Estarían de buen grado con él en gloria, pero no quieren llegar a él por medio de la abnegación y las tribulaciones.

No le ha costado mucho esfuerzo al hermano K descubrir la verdad; porque hombres selectos de Dios han puesto en sus manos argumentos claros, sencillos y convincentes. Se han comprendido puntos difíciles de la verdad presente por los fervientes esfuerzos de unos pocos que se dedicaron a la obra. El ayuno y la ferviente oración a Dios han movido al Señor a abrir el entendimiento de ellos sus tesoros de verdad. Han tenido que enfrentar a arteros opositores y a jactanciosos Goliats, a veces cara a cara, pero con más frecuencia con la pluma. Satanás ha incitado a los (575) hombres a ejercer una fiera oposición, a enceguecer la vista y oscurecer la comprensión de la gente. Los pocos que sentían un genuino interés por la causa de Dios se levantaron a su defensa. No buscaron su comodidad, sino que estaban dispuestos a arriesgar aun su vida en favor de la verdad.

Estos celosos investigadores de la verdad arriesgaron el capital de su fortaleza y todo su ser en la obra de defender la verdad y esparcir la luz. Investigaron eslabón tras eslabón de la preciosa cadena de la verdad, de modo que ahora se destaca en bella armonía, unida en perfecta cadena. Estos hombres de mentes escrutadoras han presentado argumentos y los han aclarado de tal modo que un niño pueda entenderlos. Cuán fácil es ahora para los hombres llegar a ser maestros de la verdad, mientras que rehuyen sacrificio personal y la abnegación de sí mismos.

Estos investigadores de la verdad han sufrido por ella y saben lo que costó. La valoran y sienten el más intenso interés en su progreso. La abnegación y la cruz se encuentran directamente en el camino de cada seguidor de Cristo. La cruz es lo que se opone a los afectos naturales y a la voluntad. Si el corazón no está completamente dedicado a Dios, si la voluntad, los afectos y los pensamientos no son puestos en sujeción a la voluntad de Dios, se fracasará en cumplir los principios de la verdadera religión y en ejemplificar en la vida la vida de Cristo. No habrá un deseo genuino de sacrificar la comodidad y el amor a uno mismo, y la mente carnal no será crucificada con el fin de realizar las obras de Cristo.

Hay una obra que muchos de los que viven en Bordoville deben realizar. Vi que el enemigo estaba muy ocupado en cumplir sus designios. Hombres a quienes Dios les ha entregado bienes como talentos han pasado a sus hijos la responsabilidad que el cielo les encomendara a ellos de ser mayordomos de Dios. En lugar de dar a Dios las cosas que son de él, aducen que todo lo que tienen es suyo, como si hubieran obtenido sus posesiones con su propio poder y sabiduría. ¿Quién les dio poder y sabiduría para obtener los tesoros terrenales? ¿Quién regó sus tierras con el rocío del cielo y la lluvia? ¿Quién les dio el sol para calentar la tierra y despertar a la vida las cosas de la naturaleza, haciéndolas florecer para beneficio del hombre? Los hombres a los que Dios ha bendecido (576) con sus dádivas se aferran a su tesoro terrenal y convierten estas dádivas y bendiciones, que Dios bondadosamente les ha dado, en una maldición, al llenar sus corazones de egoísmo y desconfianza en él. Aceptan los bienes que les fueron prestados, y que reclaman como suyos, olvidando que el Maestro tenga algún derecho sobre ellos, y negándose a entregarle ni siquiera el interés que demanda. Las riquezas causan muchas perplejidades a los que profesan seguir a Cristo, y los acosan con muchas desdichas, porque olvidan a Dios, y aman y adoran a mamón. Permiten que los intereses mundanos amarguen su vida y les impidan perfeccionar un carácter cristiano. Y, como si esto no fuera suficiente, transmiten a sus hijos, para maldición de ellos, lo que causó la ruina de su propia vida. Dios ha confiado medios a los hombres para probarlos, para ver si

están dispuestos a reconocer que él es el que entrega sus dones, y para ver si los usan para el avance de su gloria en la tierra.

La tierra es del Señor, con todos los tesoros que contiene. El ganado esparcido en mil colinas es de él. Todo el oro y la plata le pertenecen a él. Ha confiado sus tesoros a mayordomos, para que con ellos puedan dar avance a su causa y glorificar su nombre. No confió estos tesoros a los hombres para que los usen para exaltarse y glorificarse a sí mismos y tuvieran para oprimir a los que carecen de tesoros terrenales. Dios no recibe las ofrendas de nadie porque las necesite y no pueda tener gloria y riquezas sin ellas, sino porque es para beneficio de sus siervos entregar a Dios las cosas que son del Señor. El recibirá las ofrendas de buena voluntad del corazón contrito, y recompensará al dador con las más ricas bendiciones. Las recibe como el sacrificio de agradecida obediencia. Requiere y acepta nuestro oro y plata como una evidencia de que todo lo que tenemos y somos pertenece a él. El requiere y acepta el buen aprovechamiento de nuestro tiempo y nuestros talentos como el fruto de su amor que existe en nuestro corazón. Obedecer es mejor que el sacrificio. Sin amor puro la más cara ofrenda es demasiado pobre para que Dios la acepte.

Muchos están tan entregados a sus tesoros terrenales que no disciernen la ventaja de formar tesoros en el cielo. No se dan cuenta de que sus ofrendas voluntarias a Dios, no lo están enriqueciendo a él, sino a ellos mismos. Cristo nos aconseja que (577) hagamos tesoros en el cielo. ¿Para quién? ¿Para Dios, para que él pueda enriquecerse? ¡Oh, no! Los tesoros del mundo entero son suyos, y la indescriptible gloria y los tesoros inapreciables del cielo son todos suyos, para darlos a quien él desee. “Haceos tesoros en el cielo”. Los hombres a quienes Dios ha hecho sus mayordomos están tan embobados con las riquezas de este mundo, que no se dan cuenta de que con su egoísmo y codicia están no sólo robando al Señor los diezmos y ofrendas, sino privándose a sí mismos de las riquezas eternas. Podrían agregar diariamente a sus tesoros celestiales al hacer la obra que el Señor les encomendó, y que para realizarla les confió esas riquezas. El Amo quiere que busquen oportunidades de hacer el bien y, mientras vivan, dediquen sus bienes para ayudar a la salvación de sus semejantes y para el avance de su causa en sus distintas ramas. Al hacer eso sólo hacen lo que Dios requiere, dan a Dios las cosas que son suyas. Muchos voluntariamente cierran sus ojos y su corazón por temor a ver y a sentir las necesidades de la causa del Señor, y al ayudar a su progreso disminuir sus entradas restando del interés o del capital. Algunos piensan que lo que dan para la causa de Dios está realmente perdido. Ven que se les van tantos pesos, y se sienten insatisfechos a menos que puedan inmediatamente reemplazarlos de modo que su tesoro terrenal no decrezca. Son mezquinos y aun astutos al tratar con sus hermanos y también con los mundanos. No sienten escrúpulos en trampear para beneficiarse y ganar unos pocos pesos.

Algunos, temiendo sufrir la pérdida de tesoros terrenales, descuidan la oración y las reuniones de adoración a Dios, para tener más tiempo que dedicar a sus granjas o a sus negocios. Muestran por sus obras cuál es el mundo que estiman más. Sacrifican los privilegios religiosos, esenciales para su desarrollo espiritual, por las cosas de esta vida y no obtienen el conocimiento de la voluntad divina. No logran perfeccionar el carácter cristiano ni satisfacen la norma de Dios. Ponen sus intereses temporales y mundanos en primer lugar, y le roban a Dios el tiempo que debieran dedicarle a su servicio. Dios observa a esas personas, y recibirán una maldición en lugar de una bendición. Algunos colocan sus bienes fuera de su control al dejarlos en manos de sus hijos. Su intención secreta es colocarse en una posición (578) donde ellos no sientan la responsabilidad de dar de sus bienes para esparcir la verdad. Estos aman de lengua, no de hecho y en verdad. No se dan cuenta de que es el dinero del Señor el que están manejando, no el suyo propio.

A muchos les gustaría ver que se conviertan las almas, siempre que no les cueste ningún sacrificio a ellos; pero si se tocan sus bienes, se echan atrás porque éstos son de más valor para ellos que las almas de los hombres y las mujeres por los que Cristo murió. Si aquellos a quienes Dios ha confiado bienes entendieran su responsabilidad como sus mayordomos, retendrían en sus propias manos lo que Dios les ha prestado, para poder cumplir fielmente el deber que recae sobre ellos de hacer su parte para ayudar

la obra de Dios. Si todos pudieran comprender el plan de salvación, y el valor siguiera una alma comprada por la sangre de Cristo, consideraría de menor importancia cualquier otro interés.

Los padres debieran confiar sin recelo a sus hijos los bienes que Dios ha puesto en sus manos, a menos que tengan la más segura evidencia de que sus hijos tienen mayor interés, amor y devoción por la causa de Dios que por ellos mismos, y que estos hijos serán más fervientes y celosos en impulsar la obra de Dios, y más benevolentes en promover los varios proyectos conectados con ella que requiere ayuda financiera. Pero muchos colocan sus bienes en manos de sus hijos, y pasan a ellos la responsabilidad de su propia mayordomía, porque Satanás los insta así. Al hacer esto, en realidad colocan esos bienes en las filas del enemigo. Satanás dirige el asunto para bien de su propio propósito y priva a la causa de Dios de los bienes que necesita para mantenerse con abundancia. Los esfuerzos hechos para presentar ante la gente la verdad, no son ni la mitad de completos y extensivos como debieran ser. No se está haciendo ahora ni la quincuagésima parte para extender la verdad de lo que podría hacerse esparciendo publicaciones y trayendo dentro del alcance de la predicación de la verdad a todos los que puedan ser atraídos hacia ella.

El tiempo de gracia de muchos está llegando a su fin. Satanás diariamente está reuniendo su cosecha de almas. Algunos están efectuando su decisión final en contra de la verdad, y muchos mueren sin conocerla. Sus mentes no están iluminadas, y no se (579) han arrepentido de sus pecados. Sin embargo, hay hombres que profesan piedad que están acopiando tesoros terrenales y dirigiendo sus esfuerzos a ganar más. Son insensibles a la situación de los hombres y mujeres que están en la esfera de influencia y que perecen por falta de conocimiento. Un trabajo bien dirigido, hecho con amor y humildad, haría mucho para iluminar y convertir a sus semejantes; pero el ejemplo de muchos que podrían hacer un gran bien, está virtualmente diciendo: Vuestra alma tiene menos valor para mí que mis intereses mundanales.

Muchos aman la verdad un poco, pero aman más a este mundo. “Por sus frutos los conoceréis". Se sacrifican las cosas espirituales por las temporales. El fruto de tales personas no conduce a la santidad, y su ejemplo no es tal como para convencer a los pecadores y convertirlos de sus caminos equivocados, a la verdad. Permiten que las almas se pierdan, cuando podrían salvarlas si hicieran esfuerzos tan fervientes en su favor como los que han hecho para conseguir los tesoros de esta vida. Para obtener más de las cosas del mundo, que realmente no necesitan, y que sólo aumentan su responsabilidad y condenación, muchos trabajan intensamente, con peligro de su salud y su gozo espiritual, y la paz, el bienestar y la felicidad de su familia. Permiten que las almas que los rodean se pierdan, porque temen que requerirá un poco de su tiempo y de sus bienes para salvarlas. El dinero es su dios. Llegan a la conclusión de que no será provechoso sacrificar sus bienes para salvar almas.

La persona a quien se le ha confiado un talento no es responsable por cinco o por dos, sino por ese único talento. Muchos descuidan acumular tesoros en el cielo haciendo el bien con los bienes que Dios les ha prestado. Desconfían de Dios y tienen mil temores acerca del futuro. Como los hijos de Israel tienen corazones malos de incredulidad. Dios proveyó a ese pueblo con abundancia, según lo requerían sus necesidades; pero ellos se acarrearon problemas para el futuro. Se quejaron y murmuraron en el viaje de que Moisés los había sacado para matarlos de hambre a ellos y a sus hijos. Necesidades imaginarias cerraron sus ojos y su corazón para que no vieran la bondad y las mercedes de Dios en su travesía, y fueron desagradecidos ante todas sus dádivas. Así es el desconfiado y profeso pueblo de Dios en esta

(580) era de descreimiento y degeneración. Temen verse en necesidad, o que a sus hijos les llegue a faltar algo, o que sus nietos queden desamparados. No se atreven a confiar en Dios. No tienen una fe genuina en aquel que les ha confiado las bendiciones y mercedes de la vida, y que les ha dado talentos para que los usen para su gloria en el avance de su causa.

Muchos tienen una preocupación tan constante por sí mismos, que no le dan a Dios ninguna oportunidad de cuidar de ellos. Si a veces sintieran un poco de escasez y se vieran en estrecha

situación, sería mejor para su fe. Si con calma confiaran en Dios y esperaran que él obrara en su favor, su necesidad sería la oportunidad de Dios; y su bendición en la emergencia de ellos aumentaría su amor hacia él y los llevaría a apreciar sus bendiciones temporales de un modo más elevado que antes. Su fe aumentaría, su esperanza se iluminaría, y la alegría tomaría el lugar de la melancolía, la duda y la murmuración. La fe de muchos no se desarrolla por falta de ejercicio.

Lo que está desgastando los órganos vitales del pueblo de Dios es el amor al dinero y la amistad con el mundo. Es el privilegio del pueblo de Dios ser brillantes, fulgurantes luces en el mundo, aumentar su conocimiento de Dios, y tener una clara comprensión de su voluntad. Pero los cuidados de esta vida y el engaño de las riquezas ahogan la semilla plantada en su corazón, y no llevan fruto para su gloria. Profesan fe, pero no es una fe viva, porque no está sostenida por las obras. La fe sola, sin obras, es muerta. Los que profesan una gran fe, y no tienen obras, no se salvarán por su fe. Satanás cree en la verdad y tiembla, no obstante esta clase de fe no tiene ninguna virtud. Muchos que han hecho una elevada profesión de fe son deficientes en buenas obras. Si mostraran su fe por sus obras ejercerían una poderosa influencia en favor de la verdad. Pero no aprovechan los talentos en bienes que Dios les ha prestado. Los que piensan aquietar su conciencia legando sus propiedades a sus hijos, o privando de ellas a la causa de Dios y pasándolas a hijos incrédulos e imprudentes, para que las despilfarren o las amontonen y las adoren, tendrán que rendir cuentas a Dios; son mayordomos infieles del dinero de su Señor. Permiten que Satanás los dirija por medio de esos hijos, cuyas mentes están bajo su control. Los propósitos de Satanás se cumplen (581) de muchos modos, mientras que los mayordomos de Dios parecen atontados y paralizados; no se dan cuenta de su gran responsabilidad y del rendimiento de cuentas que ha de llegar pronto.

Los que tienen bienes y cuyas mentes están entenebrecidas por el dios de este mundo, parece que permitieran que Satanás los controlara en la administración de sus posesiones. Si tienen hijos sinceros y creyentes, y también hijos cuyos afectos están completamente dirigidos a las cosas del mundo, al pasar sus bienes a sus hijos, generalmente dan una mayor cantidad a los hijos que no aman a Dios, y que sirven al enemigo de toda justicia, que a los que están sirviendo a Dios.

Colocan en manos de los hijos infieles precisamente las cosas que llegarán a ser una trampa para ellos y que serán estorbos para que se entreguen a Dios. Mientras que hacen grandes regalos a los hijos incrédulos, dan presentes de poco valor a los que comparten la fe con ellos. Este mismo hecho debiera sacudir a los ricos que han seguido este proceder. Debieran ver que el engaño de las riquezas ha pervertido su criterio. Si vieran la influencia que opera en sus mentes, comprenderían que Satanás consiguió esas cosas muy de acuerdo con sus propios propósitos y planes. En vez de que Dios controle la mente y santifique el criterio, se permite que el poder opuesto los controle. Aun a veces descuidan a los que han estado con ellos en la fe, y con frecuencia son mezquinos y exigentes en su trato con ellos; mientras que son generosos con los hijos incrédulos y amantes del mundo, quienes ellos saben que no han de usar los bienes que han colocado en sus manos para el progreso de la causa de Dios. Dios requiere que aquellos a quienes ha prestado talentos en bienes, los utilicen bien, dando prominencia al avance de su causa. Toda otra consideración debiera ser inferior a ésta.

Los talentos en bienes, ya sean cinco, dos o uno, han de ser incrementados. Los que tienen muchos bienes son responsables de muchos talentos. Pero los hombres que comparativamente son pobres no están libres de responsabilidad. Los que tienen pocas riquezas de este mundo están representados por los que tienen un talento. Sin embargo corren exactamente el mismo peligro que los ricos de amar demasiado lo poco que tienen, y de retenerlo (582) egoístamente de la causa de Dios. No se dan cuenta del peligro. Aplican las estremecedoras recriminaciones dirigidas en la Palabra de Dios a los amantes de este mundo, sólo a los ricos, mientras que ellos mismos pueden estar en un peligro aún mayor que los más ricos. Ya tengan mucho o poco, de todos se requiere que entreguen sus talentos a los cambistas, para que cuando el Maestro venga pueda recibir su propio dinero con interés. También se les requiere mantenerse consagrados a Dios y demostrar interés generoso en su causa y obra. Buscando primero el

reino de Dios y su justicia, han de creer su promesa de que todas la cosas serán añadidas. En comparación con todo otro asunto, la salvación de las almas de sus semejantes debiera ser primordial, pero éste no es generalmente el caso. Si es necesario descuidar algo, es la causa de Dios la que ha de sufrir. Dios ha prestado talentos a los hombres, no para fomentar su orgullo, o para excitarlos a sentir envidia, sino para que los usen para su gloria. El ha hecho a estos hombres agentes para distribuir los medios con los que podrán llevar adelante la obra de la salvación. Cristo les ha dado ejemplo en su vida. Dejó todas sus riquezas celestiales y su esplendor, y por nosotros se hizo pobre, para que, por su pobreza, pudiésemos ser enriquecidos. No es el plan de Dios hacer llover dinero del cielo para sostener su causa. El ha confiado o entregado abundantes bienes a los hombres para que nada faltara en ninguna rama de su obra. Prueba a los que profesan amarlo, colocando bienes en sus manos, y luego los prueba para ver si aman el don más que al Dador. Dios revelará, con el tiempo, los verdaderos sentimientos del corazón.

A fin de hacer progresar la causa de Dios, se necesitan fondos. Dios ha hecho provisión para suplir esta necesidad al colocar abundantes bienes en las manos de sus agentes, para usarlos en cualquier departamento de la obra donde puedan necesitarse para la obra de salvar almas. Cada alma salvada es un talento ganado. Si se ha convertido realmente, el que ha sido instruido en la verdad, a su vez, usará los talentos en influencia y en bienes que Dios le ha dado, para trabajar por la salvación de sus semejantes. Trabajará con fervor en la gran obra de iluminar a los que están en las tinieblas y el error. Será un instrumento para salvar almas. Así los talentos en influencia y en bienes se están continuamente (583) canjeando y en constante aumento. Cuando el Maestro venga, el siervo fiel estará preparado para devolverle tanto el capital como el interés. Por sus frutos puede mostrar el interés de los talentos que ha ganado para devolver al Maestro. El siervo fiel habrá entonces hecho su obra, y el Maestro, que trae su recompensa para dar a cada uno según sus obras, devolverá a ese fiel siervo tanto el capital como el interés.

En su Palabra el Señor ha revelado claramente su voluntad a los que poseen riquezas. Pero porque sus claras órdenes han sido menospreciadas, él misericordiosamente les presenta por medio de Testimonios, los peligros que corren. No da nueva luz, sino les llama la atención a la luz que ya ha sido revelada en su Palabra. Si los que profesan amar la verdad se aferran a sus riquezas, y desobedeciendo la Palabra de Dios, no buscan oportunidades de hacer el bien con lo que les ha confiado, él vendrá y desparramará sus bienes. Se acercará con juicios. De muchos modos esparcirá sus ídolos. Sufrirán muchas pérdidas. El alma de los egoístas no será bendecida. Pero "el alma generosa será prosperada" (Prov. 11:25). Dios honrará a los que le honran.

El Señor hizo un pacto con Israel por el cual, si obedecían sus mandamientos, él les daría la lluvia a su tiempo, la tierra rendiría sus productos, y los árboles del campo, sus frutos. El prometió que la trilla llegaría hasta la vendimia, y la vendimia hasta la siega, y que comerían su pan hasta saciarse y habitarían en su tierra con seguridad. El exterminaría a sus enemigos. No los aborrecería, sino andaría con ellos, sería su Dios, y ellos serían su pueblo. Pero si ellos desatendían sus mandamientos, los trataría exactamente del modo opuesto. Tendrían su maldición en vez de su bendición. El quebrantaría la soberbia de su orgullo, y haría su cielo como hierro y su tierra como bronce. “Vuestra fuerza se consumirá en vano, porque vuestra tierra no dará su producto, y los árboles de la tierra no darán su fruto. Si anduviereis conmigo en oposición”, "yo también procederé en contra de vosotros".

Los que están reteniendo egoístamente sus recursos, no necesitan sorprenderse si la mano de Dios los dispersa. Lo que debieran haber dedicado al progreso de la obra y la causa de Dios, pero que retuvieron, puede ser confiado a un hijo pródigo (584) que lo despilfarrará. Un hermoso caballo, orgullo de un corazón vano, puede ser encontrado muerto en el establo. Ocasionalmente puede morir una vaca. Pueden producirse pérdidas de frutas y otras cosechas. Dios puede dispersar los recursos que prestó a sus administradores, si éstos se niegan a usarlos para su gloria. Vi que algunos no tendrán

quizás ninguna de estas pérdidas para recordarles cuán remisos han sido en cuanto a su deber, pero sus casos son, tal vez, más desesperados.

Jesús advirtió al pueblo: "Mirad, y guardaos de toda avaricia; porque la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee. También les refirió una parábola, diciendo: La heredad de un hombre rico había producido mucho. Y él pensaba dentro de sí, diciendo: ¿Qué haré, porque no tengo dónde guardar mis frutos? Y dijo: Esto haré: derribaré mis graneros, y los edificaré mayores, y allí guardaré todos mis frutos y mis bienes; y diré a mi alma: Alma, muchos bienes tienes guardados para muchos años; repósate, come, bebe, regocíjate. Pero Dios le dijo: Necio, esta noche vienen a pedirte tu alma; y lo que has provisto, ¿de quién será? Así es el que hace para sí tesoro, y no es rico para con Dios" (Luc. 12:15-21). Luego se dirigió a sus discípulos: “Por lo tanto os digo: No os afanéis por vuestra vida, qué habéis de comer o qué habéis de beber; ni por vuestro cuerpo, qué habéis de vestir. ¿No es la vida más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido?" (Mat. 6:25).

Estas advertencias se dan para beneficio de todos. ¿Aprovecharán las advertencias dadas? ¿Se beneficiarán con ellas? ¿Prestarán atención a estas llamativas ilustraciones de nuestro Salvador, y rechazarán el ejemplo del pobre hombre rico necio? El tenía riquezas, también las tienen muchos que profesan creer en la verdad, y están actuando del mismo modo que el pobre e insensato hombre rico. Oh, si fueran sabios y sintieran las obligaciones que tienen de usar las bendiciones que Dios les ha dado para bendecir a otros, en vez de transformarlas en una maldición. Dios les dirá a todos los que hagan así como dijo al rico insensato: "Necio”.

Los hombres actúan como si no estuvieran en su sano juicio. Están inmersos en los cuidados de esta vida. No tienen tiempo para dedicar a Dios, ni para servirle. Trabajad, trabajad, trabajad, es la orden del día. A todos los que están alrededor de ellos (585) se les exige trabajar presionados por el tiempo, urgidos para cuidar de extensas granjas. Derribar y construir propiedades mayores es su ambición, para poder tener dónde guardar sus mercancías. Sin embargo esos hombres que están agobiados bajo el peso de sus riquezas pasan por seguidores de Cristo. Tienen el rótulo de creer que Cristo ha de venir pronto, que el fin de todas las cosas está cerca; no obstante no tienen un espíritu de sacrificio. Se están sumergiendo más y más profundamente en el mundo. Dedican muy poco tiempo a estudiar la Palabra de vida, a meditar y orar. Tampoco les dan a otros de su familia, o a los que los sirven, este privilegio. Sin embargo, estos hombres profesan creer que este mundo no es su hogar, que son sólo peregrinos y extranjeros en la tierra, preparándose para trasladarse a una patria mejor. El ejemplo y la influencia de tales personas es una maldición para la causa de Dios. Una vana hipocresía caracteriza su vida de profesos cristianos. Aman a Dios y a la verdad tanto como lo muestran sus obras, y nada más. Una persona obrará de acuerdo con la fe que tenga. "Por sus frutos los conoceréis”. El corazón está donde está el tesoro. Su tesoro está en esta tierra, y sus corazones e intereses también están aquí.

"¿De qué aprovechará si alguno dice que tiene fe, y no tiene obras? ¿Podrá la fe salvarle?”. "La fe sin obras es muerta”. Cuando los que profesan la fe demuestren que su vida está de acuerdo con su fe, entonces veremos que un poder asistirá la presentación de la verdad, un poder que convencerá al pecador y llevará almas a Cristo.

Una fe consecuente es rara entre los ricos. Rara vez se encuentra una fe genuina, sustentada por obras. Pero todos los que posean esta fe serán hombres de influencia. Imitarán a Cristo, poseerán esa desinteresada benevolencia, ese interés en la obra de salvar almas que él tenía. Los seguidores de Cristo debieran valorar las almas como él las valoró. Debieran centrar sus intereses en la obra de su amado Redentor, y debieran trabajar por salvar lo que él ha comprado con su sangre, con tan alto sacrificio. ¿Qué es el dinero, las casas y las tierras en comparación con una sola alma?

Cristo hizo un pleno y completo sacrificio, un sacrificio suficiente para salvar a cada hijo e hija de Adán que muestre arrepentimiento (586) ante Dios por haber transgredido su ley, y manifieste fe en nuestro Señor Jesucristo. Pero, a pesar de que el sacrificio fue amplio, muy pocos llevan una vida de obediencia para alcanzar esta gran salvación. Pocos están dispuestos a imitar sus

admirables privaciones, soportar sus sufrimientos y persecuciones, y compartir su agotador trabajo para traer a otros a la luz. Muy pocos siguen su ejemplo en ferviente y frecuente oración a Dios pidiendo fuerzas para soportar las pruebas de esta vida y cumplir sus deberes diarios. Cristo es el Capitán de nuestra salvación, y por sus propios sufrimientos y sacrificio ha dado ejemplo a todos sus seguidores de que la vigilancia y la oración y el esfuerzo perseverante, son necesarios de parte de ellos, para representar correctamente el amor que moraba en su pecho por la raza humana caída.

Hombres pudientes están muriendo espiritualmente por causa de su negligencia en el uso de los recursos que Dios ha colocado en sus manos para ayudar a salvar a sus semejantes. Algunos despertarán a veces y resolverán hacerse de amigos por medio del injusto mamón, para que finalmente puedan ser recibidos en las moradas eternas. Pero sus esfuerzos no son completos. Comienzan, pero al no emprender la obra de corazón y con completo fervor, fracasan. No son ricos en buenas obras. Mientras se detienen a considerar su amor y su ansia de tesoros terrenales, Satanás les gana la batalla.

Se puede presentar una promisoria oportunidad de invertir en derechos de patente o en alguna otra empresa supuestamente brillante, alrededor de la cual Satanás obra fascinante encanto. La perspectiva de ganar más dinero, rápida y fácilmente, los seduce. Razonan que, aunque habían resuelto colocar ese dinero en la tesorería de Dios, lo usarán en esta ocasión, y lo incrementarán en gran manera, y luego darán una suma mayor a la causa. No ven posibilidad de fracasar. Se van los recursos de sus manos, y pronto descubren, para su pesar, que han cometido un error. Las brillantes perspectivas se han desvanecido. Sus expectativas no se han concretado. Fueron engañados. Satanás los venció. Fue más astuto que ellos, y logró apoderarse de sus bienes, y así privar a la causa de Dios de lo que debiera haberse usado para mantenerla, propagar la verdad y salvar a las almas por las que Cristo (587) murió. Perdieron todo lo que habían invertido, y robaron a Dios lo que debían haberle entregado a él.

Algunos a quienes se les confió un solo talento se excusan porque no tienen un número tan grande de talentos como los que han recibido muchos. Como el mayordomo infiel ocultan ese único talento en la tierra. Temen dar a Dios lo que él les ha confiado. Se ocupan de negocios terrenales, pero invirtieron poco o nada, en la causa de Dios. Esperan que los que tienen muchos talentos carguen con la responsabilidad de la obra, y piensan que ellos no son responsables de su progreso y éxito.

Cuando el Maestro venga a arreglar cuentas con sus siervos, los siervos insensatos admitirán confundidos: "Señor, te conocía que eres hombre duro, que siegas donde no sembraste y recoges donde no esparciste; por lo cual tuve miedo (¿Miedo de qué? De que el señor pidiera una porción del pequeño talento que les había confiado), y fui y escondí tu talento en la tierra; aquí tienes lo que es tuyo". Su señor contestará: "Siervo malo y negligente, sabías que siego donde no sembré, y que recojo donde no esparcí. Por tanto, debías haber dado mi dinero a los banqueros, y al venir yo, hubiera recibido lo que es mío con los intereses. Porque al que tiene, le será dado, y tendrá más; y al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado. Y al siervo inútil echadle en las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes" (Mat. 25:24-30).

Muchos que tienen muy poco en este mundo están representados por el hombre con un talento. Temen confiar en Dios. Temen que les requerirá algo que consideran suyo. Esconden su talento en la tierra, porque temen invertirlo, pues quizá se los llame a devolver los intereses a Dios. En lugar de entregar el talento a los cambistas, como Dios requiere, lo entierran, o esconden donde ni Dios ni el hombre pueden beneficiarse de él. Muchos que profesan amar la verdad están haciendo justamente eso. Están engañando su propia alma, pues Satanás ha enceguecido sus ojos. Al robar a Dios se han robado más a sí mismos. Por causa de la codicia y de un corazón malvado y descreído, se han privado del tesoro celestial. Porque tienen sólo un talento, temen confiarlo a Dios, y así lo esconden en la tierra. Se sienten libres de responsabilidad. Les gusta ver progresar la causa, pero no consideran que se les requiere practicar la abnegación y (588) ayudar a la obra con su propio esfuerzo individual y con sus recursos, aunque no tengan grandes bienes.

Todos debieran hacer algo. El caso de la viuda que entregó sus dos blancas está registrado para el beneficio de los demás. Cristo la alabó por el sacrificio que hizo y llamó la atención de sus discípulos al hecho: "De cierto os digo que esta viuda pobre echó más que todos los que han echado en el arca; porque todos han echado de lo que les sobra; pero ésta de su pobreza echó todo lo que tenía, todo su sustento" (Mar. 12:43-44). Cristo consideró su dádiva de más valor que las grandes ofrendas de los más ricos. Ellos daban de su abundancia. No pasarían la menor privación por causa de sus ofrendas. Pero la viuda se había privado aun de lo imprescindible para la vida con el fin de dar su pequeña ofrenda. No sabía cómo serían provistas sus necesidades futuras. No tenía esposo que la mantuviera. Confiaba en Dios para el mañana. El valor de la dádiva no se estima tanto por la cantidad que se dé, sino según la proporción y el motivo que inspira la dádiva. Cuando Cristo venga, trayendo su recompensa, dará a cada uno según sus obras.

A todos, tanto encumbrados como humildes, ricos y pobres, el Maestro les ha confiado talentos; a algunos más, a otros menos, de acuerdo con sus distintas habilidades. La bendición de Dios recaerá sobre los obreros fervientes, amantes y diligentes. Su inversión será exitosa, conseguirá almas para el reino de Dios y un tesoro inmortal para ellos mismos. Todos son agentes morales, y a todos se les han confiado los bienes del cielo. Los talentos están en proporción con las capacidades de cada uno.

Dios le da a cada hombre su obra, y espera ganancias de acuerdo a los distintos talentos concedidos. No requiere un aumento de diez talentos al hombre a quien ha dado sólo uno. No espera que el hombre pobre dé limosnas como el rico. No espera de los débiles y sufrientes, la actividad y la fuerza que tiene el hombre sano. Dios aceptará, "según lo que uno tiene, no según lo que no tiene", el único talento, usado del mejor modo.

Dios nos llama siervos, lo que implica que somos empleados por él para hacer determinada obra y llevar ciertas responsabilidades. Nos ha prestado un capital para invertir. No es nuestra propiedad, y desagradamos a Dios si acaparamos los (589) bienes de nuestro Señor o los gastamos como nos plazcan. Somos responsables por el uso o el abuso de lo que Dios nos ha prestado. Si este capital que el Señor ha colocado en nuestras manos permanece inactivo, o lo enterramos, aunque sea un solo talento, seremos llamados por el Maestro a rendir cuenta. El requiere, no lo nuestro, sino lo suyo con intereses.

Cada talento que regresa al Maestro será escudriñado. Las obras y los depósitos recibidos por los siervos de Dios no se considerarán como un asunto sin importancia. Se tratará con cada individuo personalmente y se le requerirá cuenta de los talentos que le fueron confiados, sea que los hayamos aumentado o los hayamos usado mal. La recompensa que se concede estará en proporción al aumento de los talentos. El castigo será de acuerdo al mal uso de los talentos.

La pregunta de cada uno debiera ser: ¿Qué tengo que pertenece a mi Señor, y cómo lo usaré para su gloria? "Negociad —dice Cristo—, entre tanto que yo vengo". El Maestro celestial está en viaje de regreso. Nuestra bondadosa oportunidad es ahora. Los talentos están ahora en nuestras manos. ¿Los usaremos para la gloria de Dios, o los malgastaremos? Podemos negociar con ellos hoy, pero mañana nuestro tiempo de gracia puede terminar y nuestra cuenta puede quedar cerrada para siempre.

Si invertimos nuestros talentos en la salvación de nuestros semejantes, Dios será glorificado. El orgullo y la posición se presentan para excusar la extravagancia, la vana ostentación la ambición y el disoluto egoísmo. Los talentos del Señor, entregados al hombre como una preciosa bendición, si se los malgasta, proyectarán sobre él una terrible maldición. Podemos usar las riquezas para hacer progresar la causa de Dios y aliviar las necesidades de las viudas y los huérfanos. Al hacer así, obtenemos ricas bendiciones. No sólo recibiremos expresiones de gratitud de los que se benefician con nuestras mercedes, sino que el Señor mismo, quien ha colocado los bienes en nuestras manos para este preciso propósito, transformará nuestra alma en un jardín regado, cuyas aguas nunca faltan. Cuando llegue el tiempo de la siega, ¿quiénes de nosotros experimentaremos el inefable gozo de ver las gavillas que hayamos reunido, en recompensa de nuestra fidelidad y nuestro generoso uso de los talentos que el (590) Señor ha colocado en nuestras manos para que los usemos para su gloria?

Muchos en Vermont han fracasado decididamente en cumplir con los requisitos de Dios. Algunos han caído en un estado espiritual frío y sin vida, porque son siervos infieles. El amor al mundo ha llenado de tal modo su corazón que han perdido su gusto por las cosas celestiales y se han transformado en enanos espirituales. El estado quedó privado de la correcta clase de labor. Bordoville ha sido el centro de atracción. Todas las reuniones grandes se han efectuado en una localidad, lo que ha sido como poner una luz debajo de un almud; sus rayos no han beneficiado a la gente del estado en general. Muchos que podrían ahora estar regocijándose en el conocimiento de la verdad están todavía en tinieblas. Los talentos y esfuerzos especiales han sido atraídos a una localidad. Esto no es lo que el Señor quiere. Su propósito es que la advertencia, el mensaje probador, sea dado al mundo, y que su pueblo, que es la luz del mundo, se constituya en una esperanza, como testigos en medio de las tinieblas morales de la tierra; para que sus vidas, su testimonio, y su ejemplo puedan tener sabor de vida para vida o de muerte para muerte.

Los hermanos D necesitan ser guardados para que no desbaraten los proyectos de Dios con planes propios. Corren el peligro de restringir la obra de Dios, que es profunda y extensa.

El hermano D estará en peligro de adoptar una visión demasiado restringida de la obra. Dios le ha dado una experiencia que será de valor si la usa correctamente. Pero hay peligro de que su carácter peculiar dé forma a esa experiencia y que otras mentes sean afectadas. La utilidad del hermano D como obrero no es la que, de otro modo podría ser, si no tendiera tanto a concentrar el poder de su mente en una idea. Se espacia en incidentes y en pensamientos que ha tenido, y los repite en detalle, cuando no tienen importancia para otros.

El tema de su salud captó el interés de su mente. Concentró el poder de su mente en este asunto. El y sus síntomas eran el tema principal de su conversación. Seguía detalladamente el curso que se había propuesto, y al buscar su propia comodidad no consideraba la molestia que causaba a los demás. Ha restringido su atención, en gran medida, a su propio caso. Eso ocupaba sus pensamientos (591) y era el tema de su conversación. Al seguir esa conducta estricta y sistemática se ha privado de recibir el beneficio para su salud que podría haber obtenido, si se hubiera olvidado más de sí mismo, y si día tras día hubiese practicado ejercicio físico, hubiera desviado su atención de sí mismo.

Las mismas deficiencias han caracterizado su trabajo en el campo del Evangelio. Al hablar a la gente presenta muchas disculpas y repite muchos preliminares, y la congregación se cansa antes que llegue al tema principal. En lo posible, los ministros debieran evitar las disculpas y los preliminares.

El hermano D es demasiado detallista. Se detiene en minucias. Dedica tiempo a explicar puntos realmente sin importancia que se darían por sentado sin necesidad de pruebas, pues son evidentes. Pero los puntos reales y vitales debieran presentarse con tanta fuerza como el lenguaje y las evidencias lo permitan. Debieran resaltar como prominentes señaladores. Debieran evitar muchas palabras para hablar de pequeños detalles, lo que cansa al oyente antes que se traten los puntos importantes.

El hermano D tiene mucha capacidad de concentración. Cuando su mente toma cierto rumbo, le resulta difícil dirigirla a otro asunto; se detiene tediosamente en un punto. Al conversar corre el riesgo de cansar al oyente. Sus escritos carecen de un estilo libre y sencillo. El hábito de concentrar la mente en una cosa, a exclusión de otras, es una desgracia. El debiera entender esto, y debiera esforzarse por dominar y controlar ese rasgo de la mente, que es demasiado activa. Cuando un órgano mental trabaja demasiado, esa actividad lo fortalece, pero debilita los otros órganos. Si el hermano D desea ser un obrero de éxito en el campo del Evangelio, debiera educar su mente. El gran desarrollo de este órgano perjudica su salud y su utilidad. Hay una falta de armonía en la constitución de su mente, y como consecuencia su cuerpo sufre.

Sería muy positivo para el hermano D cultivar un estilo sencillo y fácil en sus escritos. Debe evitar detenerse a detallar un punto que no es de vital importancia; y aun las verdades más esenciales y manifiestas, las que por sí mismas son claras y llanas, pueden cubrirse con palabras hasta quedar nubladas e imprecisas.

El hermano D puede ser muy correcto en todos los puntos de la (592) verdad presente, y sin embargo no estar completamente capacitado para dar razón de nuestra esperanza al pueblo francés, por escrito. El puede ayudar en esta obra. Pero más de una o dos mentes debieran preparar el tema, para que no lleve el sello peculiar de una persona. La verdad que fue captada y preparada por varias mentes, y que en el tiempo indicado por Dios, fue descubierta eslabón tras eslabón, en una armoniosa cadena por los fervientes investigadores de la verdad, debiera darse al pueblo, y adaptarse para satisfacer las necesidades de muchos. Debiera escribirse con brevedad con el fin de interesar al lector. Los artículos largos y verbosos son perjudiciales para la verdad que el escritor se propone presentar.

El hermano D debiera pensar menos en sí mismo y hablar menos de sí mismo. Debiera mantenerse fuera de vista, y en la conversación, evitar referirse a sí mismo y poner su modo de vida como modelo digno de ser imitado. Debiera fomentar una genuina humildad. Está en peligro de considerar su vida y su experiencia superior a las de los demás.

El hermano D puede ser de valor para la causa de Dios si hay armonía en el carácter de sus esfuerzos. Si puede ver y corregir las imperfecciones de su peculiar carácter, que tienden a perjudicar su utilidad, Dios puede utilizarlo en forma aceptable. Debiera evitar las predicaciones extensas y las largas oraciones. No son de beneficio ni para él ni para los demás. El uso largo y violento de los órganos vocales ha irritado su garganta y sus pulmones, y perjudicando su salud general, más de lo que su preciso conjunto de reglas para comer y descansar lo han beneficiado. La recuperación del excesivo esfuerzo de los órganos vocales puede ser lenta y puede costar la vida del predicador. Un modo de hablar calmo, sin apuro, pero ferviente, ejercerá mejor influencia en la congregación que permitir que los sentimientos se exciten y controlen la voz y los modales. En lo posible el predicador debiera mantener el tono natural de la voz. Es la verdad que se presenta la que afecta el corazón. Si el que habla da realidad a estas verdades, con la ayuda del Espíritu de Dios podrá dar la impresión a sus oyentes de que es sincero, sin esforzar los delicados órganos de la garganta y los pulmones.

El hermano D está profundamente interesado en su vida doméstica; (593) sin embargo hay peligro de que, en su conversación, cultive el hábito de concentrar toda su mente en las cosas que le interesan especialmente a él, pero que no interesan ni benefician a otros. Tienden a mantener un sistema que, en sí mismo es correcto; pero aquí nuevamente se verá que las cosas que son útiles en sí mismas pueden llegar a ser cansadoras y gravosas al detenerse demasiado en ellas, y al intentar cumplirlas en toda circunstancia. Hay peligro de descuidar los asuntos de mayor peso.

Los hermanos D debieran evitar ser tediosos en su trabajo. En general su influencia ha sido buena. El hermano D, por naturaleza es un buen administrador de las cosas temporales. Su instrucción y ejemplo en esto han ayudado a los que fueron suficientemente humildes para recibir consejo. Pero los celos, la desconfianza, la rebeldía, las quejas y la murmuración que existen en la iglesia han sido desalentadores. Estos hermanos debieran cuidarse de no ser demasiado exigentes.

Con el fin de perfeccionar el carácter cristiano, no debiéramos cultivar sólo una vida de silencioso éxtasis en oración, ni una vida de completo celo exterior y activa agitación, con descuido de la piedad personal. Pero el tiempo presente demanda que esperemos la venida del Señor y trabajemos vigilantemente por la salvación de nuestros semejantes. "En lo que requiere diligencia, no perezosos; fervientes en espíritu, sirviendo al Señor" (Rom. 12:11). Dios no aceptará los servicios más exaltados a menos que primero estén consagrados por una entrega del alma a él y a su amor. Con cierta clase de gente hay el peligro de alejar sistemáticamente al Espíritu de Dios y la vitalidad de la religión de Cristo, y preservar una estricta rutina de tediosas obligaciones y ceremonias.

Vivimos en medio de una generación malvada y perversa, y nuestros planes buenos y exactos, no siempre pueden llevarse a cabo para beneficio de todos. Si nos mantenemos en nuestra dignidad, no lograremos ayudar a los que necesitan más ayuda. Los siervos de Cristo debieran adaptarse a las distintas situaciones de la gente. No pueden poner en práctica reglas exactas si han de atender los casos de todos. El trabajo tendrá que ser variado para ir al encuentro de la gente donde estén. "A otros salvad,

arrebatándolos del fuego; y de otros tened misericordia con temor, (594) aborreciendo aun la ropa contaminada por su carne" (Judas 23).

El apóstol aconseja a los hermanos Corintios: "Si, pues, coméis o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios. No seáis tropiezo ni a judíos, ni a gentiles, ni a la iglesia de Dios; Como también yo en todas las cosas agrado a todos, no procurando mi propio beneficio, sino el de muchos, para que sean salvos" (1 Cor. 10:31-33). "Por lo cual, siendo libre de todos, me he hecho siervo de todos para ganar a mayor número" (1 Cor. 9:19). "Me he hecho débil a los débiles, para ganar a los débiles; a todos me he hecho de todo, para que de todos modos salve a algunos" (ver. 22). "Así que los que somos fuertes debemos soportar las flaquezas de los débiles, y no agradarnos a nosotros mismos. Cada uno de nosotros agrade a su prójimo en lo que es bueno, para edificación. Porque ni aun Cristo se agradó a sí mismo; antes bien, como está escrito: los vituperios de los que te vituperaban, cayeron sobre mí" (Rom. 15:1-3).

El hermano y la hermana L, de Canadá, han estado gradualmente perdiendo su retención de Dios y su amor por las cosas celestiales y divinas, a medida que han estado acaparando más firmemente tesoros mundanales. Han estado relajando sus lazos con el cielo y los han aumentado firmemente a este mundo. Hace pocos años les complacía interesarse en el avance de la verdad y de la obra de Dios. Más recientemente su amor por las ganancias ha aumentado, y no han sentido interés en hacer su parte para salvar a sus semejantes. La negación propia y la benevolencia por amor a Cristo no han caracterizado su vida. Han hecho muy poco por la causa de Dios. ¿Qué han estado haciendo con sus talentos? Los han estado enterrando, invirtiendo en tierras. No los han entregado a los cambistas, para que cuando el Maestro venga, él pueda recibir lo propio con interés.

Tienen que trabajar para poner su corazón y su casa en orden, "Haceos tesoros en el cielo". Han centrado su corazón en las cosas de esta vida, y los intereses eternos han quedado en segundo lugar. Debieran trabajar con fervor para quitar de su corazón el amor al mundo y colocar sus afectos en las cosas de arriba, no en las cosas terrenales. Si los siervos de Dios tuvieran en mente que su obra es hacer todo lo que pueden con su influencia y sus recursos, por salvar a las almas por las que Cristo murió, harían (595) más esfuerzos desprendidos, y los incrédulos se conmoverían, se convencerían de que hay una realidad en la verdad así presentada y así sustentada por el ejemplo.

El hermano y la hermana L debieran confiar en la obra para estos últimos días y debieran estar perfeccionando un carácter cristiano, para que puedan recibir la recompensa eterna cuando Jesús venga. El hermano L está perdiendo vigor físico y mental. Se está volviendo incapaz de llevar mucha responsabilidad. Debiera buscar el consejo de los hermanos discretos y fieles.

El hermano L es un mayordomo de Dios. Se le han confiado bienes y debiera ser consciente de su deber de entregar a Dios las cosas que son de Dios. Debiera comprender los derechos que Dios tiene sobre él. Mientras viva, y esté en su sano juicio, debiera aprovechar la oportunidad de apropiarse de los recursos que Dios le ha confiado, en lugar de dejar que otros los usen y se apropien de ellos después del fin de su vida.

Satanás está siempre listo para aprovechar las debilidades y flaquezas de los hombres para cumplir sus propósitos. Es un adversario artero, y ha vencido a muchos cuyos propósitos eran buenos y deseaban beneficiar la causa de Dios con sus bienes. Algunos han descuidado la obra que Dios les ha encomendado en destinar sus bienes. Y mientras que son negligentes en dedicar a la causa de Dios los bienes que él les ha prestado, Satanás se introduce y utiliza esos recursos para su propia causa.

El hermano L debiera ser más cauteloso. Hombres que no son de nuestra fe obtienen recursos de él con varios pretextos. El confía en ellos, creyendo que son honestos. Le será imposible recuperar todos los bienes que ha permitido que se le escapen de sus manos y penetren en las filas del enemigo. Podría invertir de un modo seguro sus recursos ayudando a la causa de Dios y hacerse así tesoros en el cielo. Con frecuencia no puede ayudar cuando quisiera porque es lisiado y no puede disponer de los bienes para hacerlo. Cuando el Señor requiere sus recursos, éstos a menudo están en manos de las personas a

quienes los ha prestado, algunos de los cuales no tienen intención de pagarle jamás, y otros no sienten apuro por pagarle. Satanás cumplirá su propósito tan cabalmente por medio de acreedores deshonestos como de cualquier otro modo. Todo lo que el adversario de la verdad (596) está tratando es impedir el progreso del reino de nuestro Redentor. Obra por medio de agentes para llevar a cabo sus propósitos. Si puede evitar que entren recursos en la tesorería de Dios, ha logrado éxito en una rama de su obra. Los bienes que debieran haber sido usados para ayudar en el gran plan de salvar almas los ha retenido en sus filas para apoyar su obra.

El hermano L debiera llevar sus negocios correctamente y no dejarlos sueltos. Es su privilegio ser rico en buenas obras, y colocar un buen fundamento para el futuro, para poder afirmarse en la vida eterna. No es seguro que él siga su débil juicio. Debiera consultar con hermanos experimentados, y buscar la sabiduría de Dios, para poder completar su trabajo bien. Debiera ahora estar ardorosamente proveyéndose de "bolsas que no se envejezcan, tesoro en los cielos que no se agote" (Luc. 12:33).

El hermano M ha cometido un error en su vida doméstica. No ha expresado en palabras el afecto que debía expresar por su esposa. No ha cultivado la verdadera cortesía y la amabilidad cristiana. No ha sido siempre tan bondadoso y considerado con sus deseos y su comodidad como era su deber. El no haberse ella unido con él en la fe ha traído mucha infelicidad a los dos. El hermano M no ha respetado como debiera el criterio y el consejo de su esposa. En muchos aspectos el criterio y el discernimiento de ella son mejores que los de él. Si la consultara, con su percepción más clara y más agudo discernimiento, ella podría ayudarlo especialmente en sus negocios, en su trato con sus vecinos. El no debiera apoyarse en su dignidad, pensando que entiende todo. Si él se aconsejara con su esposa, y con sus bondadosas acciones le demostrara aprecio y el deseo de agradarla, estaría nada más que cumpliendo su deber. Si su consejo está en conflicto con su deber hacia Dios y sus demandas, entonces puede divergir con ella, y del modo más calmo posible dar como razón que no puede sacrificar su fe o sus principios. El hermano M se beneficiaría en sus asuntos temporales si consultara el criterio y el consejo de su esposa.

Mientras que sea tosco, rudo y no complaciente, no puede influir para ganar a su esposa a la verdad. Debiera reformarse. Necesita llegar a ser suave, tierno, gentil y amante. Debiera permitir que el sol de la alegría y una feliz satisfacción entren en su (597) corazón, y luego resplandezcan en su familia. Ha traído a su familia a personas cuya influencia resultaría una maldición para su esposa más bien que una bendición. Al hacer esto, le trajo cargas que podrían haber sido evitadas. El debiera consultarla, y considerar sus deseos en lo posible, sin comprometer su fe.

El hermano M ha elegido seguir su propio camino, y ha tenido una voluntad firme, con rasgos de obstinación. Con frecuencia ha sido obcecado. No debiera ser así. Profesa creer una verdad que tiene una influencia santificadora, suavizante y refinadora. Su esposa no tiene esta fe. El debiera mostrar que la verdad ejerce poder sobre su naturaleza perversa, que lo hace paciente, bondadoso, tolerante, tierno, cariñoso, perdonador. El mejor modo en que el hermano M puede ser un misionero vivo en su familia es ejemplificando en su vida la vida de nuestro amado Redentor.

La Transferencia de Tesoros Terrenales.-

Estimado Hno. N: Me he sentido muy preocupada por su caso desde que lo conocimos en el congreso de Tipton. Apenas pude contenerme de dirigirme a usted personalmente cuando estaba hablando a la congregación sobre las palabras de Cristo: “No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan; sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan. Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón" (Mat. 6:19-21).

Recordé que su rostro me había sido mostrado en visión hace algún tiempo. Usted pensaba que tenía el deber de predicar la Palabra a otros; pero su ejemplo, su vida actual, estorbaría más la aceptación de la verdad, de lo que podría hacer su predicación para convertir a la gente. Usted profesa creer un mensaje

muy solemne y probatorio; sin embargo, su fe no ha sido sustentada por sus obras. Tiene la teoría de la verdad, pero no ha sido convertido por ella. La verdad no se ha posesionado de su corazón ni ha sido practicada en su vida diaria. (598)

Usted necesita convertirse, transformarse por la renovación de su mente. Cuando la verdad se posesione de su corazón, obrará una reforma en su vida. El mundo incrédulo entonces se convencerá de que hay un poder en la verdad que ha efectuado un cambio tan grande en un hombre amante del mundo como era usted. Usted ama este mundo. Sus tesoros están aquí, y su corazón está en sus tesoros. Y a menos que el poder de la verdad separe sus afectos de su dios, el cual es este mundo, perecerá con sus tesoros.

Usted tiene muy poco sentido del carácter exaltado de la obra para estos últimos días. No ha hecho sacrificios por la verdad. Tiene un espíritu mezquino y tacaño, y ha cerrado los ojos a las necesidades de los angustiados y menesterosos. No ha sentido compasión por aliviar las necesidades de los oprimidos, tampoco ha estado dispuesto a ayudar a la causa de Dios con sus bienes o a proveer para las necesidades de los que sufren. Su corazón está en sus tesoros terrenales. A menos que se sobreponga a su amor por las cosas del mundo, no tendrá lugar en el reino de los cielos.

El joven rico preguntó a Jesús qué debía hacer para heredar la vida eterna. Jesús le señaló los Diez Mandamientos de su Padre, diciéndole que la obediencia a ellos era necesaria para su salvación. Cristo le dijo que él conocía los mandamientos, y que si los obedecía, tendría vida. Nótese su respuesta: “Maestro, todo esto lo he guardado desde mi juventud". A este joven engañado Jesús lo mira con piedad y amor. Está a punto de revelarle que falla en no guardar de corazón los mandamientos que confiadamente aseveró que estaba obedeciendo. Jesús le dice: "Una cosa te falta: anda, vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven, sígueme, tomando tu cruz" (Mar. 10:21).

Jesús llama la atención de este joven directamente al defecto de su carácter. El cita su propia vida de abnegación, en la que aceptó llevar su cruz. Había dejado todo por la salvación del hombre, instó al joven a imitar su ejemplo, y le aseguró que debiera tener un tesoro en el cielo. ¿Saltó de gozo el corazón del joven ante la seguridad de que de cierto tendría un tesoro en el cielo? ¡Oh, no! Sus tesoros terrenales eran su ídolo, eclipsaban el valor de la herencia eterna. Se vuelve de la cruz, de la vida de sacrificio del (599) Redentor, hacia este mundo. Siente un persistente deseo por la herencia celestial, no obstante se muestra reacio a aceptar la perspectiva. Fue una lucha decidir qué elegir, pero finalmente decidió continuar con su amor por sus tesoros terrenales.

Este joven tenía grandes posesiones, y su corazón estaba fijo en ellas. No podía consentir en transferir sus tesoros al cielo apartando sus afectos de ellos y haciendo bien con ellos —bendiciendo a la viuda y al huérfano, y ser así rico en buenas obras. El amor de este joven por sus tesoros terrenales era más fuerte que su amor por sus semejantes y por la herencia inmortal. Hizo su elección. El incentivo presentado por Cristo, de asegurarse un tesoro en el cielo, fue rechazado, por cuanto no podía consentir en cumplir con las condiciones. El poder de su amor por sus riquezas terrenales triunfó, y el cielo, con toda su atractiva gloria, fue sacrificado por los tesoros del mundo. El joven estaba muy triste, por cuanto quería los dos mundos; y sacrificó el celestial por el terrenal.

Muy pocos se dan cuenta del poder de su amor por las riquezas hasta que se ven obligados a pasar por la prueba. Muchos que profesan ser seguidores de Cristo, muestran entonces que no están preparados para el cielo. Sus obras testifican que aman las riquezas más que a sus semejantes o a su Dios. Igual que el joven rico, preguntan por el camino a la vida, y cuando se les señala el camino, y consideran el costo, y se convencen de que deben sacrificar sus riquezas terrenales y llegar a ser ricos en buenas obras, deciden que el cielo cuesta demasiado. Cuanto más grandes son los tesoros acumulados en la tierra, más difícil es para el que los posee darse cuenta de que no son suyos, sino que le son prestados para usarlos para la gloria de Dios.

Jesús aquí aprovecha la oportunidad para dar a sus discípulos una impresionante lección: "Entonces Jesús, mirando alrededor, dijo a sus discípulos: ¡Cuán difícilmente entrarán en el reino de Dios los que tienen riquezas!" "Más fácil es pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios" (Mar. 10:23,25).

Aquí se ve el poder de las riquezas. La fuerza del amor a las riquezas en la mente humana es casi paralizadora. Muchos se emboban por las riquezas, y actúan como si no estuvieran en su (600) sano juicio. Cuanto más tienen de las riquezas de este mundo, más desean. Sus temores de verse en necesidad aumentan con sus riquezas. Están siempre dispuestos a acopiar bienes para el futuro. Son mezquinos y egoístas, y temen que Dios no haga provisión para sus necesidades futuras. Tales personas son ciertamente pobres con Dios. A medida que se han acumulado sus riquezas, han puesto su confianza en ellas y no han tenido fe en Dios ni en sus promesas.

El hombre pobre que tiene fe y confianza en Dios, que confía en el amor y el cuidado del Señor, que abunda en buenas obras, y que con buen criterio usa lo poco que tiene para bendecir a los demás con sus recursos, es rico en Dios. Considera que su prójimo tiene derechos que él no puede descuidar sin dejar de obedecer el mandamiento de Dios: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo". Los pobres que son ricos en Dios consideran la salvación de sus semejantes de mayor importancia que todo el oro y la plata que el mundo contiene.

Cristo señala el modo por el cual los que tienen riquezas terrenales y no son ricos en Dios pueden conseguir las verdaderas riquezas. Dice: Vende lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo. El remedio que Jesús propone a los ricos es transferir sus afectos de las riquezas terrenales a la herencia eterna. Al invertir sus recursos en la causa de Dios para ayudar en la salvación de las almas, y al bendecir a los necesitados con sus bienes, llegan a ser ricos en buenas obras y están "atesorando para sí buen fundamento para lo por venir, que echen mano de la vida eterna" (1 Tim. 6:19). Esta será una inversión segura. Pero muchos muestran por sus obras que no se atreven a confiar en el banco del cielo. Prefieren invertir sus recursos en la tierra más bien que enviarlos para que los precedan al cielo, para que sus corazones puedan estar en sus tesoros celestiales.

Hermano mío, usted tiene una obra ante sí, esforzarse por vencer la codicia y el amor a las riquezas mundanales, y especialmente la confianza en sí mismo debido al éxito aparente que ha tenido en conseguir las cosas de este mundo. Los pobres hombres ricos, que profesan servir a Dios, son dignos de piedad. Mientras profesan conocer a Dios, por sus obras lo niegan. ¡Cuán grande es la oscuridad de tales personas! Profesan creer en la verdad, (601) pero sus obras no están de acuerdo con su profesión. El amor a las riquezas los hace egoístas, exigentes y altaneros. La riqueza es poder, con frecuencia el amor a ellas deprava y paraliza todo lo noble y toda semejanza a Dios que hay en el hombre.

Las riquezas acarrean grandes responsabilidades. Obtener riquezas por medios injustos, estafando en las transacciones comerciales, oprimiendo a la viuda y al huérfano o acaparando riquezas y distendiendo las necesidades de los indigentes, eventualmente traerá la justa retribución descrita por el inspirado apóstol: "¡Velad ahora, ricos! Llorad y aullad por las miserias que os vendrán. Vuestras riquezas están podridas, y vuestras ropas comidas de polilla. Vuestro oro y plata están enmohecidos; y su moho testificará contra vosotros, y devorará del todo vuestras carnes como fuego. Habéis acumulado tesoros para los días postreros. He aquí, clama el jornal de los obreros que han cosechado vuestras tierras, el cual por engaño no les ha sido pagado por vosotros; y los clamores de los que habían segado han entrado en los oídos del Señor de los ejércitos" (Sant. 5:14).

Los más humildes y los más pobres de los fieles discípulos de Cristo, ricos en buenas obras, son más benditos y más preciosos a la vista de Dios que los hombres que se jactan de sus grandes riquezas. Son más honorables en las cortes celestiales que los reyes y nobles más exaltados que no son ricos en Dios.

El apóstol Pablo exhortó a Timoteo para que instara a los ricos: "A los ricos de este siglo manda que no sean altivos, ni pongan la esperanza en las riquezas, las cuales son inciertas, sino en el Dios vivo, que nos da todas las cosas en abundancia para que las disfrutemos. Que hagan bien, que sean ricos en

buenas obras, dadivosos, generosos; atesorando para sí buen fundamento para lo por venir, que echen mano de la vida eterna" (1 Tim. 6:17-19). La amonestación es aplicable a usted, hermano N, y a muchos que profesan creer en la verdad para estos últimos días.

Los que acumulan riquezas o invierten mucho en tierras, mientras que privan a sus familias de las comodidades de la vida, actúan como hombres insensatos. No permiten que sus familias gocen de las cosas que Dios les ha dado abundantemente. Sin embargo tienen grandes posesiones, sus familias se ven frecuentemente obligadas a trabajar mucho más de lo que les permiten (602) sus fuerzas para ahorrar aun más recursos y acopiarlos. El cerebro, los huesos y los músculos están sobrecargados al extremo para acumular, y la religión y los deberes cristianos se descuidan. Trabajo, trabajo, trabajo, es todo lo que ansían desde la mañana hasta la noche.

Muchos no manifiestan un ferviente deseo de comprender la voluntad de Dios y entender sus demandas. Algunos de los que tratan de enseñar la verdad a otros, ellos mismos no obedecen la Palabra de Dios. Cuanto más maestros de este tipo tenga la causa de Dios, tanto menos próspera será.

Muchos a quienes Dios ha confiado riquezas no consideran que están obrando en contra de sus propios intereses eternos al retener egoístamente sus recursos. El apóstol les muestra que al llegar a ser ricos en buenas obras están obrando en su favor. Están haciendo provisión para ellos mismos, acumulando en el cielo un perdurable tesoro, para poder apropiarse de la vida eterna. Al distribuir sus recursos según las necesidades de la causa, y ayudar a los necesitados, están fielmente haciendo la obra que Dios les ha asignado; y el registro de sus abnegados, generosos y amantes actos se escribirá en el libro del cielo. Todo acto de justicia será inmortalizado, aunque el que lo hizo pueda pensar que no ha hecho nada digno de notarse. Si el comportamiento diario de los que profesan la verdad fuera un ejemplo vivo de la vida de Cristo, emitirían una luz que guiaría a otros al Redentor. Sólo en el cielo serán completamente apreciados los benditos resultados, en la salvación de otros, de una vida consecuente, armoniosa y santa.

Hermano mío, usted tiene mucho que hacer en su familia para mostrarles que la verdad ha hecho una buena obra en usted y que ha tenido una influencia suavizante, refinadora, elevadora en su vida y en su carácter. Usted profesa creer que vivimos en los últimos días y que estamos dando el mensaje probatorio y de advertencia al mundo; ¿muestra usted esto por sus obras? Dios lo está probando, y él revelará los verdaderos sentimientos de su corazón.

El Señor le ha confiado talentos en recursos para usarlos en el progreso de su causa, para bendecir a los necesitados, y para aliviar al desamparado. Usted puede hacer mucho más bien con (603) sus recursos que lo que puede hacer predicando mientras que retiene sus bienes. ¿Ha entregado sus talentos en bienes a los cambistas, para que cuando el Maestro venga y diga, "Da cuenta de tu mayordomía", pueda, sin turbarse, presentarle los talentos duplicados, tanto el capital como el interés, porque no los ha acumulado, no los ha enterrado egoístamente en la tierra, sino que los ha utilizado? Revise la historia de su vida pasada. ¿A cuántos ha bendecido con sus recursos? ¿Cuántos corazones se han sentido agradecidos por sus actos liberales? Por favor lea el capítulo 58 de Isaías. ¿Ha desatado las ligaduras de impiedad? ¿Ha intentado soltar las cargas de opresión, ha dejado libres a los quebrantados, y ha roto todo yugo? ¿Ha cubierto al desnudo?

Si usted ha sido rico en estas buenas obras, puede reclamar las promesas dadas en este capítulo: "Entonces nacerá tu luz como el alba, y tu salvación se dejará ver pronto; e irá tu justicia delate de ti, y la gloria de Jehová será tu retaguardia. Entonces invocarás y te oirá Jehová; clamarás y dirá él: Heme aquí". "Y si dieres tu pan al hambriento, y saciares el alma afligida, en las tinieblas nacerá tu luz, y tu oscuridad será como el mediodía. Jehová te pastoreará siempre, y en las sequías saciará tu alma, y dará vigor a tus huesos; y serás como huerto de riego, y como manantial de aguas, cuyas aguas nunca faltan". Pero ahora usted no tiene derecho a estas bendiciones prometidas. No se ha ocupado en hacer esta obra. Mire hacia atrás en su pasado y considere cuán pobre es en actos buenos, nobles y generosos. Usted ha hablado de la verdad, pero no la ha vivido. Su vida no ha sido elevada y santificada, sino que

ha estado caracterizada por el egoísmo y la avaricia. Usted se ha servido a sí mismo fielmente. Es tiempo de que cambie de proceder y trabaje con diligencia para asegurarse el tesoro celestial.
Usted ha perdido mucho que nunca podrá recuperar. No aprovechó las oportunidades para hacer el bien, y su infidelidad ha sido registrada en los libros del cielo. La vida de Cristo fue caracterizada por la abnegación, el renunciamiento y la benevolencia desinteresada. Usted no tiene una visión correcta de la preparación necesaria para el reino de Dios. Sus ideas son demasiado mezquinas. Hablar es barato, no cuesta mucho. Las obras, los frutos determinan el carácter del árbol. ¿Qué frutos ha dado (604) usted? El apóstol Santiago exhorta a sus hermanos: "Hermanos míos, ¿de qué aprovechará si alguno dice que tiene fe, y no tiene obras? ¿Podrá la fe salvarle? Y si un hermano o hermana están desnudos, y tienen necesidad del mantenimiento de cada día, y alguno de vosotros les dice: Id en paz, calentaos y saciaos, pero no les dais las cosas que son necesarias para el cuerpo, ¿de qué aprovecha?" (Sant. 2:14-16). Sus buenos deseos, hermano mío, no satisfarán las necesidades. Las obras deben testificar de la sinceridad de su simpatía y amor. ¿Cuántas veces ha cumplido usted el ejemplo anterior al pie de la letra?
Usted tiene muy buen concepto de sí mismo, sin embargo tiene una obra que hacer que ningún otro hombre puede hacer por usted. Debe cambiar su carácter, debe haber una transformación de su ser entero. Usted ama la verdad en palabra, pero no en obra. Ama al Señor un poco, pero ama más a sus riquezas. ¿Le diría el Maestro, si lo encontrara como se haya usted ahora: "Bien, buen siervo y fiel;... entra en el gozo de tu Señor?" ¿A qué gozo se refiere aquí? "El cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios" (Heb. 112). El gozo puesto delante de Jesús fue el de ver almas redimidas por el sacrificio de su gloria, su honor, sus riquezas y su propia vida. La salvación del hombre era su gozo. Cuando todos los redimidos estén reunidos en el reino de Dios, él verá el fruto de la aflicción de su alma, y quedará satisfecho.
Los que son colaboradores de Cristo participantes con él en su abnegación y su sacrificio, pueden ser un instrumento para traer almas a Cristo, y pueden verlas salvas, eternamente salvas, para alabar a Dios y al Cordero que las ha redimido.
Pleasanton, Kansas, 15 de Octubre de 1870. (605)

No Habrá Tiempo de Gracia Después que Venga Cristo.-
Hermano O: Al escribir acerca de los peligros de otros, su caso me preocupa. Por varios meses he estado buscando una oportunidad de escribirle a usted y a otros; pero el trabajo constante me ha impedido escribir todos los testimonios que me han sido dados para casos individuales.
Con frecuencia su caso me ha preocupado, pero no me he sentido libre de escribirle. He escrito muchos testimonios que me han sido dados para otros, algunos de los cuales, en muchos aspectos, se aplicarían a usted. El objeto de publicar los testimonios es que aquellos que no están señalados personalmente, pero que están tanto en el error como los que fueron reprendidos, puedan ser advertidos por medio de las reprensiones dirigidas a otros. Pensé que no era mi deber dirigirme a usted personalmente. Sin embargo, al escribir testimonios individuales a los que están en peligro de descuidar su deber hacia la causa de Dios, y así causar un daño, una pérdida a su propia alma, no me siento libre de dejar su caso sin escribirle.
La última visión que recibí fue hace más de dos años. Entonces se me indicó enunciar principios generales, al hablar y al escribir, y al mismo tiempo especificar los peligros, errores y pecados de algunos individuos, para que todos pudieran ser advertidos, reprobados y aconsejados. Vi que todos debieran escudriñar su propio corazón y su vida de cerca para ver si ellos no han cometido los mismos errores por los cuales otros fueron corregidos, y si las amonestaciones dadas a otros, no se aplicaban a su propio caso. Si así fuera, debieran considerar que el consejo y las reprensiones fueron dadas

especialmente para ellos, y debieran aplicarlas de un modo tan práctico como si fueran dirigidas especialmente a ellos mismos.

Los que tienen un amor natural por el mundo y han sido (606) remisos en cumplir su deber, pueden ver sus propias faltas especificadas en los casos de otros que han sido reprendidos. Dios tiene el propósito de probar la fe de todos los que sostienen ser seguidores de Cristo. El probará la sinceridad de las oraciones de todos los que aducen que seriamente desean conocer su deber. El les aclarará su deber. Dará a todos amplia oportunidad de revelar lo que está en su corazón. El conflicto será muy íntimo entre el yo y la gracia de Dios. El yo luchará por lograr el dominio, y se opondrá a la obra de poner la vida y los pensamientos, la voluntad y los afectos, en sujeción a la voluntad de Cristo. La negación de uno mismo y la cruz están a lo largo de todo el camino a la vida eterna; por eso, "pocos son los que la hallan".

Dios está probando el carácter de todos. Está probando su amor por su causa y por la propagación de la verdad que profesan que es de inestimable amor. El que escudriña los corazones está juzgando, por los frutos que llevan, quiénes son realmente seguidores de Cristo; quiénes, como su divino Modelo, renunciarán a los honores y tesoros del mundo, y consentirán en llegar a ser de ninguna reputación, prefiriendo el favor de Dios y la cruz de Cristo, para que al fin puedan asegurarse las verdaderas riquezas, el tesoro guardado en el cielo, la recompensa, la gloria eterna.

Los que no desean realmente conocerse, dejarán que las reprensiones y advertencias pasen a otros, y no discernirán que se refieren a sus propios casos, y que señalan sus errores y peligros. Motivos terrenales y egoístas enceguecen la mente y actúan sobre el alma, de modo que no puede renovarse según la imagen divina. Los que por medio de su propia naturaleza perversa no resisten la voluntad de Dios, no serán dejados en tinieblas, sino que serán renovados en conocimiento y verdadera santidad, y hasta se gloriarán en la cruz de Cristo.

Se me ha mostrado que, en el tiempo oportuno, Dios me impondría la carga de decirle a algunos individuos, como Natán le dijo a David: “Tú eres el hombre”. Muchos aparentemente creen en los testimonios dados a otros, y como David, expresan su juicio acerca de ellos, cuando debieran escudriñar de cerca su propio corazón, analizar su propia vida, y hacer una aplicación práctica de las minuciosas reprensiones y advertencias dadas a otros. (607)

Hermano O, se me ha mostrado que sus afectos están más en sus tesoros terrenales de lo que usted se da cuenta. Está confundido en su percepción del deber. Y cuando el Espíritu de Dios opera en su mente y lo lleva a hacer lo que está de acuerdo con la voluntad y los requerimientos de Dios, otras influencias que no están en armonía con la obra de Dios para este tiempo le impiden obedecer los llamados de la voluntad divina. El resultado es que su fe no es perfeccionada por las obras. Debiera apartar sus afectos de sus tesoros terrenales. A veces, cuando en contra de sus deseos y cálculos, sus recursos pasaban a las filas del enemigo, y así se perdían para la causa de Dios, usted parecía muy perplejo y preocupado. Talentos en riquezas le han sido confiados por el Maestro para que los acreciente para su gloria. Usted es su mayordomo y debiera ser muy cauteloso para no descuidar su deber. Por naturaleza es un hombre que ama al mundo, e inclinado a reclamar como suyos los talentos de las riquezas confiadas a su cuidado. Pero, con el tiempo, escuchará: “Da cuenta de tu mayordomía”.

Los hijos de Dios son sabios cuando confían sólo en la sabiduría que viene de arriba, y cuando no tienen otra fuerza sino la que viene de Dios. Necesitamos separarnos de la amistad y el espíritu del mundo, si deseamos estar unidos al Señor y permanecer en él. Nuestra fortaleza y nuestra prosperidad consisten en que estemos conectados con el Señor, elegidos y aceptados por él. No puede haber unión entre la luz y las tinieblas. Dios se propone que los suyos sean un pueblo peculiar, apartados del mundo, y sean ejemplos vivos de santidad, para que el mundo pueda ser iluminado y convicto, o condenado, según como traten la luz recibida. La verdad que se ha presentado al entendimiento, la luz que ha brillado en el alma, juzgará y condenará si se la descuida y se la abandona.

En esta era degenerada se prefieren el error y las tinieblas más bien que la luz y la verdad. Las obras de muchos profesos seguidores de Cristo, no soportarán la prueba cuando sean examinados por la luz que ahora brilla sobre ellos. Por esta razón, muchos no vienen a la luz, por miedo de que se manifieste que sus obras no han sido efectuadas en Dios. La luz descubre, manifiesta el mal escondido detrás de las tinieblas. Los hombres del (608) mundo y los siervos de Cristo pueden ser semejantes en su apariencia externa, pero son siervos de dos amos cuyos intereses están en clara oposición. El mundo no entiende ni discierne la diferencia; pero hay una inmensa distancia, una vasta separación, entre ellos.

Dice Cristo: "No sois del mundo, antes yo os elegí del mundo". Los verdaderos seguidores de Cristo no pueden gozar la amistad del mundo y al mismo tiempo tener su vida escondida en Cristo. Los afectos deben ser apartados de los tesoros de la tierra y transferidos al tesoro celestial. ¡Qué difícil fue para el joven que tenía grandes posesiones apartar sus afectos de su tesoro terrenal, aun con la promesa de la vida eterna ante él como recompensa!

Cuando todo lo que tenemos y somos no está consagrado a Dios, los intereses egoístas cierran nuestros ojos a la importancia de la obra, y retenemos los recursos que Dios reclama. Pero el que nos ha prestado estos recursos para el progreso de su causa, con frecuencia retrae su mano prosperadora, y de algún modo esparce los recursos que así retenemos, y se perderán para el que los posee y para la causa de Dios. No se guardaron en este mundo ni en el mundo por venir. Se roba a Dios y Satanás triunfa. El Señor quiere que usted escudriñe íntimamente su propio corazón, hermano O, y quite de él el amor al mundo. Muera a sí mismo, y viva para Dios. Entonces usted se contará entre los que son la luz del mundo.

Se me mostró que usted acariciaba opiniones erróneas acerca del futuro, ideas que se asemejan a los sentimientos perniciosos de la "era por venir". Usted a veces comenta estas ideas a otros. Pero no están en armonía con el cuerpo de la doctrina. Usted no aplica bien la Escritura. Cuando Jesús se levante en el lugar santísimo y ponga a un lado sus vestiduras de Mediador y se revista con las vestiduras de venganza en lugar del atavío sacerdotal, habrá terminado la obra en favor de los pecadores. Habrá llegado entonces el momento en que se dará la orden: "El que es injusto, sea injusto todavía: ... y el que es justo, sea todavía justificado: y el santo sea santificado todavía. Y he aquí, yo vengo presto, y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según fuere su obra" (Apoc. 22:11-12). (609)

Dios ha dado su Palabra para que todos la investiguen, a fin de que puedan conocer el camino de la vida. Nadie necesita errar, si tan sólo quiere someterse a las condiciones impuestas en la Palabra de Dios para la salvación. A todos se les concede el tiempo de gracia, a fin de que todos puedan formar su carácter para la vida eterna. Se da a todos oportunidad de decidirse por la vida o por la muerte. Los hombres serán juzgados de acuerdo con la medida de luz que les haya sido dada. Ninguno tendrá que dar cuenta de sus tinieblas y sus errores, si no le ha sido comunicada la luz. No pecó al no poseer lo que no le fue dado. Todos serán probados antes que Cristo abandone su puesto del lugar santísimo. El tiempo de gracia de todos termina cuando él deja de interceder por los pecadores, y se reviste de las vestiduras de venganza.

Muchos opinan que será concedido un tiempo de gracia después que Jesús acabe su obra de Mediador en el departamento santísimo. Este es un sofisma de Satanás. Dios prueba al mundo por la luz que se complace en darle antes de la venida de Cristo. Entonces se habrá formado el carácter para la vida o la muerte. Pero el tiempo de gracia de aquellos que prefieran vivir una vida de pecado, y descuidar la gran salvación ofrecida, se cierra cuando cesa el ministerio de Cristo, precisamente antes de su aparición en las nubes de los cielos.

Las personas que aman al mundo, cuyos ánimos son carnales y enemigos de Dios, se harán la ilusión de que se les otorgará un tiempo de gracia después que Cristo aparezca en las nubes de los cielos. El corazón carnal, que es tan adverso a someterse y obedecer, se verá seducido por esta opinión placentera. Muchos permanecerán en seguridad carnal, y continuarán en rebelión contra Dios lisonjeándose con la idea de que habrá entonces un momento para arrepentirse del pecado, y que

tendrán oportunidad de aceptar la verdad que es ahora impopular, y que tanto contraría sus inclinaciones y deseos naturales. Creen que aprovecharán la oportunidad de salvarse cuando no tengan nada que aventurar ni que perder al obedecer a Cristo y la verdad.

Hay en las Escrituras algunas cosas que son difíciles de comprender y que, según el lenguaje de Pedro, los ignorantes e inestables tuercen para su propia perdición. Tal vez no podamos en esta vida explicar el significado de todo pasaje de la Escritura; (610) pero no hay puntos de verdad práctica que hayan de quedar envueltos en el misterio. Cuando llegue el momento en que, según la providencia de Dios, el mundo deba ser probado respecto de la verdad para este tiempo, su Espíritu inducirá a las mentes a escudriñar las Escrituras, aun con ayuno y oración, hasta que descubran eslabón tras eslabón, y los unan en una cadena perfecta. Todo hecho que se relacione directamente con la salvación de las almas quedará tan claro que nadie necesitará errar ni andar en las tinieblas.

A medida que hemos seguido la cadena de la profecía, se ha visto claramente y explicado la verdad revelada para nuestro tiempo. Somos responsables de los privilegios que disfrutamos y de la luz que resplandece sobre nuestra senda. Los que vivieron en generaciones pasadas fueron responsables de la luz que se dejó brillar sobre ellos. Su mente se preocupó con respecto a diferentes puntos de la Escritura que los probaban. Pero no comprendían las verdades que nosotros comprendemos. No fueron responsables de la luz que no recibieron. Tuvieron la Biblia como nosotros; pero el tiempo en que debía revelarse la verdad especial relacionada con las escenas finales de la historia de esta tierra había de coincidir con las últimas generaciones que iban a vivir en la tierra.

Las verdades especiales han sido adaptadas a las condiciones de las generaciones a medida que existían. La verdad presente, que prueba a los de esta generación, no era una prueba para los de las generaciones anteriores. Si la luz que ahora resplandece sobre nosotros acerca del sábado del cuarto mandamiento hubiese sido dada a las generaciones pasadas, Dios habría tenido a éstas por responsables de ella.

Cuando el templo de Dios fue abierto en el cielo, Juan vio en santa visión una clase de personas cuya atención había sido atraída por el arca que contenía la ley de Dios, a la cual miraban con reverencia. La prueba especial del cuarto mandamiento no llegó hasta después que el templo de Dios fue abierto en el cielo.

Los que murieron antes que fuese dada la luz referente a la ley de Dios y los requerimientos del cuarto mandamiento, no fueron culpables del pecado de violar el sábado. Es insondable la sabiduría y la misericordia de Dios al dispensar luz y conocimiento en (611) el momento oportuno, a medida que el pueblo la necesita. Antes de venir a juzgar al mundo con justicia, envía una amonestación para despertar a las personas y llamarles la atención al descuido en que se tuvo el cuarto mandamiento, para que, estando instruidas, puedan arrepentirse de la transgresión de su ley y demostrar fidelidad al gran Legislador. El ha provisto lo necesario para que todos puedan ser santos y felices si así lo desean. Se le ha dado suficiente luz a esta generación para que podamos saber cuáles son nuestros deberes y privilegios y disfrutar de la sencillez y el poder de las preciosas y solemnes verdades.

Somos responsables tan sólo por la luz que brilla sobre nosotros. Los mandamientos de Dios y el testimonio de Jesús nos están probando. Si somos fieles y obedientes, Dios se deleitará en nosotros, y nos bendecirá como su pueblo escogido y peculiar. Cuando la fe y el amor perfectos y la obediencia abunden y obren en el corazón de los que siguen a Cristo, éstos ejercerán una poderosa influencia. Difundirán una luz que disipará las tinieblas circundantes, refinará y elevará a todos los que caigan dentro de la esfera de su influencia, e impartirá un conocimiento de la verdad a todos los que estén dispuestos a ser iluminados y a seguir en la humilde senda de la obediencia.

Los que son dominados por la mente carnal no pueden comprender la fuerza sagrada de la verdad vital de la cual depende su salvación, porque albergan orgullo en su corazón, amor al mundo, amor a la comodidad, egoísmo, codicia, envidia, celos, concupiscencia, odio y todo mal. Si quisieran vencer estas cosas, podrían participar de la naturaleza divina. Muchos abandonan las claras verdades de la Palabra

de Dios y ya no siguen la luz que resplandece claramente sobre su senda; procuran penetrar secretos que no han sido revelados claramente, conjeturan, hablan y disputan acerca de cuestiones que no necesitan comprender, porque no se refieren en forma especial a su salvación. Miles han sido seducidos de esta manera por Satanás. Han descuidado la fe y el deber presente que son claros y abarcantes para todos los que tienen raciocinio; se han espaciado en teorías dudosas, y pasajes que no podían comprender, y han errado en lo que concierne a la fe; su fe es mixta.

Dios quiere que todos hagan un uso práctico de las claras (612) enseñanzas de su Palabra acerca de la salvación del hombre. Si son hacedores de la Palabra, que es clara y poderosa en su sencillez, no dejarán de perfeccionar un carácter cristiano. Seguirán santificados por la verdad, y obedeciéndola humildemente se asegurarán la vida eterna. Dios quiere siervos que sean fieles, no sólo en palabra, sino en acción. Sus frutos demostrarán la sinceridad de su fe.

Hno. O, usted estará sujeto a las tentaciones de Satanás si continúa albergando sus opiniones erróneas. Su fe será una fe mixta, y estará en peligro de confundir a otras mentes. Dios requiere de su pueblo que sea unido. Sus opiniones particulares perjudicarán su influencia; y si continúa albergándolas y hablando de ellas, habrán de separarle finalmente de sus hermanos. Si Dios tiene alguna luz necesaria para la salvación de su pueblo, se la dará como le ha dado otras grandes e importantes verdades. Usted no debe ir más allá de esto. Deje que Dios obre a su modo para realizar su propósito a su tiempo y manera. Dios le ayude a andar en la luz como él es luz.

Responsabilidad por la Luz Recibida.-

Se me ha mostrado el caso del hermano P. El había estado por algún tiempo resistiendo la verdad. Su pecado no era que se negara a recibir lo que sinceramente creía que era un error, sino que no investigara diligentemente y conociera aquello a lo que se oponía. Daba por sentado que los adventistas observadores del sábado, en conjunto, estaban en error. Esta opinión estaba de acuerdo con sus sentimientos, y no veía la necesidad de investigar por sí mismo, por medio de un diligente estudio de las escrituras con sincera oración. Si hubiese seguido este proceder podría ahora haber estado en una situación mejor que la actual. Ha sido demasiado reacio a recibir evidencias y demasiado negligente en escudriñar las Escrituras para ver si estas cosas son así. Pablo no consideraba dignos de encomio a los que resistían sus enseñanzas hasta ser obligados por una abrumadora evidencia a aceptar que se trataba de doctrinas provenientes de Dios. (613)

Pablo y Silas trabajaron en la sinagoga de los judíos en Tesalónica con algún éxito; pero los judíos incrédulos estaban muy desconectados, y causaron disturbios, y provocaron un gran tumulto en contra de ellos. Estos devotos apóstoles se vieron obligados a dejar Tesalónica, bajo la protección de la noche e irse a Berea, donde se los recibió con alegría. Elogiaron a los Bereanos de este modo: “Estos eran más nobles que los que estaban en Tesalónica, pues recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así. Así que creyeron muchos de ellos” (Hechos 17:11-12).

El hermano P no vio la vital importancia de la cuestión. No se sintió impelido a investigar con diligencia, en forma independiente, para descubrir la verdad. Le tenía demasiada alta estima al anciano P, y no sintió la necesidad de aprender de Aquel que es manso y humilde de corazón. No estuvo dispuesto a aprender, sino que confiaba en sí mismo. Nuestro Salvador no tiene palabras de encomio para los que, en estos últimos días, son de corazón lento para creer, como tampoco elogió al dudoso Tomás, quien alardeaba de que no creería en las pruebas que los discípulos referían, y a las que ellos daban crédito, de que Cristo se había ciertamente levantado de entre los muertos y se les había aparecido. Dijo Tomás: “Si no viere en sus manos la señal de los clavos"... "y metiere mi mano en su costado, no creeré” (Juan 20:25). Cristo le brindó a Tomás la evidencia que había dicho que necesitaba; pero le reprochó: “No seas incrédulo, sino creyente". Tomás reconoció que había sido convencido. Jesús le dijo: "Porque me has visto, Tomás, creíste; bienaventurados los que no vieron, y creyeron".

La posición del hermano P lo ha hecho un hombre débil. Permaneció por bastante tiempo luchando en contra de casi todo, excepto el sábado. Al mismo tiempo se amigaba con los transgresores de los mandamientos, al ser reclamado por los adventistas que estaban en firme oposición al sábado del cuarto mandamiento. El no estaba en condición de ayudarlos porque él mismo estaba indeciso. Su influencia más bien ha confirmado a muchos en su descreimiento. A pesar de toda la ayuda, evidencias y alicientes que ha tenido, su retraso ha desagradado al Señor, mientras (614) tras que ha fortalecido las manos de los que estaban luchando en contra de Dios, oponiéndose a la verdad.

El hermano P podría ser ahora un hombre fuerte, de influencia en el pueblo de Dios en Maine y altamente estimado "por causa de su obra". Pero tiende a pensar que su retraso es una virtud especial, más bien que un pecado del que debe arrepentirse. Ha sido muy lento en aprender las lecciones que Dios ha intentado enseñarle. No ha sido un estudiante capaz, no ha crecido en experiencia en la verdad presente, lo que lo capacitaría para llevar el peso de la responsabilidad, que podría llevar ahora, si hubiera aprovechado diligentemente toda la luz que le fue dada. Se me mostró un tiempo cuando el hermano P empezó a hacer un esfuerzo para someterse a sí mismo y restringir su apetito; entonces podría con más facilidad ser paciente. Había sido fácilmente excitable, apasionado, irritable y depresivo. Su modo de comer y beber tenía mucho que ver con su estado. Las bajas pasiones imperaban, predominando sobre las facultades más elevadas de la mente. La temperancia lo beneficiaría mucho al hermano P, y necesita mucho más ejercicio físico y trabajo para su salud. Al esforzarse por controlarse, comenzó a creer, pero no recibió en su esfuerzo por mejorar la bendición que podría haber recibido si se hubiera esforzado antes.

En vez de juntar con Cristo para la verdad, por demasiado tiempo se mantuvo retrasado, no quiso avanzar y se colocó abiertamente en el camino impidiendo el progreso de otros, así desparramó en favor del enemigo. Su influencia se interpuso al progreso de la obra que Dios encomendara a sus siervos.

Las ideas del hermano P acerca del orden y la organización han estado en directa oposición al plan del orden de Dios. En el cielo hay orden, y ha de ser imitado por los que viven en la tierra y son herederos de salvación. Cuanto más se acercan los mortales al orden y la organización del cielo, tanto más cerca llegan a ese estado aceptable a la vista de Dios, que los hará súbditos del reino celestial y les brindará esa aptitud para la traslación de la tierra al cielo, que Enoc poseía antes de su traslación.

El hermano P debiera cuidarse. Hay una falta de orden en su organización. No ha estado en armonía con esa moderación, cuidado y diligencia, necesarios para preservar la armonía y la (615) unidad de acción. Su experiencia, su educación en las cosas religiosas de los años pasados, ha sido un gran detrimento para sus queridos hijos y especialmente para el pueblo de Dios. No ha cumplido con las obligaciones que el cielo impone a un padre, y especialmente a un ministro. Un padre que tiene sólo un débil sentido de la responsabilidad paterna de fomentar e imponer orden, disciplina y obediencia, fracasará como ministro y pastor del rebaño. La misma carencia que caracteriza la dirección de su hogar y de su familia, se verá de un modo más público en la iglesia de Dios. Los errores quedarán sin corregir, por causa de los resultados desagradables que acompañan a la reprensión y al llamado ferviente.

Se necesita una gran reforma en la familia del hermano P. Dios no se complace con su estado actual de desorden, con que hagan su propia voluntad y sigan su propio rumbo. Este estado de cosas en su familia contrarrestará su influencia dondequiera lo conozcan. También tiene el efecto de desalentar a los que desean ayudarlo a sostener a su familia. Esta falta es perjudicial para la causa. El hermano P no refrena a sus hijos. Dios no se agrada con su comportamiento desordenado, arrogante, con su proceder sin refinamiento. Todo esto es el resultado, o la maldición, de la libertad irrestringida que los adventistas (del primer día) han considerado que era su bendito privilegio gozar. El hermano y la hermana P han deseado la salvación de sus hijos, pero vi que Dios no obraría un milagro en su conversión, mientras hubiera algunos deberes que caben a los padres, y que estos debieran comprender

bien. Dios ha dejado una obra para que estos padres la hagan, que ellos han devuelto a Dios para que él la realice por ellos. Cuando el hermano y la hermana P sientan la responsabilidad que debieran sentir por sus hijos, unirán sus esfuerzos para establecer orden, disciplina y un saludable control en su familia.

Hermano P, usted ha sido indolente en llevar las cargas que cada padre debiera llevar en su familia; y como resultado, la carga dejada a la madre, ha sido muy pesada. Usted ha sido demasiado propenso a liberarse de los cuidados y cargas, en su hogar y fuera de él. Cuando, en el temor de Dios, con solemne vista del juicio, usted decididamente tome la carga que el cielo le ha asignado, y cuando haya hecho lo que pueda, entonces podrá (616) orar con entendimiento, con el Espíritu y en fe, para que Dios haga en favor de sus hijos lo que está más allá de su capacidad.

El hermano P no ha hecho uso responsable de sus recursos. No se ha guiado tanto por el buen juicio como por las voces y los deseos de sus hijos. No estima como debiera los bienes que tiene en sus manos ni los usa con cuidado para adquirir los artículos más necesarios, las cosas que debe tener para la comodidad y la salud. Toda la familia tiene que mejorar en esto. Muchas cosas se necesitan para el bienestar y la comodidad de la familia. La falta de aprecio del orden y el sistema en el arreglo de los asuntos domésticos, conducen a la destrucción y a gran desventaja. Cada miembro de la familia debiera darse cuenta de que una responsabilidad individual descansa sobre él para mejorar la comodidad, el orden y la regularidad de la familia. Ninguno debiera trabajar en contra del otro. Todos debieran ocuparse unidos en la buena obra de alentarse mutuamente; debieran ejercer gentileza, tolerancia y paciencia; hablar en voz baja y calmada, evitando el barullo, y haciendo cada uno lo mejor para aliviar las cargas de la madre. Las cosas no debieran dejarse más inconclusas, excusándose todos de hacer su deber, dejando que los demás hagan lo que ellos pueden y deben hacer ellos mismos. Estas cosas pueden parecer sin importancia; pero cuando actúan en conjunto, causan un gran desorden y ocasionan el disgusto de Dios. Es el descuido de las cosas pequeñas, insignificantes, lo que envenena la felicidad de la vida. Un fiel cumplimiento de las pequeñeces forma la suma de felicidad de esta vida. El que es fiel en lo poco, también es fiel en lo mucho. El que es infiel o injusto en las cosas pequeñas, lo será también en las cosas más grandes. Cada miembro de la familia debiera comprender cuál es exactamente la parte que se espera que realice en unión con los demás. Todos, desde el niño de seis años en adelante, debieran entender que se requiere que lleven su parte de las cargas de la vida.

Hay importantes lecciones que los niños deben aprender, y las pueden aprender ahora mejor que más adelante. Dios obrará en favor de estos niños en unión con los sabios esfuerzos de sus padres, y los hará estudiantes en la escuela de Cristo. Jesús quiere que estos niños estén separados de las vanidades del mundo, dejen los placeres del pecado, y elijan el camino de la humilde obediencia. (617) Si ahora voluntariamente prestan atención a la bondadosa invitación, si aceptan a Jesús como su Salvador, y perseveran en conocer al Señor, él los limpiará de sus pecados y les impartirá gracia y fortaleza.

Querido hermano P, las lecciones que ha aprendido entre las perturbadoras influencias que existían en Maine han sido excesivamente perjudiciales para su familia. Usted no ha sido tan circunspecto en su conducta como Dios desea que sea. Usted no ha dedicado tiempo a la verdad en su familia, a enseñar diligentemente sus principios y los mandamientos de Dios a sus hijos, al levantarse y al sentarse, al salir y al entrar. Usted no ha apreciado su obra de padre y ministro.

Usted no ha cumplido celosamente con su deber hacia sus hijos. No ha dedicado tiempo suficiente a la oración en familia, y no ha requerido la presencia de todas las personas de la casa. En inglés, el significado etimológico de la palabra esposo es "vínculo de la casa". Todos los miembros de la familia tienen al padre por centro. El es el legislador, y en su propio porte varonil, ilustra las virtudes más severas, la energía, la integridad, la honestidad, la paciencia, el valor, la diligencia y la utilidad práctica. En cierto sentido, el sacerdote de la casa, que presenta ante el altar de Dios el sacrificio matutino y vespertino. Se debiera alentar a la esposa y a los hijos a que se unan en esta ofrenda, y también a participar en las canciones de alabanza. En la mañana y en la tarde, como sacerdote de la

familia, el padre debiera confesar a Dios los pecados cometidos por él mismo y por sus hijos durante el día. Los pecados que ha llegado a conocer, y también los que son secretos, de los que sólo Dios tiene conocimiento, debieran ser confesados. Este hábito, celosamente practicado por el padre cuando está presente, o por la madre cuando él está ausente, resultará en bendiciones para la familia.

La razón por la que los jóvenes de la era presente no tienen más inclinación religiosa es que su educación es deficiente. No se ejerce verdadero amor hacia los niños cuando se les permite que la desobediencia a sus leyes quede sin castigo. Hacia donde se tuerce la rama, hacia allí el árbol se inclina. Usted ama demasiado la comodidad. No se sacrifica lo suficiente. Se requiere un esfuerzo constante, una vigilancia constante y firme y ferviente (618) oración. Mantenga la mente en un estado de oración, elevada a Dios; en lo que requiere diligencia, no sea perezoso, sino ferviente en espíritu, sirviendo al Señor.

Usted no ha apreciado en su familia la santidad del sábado, ni la ha enseñado a sus hijos, ni les ha requerido la necesidad de guardarlo de acuerdo con el mandamiento. Su entendimiento no es claro ni está dispuesto a discernir el alto nivel que debemos alcanzar a fin de observar los mandamientos. Pero Dios lo ayudará en sus esfuerzos cuando emprenda la tarea seriamente. Usted debiera tener un control perfecto de sí mismo, entonces podrá tener más éxito al controlar a sus hijos cuando se muestran díscolos. Usted tiene una gran tarea para enmendar su negligencia pasada; pero no se le exige que la realice con su propia fuerza. Ángeles ministradores lo ayudarán en la obra. No abandone el trabajo ni deje la tarea, sino empréndala con voluntad y repare su larga negligencia. Debe tener una visión más alta de las demandas de Dios acerca de su día santo. Todo lo que se pueda hacer en los seis días que Dios le ha dado, debiera ser hecho. No debiera robar a Dios ni una hora del tiempo santo. Se prometen grandes bendiciones a los que tienen en alta estima al sábado y se dan cuenta de las obligaciones de descansar en ese día: "Si retrajeres del día de reposo tu pie (de pisotearlo, de anularlo), de hacer tu voluntad en mi día santo, y lo llamares delicia, santo, glorioso de Jehová; y lo venerares, no andando en tus propios caminos, ni buscando tu voluntad, ni hablando tus propias palabras, entonces te deleitarás en Jehová; y yo te haré subir sobre las alturas de la tierra, y te daré a comer la heredad de Jacob tu padre; porque la boca de Jehová lo ha hablado" (Isa. 58:13-14).

Cuando el sábado comienza debemos ponernos en guardia, velar sobre nuestros actos y palabras, no sea que robemos a Dios, dedicando a nuestro uso el tiempo que pertenece estrictamente al Señor. No debemos hacer ni permitir que nuestros hijos hagan trabajo alguno para ganarse la vida, ni cosa alguna que podría haberse hecho durante los seis días hábiles.

El viernes es el día de preparación. Entonces puede dedicarse tiempo a los preparativos necesarios para el sábado, y a pensar y conversar acerca de ello. Nada de lo que a los ojos del cielo es considerado como violación del santo sábado debe dejarse para (619) ser dicho o hecho en el día de reposo. Dios requiere no sólo que evitemos el trabajo físico en sábado, sino que disciplinemos nuestra mente para que se espacie en temas sagrados. Se infringe virtualmente el cuarto mandamiento al conversar de cosas mundanales, o al dedicarse a una conversación liviana y trivial. El hablar de cualquier cosa o de todo lo que acude a la mente, es pronunciar nuestras propias palabras. Toda desviación de lo recto nos pone en servidumbre y condenación.

Hermano P, usted debe disciplinarse para discernir el carácter sagrado M sábado del cuarto mandamiento, debe trabajar para elevar la norma en su familia, y en cualquier lugar donde, por su ejemplo, la haya rebajado entre el pueblo de Dios. Debe contrarrestar la influencia que ha ejercido al respecto, y cambiar sus palabras y acciones. Usted ha dejado con frecuencia de acordarse "del día de reposo, para santificarlo"; y se ha olvidado de él muchas veces para pronunciar sus propias palabras en el día santificado de Dios. Ha sido descuidado, y en el sábado ha participado con personas no consagradas en conversaciones con respecto a los temas comunes del día, como las ganancias y pérdidas, los ganados, las cosechas y las provisiones. En esto, su ejemplo perjudica a su influencia. Debe reformarse.

Los que no son plenamente convertidos a la verdad permiten con frecuencia que sus mentes se espacien libremente en negocios mundanales, y aunque descansan del trabajo físico en sábado, su lengua expresa lo que tienen en la mente; de ahí sus palabras acerca de sus ganados, las cosechas y las pérdidas y ganancias. Todo esto es violar el sábado. Si la mente se espacia en asuntos mundanales, la lengua lo revelará; porque de la abundancia del corazón habla la boca.

El ejemplo de los ministros debe ser especialmente circunspecto acerca de esto. El sábado debe dedicarse concienzudamente a la conversación sobre temas religiosos, a presentar la verdad, el deber, las esperanzas y temores del cristiano, sus pruebas, conflictos y aflicciones, la victoria final y la recompensa que habrá de recibir.

Los ministros de Jesús deben reprender a los que no se acuerdan del sábado para santificarlo. Deben reprender bondadosa y solemnemente a los que participan en conversación mundanal en (620) el día de reposo y al mismo tiempo aseveran ser observadores del sábado. Deben estimular la devoción a Dios en su santo día.

Nadie debe sentirse libre para pasar el tiempo santificado de una manera que no sea provechosa. Desagrada a Dios que los observadores del sábado duerman durante gran parte de este día. Deshonran a su Creador al hacerlo. Por su ejemplo dicen que los seis días son demasiado preciosos para que ellos los pasen descansando. Deben ganar dinero, aunque sea privándose del sueño que necesitan, y lo recuperan durmiendo durante el tiempo santo. Luego se disculpan diciendo: “El sábado fue dado como día de reposo. No me privaré del descanso para asistir a la reunión, porque necesito descansar". Tales personas usan equivocadamente el día santificado. Durante él deben interesar especialmente a sus familias en la observancia del mismo, y congregarse en la casa de oración con los pocos o con los muchos que asistan, según sea el caso. Deben dedicar su tiempo y sus energías a los ejercicios espirituales, para que la influencia divina que descansa sobre el sábado los acompañe durante la semana. De todos los siete días, ninguno es tan favorable para los pensamientos y sentimientos de devoción como el sábado.

Se me mostró que todo el cielo observa durante el sábado a los que reconocen los requerimientos del cuarto mandamiento y lo guardan. Los ángeles toman nota de su interés en la institución divina y su alta consideración por ella. Los que santifican al Señor Dios en su corazón por una actitud estrictamente devocional, y procuran aprovechar las horas sagradas observando el sábado, son especialmente bendecidos de los ángeles con luz y salud y reciben fuerza especial. Pero, por otro lado, los ángeles se apartan de aquellos que no aprecian el carácter sagrado del día santificado de Dios, y les quitan su luz y su fuerza. Los vi cubiertos de una nube, abatidos y con frecuencia tristes. Sienten la falta del Espíritu de Dios.

Estimado hermano P, en todo momento usted debiera ser prudente en su conducta. ¿Lo ha llamado Dios para ser un representante de Cristo en la tierra, para rogar a los pecadores en su lugar que se reconcilien con Dios? Esta es una obra solemne y exaltada. Cuando usted termina de hablar en el púlpito, esa obra apenas comienza. No queda libre de sus responsabilidades cuando (621) no está presidiendo las reuniones, sino que todavía debiera mantenerse consagrado a la obra de salvar almas. Debe ser una epístola viviente, conocida y leída por todos los hombres. No debe buscar su comodidad. No debe pensar en el placer. La salvación de las almas es el único tema importante. A esta obra es llamado el ministro del Evangelio. Debe perseverar en buenas obras fuera de las reuniones y adornar su profesión con una conducta piadosa y un porte circunspecto. Con frecuencia, después que su trabajo en el púlpito ha terminado y se sienta en compañía de otras personas alrededor del fuego, por medio de su conversación no consagrada neutraliza los esfuerzos que realiza desde el púlpito. Usted debe vivir el deber que predica a los demás, y debe tomar a su cargo, como nunca lo ha hecho antes, la carga de la obra, el peso de la responsabilidad que debe descansar sobre cada ministro de Cristo. Confirme la obra realizada desde el púlpito continuándola con un esfuerzo privado. Ocúpese en juiciosa conversación acerca de la verdad presente, cerciorándose cándidamente del estado de ánimo de los presentes, y en el

temor de Dios haga una aplicación práctica de alguna importante verdad a los casos de los que están relacionados con usted. Usted no ha instado a tiempo y fuera de tiempo, no ha redargüido, reprendido y exhortado con toda paciencia y doctrina al llevar a cabo sus tareas.

El vigía en los muros de Sión, necesita estar constantemente en guardia. Su vigilancia no debe cesar. Acostúmbrese a ser capaz de tocar a las familias que se sientan con usted junto al hogar. Puede lograr más de este modo que por el trabajo que hace desde el púlpito. Vele por las almas como quien debe rendir cuentas. No dé ocasión a los incrédulos para acusarlo de ser remiso en el cumplimiento de este deber, descuidando de apelar a ellos personalmente. Háblelos fielmente, y ruégueles que se rindan a la verdad. “Porque para Dios somos grato olor de Cristo en los que se salvan, y en los que se pierden; a éstos ciertamente olor de muerte para muerte, y a aquéllos olor de vida para vida” (2 Cor. 2:15-16). Al observar el apóstol la magnitud de la obra y las pesadas responsabilidades que descansan sobre el ministro, exclama: “Y para estas cosas, ¿quién es suficiente? Pues no somos como muchos, que medran falsificando la palabra de Dios, sino (622) que con sinceridad, como de parte de Dios, y delante de Dios, hablamos en Cristo" (2 Cor. 2:16-17).

Los que corrompen al mundo esparciendo trigo y paja, o cualquier cosa que puedan considerar evangelio, mientras que se oponen a los mandamientos de Dios, no pueden apreciar los sentimientos del apóstol cuando temblaba bajo el peso de la solemne obra, y de su responsabilidad de ministro de Cristo, de tener en sus manos el destino de las almas por las que Cristo murió. De acuerdo con el criterio de los que se hicieron ministros a sí mismos, se requiere una norma baja para llenar los requisitos y transformarse en tales. Pero el apóstol tuvo en muy alta estima los requisitos del ministerio.

El comportamiento de un ministro que ocupa el púlpito debiera ser circunspecto, no descuidado. No debiera ser negligente en su actitud. Debiera ser ordenado y fino en el más alto sentido. Dios requiere esto de los que aceptan una obra de tanta responsabilidad como es la de recibir las palabras de su boca y comunicarlas a la gente, advirtiendo y reprendiendo, corrigiendo y consolando, según sea necesario. Los representantes de Dios en la tierra debieran estar en comunión diaria con él. Sus palabras debieran ser escogidas y su hablar correcto. Debieran descartarse para siempre las palabras precipitadas que usan con frecuencia los miembros que no predican el Evangelio con sinceridad.

Se me mostró, hermano P, que usted es irritable por naturaleza, que se siente provocado con facilidad y que carece de paciencia y tolerancia. Si se objeta su proceder, o se le insta a tomar una posición en los asuntos de la verdad, no le gusta sentirse presionado. No ha estado dispuesto a dar un solo paso sólo porque otros así lo quisieran. A usted le ha gustado tomar su tiempo. Si sus oyentes siguieran el mismo comportamiento suyo los consideraría culpables. Si todos procedieran como usted, el pueblo de Dios requeriría un milenio temporal con el fin de prepararse para el juicio. Dios ha soportado misericordiosamente su dilación; pero no sería provechoso que otros siguieran su ejemplo, pues ahora es débil y deficiente, cuando podría ser fuerte y estar bien capacitado para la obra.

El hermano R pudo hacer muy poco por usted. Sus labores fueron dirigidas con poco juicio. Se equivocó al interesarse (623) especialmente por los que pensaban que debían llegar a ser maestros. Si no hubiera tocado el caso de un ministro de Maine, y si hubiera trabajado en nuevos campos donde no había habido adventistas, muchos hubieran sido traídos al conocimiento de la verdad. El hermano S ha estado avanzando lentamente y su desarrollo de la paciencia, el dominio propio y la tolerancia es más agradable a Dios; y sin embargo hay una obra mucho mayor que hacer por él antes que pueda ser un ministro de éxito en la causa y haga progresar la obra de Dios.

El hermano R se interesó mucho en su caso, pero usted se negó a que lo ayudara. A usted se le dedicó tiempo y esfuerzo, se arreglaron las cosas especialmente en beneficio suyo, para vencer su prejuicio y ganarlo para la verdad, hasta que su indolencia y descreimiento agotaron la paciencia M hermano R. Entonces hubo un cambio en su estrategia, y él lo presionó para que tomara una decisión y anduviera en la luz y la evidencia que usted había recibido. Usted consideró que este sincero esfuerzo del hermano R lo estaba apremiando y urgiendo. Su temperamento obcecado se puso en evidencia; se

levantó en contra de su proceder y rechazó los esfuerzos que él hizo para ayudarlo. De este modo usted se perjudicó, desalentó al hermano R y desagradó a Dios. Sus sentimientos hacia el hermano R no fueron cristianos. Se gloriaba en resistir los esfuerzos que él hacía en su favor. El Señor bendijo los esfuerzos del hermano R para levantar un pueblo en el estado de Maine. Esta labor fue dura y penosa y usted contribuyó a que así fuera. No se dio cuenta cuán difícil estaba haciendo el trabajo para los que Dios había enviado a presentar la verdad al pueblo. Estaban agotando sus energías para que la gente se decidiera con referencia a la verdad, y usted y otros ministros se interpusieron abiertamente en su camino. Dios estaba obrando por intermedio de sus ministros para atraer a la gente a la verdad, mientras Satanás obraba por intermedio suyo y de otros ministros para desalentarlos y neutralizar su labor. Los mismos hombres que profesaban ser vigías y quienes, si hubiesen escuchado el consejo de Dios, habrían sido los primeros en recibir la palabra de advertencia y en darla a la gente, estuvieron entre los últimos en aceptar la verdad. El pueblo estaba más adelantado que sus maestros. Ellos recibieron las advertencias
(624) aun antes que los vigías, porque los vigías eran infieles y dormían en su puesto.
Hermano P, usted debiera haber sentido simpatía y amor hermanable por el hermano R, pues él merecía recibir esto de usted en lugar de palabras de censura. Usted debiera reprobar severamente su propia conducta, pues ha llegado a luchar contra Dios. Pero se ha divertido y ha divertido a otros a expensas del hermano R, relatando sus esfuerzos en su favor, y cómo usted se resistía y se alegraba riéndose del asunto.
Es conveniente que todo ministro de Cristo hable sensatamente, de modo que no pueda ser condenado. Se me mostró que debe realizarse una obra solamente por los ministros de Cristo. Esta no se puede hacer sin esfuerzo de su parte. Deben sentir que tienen que hacer una tarea en su favor que nadie más puede hacer por ellos. Deben empeñarse en conseguir las calificaciones necesarias a fin de llegar a ser ministros competentes de Cristo, para que en el día de Dios puedan quedar absueltos, libres de la sangre de las almas, habiendo cumplido con todo su deber en el temor de Dios. Como recompensa, los fieles subpastores escucharán del Pastor jefe: "Bien, buen siervo y fiel". Luego él colocará la corona de gloria sobre sus cabezas y les mandará entrar en el gozo de su Señor. ¿Qué es ese gozo? Consiste en contemplar con Cristo a los santos redimidos, y repasar con él sus afanes en favor de las almas, su abnegación y renunciamiento, considerar cómo dejaron su comodidad, sus ganancias terrenales y todos los estímulos mundanos, y eligieron la crítica, el sufrimiento, la humillación, el trabajo agotador, y la angustia de espíritu cuando los hombres se oponían a la voluntad de Dios en contra de sus propias almas; ese gozo consiste en recordar la purificación de sus almas ante Dios, su llanto entre el atrio y el altar, y el llegar a ser espectáculo ante el mundo, ante los ángeles y ante los hombres. Entonces todo eso habrá concluido, y verán los frutos de sus desvelos, almas salvadas por medio de sus esfuerzos en Cristo. Los ministros que han sido colaboradores con Cristo entran en el gozo de su Señor y quedan satisfechos.
"Puestos los ojos en Jesús, el autor y consumador de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando (625) el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios. Considerad a aquel que sufrió tal contradicción de pecadores contra sí mismo, para que vuestro ánimo no se canse hasta desmayar. Porque aún no habéis resistido hasta la sangre, combatiendo contra el pecado". Los ministros se olvidan demasiado del Autor de su salvación. Piensan que tienen que soportar mucho, cuando en realidad soportan y sufren muy poco. Dios obrará en favor de los ministros si ellos dejan que les ayude. Pero si piensan que están bien y no necesitan una conversión cabal, no se ven a sí mismos y no se elevan a la medida de Dios, él pasará mejor sin su trabajo que recibiendo su colaboración.
Dios requiere que los ministros alcancen la norma, que se muestren aprobados ante Dios, obreros que no necesitan avergonzarse. Si rechazan esa estricta disciplina, Dios los despedirá y elegirá a hombres que no descansarán hasta que estén enteramente preparados para toda buena obra. Nuestro corazón es naturalmente pecador e indolente en el servicio de Cristo; y tenemos que estar en constante guardia, o

no lograremos soportar las penurias de buenos soldados de Cristo, y no sentiremos la necesidad de luchar vigorosamente en contra de los pecados dominantes, sino que nos rendiremos pronto a las sugestiones de Satanás y levantaremos nuestro propio estandarte antes que aceptar el puro y elevado estandarte que Dios ha levantado para nosotros.
Vi que los ministros observadores del sábado de Maine no han llegado a ser estudiosos de la Biblia. No han sentido la necesidad de hacer ellos mismos un estudio diligente de la Palabra de Dios, a fin de que puedan estar enteramente preparados para toda buena obra. Tampoco sintieron la necesidad de urgir a sus oyentes a que investigaran minuciosamente las Escrituras. Si en Maine no hubiese habido un ministro adventista del séptimo día que se opusiera a la voluntad de Dios, todo lo que se ha logrado se hubiese podido llevar a cabo con la mitad del esfuerzo que se ha hecho, y el pueblo podría haber sido sacado de su aturdimiento y confusión y llevado al orden, y ahora podrían haber sido suficientemente fuertes para soportar las influencias opositoras. Muchos lugares que todavía no han sido alcanzados podrían haber sido visitados y en ellos se podría haber llevado a cabo un (626) trabajo exitoso, lo que hubiera llevado a muchos a un conocimiento de la verdad.
Mucho del esfuerzo realizado en Maine fue en pro de los ministros adventistas del séptimo día, para llevarlos a una posición correcta. Ha sido necesario trabajar arduamente para contrarrestar la influencia que ellos ejercieron cuando se opusieron a la voluntad de Dios en perjuicio de su propia alma e interfiriendo el camino de los pecadores. Ellos mismos no quisieron entrar, y por precepto y ejemplo fueron un impedimento para los que estaban dispuestos a entrar. Ha sido un error entrar en campos donde hay adventistas que en general no sienten necesidad de recibir ayuda, sino que piensan que están espiritualmente bien y que son capaces de enseñar a otros. Los obreros son pocos, y su fuerza debe ser empleada del mejor modo posible. Mucho más se puede hacer en el Estado de Maine, como regla general, donde no hay ni un adventista. Se debiera entrar en nuevos campos; y el tiempo que hasta ahora se ha gastado en arduo trabajo para los adventistas que no desean aprender, debiera dedicarse a esos nuevos campos, a ir por los caminos y vallados, y trabajar por la conversión de los incrédulos. Si los adventistas desean venir y oír, dejadlos venir. Dejad el camino abierto para que vengan si así lo prefieren. (627)

Apéndice.-
Página 400 — La amonestación del testimonio personal dirigida al hermano y a la hermana E acerca de que "no debierais servir huevos en vuestra mesa", ha sido aplicada por algunos de un modo general. Que esto no tenía la intención de ser una enseñanza generalizada para las familias en circunstancias normales, queda claro no sólo por el marco de esa declaración en sí, sino también por no menos de tres declaraciones publicadas de Elena G. de White, que corregirían cualquier aplicación errónea de este testimonio personal. Esas declaraciones se encuentran en 7T:135 (1902), MC:246 (1905), y 9T:162 (1909). Citamos las dos últimas declaraciones: "Verdad es que las personas algo corpulentas y las agitadas por pasiones fuertes deben evitar el uso de alimentos estimulantes. Especialmente en las familias cuyos hijos son dados a hábitos sensuales deben proscribirse los huevos" (MC:246).
"A pesar de que se ha advertido acerca del peligro de enfermarse por el uso de la mantequilla, y los males del libre empleo de los huevos en la alimentación de los niños pequeños; sin embargo no debiéramos considerar una violación de los principios el uso de huevos de gallinas que han sido bien cuidadas y debidamente alimentadas. Los huevos contienen propiedades curativas para contrarrestar ciertos venenos" (9T:162). (628)

INDICE DE CITAS BIBLICAS

Génesis
4:9 ……. 31, 206
26:24 ……. 244
Éxodo
17:8 ….. 97
17:14-16 ….. 99
19:5-6 …….. 400
19:10 …… 541
20:8 ……. 619
20:12 …… 74
20:14 …… 407
40:30 …… 541
Levítico
3:17 ……. 56
7:26-27 ……. 56
26:20-21,24 .. 583
Números
16:3 …… 392
Deuteronomio
7:6-8 ……. 99
25:17-19 …… 99
Josué
24:15 ……. 500
Jueces
5:23 ..... 151, 223, 256, 353
1 Samuel
2:30 …… 37
16:7 …… 67
2 Samuel
12:7 …… 606
24:24 ……. 116
2 Reyes
5:11-12 …….. 278
5:13 …… 278
10:16 ……. 133
Salmos
5:4-5 ……. 315
15:1-5 …… 275
24:3-4 …… 275
37:10-11 …… 399
39:3 …… 448
43:5 …… 286
49:6-8 …… 179
50:3-5 …… 179
66:18 ……. 315
89:14 ……. 399
119:9 ……. 365
139:14 …….. 475
Proverbios
1:24-26 …….. 11
3:9-10 …… 297
4:18 …… 206
11:14 ……. 319
11:24 ……. 145, 297
11:25 ……. 583
14:29…….. 149, 379
16:32 ……. 149, 379
17:27 ……. 379
18:9 …… 444
19:11 ……. 379
28:26 ……. 130
Eclesiastés
8:11-13 …….. 399
9:10 …… 447
12:14 ……. 553
Isaías
1:15-20 …….. 34
24:16…….. 179, 212
26:21 ……. 397
27:5 …… 258
33:14-16 ……. 397
52:11 ……. 300, 489
52:14 ……. 187
53:3 …… 458
53:5 …… 187, 458
53:7 …… 188
58:1-3 ……. 133
58:3 ……. 142
58:5-11 …… 32
58:6-7 ……. 142, 297
58:6-7, 9-11 … 132, 133
58:8 …… 28, 34, 297
58:8-9 …… 603
58:8-11 …….. 33
58:10-11 …… 603
58:13-14 …… 618
62:11 ……. 145
Jeremías
1:17-19 …….. 17
8:20 …… 220
9:1 ……. 323
17:5 …… 118
Ezequiel
14:3-5 …… 395

18:31 ……. 203
33:11 ……. 203
Daniel
5:27 …….. 402
Joel
2:13 …….. 272
2:17 …….. 323
Zacarías
4:6 …… 538
Malaquías
1:10 …….. 309
3:8-9 ……. 54
3:10 …….. 510, 532
3:18 …….. 114
Mateo
5:3-5 ……. 557
5:5 ……. 149
5:6 ……. 240
5:9 ……. 148, 390
5:13 …… 394
5:14 …… 513
5:14-16 …….. 395
5:16 …… 203
5:17 …… 182
5:48 …… 396
6:5-9 …….. 514
6:19-21 …….. 218, 597
6:20 …… 577,594
6:21 …… 55, 178
6:24 …… 117, 136, 394
6:24-34 …….. 441
6:25 …… 409, 441, 584
6:29 …… 441
6:30 …… 441
6:33 …… 441
6:34 …… 566
7:2 ……. 231
7:12 …… 124
7:14 …… 606
7:16 …… 529
7:20 …… 81, 529, 579, 585
9:13 …… 68
10:25 ……. 183
10:25-40 …… 441
11:28 ……. 45
11:28-29 …… 502
11:28-30 …… 565
11:29 ……. 390, 498
12:30 ……. 192, 237
12:34 ……. 224, 271, 409, 498
12:34-37 …… 88
16:24 ……. 161
16:26 ……. 55, 440
18:11 ……. 415
18:15 ……. 48
18:15-17 …… 15
19:17 ……. 40
19:23 ……. 599
20:22-23 …… 30
22:37-40 …… 138, 154, 206
22:39 ……. 39-41, 461
24:42 ……. 173
25:15 ……. 254
25:21 ……. 162, 207, 212, 256, 280, 328
25:23 ……. 207, 212, 624
25:24-25 …… 587
25:26-30 …… 587
25:30 ……. 218
25:34 ……. 396
25:34-40 …… 23
25:40 ……. 30
25:41-46 …… 24
25:45 ……. 29, 32
26:38 ……. 184
26:38-39 …… 186
26:39 ……. 184
26:40-41 …… 184
26:41 ……. 92
26:42 ……. 185
26:45 ……. 186
27:40-43 …… 188
27:46 ……. 189, 191, 194
28:20 ……. 112, 244
Marcos
8:34 …….. 161
8:36-37 ……. 55
10:21 ……. 598
10:23, 25 ….. 599
10:28-30 ….. 440
12:30 …… 40, 447
12:30-31 ….. 488
12:31 …… 40, 600
12:43-44 ….. 588
13:33 …… 180
13:34 …… 226
13:35 …… 173

13:35-26 ….. 174, 185
13:35-37 ….. 172
13:37 …….. 174
14:38 ……. 92, 436
Lucas
5:32 ……. 68
6:22-23 …… 437
6:24 ……. 437
6:26 ……. 436
6:38 ……. 124
7:43 ……. 69
10:27 ……. 40, 138, 154
11:5-6 …….. 27
11:23 ……. 192, 237
12:15-21 ….. 584
12:22-23 ….. 441, 584
12:33 ……. 596
12:37 ……. 177
12:42 ……. 567
13:7 ……. 81
13:24 ……. 397
14:17 ……. 265
14:18-20 ….. 37
14:23-24 ….. 37
15:1-7 …….. 21
15:4-6 …….. 197
16:2 ……. 445, 453, 504, 505, 603, 607
16:10 ……. 45,72, 277
19:13 ……. 589
21:34 ……. 255
23:34 ……. 188
23:46 ……. 190
Juan
3:16 ……. 181
5:39 ……. 111, 307, 560
5:40 ……. 365
6:12 ……. 263, 388
7:17 ……. 456
7:53; 8:1 …… 451
9:4 ……. 382
12:26 ……. 37, 134
15:13 ……. 153
15:17-20 ….. 437
15:19 ……. 608
16:33 ……. 112
17:14 ……. 41
17:14-16 ….. 437
17:17 ……. 285, 426
19:30 ……. 191
20:25 ……. 613
20:27 ……. 613
20:27-29 …… 95
20:29 ……. 613
Hechos
1:11 ……. 176
9:6 ……. 151
17:11-12 ….. 613
Romanos
3:20 ……. 450, 402, 455
5:1-5 ……. 452
5:3-5 ……. 456
6:12 ……. 340
6:12-13 ……. 404
6:16 ……. 394
6:22 ……. 488
7:7 ……. 455
8:7 ……. 404
8:31-39 …… 459
8:32 ……. 286
8:35, 38-39 .. 259
8:35-39 …… 310
8:37 ……. 365
12:1 ……. 60, 340
12:2 ……. 41, 66, 158, 437
12:10 ……. 147
12:10-11 ….. 373
12:11 ……. 444, 593
13:8 ……. 388
15:1-3 …….. 71, 594
1 Corintios
1:18-19 ……. 440
1:26-29 ……. 440
2:2 ……. 192
3:16-17 ……. 316
4:9 ……. 558
6:19-20 ……. 65, 316, 317, 423, 500
7:23 ……. 423
9:19 ……. 594
9:22 ……. 594
9:24-27 ……. 43, 320
9:25 ……. 321, 340
9:26-27 ……. 321
9:27 ……. 340, 365, 369, 406
10:5-12 ……. 401
10:12 ……. 255
10:24 ……. 550

10:31 ……. 60, 63, 322, 361
10:31-33 …… 594
15:31 ……. 120
15:33 ……. 291
15:55 …… 207
2 Corintios
2:11 …….. 130
2:15-16 ……. 621
2:16 …….. 138
2:16-17 ……. 622
4:5-10 …… 488
4:17 …….. 248
6:17-18 ……. 40
7:1 …… 335, 524
8:12 …….. 588
9:6 …… 567
13:5 …….. 490
Gálatas
1:10 …….. 437
2:20 …….. 288, 394, 501
6:4 …… 305
6:7 …… 73, 567
6:9 …… 28
6:14 ……. 44, 192, 394
Efesios
3:6-7 …… 539
3:9 …… 539
3:16-19 …… 463
4:29 ……. 271, 283
5:25 ……. 420
5:25-27 …… 420
5:28-29 …… 420
6:10-18 …… 457
Filipenses
2:3 …….. 148, 373
2:4-5 …….. 550
2:5-7 …….. 380
2:6-8 …….. 181
2:21 …… 550
4:4 ……. 525
4:8 ……. 284, 389
Colosenses
1:9-12 ……. 462
1:19 …… 181
1:25-29 ….. 445, 489
1:28-29 ….. 539
3:1-2 …….. 161
3:3 …….. 379
4:6 …….. 284
1 Tesalonicenses
5:13 ……. 148
5:22 ……. 224, 274
5:24 ……. 119
2 Tesalonicenses
2:9-10 …… 157
2:11-12 …….. 157
1 Timoteo
2:9 ……. 405
4:12-13 ……. 448
4:12-16 ……. 568
4:15-16 ……. 448
5:20 …….. 15
6:6 …… 127
6:10 …….. 217
6:17-19 ……. 218, 601
6:18-19 ……. 29, 54, 144
6:19 …….. 600
2 Timoteo
2:2 …… 308
2:15 …….. 445, 567
2:19 …….. 312, 436, 457
2:23-24 ……. 445
2:24-25 ……. 347
Tito
3:2 ……. 347
Hebreos
1:6 ……. 379
12:1-2 …… 321
12:2 …….. 436, 604
12:2-4 …….. 624
13:2 …….. 27
13:5 …….. 551
Santiago
1:5-6 ……. 568
1:5-7 ……. 119
1:19-20 ……. 149, 379
1:26 …….. 50
1:27 …….. 24, 228
2:5-6, 14-17 .. 146
2:14 …….. 585
2:14-16 ……. 604
2:17 …….. 151, 585
3:6 …… 379
3:11-18 ……. 162
3:13 …….. 482
3:17-18 ……. 482

4:4 ……. 152, 437, 570
4:7-8 ……. 280
4:8 ……. 260, 300
4:8-9 …….. 85
5:1-4 …….. 601
1 Pedro
2:4 …… 153
2:9 …… 96, 99, 153, 401, 402
2:11 …….. 358, 361, 401
2:23 ……. 380
3:3-4 …… 165
3:10-12 …… 51
3:15 ……. 347, 560
3:16 ……. 529
5:1-4 …… 310, 483
2 Pedro
1:1-11 …….. 419
1:4 …… 46, 84, 241
1:5-6 ……. 322
1:5-7 ……. 307
1 Juan
2:1 ……. 286, 523
2:4 ……. 407
2:15 …… 54, 437
2:15-17 …….. 178
3:17-22 …….. 146
5:4 ……. 127
Judas
22-23 ……. 199, 594
Apocalipsis
1:18 …… 245
2:2 ……. 114
3:15-16 …….. 159
3:20 …… 195, 202
5:13 …… 194
14:12 …….. 400
22:11 …….. 173, 241
22:11-12 ……. 608